

CRÓNICAS DEL MAGO NEGRO II

LA APRENDIZ

INÉDITO



TRUDI CANA

Lectulandia

Imardin es una ciudad de intrigas, donde el juego de la política puede ser mortal. Quien controla la magia, controla el poder. Pero en su orden establecido se ha colado una joven de la calle con un extraordinario poder. Bajo el manto protector del Gremio de los Magos, su vida ha cambiado y ya no hay vuelta atrás... ni para lo bueno, ni para lo malo. Sonea sabía que el aprendizaje en el Gremio sería duro, pero no podía imaginar el nivel de hostilidad que le depararían sus compañeros. Los hijos y las hijas de las familias más poderosas del reino están resueltos a verla fracasar a cualquier precio. Además, al aceptar la protección de Lord Akkarin, quizá haya abrazado un destino aún más desolador. Porque Sonea no puede olvidar el oscuro secreto del Gran Lord, y quizá tapar la verdad sea un grave error.

Lectulandia

Trudi Canavan

La Aprendiz

Crónicas del Mago Negro II

ePUB v1.5

Fanhoe 13.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Novice*

Trudi Canavan, 2002.

Traducción: José Óscar Hernández Sendín

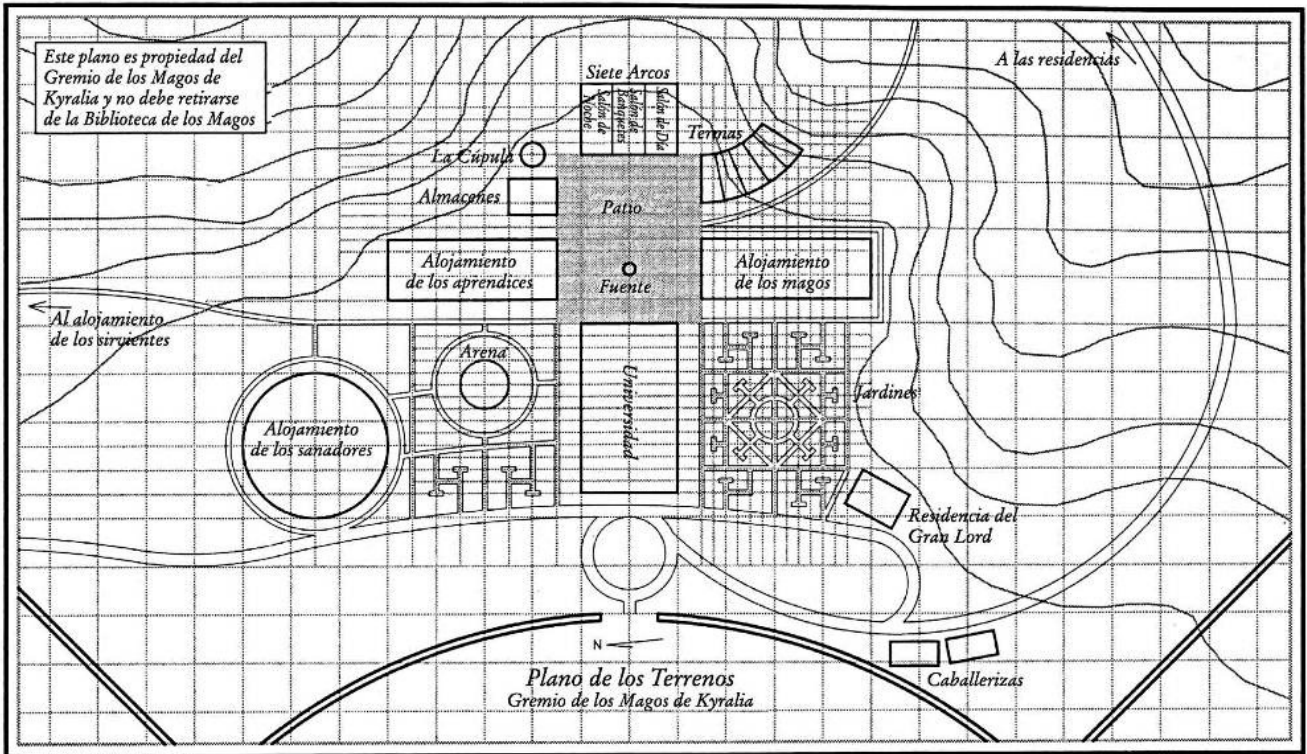
Diseño/retoque portada e imágenes: albertilico

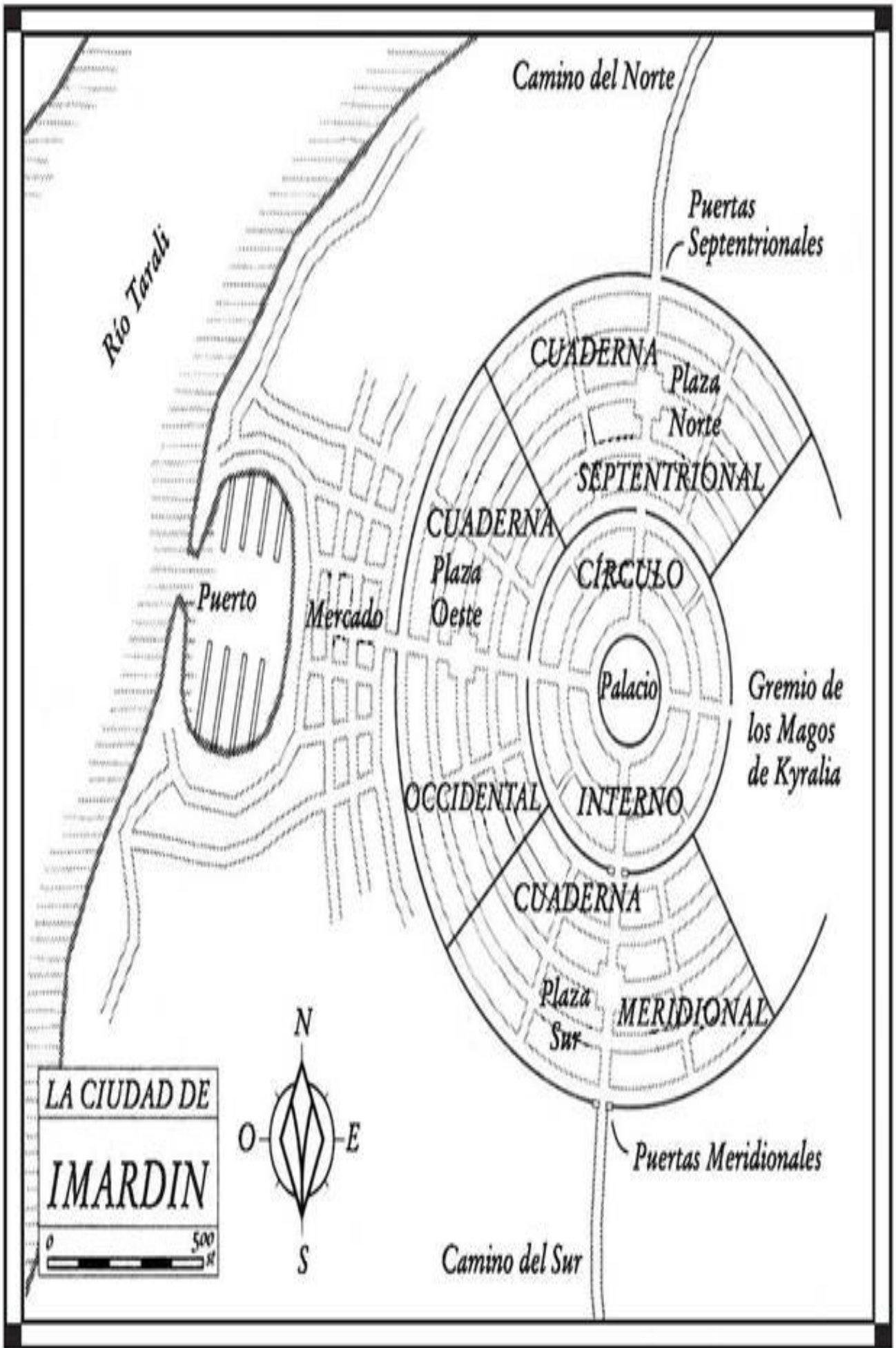
Editor original: Fanhoe (v1.0 a v1.4)

Segundo editor: libra_861010 (v1.5)

Reporte de erratas: now72, Spiff, 3PUBnoff y Rov

ePub base v2.0







Este libro está dedicado a mi madre, Irene Canavan,
quien siempre dijo que, con trabajo duro y determinación
podría ser todo lo que me propusiera.

Primera Parte

1. La Ceremonia de Aceptación

Cada verano, durante unas pocas semanas, el cielo sobre Kyralia exhibía un rotundo color azul y el sol caía a plomo. En la ciudad de Imardin, el polvo tomaba las calles y en el Puerto los mástiles sucumbían a la calima, mientras hombres y mujeres se refugiaban en su hogar, abanicándose y sorbiendo zumo o, en las zonas más peligrosas de las barriadas, bebiendo copiosas cantidades de bol.

Pero en el Gremio de los Magos de Kyralia estos días abrasadores saludaban la proximidad de un importante evento: el juramento de la promoción estival de aprendices.

Sonea hizo una mueca y se tiró del cuello del vestido. Aunque su deseo era llevar los mismos ropajes sencillos pero bien confeccionados que había vestido desde que vivía en el Gremio, Rothen había insistido en que necesitaba algo más elegante para la Ceremonia de Aceptación.

—No te preocupes, Sonea —dijo Rothen, riendo por lo bajo—. Terminará pronto y después ya tendrás la túnica con la que vestirás. Estoy seguro de que te hartarás de ella enseguida.

—No estoy preocupada —le replicó Sonea con irritación.

Los ojos del mago se iluminaron divertidos.

—¿De verdad? ¿Ni siquiera te sientes un poco nerviosa?

—No es como la Vista del año pasado. Aquello fue algo salvaje.

—¿Salvaje? —Alzó las cejas—. Estás nerviosa, Sonea. Llevabas semanas sin cometer ese lapsus.

La muchacha le obsequió con un pequeño bufido de exasperación. Desde la Vista, cinco meses antes, cuando se había ganado el derecho a ser su tutor, Rothen le había proporcionado la educación que todos los aprendices debían alcanzar antes de iniciar la universidad. Era capaz de leer la mayoría de los libros del mago, y sabía escribir, como Rothen decía, «bastante bien para empezar». Las matemáticas habían sido más duras de roer, pero las lecciones de historia resultaban fascinantes.

Durante aquellos meses, Rothen la había corregido siempre que pronunciaba alguna palabra de la jerga de las barriadas, y constantemente la obligaba a expresar las frases de forma distinta y se las hacía repetir hasta que sonara como una dama de una poderosa Casa kyraliana. La advirtió de que los aprendices no serían igual de propensos que él a aceptar su pasado, y que solo empeoraría las cosas si atraía la atención hacia sus orígenes con su manera de hablar. Había empleado el mismo argumento para convencerla de que debía llevar un vestido para la Ceremonia de Aceptación, y aunque Sonea sabía que tenía razón, no por ello se sentía más cómoda.

Un círculo de carruajes quedó a la vista cuando alcanzaron la fachada de la

universidad. Cada uno estaba custodiado por un grupo de sirvientes primorosamente vestidos, todos ellos luciendo los colores de la Casa a la que servían. Al aparecer Rothen se volvieron y se inclinaron reverencialmente ante él.

Sonea observó con atención los carruajes y sintió que se le revolvía el estómago. Había visto anteriormente vehículos como aquellos, pero nunca tantos juntos. Todos estaban contruidos con madera sumamente pulida, esculpida y pintada con intrincados diseños, y en el centro de cada una de las portezuelas un emblema cuadrado indicaba la dinastía a la que pertenecía el carruaje: el incal de la Casa. Ella reconoció los correspondientes a Paren, Arran, Dillan y Saril, algunos de los linajes más influyentes de Imardin.

Los hijos e hijas de estas Casas iban a ser sus compañeros de clase.

Ante este pensamiento sintió como si el estómago se le encogiera. ¿Qué pensarían de ella, la primera kyaliana que se unía a sus filas en siglos y que no provenía de las grandes Casas? En el peor de los casos se mostrarían de acuerdo con Fergun, el mago que el año anterior había intentado evitar que ingresara en el Gremio. El guerrero consideraba que solo se debía permitir aprender magia a los descendientes de las Casas. Había chantajeado a Sonea con el encarcelamiento de su amigo Cery para que cooperara en sus planes. Y esos planes habrían demostrado al Gremio que los kyalianos de clase inferior carecían de valores morales y que la magia no debía ser confiada a ellos.

Pero el crimen de Fergun se terminó descubriendo, y este fue enviado a una fortaleza lejana. A Sonea no le parecía un castigo particularmente severo por haber amenazado de muerte a su amigo, y no podía evitar preguntarse si ello disuadiría a otros de intentar algo similar.

Albergaba la esperanza de que algunos de los aprendices fuesen como Rothen, a quien no le importaba que en otro tiempo ella hubiera vivido y trabajado en las barriadas. Era posible también que algunas de las otras razas que asistían al Gremio fuesen más receptivas a aceptar a una chica de clase inferior. Los vindeanos eran gente amistosa; en las barriadas había conocido a varios que habían viajado a Imardin para trabajar en los viñedos y huertos. Los lanianos, según le habían contado, no poseían una sociedad clasista; vivían en tribus y el rango de los hombres y las mujeres se establecía mediante pruebas de valentía, astucia y sabiduría. A saber qué posición ocuparía ella en su sociedad...

Levantando la mirada hacia Rothen, pensó en todo lo que él había hecho por ella y sintió un ramalazo de afecto y gratitud. Tiempo atrás se habría horrorizado de descubrirse tan dependiente de nada menos que un mago. Antes odiaba al Gremio. Había utilizado por primera vez sus poderes involuntariamente cuando por pura rabia tiró una piedra a un mago. Entonces, mientras la buscaban, había estado tan segura de que pretendían matarla que se atrevió a solicitar ayuda a los ladrones, y estos siempre

demandaban un alto precio por tales favores.

Cuando sus poderes aumentaron y se volvieron incontrolables, los magos convencieron a los ladrones para que la dejaran bajo sus cuidados. Rothen fue su captor y su maestro. Le demostró que los magos (bueno, la mayoría de ellos) no eran los monstruos crueles y egoístas que los habitantes de las barriadas creían.

Dos guardias flanqueaban las puertas abiertas de la universidad. Su presencia era una formalidad respetada solo cuando se esperaban visitantes importantes en el Gremio. Hicieron una forzada reverencia mientras Rothen conducía a Sonea hacia el vestíbulo.

Aunque ya lo había visto antes en varias ocasiones, el salón seguía impresionándola. Un millar de filamentos imposiblemente finos de un material semejante al cristal brotaban del suelo, sosteniendo una escalinata que ascendía en grácil espiral a los niveles superiores. Delicadas hebras de mármol blanco serpenteaban entre los escalones y la barandilla como las ramas de una enredadera. Parecían demasiado delicadas para aguantar el peso de un hombre; probablemente lo fueran, y habían sido fortalecidas con magia.

Dejando atrás la escalera, entraron en un corto pasillo. Más adelante se divisaba el gris tosco del Salón Gremial, un antiguo edificio protegido y encerrado en una estancia imponente que se conocía como el Gran Salón. Varias personas aguardaban frente a las puertas del Salón Gremial, y Sonea sintió que su boca se secaba nada más verlos. Hombres y mujeres se volvieron para ver quién se aproximaba, y sus ojos relucieron con interés en cuanto reconocieron a Rothen. Los magos, entre ellos, asintieron cortésmente con la cabeza. Los demás se inclinaron en una reverencia.

Entraron en el Gran Salón, y Rothen condujo a Sonea a un lado de la pequeña multitud. Sonea notó que, a pesar del calor veraniego, todos (a excepción de los magos) vestían con varias capas de prendas opulentas. Las mujeres estaban cubiertas con elaboradas togas; los hombres llevaban abrigos largos, con las mangas decoradas con sus respectivos incales. Al fijarse mejor, contuvo la respiración. Las costuras estaban bordadas con minúsculos destellos de piedras rojas, verdes y azules. Había enormes gemas engarzadas en los botones de los abrigos largos. Cadenas de metales preciosos se cerraban en torno a cuellos y muñecas, y joyas centelleaban en manos enguantadas.

Con la mirada puesta en el abrigo largo de uno de los hombres, sopesó lo fácil que sería para un ladrón profesional despojarle de sus botones. En las barriadas existían navajas pequeñas aptas para esa tarea. Lo único que se requería era un choque «accidental», una disculpa y una rápida retirada. El hombre probablemente ni se enteraría de que le habían robado hasta que llegara a su hogar. Y la pulsera de aquella mujer...

Sonea meneó la cabeza.

«¿Cómo voy a hacer amigos entre estas personas si en lo único que pienso es en lo fácil que sería robarles?»

Pero no pudo evitar sonreír. Había sido tan habilidosa en vaciar bolsillos y abrir cerraduras como cualquiera de sus amigos de la infancia (excepto, quizá, Cery), y aunque su tía Jonna consiguió, con el tiempo, convencer a Sonea de que robar estaba mal, no había olvidado los trucos del oficio.

Reuniendo todo su coraje, miró a los desconocidos más jóvenes y observó que varios de ellos volvían rápidamente la cara. Se preguntó sorprendida qué habrían esperado encontrar. ¿A una vagabunda jovencita y tonta? ¿A una ruda obrera encogida por el trabajo? ¿A una prostituta con exceso de maquillaje?

Dado que ninguno de ellos le sostendría la mirada, fue capaz de examinarlos libremente. Solo dos de las familias poseían el cabello negro y la tez pálida, los típicos rasgos kyalianos. Una de las madres vestía con la túnica verde de los sanadores. La otra asía la mano de una chica delgada que miraba con expresión ensoñadora el resplandeciente techo de cristal del salón.

Las otras tres familias permanecían juntas; su corta estatura y su pelo rojizo eran típicos de la raza elynea. Hablaban tranquilamente entre ellos, y ocasionalmente una risa resonaba en el salón.

Un par de lonmarians de piel oscura aguardaban en silencio. Pesados talismanes dorados de la religión Mahga colgaban sobre la túnica púrpura de alquimista del padre, y tanto este como el hijo se habían rasurado la cabeza. Una segunda pareja lonmariana permanecía en el extremo más alejado de donde esperaban las familias. La piel del hijo era de un moreno más pálido, que delataba una madre de diferente raza. El padre también vestía con túnica, pero la suya era la roja de un guerrero, y no lucía joyas ni talismanes.

Una familia de vindeanos rondaba cerca del pasillo. Aunque el padre llevaba ropas lujosas, las miradas furtivas que dirigía a los demás insinuaban que se sentía incómodo en su compañía. Su hijo era un joven bajo y fornido cuya tez morena poseía unas facciones de un tono amarillo enfermizo.

Cuando la madre del muchacho apoyó una mano sobre su hombro, Sonea pensó en sus tíos Ranel y Jonna, y la embargó un recurrente sentimiento de decepción. Aunque eran su única familia, pues la habían criado después de que su madre muriera y su padre la abandonara, se habían sentido demasiado intimidados por el Gremio para visitarla allí. Cuando los invitó a la Ceremonia de Aceptación se habían negado a asistir, alegando que no dejarían a su hijo recién nacido al cuidado de otro, y que no sería apropiado ir con un bebé que no paraba de llorar a una ceremonia tan importante.

Unos pasos resonaron en el corredor. Al darse la vuelta, Sonea vio que otro trío de kyalianos grandiosamente vestidos se unía a los visitantes. El muchacho dirigió una

mirada arrogante al círculo de personas. Barrió la estancia con los ojos, que se detuvieron en Rothen, y a continuación se desplazaron a Sonea.

Miró directamente a los ojos de Sonea y una sonrisa amistosa le curvó las comisuras de la boca. Sorprendida, Sonea empezó a sonreír en respuesta, pero mientras lo hacía, la expresión de él se tornó lentamente en una mueca de desprecio.

Sonea solo fue capaz de devolverle una mirada de consternación. El muchacho se giró con desdén, pero no tan rápido como para que ella no pudiera captar una sonrisa de petulante satisfacción. Sonea entornó los ojos mientras observaba cómo el chico concentraba su atención en el resto de los aspirantes.

Parecía conocer ya al otro muchacho kyaliano, y ambos intercambiaron un guiño amistoso. Brindó deslumbrantes sonrisas a las chicas; aunque la delgada muchacha kyaliana respondió con aparente desdén, sus ojos continuaron posados en el chico mucho después de que este se hubiera alejado. El resto recibió corteses inclinaciones de cabeza.

Un golpe fuerte y metálico interrumpió aquel juego social. Todas las cabezas se giraron hacia el Salón Gremial. Siguió un silencio largo y tenso, y a continuación una serie de excitados murmullos llenaron el aire cuando las imponentes puertas empezaron a abrirse hacia fuera. A medida que el hueco se ensanchaba, un familiar brillo dorado fluyó desde el salón. La luz procedía de miles de diminutos globos mágicos que flotaban a pocos pies por debajo del techo. Un cálido aroma a madera y pulimento se derramó para darles la bienvenida.

Sonea se giró al oír varios jadeos, y vio que la mayoría de los visitantes miraban maravillados hacia el interior del salón. Sonrió al darse cuenta de que los demás aspirantes, y algunos de los adultos, nunca antes habían visto el Salón Gremial. Solo los magos, y aquellos padres con hijos mayores que ya habían asistido a alguna ceremonia previa, habían estado dentro. Y ella.

Se serenó al recordar su visita anterior, cuando el Gran Lord trajo a Cery al Salón Gremial, poniendo fin al dominio que Fergun ejercía sobre ella. Aquel día para Cery también se cumplió parte de un sueño. Su amigo se había hecho la promesa de visitar todos los grandes edificios de la ciudad al menos una vez en su vida. El hecho de que fuera un golfillo callejero de clase baja no había hecho sino convertir la consecución de ese sueño en un desafío aún mayor.

Pero Cery ya no era el chico aventurero de quien se había encaprichado de niña, ni el pícaro muchacho que la había ayudado a eludir al Gremio durante tanto tiempo. Cada vez que le veía, bien cuando la visitaba en el Gremio, bien cuando se encontraba con él en las barriadas, parecía más viejo y menos despreocupado. Si le preguntaba a qué dedicaba el tiempo, o si seguía trabajando para los ladrones, se limitaba a esbozar una sonrisa astuta y cambiaba de tema.

Parecía contento, sin embargo. Y si trabajaba para los ladrones, tal vez fuera

mejor que ella no supiera en qué andaba metido.

Una figura ataviada con una túnica avanzó a grandes zancadas y se plantó en la entrada del Salón Gremial. Sonea reconoció a lord Osen, el ayudante del administrador. Levantó una mano y se aclaró la garganta.

—El Gremio les da la bienvenida —dijo—. Seguidamente dará comienzo la Ceremonia de Aceptación. Los aspirantes a la universidad, formen una fila, por favor. Ellos entrarán en primer lugar; los padres podrán pasar a continuación y tomar asiento en el nivel inferior.

Mientras los demás aspirantes se precipitaban hacia delante, Sonea sintió que una mano le tocaba ligeramente el hombro. Se giró y miró a Rothen.

—No te preocupes. Terminará pronto —la tranquilizó.

Ella sonrió abiertamente.

—No estoy preocupada, Rothen.

—¡Ja! —Le dio un suave empujón en el hombro—. Adelante, entonces. No les hagas esperar.

Se había formado una pequeña congregación delante de las puertas. Los labios de lord Osen dibujaron una delgada línea.

—Formen una fila, por favor.

Mientras los aspirantes obedecían, lord Osen inspeccionó a Sonea. Una fugaz sonrisa asomó a los labios del mago y la chica respondió con un asentimiento de cabeza. Se colocó detrás del último muchacho de la fila, y su atención se vio atraída entonces por un débil siseo a su izquierda.

—Esa por lo menos sabe cuál es su sitio —murmuró una voz.

Sonea volvió ligeramente la cabeza hacia dos mujeres kyalianas que se hallaban de pie en las cercanías.

—Es la chica de las barriadas, ¿no?

—Sí —contestó la primera—. Le he dicho a Bina que se mantenga alejada de ella. No quiero que mi dulce niña adquiera hábitos desagradables... ni enfermedades.

La respuesta de la segunda mujer se perdió cuando Sonea avanzó. Se presionó una mano contra el pecho, sorprendida al descubrir que su corazón latía rápidamente.

«Acostúmbrate —se dijo—. No será la última vez.»

Resistiendo el impulso de mirar atrás en busca de Rothen, irguió los hombros y siguió a los demás aspirantes por el largo pasillo en el centro del recinto.

Los altos muros del Salón Gremial los rodearon en cuanto atravesaron las puertas. Más de la mitad de los asientos que había a ambos lados del pasillo estaban vacíos, a pesar de que se hallaban presentes casi todos los magos que vivían en el Gremio y en la ciudad. Miró hacia la izquierda y sus ojos se toparon con la gélida mirada de un mago anciano. El ceño fruncido destacaba en su rostro surcado de arrugas, y sus ojos ardían en los de ella.

Sonea volvió a fijar la vista en el suelo, sintiendo un ardor en el rostro. Se dio cuenta, con irritación, de que le temblaban las manos. ¿Iba a permitirse el lujo de ponerse nerviosa por la mirada de un viejo? Tras aleccionar a su rostro para adoptar lo que esperaba que fuera una expresión de serena tranquilidad, dejó que sus ojos vagaran por las filas de caras...

... y estuvo a punto de tropezar cuando le flaquearon las piernas. Daba la impresión de que todos y cada uno de los magos del salón la estaban observando. Tragó saliva con dificultad y clavó los ojos en la espalda del muchacho que tenía delante.

Cuando los aspirantes alcanzaron el final del pasillo, Osen dirigió al primero hacia la izquierda, luego al segundo hacia la derecha, y continuó con esta pauta hasta que formaron una fila a lo ancho del salón. Sonea quedó en el medio, enfrente de lord Osen, quien permanecía de pie silenciosamente, observando la actividad que se desarrollaba detrás de ella. Oía los pies arrastrándose y el tintineo de las joyas, e imaginó que los padres estaban moviéndose entre las hileras de sillas a sus espaldas. Cuando se hizo el silencio en el salón, Osen se volvió y se inclinó ante los magos superiores, sentados en la tribuna al frente del Salón Gremial.

—Presento a la promoción estival de aspirantes a la universidad.

—Esto es mucho más interesante ahora que conozco a uno de ellos —recalcó Dannyl mientras Rothen ocupaba su asiento.

—Pero el año pasado tu sobrino se encontraba entre los aspirantes —respondió este, girándose para contemplar a su compañero.

Dannyl se encogió de hombros.

—Apenas le conozco. Pero sí conozco a Sonea, sin embargo.

Complacido, Rothen dirigió de nuevo su atención a la ceremonia. A pesar de que Dannyl podía ser encantador cuando se lo proponía, no hacía amigos con facilidad. Esto se debía en gran medida a un incidente ocurrido años atrás, cuando Dannyl era un aprendiz. Acusado de mostrar un interés «inapropiado» para un muchacho de su edad, Dannyl tuvo que soportar las especulaciones de aprendices y magos por igual. Le habían hostigado y rehuido, y esta era la razón, creía Rothen, de que Dannyl no confiara en la gente y le costara trabar amistad, incluso ahora.

Rothen había sido el único amigo íntimo de Dannyl durante años. Como profesor, Rothen siempre le consideró uno de los aprendices más prometedores de sus clases. Cuando vio el efecto dañino que los rumores y el escándalo ejercían en la educación de Dannyl, decidió hacerse cargo de la tutela del muchacho. Con un poco de estímulo, y mucha paciencia, consiguió que la ágil mente de Dannyl se olvidara de chismes y travesuras vengativas y se centrara en la magia y el conocimiento.

Algunos magos habían expresado sus dudas acerca de la capacidad de Rothen

para «encarrilar a Danyl». Rothen sonrió. No solo había triunfado, sino que Danyl acababa de ser nombrado segundo embajador del Gremio en Elyne. Observando a Sonea, se preguntó si la chica también, algún día, le daría motivos para sentirse así de ufano.

Danyl se inclinó hacia delante.

—No son más que niños en comparación con Sonea, ¿verdad?

Rothen observó a los otros chicos y chicas y se encogió de hombros.

—No conozco sus edades exactas, aunque la media entre los alumnos de primer año suele ser de quince. Ella tiene diecisiete. Un par de años no supondrá mucha diferencia.

—Yo creo que sí —murmuró Danyl—, pero es de esperar que sea una ventaja para ella.

Abajo, lord Osen recorrió a paso lento la fila de los aspirantes a la universidad, anunciando los nombres y los títulos según la costumbre de la tierra natal de cada uno de los jóvenes.

—Alend, de la familia Genard. —Osen dio dos pasos más—. Kano, de la familia Temu, Gremio de los Constructores Navales. —Otro paso—. Sonea.

Tras una pausa, Osen continuó moviéndose. Mientras anunciaba el siguiente nombre, Rothen, en sintió un punzada de compasión por Sonea. La falta de un gran título o del nombre de una Casa la había declarado públicamente como una intrusa. Algo que, sin embargo, era inevitable.

—Regin, de la familia Winar, Casa Paren —concluyó Osen cuando llegó al último muchacho.

—Ese es el sobrino de Garrel, ¿verdad? —preguntó Danyl.

—Sí.

—He oído que sus padres preguntaron si podría unirse a la clase del pasado invierno tres meses después de que hubiera comenzado.

—Qué extraño. ¿Por qué lo hicieron?

—No lo sé. —Danyl se encogió de hombros—. No capté esa parte.

—¿De nuevo espiando?

—Yo no espío, Rothen. Escucho.

Rothen sacudió la cabeza. Puede que hubiera evitado las fechorías vengativas de Danyl «el aprendiz», pero no había logrado aún desalentar a Danyl «el mago» de recopilar cotilleos.

—No sé qué voy a hacer cuando te marches. ¿Quién me mantendrá informado de todas las pequeñas intrigas del Gremio?

—Lo único que tienes que hacer es prestar más atención —replicó Danyl.

—Me pregunto si no será que los magos superiores te envían lejos para impedir que «escuches» demasiado.

Dannyl sonrió.

—Bueno, dicen que la mejor forma de averiguar lo que ocurre en Kyralia es pasar unos cuantos días escuchando los chismorreos en Elyne.

Eclos de pasos atrajeron su atención de vuelta al salón. Jerrik, el rector de la universidad, se había levantado de su asiento entre los magos superiores y estaba descendiendo los escalones hacia la parte delantera. Se detuvo en el centro del piso y barrió con los ojos la fila de los aspirantes, frunciendo el ceño con su habitual gesto desaprobatorio y avinagrado.

—En este día, cada uno de vosotros da el primer paso para convertirse en mago del Gremio de Kyralia —comenzó con voz severa—. Como aprendices, estáis obligados a obedecer las normas de la universidad. Normas que, por los tratados que unen a las Tierras Aliadas, son aprobadas por todos los gobernantes, y que todos los magos deben hacer respetar. Incluso si no os graduáis, permaneceréis ligados a ellas. —Hizo una pausa y observó con intensidad a los novatos—. Para uniros al Gremio habréis de emitir un juramento, juramento que consta de cuatro partes.

»En primer lugar, deberéis jurar que nunca causaréis daño a ningún otro hombre o mujer salvo en defensa de las Tierras Aliadas. Esto incluye a personas de cualquier clase, condición, estado criminal o edad. Todas las cuentas pendientes, ya sean de carácter político o personal, quedan zanjadas aquí hoy.

»En segundo lugar, deberéis jurar obedecer las leyes del Gremio. Si aún no conocéis estas leyes, que aprenderlas sea vuestra primera tarea. La ignorancia no es excusa.

»En tercer lugar, deberéis jurar obedecer las órdenes de cualquier mago a menos que estas impliquen quebrantar la ley. Dicho esto, tratamos este punto con cierta flexibilidad: no estáis obligados a hacer nada que consideréis moralmente incorrecto o que entre en conflicto con vuestra religión o tradiciones. Pero no os atreváis a decidir por vosotros mismos cuándo y en qué medida debemos ser flexibles. En tal circunstancia, deberéis dirigiros a mí, y el asunto será tratado del modo apropiado.

»Y, finalmente, deberéis jurar que nunca utilizaréis la magia si no es bajo las instrucciones de un mago. Esto es por vuestra protección. No practiquéis ninguna forma de magia sin supervisión, a menos que vuestro maestro o tutor os haya concedido permiso.

Jerrik hizo una pausa, y reinó el silencio; ni siquiera se oyeron los habituales movimientos de sillas ni el frufú de los vestidos. Jerrik enarcó sus expresivas cejas e irguió los hombros.

—Como dicta la tradición, un mago del Gremio puede reclamar la tutela de un aprendiz para guiarle, a él o a ella, en su adiestramiento universitario. —Volvió el rostro hacia la tribuna que se alzaba detrás de él—. Gran Lord Akkarin, ¿desea reclamar la tutela de alguno de los aspirantes?

—No —dijo una voz fría, oscura.

Mientras Jerrik formulaba la misma pregunta al resto de los magos superiores, Rothen miró hacia la figura ataviada con túnica negra que era el líder del Gremio. Akkarin, al igual que casi todos los kyalianos, era alto y delgado, con el rostro anguloso acentuado por la antigua costumbre de llevar el pelo largo y recogido en la nuca.

Akkarin observaba la ceremonia con expresión distante, como era su costumbre. Nunca había mostrado interés alguno en guiar el entrenamiento de un aprendiz, y la mayoría de las familias habían perdido la esperanza de que un hijo suyo pudiera ser favorecido por el líder del Gremio.

Aun siendo joven para ostentar el título de Gran Lord, Akkarin tenía una presencia que inspiraba respeto incluso en los magos más conservadores e influyentes. Hábil, culto e inteligente, era sin embargo su fuerza mágica lo que le confería la capacidad de intimidar a tanta gente. Se sabía que poseía poderes tan grandes que algunos conjeturaban que era más fuerte que el resto del Gremio junto.

Pero, gracias a Sonea, Rothen era uno de los dos únicos magos que conocía la verdadera naturaleza de la inmensa fuerza del Gran Lord.

Antes de que los ladrones la entregaran, Sonea y su pillastre amigo, Cery, habían explorado el Gremio una noche. Acudieron con la esperanza de que si veían a los magos usar la magia, ella podría aprender a controlar sus poderes. En cambio, fue testigo del extraño ritual llevado a cabo por el Gran Lord. No había comprendido lo que presenció, pero cuando el administrador Lorlen la sometió a una lectura de la verdad para confirmar los crímenes de Fergun, durante la Vista por la tutela, él había contemplado sus recuerdos de aquella noche y reconocido el ritual.

El Gran Lord Akkarin, líder del Gremio, practicaba la magia negra.

Los magos corrientes no sabían nada de magia negra, excepto que estaba prohibida. Los magos superiores conocían solo lo suficiente para reconocerla. Incluso saber cómo realizarla se consideraba un crimen. Rothen ahora sabía, por la comunicación de Sonea con Lorlen, que la magia negra confería la capacidad para fortalecerse a uno mismo extrayendo el poder de otras personas. Si se absorbía todo el poder de la víctima, esta moría.

Rothen no acertaba a imaginar qué habría supuesto para Lorlen descubrir que su amigo más íntimo no solo había aprendido magia negra, sino que la practicaba. Debió de ser toda una conmoción. Aunque, al mismo tiempo, Lorlen se había dado cuenta de que no podía desenmascarar a Akkarin sin poner en peligro al Gremio y a la ciudad. Si Akkarin decidía luchar, vencería fácilmente, y con cada muerte su fuerza se acrecentaría. En consecuencia, Lorlen, Sonea y Rothen debían, por el momento, mantener en secreto lo que sabían. Cuán duro debía de ser para Lorlen, suponía Rothen, fingir amistad, conociendo lo que Akkarin era capaz de hacer.

A pesar de lo que sabía, Sonea había accedido a unirse al Gremio. Al principio, la decisión sorprendió a Rothen, hasta que ella señaló que si bloqueaba sus poderes — como la ley requería que hicieran aquellos que decidieran no unirse al Gremio— se convertiría en una tentadora fuente de poder para el Gran Lord. La magia de Sonea era poderosa, pero ella era incapaz de emplearla en defensa propia. Rothen se estremeció. En el Gremio, al menos, su muerte no pasaría desapercibida si esta se producía en extrañas circunstancias.

Así y todo, había sido una decisión valiente, sabiendo lo que yacía en el corazón del Gremio. Mirándola, de pie entre los hijos e hijas de algunas de las familias más ricas de las Tierras Aliadas, experimentó al mismo tiempo orgullo y afecto. En los últimos seis meses había llegado a pensar en ella como en una hija más que como en una estudiante.

—¿Algún mago desea reclamar la tutela de uno de estos aspirantes?

Rothen saltó al darse cuenta de que su turno para hablar había llegado. Abrió la boca, pero, antes de poder decir nada, otra voz pronunció las palabras rituales.

—He hecho una elección, rector.

La voz procedía del otro extremo del salón. Todos los aspirantes se volvieron para ver quién se había levantado de su asiento.

—Lord Yarrin —reconoció Jerrick—. ¿La tutela de qué aspirante desea reclamar?

—Gennyl, de la familia Randa y la Casa de Saril, y el Gran Clan de Alaraya.

Un tenue murmullo de voces se elevó en las filas de los magos. Al mirar hacia abajo, Rothen reparó en que el padre del chico, lord Tayk, se inclinaba hacia delante en su silla.

Jerrick esperó hasta que las voces se apagaron, y luego inclinó la cabeza, expectante, hacia Rothen.

—¿Algún otro mago desea reclamar la tutela de uno de estos aspirantes?

Rothen se puso en pie.

—He hecho una elección, rector.

Sonea alzó la mirada, apretando los labios para intentar no sonreír.

—Lord Rothen —respondió Jerrick—, ¿la tutela de qué aspirante desea reclamar?

—Deseo reclamar la tutela de Sonea.

Esta vez, no hubo ningún murmullo y Jerrick se limitó a asentir en señal de reconocimiento. Rothen regresó a su asiento.

—Ya está —susurró Danyl—. Tu última oportunidad se ha esfumado. Ya no hay salida. Ella te tiene verdaderamente bien atado a su mano, y así estarás durante los próximos cinco años.

—¡Chitón! —replicó Rothen.

—¿Algún otro mago desea reclamar la tutela de uno de estos aspirantes?

—He hecho una elección, rector.

La voz provenía de la izquierda de Rothen. Los congregados se giraron o cambiaron de posición en sus asientos, y las sillas crujieron. Un murmullo de excitación resonó en la sala cuando lord Garrel se levantó.

—Lord Garrel... —Había sorpresa en la voz de Jerrick—. ¿La tutela de qué aspirante desea reclamar?

—Regin, de la familia Winar y la Casa de Paren.

El murmullo se transformó en un suspiro colectivo de comprensión. Rothen vio que el muchacho, situado en el extremo de la fila, lucía una sonrisa abierta. Las voces y los crujidos de las sillas continuaron durante varios minutos, hasta que Jerrick alzó los brazos solicitando silencio.

—Yo no quitaría ojo a esos dos aprendices y a sus tutores —murmuró Dannyl—. Nadie suele elegir a un aprendiz en su primer año. Es probable que lo hagan simplemente para evitar que Sonea tenga un estatus superior al resto de sus compañeros.

—O... he iniciado una tendencia —caviló Rothen—. Y puede que Garrel ya haya visto potencial en su sobrino. Eso explicaría por qué la familia de Regin quería que empezara antes las clases.

—¿Hay más reclamaciones de tutela? —preguntó Jerrick. Siguió el silencio, y el rector bajó los brazos—. Que todos los magos con intención de reclamar una tutela se acerquen.

Rothen se levantó y recorrió el camino hasta el final de los asientos. A continuación bajó la escalera y se unió a lord Garrel y lord Yarrin. Esperó junto al rector Jerrick mientras un joven aprendiz, ruborizado por la excitación de desempeñar un papel en la ceremonia, se acercó portando unas telas de color marrón rojizo. Cada uno de los magos seleccionó un fardo.

—Por favor, que se adelante Gennyl —ordenó Jerrick.

Uno de los muchachos lonmarianos se precipitó hacia delante e hizo una reverencia. Sus ojos se ensancharon al encararse a lord Jerrick, y su voz tembló mientras recitaba el Juramento de los Aprendices. Lord Yarrin tendió al muchacho sus túnicas, y tutor y aprendiz se retiraron. Lord Jerrick volvió a dirigirse a los aspirantes.

—Por favor, que se adelante Sonea.

La joven caminó rígidamente hacia Jerrick. Aunque tenía la tez pálida, efectuó una grácil reverencia y recitó el juramento con voz clara y firme. Rothen dio un paso adelante y le tendió el fardo de túnicas.

—Te tomo bajo mi tutela, Sonea. Tu aprendizaje será mi tarea y preocupación hasta tu graduación en la universidad.

—Y yo os obedeceré, lord Rothen.

—Que ambos os beneficiéis mutuamente de este acuerdo —concluyó Jerrick.

Mientras se echaban a un lado para aguardar junto a lord Yarrin y Gennyl, Jerrick llamó al aún sonriente muchacho del extremo de la fila.

—Por favor, que se adelante Regin.

El muchacho, seguro de sí mismo, avanzó a grandes zancadas hacia Jerrick, pero su reverencia resultó torpe y apresurada. Mientras las frases rituales eran repetidas, Rothen miró a Sonea, preguntándose qué pensaría. Ahora era miembro del Gremio, y eso no era ninguna nimiedad.

Sonea observaba al chico situado a su derecha, y Rothen siguió su mirada. Gennyl aguardaba con la espalda recta y el rostro ruborizado.

«Está a punto de estallar, de puro orgullo», caviló Rothen.

Tener un tutor, especialmente a aquellas alturas, denotaba que un aspirante poseía un don excepcional.

Pocos opinarían así de Sonea, no obstante. Sospechaba que la mayoría de los magos asumían que había elegido ser su tutor simplemente para recordarles que había desempeñado un papel decisivo a la hora de encontrarla. No le habrían creído si les hubiera hablado de su fuerza y talento. Pero ya lo descubrirían, y saber esto le proporcionaba cierta satisfacción.

Después de que Regin y lord Garrel hubieran pronunciado las palabras rituales, se colocaron a la izquierda de Rothen. El muchacho se quedó mirando a Sonea, con expresión calculadora. Ella no se percató, o bien le estaba ignorando. Se limitaba a observar con atención mientras Jerrick llamaba al resto de los aspirantes a pronunciar el juramento. Estos fueron formando una fila junto a los tutores y sus aprendices a medida que iban recibiendo sus túnicas.

Cuando el último de los aspirantes se hubo unido a la fila, lord Jerrick se volvió hacia ellos.

—Ahora sois aprendices del Gremio de los Magos —anunció—. Que los años venideros sean prósperos para todos vosotros.

Los aprendices, como uno solo, se inclinaron en una reverencia. Lord Jerrick asintió y se hizo a un lado.

—Doy la bienvenida a nuestros nuevos aprendices y les deseo muchos años de éxito. —Sonea saltó al escuchar la voz de Lorlen a su espalda—. En este momento, declaro finalizada la Ceremonia de Aceptación.

En el Salón Gremial comenzaron a resonar ecos de voces. Las filas de hombres y mujeres con túnicas se agitaron como zarandeadas por un fuerte viento. Se levantaron e iniciaron el descenso hacia el piso, llenando la sala con el repiqueteo de sus pasos. Los nuevos aprendices empezaron a moverse en todas las direcciones al darse cuenta de que las formalidades habían terminado. Algunos corrían hacia sus padres, otros examinaban el fardo de prendas que tenían en las manos u observaban la repentina actividad que se desarrollaba a su alrededor. En el otro extremo del Salón Gremial las

grandes puertas empezaron a abrirse lentamente.

Sonea se volvió y miró a Rothen.

—Ya está, pues. Soy una aprendiz.

Él sonrió.

—¿Contenta de que todo haya acabado?

—Tengo la sensación de que no ha hecho más que comenzar —dijo encogiéndose de hombros. Sus ojos titilaron—. Aquí llega tu sombra.

Rothen se volvió y descubrió a Danyl avanzando con paso firme hacia él.

—Bienvenida al Gremio, Sonea.

—Gracias, embajador Danyl —respondió Sonea con una reverencia. Este se echó a reír.

—Aún no, Sonea. Aún no.

Sintiendo la presencia de alguien nuevo a su lado, Rothen se volvió y encontró al rector de la universidad junto a él.

—Lord Rothen —dijo Jerrick, dirigiendo una cansina sonrisa a Sonea cuando esta se inclinó.

—¿Sí? —respondió Rothen.

—¿Se mudará Sonea al alojamiento de los aprendices? No se me había ocurrido preguntárselo hasta ahora.

Rothen negó con la cabeza.

—Se quedará conmigo. Tengo espacio de sobra para ella en mis aposentos.

Jerrick alzó las cejas.

—Ya veo. Se lo diré a lord Ahrind. Discúlpenme.

Rothen observó al anciano acercarse a un mago delgado y de mejillas hundidas. Lord Ahrind frunció el ceño y miró a Sonea mientras Jerrick hablaba.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Sonea.

Rothen señaló con la cabeza las prendas que la joven sostenía en las manos.

—Veamos si estas túnicas te quedan bien. —Miró a Danyl—. Y creo que es de recibo una pequeña celebración. ¿Vienes?

Danyl sonrió.

—No me lo perdería por nada.

2. El primer día

Un sol cálido caía sobre la espalda de Dannyl mientras avanzaba hacia el carruaje. Invocó un poco de magia para levantar el primero de sus arcones y ponerlo en el techo. Tras colocar al lado el segundo, suspiró y meneó la cabeza.

—Sospecho que voy a arrepentirme de llevarme conmigo tanto equipaje —masculló—. Y aun así no dejo de pensar en cosas que desearía haber empaquetado.

—Estoy seguro de que en Capia serás capaz de comprar cualquier cosa que necesites —dijo Rothen—. Ciertamente, Lorlen te ha concedido una generosa gratificación.

—Sí, fue una grata sorpresa. —Dannyl sonrió abiertamente—. Tal vez estés en lo cierto en cuanto a sus razones para enviarme lejos.

Rothen enarcó las cejas.

—Sin duda sabe que haría falta mucho más que enviarte a otro país para mantenerte apartado de los problemas.

—Ah, pero voy a echar de menos eso de sacarte de todos tus apuros, amigo mío. —Cuando el conductor abrió la puerta del carruaje, Dannyl se giró para mirar al mago de más edad—. ¿Vienes al Puerto?

Rothen negó con la cabeza.

—Las clases empiezan en menos de una hora.

—Para ambos, Sonea y tú —asintió Dannyl—. Eso es todo, pues... Ya es hora de decir adiós.

Se contemplaron el uno al otro con solemnidad durante un momento; a continuación Rothen asió con fuerza el hombro de Dannyl y sonrió.

—Ten cuidado. Intenta no caerte por la borda.

Dannyl rió entre dientes y le devolvió el apretón.

—Cuídate, viejo amigo. No permitas que esa nueva aprendiz tuya te agote. Volveré dentro de un año o así para comprobar tus progresos.

—¡Viejo amigo, vaya! —Rothen empujó a Dannyl hacia el carruaje. Tras trepar a su interior, Dannyl se volvió y observó una expresión reflexiva en el rostro de su amigo—. Nunca pensé que te vería salir corriendo a tan gloriosa aventura, Dannyl. Parecías muy contento aquí, y rara vez has puesto un pie fuera de las puertas desde que te graduaste.

Dannyl se encogió de hombros.

—Supongo que aguardaba a tener el motivo adecuado.

Rothen dejó escapar un rudo sonido.

—Mentiroso. Eres un vago, sencillamente. Espero que el primer embajador conozca este hecho, o se llevará una desagradable sorpresa.

—Lo descubrirá pronto. —Dannyl esbozó una burlona sonrisa.

—Estoy seguro. —Rothen sonrió y se apartó del carruaje—. Ve en paz, pues.

Dannyl asintió con la cabeza.

—Adiós. —Y diciendo esto, golpeó el techo del carruaje. Este se puso en marcha con una sacudida, alejando consigo a Dannyl, que se deslizó al otro lado del asiento y descorrió la cortina que cubría la ventanilla. Vislumbró a Rothen mirando todavía, antes de que el carruaje volviera a girar para atravesar las Puertas del Gremio.

Se recostó en el mullido asiento y suspiró. Aunque se sintiera complacido por partir finalmente, sabía que echaría de menos a sus amigos y el ambiente familiar. Rothen tenía a Sonea y a la anciana pareja Yaldin y Ezrille, pero Dannyl tendría como única compañía a unos extraños.

Aunque le ilusionaba su nuevo cargo, se sentía algo intimidado por los deberes y responsabilidades que iba a asumir. Desde la búsqueda de Sonea, sin embargo, durante la cual había localizado y negociado con uno de los ladrones, su cómoda y mayormente solitaria vida de estudio en el Gremio le parecía cada vez más tediosa.

No se había dado cuenta de lo aburrido de su estado hasta que Rothen le contó que estaba siendo considerado para el cargo de segundo embajador. Para cuando Dannyl fue convocado al despacho del administrador, ya era capaz de recitar el nombre y la posición de cada hombre y mujer de la corte de Elyne, y, para diversión de Lorlen, también numerosos escándalos.

El carruaje se internó en el Círculo Interno y viró hacia la carretera que circunvalaba los muros del Palacio. Apenas se divisaban sus magníficas torres desde aquel ángulo, por lo que Dannyl se deslizó al otro lado del asiento para admirar las casas, primorosamente decoradas, de los ricos y poderosos. En una esquina de la calle se estaba construyendo una nueva mansión. Recordó la vieja estructura en proceso de desmoronamiento que previamente se había alzado allí, una reliquia de tiempos anteriores a la invención de la arquitectura de creación mágica, cuya aplicación a la piedra y el metal había permitido a los magos construir fantásticos edificios que desafiaban las limitaciones estructurales normales. Antes de que el carruaje pasara de largo, Dannyl tuvo tiempo de ver a dos magos de pie junto a la casa parcialmente construida, uno de ellos sosteniendo en las manos un plano de gran tamaño.

El carruaje volvió a girar y pasó frente a otros hogares excelsos, luego aminoró la marcha y atravesó las Puertas Interiores en dirección a la Cuaderna Occidental. Los guardias apenas le echaron un vistazo al pasar; su mirada se detuvo únicamente en el símbolo del Gremio pintado en el costado del vehículo. La carretera cruzaba la Cuaderna Occidental, entre casas grandes y regias de un estilo más simple que las del Círculo Interno. La mayoría de ellas pertenecían a mercaderes o artesanos, que preferían aquella parte de la ciudad por su proximidad al Puerto y al Mercado.

Cuando el carruaje atravesó la Puerta Occidental, entró en un laberinto de

tenderetes y cabinas. Gentes de todas las razas y clases abarrotaban las calles a ambos lados. Los poseedores de puestos anunciaban a los cuatro vientos los precios de sus mercancías por encima del interminable zumbido de voces, silbidos, campanas y reclamos de animales. Aunque el ancho de la carretera se conservaba invariable, vendedores, compradores, artistas callejeros y mendigos se aglomeraban a ambos lados de tal forma que los carruajes apenas tenían suficiente espacio para sortear a los que venían de frente.

El aire estaba cargado de una mezcla de olores diversos. A una brisa endulzada por el aroma de fruta magullada le seguía otra apestando a verduras podridas. El olor fibroso de las esteras quedó empantanado por el hedor agrio y sofocante de algo malsano cuando dos hombres que transportaban una cuba con un aceitoso líquido azul pasaron junto al carruaje. Finalmente, el salobre aroma del mar y el sutil olor acre del lodo del río alcanzaron a Dannyl, y este notó que los latidos de su corazón se aceleraban. El carruaje dobló una curva y el Puerto emergió a la vista.

Un bosque de mástiles y sogas se extendía delante de él, dividiendo el cielo en ribetes de color azul. A cada lado de la carretera un interminable río de personas avanzaba apresuradamente. Musculosos porteadores y marineros transportaban cajas, cestos y sacos sobre la espalda. Carretas de todos los tamaños, tiradas por toda suerte de animales, se movían con pesadez. Los gritos de los vendedores fueron reemplazados por órdenes pregonadas a voz en cuello y por los bramidos plañideros del ganado.

El carruaje continuó la marcha, pasando por delante de botes cada vez más grandes, hasta que alcanzó una fila de sólidos barcos mercantes que descansaban en un largo muelle. Allí frenó y se detuvo, balanceándose hacia atrás sobre sus muelles.

La puerta se abrió y el conductor se inclinó respetuosamente.

—Hemos llegado, milord.

Dannyl se deslizó en el asiento y saltó afuera. Un hombre moreno y con el pelo blanco aguardaba de pie; tenía el rostro y los brazos desnudos muy bronceados. Tras él había varios hombres más jóvenes, todos ellos de constitución fuerte.

—¿Es usted lord Dannyl? —preguntó el hombre haciendo una forzada reverencia.

—Sí. ¿Y usted es...?

—Oficial del muelle —dijo, y a continuación señaló con la cabeza hacia el carruaje—. ¿Suyo?

Dannyl imaginó que se estaba refiriendo a los arcones.

—Sí.

—Nos encargaremos de bajarlos.

—No, puedo ahorrarles la molestia.

Dannyl se volvió y enfocó su voluntad. A medida que cada arcón era descendido al suelo, un par de hombres se adelantaban y lo asían, aparentemente acostumbrados

al uso de la magia con tales propósitos. Empezaron a recorrer el embarcadero, con el resto de los hombres detrás.

—El sexto navío, milord —dijo el oficial del muelle mientras el carruaje se alejaba.

Dannyl asintió con la cabeza.

—Gracias.

Cuando alcanzó el embarcadero, sus pasos empezaron a resonar, emitiendo un eco hueco sobre la pasarela de madera. Bajó la mirada y vislumbró el agua entre las grietas de los amplios tablones. Siguió a los porteadores bordeando una gran pila de cajas que estaban siendo cargadas en un barco, y más allá un montón de lo que parecían alfombras bien enrolladas esperando junto a otra embarcación. Había hombres por doquier: corriendo arriba y abajo del embarcadero con cargas en los hombros, holgazaneando en las cubiertas o moviéndose a grandes zancadas al grito de las órdenes.

Por encima del ruido, Dannyl percibió los más sutiles sonidos del Puerto: el constante crujido de los maderos, el chapoteo del agua contra el casco de los navíos y el embarcadero. Captaba pequeños detalles: la decoración en mástiles y velas, los nombres pintados cuidadosamente en los cascos y en las cabinas de popa, el agua manando a través de un agujero en el costado de un barco. Frunció el ceño ante aquel último detalle. Se suponía que el agua permanecía fuera de la embarcación, ¿no?

Cuando llegaron al sexto navío, los porteadores subieron a bordo por una estrecha pasarela. Al levantar la vista, Dannyl reparó en un par de hombres que le miraban desde el barco. Avanzó por la pasarela con cautela al principio, más confiado al descubrir que era suficientemente sólida a pesar de la flexibilidad de la madera. Cuando pisó la cubierta, los dos hombres le saludaron con reverencias.

Su aspecto era notablemente parecido. La piel marrón y la pequeña estatura eran típicos rasgos vindeanos. Ambos vestían con ropas burdas y de un color indefinido. Uno de ellos, sin embargo, aguardaba en posición más erguida que el otro, y fue quien habló.

—Bienvenido al *Finda*, milord. Soy el capitán Numo.

—Gracias, capitán. Soy lord Dannyl.

El capitán señaló los arcones, que descansaban sobre la cubierta a unos pocos pasos de distancia; los porteadores esperaban cerca.

—No espacio para cajas en camarote, milord. Guardar abajo. Si necesita algo, usted pide a mi hermano, Jano.

Dannyl asintió con la cabeza.

—Muy bien. Hay solo un objeto que recogeré antes de que se los lleven.

El capitán asintió una vez.

—Jano enseña cuarto. Nosotros zarpamos pronto.

Cuando el capitán se alejó, Dannyl tocó la tapa del arcón más pequeño. La cerradura se abrió con un chasquido. Sacó una bolsa de cuero atestada con lo necesario para el viaje. Tras cerrar de nuevo la tapa, miró a los porteadores.

—Esto es todo lo que me hará falta... espero.

Se agacharon y se llevaron los baúles. Dannyl se volvió y miró a Jano con expectación. El hombre asintió con la cabeza y le hizo señas a Dannyl para que le siguiera.

Atravesaron una puerta estrecha y descendieron un corto tramo de escalera hasta una sala amplia. El techo era tan bajo que hasta Jano tuvo que inclinarse para esquivar las vigas. Unas sábanas burdamente tejidas colgaban del techo entre ganchos. Esas, imaginó, eran las camas colgantes de las que hablaban los viajeros en sus relatos e informes.

Jano le condujo por un estrecho pasillo y, tras unos cuantos pasos, abrió una puerta. Dannyl contempló el cuarto diminuto con consternación. Una cama baja de la misma anchura que sus hombros llenaba por completo el interior. Habían incorporado un pequeño aparador en un extremo, y unas mantas de lana de reber de buena calidad reposaban pulcramente dobladas en el otro.

—Pequeño, ¿yai?

Dannyl miró a Jano y notó que el hombre sonreía abiertamente. Esbozó una sonrisa irónica, consciente de que su consternación era evidente.

—Sí —coincidió Dannyl—. Pequeño.

—Cuarto de capitán dos veces más grande. Cuando barco grande es nuestro, tenemos cuarto grande, también, ¿yai?

Dannyl asintió con la cabeza.

—Parece justo. —Dejó caer la bolsa sobre la cama, luego se dio media vuelta para poder sentarse, con las piernas extendidas en el pasillo—. No necesito más.

Jano dio unas palmaditas en la puerta de enfrente.

—Mi cuarto. Tenemos compañía uno del otro, ¿yai? ¿Usted cantar?

Antes de que Dannyl pudiera siquiera pensar en una respuesta sonó una campana en algún lugar, por encima de ellos, y Jano alzó la mirada.

—Tengo que marchar. Zarpar ahora. —Dio media vuelta y se detuvo—. Usted quedarse aquí. No ponerse en el camino. —Sin esperar una respuesta, se marchó a la carrera.

Dannyl contempló el diminuto camarote que constituiría su espacio vital durante las dos semanas siguientes, y soltó una risita. Ahora entendía por qué tantos magos odiaban viajar por mar.

De pie junto a la entrada del aula, Sonea sintió que se le caía el alma a los pies.

Había salido de los aposentos de Rothen temprano, esperando llegar al aula antes

que los otros aprendices, y con tiempo suficiente para conseguir controlar un poco su agitado estómago antes de encontrarse con ellos. Pero ya había varios asientos ocupados. Vaciló, y las caras se volvieron hacia ella. Se le hizo un nudo en el estómago. Miró rápidamente al mago que estaba sentado en la parte delantera del aula.

Era más joven de lo que había esperado, probablemente no alcanzaba la treintena. Una nariz aguileña confería a su rostro una expresión de desdén. Cuando ella se inclinó, el mago alzó la vista; sus ojos se clavaron en su cara, la recorrieron de arriba abajo hasta sus botas nuevas, y volvieron a ascender hasta la cara. Satisfecho, el mago bajó la mirada a una hoja de papel y trazó una pequeña marca en la lista que había allí escrita.

—Escoge un asiento, Sonea —dijo en tono displicente.

La sala contenía doce mesas perfectamente alineadas, con sus correspondientes sillas. Seis aprendices, todos sentados en el borde de sus asientos, la observaban mientras analizaba la distribución.

«No te sientes demasiado lejos de los otros aprendices —se dijo a sí misma—. No querrás que crean que eres una antipática... o que les tienes miedo.»

Había unos cuantos sitios vacíos en el centro del aula, pero tampoco le gustaba la idea de sentarse en el medio. En la pared más alejada quedaba una silla libre, flanqueada por tres aprendices en la fila contigua. Esa serviría.

Era consciente de los ojos que la seguían mientras avanzaba hasta la silla. Cuando se sentó, se obligó a levantar la mirada hacia ellos. De repente los aprendices encontraron algo más interesante. Sonea suspiró aliviada. Había esperado encontrar más expresiones despectivas. Tal vez sólo el chico del día anterior —Regin— se mostraría abiertamente antipático.

El resto de los aprendices fueron llegando uno a uno a la puerta del aula, se inclinaron ante el profesor y tomaron asiento. La tímida chica kyaliana se sentó en la primera silla que encontró. Otro casi se olvidó de hacer una reverencia al mago, y luego fue dando traspiés hasta el asiento que estaba delante de Sonea. No la vio hasta que hubo alcanzado la silla, y entonces le dedicó una mirada de consternación y luego se sentó de mala gana.

El último aprendiz en llegar fue el poco amigable Regin. Examinó la habitación con ojos entrecerrados antes de situarse deliberadamente en el centro del grupo.

Sonó un lejano gong, y el mago se levantó de la silla. Varios aprendices, incluida ella, se sobresaltaron visiblemente ante ese movimiento. Antes de que el profesor pudiera hablar, sin embargo, un rostro familiar apareció en la puerta.

—¿Están todos aquí, lord Elben?

—Sí, rector Jerrik —respondió el profesor.

El rector de la universidad metió los pulgares en la faja marrón que rodeaba su

cintura y contempló a la clase.

—Bienvenidos —dijo, con voz más severa que acogedora—, y enhorabuena. Os brindo esta felicitación no porque cada uno de vosotros haya tenido la buena fortuna de nacer con la rara y envidiada capacidad para usar la magia. Os felicito porque cada uno de vosotros ha sido aceptado en la universidad del Gremio de los Magos. Algunos habéis venido de países lejanos, y no regresaréis a vuestros hogares en muchos años. Puede que algunos decidáis permanecer aquí la mayor parte de vuestra vida. Todos vosotros estaréis, no obstante, anclados aquí durante los próximos cinco años.

»¿Por qué? Para convertirlos en magos. ¿Qué es un mago, entonces? —Esbozó una sonrisa forzada—. Son muchos los atributos que definen a un mago. Algunos ya los poseéis, algunos los desarrollaréis, algunos los aprenderéis. Algunos son más importantes que otros.

Se detuvo y barrió la clase con la mirada.

—¿Cuál es el atributo más importante de un mago?

Sonea vio por el rabillo del ojo que varios de los aprendices se enderezaban en sus asientos. Jerrick rodeó el escritorio y se paseó por su lado de la habitación. Miró al chico que estaba sentado delante de ella.

—¿Vallon?

Sonea vio que la espalda del muchacho se encorbaba como si quisiera deslizarse bajo la mesa.

—Lo-lo bien que hace algo, milord. —La débil voz del muchacho apenas era audible—. Lo mucho que se ha ejercitado.

—No. —Jerrick giró sobre sus talones y acechó el otro lado de la clase. Atrapó a uno de los ansiosos chicos con su mirada gélida—. ¿Gennyl?

—La fuerza, milord —respondió el chico.

—¡Definitivamente, no! —bromeó el rector de la universidad.

Dio un paso adelante, entre las filas de aprendices, y se detuvo junto a la tímida chica kyraliana.

—¿Bina?

La muchacha parpadeó con gracia, luego alzó la cabeza y clavó la vista en el mago. Los ojos de este aguantaron la mirada y ella bajó la cabeza rápidamente.

—Hum... —Una pausa; de repente se animó—. La bondad, milord. El modo en que él o ella utiliza la magia.

—No. —Su tono fue más amable—. Aunque ese es un atributo muy importante y que esperamos de todos nuestros magos.

Jerrick continuó avanzando por el pasillo. Sonea volvió la cabeza para observarle, pero se dio cuenta de que el resto de los aprendices miraban fijamente hacia la parte delantera de la habitación. Se sentía intranquila, así que los imitó, mientras escuchaba

los pasos del mago, que se aproximaba.

—¿Elayk?

—¿El talento, milord? —El muchacho tenía un fuerte acento lonmariano.

—No.

Los pasos estaban cada vez más cerca. Sonea sintió un cosquilleo en la parte superior de su espalda. ¿Qué contestaría si le preguntaba? Seguramente todas las posibles respuestas ya habían sido dichas. Inspiró silenciosamente y dejó salir el aire poco a poco. De todas formas no le preguntaría. Ella era la insignificante chica de las...

—¿Sonea?

Su estómago dio una sacudida. Al levantar la mirada, vio a Jerrik descollando sobre ella; sus ojos se iban tornando más fríos a cada instante de indecisión por su parte.

Entonces supo la respuesta. Era fácil. Después de todo, debería saberlo mejor que cualquiera de los aprendices, pues ella casi había muerto cuando sus propios poderes se habían vuelto incontrolables. Jerrik conocía este hecho, y probablemente era la razón por la que le preguntaba.

—El Control, milord.

—No.

El mago suspiró y caminó hacia la parte delantera de la clase. Sonea se quedó mirando las vetas de la mesa de madera, con el rostro ardiendo.

El rector de la universidad se detuvo delante del escritorio y se cruzó de brazos. Volvió a pasear la mirada por la habitación. La clase aguardaba, expectante y avergonzada.

—El atributo más importante de un mago es el conocimiento. —Hizo una pausa, y luego miró, uno tras otro, a los aprendices a quienes había preguntado—. Sin él, la fuerza de un mago de nada sirve, no posee nada a lo que aplicar su habilidad o talento, aun con la mejor de sus intenciones. —Los ojos del mago titilaron al mirar a Sonea—. Incluso si sus poderes emergen a la superficie por sí mismos, pronto estará muerto si no adquiere el conocimiento necesario para controlarlos.

La clase, como un solo ser, dejó escapar el aliento. Unas pocas caras se volvieron un instante hacia Sonea. Congelada por una semiinconsciencia, continuaba con los ojos fijos en el pupitre.

—El Gremio es el mayor y más exhaustivo almacén de conocimiento del mundo —prosiguió Jerrik, con una nota de orgullo en su voz—. Durante los años que paséis aquí, se os será transmitido ese conocimiento, o al menos parte de él. Si prestáis atención, escucháis lo que vuestros maestros han de contaros y hacéis uso de los recursos disponibles, como la vasta biblioteca, destacaréis. Sin embargo —añadió, y su tono se ensombreció—, si no prestáis atención, ni rendís respeto a vuestros

mayores, ni sacáis ventaja de los siglos de conocimiento reunido por vuestros predecesores, solo conseguiréis avergonzaros a vosotros mismos. Los años que tenéis por delante no serán fáciles —advirtió—. Debéis entregaros por completo, ser disciplinados y conscientes de vuestras obligaciones... —Hizo una pausa y examinó los rostros frente a él—. Si pretendéis desarrollar plenamente vuestro potencial como magos del Gremio.

La atmósfera de la habitación había pasado del alivio a una nueva variedad de tensión. Los aprendices permanecían en tanto silencio que Sonea podía oírles respirar; Jerrik irguió la espalda y juntó las manos detrás.

—Probablemente conocéis —dijo en un tono de voz más suave— los tres niveles de Control, que son la base de vuestra educación universitaria. El primero, destapar vuestro poder, lo alcanzaréis hoy. El segundo, la capacidad de acceder, invocar y contener vuestra reserva de poder, será la tarea para el resto de esta mañana, y todas las mañanas, hasta que podáis conseguir las tres cosas sin pensar. El tercero, desentrañar las muchas maneras en que el poder puede ser utilizado, os será revelado a lo largo de los años desde hoy hasta vuestra graduación... aunque, con independencia de la disciplina en la que os especialicéis posteriormente, en ningún momento completaréis el tercer nivel. Una vez que os hayáis graduado, dependerá de vosotros ampliar el conocimiento que os hemos proporcionado, pero, desde luego, nunca sabréis todo lo que puede ser sabido. —Esbozó una sonrisa.

»El Gremio guarda más conocimiento del que seríais capaces de absorber en vuestra vida, probablemente más del que podríais aprender en cinco vidas. Aquí disponemos de tres disciplinas: sanación, alquimia y habilidades de guerrero. Para que podáis aprender lo suficiente de una de ellas, y convertirnos en magos diestros y eficientes, vuestros profesores, y aquellos que les precedieron, han recopilado la información primordial y más relevante con el fin de transmitíroslo. —Alzó ligeramente la barbilla—. Usad bien este conocimiento, aprendices del Gremio de los Magos de Kyralia.

Recorrió el aula con la mirada una vez más, luego se volvió y, tras un asentimiento de cabeza hacia lord Elben, abandonó la habitación.

La clase se quedó quieta y en silencio. El profesor permaneció inmóvil, observando las expresiones en los rostros de sus pupilos con una sonrisa de satisfacción. Entonces rodeó la larga mesa y les habló.

—Vuestra primera lección en Control da comienzo ahora. A cada uno de vosotros se le ha designado un profesor para esta lección. Os esperan tras la puerta contigua. Ahora, levantaos y dirigíos a esa habitación.

Las sillas se arrastraron por el suelo de madera cuando los aprendices se pusieron ansiosamente en pie. Sonea se levantó despacio. El profesor volvió la cabeza y la observó con frialdad.

—Excepto tú, Sonea —agregó con retraso—. Tú te quedarás aquí.

Esta vez todos los aprendices se volvieron para mirarla. Ella parpadeó, pasando de un rostro a otro, sintiéndose extrañamente culpable a medida que la comprensión despuntaba en los ojos de todos ellos.

—Vamos —instó el profesor.

Los aprendices empezaron a moverse. Sonea se dejó caer en la silla y observó a la clase salir en fila. Solo uno se volvió para mirarla de nuevo antes de atravesar la puerta. Sus labios estaban curvados hacia arriba en una mueca despectiva. Regin.

—Sonea.

Se sobresaltó y miró al profesor, sorprendida de que siguiera allí.

—Sí, milord.

Sus ojos perdieron un poco de su frialdad, y cruzó la sala hasta plantarse a su lado.

—Como ya has alcanzado el primer y segundo nivel de Control, te he traído el primer libro que estudiará la clase. —Sonea posó los ojos en un pequeño libro forrado de papel que el mago sostenía en la mano—. El libro contiene ejercicios prácticos, pero los realizaremos con el resto de la clase. Aun así, ganarás mucho al estudiar la información contenida en él.

Puso el libro sobre la mesa, dio media vuelta y se alejó.

—Gracias, lord Elben —le dijo ella a su espalda.

El profesor se detuvo y se volvió para mirarla con meridiana sorpresa; después continuó andando hasta la puerta.

La habitación quedó vacía y silenciosa una vez que el profesor se hubo ido. Sonea recorrió con la vista los otros pupitres. Contó nueve sillas desordenadas.

Miró el libro sobre la mesa y leyó: *Seis lecciones para nuevos aprendices*, por lord Liden, y una fecha. El ejemplar tenía más de un siglo de antigüedad. ¿Cuántos aprendices se habrían abierto camino con aquellos ejercicios? Hojeó el libro. El texto, comprobó con alivio, era claro y fácil de leer.

La magia es un arte útil, pero no sin limitaciones. El área natural de influencia de un mago se encuentra en el interior de su cuerpo, siendo la piel su frontera. Se requiere un mínimo esfuerzo para controlar la magia dentro de este espacio. Ningún otro mago puede influir en él, a menos que esté ejerciendo la sanación, lo cual requiere un contacto físico.

Se precisa un mayor esfuerzo para influir en lo que se halla fuera del cuerpo. Cuanto más lejos se encuentre el objeto a ser controlado, mayor será el esfuerzo necesario. La misma limitación es aplicable a la comunicación mental, aunque no es tan exigente como la mayoría de las tareas mágicas.

Rothen ya le había hablado de todo aquello, pero continuó leyendo. Más tarde, cuando ya había terminado tres lecciones y se disponía a empezar la cuarta, dos

aprendices regresaron al aula. Reconoció al primero como Gennyl, el medio-lonmariano cuya tutela había sido reclamada durante la ceremonia. Su compañero era el otro chico larguirucho de Lonmar. Le echaron un único vistazo mientras se dirigían a sus asientos hacia la mitad del aula. Pudo percibir algo diferente en ellos, como si su presencia se hubiera amplificado. Supuso que eso significaba que sus poderes habían sido liberados. Pronto aprenderían a ocultarlos, igual que lo había hecho ella. Parecía que alcanzar el primer nivel no era un proceso difícil o lento. El segundo nivel, bien lo sabía ella, costaba más.

Entablaron una conversación entre murmullos, en el lenguaje líquido de su tierra natal. Otro aprendiz entró en la habitación, un muchacho kyaliano con unas ojeras oscuras. Se sentó y permaneció en silencio, clavando fijamente la vista en el pupitre.

Había algo extraño en él. Sonea pudo sentir un aura de magia a su alrededor, pero latía erráticamente, a veces con fuerza, a veces desvaneciéndose más allá de toda detección. Como no quería que se sintiera ofendido por su escrutinio, apartó la mirada. Hasta que los aprendices hubieran alcanzado el primer y segundo nivel de Control, podría percibir de ellos toda clase de cosas extrañas.

Una risa al otro lado de la puerta atrajo su atención cuando se disponía a reiniciar la lectura. En esta ocasión entraron en el aula cinco aprendices, en fila, por lo que ya solo faltaba Regin. Sin una figura de autoridad que los vigilara, los aprendices se pusieron a holgazanear, sentándose en las mesas y hablando en pequeños grupos. Los sentidos de Sonea zumbaban con sus presencias mágicas.

Nadie se aproximó a ella. Se sintió al mismo tiempo aliviada y decepcionada. No sabían qué esperar de ella, razonó, así que la evitaban. Tendría que ser la primera en mostrarse amigable. Si no lo hacía, entonces podrían llegar a la conclusión de que no quería mezclarse con ellos.

La bonita muchacha elynea estaba sentada cerca, masajeándose las sienes. Recordando los dolores de cabeza que Rothen había padecido durante sus propias lecciones de Control, Sonea se preguntó si aquella chica apreciaría un poco de amabilidad. Lentamente, tratando de aparentar seguridad, se levantó y cruzó la sala hasta la mesa de la chica.

—No es fácil, ¿verdad? —aventuró Sonea.

La chica alzó los ojos sorprendida, luego se encogió de hombros y volvió a posar la mirada en la mesa. Al no recibir respuesta, Sonea empezó a sospechar, con cierto malestar en el estómago, que la chica la estaba ignorando.

—Ella no me gusta —dijo de pronto, con un fuerte acento elyneo.

Sonea parpadeó perpleja.

—¿Quién?

—Lady Kinla —dijo la chica con irritación. Pronunció el nombre como «Keenlar».

—¿La que te enseña Control? Hummm, eso lo haría difícil.

—No es que lady Kinla sea una mala persona. —La muchacha suspiró—. Es solo que no la quiero en mi mente. Es tan... —Sus rizos pelirrojos se balancearon cuando sacudió la cabeza.

Delante de la chica elynea había un sitio libre. Sonea se sentó en él y se giró para hablar cara a cara con la muchacha.

—No quieres que vea algunas cosas de tu mente, ¿verdad? —insistió Sonea—. Cosas que no son incorrectas o malas, sino que simplemente no quieres que otra persona las vea, ¿a que sí?

—Sí, eso es —respondió levantando la vista, con los ojos bien abiertos y angustiados—, pero tengo que dejar que las vea, ¿no es cierto?

Sonea frunció el ceño.

—No, no tienes que hacerlo... Bueno, no sé exactamente lo que quieres mantener apartado de ella, pero... Bueno, esas cosas pueden ocultarse.

La chica miró fijamente a Sonea.

—¿Cómo?

—Imagina una especie de puerta y ponlas al otro lado —explicó Sonea—. Lady Kinla seguramente vea lo que has hecho, pero no tratará de llegar hasta ellas, igual que Rothen no trató de llegar a las mías.

Los ojos de la chica se abrieron aún más.

—¿Lord Rothen te enseñó Control? ¿Él estuvo en tu mente? —preguntó jadeando.

—Sí —asintió Sonea.

—¡Pero es un hombre!

—Bueno... él me enseñó. ¿Por eso tú tienes a una lady como profesora? ¿Te tiene que enseñar una mujer?

—Por supuesto. —La chica la contemplaba horrorizada.

Sonea sacudió la cabeza lentamente.

—No lo sabía, pero no entiendo qué diferencia puede suponer que te enseñe un mago o una maga. Tal vez... —Arrugó la frente—. Si no hubiera podido ocultar todos mis pensamientos secretos, habría sido mejor tener a una profesora mujer.

La chica se había apartado un poco de Sonea.

—No sería correcto que una chica de nuestra edad compartiera su mente con un hombre.

Sonea se encogió de hombros.

—Son solo mentes. Es como hablar, pero más rápido. No hay nada malo en hablar con un hombre, ¿verdad?

—No...

—Sencillamente, no hablas de ciertas cosas. —Sonea le dirigió una significativa

mirada. Poco a poco, en el rostro de la chica empezó a dibujarse una sonrisa.

—No... excepto en ocasiones especiales, supongo.

—Issle. —Una voz aguda irrumpió en la habitación. Sonea levantó la mirada hacia una mujer de mediana edad con túnica verde que estaba de pie en la puerta—. Ya has descansado suficiente tiempo. Ven conmigo.

—Sí, milady —dijo la chica tras un suspiro.

—Buena suerte —le deseó Sonea mientras la chica se marchaba a toda prisa. No estaba segura de si Issle la había oído, pues desapareció por la puerta sin mirar atrás.

Sonea observó el libro que sostenía en las manos y se permitió esbozar una pequeña sonrisa. Era un comienzo. Tal vez, más tarde, pudiera volver a hablar con Issle.

Regresó a su pupitre y continuó leyendo.

Proyección:

Mover un objeto es más rápido y sencillo si se halla a la vista. Mover un objeto fuera de nuestro campo visual puede hacerse extendiendo la percepción mental para localizarlo primero. Esto conlleva más tiempo y un mayor esfuerzo, no obstante, y...

Aburrida, Sonea empezó a observar a los aprendices yendo y viniendo. Estaba atenta a sus nombres, y trató de adivinar cómo eran. A Shern, el chico kyaliano con oscuras ojeras, se le había crispado el rostro cuando su profesor regresó y pronunció su nombre. Había mirado al mago con ojos angustiados, y cuando empujó hacia atrás la silla y se dirigió a la puerta arrastrando los pies, sus movimientos habían expresado desgana.

Regin había entablado amistad con dos chicos, Kano y Vallon. La tímida chica kyaliana escuchaba atentamente su conversación, y el muchacho elyneo dibujaba en el libro forrado de papel. Cuando Issle regresó, se derrumbó en su asiento y hundió la cabeza entre los brazos. Sonea había oído a los otros quejarse de los dolores de cabeza y decidió dejar tranquila a la muchacha.

Cuando sonó el gong anunciando el descanso intermedio, Sonea dejó escapar un silencioso suspiro de alivio. Solo se había dedicado a leer sobre temas que ya sabía, constantemente distraída por las idas y venidas de los demás aprendices. No había sido una primera clase particularmente interesante.

Lord Elben entró en la sala a trancos, provocando que los aprendices retornaran precipitadamente a sus sitios. Esperó hasta que todos estuvieron en sus asientos y después se aclaró la garganta.

—Reanudaremos las lecciones de Control mañana a la misma hora —les dijo—. Vuestra próxima clase versará sobre la historia del Gremio, y será impartida en la segunda aula del piso de arriba. Ya podéis marcharos.

Se oyeron varios suspiros de alivio por toda la clase. Los aprendices se

levantaron, se inclinaron ante el profesor y echaron a andar hacia la puerta. Sonea se quedó atrás, y se percató de que el chico de Elyne se había unido al grupo de nuevos amigos de Regin. Los siguió discretamente, devolvió el libro al profesor cuando pasó a su lado y después alargó la zancada para ponerse a la altura de Issle.

—¿Ha ido mejor la segunda vez?

La chica miró a Sonea y asintió con la cabeza.

—Hice lo que me dijiste. No funcionó, pero creo que lo hará la próxima vez.

—Eso es bueno. Todo es más fácil después.

Caminaron en silencio unos metros. Sonea buscaba algo que decir.

—Tú eres Issle de Fonden, ¿verdad? —observó una voz.

Issle se dio la vuelta y se detuvo cuando Regin y los otros dos aprendices se aproximaron.

—Sí —dijo ella, sonriendo cortésmente.

—¿Cuyo padre es consejero del rey Marend? —preguntó Regin, arqueando las cejas.

—Correcto.

—Yo soy Regin de Winar —se presentó, haciendo una reverencia con exagerada cortesía—, de la Casa Paren. ¿Me permitirías escoltarte hasta el refectorio?

Ella sonrió abiertamente.

—Sería todo un honor.

—No. —Regin sonreía suavemente—. El honor es mío.

Pasó entre Issle y Sonea, obligando a esta a moverse hacia atrás para evitarle, y tomó el brazo de la muchacha. Los compañeros de Regin se situaron detrás de la pareja cuando esta reanudó la marcha. Ninguno de ellos miró a Sonea, que se encontró relegada a la cola del grupo. Tras descender la escalera de la universidad, se detuvo y observó cómo se alejaban sin mirar atrás.

Issle ni siquiera le había dado las gracias.

«No debería sorprenderte —se dijo a sí misma—. Son unos niños ricos mimados y sin modales.»

«No —se reprendió—. No he de ser injusta. Si me hubieran pedido que aceptara a uno de ellos en la banda de Harrin, no habría sido fácil. Tarde o temprano olvidarán que soy diferente. Tan solo debo darles tiempo.»

3. Contando historias

Mientras Tania, la sirvienta de Rothen, colocaba el desayuno en la mesa, Sonea se dejó caer en la silla y suspiró. Rothen levantó la mirada y, notando la expresión resignada e infeliz de su rostro, deseó haber podido regresar directamente tras la clase del día anterior, en lugar de pasar horas discutiendo las lecciones con lord Peakin.

—¿Cómo te fue ayer? —preguntó.

Sonea vaciló antes de responder.

—Ninguno de los aprendices sabe usar la magia. Todavía están aprendiendo Control, y lord Elben me dio un libro para leer.

—Todos los aprendices son incapaces de usar la magia cuando empiezan con nosotros. No desarrollamos sus poderes hasta que han recitado el juramento. Creí que te habrías dado cuenta de ello —dijo, y sonrió—. Haber desplegado tu poder de forma natural tiene sus ventajas.

—Pero pasarán semanas hasta que puedan comenzar las lecciones. Lo único que hice fue leer todo el rato el mismo libro... y era sobre cosas que ya sé. —Alzó la vista; en sus ojos había una chispa de esperanza—. ¿Por qué no me quedo aquí hasta que se pongan al día?

Rothen reprimió una carcajada.

—No frenamos el progreso de un aprendiz si él o ella aprende más rápido que los demás. Deberías aprovechar al máximo la oportunidad. Pide otro libro para leer, o prueba a ver si tu profesor está dispuesto a practicar algunos ejercicios contigo.

—No creo que a los demás aprendices le gustara eso —replicó Sonea haciendo una mueca.

El mago frunció los labios. Tenía razón, desde luego, pero también sabía que si pedía a Jerrik que la eximiera de sus clases hasta que los otros estuvieran preparados, el rector se negaría.

—Se espera de los aprendices que compitan entre ellos —le dijo—. Tus compañeros de clase siempre intentarán quedar por encima de ti, y que tú misma te frenes no supondrá ninguna diferencia. De hecho, perderás su respeto si sacrificas tu aprendizaje por temor a ofenderles.

Sonea asintió y bajó la mirada a la mesa. Rothen experimentó un ramalazo de compasión por la muchacha. No importaba lo mucho que la había aconsejado, tenía que ser confuso y frustrante estar de repente confinada en el insignificante mundillo de los aprendices.

—En realidad no les has cogido tanta delantera —le dijo—. Necesité semanas para enseñarte Control porque primero tenías que aprender a confiar en mí. Los estudiantes más rápidos estarán listos hacia finales de semana, y al resto le llevará

como mucho dos. Se pondrán a tu altura antes de lo que esperas, Sonea.

Ella asintió. Cogió una cucharada de polvo de un frasco y lo mezcló con agua caliente de una jarra. El acre aroma de la raka alcanzó la nariz de Rothen. El mago torció el gesto mientras la chica bebía, preguntándose cómo podía tolerar aquel estimulante. La había persuadido para que probara el sumi, bebida popular en las Casas, pero no le había tomado el gusto.

Sonea tamborileó con las uñas contra el lateral de la taza.

—Issle también comentó algo extraño. Dijo que los hombres no deberían enseñar a las aprendices.

—¿Esa Issle es una chica elynea?

—Sí.

—Ah... —Suspiró—. Elyneos. Son más remilgados que los kyalianos en cuanto a la interacción entre chicas y chicos. Insisten en que sus hijas sean educadas por mujeres, y se muestran tan conmocionados si ven a una chica de cualquier raza siendo enseñada por un hombre que hemos adoptado esta «norma» para todas las aprendices. Irónicamente, tienen una mente bastante abierta en lo referente a las actividades de los adultos.

—Conmocionada —asintió Sonea—. Sí, así me pareció que estaba.

Rothen frunció el ceño.

—Quizá habría sido más sabio dejar que presumiera que contraté a una profesora para ti. Los elyneos pueden ser muy sentenciosos sobre cosas como esa.

—Ojalá me lo hubieras contado antes. Se mostró simpática al principio, pero... —Sonea sacudió la cabeza.

—Lo olvidará —le aseguró él—. Dale tiempo, Sonea. En pocas semanas tendrás unos cuantos compañeros, y te estarás preguntando qué era lo que tanto te preocupaba.

Ella contempló su taza de raka.

—Me conformaría con solo uno.

En el amplio despacho en penumbras del administrador del Gremio, un globo de luz mágica flotaba arriba y abajo, proyectando sombras que desfilaban por las paredes. Cuando Lorlen llegó al final de la carta, interrumpió su caminar y masculló una maldición.

—¡Veinte de oro por una botella!

Regresó a la silla, se sentó, abrió una caja y sacó una hoja de papel grueso. El sonido de los decididos trazos de su pluma al escribir llenó la habitación. Se detenía de vez en cuando, y entrecerraba los ojos mientras pensaba las palabras. Firmó la carta con una floritura, se reclinó en el asiento y estudió el resultado final.

Después, exhalando un suspiro, la dejó caer en la papelera bajo el escritorio.

Los proveedores del Gremio se habían aprovechado del dinero del rey durante siglos. Cualquier artículo doblaba o triplicaba su precio normal cuando el comprador era el Gremio. Era una de las razones por las que el Gremio cultivaba sus propias plantas medicinales.

Con los codos hincados en la mesa, Lorlen apoyó la barbilla en la palma de una mano y reconsideró la lista de precios de la carta del fabricante de vinos. Podría simplemente omitir el pedido de vino. Acarrearía consecuencias políticas, desde luego, pero ninguna que no pudiera evitarse si se adquirían otros bienes de la misma Casa.

Pero el vino era el favorito de Akkarin. Elaborado a partir de la más fina variedad de bayas de vare, su sabor era dulce y generoso. El Gran Lord siempre guardaba una botella en su sala de invitados, y no le complacería que su provisión se agotara.

Lorlen torció el gesto y cogió una hoja de papel nueva. Entonces se detuvo. No debería consentir a Akkarin caprichos de este tipo. Nunca había tenido esa costumbre en el pasado, y Akkarin podría percatarse del cambio. Quizá se preguntara por qué Lorlen actuaba de un modo tan impropio de su personalidad.

Pero seguramente Akkarin debía de haber notado que ahora Lorlen rara vez se dejaba caer para una charla vespertina. Frunció el ceño mientras calculaba el tiempo transcurrido desde la última vez que reunió el coraje necesario para visitar al Gran Lord. Demasiado.

Lanzó un suspiro, apoyó la frente en las manos y cerró los ojos.

«Ah, Sonea. ¿Por qué tuviste que revelarme su secreto?»

El recuerdo cruzó su mente. El recuerdo de Sonea, no el suyo propio, pero aun así los detalles eran vívidos...

—Está hecho —dijo Akkarin, entonces se quitó la capa, dejando al descubierto sus ropas manchadas de sangre. Bajó la vista y se observó—. ¿Has traído mi túnica?

Tras la respuesta entre dientes del sirviente, Akkarin se sacó la camisa de mendigo. Debajo llevaba un cinturón de cuero alrededor de la cintura, del que colgaba la vaina de una daga. Se refregó el cuerpo, luego salió del campo de visión y regresó vistiendo su túnica negra. Recogió la vaina, sacó una daga reluciente y empezó a limpiarla con una toalla. Cuando finalizó, miró al criado.

—La pelea me ha debilitado. Necesito tu fuerza.

El sirviente cayó sobre una rodilla y le ofreció un brazo. Akkarin deslizó el filo por la piel de la muñeca del hombre, luego puso una mano sobre la herida...

Lorlen se estremeció. Abrió los ojos, inspiró profundamente y sacudió la cabeza.

Deseaba poder borrar los recuerdos de Sonea, tomarlos como algo inocente que había sido malinterpretado por una persona que siempre creyó que los magos eran perversos y crueles, pero era imposible que unos recuerdos tan nítidos fueran falsos. Y además, ¿cómo podía haberse inventado todo aquello cuando no comprendía lo que

había presenciado? Casi sonrió ante la hipótesis de Sonea de que el mago de túnica negra era un asesino secreto del Gremio. La verdad era, de lejos, bastante peor, y por mucho que Lorlen lo anhelara, no podía ignorarlo.

Akkarin, su amigo más íntimo y Gran Lord del Gremio, practicaba la magia negra.

Lorlen siempre había albergado un silencioso orgullo por pertenecer, y ahora gestionar, la mayor alianza de magos que jamás había existido. Una parte de él se sentía indignada por el hecho de que el Gran Lord, quien debería representar todo lo que era respetable y bueno en el Gremio, llevara a cabo escarceos con magia prohibida, diabólica. Esa parte quería desvelar el crimen, despojar a aquel hombre potencialmente peligroso de su posición de influencia y autoridad.

Pero otra parte de él también reconocía el peligro de intentar enfrentarse al Gran Lord. Requería precaución. Lorlen se estremeció otra vez al recordar el día, muchos años antes, en que se había celebrado el torneo para elegir al nuevo Gran Lord. En una prueba de fuerza, Akkarin no solo derrotó a los magos más poderosos del Gremio, sino que, en un ejercicio diseñado para descubrir sus límites, resistió con facilidad la fuerza combinada de veinte de los magos más poderosos.

Akkarin no siempre había sido tan fuerte. Lorlen era, de todos los magos, quien mejor lo sabía. Su amistad se remontaba hasta el primer día de ambos en la universidad. A lo largo de los años que duró su entrenamiento habían luchado muchas veces en la Arena y descubierto que sus límites eran similares. Sin embargo, los poderes de Akkarin habían continuado creciendo, de modo que para cuando regresó de sus viajes, ya superaba con creces a cualquier otro mago.

Ahora Lorlen se preguntaba si ese crecimiento había sido natural. El viaje de Akkarin había tenido como meta la búsqueda de conocimiento sobre magia de tiempos ancestrales. Había pasado cinco años explorando las Tierras Aliadas, pero cuando regresó, delgado y abatido, declaró que toda la información reunida se había perdido durante la etapa final del viaje.

¿Y si descubrió algo? ¿Y si descubrió la magia negra?

Y además estaba Takan, el hombre que Sonea había visto ayudando a Akkarin en la habitación subterránea. Akkarin había adoptado a Takan como sirviente durante sus viajes, y mantuvo los servicios del hombre tras su vuelta a casa. ¿Cuál era el papel de Takan en todo aquello? ¿Era una víctima de Akkarin o su cómplice?

La idea de que el sirviente fuese una víctima involuntaria le afligía, pero no podía interrogar al hombre sin desvelar que conocía el crimen de Akkarin. Era un riesgo demasiado grande.

Lorlen se masajó las sienes. Durante meses había estado rumiando el asunto, intentando decidir qué hacer. Era posible que Akkarin hubiera jugueteado con la magia negra simplemente por curiosidad. Poco se sabía sobre ella, y obviamente

existían formas de usarla que no implicaban el asesinato. Takan seguía vivo y desempeñando sus obligaciones. Sería una terrible traición a su amistad que Lorlen desvelara el crimen de Akkarin y provocara su expulsión, o incluso su ejecución, como consecuencia de lo que quizá consistía en un mero experimento.

Entonces ¿por qué tenía Akkarin la ropa manchada de sangre cuando Sonea lo vio?

Lorlen hizo una mueca. Algo horrible había sucedido aquella noche. «Está hecho», había dicho Akkarin. Una tarea cumplida. Pero ¿cuál? Y... ¿por qué?

Tal vez existiera una explicación razonable. Lorlen suspiró.

«Tal vez solo deseo que exista una.»

¿Su indecisión para actuar era simplemente una renuencia a descubrir que su amigo era culpable de crímenes terribles, o una renuencia a ver al hombre que había admirado y en el que había confiado durante tantos años convertido en un monstruo sediento de sangre?

En cualquier caso, no podía interrogar a Akkarin. Tendría que hallar otro modo.

En los últimos meses había configurado una lista mental con la información que necesitaba. ¿Por qué practicaba Akkarin la magia negra? ¿Desde cuándo? ¿Qué era capaz de hacer Akkarin con esta magia? ¿Cuán fuerte era y cómo podía ser derrotado? Aunque Lorlen estuviera quebrantando la ley al buscar datos sobre magia negra, el Gremio necesitaba conocer las respuestas a estas cuestiones por si llegaba el momento de enfrentarse a Akkarin.

Tuvo poco éxito en la biblioteca de los magos, pero eso no constituyó una sorpresa. Los magos superiores habían recibido la instrucción en magia negra suficiente para poder reconocerla; el resto del Gremio solo sabía que estaba prohibida. Una información más extensa no debería ser fácil de encontrar.

Necesitaba buscar en otra parte. Lorlen había pensado inmediatamente en la Gran Biblioteca de Elyne, un almacén de conocimiento mayor incluso que el del Gremio. Entonces recordó que la Gran Biblioteca había sido la primera parada en el trayecto de Akkarin, y comenzó a plantearse si podría encontrar algunas respuestas rastreando los pasos de su amigo.

Pero no podía dejar el Gremio. Su posición como administrador demandaba una atención constante, y un viaje de tales características con seguridad atraería la curiosidad de Akkarin, lo cual implicaba que otro debía ir en su lugar.

Lorlen había reflexionado cuidadosamente sobre a quién podría confiar tal tarea. Tenía que ser alguien lo bastante prudente para ocultar la verdad si llegara el caso. También necesitaba a alguien experto en desenterrar secretos.

La elección había sido sorprendentemente fácil.

Lord Dannyl.

Cuando los aprendices entraron en el refectorio, Sonea fue tras sus pasos. Regin, Gennyl y Shern no se habían reincorporado a la clase al final de la lección matutina, por lo que Sonea había seguido al resto. El recinto era una sala grande que contenía varios conjuntos de mesas y sillas. Había sirvientes que constantemente entraban de una cocina anexa, llevando bandejas cargadas con comida de las que los estudiantes podían elegir.

Ninguno de los aprendices protestó cuando Sonea se atrevió a unirse a ellos. Unos pocos la miraron con recelo mientras cogía los cubiertos, pero el resto la ignoró.

Como el día previo, la conversación entre los aprendices fue torpe al principio. La mayoría de ellos se mostraban tímidos e inseguros entre sí. Entonces Alend contó a Kano que había vivido en Vin un año, y los demás empezaron a interrogarle sobre aquella tierra. Las preguntas pronto se extendieron a los hogares y familias de los otros aprendices, y entonces Alend miró a Sonea.

—¿Así que te criaste en las barriadas?

Todas las caras se volvieron hacia Sonea. Terminó de masticar y tragó, consciente del repentino interés de todos ellos.

—Durante unos diez años —les dijo—. Vivía con mi tío y mi tía. Después tuvimos una habitación en la Cuaderna Septentrional.

—¿Y tus padres?

—Mi madre murió cuando yo era una niña. Mi padre... —Se encogió de hombros—. Se marchó.

—¿Y te dejó sola en las barriadas? ¡Eso es horrible! —exclamó Bina.

—Mis tíos me cuidaron. —Sonea se las apañó para sonreír—. Y tenía muchos amigos.

—¿Sigues viendo a tus amigos? —preguntó Issle.

Sonea negó con la cabeza.

—No mucho.

—¿Y tu amigo-ladrón, el que lord Fergun encerró bajo la universidad? ¿No ha vuelto en varias ocasiones?

—Sí —contestó asintiendo con la cabeza.

—Pertenece a los ladrones, ¿verdad? —preguntó Issle.

Sonea vaciló. Podía negarlo, pero ¿la creerían?

—No lo sé con certeza. En seis meses pueden cambiar muchas cosas.

—¿Tú también fuiste una ladrona?

—¿Yo? —Sonea soltó una risilla—. No todo el mundo que vive en las barriadas trabaja para los ladrones.

Los otros parecían relajarse un poco. Unos cuantos incluso asintieron con la cabeza. Issle les echó una mirada, después puso mala cara.

—Pero robabas cosas, ¿no? —dijo—. Eras como esos rateros del mercado.

Sonea notó un rubor en la cara, y supo que su reacción la había traicionado. Si lo negaba, asumirían que mentía. Quizá la verdad le haría ganarse su simpatía...

—Sí, robé comida y dinero cuando era una niña —admitió, forzándose a sí misma a levantar la cabeza y mirar desafiante a Issle—. Pero solo cuando pasaba hambre, o cuando llegaba el invierno y necesitaba zapatos y ropas de abrigo.

Los ojos de Issle brillaron triunfantes.

—Así que eres una ladrona.

—Pero era una niña, Issle —protestó Alend débilmente—. Tú también robarías si no tuvieras nada para comer.

Los otros miraron a Issle con cara de desaprobación, pero ella apartó la cabeza con actitud desdeñosa; a continuación se inclinó hacia Sonea y clavó en ella una gélida mirada.

—Responde sinceramente —la retó—. ¿Has matado alguna vez a alguien?

Sonea devolvió la mirada a Issle y sintió una creciente ira. Quizá si Issle conociera la verdad, la próxima vez vacilaría antes de meterse con ella.

—No lo sé.

Los otros se volvieron a mirar a Sonea.

—¿Qué quieres decir? —dijo Issle con sorna—. O lo has hecho o no.

Sonea posó la vista en la mesa; luego giró la cabeza hacia la chica, con los ojos entornados.

—De acuerdo, pues tenéis que saberlo. Una noche, hace unos dos años, un hombre me agarró y me empujó a un callejón. Él... bueno, podéis estar seguros de que no iba a preguntarme por una dirección. Cuando conseguí liberar un mano, le clavé mi cuchillo y salí corriendo. No me quedé por allí, así que no sé si sobrevivió o no.

Los demás callaron durante varios minutos.

—Podrías haber gritado —sugirió Issle.

—¿Crees de verdad que alguien va a arriesgar su vida para salvar a una niña pobre? —preguntó fríamente Sonea—. El hombre podría haberme cortado el cuello para hacerme callar, o podría haber atraído a más matones.

Bina se estremeció.

—Qué horror.

Sonea sintió una chispa de esperanza ante la empatía de la chica, pero desapareció con la siguiente pregunta.

—¿Llevas un cuchillo?

Al reconocer el acento lonmariano, Sonea se volvió y se topó con los ojos verdes de Elayk.

—Como todo el mundo. Para abrir paquetes, pelar fruta...

—Cortar las correas de las bolsas —agregó Issle.

Sonea dirigió a la chica una mirada inexpresiva. Issle, a su vez, la observó con frialdad.

«Es obvio que perdí el tiempo ayudando a esta», pensó Sonea.

—Sonea —llamó de pronto una voz—. Mira lo que te he guardado.

Los aprendices se giraron cuando una figura familiar se acercó con aire despreocupado a la mesa, sosteniendo un plato. Regin sonrió abiertamente, y después arrojó el plato delante de Sonea. Ella se ruborizó al ver que estaba cubierto de cortezas de pan y sobras de comida.

—Eres un chico generoso y bien educado, Regin —dijo Sonea, apartando el plato—. Gracias, pero ya he comido.

—Pero debes de seguir hambrienta —dijo él en un tono de fingida compasión—. Mírate, tan pequeña y flacucha. De verdad que tienes aspecto de necesitar una buena comida, o tres. ¿Tus padres no te alimentaron apropiadamente?

El muchacho empujó el plato de nuevo hacia ella.

Sonea lo retiró.

—No, en realidad no lo hicieron.

—Están muertos —declaró alguien.

—Bueno, ¿por qué no te lo llevas por si te entra hambre más tarde?

Con un rápido movimiento, Regin empujó el plato hasta el borde de la mesa y lo hizo caer en el regazo de Sonea. Los aprendices dejaron escapar algunas risas ahogadas cuando los restos de comida grasienta salpicaron su túnica y el suelo, cubriéndolo todo con una espesa salsa marrón. Sonea maldijo, olvidando las cuidadas instrucciones de Rothen, e Issle profirió un pequeño sonido de repulsión.

Alzó la vista y abrió la boca para hablar, pero en ese instante el gong de la universidad comenzó a sonar.

—¡Oh, querida! —exclamó Regin—. Hora de clase. Lamento que no podamos quedarnos para verte comer, Sonea. —Se volvió hacia los otros—. Vamos, todos. No queremos llegar tarde, ¿verdad?

Regin se alejó con paso arrogante, y los demás le siguieron. Pronto Sonea fue la única aprendiz que quedó en el refectorio. Se levantó suspirando, mientras sostenía contra el pecho los desechos de comida, y con cuidado volvió a poner el plato encima de la mesa. Inspeccionó la pegajosa salsa marrón que cubría su túnica y lanzó otra maldición, en voz baja.

¿Qué iba a hacer ahora? No podía asistir a la siguiente clase cubierta de manchas de comida. El profesor la enviaría a su habitación a cambiarse de ropa, lo que proporcionaría a Regin más argumentos para regodearse. No, primero tendría que ir a los aposentos de Rothen, y después pensar en una excusa más mundana para su tardanza.

Con la esperanza de no encontrarse a demasiadas personas en el camino, salió en

dirección al alojamiento de los magos.

Dannyl sofocó un gemido al oír a los marineros reunirse en el espacio común al final del pasillo. Iba a ser otra larga noche. Una vez más, Jano fue a buscar a Dannyl y la tripulación saludó con vítores su llegada. Una botella apareció de alguna parte, y empezaron a tomar tragos de siyo, el potente licor aromático de origen vindeano. Cuando le llegó el turno, Dannyl pasó la botella directamente a Jano, ganándose una socarrona expresión de desaprobación por parte de los marineros.

Una vez que todos hubieron bebido, los marineros empezaron a discutir con afabilidad en su apocopada lengua nativa. Cuando finalmente llegaron a un acuerdo, comenzaron a cantar, instando a Dannyl para que se les uniera. En ocasiones previas había rehusado, pero esta vez clavó en Jano una adusta mirada.

—Me prometiste que traducirías.

El hombre sonrió abiertamente.

—Canción no le gustará.

—Deja que yo decida eso.

Jano titubeó mientras escuchaba la letra.

—En Capia mi amor tiene el pelo rojo, rojo... y pechos como sacos de tenn. En Tol-Gan mi amor tiene piernas fuertes, fuertes... y con ellas me envuelve. En Kiko mi amor tiene... eh... —Jano se encogió de hombros—. No conozco su palabra para eso.

—Me lo puedo imaginar —respondió Dannyl, sacudiendo la cabeza con tristeza—. Es suficiente. Creo que no quiero saber lo que estoy cantando.

Jano se echó a reír.

—Ahora me dice por qué no bebe siyo, ¿yai?

—El siyo huele fuerte. Potente.

—¡Siyo es potente! —dijo Jano con orgullo.

—No es una buena idea emborrachar a un mago —repuso Dannyl.

—¿Por qué no?

Dannyl frunció los labios, pensando en cómo explicarlo en términos que el vindeano pudiera entender.

—Cuando estás borracho, muy borracho, dices y haces cosas mal, o sin querer, ¿yai?

Jano se encogió de hombros y dio una palmadita a Dannyl.

—No preocuparse. No contaré a nadie.

Dannyl sonrió y sacudió la cabeza.

—No es bueno hacer magia mal, o sin querer. Puede ser peligroso.

Jano frunció el ceño, luego sus ojos se abrieron ligeramente.

—Pues le damos sorbito pequeño de siyo.

Dannyl se echó a reír.

—Muy bien.

Agitando la mano, Jano hizo señas a los marineros para que le pasaran el licor. Limpió la boca de la botella con la manga y se la ofreció a Dannyl.

Sabiendo que los demás le observaban atentamente, Dannyl se llevó la botella a los labios y dio un sorbito. Su boca se llenó con un agradable sabor a nueces, y un ardor le abrasó la garganta cuando tragó. Tomó aire y exhaló lentamente, apreciando cómo se extendía ese calor por su cuerpo. Los marineros le vitorearon cuando sonrió y asintió con un gesto de aprobación.

Jano devolvió la botella a los otros y entonces palmeó el hombro de Dannyl.

—Yo contento de no ser mago. Gustar licor pero no poder beber... —Meneó la cabeza—. Muy triste.

Dannyl se encogió de hombros.

—También me gusta la magia.

Los marineros rompieron a cantar de nuevo y, sin que Dannyl se lo pidiera, Jano tradujo la canción. Dannyl se encontró riendo ante la absurda vulgaridad de la letra.

—¿Qué significa *eyoma*?

—Sanguijuela marina —respondió Jano—. Cosa mala, mala. Le cuento la historia.

Súbitamente los demás se callaron y miraron a Jano y a Dannyl con ojos brillantes.

—Sanguijuela marina es como brazo de mano a codo. —Jano levantó su brazo para ilustrarlo—. Nada en grupos pequeños casi todo el tiempo, pero se juntan para criar muchas sanguijuelas, y muy muy peligrosas. Trepan por lado de barco pensando que es roca, y marineros tienen que matar, matar, matar, o *eyoma* se pega y chupa la sangre.

Dannyl miró a los otros marineros, que asentían con ahínco. De pronto empezó a sospechar que aquella historia podría ser falsa o una exageración: un cuento de terror que los hombres de mar contaban a los viajeros. Miró a Jano con los ojos entrecerrados, pero el hombre estaba demasiado enfrascado en la historia para darse cuenta.

—La sanguijuela marina chupa sangre de todos los peces grandes en agua. Si barco se hunde, hombres intentan nadar a la orilla, pero si sanguijuela marina los encuentra, se cansan rápido y mueren. Si hombre cae al agua en estación de cría, se ahoga por el peso de muchas sanguijuelas. —Miró a Dannyl, con los ojos abiertos como platos—. Forma horrible de morir.

A pesar de su escepticismo, Dannyl sintió un escalofrío ante la descripción del hombre. Jano le dio otra palmadita en el brazo.

—No preocuparse. Sanguijuela marina vive en agua templada. Arriba en el norte.

Hay más siyo. Olvidar historia.

Dannyl aceptó la botella y tomó un modesto sorbito. Uno de los marineros empezó a tararear y pronto todos estuvieron cantando efusivamente. Dannyl permitió que le insistieran y acabó uniéndose a la canción, pero calló cuando se abrió la puerta de la cubierta y apareció el capitán.

Cuando el capitán descendió, la tripulación se calmó un poco, pero no dejó de cantar, en voz más baja. Numo saludó a Dannyl con la cabeza.

—Tengo algo que darle, milord.

Hizo una señal para que Dannyl le siguiera, y echó a andar por el pasillo hacia su camarote. Dannyl se puso de pie e hizo frente al vaivén del barco apoyando una mano en cada pared. Cuando traspasó la puerta del camarote de Numo, se halló en un compartimiento que, en contra de la afirmación de Jano, era al menos cuatro veces mayor que el suyo.

Había cartas de navegación desplegadas sobre una mesa en el centro de la habitación. Numo había abierto un aparador y sostenía una caja. Se sacó una llave de debajo de la camisa, abrió la tapa y extrajo un trozo de papel doblado.

—Pidieron que le diera esto antes de llegar a Capia.

Numo tendió el papel a Dannyl, después señaló una silla. Dannyl se sentó y examinó el sello. Tenía estampado el símbolo del Gremio, y el papel era de la más fina calidad.

Rompió el sello, desdobló el papel y al instante reconoció la caligrafía del administrador Lorlen.

Al segundo embajador del Gremio en Elyne, Dannyl, de la familia Vorin, Casa Tellen: Debe perdonarme por disponer que la entrega de esta carta se realice después de su partida. Tengo una tarea que desearía que completara para mí, aparte de sus obligaciones como embajador. Esta tarea habrá de quedar en secreto, al menos por ahora, y esta forma de entrega es una pequeña precaución a tal efecto.

Como sabe, el Gran Lord Akkarin dejó Kyrulia hace unos diez años para recopilar información sobre magia ancestral, una búsqueda que no fue completada. Su misión consistirá en recorrer sus pasos, volver a visitar todos los lugares que él visitó y averiguar quién le ayudó en su búsqueda, además de recopilar datos sobre el tema.

Por favor, reenvíeme toda la información a través de un mensajero. No se comunique conmigo de manera directa. Espero sus noticias.

Con mi agradecimiento,

Administrador LORLEN

Después de leer la carta varias veces, Dannyl la dobló de nuevo. ¿En qué andaba metido Lorlen? ¿Seguir los pasos del viaje de Akkarin? ¿Comunicación solo a través de un mensajero?

Abrió la carta una vez más y le echó otra rápida ojeada. Quizá Lorlen pedía confidencialidad simplemente porque no quería que se supiera que estaba sacando partido de la posición de embajador de Dannyl para tratar un asunto privado.

Ese asunto privado, sin embargo, era la exploración de Akkarin. ¿Sabía el Gran Lord que Lorlen estaba reavivando la búsqueda de sabiduría ancestral?

Consideró las posibles respuestas a esa pregunta. Si Akkarin lo sabía, entonces, presumiblemente, lo aprobaba. ¿Y si no lo sabía? Dannyl sonrió irónicamente. Quizá existía algo semejante a una sanguijuela marina en las historias de Akkarin, y Lorlen quería saber si era cierto.

O quizá Lorlen quería tener éxito allí donde su amigo había fracasado. La pareja había competido entre sí siendo aprendices. Lorlen, obviamente, no podía reanudar la búsqueda él mismo, y por lo tanto había reclutado a otro mago para actuar en su nombre. Dannyl sonrió.

«Y me ha escogido a mí.»

Volvió a doblar la carta, se levantó y se preparó para hacer frente al balanceo del barco. Sin duda Lorlen le revelaría con el tiempo sus razones para mantener el secreto. Entretanto, Dannyl sabía que disfrutaría del permiso para husmear en el pasado de alguien, en particular de alguien tan misterioso como el Gran Lord.

Dannyl se despidió de Numo con un gesto de la cabeza, abandonó el camarote, guardó la carta entre sus pertenencias, y regresó con Juno y la jovial tripulación.

4. Atendiendo a las obligaciones

Mientras deambulaba lentamente por el pasillo de la universidad, Sonea experimentó una irónica sensación de alivio. El día siguiente era dialibre, lo que implicaba que no tenía clases a las que asistir y que se libraría de Regin y de los demás aprendices.

Estaba sorprendida de lo cansada que se sentía, considerando lo poco que había hecho esa semana. Había pasado la mayor parte de las clases leyendo libros u observando a los aprendices ir y venir de sus lecciones de Control. No había sucedido mucho más, pero aun así tenía la impresión de que habían transcurrido no semanas, sino meses.

Issle ya no reconocía en absoluto la presencia de Sonea, y si bien era mejor que una hostilidad abierta, parecía que todos los aprendices habían decidido también que aquel era el mejor modo de tratar con ella. Ninguno le hablaba, ni siquiera si les formulaba alguna pregunta razonable sobre sus lecciones.

Evaluó a cada uno de los aprendices. Elayk era todo lo que cabía esperar de un hombre típico de Lonmar. Criado en un mundo donde se escondía a las mujeres, las cuales vivían una vida de lujo pero con poca libertad, no estaba acostumbrado a hablar con ellas, y trataba a Bina y a Issle con la misma indiferencia fría. Farén, el ladrón que la había ocultado del Gremio el año anterior, no se le parecía en nada, pero definitivamente Farén no era un lonmariano típico.

Mientras que el padre de Gennyl también era originario de Lonmar, su madre era kyaliana, y parecía sentirse cómodo con Bina e Issle. Ignoraba a Sonea, pero en unas pocas ocasiones ella le había descubierto observándola con ojos entornados.

Shern raramente hablaba con ninguno de los otros aprendices; pasaba la mayor parte del tiempo mirando en lontananza. Sonea aún era consciente de su extraña presencia mágica, pero esta ya no latía erráticamente.

Bina era callada, y Sonea sospechaba que la chica simplemente era demasiado tímida y torpe para unirse a cualquier conversación. Cuando Sonea había tratado de aproximarse a ella, la muchacha había reulado, diciendo: «No se me permite hablar contigo». Sonea no se sorprendió, pues recordaba los comentarios que había hecho la madre de la chica antes de la Ceremonia de Aceptación.

Kano, Alend y Vallon se comportaban como niños con la mitad de edad, encontrando sorprendentes las cosas más infantiles, y presumiendo de sus posesiones y suerte con las chicas. Después de haber oído pullas de ese tipo entre los chicos de la banda de Harrin, Sonea sabía que las fanfarronadas sobre lo último eran seguramente inventadas. Lo que seguía asombrándola era que los muchachos que ya conocía de antes habían acumulado a esa edad experiencias suficientes para dejar de alardear sobre ello hacía años.

Regin dominaba toda la actividad social. Sonea notaba cómo controlaba a los otros con sus cumplidos, bromas y algún que otro comentario autoritario aquí y allá; cómo todos asentían siempre que expresaba una opinión. Le había resultado gracioso hasta que empezó a hacer comentarios maliciosos sobre el pasado de Sonea a cada oportunidad. Incluso Alend, que había expresado algo de compasión por Sonea al principio, reía con aquellas burlas. Y un momento después de su fallido intento de entablar conversación con Bina, Regin ya se había puesto al lado de la chica, todo encanto y simpatía.

—¡Sonea!

La voz sin aliento procedía de detrás de ella. Se giró y vio que Alend se acercaba corriendo.

—¿Sí?

—Esta noche es tu turno —dijo resollando.

—¿Mi turno? —Ella frunció el ceño—. ¿De qué?

—Servicio de cocina. —La miró fijamente—. ¿No te lo han dicho?

—No...

El muchacho hizo una mueca.

—Claro. Regin tiene la lista. Todos tenemos que hacer servicio de cocina una noche a la semana. Hoy es tu turno.

—Oh.

—Será mejor que te apresures —le advirtió—. No querrás retrasarte.

—Gracias —contestó Sonea. El muchacho se encogió de hombros y se alejó a grandes zancadas.

Servicio de cocina. Sonea suspiró. Había hecho un calor sofocante durante todo el día, y estaba deseando darse un baño frío antes de la cena. Las tareas asignadas a los aprendices, no obstante, posiblemente no serían desagradables ni demasiado largas, así que quizá todavía tuviera tiempo.

Descendiendo a la carrera la escalinata en espiral hasta la planta baja, se dejó guiar por el olor de los guisos hasta el refectorio. Dentro había mucho movimiento, y los asientos eran ocupados rápidamente a medida que llegaban los aprendices. Siguió a uno de los sirvientes encargados de las bandejas al interior de la cocina y se encontró en una estancia grande con largos bancos alineados. Volutas de vapor ascendían desde los calderos en ebullición, la carne chisporretaba en las parrillas y el aire estaba cargado con el sonido del metal contra el metal. Los sirvientes se movían raudos de un lado a otro, llamándose entre sí por encima del ruido.

Sonea se quedó parada en el umbral, abrumada por el caos y los olores. Una mujer joven levantó la vista de la olla que removía. Miró a Sonea, luego se volvió y llamó a otra mujer mayor que llevaba una larga camisa blanca. Cuando esta última vio a Sonea, dejó su olla, se acercó a la aprendiz y la saludó con una reverencia.

—¿En qué puedo ayudarla, milady?

—Servicio de cocina —respondió Sonea, encogiéndose de hombros—. Me han dicho que tengo que echar una mano.

La mujer la miró fijamente.

—¿Servicio de cocina?

—Sí. —Sonea sonrió—. Bueno, aquí estoy. ¿Por dónde empiezo?

—Los aprendices nunca entran aquí —le dijo la mujer—. No existe tal servicio de cocina.

—Pero... —Las palabras murieron en la garganta de Sonea, y arrugó la frente al darse cuenta de que la habían engañado. ¡Como si los hijos e hijas de las Casas no fueran a trabajar nunca en una cocina!

La mujer la estudió con cautela.

—Lamento haberla molestado —dijo Sonea suspirando—. Creo que he sido víctima de una broma.

Una explosión de risas se abrió paso por encima del ruido. La mujer miró por encima del hombro de Sonea y alzó las cejas. Sonea se volvió, con una sensación de angustia creciendo en su interior. Cinco rostros familiares ocupaban el hueco de la puerta, haciendo desagradables muecas de burla con la boca. Cuando Sonea les miró, los aprendices estallaron en carcajadas sin control.

El ruido de la cocina disminuyó, y se percató de que varios sirvientes habían hecho una pausa en sus tareas para ver lo que sucedía. El calor invadió su rostro. Apretó los dientes y echó a andar hacia la puerta.

—Oh, no. Tú no te vas —declaró Regin—. Puedes quedarte con los sirvientes aquí, en el lugar al que perteneces. Pero, ahora que lo pienso, eso no estaría bien. Incluso los sirvientes son mejores que los habitantes de las barriadas. —Se volvió hacia la mujer de la cocina—. Yo tendría cuidado si fuera tú. Es una ladrona, y lo admitirá si le preguntas. Yo vigilaría, no sea que coja a escondidas uno de tus cuchillos y te lo clave en la espalda cuando no estés mirando.

Dicho eso, asió el picaporte de la puerta y la cerró tras de sí. Sonea se arrimó a la puerta y movió el pomo, pero aunque giró con facilidad, la puerta no se abrió. Una tenue vibración agitaba el aire alrededor de su mano.

¿Magia? ¿Cómo podían estar empleando magia? Ninguno de ellos había superado todavía el segundo nivel.

Al otro lado pudo oír risitas y comentarios amortiguados. Reconoció la voz de Alend, y la carcajada de Issle era inconfundible. Al distinguir las risas de Vallon y Kano, se dio cuenta de que la única voz que no oía era la de Regin.

Probablemente era porque estaba muy concentrado en mantener la puerta cerrada con magia. Se le cayó el alma a los pies cuando comprendió lo que eso significaba. Regin ya dominaba el segundo nivel y más. No solo podía acceder a su poder e

invocarlo, sino que había aprendido a utilizarlo. Rothen la había advertido de que algunos aprendices podrían conseguirlo rápidamente, pero ¿por qué tenía que ser Regin?

Recordando los meses que ella había pasado jugando y practicando con la magia, sonrió forzosamente. Al muchacho aún le quedaba un largo camino por recorrer. Dio un paso atrás y estudió la puerta. ¿Era capaz de combatir su magia? Probablemente, pero también podría destruir la puerta. Se volvió hacia la mujer de la cocina.

—Tiene que haber otra salida. ¿Me la enseñaría?

La mujer vaciló. Su expresión ya no era de compasión, solo de recelo. La sensación de angustia que Sonea notaba en su interior se convirtió en ira.

—¿Y bien? —dijo bruscamente.

Los ojos de la mujer se abrieron de par y par, y a continuación dejó caer la mirada al suelo.

—Sí, milady. Sígame.

Haciendo señas a Sonea para que fuera tras ella, la mujer se abrió camino serpenteando entre los bancos. Los sirvientes de la cocina miraron a Sonea al pasar, pero ella mantenía los ojos fijos en la espalda de la mujer. Entraron en una despensa aún más grande que la cocina, con estanterías atestadas de comida y utensilios. Al otro lado de la despensa, la mujer se detuvo frente a otra puerta, la abrió y señaló en silencio el pasillo que se extendía más allá.

—Gracias —dijo Sonea, y salió de la habitación. La puerta se cerró con firmeza a su espalda. Miró arriba y abajo por el pasillo. No le era familiar, pero tenía que conducir a alguna parte. Lanzó un suspiro, sacudió la cabeza y empezó a andar.

Las tardes en el Salón de Noche no eran tan interesantes como solían ser, cavilaba Rothen. Donde antes medio le amedentraba asistir a la reunión social semanal por la avalancha de preguntas acerca de la misteriosa chica de las barriadas, ahora se sentía ignorado.

—Esa chica elynea requerirá observación —dijo un voz femenina al otro lado de la habitación—. Por lo que dice lady Kinla, no pasará mucho tiempo antes de que necesite una charla privada con un sanador.

La respuesta fue inaudible.

—¿Bina? Tal vez. ¿O te refieres a...? No. ¿Quién querría? Es asunto de Rothen.

Al oír su nombre, Rothen miró en busca de los interlocutores. Reparó en dos jóvenes sanadoras que estaban de pie junto a una ventana cercana. Una levantó la mirada y, percatándose de que estaba observando, se sonrojó y apartó la vista.

—Hay algo extraño en ella. Es algo... —Rothen reconoció aquella voz nueva y experimentó una estremecedora sensación de triunfo. Quien hablaba era lord Elben, uno de los profesores de Sonea. Otras conversaciones más bulliciosas y cercanas

amenazaban con ahogar la voz, pero Rothen cerró los ojos y se concentró, como Dannyl le había enseñado.

—No encaja —respondió una voz temblorosa—. Pero ¿alguien esperaba de verdad que lo hiciera?

Rothen frunció el ceño. El segundo interlocutor era el profesor de historia de los aprendices de primer año.

—Es más que eso, Skoran —insistió Elben—. Es demasiado callada. Ni siquiera habla con los demás aprendices.

—A ellos tampoco les gusta mucho, ¿verdad?

Una risa irónica.

—No, ¿quién puede culparles?

—Piensa en lord Rothen —dijo Skoran—. Pobre hombre. ¿Crees que sabía en qué se estaba metiendo? No me gustaría que esa chica regresara a mis aposentos cada noche. Garrel me ha dicho que les contó una historia sobre que apuñaló a un hombre cuando vivía en las barriadas. No me haría ninguna gracia tener a la pequeña asesina merodeando por mi habitación mientras duermo.

—¡Encantador! En ese caso, espero que Rothen cande la puerta por la noche.

Las voces fueron desvaneciéndose cuando la pareja se alejó. Rothen volvió a abrir los ojos y miró su vaso de vino. Dannyl tenía razón. Aquella butaca estaba en una buena ubicación para escuchar las conversaciones de los otros magos. Dannyl siempre había dicho que los asistentes regulares al Salón de Noche estaban demasiado ansiosos por expresar sus opiniones para comprobar si alguien escuchaba, y de ellos se podía aprender mucho.

A diferencia de Dannyl, no obstante, Rothen se sentía incómodo espiando a sus compañeros magos. Se levantó y localizó a Skoran y a Elben. Forzando una sonrisa cortés, se aproximó a la pareja.

—Buenas noches, lord Elben —dijo, inclinando la cabeza a modo de saludo—. Lord Skoran.

—Lord Rothen —respondieron, devolviendo con educación el saludo.

—Solo he venido a preguntar cómo le va a mi pequeña ladrona.

Los dos profesores se detuvieron, lívidos por la sorpresa, y entonces Elben se echó a reír nerviosamente.

—Le va bien —dijo—. De hecho, lo está haciendo bastante mejor de lo que esperaba. Aprende rápido y el control que ejerce sobre sus poderes es bastante... avanzado.

—Tuvo muchos meses para practicar, pero en realidad aún no hemos evaluado su fuerza —agregó Skoran.

Rothen sonrió. Pocos le creyeron cuando describió lo fuerte que era Sonea, a pesar de saber que un mago tenía que ser necesariamente fuerte para que sus poderes

aflorasen por sí mismos.

—Estoy deseando oír vuestra opinión cuando la evaluéis —dijo, alejándose.

—Antes de que te vayas... —Skoran levantó una arrugada mano—. Me gustaría saber si mi nieto, Urlan, está progresando en química.

—Sí, bastante. —Rothen se volvió y se encaró al mago. Mientras se veía obligado a mantener una conversación sobre el chico, apuntó mentalmente que preguntaría a Sonea si los profesores la estaban tratando bien. Que un aprendiz no gustara no fue nunca una buena excusa para ser negligente con su educación.

El administrador Lorlen se detuvo a los pies de la escalera de la universidad y contempló el Gremio bajo el velo nocturno. A su derecha estaba el alojamiento de los sanadores, un edificio redondo de dos plantas que se alzaba detrás de los árboles más altos de los jardines. Por delante corría el camino hacia el alojamiento de los sirvientes, serpenteando en el oscuro brazo del bosque que rodeaba los terrenos. Más adelante, justo enfrente de él, se hallaba una carretera amplia que describía un círculo entre la universidad y las puertas. A la izquierda estaban las caballerizas, y otro brazo del bosque se extendía por ese lado.

Acechando entre la linde de ese bosque y el otro lado de los jardines se encontraba la residencia del Gran Lord. El edificio de piedra negra no relucía bajo la luz de la luna como las demás estructuras blancas del Gremio, sino que se erigía como una presencia fantasmal a la vera del bosque. Era el único edificio, aparte del Salón Gremial, que había sobrevivido desde la formación del Gremio. Durante más de siete siglos había alojado al mago más poderoso de cada generación. A Lorlen no le cabía duda de que el hombre que vivía allí ahora era uno de los magos más fuertes que jamás la había habitado.

Respiró hondo y echó a andar por el sendero hasta su puerta.

«Olvídate de todo por ahora —se dijo—. Es tu viejo amigo, el Akkarin que tan bien conoces. Hablaremos de política, de nuestras familias y de los asuntos del Gremio. Intentarás convencerle para visitar el Salón de Noche, y rehusará.»

Lorlen irguió los hombros cuando alcanzó la residencia. Como siempre, la puerta se abrió a su llamada. Una vez dentro, Lorlen sintió una punzada de alivio, pues ni Akkarin ni su sirviente salieron a recibirle.

Se sentó y contempló la sala de invitados. En su origen había sido un vestíbulo con unas escaleras muy gastadas a cada lado. Las salas de invitados no se habían convertido en una característica común de las casas hasta siglos después de la construcción de la residencia, así que, en su lugar, los Grandes Lores anteriores recibían a los invitados en una de las habitaciones interiores. Akkarin había modernizado el edificio, disponiendo los muros para ocultar las dos escaleras. Al llenar el espacio entre ellas con muebles confortables y cálidas alfombras, había

creado una agradable, aunque estrecha, sala de invitados.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo una voz familiar—. Un visitante inesperado.

Lorlen se volvió y se las arregló para sonreír al hombre de la túnica negra que se hallaba de pie ante la puerta de las escaleras.

—Buenas noches, Akkarin.

El Gran Lord sonrió y, tras cerrar la puerta tras él, se dirigió a una estrecha vitrina que contenía una reserva de vino y una selección de copas y cubiertos de plata. Abrió una botella y sirvió dos copas, escogiendo el mismo vino que Lorlen había decidido no comprar el día anterior.

—Casi no te he reconocido, Lorlen. Ha pasado tiempo.

Lorlen alzó los hombros.

—Nuestra pequeña familia ha dado trabajo últimamente.

Akkarin rió entre dientes porque Lorlen había empleado el apelativo que tenían ambos para referirse al Gremio. Tendió a Lorlen una copa de vino y se sentó.

—Oh, pero te mantienen ocupado, y tienes que recompensarlos de vez en cuando por buen comportamiento. Lord Dannyl fue una interesante elección para el puesto de segundo embajador del Gremio en Elyne.

Lorlen sintió que le daba un vuelco el corazón. Enmascaró su estado de alarma fingiendo preocupación.

—¿No la que tú habrías hecho?

—Es un hombre excelente para el puesto. Demostró iniciativa y audacia al ir en busca de los ladrones y negociar con ellos.

Lorlen alzó una ceja.

—Debería habernos consultado primero, sin embargo.

Akkarin agitó una mano en un gesto displicente.

—Los magos superiores lo habrían discutido durante semanas, y luego habrían tomado la decisión más segura, probablemente la errónea. Que Dannyl se diera cuenta de eso, y que se arriesgara a la desaprobación de sus compañeros por encontrarla, muestra que no se deja intimidar fácilmente por la autoridad cuando los métodos de esta son contrarios al bien de otros. Necesitará esa confianza en sí mismo cuando trate con la corte de Elyne. Me sorprendió que no me pidieras mi opinión, pero estoy seguro de que sabías que aprobaría tu decisión.

—¿Qué noticias tienes para mí? —pregunto Lorlen.

—Nada emocionante. El rey me preguntó si la «pequeña descarriada», como llama a Sonea, formaba parte de la promoción estival. Le contesté que sí, y quedé complacido. Eso me recuerda otro incidente gracioso: Nefin, de la Casa Maron, me preguntó si Fergun podía volver a Imardin ahora.

—¿Otra vez?

—Es la primera vez que Nefin me lo ha preguntado. La última vez fue Ganen,

hace unas tres semanas. Parece que todo hombre y mujer de la Casa Maron tiene intención de plantearme este asunto. Incluso los niños me han preguntado cuándo volverán a ver a tío Fergun.

—¿Y qué respondiste, pues?

—Que tío Fergun había hecho una cosa mala mala, pero que no debían preocuparse, que los simpáticos hombres del Fuerte se asegurarían de cuidar bien de él todos los años que permaneciera allí.

Lorlen rompió a reír.

—Quiero decir, ¿qué le dijiste a Nefin?

—Precisamente lo mismo. Bueno, no exactamente con las mismas palabras, por supuesto. —Akkarin suspiró y se alisó el pelo—. No solo me proporcionan la satisfacción de negarme, sino que no he recibido ninguna proposición de matrimonio de la Casa Maron desde que Fergun partió. Esa es incluso una razón mejor para mantener a ese hombre retenido en el Fuerte.

Lorlen tomó un sorbo de vino. Había asumido siempre que Akkarin no estaba interesado en las frívolas mujeres de las Casas, y que tarde o temprano encontraría esposa entre las mujeres del Gremio. Pero ahora se preguntaba si Akkarin habría resuelto permanecer soltero para proteger su oscuro secreto.

—Tanto la Casa Arran como la Casa Korin me han preguntado si disponemos de sanadores para atender a sus caballos de carreras —dijo Akkarin.

Lorlen dejó escapar un suspiro de exasperación.

—Les dijiste que no podemos prescindir de ellos, por supuesto.

Akkarin se encogió de hombros.

—Les dije que lo pensaría. Puede que exista un modo de sacar partido de esa petición.

—Pero necesitamos a todos nuestros sanadores.

—Cierto, pero ambas Casas se inclinan por esconder a sus hijas, como si también fueran más valiosas para la reproducción que para cualquier otra cosa. Si pudiéramos persuadirlos para que permitan que las chicas con talento se unan a nosotros, con el tiempo tendríamos sanadores más que suficientes para reemplazar a aquellos que se marchen para atender a los caballos.

—Y mientras tanto tendremos menos sanadores y deberemos dedicar parte de su tiempo a entrenar a las chicas nuevas —argumentó Lorlen—. Y puede que esas chicas no elijan convertirse en sanadoras cuando se gradúen.

Akkarin asintió con la cabeza.

—Entonces es una cuestión de equilibrio. Debemos conseguir suficientes chicas para asegurar que con el tiempo compensaremos el número de sanadores que enviemos a atender a los caballos. Al final, tendremos más sanadores a los que llamar si se produce un desastre, como un incendio o una revuelta. —Akkarin golpeó el

brazo de la silla con sus largos dedos—. Existe otra ventaja. Lord Tepo me habló hace unos meses de su deseo de expandir nuestro conocimiento de la curación animal. Fue bastante persuasivo. Esta podría ser una oportunidad para que inicie sus estudios en el campo.

Lorlen sacudió la cabeza.

—A mí me parece que es malgastar el tiempo de los sanadores.

Akkarin frunció el ceño.

—Discutiré ambas ideas con lady Vinara. —Miró a Lorlen—. ¿Tienes alguna noticia para mí?

—Las tengo —dijo Lorlen. Se reclinó en la silla y suspiró—. Noticias terribles. Noticias que perturbarán a muchos en el Gremio, pero que te afectarán a ti más que a nadie.

—¿Sí? —La mirada de Akkarin se agudizó.

—¿Te queda más de este vino que estamos bebiendo?

—Es la última botella.

—Oh, cielos. —Lorlen meneó la cabeza—. Entonces la situación es peor de lo que imaginaba. Me temo que esa es la última de todas. Decidí no renovar nuestro suministro. Después de hoy, no más Anuren oscuro para el Gran Lord.

—¿Esas son tus noticias?

—Terribles, ¿verdad? —Lorlen se volvió para observar a su amigo—. ¿Estás contrariado?

Akkarin resopló.

—¡Por supuesto! ¿Por qué no has encargado más?

—Querían veinte de oro por botella.

—¡Por botella! —Akkarin se recostó en su silla y silbó—. Otra buena decisión, aunque en esta ocasión deberías habérmela comunicado primero. Podría haber dicho unas cuantas palabras aquí y allá en la corte... Bueno, todavía puedo.

—¿Tengo que esperar entonces que llegue una oferta más razonable a mi mesa en las próximas semanas?

Akkarin sonrió.

—Veré lo que puedo hacer.

Permanecieron sentados en silencio durante un momento, tras el cual Lorlen apuró su copa y se levantó.

—Debería pasarme por el Salón de Noche. ¿Vienes?

La expresión de Akkarin se oscureció.

—No, tengo que encontrarme con alguien en la ciudad. —Miró a Lorlen—. Me ha gustado volver a verte. Ven por aquí más a menudo. No quiero tener que concertar una reunión contigo solo para enterarme de los cotilleos del Gremio.

—Lo intentaré. —Lorlen le dirigió una sonrisa—. Tal vez deberías visitar el

Salón de Noche con más frecuencia. Tú mismo podrías oír algunos cotilleos.

El Gran Lord negó con la cabeza.

—Todos se muestran demasiado cautelosos cuando estoy cerca. Aparte, mis intereses se centran más allá de los confines del Gremio. Te cedo a ti los escándalos de nuestra familia.

Lorlen puso el vaso sobre la mesa y se dirigió a la puerta, que se abrió silenciosamente. Miró hacia atrás y vio que Akkarin bebía su vino con satisfacción.

—Buenas noches —dijo.

Akkarin alzó su copa a modo de respuesta.

—Disfruta.

Cuando la puerta se cerró tras él, Lorlen inspiró profundamente, y a continuación echó a andar. Revisó en retrospectiva lo que se habían dicho. Akkarin había expresado su aprobación del nombramiento de Danny, lo cual, considerándolo, era irónico. El resto de la conversación había transcurrido relajada y sin nada fuera de lo común; era fácil olvidar la verdad en esas ocasiones. Pero a Lorlen siempre le sorprendía cómo Akkarin se las arreglaba para eludir sus actividades secretas durante aquellas conversaciones.

«Mis intereses se centran más allá de los confines del Gremio.»

Por decirlo de algún modo.

Lorlen resopló suavemente. Sin duda Akkarin se refería a sus ocupaciones en la corte y para con el rey.

«Es simplemente que no puedo evitar interpretar lo que dice a la luz de lo que sé.»

Visitar a Akkarin nunca había constituido una prueba antes de la Vista de Sonea. Ahora abandonaba la residencia del Gran Lord cansado y aliviado de que la dura experiencia hubiera acabado. Pensó en su cama y meneó la cabeza. Aún tenía que sentarse en el Salón de Noche y pasar por interminables peticiones y preguntas antes de poder escabullirse a sus habitaciones. Dejó escapar un suspiro, alargó el paso y echó a andar a través de los jardines.

5. Habilidades útiles

Mientras esperaba a que comenzara la clase, Sonea abrió su cuaderno de notas y empezó a leer. Una sombra cruzó su pupitre, y dio un salto cuando una mano apareció como un relámpago delante de ella y cogió una de las hojas de papel. Hizo un desesperado intento por recuperarla, pero fue demasiado lenta. La mano se llevó ágilmente el papel.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? —Regin pasó al frente de la clase y se apoyó de espaldas en la mesa del profesor—. Los apuntes de Sonea.

Ella le miró fríamente. Los otros aprendices observaban con interés. Regin estudió rápidamente la página y rió con deleite.

—¡Mirad qué letra! —exclamó, sosteniéndolo en alto—. Escribe como una niña. Oh, y ¡qué ortografía!

Sonea sofocó un gemido cuando el muchacho empezó a leer, haciendo un fingido alarde de su «pugna» por descrifrar las palabras. Se detuvo tras unas cuantas frases y se preguntó en voz alta sobre cuál sería su significado. Ella oyó varias risas medio ahogadas, y sintió que su rostro comenzaba a arder. Regin sonrió burlón y empezó a exagerar los errores de la página pronunciando cada palabra literalmente, y el eco de risas desenfundadas se propagó por la habitación.

Sonea hincó un codo sobre la mesa, apoyó la barbilla en la mano y trató de aparentar serenidad, mientras su cuerpo entero se calentaba y se enfriaba una y otra vez, al ritmo con que la rabia y la humillación iban alternándose.

De repente Regin se irguió y volvió apresuradamente a su sitio. Cuando las risas quedaron apagadas, pudo oírse el sonido de unos pasos. Una figura con túnica púrpura apareció en el umbral. Lord Elben inspeccionó la clase por encima de su larga nariz, y después se dirigió a su puesto y colocó una caja de madera sobre la mesa.

—El fuego —empezó— es como una criatura viviente y, como tal, tiene necesidades.

Abrió la caja y extrajo una vela y un pequeño plato. Con un movimiento rápido clavó la vela en un púa que sobresalía en el centro del plato.

—El fuego necesita aire y alimento, igual que todas las criaturas. No asumáis que es una criatura. —Soltó una risita—. Eso es de necios, pero tened presente que a menudo se comporta como si poseyera mente propia.

Alguien estranguló una risa tras Sonea. Ella volvió la cabeza. Por el rabillo del ojo vio que Kano pasaba algo a Vallon, y se le revolvió el estómago. Escapando a la visión de lord Elben, su caligrafía era motivo de entretenimiento para la clase entera.

Resignada, inspiró una profunda bocanada de aire y suspiró en silencio. La

segunda semana de clases no mostraba signos de mejora con respecto a la primera. Todos los aprendices —excepto Shem, que había desaparecido por completo tras un extraño arrebató durante el cual declaró que había visto la luz del sol atravesando el techo— se reunían en torno a Regin a la menor oportunidad. Estaba claro que ella no era bienvenida en su pequeña pandilla, y que Regin pretendía convertirla en blanco de todas sus mofas y chiquilladas.

Ella era una paria. Pero a diferencia de los chicos que fracasaban en su intento de ser aceptados en la banda de Harrin, no encontraría ningún otro lugar al que ir. Estaba obligada a permanecer con ellos.

Por tanto, recurrió a la única defensa que se le ocurrió: ignorarles. Si no entretenía a Regin y a los demás reaccionando a sus pullas, tarde o temprano se aburrirían y la dejarían en paz.

—Sonea.

Pegó un saltó y descubrió que lord Elben la miraba con el ceño fruncido en un gesto desaprobatorio. Su corazón empezó a palpar con fuerza. ¿Le había hablado? ¿Había estado ella tan absorta compadeciéndose de sí misma que no le había oído? ¿La reprendería delante de toda la clase?

—¿Sí, lord Elben? —dijo, preparándose para una nueva humillación.

—Harás el primer intento de encender esta vela —anunció—. Antes, te recuerdo que la producción de calor resulta más fácil cuando...

Aliviada, Sonea enfocó su voluntad hacia la vela. Casi pudo oír la voz de Rothen mientras repetía sus instrucciones mentalmente.

«Invoca un poco de magia, extiende tu voluntad, enfoca tu mente hacia la mecha, conforma la magia, y libérala...»

Sintió que una esquirla de su poder saltaba hacia la mecha, y entonces una llama cobró vida con un chisporroteo.

Lord Elben parpadeó, todavía con la boca abierta.

—... gracias, Sonea —concluyó. Miró al resto de la clase—. Tengo velas para todos vosotros. Vuestra tarea para esta mañana es aprender a encenderlas, y después practicar para hacerlo a mayor velocidad, con el menor pensamiento posible.

Sacó más velas de la caja y las distribuyó entre los aprendices. De inmediato se pusieron a contemplar fijamente las mechas. Sonea observaba, con creciente regocijo al ver que ninguna vela, ni siquiera la de Regin, empezaba a arder.

Elben regresó a su escritorio y sacó una esfera de cristal llena de un líquido azul. La llevó a la mesa de Sonea y la puso encima.

—Este es un ejercicio que te enseñará delicadeza —le dijo—. La sustancia de este contenedor es sensible a la temperatura. Si la calientas lenta y uniformemente, se tornará roja. Si no, se formarán burbujas, que tardarán varios minutos en disiparse. Quiero ver el color rojo, no las burbujas. Llámame cuando lo consigas.

Sonea asintió con la cabeza y esperó hasta que Elben hubo regresado a su escritorio. Después se concentró en la esfera. A diferencia del encendido de la vela, solo se requería energía para calentarla. Con una profunda inspiración, conformó la magia en una moderada niebla, de manera que esta pudiera calentar el cristal uniformemente. Cuando la liberó, el líquido se oscureció y adquirió un intenso color rojo.

Satisfecha, levantó la mirada y encontró a Elben hablando con Regin.

—No entiendo —decía el chico.

—Vuelve a intentarlo —dijo Elben.

Regin miró fijamente la vela que sostenía en la mano, con los ojos estrechos como rendijas.

—¿Lord Elben? —se atrevió a decir Sonea. El profesor se irguió y empezó a girarse hacia ella.

—Entonces ¿es como proyectar la magia hacia la mecha? —preguntó Regin, atrayendo la atención de Elben de nuevo hacia él.

—Sí —respondió Elben, con una nota de impaciencia en su voz. Mientras Regin contemplaba la vela, el profesor se volvió para mirar la esfera de Sonea. Movié la cabeza en señal de negación—. No está lo bastante caliente.

Al bajar la mirada a la esfera, Sonea se dio cuenta de que el líquido se estaba enfriando y adquiriendo una tonalidad púrpura. Con el ceño fruncido, volvió a enfocar su voluntad, y el púrpura se iluminó de nuevo, tornándose rojo.

Regin pegó un salto en su silla, y profirió un alarido de sorpresa y dolor. La vela había desaparecido, y tenía las manos cubiertas con cera derretida, que intentaba quitarse frenéticamente. Sonea notó que una sonrisa curvaba sus labios, y se tapó la boca con la mano.

—¿Te has escaldado? —preguntó Elben con preocupación—. Puedes visitar a los sanadores si lo deseas.

—No —dijo Regin rápidamente—. Estoy bien.

Elben enarcó las cejas. Se encogió de hombros, cogió otra vela y la depositó en el pupitre de Regin.

—Volved al trabajo —dijo bruscamente al resto de la clase, pues todos miraban las manos enrojecidas de Regin.

Elben se acercó a la mesa de Sonea, miró la esfera y asintió.

—Adelante —dijo—. Enséñame lo.

Una vez más, Sonea se concentró en la esfera, y el líquido se calentó. Elben asintió con la cabeza, satisfecho.

—Bien. Tengo otro ejercicio para ti.

Mientras el mago regresaba a donde estaba la caja, Sonea vio que Regin la observaba. Otra sonrisa curvó sus labios, y vio que él apretaba los puños. Entonces

Elben dio un golpe en la mesa del chico al pasar.

—Volved al trabajo, todos vosotros.

Apoyado en la barandilla de la cubierta, Dannyl respiraba el salobre aire con deleite.

—Tripa enferma no tan mal fuera, ¿yai?

Se volvió y vio que Jano se aproximaba; aquel hombre pequeño caminaba por la oscilante cubierta con facilidad. Cuando Jano alcanzó la borda, se giró y apoyó la espalda en ella.

—Los magos no se ponen enfermos en los barcos —observó Jano.

—Sí que lo hacemos —admitió Dannyl—. Pero podemos sanar. Aunque requiere concentración, y no podemos mantener nuestra mente en ello todo el tiempo.

—Así... ¿no te pones malo cuando piensas en no ponerte malo, pero no poder pensar siempre en no ponerte malo?

Dannyl sonrió.

—Sí, eso es.

Jano asintió. Desde lo alto del mástil, un miembro de la tripulación hizo sonar una campana y gritó unas cuantas palabras en lengua vindeana.

—¿Ha dicho Capia? —preguntó Dannyl, volviéndose para mirar arriba.

—¡Capia, yai! —Jano se dio media vuelta y miró a lo lejos. A continuación apuntó con el brazo—. ¿Ves?

Dannyl miró en la dirección que su compañero señalaba, pero no pudo ver nada salvo la línea salpicada de nubes de una indistinguible costa. Negó con la cabeza.

—Tienes mejor vista que yo —dijo.

—Vindeano tener buenos ojos —afirmó Jano con orgullo—. Por eso ser jinetes del mar.

—¡Jano! —bramó una voz severa.

—Tengo que irme.

Dannyl observó al marinero vindeano alejarse a toda prisa, luego se volvió para contemplar la costa. Todavía incapaz de divisar la capital de Elyne, dirigió la vista hacia abajo y miró cómo la proa cortaba las olas, dejando entonces que sus ojos vagaran sobre la superficie del mar. Durante la travesía había descubierto que el constante vaivén del agua era relajante y bastante hipnótico, y había quedado fascinado por el modo en que cambiaba de color dependiendo de la hora del día y de la meteorología.

Cuando levantó de nuevo la mirada, la tierra se hallaba más cerca, y pudo distinguir hileras de diminutos cuadrados pálidos sobre las construcciones distantes de la orilla. Un escalofrío le recorrió la piel, y notó que el latido de su corazón se aceleraba. Tamborileó con los dedos en la barandilla mientras contemplaba la costa cada vez más cercana.

Un largo hueco entre los edificios resultó ser la entrada a una bahía, bien protegida del azote de las olas del mar. Las casas eran mansiones de un tamaño descomunal, rodeadas por jardines amurallados que descendían escalonadamente hasta una playa blanca. Todas estaban construidas con piedras de un color amarillo pálido que brillaba cálidamente bajo la luz de la mañana. Cuando el barco llegó a la altura de la entrada de la bahía, Dannyl contuvo el aliento. Las casas, a cada lado, conformaban los brazos de una ciudad que rodeaba la bahía entera. En ella pudo ver construcciones grandiosas que se alzaban sobre un alto muro de contención. Detrás había abultadas cúpulas y torres que se elevaban hacia el cielo, algunas unidas por grandes arcos de piedra.

—El capitán le quiere con él, milord.

Dannyl asintió con la cabeza al tripulante que le había hablado, y atravesó la cubierta en dirección al capitán, que permanecía de pie junto a un enorme timón. Los marineros corrían de un lado a otro, comprobando cabos y lanzándose los unos a los otros palabras en vindeano.

—¿Solicitó mi presencia, capitán?

El hombre asintió.

—Solo para que se quede aquí, fuera del paso, milord.

Dannyl se colocó donde Numo le había señalado y observó al hombre mientras este oteaba alternativamente primero la costa y después el mar. Entonces Numo, en su lengua nativa, dio una orden a voz en cuello y empezó a girar el timón. De inmediato la tripulación entró en acción. Los hombres tiraron de las jarcias. Las velas se agitaron, cayendo flácidas cuando dejaron de atrapar el viento. El barco se meció y escoró al virar hacia la costa.

Entonces las velas se desplegaron en un rápido movimiento, hinchadas de nuevo por el viento. La tripulación ató los cabos en nuevas posiciones, pidiéndose confirmación los unos a los otros, y aguardó.

Cuando el navío se acercó de forma considerable a la costa, la escena se repitió. En esta ocasión el barco los llevó a través de la entrada de la bahía. El capitán se volvió para mirar a Dannyl.

—¿Ha estado en Capia antes, milord?

Dannyl meneó la cabeza.

—No.

Numo se volvió y señaló la ciudad con la barbilla.

—Bonita.

Ahora se veían fachadas simples de arcos y columnas. A diferencia de las mansiones de Kyralia, pocos edificios poseían una decoración intrincada, aunque había algunas torres y cúpulas esculpidas en sutiles espirales o con diseños en forma de abanico.

—Mejor con puesta de sol —le dijo Numo—. Contrate bote una noche para ver.

—Lo haré —respondió Dannyl tranquilamente—. Definitivamente.

La boca del capitán se retorció en un gesto que era lo más cercano a una sonrisa que Dannyl había visto hasta el momento. Se esfumó rápidamente cuando el hombre empezó a dar nuevas órdenes a gritos. Se enrollaron las velas en la base para reducir su tamaño. El barco aminoró la marcha, poniendo rumbo hacia un hueco entre los miles de embarcaciones ancladas en la bahía. Delante había varios barcos amarrados al alto muro de contención.

—Coja las cosas de habitación ahora —dijo Numo, mirando a Dannyl por encima del hombro—. Llegamos pronto, milord. Envíe hombre para decir a su gente que está aquí. Venir a buscarle.

—Gracias, capitán.

Dannyl atravesó la cubierta y bajó a su camarote. Mientras recogía la habitación y comprobaba su equipaje, sintió que el barco detenía su avance y se mecía. Le llegaron unas órdenes amortiguadas a través del techo, y entonces todo vibró; el casco había chocado con la pared del muelle.

Cuando volvió a salir a cubierta, la tripulación estaba amarrando el barco a unas pesadas anillas de hierro que pendían del muro. Unos sacos grandes y abultados colgaban en el costado del barco, para protegerlo del muelle. Una estrecha cornisa corría junto a la pared, con escaleras en cada extremo que conducían arriba.

El capitán y Jano estaban juntos al lado de la barandilla.

—Puede ir en su camino ahora, milord —dijo Numo con un asentimiento de cabeza—. Fue honor transportarle.

—Gracias —respondió Dannyl—. Ha sido un honor viajar con usted, capitán Numo —agregó en lengua vindeana—. Buena travesía.

Los ojos de Numo se agrandaron ligeramente por la sorpresa. Se inclinó con fría formalidad y a continuación se alejó a grandes zancadas.

Jano sonrió abiertamente.

—Le gusta. Magos no intentan ser educados de nuestra forma.

Dannyl asintió con la cabeza. Eso no le sorprendía. Cuando cuatro marineros aparecieron con sus arcones, Jano hizo una seña a Dannyl para que le siguiera, y después caminaron por la pasarela hasta la cornisa. Dannyl se detuvo tras unos pocos pasos, desconcertado por el modo en que la pared parecía moverse y oscilar bajo sus pies. Se hizo a un lado para que los marineros que cargaban con los arcones pudieran pasar. Jano miró hacia atrás y, notando la expresión de perplejidad de Dannyl, se echó a reír.

—Tiene que acostumbrar piernas a tierra otra vez —explicó—. No dura mucho.

Dannyl, con una mano apoyada en la pared, siguió a los marineros por la cornisa y subió la escalerilla. Arriba se encontró al lado de una amplia y ajetreada carretera

que discurría junto al borde del muelle. Los marineros depositaron los arcones en el suelo y después se encaramaron en la pared, aparentemente complacidos de no hacer nada salvo observar el tráfico.

—Tuvimos buen viaje —dijo Jano—. Buen viento. Sin tormenta.

—Sin sanguijuelas marinas —agregó Dannyl.

Jano se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Eyomas no. Nadar en mares de norte. —Hizo una pausa—. Eres buen hombre para practicar hablar esta lengua. Aprender muchas palabras nuevas.

—También he aprendido unas cuantas palabras en vindeano —respondió Dannyl—. No podré utilizarlas mucho en la corte de Elyne, pero me vendrán bien si alguna vez visito una casa de bebida vindeana.

El hombrecillo sonrió abiertamente.

—Si venir a Vin, ser bienvenido a quedarse con familia de Jano.

Dannyl se volvió a mirar al hombre, sorprendido.

—Gracias —dijo.

Jano señaló el tráfico con los ojos entrecerrados.

—Viene su gente, creo.

Siguiendo la dirección que señalaba, Dannyl buscó un carruaje negro con los símbolos del Gremio pintados en los costados, pero no vio ninguno. Jano dio un paso hacia la escalerilla.

—Me iré ahora. Buena travesía, milord.

Dannyl se giró hacia el hombre y sonrió.

—Buena travesía, Jano.

El marinero le devolvió una sonrisa abierta y luego se precipitó escalerilla abajo. Dannyl se volvió hacia la calle y frunció el ceño al ver que un carruaje de lustrosa madera roja se detenía delante de él, bloqueando su vista. Entonces lo comprendió: uno de los marineros del barco saltó desde el asiento del conductor y empezó a ayudar a los otros miembros de la tripulación a cargar los arcones en una plataforma de la parte trasera del vehículo.

Se abrió la puerta del carruaje y un hombre lujosamente vestido salió de él. Durante un momento Dannyl quedó desconcertado. Había visto anteriormente a cortesanos elyneos, y había confiado en que no tendría que adoptar las ridículas galas que estaban de moda en la corte de Elyne. Aunque tuvo que admitir que ese atuendo, elaborado y ceñido, favorecía al hermoso joven.

«Con un rostro como ese —caviló Dannyl—, este joven debe de ser uno de los predilectos entre las damas.»

El hombre dio un paso indeciso hacia delante.

—¿Embajador Dannyl?

—Sí.

—Soy Tayend de Tremmelin. —El hombre se inclinó en una grácil reverencia.

—Es un honor conocerle —dijo Dannyl.

—El honor es mío, embajador Dannyl —respondió Tayend—. Debe de estar cansado tras el viaje. Le llevaré directamente a su casa.

—Gracias. —Dannyl se preguntó por qué había sido enviado aquel hombre en lugar de los sirvientes, y observó a Tayend con atención—. ¿Pertenece a la Casa del Gremio?

—No —contestó Tayend sonriendo—. A la Gran Biblioteca. El administrador Lorlen concertó el encuentro.

—Ya veo.

Tayend señaló la puerta del carruaje.

—Después de usted, milord.

Al subir, Dannyl dejó escapar un pequeño suspiro de asombro ante el lujoso interior. Después de tantos días viviendo en un camarote diminuto, con escasa privacidad y menos comodidades aún, estaba deseando tomar un baño y comer algo más sofisticado que sopa y pan.

Tayend se ubicó en el asiento opuesto y dio un golpe en el techo como señal para el conductor. Mientras el carruaje rodaba alejándose del muelle, la mirada de Tayend se deslizó por la túnica de Dannyl y luego revoloteó alrededor. Miró por la ventana, tragó saliva audiblemente y se frotó las manos en los pantalones.

Reprimiendo una sonrisa ante el nerviosismo del hombre, Dannyl repasó lo que había aprendido de la corte de Elyne. No conocía a Tayend de Tremmelin, aunque había leído acerca de otros de la misma familia.

—¿Cuál es su posición en la corte, Tayend?

El joven hizo un gesto para quitarse importancia.

—Una posición menor. Yo la evito, principalmente, y ella me evita a mí. —Miró a Dannyl, luego sonrió medio inconscientemente—. Soy un académico. Paso la mayor parte del tiempo en la Gran Biblioteca.

—La Gran Biblioteca —repitió Dannyl—. Siempre he querido verla.

El rostro de Tayend se iluminó con una amplia sonrisa.

—Es un lugar maravilloso. Le llevaré allí mañana, si lo desea. Sé que los magos aprecian los libros como jamás lo harán la mayoría de los cortesanos. Su Gran Lord pasó muchas semanas allí en una ocasión... mucho antes de que fuera nombrado Gran Lord, desde luego.

Dannyl miró al joven, con el pulso acelerado.

—¿De verdad? ¿Qué podría haberle interesado tanto?

—Toda clase de cosas —respondió Tayend, con ojos brillantes—. Fui su ayudante durante unos días. Irland, el bibliotecario mayor, no podía mantenerme alejado de la biblioteca cuando yo era un niño, así que me contrató para traer y llevar. Lord

Akkarin leyó todos los libros más antiguos. Buscaba algo, pero nunca descubrió qué era exactamente. Todo un misterio. Entonces un día no llegó a su hora habitual, ni tampoco al día siguiente, así que preguntamos por él. Había empaquetado sus cosas y se había marchado de improviso.

«Qué interesante —caviló Danyl—. Me pregunto si ya habría encontrado lo que andaba buscando.»

Tayend miró por la ventana.

—Oh, ya casi estamos en su casa. ¿Le gustaría que le recogiera mañana...? Oh, querrá ir a la corte primero, ¿verdad?

Danyl sonrió.

—Aceptaré su oferta, Tayend, pero no puedo decir en qué momento. ¿Le envió un mensaje cuando lo sepa?

—Desde luego. —Una vez que el carruaje se detuvo, Tayend recorrió el pestillo de la puerta y la empujó—. Envíe una nota a la Gran Biblioteca... o simplemente venga. Estoy siempre allí durante el día.

—Muy bien —dijo Danyl—. Gracias por recogerme en el muelle, Tayend de Tremmelin.

—Ha sido un honor, milord —respondió el joven.

Danyl bajó del carruaje y se encontró de pie ante una amplia casa de tres pisos. Varias columnas, de las que arrancaban arcos, soportaban una profunda veranda. El espacio entre las columnas centrales era más ancho que el resto, y allí la veranda se curvaba hacia arriba para formar un arco que recordaba la entrada de la universidad. Más allá había una réplica de las puertas de la universidad.

Cuatro sirvientes habían sacado los arcones del carruaje. Otro se adelantó y se inclinó.

—Embajador Danyl. Bienvenido a la Casa del Gremio en Capia. Por favor, sígame.

Danyl oyó a su espalda una voz culta repetir el título en susurros. Resistió el impulso de girarse y mirar a Tayend; en cambio, sonrió para sí mismo y siguió al sirviente al interior de la casa. El joven académico estaba obviamente más que un poco intimidado por la presencia del mago.

Entonces se puso serio. Tayend había conocido y ayudado a Akkarin diez años atrás. Lorlen había dispuesto que el académico se encontrara con él. ¿Coincidencia? Lo dudaba. Era evidente que Lorlen pretendía que Danyl reclutara a Tayend para que le asistiera en su investigación sobre magia antigua.

En el pequeño jardín el aroma de las flores era casi insoportablemente dulce. Una fuente diminuta golpeteaba en algún lugar al fondo, oculta por las sombras de la noche. Lorlen se sacudió los pétalos que habían caído en su túnica.

La pareja sentada en el banco de enfrente eran parientes lejanos y miembros de la misma Casa que Lorlen. Él había crecido junto al hijo mayor de ambos, Walin, antes de entrar en el Gremio. Aunque Walin vivía ahora en Elyne, a Lorlen le gustaba visitar a los padres de su viejo amigo de tiempo en tiempo, en especial cuando el jardín de Derril se hallaba en todo su esplendor.

—A Barran le va bien —dijo Velia. Sus ojos brillaban bajo la luz de la antorcha—. Seguro que el año próximo es ascendido a capitán.

—¿Tan pronto? —replicó Lorlen—. Ha conseguido mucho en los últimos cinco años.

Derril sonrió.

—Ciertamente. Es agradable ver a nuestro hijo pequeño convertido en un hombre responsable, a pesar de que Velia lo malcríe tanto.

—Ya no lo malcrío —protestó ella. Y añadió con seriedad—: Me sentiré aliviada, no obstante, cuando ya no tenga que patrullar las calles. —Su sonrisa repentinamente se esfumó.

—Hummm. —Derril miró a su esposa con el ceño fruncido—. Debo dar la razón a Velia. La ciudad es más peligrosa cada año que pasa. Esos asesinatos recientes son motivo más que suficiente para que incluso el hombre más valiente cande su puerta por la noche.

Lorlen arrugó la frente.

—¿Asesinatos?

—¿No lo has oído? —Derril alzó las cejas—. Vaya, están causando un gran revuelo por toda la ciudad.

Lorlen meneó la cabeza.

—Puede que me hayan informado, pero los sucesos del Gremio han tenido mi mente ocupada en los últimos tiempos. No he prestado mucha atención a los asuntos de la ciudad.

—Deberías sacar la cabeza de ese lugar más a menudo —dijo Derril con desaprobación—. Me sorprende que no te hayas interesado por esto. Dicen que es la peor ola de asesinatos que se ha visto en la ciudad desde hace cien años. Velia y yo sabemos algo más sobre ellos; por supuesto, gracias a Barran.

Lorlen sofocó una sonrisa. A Derril no solo le entusiasmaba contar a la gente la información «secreta» que su hijo le transmitía, sino que disfrutaba por ser el primero en enterarse de cualquier cosa. Debió de resultar altamente satisfactorio para él ser el primero en informar de aquellos crímenes al administrador del Gremio de los Magos.

—Será mejor que me hables de ellos, entonces... antes de que cualquier otro se dé cuenta de mi ignorancia —le animó Lorlen.

Derril se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—Lo más escalofriante de este asesino es que realiza algún tipo de ritual mientras

mata a sus víctimas. Una mujer fue testigo de uno de los asesinatos hace dos noches. Había estado recogiendo ropa cuando oyó a su patrón forcejeando con un extraño. Cuando se dio cuenta de que la pareja se dirigía hacia la habitación, se escondió dentro de un armario.

»Dijo que el extraño ató a su patrón, luego sacó un cuchillo y le abrió la camisa. Hizo unos cortes en el cuerpo del hombre, cinco en cada hombro. —Derril separó los dedos sobre su hombro—. Por esos cortes sabe la Guardia que el autor de los asesinatos es el mismo hombre. La mujer dijo que el asesino puso los dedos sobre los cortes y empezó a salmodiar en susurros. Cuando acabó lo que fuera que estuviera diciendo, lo degolló.

Velia emitió un sonido de desagrado y se levantó.

—Perdonadme, pero esto me pone la piel de gallina —dijo, y se marchó a toda prisa.

—La sirvienta dijo algo más —agregó Derril—. Dijo que pensaba que el hombre estaba muerto antes de que lo degollara. Barran dice que los cortes en los hombros no bastaban para matar a nadie, y que no había rastro de veneno. Creo que su conclusión es que el hombre se desmayó. Yo mismo estaría medio muerto del terror... ¿Estás bien, Lorlen?

Lorlen obligó a sus rígidos músculos faciales a esbozar una sonrisa.

—Sí —mintió—. Es que no puedo creer que no me haya enterado de esto todavía. ¿Proporcionó la mujer alguna descripción del asesino?

—Nada de utilidad. Dijo que era difícil ver algo porque estaba oscuro y miraba a través del ojo de la cerradura, pero que el hombre tenía el pelo oscuro e iba vestido con ropas muy gastadas.

Lorlen inspiró hondo y expulsó el aire lentamente.

—Y cantaba, dijiste. Qué extraño.

Derril mostró su conformidad con un gruñido.

—Hasta que Barran se unió a la Guardia, no tenía ni idea de que en el mundo hubiera gente tan retorcida y perturbada. ¡Las cosas que hacen algunas personas!

Lorlen asintió, pensando en Akkarin.

—Me gustaría saber más de esto. ¿Me informarás si oyes algo?

Derril sonrió de oreja a oreja.

—He captado tu interés, ¿verdad? Por supuesto que lo haré.

6. Una proposición inesperada

Rothen levantó la vista sorprendido cuando Sonea entró en la habitación.

—¿Ya estás de vuelta? —Sus ojos resbalaron hasta su túnica—. Oh. ¿Qué ha ocurrido?

—Regin.

—¿Otra vez?

—A todas horas.

Sonea dejó caer su libro de notas encima de la mesa. Emitió un ruido de chapoteo y un pequeño charco de agua comenzó a formarse a su alrededor. Lo abrió y encontró que todos sus apuntes estaban empapados y que la tinta se estaba corriendo, mezclada con el agua. Gimió al darse cuenta de que tendría que volver a escribir absolutamente todo. Se dio media vuelta y se encaminó al dormitorio para cambiarse.

En la entrada de la universidad, Kano se había abalanzado sobre ella y le había arrojado un puñado de comida a la cara. Ella se había acercado a la fuente del centro del patio con la intención de lavarse, pero al inclinarse sobre la pileta, el agua se había alzado sobre ella, calándola hasta los huesos.

Tras un suspiro, abrió el armario ropero, sacó una vieja camisa y un par de pantalones y se cambió. Recogió la túnica empapada y regresó a la sala de invitados.

—Lord Elben comentó algo interesante ayer.

Rothen frunció el ceño.

—¿Sí?

—Dijo que voy varios meses por delante de la clase, que voy casi tan bien como la promoción de invierno.

El mago sonrió.

—Tuviste meses de práctica antes de empezar. —Su sonrisa se difuminó cuando vio las ropas que llevaba—. Debes llevar puesta la túnica todo el tiempo, Sonea. No puedes ir a clase así.

—Lo sé, pero no me queda ninguna limpia. Tania me traerá algunas esta noche. —Le extendió la túnica goteante—. A no ser que pudieras secar esta por mí.

—Ya deberías ser capaz de hacer eso tú misma.

—Puedo, pero se supone que no debo utilizar la magia a menos...

—... a menos que te lo ordene un mago —finalizó Rothen, y rió entre dientes—. Esa norma es flexible, Sonea. En general se entiende que si un profesor te ordena practicar lo que te ha enseñado, eres libre de hacerlo fuera de clase salvo que te diga lo contrario.

La muchacha sonrió y bajó la vista a la túnica. El vapor empezó a ascender de la tela como una neblina mientras Sonea la atravesaba con un flujo de calor. Cuando la

túnica estuvo seca, la dejó a un lado y se sirvió los restos de un pastel dulce que había sobrado de la comida matutina.

—Dijiste una vez que un aprendiz excepcional puede ser trasladado a una clase superior. ¿Qué me haría falta para eso?

Rothen arqueó las cejas.

—Mucho trabajo. Puede que seas buena practicando la magia, pero tu conocimiento y comprensión de ella tendría que ser mucho mejor.

—Entonces ¿es posible?

—Sí —dijo lentamente—. Si trabajamos todas las noches y los días, podrías superar los exámenes de mitad de año dentro de un mes, más o menos, pero el trabajo duro no terminaría aquí. Una vez que hayas avanzado, sería necesario ponerte al día con los aprendices de invierno. Si suspendes los exámenes de primer año, retrocederás a las clases de verano. Eso significa que tendrías que trabajar muy duro durante dos o tres meses.

—Entiendo. —Sonea se mordió el labio—. Quiero intentarlo.

Rothen la observó detenidamente; después fue hasta las sillas y se sentó.

—Así que has cambiado de idea, entonces.

Sonea frunció el ceño, perpleja.

—¿Cambiado de idea?

—Querías esperar hasta que los otros te alcanzaran.

Ella movió una mano con desdén.

—Olvídalos. No merecen la pena. ¿Tienes tiempo para enseñarme? No quiero distraerte de tus clases.

—Eso no será un problema. Prepararé mis lecciones mientras tú estudias. —Rothen se inclinó hacia delante—. Sé que haces esto para alejarte de Regin. Tengo que apuntar que la siguiente clase puede no ser mejor.

Sonea asintió. Se dejó caer en una silla junto a él y empezó a separar sus notas cuidadosamente.

—He meditado sobre ello. No espero gustarles, solo que me dejen tranquila. Los he observado cuando he podido, y no parece que haya nadie como Regin entre ellos. No tienen a un único aprendiz que los dirija. —Se encogió de hombros—. Puedo vivir siendo ignorada.

Rothen asintió con la cabeza.

—Has pensado en esto detenidamente, por lo que veo. Muy bien. Lo haremos.

Un nuevo sentimiento de esperanza embargó a Sonea. Era una segunda oportunidad. Le brindó una amplia sonrisa.

—¡Gracias, Rothen!

El mago alzó los hombros.

—No en vano soy tu tutor. Darte un tratamiento especial es mi función.

Sostuvo en alto las hojas mojadas de papel y comenzó a secarlas. Las hojas se rizaban a medida que se secaban y la tinta transformaba las letras en grotescos garabatos. Volvió a suspirar ante la idea de reescribirlas.

—Aunque las habilidades de guerrero no es mi área de experiencia —dijo Rothen—, creo que encontrarás útil saber como levantar y mantener un escudo básico. Eso debería bastar para protegerte de travesuras como esta.

—Lo que tú digas —respondió Sonea.

—Y como ya te has perdido el comienzo de la clase, bien podrías quedarte aquí y aprenderlo ahora. Le diré a tu profesor... Bueno, ya pensaré en una buena excusa.

Sorprendida y complacida, Sonea dejó los apuntes secos a un lado. Rothen se puso en pie y empujó la mesa para que no entorpeciera.

—Levántate.

Sonea obedeció.

—Bien, sabes que todo el mundo, magos y no-magos, poseen una frontera natural que protege la zona contenida por nuestro cuerpo. Ningún otro mago puede influir en nada dentro de esa zona sin agotarnos antes. De lo contrario, un mago podría matar a otro simplemente alcanzando su interior y aplastándole el corazón.

Sonea asintió con la cabeza.

—La piel es la frontera. La barrera. La sanación puede atravesarla, pero solo mediante contacto directo de piel con piel.

—Sí. Bien, hasta ahora has extendido tu influencia como un brazo, alargándolo, digamos, para encender una vela o levantar una pelota. Un escudo es como extender toda tu piel hacia fuera, como inflar una burbuja a tu alrededor. Observa, crearé un escudo visible.

La mirada de Rothen adoptó una expresión distraída. Su piel empezó a brillar, y entonces fue como si una capa de esta empujara hacia fuera, estirando, alisando y confundiendo el contorno del cuerpo. Se expandió y formó un globo translúcido de luz alrededor del mago. Luego se replegó y desapareció.

—Eso solo fue un escudo de luz —dijo—. No habría repelido nada. Pero es útil para empezar porque es visible. Ahora quiero que crees el mismo tipo de escudo, pero solo alrededor de tu mano.

Sonea levantó una mano y se concentró en ella. Hacerla brillar fue fácil; Rothen ya le había enseñado a crear una luz suficientemente fría para no quemar nada. Centró su atención en la piel, buscó la sensación de ser una frontera a la influencia de su magia, y luego empujó hacia fuera.

Al principio el brillo se expandió en estallidos erráticos, pero tras varios minutos consiguió controlar su crecimiento para que se extendiera en todas las direcciones al mismo tiempo. Finalmente una esfera brillante rodeó su mano.

—Bien —dijo Rothen—. Ahora inténtalo con el brazo entero.

Lentamente, con alguna vacilación, el globo se alargó hasta el hombro, y después se hinchó hasta formar una esfera mayor.

—Ahora la parte superior del cuerpo.

Fue la más extraña de las sensaciones. Como si ella misma se estuviera expandiendo para ocupar un espacio más grande. Mientras alargaba la esfera para incluir la cabeza, sintió un hormigueo en el cuero cabelludo.

—Muy bien. Ahora toda entera.

Algunas partes de la esfera se colapsaron hacia dentro al concentrarse en las piernas, pero tras ocuparse de ellas se encontró a sí misma rodeada completamente por una bola brillante. Bajó la vista y se dio cuenta de que se extendía por debajo de sus pies, penetrando en el suelo.

—¡Excelente! —dijo Rothen—. Ahora recógela hacia dentro desde todas las direcciones al mismo tiempo.

Pausadamente, y no sin que algunas partes se colapsaran antes que otras, tiró de la esfera hacia dentro hasta que se pegó a su piel. Rothen asintió con aire pensativo.

—Has captado la idea —dijo—. Solo necesitas algo más de práctica. En cuanto lo domines, trabajaremos los escudos repelentes básicos y los contenedores. Ahora, enséñamelo de nuevo.

Cuando la puerta se cerró tras Sonea, Rothen reunió sus libros y papeles. Por lo que había oído, el aprendiz de Garrel era un líder natural. Era un hecho desafortunado, pero no inesperado, que el chico escogiera fortalecer su influencia sobre el grupo volviéndolo contra otro aprendiz. Sonea había sido la víctima obvia. Por desgracia, había destrozado en pedazos todas sus esperanzas de ser aceptada por el resto.

Meneó la cabeza y suspiró. ¿Había trabajado en la erradicación de su vocabulario de las barriadas y le había enseñado buenos hábitos y maneras para nada? Había asegurado a Sonea en innumerables ocasiones que solo necesitaba hacer un amigo o dos para que se olvidara su pasado. Pero se había equivocado. Sus compañeros de clase no solo la rechazaban, sino que se habían vuelto contra ella.

Los profesores tampoco le habían tomado simpatía, a pesar de sus excepcionales aptitudes. Circulaban historias de apuñalamientos y robos infantiles, según Yaldin, el amigo de mayor edad de Rothen. Los profesores no podían descuidar su educación, no obstante. Se aseguraría de eso.

¡Rothen!

Rothen dejó todo lo demás y se concentró en la voz de su mente.

¿Dannyl?

Hola, viejo amigo.

Cuando Rothen centró su atención en la voz, esta se hizo más nítida y adquirió cierta personalidad. Percibió también la presencia de otros magos, cuya atención

había sido atraída por la llamada, pero se había desvanecido a medida que apartaban sus mentes de la conversación.

Esperaba que te comunicaras antes. ¿Se retrasó tu barco?

No, llegué hace dos semanas. No he tenido un momento de esparcimiento desde entonces. El primer embajador había concertado tantas presentaciones y reuniones que a duras penas me mantengo en pie. Creo que le decepciona el hecho de que realmente necesite dormir.

Rothen se contuvo de preguntar si el primer embajador del Gremio en Elyne se había puesto tan corpulento como se rumoreaba. La comunicación mental no era completamente privada, y siempre era posible que otro mago pudiera estar escuchando.

¿Has visto mucho de Capia?

Un poco. Es tan bella como dicen. Rothen recibió la imagen de una majestuosa ciudad de piedra amarilla, agua azul y barcos.

¿Ya has estado en la corte?

No, la tía del rey murió hace unas semanas y él ha estado de luto. La visito hoy. Debería ser interesante.

Una sensación de suficiencia acompañó a las palabras, y Rothen supo que su amigo estaba pensando en todos los escándalos, rumores y habladurías que había desenterrado sobre la gente de la corte de Elyne antes de dejar Kyralia.

¿Cómo le va a Sonea?

Sus profesores elogian sus aptitudes, pero tiene a un buscalíos en su clase. Ha congregado en torno a él al resto de los aprendices.

¿Puedes hacer algo? Había simpatía y comprensión tras las palabras de Dannyl.

Acaba de proponerme pasar al siguiente curso.

¡Pobre Rothen! Eso implica trabajo duro, para los dos.

Puedo arreglármelas. Solo espero que no encuentre a los aprendices invernales tan poco amistosos.

Dile que lo siento por ella. La atención de Dannyl fluctuó. *Ahora debo irme. Hasta pronto.*

Hasta pronto.

Rothen juntó sus libros y echó a andar hacia la puerta de la sala de invitados. Recordando al aprendiz impopular y malhumorado que Dannyl había sido, se sintió un poco mejor. Quizá la situación para Sonea fuese difícil ahora, pero al final se acabaría solucionando por sí misma.

—Tayend de Tremmelin, ¿eh? —Errend, el primer embajador del Gremio en Elyne, cambió de posición en su asiento. La faja sobre la túnica oprimía su impresionante vientre—. Es el hijo menor de Dem Tremmelin. Un académico de la Gran Biblioteca,

creo. No le veo mucho por la corte, aunque le he visto con Dem Agerralin. He aquí a un hombre con dudosas relaciones.

¿Dudosas relaciones? Dannyl abrió la boca para pedir al embajador que se explicara, pero el hombretón estaba distraído con los virajes del carruaje.

—¡El Palacio! —exclamó, señalando por la ventana—. Le presentaré al rey, y después relaciónese como le plazca; dependerá de usted. Tengo una cita que abarcará la mayor parte de la tarde, así que siéntase libre de regresar en el carruaje cuando haya tenido bastante. Solo recuerde al conductor que vuelva al anochecer a por mí.

Se abrió la puerta del carruaje y Dannyl siguió a Errend afuera. Estaban a un lado de un patio de grandes dimensiones. Delante de ellos se alzaba el Palacio, una extensa estructura de cúpulas y balcones que se erigía en lo alto de una escalera larga y amplia. Por esta ascendía la gente, pomposamente vestida, o bien descansaba en asientos de piedra colocados a intervalos regulares para tal propósito.

Dannyl se volvió hacia su compañero, y encontró a Errend flotando a ras del suelo junto a él. El primer embajador rió ante la expresión de asombro de Dannyl.

—¡No tiene sentido andar si no es necesario!

Mientras el hombre se deslizaba flotando escalera arriba, Dannyl examinó los rostros de los cortesanos y sirvientes. No parecían sorprendidos por este uso de la magia, aunque algunos echaron un vistazo al embajador y sonrieron. A pesar del carácter alegre de Errend y de ser una mole de hombre, obviamente también era un mago fuerte y diestro. Impresionado, aunque reacio a atraer la atención sobre sí mismo de un modo tan extravagante, Dannyl decidió emplear sus piernas.

Encontró a Errend esperándolo arriba. El hombre hizo un gesto amplio para abarcar todo lo que se extendía ante el Palacio.

—¡Mire qué vista! ¿No es algo maravilloso?

Todavía resoplando profundamente por la ascensión, Dannyl se giró. La bahía entera se desplegaba ante él. Los edificios amarillo pálido brillaban bajo la luz del sol, y el agua exhibía un lustroso color azul.

—«Un collar para un rey», dijo el poeta Lorend en una ocasión.

—Es una hermosa ciudad —asintió Dannyl.

—Llena de gente hermosa —añadió Errend—. Venga adentro. Le presentaré.

Otra fachada porticada se levantaba ante ellos, la más grandiosa que Dannyl había visto hasta el momento. Los arcos tenían varias veces la altura de un hombre; los de los extremos eran los más bajos, y se alargaban progresivamente al avanzar hacia el centro. Detrás del arco más grande, una entrada sin puertas ofrecía acceso al Palacio.

Seis guardias en posición de firmes estudiaron detenidamente a Dannyl cuando este siguió a Errend a una sala cavernosa. El interior era vasto y espacioso. Fuentes y esculturas de piedra habían sido colocadas a intervalos regulares a cada uno de los lados, con pórticos en medio que conducían a más habitaciones y pasillos.

Errend echó a andar por el centro de la estancia. Había varios grupos de hombres y mujeres parados o caminando alrededor, algunos con sus hijos. Todos vestían ropas suntuosas. Al pasar Dannyl le examinaron con curiosidad; los más cercanos se inclinaron en gráciles reverencias.

Vislumbró túnicas del Gremio aquí y allá: mujeres de verde, hombres de rojo o púrpura. A los magos que miraban en su dirección y asentían, les devolvía el gesto con una educada inclinación de cabeza. Guardias con uniforme flanqueaban cada puerta, observándolo todo con atención. Músicos solitarios vagaban por allí, tocando instrumentos de cuerda y cantando sosegadamente. Un mensajero llegó a la carrera, con el rostro brillante por el sudor.

En el otro extremo de la sala, Errend atravesó otro arco hacia una habitación más pequeña. Enfrente del arco se erguían un par de puertas decoradas con la marca del rey de Elyne: un pez saltando sobre un racimo de uvas. Un guardia que llevaba el mismo símbolo en el peto dio un paso adelante para preguntar el nombre de Dannyl.

—Lord Dannyl, segundo embajador del Gremio en Elyne —respondió Errend.

«Suenan a grandeza», pensó Dannyl. Sintió un arrebató de excitación mientras seguía a Errend a través de la habitación. Dos cortesanos fueron ahuyentados de un largo banco con cojines, y el guardia indicó a los magos que debían sentarse. Errend se aposentó y suspiró.

—Aquí es donde toca esperar —dijo.

—¿Por cuánto tiempo?

—Tanto como sea necesario. Se le susurrarán nuestros nombres al rey en cuanto termine con su audiencia actual. Si desea vernos enseguida, nos llamarán. Si no... — Errend se encogió de hombros y señaló con la mano a la gente de la habitación—. Esperamos nuestro turno o nos vamos a casa.

Unas voces y risas femeninas llenaron la habitación. Un grupo de mujeres sentadas en el banco frente al de Dannyl escuchaban el murmullo de un músico de vestimentas alegres posado en el suelo con las piernas cruzadas. Un instrumento descansaba en la rodillas del hombre, quien deslizaba los dedos por las cuerdas, produciendo un ocioso hilo de notas. Mientras Dannyl miraba, el hombre se volvió para canturrear algo a una de las mujeres, y esta se llevó una mano a la boca para ocultar una sonrisa.

Como si presintiera que estaba siendo observado, el hombre levantó la vista y se topó con la mirada de Dannyl. Se puso en pie con un grácil movimiento y empezó a puntear las cuerdas, arrancando una melodía. Para asombro de Dannyl, lo que había supuesto que era una camisa se trataba en realidad de un extraño traje con cinturón y una falda corta. Las piernas del músico estaban enfundadas en leotardos de brillantes colores verde y amarillo.

—Un hombre con toga. Un hombre con toga. El hombre con la toga, él se queda

en nuestra alcoba.

El músico atravesó la sala danzando, y se paró delante del banco. Se encorvó un poco y miró directamente a los ojos de Dannyl.

—Un hombre con un vestido. Un hombre con un vestido. El hombre del vestido, él le dejará afligido.

Indeciso, sin saber cómo reaccionar, Dannyl miró inquisitivamente a Errend. El embajador observaba con aburrida tolerancia. El músico hizo una pirueta y adoptó una pose dramática.

—Un hombre barrigón. Un hombre barrigón... —El músico hizo una pausa y olisqueó el aire—. El hombre barrigón, su fragancia causa sensación.

La boca de Errend se torció en una media sonrisa cuando se oyeron unas cuantas risas aisladas alrededor. El músico ejecutó una reverencia, luego giró sobre sus talones y atravesó a la carrera la habitación en dirección a las mujeres.

—En Capia mi amante tiene el pelo rojo, rojo, y ojos como el mar más hondo —cantó con voz dulce y rica en matices—. En Tol-Gan mi amante tiene brazos fuertes, fuertes, y a mi alrededor los enrosca siempre.

Dannyl soltó una risita.

—He escuchado otra versión de esta canción cantada por marineros vindeanos, pero no sería en absoluto aceptable para los oídos de estas jóvenes damas.

—Sin duda la canción que oíste se trataba de la original; esta se ha suavizado para la corte —respondió Errend.

El músico entregó el instrumento a unas de las damas de forma excesivamente ceremoniosa, y luego empezó a dar volteretas hacia atrás.

—Qué hombre tan extraño —dijo Dannyl.

—Practica el arte de la adulación con el único propósito de insultar. —Errend agitó una mano en un gesto de indiferencia—. Ignórelo. A menos que, claro, lo encuentre entretenido.

—Lo cierto es que sí, aunque no estoy seguro de por qué.

—Lo superará. Una vez que...

—Embajadores del Gremio en Elyne —llamó con voz atronadora el guardia del rey.

Errend se levantó y cruzó la sala a grandes zancadas, con Dannyl siguiéndole un paso por detrás. El guardia les hizo una seña para que esperaran, y desapareció tras la puerta.

Dannyl oyó anunciar el título de Errend, y a continuación el suyo. Se produjo una pausa, y entonces el guardia regresó y los hizo pasar.

La cámara de audiencias era más pequeña que la sala anterior. Dos mesas se alineaban a ambos lados, y en ellas se encontraban varios hombres de mediana y tercera edad: los consejeros del rey. En el centro había otra mesa, con documentos,

libros y una bandeja con dulces dispuestos sobre ella. Detrás de esta mesa central, en un enorme trono lleno de cojines, se hallaba el rey. Dos magos, de pie tras él, captaban con sus perspicaces ojos cada movimiento de la sala.

Siguiendo el ejemplo de Errend, Dannyl se detuvo y apoyó una rodilla en el suelo. Habían pasado muchos años desde la última vez que se arrodilló ante un rey, y eso había ocurrido cuando, de niño, su padre le llevó a la corte de Kyrulia a modo de regalo. Como mago, daba por descontado que todos, salvo otros magos, se inclinarían ante él. Aunque no sentía especial deseo de que la gente le tributara tal homenaje, si no lo hacían se sentía extrañamente desairado, como si se hubieran infringido las normas elementales de cortesía. Las señales de respeto eran importantes aunque solo fuera por mantener los buenos modales.

Pero arrodillarse delante de otro era en cierto modo humillante, y esa era una emoción que no estaba acostumbrado a experimentar. No podía evitar pensar lo satisfactorio que debía de ser para un rey, en esos tiempos, ser una de las pocas personas de las Tierras Aliadas ante quien los magos harían una genuflexión.

—En pie.

Dannyl se enderezó, y al levantar la vista, notó que el rey le examinaba con interés. Con más de cincuenta años, el cabello castaño rojizo de Marend estaba veteado de blanco. Su mirada, sin embargo, era despierta e inteligente.

—Bienvenido a Elyne, embajador Dannyl.

—Gracias, alteza.

—¿Cómo fue el viaje?

Dannyl consideró la pregunta.

—Buen viento. Sin tormenta. Plácido y sin incidentes.

El hombre soltó una risita.

—Habla como un marinero, embajador Dannyl.

—Fue un viaje muy instructivo.

—¿Y en qué planea ocupar su tiempo en Elyne?

—Cuando no esté tratando los asuntos y peticiones que se me presenten, exploraré la ciudad y sus alrededores. En particular, estoy deseando ver la Gran Biblioteca.

—Desde luego —dijo el rey sonriendo—. Los magos parecen tener un hambre insaciable de conocimiento. Bien, es un placer conocerle, embajador Dannyl. Estoy seguro de que nos encontraremos de nuevo. Puede marcharse.

Dannyl inclinó la cabeza respetuosamente y a continuación siguió a Errend hacia una puerta lateral. Entraron en una habitación más pequeña, donde había algunos guardias hablando tranquilamente. Otro hombre de uniforme les hizo pasar a un pasillo que conducía a una de las puertas laterales de la gran sala a la que habían entrado primero.

—Bien —dijo Errend—. Fue rápido y no muy emocionante, pero ya tiene una buena imagen suya, y ese era el objetivo de esta pequeña visita. Ahora, le dejo aquí. No se preocupe. He dispuesto que alguien... Ah, aquí llegan.

Dos mujeres se acercaron. Hicieron una solemne reverencia después de que Errend las presentara. Dannyl asintió, sonriendo al recordar un cotilleo particularmente interesante que había desenterrado sobre aquellas dos hermanas.

Cuando la mayor se enganchó al brazo de Dannyl, Errend sonrió y se excusó. Las hermanas guiaron a Dannyl por la habitación, presentándole a varios cortesanos elyneos famosos. Dannyl pronto puso cara a muchos de los nombres que había memorizado.

Todos aquellos cortesanos parecían genuinamente ansiosos por conocerle, y descubrió que le embargaba una sensación casi de inquietud por este interés. Finalmente, cuando el sol empezó a arrojar largos rayos de luz al interior de la sala y viendo que otros se marchaban, Dannyl decidió que podría excusarse sin parecer descortés. Una vez que se desembarazó de las hermanas, se encaminó hacia la entrada del Palacio, pero antes de alcanzarla, un hombre apretó el paso y le abordó.

—¿Embajador Dannyl? —El hombre era delgado, con el cabello muy corto, y sus ropas eran de un verde oscuro que parecía sombrío en comparación con los colores del resto de la corte de Elyne.

Dannyl asintió.

—¿Sí?

—Soy Dem Agerralin. —El hombre hizo una reverencia—. ¿Cómo le fue su primer día en la corte?

Aquel nombre le resultaba familiar, pero Dannyl no pudo recordar por qué.

—Agradable y entretenido, Dem. He conocido a muchas personas.

—Pero veo que se dirige a casa. —Dem Agerralin dio un paso atrás—. Le haré llegar tarde.

De repente Dannyl recordó dónde había oído aquel nombre. Dem Agerralin era el hombre de «dudosas relaciones» del que había hablado Errend. Dannyl le observó con detenimiento. Dem era un hombre de mediana edad, calculó. No había nada en él que lo hiciera destacar de modo evidente.

—No tengo prisa —dijo Dannyl.

Dem Agerralin sonrió.

—Ah, eso es bueno. Hay una pregunta que desearía formularle, si me lo permite.

—Desde luego.

—Es un asunto privado.

Dannyl, intrigado, le indicó que continuara. Dem pareció sopesar las palabras y a continuación hizo un ademán de disculpa.

—Hay poco que escape a la atención de la corte de Elyne y, como ya se habrá

imaginado, nos fascinan el Gremio y los magos. Sentimos mucha curiosidad hacia usted.

—Me he dado cuenta.

—Por tanto, no debería sorprenderle que hayan llegado hasta nosotros ciertos rumores que le atañen.

Un escalofrío aguijoneó la piel de Dannyl. Adoptó cuidadosamente una expresión de sorpresa y desconcierto.

—¿Rumores?

—Sí. Antiguos, pero yo y algunos otros hemos tenido motivos para recordarlos y recapacitar sobre ellos desde que nos enteramos de que se trasladaba a Capia. No se alarme, amigo mío. Aquí esos asuntos no se consideran... eh... tabú, como en Kyralia, aunque no siempre es sabio hacerlo del dominio público. Todos sentimos mucha curiosidad, así que ¿me permite el atrevimiento de preguntar si tales rumores encierran algo de verdad?

La voz del hombre sonaba esperanzada. Dannyl se dio cuenta de que lo estaba mirando con desconfianza, y se obligó a apartar la vista. Si un cortesano hiciera una pregunta semejante en Kyralia, daría pie a un escándalo capaz de arruinar la reputación de un hombre y rebajar la posición de su Casa. Dannyl debería sentirse ultrajado, y dejar bien claro a Dem que semejante pregunta resultaba inapropiada.

Pero la ira y la amargura que en una ocasión sintiera hacia Fergun por hacer circular esos rumores se había desvanecido desde que el guerrero fue castigado por chantajear a Sonea. Y además, a pesar de no haber encontrado una esposa que disipara para siempre esas persistentes sospechas, los magos superiores le habían elegido para ser embajador del Gremio.

Dannyl meditó cómo debía responder. Tenía dudas de si ofendería al hombre. Los elyneos quizá eran menos reservados que los kyralianos, pero ¿cuánto? El embajador Errend había definido a Dem Agerralin como un hombre de «dudosas relaciones». En cualquier caso, sería de necios crearse un enemigo en su primer día en la corte.

—Ya veo —dijo Dannyl despacio—. Creo que sé a qué rumor se refiere. Parece que nunca me desprenderé de él, aunque han pasado diez... no, quince años desde que se originó. El Gremio, como debe de saber, es un lugar muy conservador, y por esta razón el aprendiz que hizo circular ese rumor me causó graves problemas con mis compañeros. Era propenso a inventar toda clase de historias sobre mí.

El hombre asintió, dejando caer los hombros.

—Ya veo. Bien, por favor, permíname por sacar a relucir un tema doloroso. Había notado que el antiguo aprendiz del que habla vive ahora en las montañas, en un fuerte, creo. También nos hemos hecho preguntas sobre él, pues a menudo aquel que denuncia en voz alta lo más probable es que a menudo sea...

Un hombre se aproximaba, y Dem Agerralin dejó la frase en el aire. Dannyl se

sorprendió al ver a Tayend. Una vez más, quedó impresionado por la apariencia llamativa del académico. Vestido de azul oscuro, con el pelo rubio rojizo recogido detrás, Tayend no parecía en absoluto fuera de lugar en la corte. El académico hizo una grácil reverencia y después sonrió a ambos.

—Embajador Dannyl, Dem Agerralin —dijo saludando con una inclinación de la cabeza—. ¿Cómo está, Dem?

—Bien —respondió el hombre—. ¿Y usted? Llevamos una temporada sin verle por la corte, joven Tremmelin.

—Lamentablemente, mis obligaciones en la Gran Biblioteca me mantienen aislado. —Tayend no daba en absoluto la impresión de estar arrepentido—. Me temo que debo robarle al embajador Dannyl, Dem. Hay un asunto que necesito discutir con él.

Dem Agerralin miró a Dannyl con expresión indescifrable.

—Ya veo. Entonces me despido de usted, embajador. —Hizo una reverencia y se marchó con aire despreocupado.

Tayend esperó hasta que el hombre estuvo a una distancia desde la que no pudiera oírle, y entonces entrecerró los ojos en dirección a Dannyl.

—Hay algo que debería saber con respecto a Dem Agerralin.

Dannyl sonrió con ironía.

—Sí, creo ha dejado claro de qué se trata.

—Oh. —Tayend asintió—. ¿Y sacó a colación los rumores que le conciernen a usted? —Cuando Dannyl frunció el ceño consternado, el académico volvió a asentir con la cabeza—. Supuse que lo haría.

—¿Todo el mundo habla de ello?

—No, solo unas pocas personas en ciertos círculos.

Dannyl no estaba seguro de si debía sentirse aliviado por esa información.

—Han pasado años desde que se lanzaron aquellas acusaciones. Me sorprende incluso que llegaran hasta la corte de Elyne.

—No debería sorprenderle. La idea de que un mago kyraliano pueda ser un doncel, que es el término cortés que empleamos aquí para hombres como Agerralin, es divertida. Pero no se preocupe. Parece el típico insulto entre niños. Si me permite decirlo, está sorprendentemente tranquilo, para ser kyraliano. Casi temía que reduciría al pobre Agerralin a cenizas.

—No conservaría mi cargo de embajador del Gremio por mucho tiempo si lo hiciera.

—No, pero es que ni siquiera parece enfadado.

Dannyl, nuevamente, meditó la respuesta.

—Cuando pasas media vida negando tales rumores, llegas a simpatizar con la clase de personas que algunos dicen que eres. Tener inclinaciones que son

inaceptables, y tener que negarlas o emprender elaboradas medidas para ocultarlas, debe de ser una manera de vivir terrible.

—Así es en Kyrulia, pero no aquí —dijo Tayend sonriendo—. La corte de Elyne es terriblemente decadente, pero también es maravillosa por su libertad. Presumimos que todo el mundo tiene unos cuantos hábitos interesantes o excéntricos. Nos encantan los cotilleos, pero no damos demasiado crédito a los rumores. De hecho, tenemos un dicho: «Siempre hay una parte de verdad en un rumor; lo difícil es averiguar qué parte es». Por lo tanto, ¿cuándo vendrá a la biblioteca?

—Pronto —respondió Dannyl.

—Espero con impaciencia su visita. —Tayend se separó un paso—. Pero, por ahora, tengo otro asunto que atender. Hasta entonces, embajador Dannyl. —Hizo una reverencia.

—Hasta entonces —respondió Dannyl.

Dannyl sacudió la cabeza mientras observaba al académico alejarse a trancos. Había acumulado rumores y especulaciones sobre los cortesanos de Elyne como pequeños tesoros, sin pensar en ningún momento que ellos estarían haciendo lo mismo con respecto a él. ¿Conocía la corte entera el rumor que Fergun había iniciado tantos años atrás? Saber que todavía se hablaba de eso inquietaba a Dannyl, pero solo podía confiar en que Tayend estuviera en lo cierto, y que la corte no se tomaría en serio tales historias.

Dejó escapar un suspiro, atravesó la entrada del Palacio y comenzó a descender la larga escalera hasta el carruaje del Gremio.

7. La Gran Biblioteca

Sonea apretó sus libros contra el pecho. Había sido otro día de constantes pullas e insultos. La semana ante ella se avecinaba amenazante, como un juicio interminable. Solo era la quinta semana, se recordó a sí misma. Quedaban cinco largos años hasta la graduación.

Cada día era agotador. Cuando no estaba aguantando a Regin y los demás aprendices, daba rodeos para evitarles. Si el profesor salía del aula, siquiera por un minuto, Regin empleaba ese tiempo para hostigarla. Había aprendido a mantener los apuntes fuera de su alcance y a tomar precauciones cada vez que lanzaba el aula o mientras o se sentaba en su silla.

Durante un tiempo se las arregló para escapar del muchacho durante una hora al día; volvía a las habitaciones de Rothen durante el descanso de enmedio para comer con Tania, pero Regin empezó a emboscarla en su camino hacia y desde la universidad. Había intentado quedarse en el aula durante esa hora unas cuantas veces, pero en cuanto Regin se enteró de que lo hacía, esperaba a que el profesor se hubiera marchado y regresaba para acosarla.

Al final había acordado encontrarse con Rothen en su aula durante aquel descanso. Le ayudaba a instalar o a desmontar los componentes de los viales de cristal y los tubos que utilizaba en sus clases. Tania les llevaba cajitas lacadas llenas de sabrosos bocaditos.

Siempre sentía un nudo en el estómago cuando sonaba el gong llamando a clase a los aprendices. Tanto Rothen como Tania se habían ofrecido a escoltarla hasta el aula y después a la salida, pero sabía que eso solo confirmaría a Regin y a sus amigos que la situación le estaba afectando. Se esforzaba continuamente en ignorar las jugarretas y los comentarios insidiosos, pues sabía que reaccionar ante ellos solo los motivaría más.

El último gong siempre traía consigo alivio. Cualesquiera que fuesen los juegos sociales en que los aprendices se recrearan tras las clases, debían de ser más interesantes que mofarse de ella, porque el grupo entero salía apresuradamente en cuanto el profesor les despedía. Sonea esperaba hasta que se iban, y entonces recorría con tranquilidad el camino hasta el alojamiento de los magos. Pero, solo por si acaso cambiaban de idea, siempre tomaba la ruta larga atravesando los jardines, eligiendo un sendero diferente cada vez y manteniéndose cerca de otros magos y aprendices.

Aquel día, como todos, al acercarse al final del pasillo sintió que se le relajaban los hombros, al tiempo que el nudo del estómago empezaba a aflojarse. En silencio agradeció a Rothen que le permitiera quedarse en sus aposentos. Se estremecía al pensar en los tormentos que Regin habría concebido para ella si tuviera que regresar a

los alojamientos de los aprendices todos los días.

—¡Aquí está!

Sintió que el frío la asaltaba al reconocer la voz. El pasillo rebosaba de voces procedentes de las clases superiores, pero eso nunca había sido un elemento de disuasión. Alargó el paso, con la esperanza de alcanzar el bullicioso vestíbulo de la universidad, donde seguro que hallaría a uno o dos magos, antes de que Regin y sus amigos pudieran pillarla.

El sonido de pies que corrían llenó el pasillo a su espalda.

—¡Sonea! ¡Soooneeeaaa!

Los aprendices mayores que se hallaban en las inmediaciones se volvieron en dirección al ruido. Sonea supo por sus miradas que Regin y su banda ya se encontraban justo detrás de ella. Respiró hondo, dispuesta a encararse con Regin sin vacilación.

Una mano la agarró por el brazo y tiró bruscamente de ella. Sonea se zafó y fulminó a Kano con la mirada.

—¿Nos estabas ignorando, pordiosera? —preguntó Regin—. Eso es muy descortés, pero supongo que no podemos esperar buenos modales por tu parte, ¿verdad?

La rodearon, y Sonea lanzó miradas de desafío a los sonrientes rostros. Apretó aún más sus libros contra el pecho e intentó pasar entre Issle y Alend, empujando con el hombro para romper el círculo de cuerpos. Varias manos se estiraron, la asieron por los hombros y tiraron de ella hacia atrás. Sorprendida, sintió un creciente temor. Hasta ese momento no habían tratado de abusar físicamente de ella, aparte de algún tirón en el brazo para hacerla tropezar, o caer sobre algo desagradable.

—¿Adónde vas, Sonea? —preguntó Kano. Alguien le propinó otro empujón por la espalda—. Queremos hablar contigo.

—Bueno, pero yo no quiero hablar con vosotros —gruñó. Se giró e intentó nuevamente abrirse camino, pero fue zarandeada y empujada otra vez al interior del círculo. Sintió un ramalazo de miedo—. Dejadme pasar.

—¿Por qué no nos lo suplicas, pordiosera? —preguntó burlón Regin.

—Sí, vamos, suplícalo. Debes de ser buena en eso.

—Tuviste mucha práctica en las barriadas —se burló Alend—. No puedes haberlo olvidado tan rápido. Apuesto a que eras uno de esos mocosos que merodean por la parte trasera de las casas de nuestros padres suplicando comida.

—Por favor, deme algo para comer. ¡Por favooooor! —gimoteó Vallon—. ¡Tengo haaambre! —Los otros se echaron a reír y se le unieron.

—O a lo mejor tenía algo en venta —sugirió Issle—. Buenas noches, milord. —Su voz adquirió un sugestivo tono adulator—. ¿Necesita algo de compañía?

Vallon ahogó una carcajada.

—Piensa en la cantidad de hombres que habré tenido.

Las risitas llenaron el pasillo, y entonces Alend retrocedió.

—Seguro que tiene alguna enfermedad.

—Ya no. —Regin dirigió a Alend una mirada de complicidad—. Nos contaron que los sanadores la examinaron cuando la encontraron, ¿te acuerdas? La habrán curado. —Se volvió hacia Sonea y la miró de arriba a abajo, con los labios fruncidos.

—Bueno... Sonea —dijo con un sedoso tono de voz—. ¿Cuánto cobrabas? —Se acercó un poco más, y cuando Sonea se echó hacia atrás, unas manos presionaron su espalda y la empujaron nuevamente hacia él—. ¿Sabes? Tal vez estaba equivocado —dijo arrastrando las palabras—. Puede que quizá llegues a gustarme. Eres un poco delgaducha, pero puedo pasarlo por alto. Dime, ¿te especializabas en algún tipo concreto de... hum... favores?

Sonea intentó desprenderse de las manos que la sujetaban, pero los aprendices la agarraron más fuerte. Regin movió la cabeza fingiendo compasión.

—Supongo que los magos te dijeron que lo dejaras. Menuda frustración para ti. Pero no tienen por qué saberlo. No se lo diremos. —Inclinó la cabeza a un lado—. Podrías ganar mucho dinero aquí. Muchos clientes ricos.

Sonea le miró fijamente. No daba crédito a que estuviera fingiendo que le interesaba llevársela a la cama. Por un momento estuvo tentada de seguirle el juego, pero sabía que, de hacerlo, iría pregonando que ella le había tomado en serio. Mirando por encima de los hombros del muchacho, reparó en que los demás aprendices del pasillo se habían detenido y observaban la escena con interés.

Regin se arrimó a ella aún más. Pudo notar su aliento en la cara.

—Lo llamaremos un acuerdo de negocios —susurró. Solo intentaba intimidarla, y comprobar cuánto aguantaba. Bien, Sonea ya había tratado con ese tipo de acoso anteriormente.

—Tienes razón, Regin —dijo, y el muchacho abrió los ojos atónito—. He conocido a muchos hombres como tú. Y sé exactamente qué hacer con ellos.

Levantó una mano, y con la velocidad de una serpiente, apresó firmemente la garganta de Regin. Las manos de este volaron a su cuello, pero antes de que pudiera asirla por las muñecas, Sonea deslizó una pierna por detrás del muchacho y le empujó con toda su fuerza. Notó que se le doblaba la rodilla y disfrutó de la sensación de triunfo cuando Regin se tambaleó hacia atrás, moviendo los brazos en el aire como aspas de molino, y cayó estrepitosamente al suelo.

El silencio invadió el pasillo mientras todos los aprendices, jóvenes y mayores, la miraban con atención.

—Vaya ejemplo de elegancia eres, Regin —declaró Sonea con desdén—. Si así es como se comportan los hombres de la Casa Paren, entonces no tienen mejores modales que cualquier patán de una casa de bol.

Regin se puso tenso, con los ojos convertidos en rendijas. Ella le volvió la espalda y miró desafiante a los demás aprendices, retándoles a que se atrevieran a tocarla otra vez. Ellos retrocedieron, y cuando el círculo se rompió, Sonea lo atravesó con aire resuelto.

Había dado unos pasos cuando la voz de Regin resonó en el pasillo.

—Es evidente que estás bien cualificada para realizar tales comparaciones —gritó—. ¿Cómo es Rothen? Debe de ser un hombre muy feliz, teniéndote viviendo en sus habitaciones. Oh, ahora todo cobra sentido. Siempre me he preguntado cómo conseguiste convencerle para que fuera tu tutor.

Sonea sintió un escalofrío, y a continuación su cuerpo ardió de ira. Apretó los puños, resistiendo la tentación de volverse. ¿Qué haría? ¿Darle un puñetazo? Incluso si se atrevía a pegar al hijo de una Casa, Regin la vería venir y se protegería. Y entonces sabría lo mucho que le estaban afectando sus ataques.

El murmullo apagado de los aprendices más veteranos la siguió por el pasillo. Se obligó a mantener los ojos fijos en la escalinata para no ver la especulación reflejada en sus rostros. No creerían lo que Regin había sugerido. No podían. Incluso aunque pensarán de ella lo peor a causa de sus orígenes, nadie creería algo como eso de Rothen.

¿Verdad?

—¡Administrador!

Lorlen se detuvo en la entrada de la universidad y se volvió para mirar al rector Jerrik.

—¿Sí?

El rector se aproximó a Lorlen y le tendió un trozo de papel.

—Ayer recibí esta petición de lord Rothen. Quiere trasladar a Sonea a la clase de invierno de los aprendices de primer año.

—¿De verdad? —Lorlen estudió la página, leyendo por encima las explicaciones y convicciones de Rothen—. ¿Cree que es apta?

Jerrik frunció los labios en un gesto pensativo.

—Posiblemente. He preguntado a los profesores de primer año, y todos creen que podría lograrlo si estudiara duro.

—¿Y Sonea?

—Ciertamente, parece dispuesta a intentarlo.

—Entonces ¿le concederá el permiso?

Jerrik frunció el ceño y bajó la voz.

—Probablemente. Lo que no me gusta de esto es la verdadera motivación para el cambio.

—Ah, ¿cuál es?

Lorlen resistió la tentación de sonreír. Jerrick siempre había mantenido que los aprendices nunca accedían por sí solos a trabajar más duro cuando la única finalidad era aprender. Estaban motivados por la necesidad de impresionar, de ser los mejores, de agradar a sus padres, o de estar en compañía de amigos o de alguien a quien admiraban.

—Como esperábamos, no se ha mezclado con los demás aprendices. En tales circunstancias, el aprendiz rechazado a menudo se convierte en objeto de escarnio para los otros. Creo que solo quiere alejarse de ellos. —Jerrick lanzó un suspiro—. A pesar de que admiro su determinación, mi preocupación es que si la clase de invierno tampoco la acepta, su esfuerzo habrá sido en vano.

—Ya veo. —Lorlen asintió, mientras consideraba las palabras de Jerrick—. Sonea es unos años mayor que el resto de su clase, y es madura para su edad, al menos según nuestros estándares. La mayoría de los aprendices son poco más que niños cuando llegan aquí, pero pierden casi todos sus hábitos infantiles durante el primer año. Los aprendices de invierno quizá sean menos problemáticos.

—Cierto, son un grupo sensato —convino Jerrick—. El entrenamiento mágico no puede acelerarse, sin embargo. Puede llenar su mente de conocimientos, pero si no ha adquirido la destreza necesaria para emplear bien sus poderes, es probable que cometa errores peligrosos en el futuro.

—Lleva usando sus poderes desde hace seis meses —le recordó Lorlen—. Aunque Rothen pasó ese tiempo impartándole la educación básica que necesitaba para entrar en la universidad, ella ya se habrá familiarizado con sus propios poderes, y debe de ser frustrante ver a los otros aprendices.

—Entonces ¿asumo que está a favor? —Señaló la petición de Rothen.

—Sí. —Lorlen le devolvió la nota—. Dele una oportunidad. Creo que descubrirá que posee más recursos de los que supone.

Jerrick se encogió de hombros.

—En ese caso le concederé el permiso. Será examinada dentro de cinco semanas. Gracias, administrador.

Lorlen sonrió.

—Me interesará saber cómo lo hace. ¿Me mantendrá informado?

El anciano asintió con la cabeza.

—Si así lo desea.

—Gracias, rector.

Lorlen se dio media vuelta y empezó a descender la escalera de la universidad hacia el carruaje que le esperaba. Subió a él, golpeó el techo para avisar al conductor y se inclinó hacia atrás cuando el vehículo se puso en marcha con una sacudida. Atravesó las Puertas del Gremio y continuó en dirección a la ciudad, pero Lorlen estaba demasiado sumido en sus pensamientos para fijarse.

Había recibido la invitación para cenar en casa de Derril el día anterior. Aunque Lorlen a menudo declinaba tales invitaciones, para aquella visita había reorganizado sus tareas. Si Derril tenía más noticias acerca de los asesinatos, Lorlen quería oírlas.

La historia de Derril del asesino había causado escalofríos a Lorlen. Los cortes en la víctima, el extraño ritual, la creencia de la testigo de que la víctima ya estaba muerta antes de que le rajaran la garganta... Tal vez esas muertes le parecían tan sospechosas solo porque ya tenía en su mente la idea de la magia negra.

Pero si eran obra de un mago negro, eso significaría una de dos: que un mago descarriado capaz de practicar magia negra estaba alimentándose de la gente de la ciudad, o que el asesino era Akkarin. Lorlen se estremeció al considerar las implicaciones de estas dos posibilidades.

Cuando el carruaje se detuvo, descubrió con sorpresa que habían llegado a su destino. El conductor bajó y abrió la puerta, revelando una elegante mansión con balcones en la fachada.

Lorlen salió del carruaje y fue recibido en la puerta por uno de los sirvientes de Derril. El hombre condujo a Lorlen por una galería interior de la casa con vistas sobre el jardín. Lorlen puso las manos sobre la barandilla y miró hacia abajo, hacia el pequeño oasis mustio de vegetación; las plantas parecían tristes y chamuscadas en los bordes.

—Me temo que el verano ha sido demasiado duro para la mayoría de mis plantas —dijo Derril con tristeza cuando salió de la casa para unirse al administrador—. Mis arbustos gan-gan no sobrevivirán. Tendré que disponer que me envíen unos nuevos desde las montañas de Lan.

—Deberías arrancarlas ahora, antes de que las raíces se pudran —sugirió Lorlen—. La raíz del gan-gan posee notables propiedades antisépticas, y si se añade al sumi, es un buen tratamiento para los desórdenes digestivos.

Derril soltó una risita entre dientes.

—Todavía no has olvidado todo tu entrenamiento como sanador, ¿verdad?

—No —contestó Lorlen sonriendo—. Quizá me convierta en un viejo administrador malhumorado, pero seré uno sano. Tengo que usar todo ese conocimiento de medicina de algún modo.

—Hummm. —Derril entrecerró los ojos—. Ojalá la Guardia tuviera a alguien con tus conocimientos en sus filas. Barran tiene otro misterio en las manos.

—¿Otro asesinato?

—Sí y no. —Derril suspiró—. Piensan que esta vez ha sido un suicidio. Por lo menos eso es lo que parece.

—¿Y él cree que han hecho que parezca uno?

—Tal vez. —Derril levantó una ceja—. Barran ha venido a cenar. ¿Por qué no entramos y le pides que te cuente más sobre ello?

Lorlen asintió y siguió al anciano al interior de la casa. Entraron en una amplia sala de invitados, cuyas ventanas estaban cubiertas por mamparas de papel decoradas con dibujos de flores y plantas. Un hombre joven de veintitantos años estaba sentado en una de las lujosas sillas. Sus hombros amplios y su nariz ligeramente aguileña le recordaron instantáneamente al hermano del hombre, Walin.

Barran miró al administrador, luego se levantó precipitadamente e hizo una reverencia.

—Saludos, administrador Lorlen. ¿Cómo está?

—Bien, gracias —respondió Lorlen.

—Barran —dijo Derril, señalando una silla para que Lorlen se sentara—, a Lorlen le interesa el suicidio que has estado investigando. ¿Puedes contarle los detalles?

Barran se encogió de hombros.

—No es ningún secreto, tan solo un misterio. —Se giró para mirar a Lorlen, con ojos llenos de preocupación—. Una mujer se acercó a un guardia en su calle y le dijo que había descubierto a su vecina muerta. Este investigó y encontró a una mujer con las muñecas cortadas. —Barran se detuvo y entrecerró los ojos—. El misterio es que aún no había perdido demasiada sangre y todavía estaba caliente. De hecho, las heridas eran superficiales. Debería haber sobrevivido.

Lorlen meditó absorto.

—La hoja podría haber estado envenenada.

—Hemos estado barajando esa posibilidad, pero si ese fuera el caso, entonces debe de tratarse de un veneno imperceptible no conocido. Todos los venenos dejan rastro, incluso aunque el daño sea solo visible en los órganos internos. No encontramos ningún arma, que podría haber retenido algún residuo, y eso ya es de por sí extraño. Si alguien se corta las muñecas, el instrumento empleado está por lo general cerca. Registramos la casa y no encontramos nada salvo unos cuantos cuchillos de cocina, limpios y en su cajón. Tampoco fue estrangulada, podemos decir. Pero hay otros detalles que me hacen sospechar.

»Encontré huellas de pisadas que no coincidían con el calzado de ningún criado, pariente o amigo. Los zapatos del intruso eran viejos y con una forma extraña, por lo que dejó marcas distintivas. En la habitación donde fue hallada la mujer, la ventana no tenía echado el pestillo y no estaba del todo cerrada. Encontré huellas dactilares y manchas de lo que parecía sangre seca en el alféizar, así que eché otro vistazo al cadáver y descubrí las mismas huellas en las muñecas.

—¿Las de ella?

—No, las huellas eran grandes. De un hombre.

—¿Quizá de alguien que trató de detener la hemorragia... y luego huyó por la ventana cuando oyó que otros se acercaban?

—Tal vez. Pero la ventana está en un tercer piso, y la pared es lisa y tiene pocos

asideros. Creo que ni siquiera un ladrón experto podría haber descendido por ella.

—¿Había alguna huella de pisada abajo?

El joven vaciló antes de contestar.

—Cuando salí a inspeccionar el terreno encontré algo muy extraño. —Barran trazó un arco en el aire—. Era como si alguien hubiera allanado la tierra formando un círculo perfecto. En el centro había dos pisadas, iguales que las de la habitación, y otras que se alejaban. Las seguí, pero conducían al pavimento.

A Lorlen el corazón le dio un vuelco, y entonces sus latidos empezaron a acelerarse. ¿Un círculo perfecto en la tierra y una caída de tres pisos? Para levitar, un mago debía crear un disco de poder bajo sus pies, capaz de dejar una impresión circular en el suelo blando o en la arena.

—Quizá la marca ya se encontraba allí —sugirió Lorlen.

Barran se encogió de hombros.

—O utilizó algún tipo de escalerilla con una base redonda. Es un caso raro. No había, sin embargo, ningún corte en los hombros de la mujer, así que no creo que sea víctima del asesino en serie que andamos buscando. No, ese no ha golpeado desde hace un tiempo, a no ser que simplemente no nos hayamos enterado...

Un tañido los interrumpió, y Velia apareció en el umbral, sosteniendo un diminuto gong y una baqueta.

—La cena está lista —anunció. Lorlen y Barran se levantaron y se encaminaron hacia la puerta. Ella dirigió a su hijo una dura mirada—. ¡Y nada de hablar de asesinatos ni de suicidios en mi mesa!

Dannyl observaba por las ventanillas del carruaje, mientras los majestuosos edificios de piedra amarilla de Capia aparecían y desaparecían de la vista. El sol estaba bajo en el cielo y la ciudad entera parecía relucir emitiendo una cálida luz. Las calles se encontraban atestadas de gente y carruajes.

Todos los días y la mayor parte de las noches durante las últimas tres semanas, había estado ocupado visitando o entreteniendo a personas influyentes, o ayudando a Errend con los asuntos de la embajada. Había conocido a la mayoría de los Dem y las Bel que frecuentaban la corte. Había aprendido la historia personal de cada uno de los magos del Gremio que vivían en Elyne. Había registrado los nombres de los niños elyneos con potencial mágico, contestado las preguntas de los cortesanos o remitido estas al Gremio, negociado la compra de vinos de Elyne y sanado a un sirviente que se había quemado en la cocina de la Casa del Gremio.

Que hubiera transcurrido tanto tiempo sin ocasión de dar comienzo a la investigación de Lorlen le preocupaba, así que resolvió que la próxima vez que tuviera unas horas libres visitaría la Gran Biblioteca. El mensajero que envió a Tayend para preguntar si sería posible una visita a última hora de la tarde había regresado y le

garantizaba que podría explorar la biblioteca a cualquier hora, así que cuando Dannyl supo que tendría libre esa tarde, ordenó una comida temprana y un carruaje.

A diferencia de Imardin, las calles de Capia serpenteaban de un modo caprichoso. El carruaje zigzagueaba de un lado a otro, ocasionalmente rodeando la ladera de alguna colina empinada. Las mansiones daban paso a casas grandes, y estas eran sustituidas por hileras de pequeños edificios bien cuidados. Una curva alrededor de una elevación condujo a Dannyl por el borde de una zona más deteriorada. Madera y otros materiales, más rudimentarios, reemplazaban la piedra amarilla, y los hombres y mujeres que deambulaban por las calles vestían ropas más ordinarias. Aunque no divisó nada que pudiera competir con las escenas que había contemplado en las barriadas de Imardin mientras buscaba a Sonea, Dannyl se sentía ligeramente consternado. La fachada de la capital de Elyne era tan hermosa que resultaba decepcionante encontrar que tenía, también, su zona pobre.

Tras dejar atrás las casas, el carruaje empezó a rodar por un terreno de colinas. Campos de tenn se mecían en la suave brisa. Las vides de vare, plantadas en hileras, estaban atestadas de frutos esperando a ser cosechados y almacenados, listos para la preparación de vino. Huertos de pachi bien cargados y árboles de pierre aparecían aquí y allá, y algunos frutos estaban siendo recolectados por cuadrillas de vindeanos que viajaban a Elyne cada año para ese trabajo.

A medida que los últimos rayos de sol pasaban del amarillo al naranja y el carruaje continuaba alejándose de la ciudad, la preocupación de Dannyl crecía. ¿Habría malinterpretado el conductor sus instrucciones? Levantó una mano para golpear en el techo y entonces se detuvo, pues el carruaje rodeó los pies de una colina.

Delante, la cinta oscura que era la carretera se curvaba para encontrarse con la base de un alto acantilado. Bajo la luz del sol poniente, la piedra amarilla brillaba como si ardiera fuego en su interior. Las sombras sobresalían severas, remarcando aristas, ventanas y arcos de una fachada alta como una torre que reconoció de los dibujos en libros.

—La Gran Biblioteca —murmuró Dannyl maravillado.

Una enorme entrada había sido excavada en la vertiente del acantilado y tapada con una puerta de madera maciza. Cuando el carruaje se acercó, Dannyl vio que un pequeño rectángulo de oscuridad en el borde inferior era en realidad una entrada del tamaño de un hombre construida en la misma puerta. Una figura aguardaba junto a ella.

Dannyl sonrió al ver la vestimenta de vivos colores del hombre. Tamborileaba impaciente con los dedos en el marco de una ventana mientras el carruaje recorría despacio la distancia hasta la biblioteca. Cuando se detuvo delante de la fachada, Tayend se adelantó para abrir la puerta del carruaje.

—Bienvenido a la Gran Biblioteca, embajador Dannyl —declaró, con una grácil reverencia.

Dannyl alzó la mirada y meneó la cabeza maravillado.

—No recuerdo haber visto ilustraciones de esto en los libros cuando era un aprendiz. Ni de lejos muestran cómo es en realidad. ¿Es muy antigua?

—Más antigua que el Gremio —respondió Tayend, con cierto aire de suficiencia—. Unos ocho o nueve siglos, pensamos. Algunas partes son más antiguas, y lo mejor aún está por llegar; así que sígame, milord.

Pasaron a través de la pequeña puerta. Tayend la cerró tras ellos, echó el cerrojo y se internó a continuación en un largo pasillo de techo abovedado. Este se adentraba en la oscuridad, pero antes de que Dannyl pudiera crear un globo de luz, Tayend le dirigió a una empinada escalera, iluminada con antorchas en uno de los lados.

En lo alto Dannyl se encontró en una estancia larga y estrecha. A un lado estaban las ventanas que había divisado desde el carruaje. Eran enormes, y llenas de pequeños cuadrados de cristal insertados en un armazón de hierro. La pared opuesta tenía estampados cuadrados de luz dorada. Había sillas dispuestas en grupos de tres o cuatro, y de pie junto a la más cercana se hallaba un hombre anciano.

—Buenas noches, embajador Dannyl. —El hombre hizo una reverencia con la precavida rigidez de los muy mayores—. Soy Irand, el bibliotecario.

Irاند poseía una voz profunda, sorprendentemente fuerte, que encajaba con las dimensiones inhumanas de la biblioteca. El cabello, corto y blanco, apenas le cubría el cráneo, y vestía una simple camisa y unos pantalones hechos de una polvorienta tela grisácea.

—Buenas noches, bibliotecario Irاند —respondió Dannyl.

En el rostro del bibliotecario la arruga de una sonrisa creció.

—El administrador Lorlen me ha informado de que teníais que realizar aquí una tarea para él. Dijo que querríais ver todas las referencias que el Gran Lord examinó durante su investigación.

—¿Sabe cuáles fueron sus fuentes?

El anciano negó con la cabeza.

—No, pero Tayend las ha compilado. Fue el asistente de Akkarin, y ha accedido a ayudaros en vuestra investigación. —El viejo asintió hacia el académico—. Encontrará útil su conocimiento de las lenguas antiguas. También mandará a por comida y bebida si lo necesitáis. —Tayend asintió con entusiasmo y el anciano sonrió.

—Gracias —respondió Dannyl.

—Bien, entonces, no les entretengo más. —Los ojos de Irاند parecieron relucir durante un instante—. La biblioteca aguarda.

—Por aquí, milord —dijo Tayend, regresando a la escalera.

Dannyl siguió al académico nuevamente hasta el oscuro pasaje inferior. Había una hilera de lámparas sobre una estantería. Tayend alargó una mano en busca de una.

—No te molestes —dijo Dannyl. Enfocó su voluntad y un globo de luz apareció junto a su cabeza y empezó a hincharse proyectando sus sombras por el pasaje. Tayend miró el globo de luz y parpadeó.

—Siempre dejan puntos delante de mis ojos. —Alargó la mano y cogió una lámpara—. Podría necesitarla si le dejo solo en algún momento, así que de todas formas llevaré una conmigo.

Tayend empezó a recorrer el pasaje, con la lámpara balanceándose a un lado.

—Este lugar siempre ha sido un almacén de sabiduría. En una de nuestras salas guardamos papeles que llevan desintegrándose ocho siglos. Contienen referencias a una suerte de biblioteca que incluso entonces ya era vieja. Originalmente solo se utilizaban unas cuantas salas como biblioteca. El resto de este lugar una vez albergó a varios miles de personas. Hemos llenado todas las habitaciones con libros y pergaminos, tablillas y pinturas, y nosotros mismos hemos excavado más estancias en la roca.

Mientras caminaban, Dannyl observaba que la oscuridad se retiraba como una especie de niebla temerosa de la magia. De pronto llegaron a una pared lisa, y la oscuridad huyó por cada lado. Tayend giró y se encaminó por el pasillo de su derecha.

—¿Y qué lenguas conoces? —preguntó Dannyl.

—Todos los dialectos antiguos de Elyne y Kyrulia —respondió Tayend—. Nuestras viejas lenguas son muy similares, pero cuanto más atrás te remontas, más diferencias existen. Hablo vindeano moderno, lo aprendí de varios sirvientes en casa, y un poco de laniano. Soy capaz de traducir vindeano antiguo y jeroglíficos tentur, si tengo acceso a mis libros.

Dannyl echó una ojeada a su compañero, impresionado.

—Esas son muchas lenguas.

El académico se encogió de hombros.

—Una vez que aprendes unas cuantas, el resto es más fácil. Algún día completaré mi aprendizaje con lonmario moderno, y un poco de sus lenguas antiguas. Simplemente, aún no he tenido motivos. Después de eso, bueno, tal vez empiece con los idiomas sachakanos. Sus viejas lenguas son bastante similares a las nuestras.

Tras varios giros y algunos tramos de escalera más, Tayend se detuvo frente a una puerta. Con expresión inusualmente seria, indicó que Dannyl debía entrar antes que él. Dannyl pasó adentro y el asombro le cortó la respiración.

Incontables hileras de estanterías se extendían en la distancia, divididas por un amplio pasillo que había justo delante de él. Aunque el techo de la sala era bajo, la pared del otro extremo estaba tan alejada que no era capaz de verla. Columnas

macizas de piedra llenaban el hueco entre el techo y el suelo cada cien pasos. Todo estaba escasamente iluminado por lámparas colocadas sobre pesadas bases de hierro.

De la enorme estancia emanaba una sensación de eternidad que escapaba a toda comprensión. Comparados con la solidez del techo y las columnas de piedra, los libros parecían objetos frágiles, temporales. Danyl, empequeñecido, sintió que una suerte de melancolía se abatía sobre él. Podría permanecer un año en aquel lugar y sin embargo no dejar más huella en él que el ala de una mariposa barriendo las frías paredes de piedra.

—En comparación con esto, todo lo demás de la biblioteca es reciente —dijo Tayend en un susurro—. Esta es la sala más antigua. Tal vez tenga miles de años.

—¿Quién la construyó? —preguntó Danyl con un hilo de voz.

—Nadie lo sabe.

Danyl empezó a recorrer el pasillo, mirando las interminables estanterías de libros.

—¿Cómo voy a encontrar lo que necesito? —preguntó con desesperación.

—Oh, eso no es problema. —La voz de Tayend era repentinamente alegre, un sonido que rompía el pesado silencio de la sala—. Tengo todo esperándole en el mismo estudio que utilizó Akkarin. Sígame.

Tayend echó a andar por el pasillo con pasos ágiles y ligeros. Tras dejar atrás varias estanterías, giró y se internó entre ellas, para llegar a una enorme escalera de piedra que ascendía a través de un hueco en el techo. Subiendo los escalones de dos en dos, condujo a Danyl hasta el comienzo de un ancho pasillo. De nuevo, el techo era angustiosamente bajo. Había puertas abiertas a cada lado. Tayend se detuvo junto a una y gesticuló para que Danyl entrara primero.

Danyl se halló en una sala pequeña, con una mesa grande en el centro, sobre la cual se apilaban varios montones de libros.

—Aquí estamos —dijo Tayend—. Y estos son los libros que leyó Akkarin.

Los volúmenes abarcaban desde libros diminutos, del tamaño de la palma de una mano, hasta un enorme tomo cuyo transporte debía de haber sido todo un desafío. Danyl los examinó, desapilándolos y reapilándolos a medida que leía los títulos.

—¿Por cuál empiezo? —preguntó en voz alta.

Tayend sacó un polvoriento volumen de la parte media de uno de los montones.

—Este fue el primero que leyó Akkarin.

Danyl miró a Tayend, impresionado. Los ojos del joven brillaban de entusiasmo.

—¿Recuerdas eso?

El académico sonrió abiertamente.

—Se necesita buena memoria para hacer uso de la biblioteca. ¿Cómo si no podrías encontrar un libro después de haberlo leído?

Danyl bajó la vista al libro que sostenía en las manos. *Prácticas mágicas de las*

tribus de las montañas Grises. La fecha bajo el título indicaba que el libro tenía al menos cinco siglos de antigüedad, y sabía que ninguna tribu había habitado las montañas entre Elyne y Kyralia desde entonces, como mínimo. Intrigado, lo abrió y comenzó a leer.

8. Justo lo que pretendía

—¿Así que tan solo nos sentamos y escuchamos? —preguntó Yaldin con el ceño fruncido. Dejó que sus ojos vagaran por el Salón de Noche mientras se concentraba en las voces. Rothen contuvo una risita. El rostro del anciano mago era demasiado expresivo. Cualquiera que le viera sabría que estaba esforzándose por escuchar algo.

Pero tras la marcha de Dannyl, Rothen necesitaba a alguien para «espiar» a los otros magos. Todo el mundo se mostraba suspicaz ahora que circulaba un rumor escandaloso, y como este involucraba a Rothen, los chismosos comprobaban siempre si él estaba cerca antes de hablar con libertad, por lo que había decidido instruir a su viejo amigo, Yaldin, en las técnicas de Dannyl.

—Estás siendo demasiado obvio, Yaldin.

El anciano torció el gesto.

—¿Obvio? ¿Qué quieres decir?

—Cuando...

—¿Lord Rothen?

Rothen se sobresaltó. Alzó la vista y se topó con el administrador Lorlen de pie junto a su silla.

—¿Sí, administrador?

—Me gustaría hablar con usted en privado.

Echando un vistazo alrededor, Rothen notó que varios de los magos que se encontraban cerca miraban a Lorlen con expresión expectante. Yaldin frunció el ceño, pero no dijo nada.

—Desde luego —respondió Rothen. Se levantó y siguió a Lorlen a través de la habitación hasta una pequeña puerta. Se abrió al aproximarse Lorlen, y los dos entraron en el Salón de Banquetes.

La sala estaba a oscuras. Un globo de luz llameó sobre la cabeza del administrador y flotó hasta iluminar una gran mesa. Lorlen se acercó a una de las sillas. Tomando asiento junto al administrador, Rothen se preparó para la conversación que había estado temiendo.

Lorlen miró detenidamente a Rothen, luego dejó que su vista se deslizara hasta la mesa. Suspiró y su rostro adoptó una expresión adusta.

—¿Eres consciente de los rumores que circulan sobre ti y Sonea?

Rothen asintió.

—Sí, lo soy.

—Sin duda te lo ha contado Yaldin.

—Y Sonea.

—¿Sonea? —Lorlen alzó las cejas.

—Sí —dijo Rothen—. Hace cuatro semanas me contó que uno de sus compañeros aprendices había inventado ese rumor, y le preocupaba que la gente lo creyera. Le dije que no se angustiara. Los cotilleos tienen un período de vida limitado; tales especulaciones con el tiempo se convierten en noticias pasadas, y se olvidan.

—Hummm. —Lorlen torció el gesto—. Rumores como ese no se disipan tan a la ligera como podrías esperar. Algunos magos han venido a mí para expresarme su preocupación. Sienten que no es apropiado que un mago tenga a una joven viviendo en sus habitaciones.

—Trasladarla no hará nada para desmentir el rumor.

Lorlen asintió.

—Eso es cierto. No obstante, evitaría mayores especulaciones que podrían ser bastante dañinas para ambos. En retrospectiva, Sonea debería haberse mudado a los alojamientos de los aprendices cuando empezó las clases. —Miró a Rothen directamente—. No para impedir lo que los rumores sugieren, sino para impedir que se iniciara cualquier tipo de rumor. Nadie cree que haya ocurrido algo indecoroso entre Sonea y tú.

—Entonces ¿por qué trasladarla? —Rothen extendió las manos—. Ella seguirá pasando tiempo conmigo en mis habitaciones, estudiando o durante la cena. Si cedemos ahora, ¿cuánto tiempo transcurrirá hasta que otros cuestionen las intenciones de cada momento que pasamos juntos? —Sacudió la cabeza—. Deja las cosas como están, y aquellos que sean tan necios como para dar credibilidad a ese chisme descubrirán que no se ha hallado evidencia alguna de conducta inapropiada.

La boca de Lorlen se curvó en un sonrisa irónica.

—Estás muy seguro de ti mismo. ¿Qué piensa Sonea?

—Ese rumor la ha disgustado, desde luego, pero cree que se olvidará cuando deje de ser el blanco del predilecto de Garrel.

—¿Cuando... si alcanza a la clase de invierno?

—Sí.

—¿Crees que logrará alcanzar a la clase superior y permanecer allí?

—Fácilmente. —Rothen sonrió, sin molestarse en ocultar su orgullo—. Aprende rápido y con mucha determinación. Lo último que ella querría es retroceder de nuevo a la clase de Regin.

Lorlen asintió con la cabeza y miró a Rothen con atención.

—No comparto tu optimismo sobre ese rumor, Rothen. Tus argumentos en contra de trasladarla poseen cierta valía, pero si te equivocas, la situación podría empeorar mucho. Creo que debería mudarse, por su propio bien.

Rothen miró al administrador con cara de pocos amigos. Seguramente Lorlen no creería que Rothen se estaba acostando con una aprendiz, y en especial con una chica

que era tres veces más joven, ¿o sí? Sin embargo, la mirada de Lorlen se mantenía firme y dura, y Rothen, conmocionado, se dio cuenta de que el mago había considerado realmente la posibilidad.

¡Lorlen no podía dar crédito a eso! ¿Cómo lo había pensado siquiera? ¿Cuándo había dado Rothen motivos a Lorlen para dudar de él?

Entonces se le encendió la luz y le vino la respuesta.

«Es por Akkarin —pensó—. Si yo me hubiera enterado de que mi amigo más íntimo y antiguo practicaba la más maligna de las magias, estaría reconsiderando mis opiniones sobre todas las personas que conociera.»

Respirando profundamente, Rothen midió con especial cuidado sus siguientes palabras.

—Solo tú puedes entender por qué quiero mantenerla cerca de mí, Lorlen —dijo en voz baja—. Ella ya tiene suficiente miedo aquí sin necesidad de ser enviada a vivir entre aquellos que le harían daño, donde sería vulnerable, y no solo a los otros aprendices.

Lorlen frunció el ceño; luego sus ojos se agrandaron ligeramente y apartó la mirada. Se irguió y asintió lentamente con la cabeza.

—Entiendo tu preocupación. Debe de ser aterrador para ella. Pero si tomo una decisión que vaya en contra de la opinión de la mayoría, llamaré la atención. No tengo la impresión de que Sonea vaya a estar en mayor peligro viviendo en los alojamientos de los aprendices... pero trataré de postergar la decisión tanto como sea posible con la esperanza de que esto caiga en el olvido, como tú crees que lo hará.

Rothen asintió.

—Gracias.

—Y... —agregó Lorlen como si se le acabara de ocurrir— vigilaré de cerca a ese aprendiz, Regin. Los alborotadores son un problema que debería ser resuelto mucho antes de la graduación.

—Te lo agradecería —respondió Rothen.

Lorlen se levantó, y Rothen siguió su ejemplo. Por un momento sus ojos se encontraron y Rothen percibió una cruda expresión de agobio en la mirada de Lorlen que hizo que un escalofrío le recorriera la espalda. Entonces Lorlen se dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta del Salón de Noche.

Una vez allí se separaron, y Lorlen se dirigió a su sitio de costumbre. Cuando Rothen cruzó el salón hacia su asiento, captó varias miradas en su dirección. Mantuvo una expresión sobria y despreocupada. Yaldin le miró inquisitivamente.

—Nada de que preocuparse —dijo Rothen, dejándose caer en su silla—. Bien, ¿dónde estábamos? Ah, sí. Ser obvio. Esto es lo que parece...

Sonea suspiró ante el sonido de unos nudillos en la puerta. Dejó de escribir y, sin

volverse, gritó:

—Adelante.

La puerta se abrió.

—Hay alguien que desea verla, lady Sonea —dijo Tania con voz tensa.

Al mirar por encima del hombro, Sonea vio a una mujer con túnica verde parada en el umbral de su dormitorio. Un fajín negro rodeaba la cintura de la mujer. Sonea se puso en pie de un salto y se inclinó rápidamente.

—Lady Vinara.

Sonea miró detenidamente a la líder de sanadores. Era difícil medir el humor de la maga, pues la expresión de Vinara siempre parecía ser adusta y fría. Los ojos grises de la mujer parecían más duros de lo habitual.

—Es un poco tarde para estar estudiando —apuntó Vinara.

Sonea echó un vistazo a su mesa.

—Trabajo para alcanzar a la clase de invierno.

—Eso he oído. —Vinara gesticuló hacia la puerta, y esta se cerró, pero antes Sonea tuvo tiempo de vislumbrar a Tania, que observaba con ansiedad—. Deseo hablar contigo en privado.

Sonea hizo una seña para que Vinara tomara su silla, y luego se sentó en el borde de la cama. Observó a Vinara, con el estómago encogido de pavor, mientras la maga se sentaba y se arreglaba la túnica.

—¿Eres consciente de ciertos rumores referentes a ti y a lord Rothen?

Sonea asintió.

—He venido para preguntarte acerca de ellos. Debes ser sincera conmigo, Sonea. Este es un asunto serio. ¿Hay algo de cierto en ellos?

—No.

—¿Te ha hecho lord Rothen alguna proposición indecorosa?

—No.

—¿No te ha... tocado de ninguna forma?

Sonea sintió que su rostro se acaloraba.

—No. Nunca. Es solo un rumor absurdo. Rothen nunca me ha tocado, ni yo a él. Me pone enferma oírles decir eso.

Vinara asintió lentamente con la cabeza.

—Me alegra oírlo. Recuerda, si tienes algún motivo para estar asustada, o si has sido coaccionada de alguna manera, no tienes por qué quedarte aquí. Te ayudaremos.

Sonea se tragó su rabia.

—Gracias, pero no ocurre nada malo.

Los ojos de Vinara se entrecerraron.

—Debo decirte también que si se demuestra que estos rumores son ciertos, y que accediste voluntariamente, tu permanencia en el Gremio se vería perjudicada. Como

mínimo, perderías la tutela de Rothen.

Desde luego. A Regin le encantaría. Podría haber sido su objetivo durante todo ese tiempo. Sonea hizo rechinar los dientes.

—Si se da el caso, Lorlen puede someterme otra vez a una lectura de la verdad.

Vinara se irguió y apartó la mirada.

—Esperemos no llegar a eso. —Resopló—. Bien, lamento haber tenido que tratar este delicado asunto contigo. Debes comprender que es mi obligación investigar. Si deseas discutir cualquier cosa, por favor, ven a verme. —Se levantó y miró a Sonea con actitud crítica—. Estás agotada, jovencita. Demasiado estudio te hará enfermar. Duerme un poco.

Sonea asintió. Se quedó observando cómo lady Vinara abría la puerta y salía majestuosamente, luego esperó hasta que oyó a Tania cerrar la puerta principal de los aposentos. Entonces se volvió y propinó un puñetazo a la almohada.

—¡Quiero matarlo! —bramó—. Quiero hundirle en el río Tarali con piedras atadas a sus pies para que nadie encuentre su cadáver jamás.

—¿Lady Sonea?

Al oír la tímida voz, Sonea levantó la vista y se apartó de los ojos unos mechones de su enmarañado cabello.

—¿Sí, Tania?

—¿A qui... a quién quiere matar?

Sonea volvió a colocar la almohada en su sitio.

—A Regin, por supuesto.

—Ah. —Tania se sentó en el borde de la cama—. Me ha tenido preocupada por un momento. Ellos también me han interrogado. Yo no me lo creo, claro, pero me dijeron todas esas cosas para que vigilara y... bueno... yo...

—No te preocupes, Tania —dijo Sonea lanzando un suspiro—. Solo hay una persona en el Gremio que alguna vez haya intentado algo conmigo.

La sirvienta abrió los ojos de par en par.

—¿Quién?

—Regin, por supuesto.

Tania arrugó la frente.

—¿Y usted qué hizo?

Sonea sonrió al recordarlo.

—Un pequeño truco que aprendí de Cery.

Se puso en pie y procedió a explicárselo.

Era tarde cuando Lorlen regresó a su despacho en la universidad. Un poco antes ese día, lord Osen, su ayudante, le había entregado una caja con el correo. Al revolver en su interior, Lorlen había descubierto entre las demás cartas un pequeño paquete

procedente de Elyne. Lo había dejado a un lado para leerlo después.

Lorlen encendió ahora su globo de luz y recuperó el paquete. Lo abrió y contempló con agrado la elegante letra de Dannyl. La caligrafía del joven mago era segura y nítida. Lorlen se reclinó en su silla y comenzó a leer.

Al administrador Lorlen:

Visité la Gran Biblioteca por primera vez hace una semana, y he regresado cada noche para continuar con mi investigación. El bibliotecario Irand me ha asignado al mismo académico que ayudó al Gran Lord en su búsqueda: Tayend de Tremmelin. Este hombre posee una extraordinaria memoria de las visitas del Gran Lord, y he hecho considerables progresos.

De acuerdo con Tayend, el Gran Lord llevaba un diario en el que tomaba notas, copiaba pasajes de libros y dibujaba mapas. Guiado por el académico, he leído la mitad de las fuentes que consultó el Gran Lord, y copiado mucho material útil, incluido todo aquello que Tayend recuerda que interesó al Gran Lord.

A partir de aquí se me presentan varios caminos a seguir, como también le ocurrió al Gran Lord. La mayoría de ellos requieren un viaje a alguna tumba, templo o biblioteca de las Tierras Aliadas. Cuando haya terminado de leer, debería conocer todas las posibilidades consideradas por el Gran Lord, y a partir de ahí elegir por dónde proseguir.

Para asistirme en mi decisión, Tayend visitó el embarcadero, donde se han guardado registros de todas las llegadas y salidas durante muchos años. Encontró una mención a un tal lord Akkarin que llegó aquí hace unos diez años y que unos meses más tarde se marchó a Lonmar; luego regresó a Capia para tomar otro barco a las islas Vin, y regresó de nuevo a Capia un mes después. No había más entradas.

Considerando la información que he recopilado, es probable que el Gran Lord visitara el Templo del Esplendor de Lonmar. He hecho una copia de mis notas, que adjunto a esta carta.

Segundo embajador del Gremio en Elyne,

DANNYL

Lorlen dejó la carta a un lado y hojeó las notas que la acompañaban. Claras y bien escritas, describían y recopilaban retazos de información de épocas anteriores a la formación del Gremio. Finalmente, en la última página, Dannyl había incluido una pequeña nota.

Encontré un libro que relata la guerra Sachakana y que fue escrito poco después. Es de destacar el hecho de que califica al Gremio como el enemigo, ¡y

hay además una ilustración muy poco favorecedora! Tras completar esta tarea, regresaré a la biblioteca y lo leeré entero.

Lorlen sonrió. De haber sabido que Dannyl era tan bueno investigando habría recurrido a él antes. Aunque Dannyl aún no hubiera desenterrado nada que pudiera usarse contra Akkarin, había recopilado una gran cantidad de información en un corto espacio de tiempo. Las esperanzas de Lorlen de que encontraría algo útil se habían fortalecido.

Tampoco había formulado ninguna pregunta embarazosa. Como había esperado, Dannyl era lo bastante sensato para mantener silencio sobre el asunto, incluso aunque no conociera la razón para guardar el secreto. Si Dannyl descubría algo que le llevara a sospechar que Akkarin había aprendido magia negra, Lorlen estaba seguro de que el joven mago le informaría confidencialmente.

Y entonces ¿qué? Lorlen frunció los labios, meditando. Probablemente tendría que contar a Dannyl la verdad. Pero confiaba en que el joven mago sabría cómo evitar una confrontación con Akkarin hasta que esta no implicara riesgo alguno. Saber que Rothen y Sonea habían accedido al plan también ayudaría a convencer a Dannyl para que guardara silencio.

Pero lo mejor sería evitar contar a Dannyl la verdad durante el máximo tiempo posible. Por ahora, Lorlen ayudaría a Dannyl a recopilar tanta información como pudiera. Sacó una hoja de papel y escribió una carta al primer embajador del Gremio. La selló cuidadosamente, grabó la dirección de la Casa del Gremio en Elyne y la dejó en otra caja de su escritorio. Lord Osen se ocuparía de que un mensajero la enviara al día siguiente.

Lorlen se levantó y guardó la carta y las notas de Dannyl en una caja que reservaba para los documentos importantes. Reforzó la barrera mágica que impedía a otros alcanzar su contenido y la escondió en un aparador detrás del escritorio. Mientras abandonaba la estancia, se permitió esbozar una pequeña sonrisa.

«Akkarin tenía razón cuando dijo que escogí al hombre idóneo para el cargo de segundo embajador del Gremio en Elyne.»

9. Planteándose el futuro

—¿Podrías conseguirme uno de estos más sencillo? —preguntó Sonea, alzando un cepillo plateado.

—Oh, ¿ese tampoco? —dijo Tania suspirando—. ¿No se va a llevar nada que sea atractivo?

—No. Nada de valor ni nada que me guste.

—Pero deja tanto atrás... ¿qué tal un florero bonito? Le llevaré de vez en cuando algunas flores. Harán la habitación mucho más agradable.

—Estoy acostumbrada a lugares mucho peores, Tania. Cuando tenga que encontrar un modo para esconder o proteger cosas, puedo venir a coger algunos libros. —Sonea miró el contenido de una caja que reposaba encima de la cama—. Eso es todo.

Tania suspiró. Recogió la caja y la sacó de la habitación. Sonea la siguió y encontró a Rothen dando vueltas en la sala de invitados. Tenía el ceño fruncido, y cuando la vio corrió hacia ella y la tomó de las manos.

—Lamento todo esto, Sonea —empezó a decir—. Yo...

—No te disculpes, Rothen —le dijo—. Sé que has hecho lo que has podido. Es mejor que me vaya.

—Pero es una tontería. Podría...

—No. —Le dirigió una mirada inexpresiva—. Tengo que marcharme. Si no, Regin se asegurará de que encuentren una prueba. Y puede que todavía lo intente, si su objetivo es que me quiten tu tutela. Entonces los profesores me ignorarían y no podría hacer nada al respecto.

Rothen volvió a fruncir el ceño.

—No había pensando en eso —gruñó—. No es correcto que un mero aprendiz nos cause tantos problemas.

Ella sonrió.

—No, pero no me impedirá que me ponga por delante de él, ¿verdad? Seguiremos trabajando.

Rothen asintió con la cabeza.

—Desde luego.

—¿Quedamos entonces a la salida de la biblioteca de los magos dentro de una hora?

—Sí.

Le apretó las manos y las soltó, después hizo una seña a Tania. La sirvienta levantó la caja y la llevó hasta la puerta. Al atravesarla, Sonea miró hacia atrás y sonrió al mago.

—Estaré bien, Rothen.

Este esbozó una breve sonrisa. Sonea dio media vuelta y se alejó por el pasillo, con Tania a su lado.

En el alojamiento de los magos había un ajeteo poco corriente para un dialibre por la mañana. Sonea ignoró las miradas de los magos que pasaban, sabiendo que la ira que sentía sería demasiado difícil de ocultar si buscaba el contacto visual con ellos. Medio oyó a Tania farfullar algo sobre injusticia mientras empezaban a descender la escalera, pero no le pidió que lo repitiera. En los últimos días ya había tenido suficiente.

Había parecido mucho más valiente de lo que se sentía, allí en los aposentos de Rothen. Una vez en el alojamiento de los aprendices sería imposible escapar de Regin. Podría candar la puerta de su habitación con magia —Rothen le había enseñado cómo—, pero estaba segura de que Regin encontraría algún modo de llegar a ella. Y no podría quedarse dentro todo el tiempo.

Esa era la venganza de Regin por calumniar a su Casa. Debería haberlo arrojado al suelo y no pasar de ahí. Pero abrió la boca y le insultó, y el muchacho no iba a permitir que se saliera con la suya. Sus esperanzas de que ignorándole se aburriría y la dejaría tranquila se habían ido al traste.

Ahora no eran solo los aprendices los que susurraban su nombre en los pasillos. Había escuchado suficientes murmullos procedentes de magos para saber la opinión que tenían de ella. A ninguno le preocupaba realmente quién había hecho circular el rumor ni por qué. «Rumores como ese nunca deberían haberse iniciado, para empezar», como había señalado un maestro. Vivir con Rothen levantaba sospechas, en especial si se tenía en cuenta el pasado de Sonea. ¡Como si todas las mujeres de las barriadas fueran prostitutas!

Y había oído a mucha gente preguntando por qué debería ser tratada de modo diferente que los demás aprendices. Ellos tenían que vivir en los alojamientos de los aprendices. Y también ella.

Sonea alcanzó las puertas del alojamiento de los magos y empezó a atravesar el patio. El sofocante calor estival ya había quedado atrás, y el día era agradablemente cálido. Podía sentir un tenue calor irradiando de las piedras del pavimento.

Nunca antes había entrado en el alojamiento de los aprendices. Solo en una ocasión, durante la noche en que Cery y ella se colaron a hurtadillas en el Gremio, tanto tiempo atrás, había espiado a través de las ventanas y visto las habitaciones. Eran pequeñas, sencillas y sin decoración.

Varios grupos de aprendices se arremolinaban alrededor de la entrada. Interrumpieron sus conversaciones para observarla, y algunos se arrimaron un poco más, inclinándose para susurrar. Les dirigió una breve mirada al pasar y atravesó las puertas abiertas.

Dentro, más aprendices deambulaban por el pasillo, y Sonea resistió el impulso de buscar rostros familiares. Tania avanzó hacia la derecha de la entrada y llamó a una puerta.

Mientras esperaban, Sonea observó a los aprendices del pasillo con el rabillo del ojo. Se preguntaba dónde estaría Regin. Con toda certeza se presentaría para ese pequeño momento victorioso.

La puerta se abrió y un guerrero delgado y de rasgos afilados contempló a Sonea. Esta hizo una reverencia y pensó en las quejas y lamentos que había oído acerca del director del alojamiento de los aprendices. A Ahrind no se le tenía mucha estima.

—Bueno, aquí estás —dijo fríamente—. Sígueme.

Echó a andar por el pasillo a grandes zancadas, los aprendices iban saliendo con cuidado de su camino, y se detuvo frente a una puerta no muy lejos. La abrió para revelar una habitación tan sencilla y pequeña como las que recordaba.

—Nada de cambios en la habitación —dijo Ahrind—. Nada de visitas después del gong de la noche. Si te vas a ausentar durante una o varias noches, por favor, infórmame dos días antes de la primera noche. La habitación tiene que mantenerse limpia y ordenada. Ponte de acuerdo con los sirvientes como creas conveniente. ¿He sido claro?

Sonea asintió.

—Sí, milord.

Dio media vuelta y se alejó con pasos amplios. Sonea intercambió una mirada con Tania, entró en la habitación y echó un vistazo alrededor.

Era ligeramente mayor que su dormitorio, y contenía una cama, una cómoda para la ropa, un escritorio y algunas estanterías. Se acercó a la ventana y miró hacia fuera, hacia la Arena y los jardines. Tania depositó la caja sobre la cama y empezó a desempaquetar.

—No he visto a ese muchacho —hizo notar Tania.

—No. Eso no significa que no estuviera observando, él o alguno de sus seguidores.

—Es bueno que esté tan cerca de la entrada.

Sonea asintió, sacó de la caja sus cuadernos de notas, plumas y papel, y los guardó en los cajones del escritorio.

—Seguro que Ahrind quiere tenerme vigilada. Cerciorarse de que no soy una mala influencia.

Tania emitió un rudo sonido.

—No cae bien a los sirvientes. Yo que usted, milady, no le daría razones para que se fijara en mí. ¿Qué va a hacer con las comidas?

Sonea se encogió de hombros.

—Cenaré con Rothen. Las demás... en el refectorio, espero. A lo mejor soy capaz

de entrar, coger algo y salir otra vez antes de que Regin termine.

—Le traeré la comida aquí, si quieres.

—No deberías. —Sonea suspiró—. Te convertirías en un blanco.

—Vendré con alguno de los otros sirvientes, o haré que se la dejen aquí. No voy a permitir que ese muchacho la prive de la comida.

—No lo hará, Tania —le aseguró Sonea—. Bien, ya está todo desempaquetado. —Apoyó la palma de la mano en la puerta del armario, luego en el cajón del escritorio—. Todo está cerrado. Vamos a reunirnos con Rothen en la biblioteca.

Sonriendo, hizo salir a la sirvienta de la habitación, candó la puerta y se encaminó hacia la universidad.

—¿Qué esto que hay en mi bolsillo? —Tayend sacó un trozo de papel de su abrigo y lo examinó—. Ah, las notas de mi visita al embarcadero. —Las leyó y frunció el ceño—. Akkarin estuvo fuera durante seis años, ¿verdad?

—Sí —respondió Dannyl.

—Eso significa que pasó cinco de ellos aquí, después de regresar de las islas Vin.

—A menos que viajara por tierra a algún otro sitio —puntualizó Dannyl.

—¿Adónde? —Tayend frunció otra vez el ceño—. Ojalá pudiéramos preguntar a la familia con la que se quedó, pero lo más probable es que informaran a Akkarin de que alguien está haciendo preguntas sobre él, y tú pareces querer evitar eso. —Tamborileó con los dedos sobre la barandilla del barco.

Dannyl sonrió y volvió la cara hacia el viento. Había llegado a apreciar al académico desde que empezaron a trabajar juntos. Tayend poseía una mente ágil y una buena memoria, y aparte de ser un buen ayudante, se portaba amigablemente. Cuando Tayend se ofreció a acompañar a Dannyl en su viaje a Lonmar, Dannyl se sorprendió y se sintió complacido. Le preguntó si Irland se lo permitiría.

—Oh, yo trabajo aquí solo porque quiero —había respondido Tayend, claramente asombrado—. De hecho, no es un trabajo como tal. Me encargo de la biblioteca a cambio de ser útil a los visitantes e investigadores.

Cuando Dannyl expresó su deseo de visitar Lonmar y Vin, estaba convencido de que el primer embajador lo desaprobaba. Después de todo, solo llevaba en Elyne unos meses. Pero Errend se había mostrado encantado. Al parecer, Lorlen le había solicitado que visitara aquellas tierras para tratar ciertos asuntos diplomáticos, y Errend no era en absoluto partidario de viajar en barco. De inmediato decidió que Dannyl fuera en su lugar.

Aquello resultaba sospechosamente conveniente...

—¿Cómo volvió al Gremio?

Dannyl se sobresaltó, y se giró para mirar a Tayend.

—¿Quién?

—Akkarin.

—Dicen que simplemente llegó caminando hasta las Puertas del Gremio, sucio y vestido con ropas ordinarias, y al principio nadie le reconoció.

Los ojos de Tayend se abrieron de par en par.

—¿De verdad? ¿Explicó por qué?

Dannyl se encogió de hombros.

—Posiblemente. Tengo que admitirlo, no prestaba mucha atención en esa época.

—Ojalá pudiéramos preguntarle a él.

—Si lo que nos interesa es la magia ancestral, los motivos de Akkarin para aparecer tan deslucido al final de su búsqueda probablemente no nos digan nada. Lorlen dijo que su investigación quedó incompleta, recuerda.

—Aun así, me gustaría saberlo —insistió Tayend.

El barco cabeceó al pasar entre los brazos de la bahía. Dannyl volvió la vista atrás y lanzó un suspiro de admiración ante la resplandeciente ciudad. Era afortunado, sin lugar a dudas, por haber sido nombrado embajador del Gremio en semejante lugar.

Tayend guardó el trozo de papel.

—Adiós, Capia —dijo con añoranza—. Es como dejar los brazos de una hermosa amante a la que con descaro has considerado siempre tuya. Solo en la distancia te das cuenta de lo que tienes.

—Se dice que el Templo del Esplendor es un sitio extraordinario.

Tayend recorrió la cubierta del barco con la mirada.

—Sí, y lo comprobaremos por nosotros mismos. ¡Menuda aventura nos aguarda! ¡Cuántos hermosos parajes y experiencias memorables...! ¡Y qué manera tan fantástica de viajar!

—Quizá deberías esperar hasta ver tu cuarto antes de lanzar otra grandilocuente descripción de nuestro viaje... aunque admito que dormir en él te resultará una experiencia memorable.

Tayend se tambaleaba con el vaivén del barco sobre las olas.

—Esto parará pronto, ¿verdad? Cuando se aleje un poco más.

—¿Que se parará? —exclamó Dannyl maliciosamente.

El académico le miró con horror, y entonces se inclinó sobre la barandilla y vomitó. Dannyl se sintió de inmediato avergonzado de su socarrón comentario.

—Aquí. —Tomó la mano de Tayend y posó la palma en torno a la muñeca del hombre. Cerró lo ojos y proyectó su conciencia dentro del cuerpo de Tayend, pero dejó de percibirlo cuando este retiró velozmente la mano.

—No. No lo hagas. —Las mejillas de Tayend se tiñeron de rubor—. Estaré bien. Es un mareo, ¿no? Me acostumbraré.

—No tienes por qué encontrarte mal —dijo Dannyl, perplejo ante la reacción del académico.

—Sí, sí que tengo. —Tayend volvió a inclinarse sobre la borda. Tras un momento se desplomó contra la barandilla y se limpió la boca con un pañuelo—. Todo forma parte de la experiencia, ¿lo ves? —dijo a las olas—. Si haces que no lo sienta, no tendré ninguna buena historia que contar.

Dannyl se encogió de hombros.

—Bien, si cambias de idea...

Tayend tosió.

—Te lo haré saber.

Cuando los últimos rayos de sol abandonaron todo excepto las copas más altas del bosque, Lorlen salió de la universidad y se encaminó hacia la residencia del Gran Lord.

De nuevo tuvo que esforzarse por guardar todo lo que sabía en algún rincón oscuro de su mente. Una vez más, mantendría una conversación amistosa, haría algunas bromas y bebería el mejor vino de las Tierras Aliadas.

En otro tiempo, habría puesto su vida en manos de Akkarin. Como aprendices, habían sido amigos íntimos, confiando el uno en el otro, defendiéndose el uno al otro. Akkarin había sido el más propenso a romper las reglas del Gremio y proponer travesuras. ¿Eso le había conducido a su interés por la magia negra? ¿Estaba Akkarin violando las normas solo por mera diversión?

Lanzó un suspiro. No le gustaba temer a Akkarin. Era más fácil, en noches como aquella, imaginar que Akkarin tenía una buena razón para estar usando la magia negra. Pero las dudas siempre permanecían.

«La pelea me ha debilitado. Necesito tu fuerza.»

¿Qué pelea? ¿Con quién había luchado Akkarin? Lorlen se acordó de la sangre que cubría a Akkarin en los recuerdos de Sonea, pero la única conclusión que sacaba era que el adversario había sido gravemente herido. O asesinado.

Lorlen movió la cabeza. Las historias que Derril y su hijo habían contado eran extrañas y perturbadoras. Ambas involucraban a víctimas que parecían estar muertas a causa de unas heridas no muy graves. Aquello no era suficiente para probar que había sido obra de un mago negro, sin embargo. No podía evitar pensar que, si no estuviera preocupado por Akkarin, habría estado más inclinado a someter las muertes a la atención de Vinara. Era posible que la sanadora conociera un modo de detectar si una persona había sido asesinada con magia negra.

Pero si el Gremio empezaba a buscar a un mago negro, ¿conduciría todo ello a una confrontación prematura con Akkarin?

Lorlen se detuvo en la puerta de la residencia del Gran Lord y suspiró. Debía apartar esos pensamientos de su cabeza. De hecho, algunos magos sospechaban que el Gran Lord podía leer la mente desde cierta distancia. Aunque él no lo creyera, lo

cierto era que Akkarin poseía una asombrosa habilidad para descubrir secretos antes que cualquier otra persona.

Como siempre, la puerta se abrió hacia dentro en cuanto la tocó. Entró y encontró a Akkarin a unos pasos de distancia, alargándole una copa de vino.

Lorlen sonrió y aceptó la copa.

—Gracias.

Akkarin cogió otra copa de una mesa cercana y se la llevó a los labios. Observó a Lorlen por encima del borde.

—Pareces cansado.

Lorlen asintió con la cabeza.

—No me sorprende.

Meneó la cabeza y, apartándose, se dirigió hacia una butaca.

—Takan dice que la cena estará lista en diez minutos —dijo Akkarin—. Vayamos arriba.

Akkarin se desplazó al extremo izquierdo de la habitación, abrió la puerta de la escalera e hizo señas a Lorlen para que pasara. Mientras ascendía, Lorlen sintió que el desasosiego se abatía sobre él, y de pronto fue extremadamente consciente del mago de la túnica negra que le seguía. Ignoró esa sensación y se adentró en el largo pasillo en lo alto de la escalera.

Había un par de puertas abiertas a mitad de camino, invitando a Lorlen a entrar en el comedor. Takan esperaba dentro. Cuando el sirviente se inclinó, Lorlen se resistió a estudiar con más detenimiento al hombre, a pesar de que había tenido pocas oportunidades de observar a Takan desde que se enteró de las actividades de Akkarin.

Takan se acercó a una silla y la retiró para que Lorlen se sentara. Después el administrador observó al hombre realizar la misma acción para el Gran Lord, y luego el sirviente se marchó apresuradamente.

—Bien, ¿y qué es lo que te turba, Lorlen?

Lorlen miró a Akkarin sorprendido.

—¿Lo que me turba?

—Pareces distraído —respondió Akkarin sonriendo—. ¿Qué ocupa tu mente?

Lorlen se frotó el puente de la nariz y suspiró.

—Esta semana he tenido que tomar una decisión desagradable.

—¿Sí? ¿Lord Davin está intentando comprar más material para sus experimentos meteorológicos?

—No... Bueno, eso también. Tuve que trasladar a Sonea al alojamiento de los aprendices. Fue algo en apariencia cruel, pues es evidente que no se lleva bien con sus compañeros de clase.

Akkarin se encogió de hombros.

—Fue afortunada de pasar tanto tiempo con Rothen. Era predecible que alguien

protestara al final. Me sorprende que este asunto no surgiera antes.

Lorlen asintió y movió la mano en un gesto de resignación.

—Está hecho. Lo único que me resta es mantener vigilada la situación entre ella y sus compañeros de clase, e instar a lord Garrel para que ponga freno a las payasadas de Regin.

—Puedes intentarlo, pero incluso aunque pidas a Garrel que siga a su aprendiz, ello no impedirá al muchacho que continúe con lo que quiera que esté haciendo. La muchacha tendrá que aprender a valerse por sí misma si pretende ganarse el respeto de los demás aprendices.

Takan llegó con una bandeja y sirvió pequeños cuencos de sopa. Akkarin sostuvo el suyo en una mano de dedos alargados, tomó un sorbo para probarla y luego sonrió.

—Siempre que vienes mencionas a Sonea —advirtió—. No es propio de ti mostrar interés por un aprendiz en particular.

Lorlen tragó con precaución la sopa salada que le anegaba la boca.

—Tengo curiosidad por ver cómo se adapta... ver hasta qué punto el ambiente dificulta su progreso. Nos interesa a todos que se adapte a nuestras maneras, y desarrolle su potencial, así que tomaré nota de sus progreso de vez en cuando.

—¿Pensando en reclutar a más aprendices de clase baja, tal vez?

Lorlen hizo una mueca.

—No. ¿Tú sí?

Akkarin apartó la mirada y levantó los hombros ligeramente.

—A veces. Puede que nos estemos perdiendo mucho potencial por ignorar a una parte tan grande de la población. Sonea es la prueba de ello.

Lorlen rió entre dientes.

—Ni siquiera tú podrías convencer al Gremio para intentarlo.

Takan regresó con un gran fuente que colocó entre Lorlen y Akkarin. Recogió los cuencos vacíos y los reemplazó por platos. Cuando el criado volvió a desaparecer, Akkarin comenzó a picotear de las muchas viandas dispuestas en la fuente.

Lorlen siguió su ejemplo, y se permitió exhalar un pequeño suspiro de satisfacción. Le agradaba volver a tener una cena formal propiamente dicha. Las comidas apresuradas que engullía en su despacho nunca eran tan buenas como la que estaba recién cocinada.

—¿Qué noticias tienes? —preguntó.

Entre bocado y bocado, Akkarin describió las gracias del rey y su corte.

—Me han llegado buenos informes de nuestro nuevo embajador en Elyne —agregó—. Parece que ha sido presentado a varias jovencitas solteras, y no pocas, pero nuestro hombre se ha mostrado educadamente desinteresado.

Lorlen sonrió.

—Estoy seguro de que está disfrutando. —Hizo una pausa y decidió que era una

buena oportunidad para formular preguntas sobre los viajes de Akkarin—. Le envidio. A diferencia de ti, nunca tuve la oportunidad de viajar, y no sé si ahora me quedará tiempo para ello. Supongo que no llevarías un diario, ¿verdad? Sé que tenías esa costumbre cuando éramos aprendices.

Akkarin contempló a Lorlen con expresión pensativa.

—Recuerdo a cierto aprendiz que siempre intentaba leer mi diario a la menor oportunidad.

Lorlen soltó una risita entre dientes y bajó la vista a su plato.

—Ya no. Solo busco una historia de viajes para leer por las noches.

—No puedo ayudarte —dijo Akkarin. Suspiró y meneó la cabeza—. Mi diario y todas las notas que tomé fueron destruidas durante la última etapa de mi viaje. He deseado con frecuencia haber hecho una copia, y a veces me invade el antojo de regresar y volver a recopilar toda la información. Como tú, tengo responsabilidades que me atan a Kyralia. Tal vez cuando sea un anciano me escabulla de nuevo.

Lorlen asintió con la cabeza.

—Entonces tendré que buscar historias de viajes en otra parte.

Cuando Takan regresó a buscar la fuente, Akkarin empezó a sugerir libros. Lorlen asentía e intentaba parecer atento, pero una parte de su mente se alejaba a la carrera. Conociendo a Akkarin, probablemente tuvo un diario. ¿Habría contenido referencias a la magia negra? ¿Fue realmente destruido, o Akkarin mentía? Puede que estuviera en algún lugar de la residencia del Gran Lord. ¿Sería capaz de colarse y buscarlo?

Pero mientras Takan servía cuencos de compota de piorre bañada en vino, Lorlen supo que tal búsqueda sería arriesgada. Si Akkarin descubría siquiera la más mínima evidencia de un intruso, se pondría en guardia frente a la posibilidad de que alguien conociera su secreto. Mejor esperar y ver si Dannyl descubría algo antes de intentar una acción tan peligrosa.

10. El trabajo duro reporta beneficios

—Sonea ha completado con éxito los exámenes de mitad de año, lord Kiano —anunció Jerrick—. La he trasladado a esta clase.

Ocho pares de ojos se posaron sobre Sonea. Los aprendices estaban dispuestos en semicírculo alrededor del escritorio del profesor. La muchacha observó cada uno de los rostros, tratando de leer en sus expresiones. Ninguno la miraba con aire desdenoso, pero tampoco vio sonrisas de bienvenida.

El profesor era un vindeano bajo y fornido, de ojos somnolientos. Asintió en dirección a Rothen y al rector de la universidad, y después estudió a Sonea.

—Toma un asiento del fondo del aula y únete al resto.

Sonea se inclinó y se acercó a la pila de sillas cercana a la pared del otro extremo. Cogió una y, pensativa, miró a los aprendices. De espaldas a ella, no podía ver sus rostros ni saber si les importaría que se sentara a su lado. Entonces, mientras se encaminaba de vuelta al frente del aula, un muchacho la miró y sonrió débilmente. Se dirigió hacia él y se sintió agradecida al ver que deslizaba un poco su silla para hacerle sitio.

Rothen y Jerrick se habían retirado de la entrada. El eco de sus pasos en el pasillo se desvanecía rápidamente. Lord Kiano se aclaró la garganta, paseó la mirada por el aula y reanudó su clase.

Los demás aprendices se inclinaron sobre sus cuadernos de notas, escribiendo con celeridad. Mientras el sanador recitaba una rápida lista de enfermedades y las medicinas que deberían suministrarse para tratarlas, Sonea sacó de un tirón una hoja de papel y empezó a garabatear todo lo que oía. No tenía ni idea de lo que era importante que apuntara, así que escribía cada palabra con trazos descuidados, sospechando que más tarde tendría problemas para descifrarlos. Cuando lord Kiano hizo finalmente una pausa para dibujar un diagrama en la pizarra, fue capaz de mirar con cautela a los demás aprendices.

Una chica y seis chicos. Aparte de un larguirucho muchacho laniano, un elyneo y un chico vindeano, los demás eran kyalianos, aunque el chico junto a ella era inusualmente pequeño y puede que fuera medio vindeano. Tenía la piel llena de manchas y el cabello le colgaba en lacios mechones.

Al notar su mirada, él sonrió primero con incertidumbre, y luego más abiertamente cuando Sonea le devolvió la sonrisa. Sus ojos cayeron entonces sobre la página que ella sostenía en la mano y frunció el ceño. Giró sus apuntes para que Sonea pudiera leerlos y escribió en la esquina de una página: «¿Lo pillaste todo?».

Sonea se encogió de hombros y escribió en la esquina de su hoja: «Eso espero; habla muy rápido».

El chico empezó a escribir algo más, pero lord Kiano comenzó entonces una detallada explicación del diagrama, y tanto Sonea como su compañero se dieron cuenta alarmados de que deberían haber estado copiándolo. Durante varios minutos garabateó y dibujó tan rápido como pudo. Antes de lograr terminar, el familiar sonido del gong del descanso de enmedio reverberó en la universidad.

Lord Kiano se situó frente a los alumnos.

—Antes de la siguiente clase, quiero que estudiéis y memoricéis los nombres y la potencia de las plantas con propiedades mucolíticas, tal como viene detallado en el capítulo cinco. Podéis marcharos.

Los aprendices, como uno solo, se levantaron e hicieron una reverencia al profesor. El mago se volvió hacia la pizarra y agitó la mano. Para desgracia de Sonea, el diagrama desapareció de su superficie.

—¿Cuánto copiaste?

Ella se giró. El chico permanecía a su lado, torciendo el cuello para ver las notas de ella. Sonea le mostró la página.

—No todo, pero parece que tú pillaste algunas cosas que yo me perdí. ¿Puedo... podríamos comparar los apuntes?

—Sí. Si... si no te importa.

Los demás aprendices habían recogido sus pertenencias y desfilaban afuera del aula. Unos pocos volvieron la mirada hacia ella, tal vez curiosos ante su nueva compañera. Sonea miró al chico.

—¿Vas al refectorio?

Su sonrisa se diluyó un poco.

—Sí.

—Iré contigo, entonces.

El chico asintió. Siguieron al resto de la clase por el pasillo. Los aprendices caminaban en parejas, pero se mantenían lo suficientemente cerca unos de otros para sugerir que permanecerían todos juntos. Unos cuantos la miraron, pero nadie se apartó ni hicieron ademán de rechazarla.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al chico.

—Poril. Familia Vindel, de la Casa Heril.

—Yo soy Sonea. —Buscó algo más que preguntar—. ¿Todos vosotros estáis aquí desde el pasado invierno?

—Oh, todos menos yo. —Poril se encogió de hombros—. Empecé el verano anterior.

Un estudiante lento. Se preguntaba qué era lo que le retardaba. Podría ser fuerte con la magia pero aun así tener problemas de comprensión de las lecciones, o quizá sencillamente era demasiado débil para completar las tareas encomendadas.

Poril empezó a hablar sobre su familia, sus hermanos y hermanas (eran seis), y

dio numerosos detalles sobre sí mismo. Sonea asentía y le animaba a continuar, temiendo las inevitables preguntas sobre ella misma.

La clase descendió a la planta baja de la universidad, y después entró en el refectorio. Cuando se acercaron a una mesa, Sonea vaciló, pero Poril se adelantó y tranquilamente se deslizó en uno de los asientos. Ella se sentó a su lado, y se sintió aliviada al comprobar que los demás lo aceptaban sin protestas.

Los sirvientes trajeron bandejas de comida, y todos empezaron a comer y a hablar. Ella escuchaba con atención mientras conversaban sobre gente que no conocía y sobre la lección. Parecían distraídos por su presencia, no obstante, y finalmente uno de los chicos la miró directamente.

—Vienes de la clase de Regin, ¿no? —preguntó, agitando una mano hacia un extremo de la habitación.

A Sonea se le revolvió el estómago. Así que su antigua clase era conocida como «la clase de Regin».

—Sí —admitió.

Él jugueteó con los cubiertos.

—Te han hecho pasar una mala temporada, por lo que he oído.

—A ratos.

El chico asintió, luego se encogió de hombros.

—Bueno, será distinto con nosotros. Ya no tenemos tiempo para andarnos con juegucitos. Tendrás que trabajar duro. Esto ya no son ejercicios de Control. —Los demás aprendices asintieron.

Ella contuvo una carcajada. ¿Lecciones de Control? Era evidente que no sabía mucho sobre su historia... o sí y eso no era más que algún tipo de burla, más sutil que las otras a las que estaba acostumbrada.

La charla se desplazó a otros temas. Recordando el gesto del chico al hablar de Regin, miró hacia la derecha. Unos rostros familiares la observaban a unas pocas mesas de distancia. Se preguntó qué habrían pensado cuando no apareció para las clases de la mañana. Probablemente habían esperado que suspendiera los exámenes de mitad de año.

Había sido un trabajo duro. Tres meses habían transcurrido desde que empezara en la universidad, y en ese tiempo había completado las tareas de medio año. Y ahora tendría que ponerse al día con las lecciones que la clase de invierno ya había dado, lo cual significaba comprimir el trabajo de seis meses en tres. No iba a ser fácil.

Al presentir que estaba siendo observado, Regin alzó la vista de su plato y la miró fijamente. Sonea le sostuvo la mirada con indiferencia. El muchacho entornó los ojos y empujó su silla hacia atrás.

Una puñalada de aprehensión acabó con su satisfacción y apartó rápidamente la mirada. ¿Qué planeaba hacer? Por el rabillo del ojo vio que Kano posaba una mano

sobre el brazo de Regin. Hablaron durante unos minutos. Regin volvió a acercarse a su silla a la mesa y Sonea dejó escapar el aliento que había estado conteniendo.

Levantó la vista cuando una criada le tendió una fuente con comida, y rehusó con un gesto de la mano; su apetito había desaparecido. Puede que Regin ya no estuviera en su clase, pero eso no impediría que la avergonzara en el refectorio o en el camino hacia y desde el alojamiento de los aprendices. Pudo ver de soslayo que se volvía para mirarla otra vez. No, no se había librado completamente de él.

Pero Sonea tenía ahora la oportunidad de hacer un amigo. Miró a su alrededor y sintió un ramalazo de esperanza. Puede que incluso entablara amistad con todos ellos.

Rothen sintió una presencia a su lado y levantó la vista.

—Perdón por la interrupción —dijo lord Jullen con frialdad—, pero me gustaría cerrar la biblioteca ya.

—Desde luego —asintió Rothen, poniéndose en pie—. Estaremos fuera en cuanto recojamos.

Cuando el bibliotecario se retiró de vuelta a su escritorio junto a la puerta de la biblioteca de los magos, Sonea suspiró y cerró el voluminoso libro que había estado leyendo.

—Nunca pensé que el cuerpo de una persona fuese tan complejo.

Rothen soltó una risita.

—Esto es solo el principio.

Recogieron todo de modo eficiente. Cerraron los libros, metieron los papeles en cajas, guardaron bien las plumas y tinteros. Rothen devolvió unos cuantos volúmenes a las estanterías, y después condujo a Sonea al exterior de la biblioteca.

La universidad estaba oscura y en silencio, y Sonea permaneció callada mientras caminaba junto a Rothen. Incapaz de trabajar en los aposentos de este por miedo a volver a levantar sospechas, el mago había sugerido que utilizaran la habitación de ella. La chica había negado con la cabeza, señalando que Regin podría fácilmente convencer a algún aprendiz para que se inventara una historia sobre ruidos sospechosos o conversaciones oídas casualmente.

La sugerencia de Sonea de trabajar en la biblioteca de los magos fue brillante. El bibliotecario, lord Jullen, vigilaba las lecciones, y ella tenía acceso a libros que los otros aprendices no podían usar sin el permiso necesario. Regin, al igual que ella, solo podía entrar en la biblioteca bajo la supervisión de su tutor.

Rothen sonrió. No le quedaba más que admirar su habilidad para sacar ventaja de una mala situación. Cuando salieron, creó un escudo mágico que los rodeó a ambos y calentó el aire en su interior. Las noches eran cada vez más frías. Las hojas caídas de los árboles se desplazaban por el patio, emitiendo discretos sonidos con su roce cuando tocaban el pavimento. Faltaba solo un mes para el invierno.

Llegaron al alojamiento de los aprendices y pasaron al interior. El pasillo estaba vacío y en silencio. Rothen la escoltó hasta la puerta y musitó una despedida. Dio media vuelta y oyó el clic de la puerta tras él.

Solo había dado unos pasos cuando una figura entró en el pasillo. Al reconocer al chico, Rothen aflojó la marcha y entrecerró los ojos.

Sus miradas se encontraron. Mientras Rothen pasaba, Regin giró la cabeza para mantener el contacto visual; su mirada era inmutable, a pesar de la desaprobación que Rothen sabía que debía de mostrar su expresión. La boca del muchacho se curvó ligeramente hacia arriba antes de alejarse finalmente.

Rothen soltó un bufido y continuó su camino hacia el exterior del alojamiento de los aprendices. Regin solo había avergonzado a Sonea en una o dos ocasiones después de trasladarse ella a su nueva habitación, y ni una sola vez desde que había cambiado de clase. Rothen había esperado que el muchacho perdiera el interés en ella. Pero mientras consideraba la confianza y la malevolencia en la mirada del chico, sintió la creciente certidumbre de que sus esperanzas eran en vano.

¡Rothen!

Reconoció al emisor inmediatamente y se detuvo en mitad de la zancada, casi tropezando.

¡Dorrien!, respondió él.

Tengo buenas noticias, padre. Lady Vinara ha decidido que es hora de informarla de nuevo. Visitaré el Gremio pronto, probablemente en uno o dos meses.

Tras la transmisión de Dorrien se ocultaban sentimientos complejos. Rothen sabía que viajar a Imardin por una formalidad irritaba a su hijo. Dorrien no podía evitar preocuparse por cómo se las apañaría la aldea en que vivía sin un sanador durante varias semanas. Existía además un tranquilizador entusiasmo en el envío de Dorrien. No se habían visto en dos años.

Pero no era todo. En los últimos tiempos, cada vez que Rothen se comunicaba con su hijo detectaba una curiosidad reacia. Dorrien quería conocer a Sonea.

Eso son buenas noticias. Rothen continuó su camino fuera del alojamiento de los aprendices. *Ha pasado tiempo desde tu última visita. Deseaba que existiera algún modo de poder ordenarte que vinieras a casa.*

¡Padre! La transmisión de Dorrien delataba cierto tono de sospecha, medio en serio, medio en broma. *No habrás preparado tú esto, ¿verdad?*

No. Rothen rió entre dientes. *Pero lo tendré en mente para el futuro. Prepararé tu antigua habitación para ti.*

Me quedaré dos semanas, así que asegúrate de aprovisionarte de ese buen vino del Distrito de los Lagos de Elyne. Estoy cansado hasta el tuétano del bol local.

Hecho. Y tráete algo de raka contigo. He oído que la del Distrito Oriental es la mejor. Sonea es muy aficionada a ella.

Es la mejor, dijo Dorrien con orgullo. De acuerdo, raka a cambio de vino. Me pondré en contacto contigo otra vez cuando parta. Ahora debo irme.

Cuídate, hijo mío.

Rothen notó que la familiar presencia se desvanecía de su mente. Sonreía cuando alcanzó el alojamiento de los magos. Puede que Dorrien sintiera curiosidad por conocer a Sonea, pero ¿qué pensaría ella? Riendo entre dientes, empezó a subir la escalera hacia sus aposentos.

—Me siento mejor esta noche —dijo Tayend al techo del camarote—. Te dije que con el tiempo me acostumbraría.

Dannyl miró al otro lado del estrecho pasillo, donde yacía su amigo, y sonrió. Tayend había estado dormitando casi todo el día. Había hecho un calor sofocante, y la humedad nocturna hacía imposible dormir.

—No tenías por qué haber sufrido tanto tiempo. Seguramente un día de mareos habría sido suficiente aventura para ti.

Tayend miró fijamente a Dannyl con expresión avergonzada.

—Sí, tenía que hacerlo.

—Te asusta la sanación, ¿no es cierto?

El académico le dirigió un rápido asentimiento de cabeza, más parecido a un estremecimiento.

—Nunca he encontrado a nadie que le tuviera miedo, pero ya he oído casos similares antes. —Dannyl frunció el ceño—. ¿Puedo preguntar por qué?

—Preferiría no hablar de ello.

Dannyl asintió. Se puso en pie y se estiró lo mejor que pudo. Aparentemente todos los navíos mercantes tenían un espacio vital reducido, lo cual se debía probablemente a la pequeña estatura de sus hacedores. La mayoría de los barcos que surcaban los mares alrededor de las Tierras Aliadas eran construidos y manejados por vindeanos.

La travesía hasta Capia había durado dos semanas, y había agradecido efusivamente volver a encontrarse con tierra firme al llegar. La capital de Lonmar, Jebem, estaba a cuatro semanas de viaje desde Capia, y Dannyl ya estaba cansado de lo que le rodeaba. Para empeorar las cosas, había soplado poco viento en los últimos días, y como consecuencia, el capitán le había informado de que el barco se retrasaría.

—Voy a subir a tomar el aire.

Tayend gruñó algo en respuesta. Dannyl dejó al académico y, tras atravesar el pasillo, entró en el espacio común. A diferencia de la tripulación anterior, esta permanecía tranquila por las noches. Se sentaban en parejas o solos, algunos acurrucados en los sacos que utilizaban a modo de cama. Dannyl pasó de largo y

ascendió la escalera hacia la puerta que daba a cubierta.

El aire que le recibió era opresivo. Aunque en Kyrulia era otoño, el clima se había vuelto más cálido a medida que viajaban hacia el norte. Mientras caminaba por la cubierta, Dannyl saludaba con la cabeza a los marineros de guardia. Estos apenas se molestaron en responder; algunos incluso le ignoraron por completo.

Echaba de menos la compañía de Jano. Ninguno de aquellos marineros mostraba interés alguno en practicar con él sus habilidades conversacionales o sus aptitudes como cantantes. Incluso echaba de menos el ocasional trago del potente siyo.

Una serie de linternas mantenían el barco brillantemente iluminado. Por las noches, de vez en cuando, un marinero colgaba una de un mástil y se inclinaba hacia fuera sobre la barandilla para inspeccionar el casco del navío. En una ocasión Dannyl había preguntado a un marinero qué buscaba, pero por la mirada inexpresiva que le devolvió el hombre supuso que no estaba familiarizado con su lengua.

Aquella noche todo estaba en calma, y Dannyl, sin nada que le perturbara, se inclinó sobre la barandilla de popa para observar la ondulación del agua bajo la luz. Era fácil, de noche, imaginar que la sombra de una ola era el lomo de alguna criatura deslizándose por el agua. Ocasionalmente, en el transcurso de las últimas dos semanas, había vislumbrado peces saltando en el oleaje. Unos días atrás le había llenado de júbilo ver anyis nadando junto a la proa, algunos tan grandes como un ser humano. Aquellas criaturas cubiertas de púas habían alzado sus hocicos bigotudos y proferido aullidos extraños, inquietantes.

Se dio media vuelta y empezó a recorrer la borda, pero se detuvo al ver que varios fragmentos de una gruesa soga negra estaban desparramados atravesando su camino. Torció el gesto, pensando en cuán fácilmente podría haber tropezado.

Entonces una de las sogas se movió.

Dio un paso atrás, contemplando fijamente la cosa. Era demasiado lisa para ser una soga. Y de todas formas ¿por qué habrían de cortar una soga en pequeños trozos? Cada uno de los fragmentos de negrura emitía un viscoso resplandor bajo la luz de la linterna.

Uno se giró y empezó a reptar hacia él.

—¡Eyoma!

El grito de alarma retumbó en la noche, y fue repetido en todas direcciones. Dannyl miró a los marineros a su alrededor con incredulidad.

—Creí que se trataba de una broma —musitó mientras retrocedía, apartándose de las criaturas—. Se suponía que era una broma.

—¡Eyoma! —Un marinero se acercaba apresuradamente hacia él, con una gran cacerola en una mano y un remo en la otra—. Sanguijuela marina. ¡Usted moverse lejos de borda!

Al darse la vuelta, Dannyl se dio cuenta de que había más criaturas de esas a su

espalda. Trepaban a la cubierta por todos lados. Empezó a moverse hacia el centro de la nave, esquivando a una de ellas que había dado un pequeño salto en su dirección. Otra se irguió, como si olfateara al aire, pero Dannyl no pudo ver ninguna nariz, solo una boca redonda y pálida, con un anillo de afilados dientes bordeándola.

El marinero pasó a su lado, blandiendo la cacerola que llevaba. El líquido contenido se derramó por la cubierta, salpicando a las criaturas. Un familiar olor a nueces alcanzó las fosas nasales de Dannyl, y miró al marinero inquisitivamente.

—¿Siyo?

Las criaturas parecían tan horrorizadas por la rociada como lo habría estado Dannyl. Mientras empezaban a retorcerse, el marinero las empujó por la borda con el remo, y a continuación se oyó un ligero chapoteo.

Dos marineros más se unieron al primero. Se turnaron para rellenar las cacerolas en un barril abierto amarrado a un mástil, salpicar a las sanguijuelas y barrerlas de la cubierta. Actuaban con total naturalidad, con tal eficiencia que Dannyl empezó a relajarse. Cuando un miembro de la tripulación empapó accidentalmente a otro con el licor, Dannyl se atragantó con una carcajada.

Pero las criaturas negras seguían llegando, fluyendo sobre la cubierta en tal cantidad que parecía como si la noche estuviera devorando el borde del barco. Uno de los marineros lanzó un juramento y miró hacia abajo. Una sanguijuela se había adherido a su tobillo. Enrolló su cuerpo alrededor de la pierna del marinero con una velocidad alarmante. Todavía maldiciendo, este la roció con siyo, y entonces, cuando se soltó y empezó a retorcerse, la mandó fuera del barco de una patada.

Dannyl, ya aleccionado, avanzó, dispuesto a ayudar. Cuando uno de los marineros se disponía a echar fuera a las criaturas, el mago le agarró por el brazo y le contuvo. Con un ademán apuntando a las sanguijuelas, Dannyl enfocó su voluntad y empujó. Los bichos se dispersaron por la cubierta y cayeron al mar entre chapoteos.

Sus ojos se encontraron con los del marinero, y este asintió con la cabeza una vez.

—¿Por qué el siyo? —preguntó Dannyl cuando el hombre llevo otra cacerola—. ¿Por qué no empujarlas, sencillamente?

—No siyo —dijo el hombre, descargando la cacerola—. Yomi. Resto de hacer siyo. Quema eyoma y no deja volver.

El marinero continuó derramando el líquido y Dannyl siguió empujando por la borda a las criaturas. Entonces el barco se balanceó de un modo extraño en el agua, escorándose ligeramente hacia un costado, y el marinero profirió una maldición.

—¿Qué ocurre?

El rostro del hombre palideció.

—Demasiadas eyoma. Si enjambre grande, barco pesar mucho. Si casi todo enjambre en un lado, barco volcar.

Dannyl miró en derredor y vio que el capitán y más de la mitad de la tripulación

se habían congregado en la zona más baja del barco, donde la cubierta aparecía negra por las sanguijuelas. Al recordar la historia de Jano entendió el peligro al que la tripulación se enfrentaba. Si el barco volcaba de costado y caían al agua, no sobrevivirían por mucho tiempo.

—¿Cómo las detenéis? —preguntó mientras devolvía más criaturas al mar.

—No fácil. —El marinero se apresuró a extraer más líquido del barril y luego regresó al lado de Dannyl—. Difícil poner yomi en casco.

El barco escoró un poco más. Dannyl recogió el remo que el hombre había descartado y se lo entregó.

—Voy a ver si puedo ayudar.

El marinero asintió. Dannyl echó a andar a grandes zancadas por la cubierta, pero el camino estaba bloqueado por sanguijuelas marinas dispersas que habían eludido a los marineros. Distinguió sombras negras serpenteando por las sogas, en los rincones y en la borda. Levantó una barrera mágica alrededor de sí mismo y pasó entre ellas, estremeciéndose cuando saltaban hacia él. Se producía un débil chisporreto cuando se encontraban con la barrera y caían. Satisfecho, siguió caminando.

Antes de llegar a donde se encontraba el capitán, una voz familiar le llamó desde la puerta del camarote común.

—¿Qué está pasando?

Al ver que Tayend se asomaba, Dannyl sintió una punzada de alarma.

—Quédate abajo.

Una sanguijuela cayó de un cabo y aterrizó cerca de la puerta. Tayend la contempló con una fascinación aterradora.

—Otra.

—¡Cierra la puerta! —Dannyl enfocó su voluntad y cerró de un portazo, pero de inmediato se volvió a abrir y Tayend salió de un salto.

—¡También están aquí dentro! —gritó. Corrió al lado de Dannyl, esquivando a la sanguijuela que había caído junto a la puerta—. ¿Qué son?

—Eyomas. Sanguijuelas marinas.

—Pero... ¡dijiste que eran un cuento!

—Es obvio que no.

—¿Qué está haciendo el capitán? —preguntó Tayend, abriendo los ojos todavía más.

Dannyl levantó la vista y contuvo el aliento al ver que el capitán penetraba con paso decisivo en la espesa alfombra de sanguijuelas sobre la cubierta de babor. El hombre ignoraba las criaturas que herían sus piernas. Sostenía el extremo de una manguera en una mano. El otro estaba acoplado al barril. El capitán se inclinó sobre la borda, apuntó la manguera y bramó una orden. Un hombre de la tripulación empezó a manipular una manivela instalada en el barril. Pronto el líquido brotó de la

manguera que sostenía el capitán.

Aunque la tripulación rociaba con yomi las piernas del capitán, más sanguijuelas reemplazaban rápidamente a aquellas que caían. En unos pocos minutos las piernas del capitán chorreaban sangre como resultado de las mordeduras de las eyomas. Dannyl empezó a caminar hacia la escena, con Tayend pisándole los talones.

—Quédate aquí —le dijo al académico.

Al mirar las sanguijuelas que llenaban la cubierta entre él y el capitán, Dannyl vaciló. Respiró profundamente, y a continuación se abrió camino entre aquella viscosa negrura. Se oía un chisporroteo a su alrededor a medida que los bichos tropezaban con su escudo de barrera. Sentía a las criaturas estallar al ser aplastadas bajo sus botas.

Dannyl llegó al lado del capitán y tocó a una sanguijuela que había trepado al hombro de este. Cayó al suelo, dejando un círculo de pequeñas marcas de punción. El hombre se giró y contempló a Dannyl, después asintió con la cabeza en señal de agradecimiento.

—Vuelva —ordenó Dannyl.

El hombre sacudió la cabeza, pero no en señal de negación.

—No matar a demasiadas o barco volcar del otro lado.

—Entiendo —respondió Dannyl.

El navío escoraba ahora de forma alarmante. Dannyl se inclinó sobre la borda y estudió el casco. Era casi invisible; solo se distinguía alguna ocasional cascada de luz en la oscuridad. Creó un globo de luz y lo envió hacia abajo para iluminar a las criaturas. Contuvo el aliento. El casco era una convulsa masa de sanguijuelas.

Reunió poder y lo liberó con una ráfaga de azotes de paro. Una lluvia de sanguijuelas cayó al mar. Probablemente sobrevivirían al azote, pero no quería arriesgarse a utilizar el azote de fuerza o el azote de fuego sobre el casco. El barco se enderezó paulatinamente a medida que iban cayendo más sanguijuelas, y entonces empezó a escorar hacia el otro costado.

Dannyl cruzó la cubierta y se inclinó sobre la borda del otro lado. Una vez más obligó a las sanguijuelas a perder su agarre, y el barco se enderezó de nuevo. Mientras recorría el camino de vuelta a la banda de babor, Dannyl notó que los marineros habían concentrado de nuevo sus esfuerzos en limpiar la cubierta de sanguijuelas. Un hombre bramaba algo sobre encargarse de las que se habían enroscado alrededor de los cabos o deslizado por las rendijas y rincones.

La sensación de peligro había pasado, pero no aquella deprimente tarea, que proseguiría interminablemente mientras las sanguijuelas siguieran trepando al barco. Pronto Dannyl perdió la cuenta de las veces que había cruzado la cubierta. Se refrescaba a sí mismo con magia sanadora, pero a medida que transcurrían las horas empezó a dolerle la cabeza a causa del constante esfuerzo mental.

Por fin la avalancha menguó, reduciéndose gradualmente hasta que solo quedaron unas pocas sanguijuelas aletargadas. Al oír que pronunciaban su nombre, se enderezó y miró atrás, y descubrió que todo estaba iluminado por la tenue luz del alba. Una pequeña multitud se había congregado a su alrededor. El capitán le levantó un brazo, y entonces una ovación se elevó de entre los marineros.

Dannyl sonrió, sorprendido, y se unió a la celebración. Se sentía exhausto, pero también eufórico.

De alguna parte apareció un pequeño barril, y una jarra fue pasando de marinero en marinero. Cuando Dannyl aceptó la jarra, percibió el familiar olor del verdadero siyo. El trago envió una calidez por todo su cuerpo. Miró alrededor buscando a Tayend, pero no vio al académico por ninguna parte.

—Su amigo duerme —dijo uno de los marineros.

Dannyl, aliviado, aceptó otro trago de siyo.

—¿Encontráis eyomas a menudo?

—De vez en cuando —dijo el capitán asintiendo con la cabeza—. No como esto.

—Nunca visto enjambre tan grande —coincidió otro marinero—. Bueno que tú ser pasajero. Si no con nosotros, ser hoy comida de peces.

El capitán miró hacia arriba repentinamente y dijo algo en lengua vindeana. Mientras la tripulación se movía hacia los aparejos, Dannyl se dio cuenta de que se había levantado una ligera brisa. El capitán parecía exhausto, pero complacido.

—Ya puede ir a dormir —sugirió a Dannyl—. Ayudado bien. A lo mejor necesitar ayuda esta noche.

Dannyl asintió y recorrió el camino hasta su camarote. Encontró a Tayend dormido; una profunda arruga surcaba su frente. Se detuvo, preocupado al ver oscuras ojeras bajo los ojos del joven. Deseaba poder curar a su amigo, y sopesó la idea de administrarle una dosis de su poder de sanación mientras dormía.

Pero hacer eso sería traicionar su confianza, y Dannyl no quería arriesgarse a arruinar aquella nueva amistad. Lanzó un suspiro, se tumbó en su cama, cerró los ojos y se rindió al agotamiento.

11. Llegadas inoportunas

Un dulce jugo inundió la boca de Sonea cuando sus dientes atravesaron la piel del pachi. Sostuvo la fruta amarilla con la dentadura y pasó las páginas del libro de Poril hasta que encontró el diagrama correcto.

—Aquí está —dijo después de sacarse la fruta de la boca—. El sistema sanguíneo. Lady Kinla dijo que teníamos que memorizar todas las partes.

Poril bajó la vista hacia la página y gruñó.

—No te preocupes —le aseguró ella—. Idearemos algún método que te ayude a acordarte. Rothen me ha enseñado algunos ejercicios realmente útiles para recordar listas.

Sonea reprimió un suspiro al ver su expresión dubitativa. Había descubierto rápidamente la razón por la que Poril tenía problemas con sus estudios. No era inteligente ni fuerte, y los exámenes le producían ataques de pánico. Lo peor de todo era que se sentía tan desmoralizado por ese motivo que se rendía antes de intentarlo.

Pero también estaba ávido de camaradería. Aunque Sonea no había visto que los otros aprendices se comportaran de una forma deliberadamente cruel con el chico, era evidente que este no les gustaba. Perteneecía a la Casa Heril, la cual no tenía el favor de la corte por razones que aún no había descubierto. Poseía varios hábitos irritantes, el peor de los cuales era una ridícula risa aguda que le hacía rechinar los dientes.

El resto de la clase también la ignoraba a ella. Se había percatado enseguida de que no la evitaban a propósito, no obstante, y que no les disgustaba de la misma forma que lo hacía Poril. Era sencillamente que cada uno de ellos había entablado una íntima amistad con algún otro compañero, y no tenían deseos de incluir a un tercero.

Trassia y Narron eran claramente algo más que simples amigos.

Sonea les había visto cogerse de la mano en varias ocasiones, y reparó en que lord Ahrind no quitaba ojo a la pareja. Narron ya había decidido ser sanador, y sus resultados en dicha materia eran los mejores de la clase. Trassia también se interesaba más por la sanación, pero de un modo pasivo, lo que sugería que su interés se debía solo al entusiasmo de Narron... o a la creencia de que las mujeres estaban mejor capacitadas para esta disciplina.

El único elyneo de la clase, Yalend, pasaba el tiempo con Seno, el parlanchín muchacho vindeano. Hal, el chico laniano de rostro rígido, y Benon, su amigo kyraliano, formaban la pareja restante. Aunque más callados que los chicos de la clase de Regin, estos cuatro todavía hablaban incesantemente de carreras de caballos, contaban improbables historias sobre las chicas de la corte y se gastaban bromas como si aún fueran unos chiquillos.

Y todavía lo eran, llegó a comprender ella. Los niños de las barriadas crecían

rápido porque no tenían más remedio. Aquellos aprendices habían pasado sus vidas en ambientes de lujo, y tenían menos motivos para madurar rápido que sus hermanos y hermanas, que vivían fuera del Gremio.

Hasta que se graduaran, estaban libres de cualquier responsabilidad familiar, ya fuera su presentación en la corte, el matrimonio o la administración de cualquier «interés» generador de ingresos, agrícola o industrial, en el que su familia estuviera envuelto. Unirse al Gremio proporcionaba a su infancia cinco años adicionales.

Aunque Poril era un año mayor, a veces se comportaba como el más infantil de todos los aprendices. Su simpatía hacia ella parecía genuina, pero sospechaba que el chico estaba complacido de no ser ya el aprendiz de posición social más baja.

Regin, para su sorpresa y alivio, la había ignorado desde que abandonara su clase. Lo divisaba en el refectorio todos los días, y en ocasiones veía a su banda reunida en los pasillos antes de las clases, pero no hacía ningún intento por hostigarla. Incluso el rumor que había circulado referente a su relación con Rothen formaba parte del olvido. Los profesores ya no la miraban con recelo, y raras veces oía susurrar el nombre de Rothen al andar por el pasillo.

—Si tan solo supiéramos qué partes nos mandará nombrar... —Poril suspiró—. Las grandes, supongo, y un par de las pequeñas.

Sonea se encogió de hombros.

—No malgastes el tiempo intentando adivinar qué preguntará. Te supondrá tanto esfuerzo como memorizarlo todo.

Sonó un gong. Sonea pudo ver entre los árboles que los demás aprendices reunían de mala gana sus pertenencias y se apresuraban hacia la universidad. Sonea y Poril, al igual que ellos, habían pasado el descanso de enmedio en el exterior, disfrutando la rara calidez de un soleado día de otoño. Se levantó y se estiró.

—Después de clase iremos a la biblioteca y estudiaremos.

Poril asintió.

—Si tú quieres...

Caminando velozmente, salieron de los jardines hacia la universidad. Los demás aprendices ya estaban sentados en el aula. Lord Skoran entró en la sala mientras Sonea tomaba asiento.

El mago, tras colocar un montoncito de libros, se aclaró la garganta y se colocó frente a los aprendices. Entonces un movimiento en la puerta atrajo su atención. Toda la clase se volvió para observar a las tres figuras que entraban en el aula. Al ver a Regin entre ellos, Sonea sintió un escalofrío de aprensión.

El rector Jerrick paseó la mirada por el aula. Sus ojos saltaban de un rostro a otro. Frunció el ceño cuando se topó con los de ella, y a continuación miró al aprendiz que le acompañaba.

—Regin ha completado con éxito los exámenes de mitad de año. —La voz

habitualmente severa de Jerrik denotaba cierta desgana—. Le he trasladado a vuestra clase.

A Sonea se le encogió el estómago. Los magos seguían hablando, pero fue incapaz de centrar su atención en las palabras. Sentía una opresión en el pecho, como si una mano invisible la hubiera envuelto y estuviera apretando. El latido de su corazón sonaba cada vez con más fuerza, hasta palparle en los oídos.

Entonces se acordó de respirar.

Cerró los ojos, presa de una repentina sensación de vértigo. Cuando volvió a abrirlos, Regin lucía su sonrisa más encantadora. Paseaba la mirada de los otros aprendices a ella. Aunque en su boca permanecía fija la misma sonrisa amplia, y ningún músculo de su cara parecía moverse, de algún modo su expresión se transformaba por completo.

Ella apartó los ojos.

«Esto es imposible. ¿Cómo ha podido ponerse al día? Seguro que ha hecho trampa.»

Pero no veía cómo podría haber engañado a los profesores y aun así superar los exámenes. Eso solo dejaba una posibilidad. Debía de haber empezado a estudiar por su cuenta no mucho después que ella, probablemente en cuanto se enteró de sus intenciones. Y lo había hecho en secreto, casi seguramente con la ayuda de su tutor.

Pero ¿por qué? Todos sus amigos estaban en la otra clase. Tal vez creía que lograría reunir a otra banda de admiradores. Sintió un cosquilleo de esperanza. Era improbable que él pudiera romper los emparejamientos que aquella clase tenía firmemente establecidos. A no ser que...

Conociendo a Regin, una vez decidido a hacer el esfuerzo para avanzar a la siguiente clase, habría intentado entablar amistad con todos sus aprendices. Se habría asegurado de que sería bienvenido.

Sonea miró alrededor y se sorprendió al ver que Narron contemplaba a Regin con el ceño fruncido. El muchacho parecía contrariado. Entonces recordó la firmeza con que le habían dicho que esa clase no tenía tiempo para «andarse con jueguecitos».

Así que quizá Regin no había entablado ninguna amistad con sus nuevos compañeros de clase. Y aun así había hecho un gran esfuerzo para subir de nivel.

Quizá no podía soportar, sencillamente, que una chica de las barriadas fuera mejor que él. Fergun había estado dispuesto a asumir grandes riesgos para que la expulsaran del Gremio, porque no quería que se unieran alumnos de clase baja. Su éxito o su fracaso en aprender y ser aceptada se tendrían en cuenta si alguna vez el Gremio volvía a considerar la posibilidad de acoger a miembros externos a las Casas. ¿Y si Regin trataba de dificultar su aprendizaje, de asegurarse de que fallara para que los alumnos de clase baja no fuesen nunca más bienvenidos?

«Entonces ¡más me vale impedir que lo logre!»

Había escapado de él una vez; podría hacerlo de nuevo estudiando duro para pasar al curso siguiente.

Pero incluso mientras la idea se le ocurría, supo que no sería factible. Había necesitado todas las noches y todos los días para completar el aprendizaje de medio año con tres meses de antelación, y todavía tenía que ponerse al día respecto a los contenidos impartidos en los meses anteriores a su incorporación. No le quedaba tiempo para aprender también lo que los alumnos de segundo año ya habían estudiado.

Quizá lo mejor fuera que creyera que había ganado. La dejaría tranquila si pensaba que ella no era tan buena como él. No tenía por qué ser la mejor aprendiz de la clase para demostrar que los alumnos de fuera de la Casas podían lograr ser magos.

Estaba segura de que si retrocedía a la clase anterior, el orgullo de Regin no le permitiría seguirla. Desechó esa idea más rápidamente que la primera. El curso de verano aún seguía bajo el dominio de Regin, a pesar de haberlo dejado. Al menos su actual clase no estaba unida en contra de ella...

Parpadeó, dándose cuenta de repente de que la débil voz temblorosa de lord Skoran era el único sonido en el aula desde hacía un rato.

—... y continuando nuestra evaluación de la guerra Sachakana, quiero que averigüéis todo lo que podáis sobre los cinco magos superiores que se unieron a la batalla en la segunda etapa. Eran de pueblos de fuera de Kyralia, y su ayuda la consiguió cierto joven mago de nombre Genfel. Elegid a uno de esos magos y escribid una redacción de cuatro mil palabras sobre su vida antes de involucrarse en la guerra.

Sonea cogió la pluma y empezó a escribir. Puede que Regin hubiera llegado a la clase superior, pero aún le quedaba mucho trabajo por hacer antes de ponerse a su nivel. Durante unas cuantas semanas estaría demasiado ocupado para acosarla, y para entonces ya sabría si iba a tener alguna influencia sobre el resto de la clase. Sin el apoyo de los demás aprendices no le sería tan fácil convertirla en el blanco de sus burlas.

—¡Jebem, halai!

Dannyl miró ansiosamente hacia arriba al oír el grito.

—¿Qué es? —preguntó Tayend.

Dannyl apartó su plato con una mueca. Aunque el extracto de marín seco fuese un manjar, nada podría hacer apetitoso el pan rancio de barco.

—Han avistado Jebem —dijo, levantándose.

Dannyl se dirigió a la puerta, encorvado para evitar golpearse la cabeza con el techo. Al salir la luz le deslumbró. El sol estaba bajo en el horizonte, confiriendo a las olas un alegre brillo. El calor del día perduraba en el aire, irradiado desde la cubierta.

Dannyl miró al norte y contuvo el aliento; se agachó en el vano de la puerta e hizo señas a Tayend.

Se enderezó, caminó por la cubierta hasta la proa, y contempló la ciudad distante.

Casas bajas construidas de lisa piedra gris se extendían interminablemente por la costa. De entre ellas se erigían miles de obeliscos.

Tayend había aparecido a su lado.

—Grande, ¿verdad? —musitó el académico.

Dannyl asintió con la cabeza. Las pequeñas aldeas costeras que habían bordeado en los últimos días estaban formadas por casas con el mismo estilo simple, con un puñado de obeliscos elevándose sobre ellas. Las casas de Jebem no eran más grandes, pero la magnitud de la ciudad era asombrosa. Los obeliscos entre los edificios eran como un bosque de agujas, y el sol bajo pintaba todo con una vívida luz anaranjada.

Observaron en silencio mientras el barco continuaba su avance frente a la costa. Apareció una hilera de afloramientos rocosos que corrían paralelos a la ciudad como si montaran guardia. El barco navegó por el espacio intermedio. Cuando estuvieron a la altura de la parte de la ciudad donde los obeliscos eran más gruesos, el navío aminoró la marcha y viró en dirección a un estrecho canal. En cada lado, hombres de tez oscura se apresuraron hacia los bancos de piedra. Lanzaron cabos a los marineros, los cuales fueron seguidamente anudados alrededor de los resistentes palos del barco. Los extremos opuestos ya estaban atados a las yuntas de varios gorines. Las enormes bestias empezaron a remolcar el barco por el canal.

Durante la hora siguiente los peones lonmarianos del muelle guiaron el barco por el canal hasta un puerto artificial donde varias embarcaciones más, algunas con el doble de tamaño, se mecían apaciblemente en el agua. Dannyl y Tayend regresaron a sus camarotes a reunir sus pertenencias, mientras el navío era amarrado a los postes del embarcadero.

Tras un breve y formal intercambio de palabras con el capitán, descendieron por la pasarela a tierra firme. Sus arcones fueron entregados a cuatro hombres. Un quinto se adelantó e hizo una reverencia.

—Saludos, embajador Dannyl, joven Tremmelin. Soy Loryk, su intérprete. Les llevaré a la Casa del Gremio. Por favor, síganme.

Hizo un rápido gesto imperioso a los porteadores y echó a andar hacia la ciudad. Dannyl y Tayend le siguieron por los muelles y se internaron en una calle ancha.

El polvo impregnaba el aire, mutando los colores alrededor de ellos. La brisa del mar fue reemplazada por un sofocante calor y una mezcla de perfume, especias y polvo. Los hombres abarrotaban las calles, todos bien cubiertos con sencillos ropajes lonmarianos. Las voces los rodeaban, pero aquellas palabras de sonido acuoso resultaban incomprensibles. Los individuos junto a los que pasaban miraban a Dannyl abiertamente, y luego a Tayend, sin que sus miradas denotaran expresión alguna ni de

bienvenida ni de desaprobación. De vez en cuando alguien entornaba los ojos al ver a Tayend, que se había puesto su traje de etiqueta más lujoso y parecía extremadamente fuera de lugar.

El académico permanecía inusualmente en silencio. Al mirar a su compañero, Dannyl reconoció los ya familiares síntomas de la inquietud: una pequeña arruga había aparecido entre las cejas de Tayend, y este caminaba medio paso detrás. Cuando el académico encontró su mirada, Dannyl le brindó una sonrisa tranquilizadora.

—No te preocupes. Estar en una ciudad extraña es un poco perturbador al principio.

El ceño fruncido de Tayend desapareció, y se puso a la altura de Dannyl mientras seguían al intérprete por un callejón estrecho. Llegaron a una gran plaza, y entonces Dannyl aminoró el paso, mirando a su alrededor con consternación.

Había plataformas de madera construidas por toda la plaza. En la más cercana se encontraba una mujer de pie, con las manos atadas. A su lado, un hombre vestido de blanco, con la cabeza afeitada y cubierta de tatuajes, sostenía una fusta en la mano izquierda. Otro hombre caminaba con paso enérgico entre la multitud que se había reunido alrededor del tablado, recitando algo de una hoja de papel.

Dannyl alargó el paso para alcanzar al intérprete.

—¿Qué dice?

Loryk escuchó.

—La mujer ha avergonzado a su marido y a su familia al invitar a otro hombre a su dormitorio. —Agitó una mano—. Esta es la plaza de las Sentencias.

Se oyeron gritos, que ahogaron el resto de la proclama. Una multitud se había congregado alrededor de varias de las plataformas. Mientras Dannyl se alejaba de la mujer siguiendo a los porteadores, divisió a un hombre joven parado en las cercanías, observándola. Los ojos oscuros del hombre brillaban húmedos, pero su rostro era resuelto y rígido.

«¿El marido o el amante?», se preguntó Dannyl.

El centro de la plaza estaba menos abarrotado. Los porteadores la cruzaron y se abrieron camino entre dos plataformas. Los hombres de vestimenta blanca que había en ellas sostenían espadas. Dannyl mantuvo los ojos fijos en la espalda del intérprete, pero una voz se elevó sobre los abucheos de la muchedumbre y Loryk aminoró la marcha.

—Ah... dice: este hombre ha avergonzado a su familia con su antinatural... ¿cuál es su palabra? ¿Lujuria? Se ha hecho merecedor del castigo último por corromper las almas y los cuerpos de hombres. Igual que la oscuridad purga el mundo del pecado cuando el sol se pone, solo su muerte puede limpiar aquellas almas que ha mancillado.

A pesar del calor, Dannyl notó una sensación de frío extendiéndose por su cuerpo. El condenado estaba desplomado contra un poste, con expresión resignada. La multitud empezó a gritar, con los rostros retorcidos por el odio. Dannyl apartó la mirada, luchando por contener una marea de horror y rabia. El hombre iba a ser ejecutado por un delito que en Kyralia solo acarrearía deshonor y vergüenza, y en Elyne —según Tayend— no constituía en absoluto un delito.

Dannyl no pudo evitar recordar el escándalo y los rumores que le habían causado tantos problemas siendo un aprendiz. Había sido acusado del mismo «delito» que ese hombre. Las pruebas no habían importado; una vez que el rumor se hubo iniciado, fue tratado como un paria tanto por aprendices como por profesores. Se estremeció cuando la multitud volvió a bramar tras ellos.

«Si hubiera tenido la mala fortuna de nacer en Lonmar, así es como podría haber terminado el asunto.»

Loryk se adentró en otro callejón y los abucheos menguaron tras ellos. Dannyl miró a Tayend; su rostro estaba blanco.

—Una cosa es oír o leer acerca de las leyes estrictas de otra tierra, y otra muy distinta es ver cómo se aplican —murmuró el académico—. Juro que nunca más volveré a quejarme de los excesos de la corte de Elyne.

El intérprete continuó por otra calle, y entonces se detuvo, mientras los porteadores entraban en un edificio bajo.

—La Casa del Gremio de Jebem —anunció cuando alcanzaron la puerta—. Aquí les dejo.

El hombre se despidió con una reverencia y se alejó caminando. Al examinar el edificio, Dannyl se percató de que en la pared había una placa en la que estaba representado el símbolo del Gremio. Por lo demás, la construcción era idéntica a cualquier otra de las que habían visto. Atravesaron la puerta abierta y entraron en una habitación de techo bajo. Un mago elyneo aguardaba cerca.

—Saludos —dijo—. Soy Vaulen, primer embajador del Gremio en Lonmar.

El hombre era delgado y tenía el cabello gris. Dannyl inclinó la cabeza.

—Segundo embajador del Gremio en Elyne, Dannyl. —Señaló a Tayend, quien efectuó una grácil reverencia—. Tayend de Tremmelin, académico de la Gran Biblioteca y mi asistente.

Vaulen saludó educadamente a Tayend, y sus ojos se posaron en la camisa violeta de este.

—Bienvenidos a Jebem. Siento que es mi deber advertirle, Tayend de Tremmelin, que las gentes de Lonmar valoran la humildad y la simplicidad, y que desapruaban las ropas brillantes, independientemente de lo modernas que sean. Puedo recomendarle un buen sastre que le proporcionará un atuendo de calidad con un estilo más sencillo para su estancia.

Dannyl esperaba ver un destello de rebeldía en los ojos del académico, pero Tayend inclinó la cabeza con elegancia.

—Gracias por el aviso, milord. Veré a ese sastre mañana, si está disponible.

—Sus aposentos están preparados —prosiguió Vaulen—. Estoy seguro de que querrán descansar tras su viaje. Aquí disponemos de baños separados; los sirvientes les mostrarán dónde. Después, será un placer que vengan a cenar conmigo.

Siguieron a un criado por un corto pasillo. El hombre señaló dos puertas abiertas, se inclinó y se alejó a grandes zancadas. Tayend entró en una de las habitaciones, se detuvo y dejó vagar la mirada; parecía desorientado.

Dannyl vaciló, pero al final también entró.

—¿Estás bien?

Tayend se encogió de hombros.

—Iban a ejecutarle, ¿verdad? Probablemente ya lo han hecho.

Dannyl asintió, dándose cuenta de que Tayend se refería al condenado de la plaza de las Sentencias.

—Probablemente.

—No había nada que pudiéramos hacer. Otro pueblo, diferentes leyes, y todo eso.

—Por desgracia.

Tayend suspiró y se sentó en una silla.

—No quiero arruinarte la aventura, Dannyl, pero ya me desagrada Lonmar.

Dannyl asintió.

—La plaza de las Sentencias no fue exactamente una presentación alentadora del pueblo —coincidió—. Pero no querría juzgar a Lonmar precipitadamente. Debe de haber algo más en este lugar. Si tú vieras las barriadas de Imardin primero, puede que no confiaras mucho en Kyralia. Con suerte, ya hemos presenciado lo peor, y el resto solo puede mejorar.

Tayend soltó un suspiro; luego se acercó a su arcón y lo abrió.

—Seguramente tengas razón. Intentaré encontrar algo de ropa más sencilla.

Dannyl esbozó una sonrisa cansina.

—Este uniforme tiene sus ventajas a veces —dijo, tirando de la manga de su túnica—. La misma vieja túnica púrpura todos los días, pero por lo menos puedo llevarla en cualquier lugar de las Tierras Aliadas. —Se dirigió hacia la puerta—. Si no te veo en las termas, entonces nos encontraremos en la cena.

Sin alzar la vista, Tayend levantó una mano en señal de despedida. Dannyl dejó al académico revolviendo entre las prendas de brillantes colores de su arcón, y entró en la otra habitación.

Se despejó mientras consideraba los planes de las siguientes semanas. Después de cumplir sus obligaciones como embajador en la ciudad, visitarían el Templo del Esplendor como parte de su investigación. Se decía que era un lugar serenamente

hermoso, a pesar de que era el centro de la estricta religión Mahga, que establecía los castigos con los que se habían topado ese día. De repente la visita ya no le hacía tanta ilusión.

Pero cabía la posibilidad de que allí encontraran información sobre magia ancestral. Después de un mes confinados en un barco, estaba deseando desentumecer las piernas y la mente de nuevo. Con suerte, quizá estuviera en lo cierto y el resto de Lonmar fuera más acogedor que la plaza de las Sentencias.

Era tarde cuando Lorlen regresó a su despacho. Sacó de la caja de seguridad el último informe de Dannyl, se sentó frente al escritorio y volvió a leerlo. Cuando terminó, se recostó en la silla y suspiró.

Ya llevaba varias semanas pensando en el diario de Akkarin. Tendría que hallarse en algún lugar de la residencia del Gran Lord, si es que existía. Considerando el posible contenido del diario, Lorlen dudaba que se encontrara en la biblioteca de Akkarin junto a los libros comunes. Probablemente lo guardaría en el sótano del edificio, y Lorlen estaba convencido de que el lugar estaría protegido con candado.

Una gélida brisa le acarició la piel. Se estremeció y musitó una maldición. Su despacho siempre había tenido corrientes de aire, algo de lo que constantemente se quejaba el anterior administrador. Se levantó en busca del origen de la brisa como hacía a menudo en el pasado, pero, como siempre, el escalofrío desapareció tan repentinamente como había llegado.

Sacudiendo la cabeza, empezó a pasear arriba y abajo. Dannyl y su compañero el académico deberían llegar pronto a Lonmar, donde visitarían el Templo del Esplendor. Lorlen no esperaba que encontraran algo; la idea de que en aquel lugar pudiera existir información sobre magia negra era demasiado terrible para ser tenida en cuenta.

Se detuvo al oír que llamaban a la puerta. Se acercó de una zancada y la abrió, esperando recibir un amable sermón sobre no dormir lo suficiente de parte de lord Osen. En cambio, una silueta oscura llenaba el hueco de la puerta.

—Buenas noches, Lorlen —dijo Akkarin, sonriente.

Lorlen miró al Gran Lord con sorpresa.

—¿Vas a invitarme a entrar?

—¡Desde luego! —Sacudiendo la cabeza para despejar la mente, Lorlen dio un paso atrás.

Akkarin entró y se acomodó en una de las grandes sillas acolchadas. Los ojos del Gran Lord se pasearon de forma distraída por la mesa de Lorlen.

Siguiendo la mirada de su amigo, Lorlen contuvo el aliento al ver la carta de Dannyl abierta. Necesitó de toda su voluntad para reprimir abalanzarse sobre el escritorio y meter las hojas en la caja. En cambio, cruzó la habitación de manera

casual, deteniéndose para poner recta una silla, y luego se dejó caer en su asiento, soltando un suspiro.

—Como siempre, me encuentras en medio de un absoluto desorden —masculló. Recogió la carta de Dannyl y la echó de vuelta a la caja de seguridad. Tras ordenar algunos elementos más del escritorio, deslizó la caja en el interior de un cajón—. ¿Qué te trae hasta aquí tan tarde?

Akkarin se encogió de hombros.

—Nada en particular. Siempre eres tú quien me visita, así que pensé que era hora de pasarme a verte. Ya sabía que no debía probar en tus aposentos primero, a pesar de que es tarde incluso para ti.

—Lo es —asintió Lorlen—. Solo estaba leyendo algunas misivas, y ya iba a dar por finalizada la noche.

—¿Algo interesante? ¿Cómo está lord Dannyl?

A Lorlen el corazón le dio un vuelco. ¿Habría sido capaz Akkarin de distinguir la firma de Dannyl, o de reconocer su letra? Frunció el ceño tratando de recordar lo que había escrito en la página a la vista.

—Se halla de camino a Lonmar para resolver la discusión del consejo sobre el Gran Clan Koyhmar. Pedí a Errend que se ocupara de ello, dado que ahora tiene a un segundo embajador a quien encomendar los asuntos de Elyne cuando esté fuera, pero Errend decidió enviar a Dannyl en su lugar.

Akkarin sonrió.

—Lonmar. Un lugar que o aviva tu apetito por viajar, o lo mata.

Lorlen se inclinó hacia delante.

—¿Qué fue en tu caso?

—Hummm. —Akkarin meditó la pregunta detenidamente—. Hizo que tuviera ansias por conocer más mundo, pero también me endureció como viajero. Puede que los lonmariansos sean las personas más civilizadas de las Tierras Aliadas, pero existe algo muy duro y cruel en ellos. Aprendes a tolerar su sentido de la justicia, tal vez también a entenderlo, pero al hacerlo, tus propias creencias e ideales se fortalecen. Lo mismo puede decirse de la frivolidad elynea, o de la obsesión vindeana por el comercio. La vida es algo más que moda y dinero. —Akkarin hizo una pausa, con la mirada perdida, y se removió en su asiento—. Y descubres que, igual que no todos los elyneos son frívolos, y que no todos los vindeanos son avariciosos, no todos los lonmariansos son inflexibles. La mayoría de ellos son amables e indulgentes, y prefieren resolver sus disputas en privado. Aprendí mucho sobre ellos, y aunque el viaje hasta allí resultó ser una pérdida de tiempo en lo concerniente a mi investigación, la experiencia ha demostrado ser de gran valor para mi cargo aquí.

Lorlen cerró los ojos y se los masajeó. ¿Una pérdida de tiempo? ¿Estaría Dannyl también malgastando el tiempo?

—Estás cansado, amigo mío —dijo Akkarin con voz suave—. Te estoy privando de la cama con mis historias.

Parpadeando, Lorlen miró al Gran Lord.

—No... no me importa. Por favor, continúa.

—No. —Akkarin se levantó, y su túnica susurró—. Te estaba adormeciendo. Nos pondremos al día en otro momento.

Lorlen sintió una mezcla de decepción y alivio mientras seguía a Akkarin hasta la puerta. Cuando salió al pasillo, Akkarin volvió la mirada hacia Lorlen, y torció la boca en una sonrisa.

—Buenas noches, Lorlen. Irás a descansar un rato, ¿verdad? Pareces exhausto.

—Sí. Buenas noches, Akkarin.

Lorlen cerró la puerta y suspiró. Acababa de enterarse de algo útil... ¿o no? Puede que Akkarin afirmara no haber encontrado nada en Lonmar para esconder algo que había descubierto. Era extraño que de repente hubiera hablado de su viaje cuando en el pasado evitaba el tema.

Se le crispó el rostro cuando una corriente de aire frío le heló el cuello. Bostezó, distraído de sus pensamientos; luego regresó a su escritorio y trasladó la caja de seguridad a su lugar correcto en el aparador. Sintiéndose mejor, abandonó el despacho y se encaminó a sus aposentos.

Debía ser paciente. Danyyl descubriría pronto si su viaje a Lonmar era una pérdida de tiempo.

12. No lo que tenía en mente

¿Cómo lo había hecho?

Sonea caminaba lentamente por el pasillo. Sostenía en los brazos la caja en la que guardaba su pluma, el tintero y una carpeta sin atar de apuntes y papel en blanco.

La carpeta estaba vacía.

Buscó una vez más en su memoria. ¿Cuándo había proporcionado a Regin una oportunidad para acceder a sus pertenencias? Siempre era cautelosa, y nunca dejaba sus notas desatendidas ni un solo instante.

Pero en el aula, durante la clase de lady Kinla, a menudo los aprendices eran llamados a acercarse para observar alguna demostración. Era posible que Regin le hubiera sustraído los apuntes de debajo de la tapa al pasar por su pupitre. Había creído que tal agilidad de dedos se hallaba fuera del alcance de los consentidos hijos de las Casas. Era evidente que se equivocaba.

Había registrado su habitación de arriba a abajo, e incluso se escabulló para volver a la universidad por la noche y examinar el aula. Mientras buscaba, sabía que no encontraría las notas, por lo menos no de una pieza o antes de los exámenes de ese mismo día.

Sus sospechas quedaron confirmadas cuando entró en el aula y vio una expresión petulante en la cara de Regin. Negándose a ofrecer indicios de que perdía la compostura, saludó a lady Kinla con una reverencia y se dirigió a su asiento habitual junto a Poril.

Lady Kinla era una sanadora alta de mediana edad. Las sanadoras siempre llevaban el cabello recogido hacia atrás en un moño en la nuca, y ese estilo confería al delgado rostro de lady Kinla una expresión permanentemente severa. Cuando Sonea se sentó, la sanadora se aclaró la garganta y miró de hito en hito a cada uno de los aprendices.

—Hoy os examinaré de las lecciones que hemos estudiado en los últimos tres meses. Tenéis permiso para consultar vuestras notas. —Levantó unas cuantas hojas y sus ojos revolotearon por una página—. En primer lugar, Benon...

Sonea sintió que el corazón se le desbocaba cuando comenzó el examen. Lady Kinla se paseaba arriba y abajo por el aula, abriéndose paso entre los aprendices mientras les lanzaba preguntas. Cuando Sonea oyó su nombre, el corazón le dio un vuelco, pero, para su alivio, la pregunta era sencilla y pudo responderla de memoria.

Poco a poco, sin embargo, las preguntas fueron haciéndose más difíciles. Cuando los demás aprendices empezaron a titubear y a consultar sus apuntes antes de responder, la ansiedad de Sonea creció. El aire se removió junto a ella cuando Kinla pasó a su lado.

La sanadora se detuvo y se giró para mirar a Sonea. Dio unos pasos hacia delante y se inclinó sobre el pupitre de Sonea.

—Sonea —dijo, posando la yema de los dedos en la mesa—. ¿Dónde están tus notas?

Sonea tragó saliva. Durante un segundo se planteó fingir que las había olvidado. Pero inventarse tal historia daría a Regin una mayor satisfacción, si cabía, y otra excusa le vino a la cabeza...

—Dijo que la lección de hoy sería un examen, milady —contestó—. No creí que necesitaría tomar notas.

Lady Kinla alzó las cejas, y contempló a Sonea con expresión pensativa. De algún lugar detrás de ellas llegó una risita apagada.

—Ya veo. —El tono de la profesora era peligroso—. Nombra veinte huesos del cuerpo, empezando por el más pequeño.

Sonea maldijo en silencio. Su respuesta había enfurecido a la sanadora, quien obviamente no esperaba que Sonea fuera capaz de acordarse de tantos.

Pero tenía que intentarlo. Lentamente al principio, y después con más confianza, Sonea extrajo los nombres de la memoria, contándolos con los dedos mientras los enumeraba. Cuando terminó, lady Kinla la miró fijamente, en silencio, con los labios apretados en una fina línea.

—Correcto —dijo la sanadora con desgana.

Sonea dejó escapar un silencioso suspiro de alivio y observó a la profesora mientras esta se daba la vuelta y continuaba su deambular entre los pupitres de los aprendices. Al echar un vistazo a la clase, encontró a Regin mirándola fijamente, con los ojos entrecerrados convertidos en ranuras.

Apartó la mirada. Por suerte había ayudado a Poril con sus apuntes, y podría copiarlos de nuevo. Ya no le cabía duda de que no volvería a ver los suyos.

Unos días después de su llegada, los sacerdotes del Templo del Esplendor respondieron a la solicitud de Dannyl para ver la colección de pergaminos. Se sintió aliviado por ese respiro en sus obligaciones de embajador. Las riñas del Consejo de Ancianos de Lonmar ya empezaban a tentar su paciencia.

Las razones de Lorlen para enviar a un embajador del Gremio extranjero a Lonmar eran irritablemente válidas. Uno de los Clanes Mayores había perdido influencia y riqueza, y ya no era capaz de mantener a sus aprendices y magos. Los demás clanes habían sido requeridos para hacerse cargo de esa responsabilidad.

Estudiar los acuerdos entre el Gremio y otras tierras había sido parte de las preparaciones de Dannyl para su cargo. Mientras que el rey kyraliano destinaba un porcentaje de los ingresos fiscales para pagar las necesidades de los magos de Kyralia, y dejaba al azar la selección de los aprendices, otras tierras utilizaban

criterios diferentes. El rey de Elyne ofrecía cierto número de plazas cada año y elegía a candidatos con una mente inclinada a una futura implicación política. El monarca de Vin enviaba a tantos aspirantes a aprendices como pudieran encontrar y permitirse, que no eran muchos, pues sus linajes poseían aptitudes limitadas para la magia.

Los lonmarianos eran gobernados por un Consejo de Ancianos compuesto por representantes de los Clanes Mayores. Cada clan costaba la formación de sus propios magos. El acuerdo establecido hacía siglos entre el pueblo lonmariano y el rey de Kyralia declaraba que, en el supuesto de que un clan fuera incapaz de financiar a sus magos, los otros clanes debían repartirse a partes iguales el coste de su sustento. El Gremio no quería a magos que se derrumbaran en tiempos duros, ni que recurrieran a un uso inmoral de la magia para sobrevivir.

No fue una sorpresa que varios clanes expresaran su protesta. Por lo que el embajador Vaulen había contado a Dannyl, sin embargo, solo era necesario que se les recordara, de un modo amable pero firme, las desventajas de anular el acuerdo —sus magos enviados de vuelta a casa, el acceso a la formación del Gremio denegada—, y ellos cooperarían. Vaulen desempeñaría el papel de amable elyneo para persuadirles; Dannyl debía ser el kyraliano firme e inflexible.

Pero no ese día.

Al enterarse de que la solicitud de Dannyl al Templo del Esplendor había prosperado, el embajador Vaulen había ordenado de inmediato a los sirvientes que preparasen el carruaje del Gremio.

—Hoy es un día de descanso —dijo—. Lo cual significa que el Consejo de Ancianos se reunirá y debatirá sobre lo que se debe hacer. Bien puede dedicarlo a visitar otros lugares. —Les ofreció fruta seca ablandada con agua melosa mientras esperaban.

—¿Hay algo que deba saber sobre los sacerdotes antes de ir? —preguntó Dannyl.

Vaulen meditó la pregunta.

—Según la religión Mahga, todos los hombres encuentran a lo largo de su vida un equilibrio entre el placer y el dolor. Como se considera que a los magos se les ha otorgado el don de la magia, son excluidos del sacerdocio, salvo unas cuantas excepciones.

—¿En serio? —Dannyl se puso tenso—. ¿En qué circunstancias?

—En el pasado, juzgaron conveniente que aquellos pocos que hubieran padecido un sufrimiento extremo pudieran unirse a su orden, pero solo si renunciaban a sus poderes; no obstante, aun así se les impedía ascender en rango.

—Espero que eso no signifique que me causarán dolor para equilibrar mis propios dones.

Vaulen sonrió.

—Es usted un incrédulo. Ese es suficiente equilibrio.

—¿Qué puede decirme del Sumo Sacerdote Kassyk?

—Respeto al Gremio, y tiene al Gran Lord en muy alta estima.

—¿Por qué a Akkarin en concreto?

—Akkarin visitó el Templo del Esplendor hace unos diez años, y parece que impresionó sobremanera al Sumo Sacerdote.

—Posee un don para eso.

Dannyl miró a Tayend, pero este estaba absorto en la comida. El académico, para su sorpresa, había regresado del sastre al día siguiente de su llegada vistiendo los típicos ropajes lonmarios de color indefinido.

—Son muy cómodos —había explicado Tayend—. Y me encanta poder llevarme algo de recuerdo de nuestra visita.

Sacudiendo la cabeza, Dannyl había replicado:

—Solo tú podrías convertir una declaración de humildad en un objeto de complacencia.

Al oír ruido de cascos y el crujido de los resortes en el exterior, Dannyl se acercó a la puerta. Tayend le siguió, limpiándose con un trapo húmedo el pegajoso residuo que había dejado la fruta seca en sus dedos.

—Salude de mi parte al Sumo Sacerdote —dijo Vaulen.

—Lo haré.

Dannyl salió del edificio. De pronto quedó bañado por el calor que irradiaba una pared iluminada por el sol en el otro lado de la calle. El polvo levantado por el carruaje le provocó picor en la garganta.

Un sirviente abrió la portezuela del vehículo. Dannyl trepó al interior y se le crispó el rostro al penetrar en el sofocante calor de la cabina. Tayend le siguió, ocupó el asiento de enfrente e hizo una mueca. El sirviente les tendió dos botellas de agua, y luego hizo señas al conductor para que partiera.

Dannyl abrió la ventanilla del carruaje con la esperanza de que entrara algo de brisa, pero tuvo que soportar una nube de polvo que se coló en su garganta e intentó aliviarla con varios tragos de agua. Las calles eran estrechas, con objeto de proporcionar la mayor cantidad de sombra posible, pero la aglomeración de peatones frenaba el avance del carruaje. Algunas calles estaban cubiertas con techos de madera, creando túneles oscuros.

Tras varios intentos breves de conversar, guardaron silencio. Hablar solo hacía que se les llenara la boca de polvo. El carruaje avanzaba lenta y pesadamente por la interminable ciudad. No pasó mucho tiempo antes de que Dannyl se cansara de observar a personas y casas que ofrecían todas el mismo aspecto. Se recostó contra la pared del carruaje y empezó a dormir.

El nuevo sonido del pavimento bajo los cascos de los caballos le despertó. Al mirar por la ventanilla vio unos muros lisos a cada lado. El corredor terminaba un

centenar de pasos más adelante, y el carruaje entró en un amplio patio. Finalmente, el Templo del Esplendor apareció.

Como toda la arquitectura lonmariana, el edificio era de una sola planta y sin ningún tipo de ornamentación. Los muros eran de mármol, sin embargo, y los bloques encajaban con tal precisión que era difícil distinguir los bordes. Había obeliscos emplazados a intervalos regulares en la fachada del edificio, tan anchos en la base como alto era el edificio, y se alzaban a mayor altura de lo que la ventanilla del carruaje permitía ver.

El vehículo se detuvo y Dannyl bajó de un salto, demasiado ansioso por abandonar el sofocante calor del interior para esperar a que el conductor abriera la portezuela. Contuvo el aliento al alzar la vista y contemplar la altura de los obeliscos. Se extendían en ambas direcciones, distanciados unos cincuenta pasos entre ellos, y colmaban el cielo.

—Míralos —dijo Dannyl a Tayend en voz baja—. Es como un bosque de árboles gigantescos.

—O como un millar de espadas.

—O como mástiles de barco aguardando a recolectar almas.

—O como una enorme cama de clavos.

—Estás de buen humor hoy —señaló Dannyl con sequedad.

Tayend sonrió torciendo la boca.

—Sí, ¿verdad?

Mientras se aproximaban a la puerta del Templo, un hombre ataviado con una sencilla túnica blanca salió a recibirles. Tenía el cabello blanco, y contrastaba con el intenso color oscuro de su piel. Después de solo una ligera inclinación, entrelazó las manos y a continuación las abrió; era el gesto ritual de los seguidores de la religión Mahga.

—Bienvenido, embajador Dannyl. Soy el Sumo Sacerdote Kassyk.

—Gracias por concedernos permiso para esta visita —respondió Dannyl—. Este es mi asistente y amigo, Tayend de Tremmelin, académico de la Gran Biblioteca de Capia.

El Sumo Sacerdote repitió el gesto.

—Bienvenido, Tayend de Tremmelin. ¿Les gustaría ver parte del Templo del Esplendor antes de examinar los pergaminos?

—Nos sentiríamos muy honrados —respondió Dannyl.

—Síganme.

El Sumo Sacerdote dio media vuelta y los condujo a la frescura del interior del Templo. Pasearon por un largo pasillo, con el sacerdote gesticulando cada vez que explicaba la historia o el significado religioso de algunos de los detalles arquitectónicos. Largos corredores cruzaban el que ellos recorrían. La luz se filtraba

por una serie de ventanitas estrechas situadas justo por debajo del techo abovedado. Ocasionalmente pasaban por un patio diminuto lleno de plantas de hojas anchas, que sorprendía a los invitados con su inesperada exuberancia. Otras veces se detenían en las fuentes ubicadas en los muros a beber pequeños sorbos de agua.

El Sumo Sacerdote les mostró las pequeñas habitaciones donde los religiosos vivían y pasaban su tiempo estudiando o meditando. Los guió a través de grandes salones como cavernas, donde cada día se oraba y practicaban rituales. Finalmente, los condujo a un complejo de estancias pequeñas donde se exhibían libros y pergaminos.

—¿Qué textos le gustaría ver? —preguntó Kassyk.

—Querría ver los pergaminos Dorgon.

El Sumo Sacerdote contempló a Dannyl en silencio antes de responder.

—No permitimos a los no creyentes leer esos textos.

—Oh. —Danyl frunció el ceño, decepcionado—. No es una buena noticia. He sido inducido a creer que estos pergaminos estaban disponibles para su lectura, y he viajado desde lejos para verlos.

—Es, en efecto, un infortunio. —El Sumo Sacerdote parecía genuinamente comprensivo.

—Perdóneme si me equivoco, pero en el pasado han permitido que fueran leídos, ¿cierto?

Kassyk parpadeó sorprendido, y asintió lentamente.

—Su Gran Lord, cuando nos visitó hace diez años, me persuadió para que se los leyera. Me aseguró que nadie más volvería a buscar esta información.

Dannyl intercambió una mirada con Tayend.

—Akkarin no era el Gran Lord por aquel entonces, pero incluso si lo hubiera sido, ¿cómo pudo garantizarlo?

—Juró que nunca repetiría lo que había oído. —Kassyk arrugó la frente—. Ni referenciaría estos pergaminos a ninguna otra persona. Dijo además que la información no era de interés para el Gremio. Ni tampoco lo fue para él, ya que buscaba magia ancestral, no tradiciones religiosas. ¿Está usted buscando las mismas verdades?

—Me es imposible decirlo, pues no sé exactamente qué buscaba Akkarin. Estos pergaminos podrían ser relevantes para mi investigación a pesar de no ser de utilidad para el Gran Lord. —Dannyl sostuvo la mirada del Sumo Sacerdote—. Si hago el mismo juramento, ¿los leerá para mí?

Kassyk observó reflexivamente a Dannyl. Tras una larga pausa, asintió con la cabeza.

—Muy bien, pero su amigo debe permanecer aquí.

Los hombros de Tayend se desplomaron, pero cuando se acomodó en una silla

cercana, dejó escapar un suspiro de alivio. El académico se quedó abanicándose mientras Dannyl seguía al Sumo Sacerdote por las salas de los pergaminos. Tras un laberíntico recorrido, entraron en una pequeña estancia cuadrada.

Había estanterías por toda la sala cubiertas con cuadros de cristal nítido y sin imperfecciones. Al aproximarse, Dannyl vio fragmentos de papel presionados bajo el cristal.

—Los pergaminos Dorgon.

El Sumo Sacerdote se acercó al primero.

—Los traduciré para usted si jura por el honor de su familia y el Gremio que nunca divulgará su contenido a nadie.

Dannyl se irguió y se colocó frente a Kassyk.

—Juro en el nombre de mi familia y Casa, y por el Gremio de los Magos de Kyralia, que nunca comunicaré lo que aprenda de estos pergaminos a ningún hombre o mujer, viejo o joven, a menos que con mi silencio cause un daño de las mayores proporciones sobre las Tierras Aliadas. —Hizo una pausa—. ¿Es aceptable? No sé jurar de otro modo.

Las arrugas que bordeaban la boca del anciano se habían hecho más profundas a causa del asombro, pero respondió solemnemente:

—Es aceptable.

Aliviado, Dannyl siguió al Sumo Sacerdote hasta el primero de los pergaminos, y escuchó mientras el hombre empezaba a leer. Lentamente recorrieron el perímetro de la habitación, con Kassyk apuntando y explicando los diagramas y dibujos del texto. Cuando terminó de leer el último pergamino, Dannyl se sentó en un banco en el centro de la estancia.

—¿Quién lo habría imaginado! —exclamó en voz alta.

—Nadie en ese momento —respondió Kassyk.

—Ya entiendo por qué no quiere que sean leídos.

Kassyk rió entre dientes y se sentó junto a Dannyl.

—No es un secreto para aquellos que entran en la Orden que Dorgon era un embaucador que utilizaba sus precarios poderes para convencer a miles de su santidad. Fue lo acontecido más tarde lo que posee un significado más profundo. Empezó a ver que había milagros en sus trucos, y que los milagros eran en realidad trucos del Gran Poder. Pero cualquier otra persona que leyera estos pergaminos no sabría eso.

—¿Por qué los conservan, entonces?

—Son todo lo que tenemos de Dorgon. Sus obras posteriores fueron copiadas, pero este es el único texto original que ha perdurado. Fueron guardados y preservados por una familia que opuso resistencia a la religión Mahga durante siglos.

Dannyl paseó la mirada por la habitación y asintió.

—No hay ciertamente nada dañino aquí, ni útil, tampoco. He venido a Lonmar para nada.

—Lo mismo dijo su Gran Lord, antes de ser Gran Lord. —Kassyk sonrió—. Recuerdo bien su visita. Es usted muy educado, embajador Dannyl. El joven Akkarin rompió en carcajadas cuando oyó lo que ha aprendido usted hoy. Quizá las verdades que está buscando son más parecidas a esta de lo que creía al principio.

Dannyl asintió con la cabeza.

—Quizá. —Miró al Sumo Sacerdote—. Gracias por permitirme conocer esto. Lamento no haberle creído cuando dijo que no contenían referencias a poderes ancestrales.

El hombre se levantó.

—Sabía que siempre le quedaría la curiosidad si se lo denegaba. Ahora ya lo sabe, y confío en que mantenga su palabra. Le llevaré de vuelta hasta su amigo.

Se puso en pie y echaron a andar por el laberinto de pasillos.

—¿Todos los libros sobre la guerra Sachakana han sido prestados? —preguntó Sonea. Lord Jullen levantó la mirada.

—Eso es lo que he dicho.

Sonea se alejó y masculló una maldición que podría haber sido merecedora de una severa reprimenda por parte de Rothen.

Cuando a la clase se le imponía un ejercicio para el que se necesitaban libros de la biblioteca, se producía de inmediato una elaborada danza en la que los alumnos competían educadamente por los mejores tomos. Sonea no quería participar en ella, y había probado en la biblioteca de Rothen, pero no encontró nada sobre el tema. Para cuando regresó a la biblioteca de los aprendices, ya no quedaba nada de utilidad. La única alternativa era la biblioteca de los magos, aunque aparentemente también había sido asaltada.

—No queda ninguno —dijo Sonea a Rothen cuando llegó a su lado.

Alzó las cejas.

—¿Se los han llevado todos? ¿Cómo es posible? Existe una restricción sobre el número de libros que cada aprendiz o mago puede tomar prestados.

—No lo sé. Seguro que convenció a Gennyl para que también se llevara algunos.

—No sabes si ha sido obra de Regin, Sonea.

Ella resopló suavemente.

—¿Por qué no haces una copia?

—Eso sería caro, ¿no?

—Para eso es tu asignación, recuerda.

Hizo una mueca y apartó la mirada.

—¿Cuánto tardaría?

—Depende del libro. Unos días para los impresos, unas semanas para los escritos a mano. Tu profesor sabrá qué volúmenes son los mejores. —Rió entre dientes y bajó la voz—. No le cuentes el motivo, y quedará impresionado por tu aparente interés en la materia.

Sonea recogió su carpeta de notas.

—Más vale que me vaya. Te veré mañana.

El mago asintió con la cabeza.

—¿Quieres que te acompañe?

La chica dudó, y finalmente negó con la cabeza.

—Lord Ahrind no quita ojo a nadie.

—Buenas noches, entonces.

—Buenas noches.

Lord Jullen la observó con recelo mientras abandonaba la biblioteca de los magos. Hacía frío en el exterior, y corrió hasta el alojamiento de los aprendices. Al atravesar la puerta, vio la pequeña congregación en el pasillo y se detuvo. Cuando la vieron, los aprendices se separaron con amplias sonrisas burlonas. Mirando más allá, divisó las palabras emborronadas que alguien había escrito en su puerta con tinta. Apretando los dientes, dio un paso adelante.

Cuando lo hizo, Regin surgió del grupo. Se preparó para soportar sus palabras burlonas, pero de repente retrocedió tan rápido como había aparecido.

—¡Yep! ¡Sonea!

Reconoció la voz y giró sobre sus talones. Dos figuras habían entrado en el pasillo, una alta, otra baja. Lord Ahrind entornó los ojos cuando vio lo escrito en la puerta. Pasó a su lado, y un poco después oyó las negaciones de los aprendices tras ella.

—No me importa quién lo haya hecho. Lo limpiarás tú. Ahora.

Pero Sonea hacía caso omiso. Su atención había sido atraída por un rostro familiar, amistoso.

—¡Cery! —exclamó con un hilo de voz.

La sonrisa divertida de Cery se diluyó cuando se dio cuenta de lo que ocurría detrás de ella.

—Te lo están haciendo pasar mal, ¿no? —No era una pregunta.

Ella se encogió de hombros.

—Son solo niños. Yo...

—Sonea. —Lord Ahrind volvió a su lado—. Tienes una visita, como sin duda ya ves por ti misma. Puedes hablar con él en el pasillo, o en el exterior. No en tu habitación.

Sonea asintió con la cabeza.

—Sí, milord.

Satisfecho, caminó hasta su puerta y desapareció. Mirando alrededor, Sonea vio que todos los aprendices menos uno se habían ido. Observó al muchacho que quedaba mientras limpiaba la tinta de la puerta. Por la mirada de resentimiento que dirigió a Sonea antes de echar a correr y desaparecer en su habitación, supuso que había sido un simple espectador, y no el autor del mensaje.

Aunque el pasillo se encontraba vacío, Sonea podía imaginar las orejas presionadas contra las puertas, escuchando su conversación con Cery.

—Vamos afuera. Pero espera aquí. Voy a coger algo.

Se deslizó hasta su habitación, donde recogió un pequeño paquete, luego regresó al pasillo y condujo a Cery a los jardines. Encontraron un banco cubierto. Cuando ella creó un escudo de calor alrededor de ambos, Cery enarcó las cejas y le dirigió una mirada de aprobación.

—Has aprendido algunos trucos útiles.

—Solo unos pocos —coincidió ella.

Los ojos de él se movían con agilidad en todas direcciones, vigilando constantemente las sombras.

—Me acuerdo de la última vez que estuvimos en este jardín —dijo—. Nos escondimos entre esos árboles. Ya hace casi un año de eso.

Ella sonrió abiertamente.

—¿Cómo he podido olvidarlo?

Su sonrisa se desvaneció al recordar lo que había presenciado bajo la residencia del Gran Lord. En ese momento había estado demasiado ansiosa por salir de allí para contar a Cery lo que había visto. Más tarde, le había dicho que vio a un mago haciendo magia, sin saber que se trataba de magia negra, prohibida. Después, por supuesto, había prometido al administrador que ocultaría la verdad, a todo el mundo menos a Rothen.

—Ese chaval es el líder, ¿no? El que se escondió cuando vio al mago... lord Ahrind, ¿no?

La chica asintió.

—¿Cómo se llama?

—Regin.

—¿Te ha estado molestando mucho?

Ella lanzó un suspiro.

—A todas horas. —Mientras le hablaba de sus burlas y jugarretas, se sintió al mismo tiempo avergonzada y aliviada. Era bueno hablar con su viejo amigo, y satisfactorio ver la furia en la cara de Cery.

El muchacho soltó una colorida blasfemia.

—A ese chaval lo que le hace falta es una buena lección, si me preguntas. ¿Quieres que le enseñe?

Sonea se rió entre diente.

—Nunca conseguirías acercarte a él.

—¿No? —Sonrió astutamente—. Se supone que los magos no hacen daño a la gente, ¿verdad?

—Sí.

—Así que no puede usar sus poderes en una pelea contra un no-mago, ¿verdad?

—No peleará contigo, Cery. Para él, pelear con un habitante de las barriadas sería rebajarse.

Emitió un sonido rudo.

—¿Qué es, un cobarde?

—No.

—Pero no tiene nada en contra de ponerte la mano encima. Y tú eres una losde.

—Él no pelea conmigo. Tan solo se asegura de que todo el mundo recuerde de dónde vengo.

Cery reflexionó durante un instante, y después se encogió de hombros.

—Entonces tendremos que matarlo.

Sonea se echó a reír, sorprendida por lo absurdo de la sugerencia.

—¿Cómo?

Los ojos del muchacho relampaguearon.

—Podríamos... atraerlo a un pasadizo, y luego hacer que se le derrumbara encima.

—¿Eso es todo? Solo tendría que protegerse, y después apartar los escombros.

—Pero no sin echar mano de su magia. ¿Y si lo enterramos bajo un montón de escombros? Una casa entera.

—Haría falta mucho más que eso.

Cery apretó los labios, pensando.

—Podríamos tirarle a un tanque de aguas residuales y encerrarle dentro.

—Volaría la entrada.

—Entonces lo engañaremos para que se embarque, y luego hundimos el barco mar adentro.

—Crearía una burbuja de aire alrededor y flotaría.

—Ya, pero no podría aguantar para siempre. Se cansará y se ahogará.

—Somos capaces de mantener un escudo básico durante mucho tiempo —dijo ella—. Todo lo que tiene que hacer es comunicarse mentalmente con lord Garrel y el Gremio enviaría otro barco para rescatarlo.

—Si hundimos el barco muy lejos de cualquier mago, a lo mejor muere de sed.

—A lo mejor —concedió ella—, pero lo dudo. La magia nos hace fuertes. Sobrevivimos más tiempo que la gente común... y aparte, hemos aprendido a extraer la sal del agua. No tendría sed, y podría capturar peces y cocinarlos para comer.

Cery profirió un pequeño grito ahogado de impaciencia.

—¡Ya basta! Me estás dando envidia. ¿No puedes agotarlo antes para mí? Entonces le daría una buena.

Sonea rió.

—No, Cery.

—¿Por qué no? ¿Es más fuerte que tú?

—No lo sé.

—Entonces ¿qué?

La muchacha apartó la mirada.

—No vale la pena. Hagas lo que hagas, él me lo devolvería.

Cery adoptó una expresión seria.

—Me parece que ya se ha divertido bastante contigo. No es propio de ti aguantar algo así. Enfrentate a él, Sonea. No tienes nada que perder. —Entrecerró los ojos—. Yo podría hacerlo a la manera de los ladrones.

Ella le miró con dureza.

—No.

—Él hiere a los míos, yo hiero a los suyos —dijo, frotándose las manos.

—No, Cery.

Su expresión se había vuelto distante, y no parecía estar escuchando.

—No te preocupes, no mataré ni haré daño a los débiles, solo se trata de asustar a algunos de los hombres de la familia. Regin lo descubrirá al final, porque caerá en la cuenta de que alguien de los suyos siempre recibe la visita de un mensajero justo después de hacerte algo a ti.

Sonea se estremeció.

—No hagas bromas con eso, Cery. No es divertido.

—No bromeo. No se atrevería a tocarlo.

La chica le agarró por el brazo y le hizo girarse para mirarle a la cara.

—Esto no son las barriadas, Cery. Si crees que Regin se callará para no admitir lo que está haciendo, te equivocas. Estarías poniendo el juego en sus manos. Hacer daño a su familia es una ofensa mucho mayor que amargarle la vida a un aprendiz. Yo jamás usaría mis contactos con los ladrones para hacer daño a la familia de otro aprendiz. Podrían expulsarme del Gremio por eso.

—Contactos con los ladrones. —Cery arrugó la nariz—. Ya veo.

—Vamos, Cery. —Sonea hizo una mueca—. Aprecio que quieras ayudar. De verdad que sí.

El muchacho apartó la mirada hacia los árboles con el ceño fruncido.

—No puedo hacer nada para pararle, ¿no?

—No. —Sonrió—. Pero es divertido pensar en sumergir a Regin en el mar o tirarle una casa encima.

Los labios chico se curvaron en una sonrisa.

—Claro que lo es.

—Y me alegro de que te hayas dejado caer por aquí. No te he visto desde que empecé la universidad.

—El trabajo me tiene ocupado —dijo—. ¿Has oído hablar de los asesinatos? Sonea frunció el ceño.

—No.

—Ha habido muchos últimamente. Y extraños. La Guardia está buscando al asesino, y causando a todo el mundo un montón de problemas, así que los ladrones quieren que le pillen. —Se encogió de hombros.

—¿Has visto a Jonna y Ranel?

—Están bien. Tu primito está fuerte y sano. ¿Vas a pasarte por allí pronto? Dicen que ya es hora.

—Lo intentaré, pero estoy muy ocupada. Tengo mucho que estudiar. —Metió la mano en el bolsillo y sacó el paquete—. Quiero que les des esto. —Se lo puso en la mano y lo presionó.

Cery tanteó su peso, y luego la miró sorprendido.

—¿Monedas?

—Parte de mi asignación. Diles que es un poco de sus impuestos destinado a una causa mejor... y si ni aun así Jonna lo coge, dáselo a Ranel. Él no es tan cabezota.

—Pero ¿por qué me lo das a mí para que se lo entregue?

—Porque no quiero que nadie de aquí se entere. Ni siquiera Rothen. Él lo aprobaría, pero... —Se encogió de hombros—. Quiero guardarme algunas cosas para mí misma.

—¿Y para mí?

Agitó un dedo apuntando al muchacho, sonriendo.

—Sé exactamente cuánto hay.

Cery extendió hacia fuera el labio inferior.

—Como si yo robara a los amigos.

La chica se echó a reír.

—No, tú no. Pero sí todos los demás.

—¡Sonea! —llamó una voz.

—Será mejor que me vaya —dijo ella.

Cery meneó la cabeza.

—Es raro oírte llamándoles «milord» y saltando a sus órdenes.

Sonea le dirigió una mueca.

—Como si tú no lo hicieras con Farén. Por lo menos yo sé que, en cinco años, estaré dando órdenes a los demás.

Una extraña expresión cruzó el rostro de Cery. Sonrió y la ahuyentó con los

brazos.

—Venga, vuelve a tus estudios. Intentaré venir a verte pronto.

—Te tomo la palabra.

Empezó a caminar hacia el alojamiento de los aprendices muy a su pesar. Lord Ahrind la observaba, cruzado de brazos.

—Y dile a ese chaval que le romperé los brazos si no te deja en paz —gritó Cery, justo lo bastante alto para que ella le oyera.

Se volvió y le sonrió.

—Lo haré yo misma si me presiona lo suficiente. Por accidente, claro.

El chico asintió con la cabeza en señal de aprobación y le hizo señas con la mano para que continuara. Cuando Sonea llegó al alojamiento de los aprendices miró hacia atrás. Cery seguía de pie junto al banco. Agitó la mano en su dirección, y el muchacho le devolvió el saludo con un rápido gesto en el lenguaje de signos de la calle. Ella sonrió, y acto seguido se dejó conducir por lord Ahrind al interior.

13. ¡Ladrona!

Al salir del alojamiento de los aprendices, Sonea contuvo el aliento, sorprendida y deleitada. El cielo era de un luminoso azul pálido, surcado con crecientes nubes de color naranja. En algún lugar tras la colina de Sarika, el sol se elevaba.

Había descubierto que disfrutaba de aquellas horas tempranas, cuando todo estaba en calma y tranquilo. A medida que se aproximaba el invierno, el amanecer llegaba un poco más tarde cada día, y hoy por fin lo estaba viendo por sí misma.

Sirvientes somnolientos parpadearon al verla entrar en el refectorio, y uno de ellos le envolvió en silencio un panecillo para llevar. Ya estaban acostumbrados a sus apariciones impredecibles. Desde allí se dirigió a las termas. De todos los lugares del Gremio, estas habían resultado ser uno de los más seguros. Existía una estricta separación entre mujeres y hombres; además, para reforzar esta distinción, se había construido una sección para cada sexo, dividida por un grueso muro. Ni Issle ni Bina habían hecho siquiera el menor intento de molestarla allí. Casi siempre había alguna otra maga en las termas, por lo que las probabilidades de ser acosada eran menores.

Regin había descubierto rápidamente que ni los insultos ni las insinuaciones dirigidas a ella impresionaban a sus nuevos compañeros de clase. Como había esperado, tampoco había logrado conquistarlos con sus encantos para que le siguieran, y su intento por entablar amistad con Poril había fracasado casi de una manera cómica, pues el muchacho le rehuyó con temor y desconfianza.

En el descanso de enmedio, cuando los aprendices visitaban el refectorio, Regin siempre se juntaba con su antigua clase. Sonea suponía que no estaba dispuesto a abandonar a su vieja banda cuando a sus nuevos compañeros no les interesaba formar una nueva. Y ahora que su acoso se había reestablecido, requerían tiempo para planear sus movimientos.

Solo disponían de las horas antes de la primera clase y después de la última para encontrarla y martirizarla. Se aseguraba de que fuera difícil dar con ella hasta el último momento, justo antes del primer gong. Después de las clases, sin embargo, la banda solía quedarse esperándola, y poco podía hacer para evitarla.

Aunque sus compañeros de clase no se unían, nunca daban un paso adelante para defenderla, tampoco. Y Poril no era muy disuasorio. Este se apartaba, pálido y tembloroso, mientras ella aguantaba las provocaciones de Regin.

A veces se las apañaba para evitar al grupo ofreciéndose a llevar algo al profesor, o preguntando alguna cuestión cuya respuesta se alargara hasta casi haber salido de la universidad. La presencia de prácticamente cualquier mago en el pasillo le proporcionaba una oportunidad para escapar. Rothen a veces la recogía después de las clases, pero luego, al día siguiente, siempre tenía que soportar comentarios

desdeñosos sobre ello.

En el alojamiento de los aprendices, la banda la dejaba tranquila. Un día habían abierto la puerta de su dormitorio y revuelto entre sus pertenencias. Una rápida pregunta mental a lord Ahrind sobre qué hacer con los invitados no deseados había provocado que apareciera bramando y exigiendo saber qué estaba pasando. No volvieron a realizar ningún intento de entrar en su habitación; al menos hasta donde ella sabía.

Había comprado una robusta caja con asa para llevar sus pertenencias, cansada de que le tiraran los libros de las manos, prendieran fuego a sus apuntes, y destrozaran sus plumas y el tintero. Y al proteger la caja con magia conseguía que sus habilidades para mantener un escudo estuvieran bien afinadas.

Cuando dejó las termas, Sonea identificó a los aprendices en el patio. Agarró con fuerza el asa de la caja al entrar en la universidad y empezar a ascender la escalinata. Internándose en el pasillo del primer piso, examinó rápidamente los rostros. Había un corrillo de túnicas marrones apiñado delante de su aula, con las cabezas muy juntas. Se le revolvió el estómago.

Echó un vistazo alrededor y vio a un mago hablando con un aprendiz a unos cien pasos de distancia. ¿Estaba él lo bastante cerca para disuadir cualquier jugarreta? Posiblemente.

Caminando tan silenciosamente como le fue posible, Sonea se aproximó a los aprendices. De repente, cuando ya se hallaba muy cerca del aula, el mago se dio la vuelta y descendió la escalera con paso enérgico. Al mismo tiempo, Issle levantó la mirada y vio a Sonea.

—¡Puaj! —La clara voz de Issle inundó el pasillo—. ¿A qué huele?

Regin alzó la vista y sonrió.

—Es el olor de las barriadas. Mira, es más fuerte cuanto más te acercas.

Se situó delante de Sonea, centrando la atención en lo que tenía a un lado.

—Tal vez haya algo hediondo en su cajita nueva, ¿eh?

Sonea retrocedió cuando Regin alargó el brazo hacia la caja. Entonces una figura alta, con una túnica negra, surgió del corredor junto a ellos y Regin quedó paralizado en el sitio, con los brazos todavía extendidos.

La inercia hizo que, al ponerse fuera del alcance de Regin, Sonea se interpusiera en el camino del mago, y entonces se dio cuenta de que era la única que aún se movía. Todos los demás aprendices del pasillo se habían detenido, con su atención fija en el mago.

El mago de túnica negra. El Gran Lord.

En el fondo de su mente una voz se puso a chillar: «¡Es él! ¡Corre! ¡Lárgate!».

Dio unos pasos apresurados hacia atrás, para apartarse del camino del mago.

«No —pensó—, no atraigas la atención. Compórtate como se espera de ti.»

Recuperó el equilibrio y se inclinó en una respetuosa reverencia.

El mago pasó a su lado sin mirarla. Siguiendo el ejemplo de Sonea, los demás aprendices le hicieron una reverencia precipitadamente. Ella decidió aprovechar la distracción y escabullirse dentro del aula, dejando a Regin atrás.

De pronto sintió que el efecto de la presencia del Gran Lord se desvanecía. Los aprendices, dentro de la sala, holgazaneaban en sus asientos. Lord Vorel estaba tan enfrascado en lo que fuera que estuviera escribiendo que no se percató de la reverencia de ella. Ocupó su sitio junto a Poril, cerró los ojos, y dejó escapar un largo suspiro.

En aquellos pocos segundos, con todo el mundo casi congelado por la sorpresa, había tenido la sensación de que solo existían ella y la oscura figura de sus pesadillas. Y ella se había inclinado ante él. Se miró las manos, que todavía empuñaban el asa de la caja. Hacía tantas reverencias ahora que no pensaba nada en ello. Pero aquello era diferente. La enfurecía. Saber qué era él y de qué era capaz...

De repente el aula se llenó con el ruido de las sillas al ser arrastradas cuando todos los aprendices se pusieron en pie. Sonea los imitó, dándose cuenta de que ya había llegado el último de los aprendices y que no había oído a lord Vorel cuando este se dirigió a la clase. El guerrero señaló la puerta, y los aprendices empezaron a salir en fila. Perpleja, Sonea siguió a Poril.

—Deja tus libros aquí, Sonea —dijo Vorel.

Sonea bajó la mirada hacia su caja, luego echó un vistazo al resto de las mesas y vio que los demás aprendices también dejaban sus pertenencias. Regresó de mala gana hasta su mesa y colocó la caja encima; después echó a andar rápidamente para dar alcance a la clase.

Los aprendices hablaban entre ellos entusiasmados. Poril, sin embargo, parecía enfermo.

—¿Adónde vamos? —le susurró.

—A la-la Arena —respondió con voz temblorosa.

Sonea sintió que los latidos de su corazón se aceleraban. La Arena. Hasta el momento, las lecciones de habilidades de guerrero habían consistido en clases de historia y una interminable adiestramiento en creación de escudos de barrera. Todo se realizaba en las aulas de la universidad. Les habían dicho que más adelante serían llevados a la Arena para aprender el lado ofensivo de la disciplina.

La invadió una extraña sensación, no necesariamente de pavor, mientras la clase descendía la escalera y salía de la universidad. No se había acercado a la Arena desde el día en que, hacía casi un año, Rothen la había llevado allí para que presenciara una demostración de las habilidades de guerrero como parte de su intento por persuadirla para que se quedara y se uniera al Gremio. Observar a los aprendices lanzándose magia los unos a los otros había sido perturbador. Le había traído recuerdos

desagradables del día en que tiró una piedra a los magos y usó por primera vez la magia, y de cómo habían matado involuntariamente al chico que pensaron que les había atacado.

Fue un simple error, pero había convertido a un muchacho inocente en un cadáver calcinado. Los seminarios sobre seguridad, que los demás aprendices parecían descartar con tanta facilidad, a ella siempre le producían escalofríos. No podía evitar preguntarse con cuánta frecuencia ocurrían esos accidentes.

Por delante, Regin, Hal y Benon caminaban por el sendero del jardín con paso energético y ansioso. Incluso los rostros de Narron y Trassia estaban encendidos por el entusiasmo. Tal vez la idea de matar accidentalmente a alguien procedente de las Casas, o de la nobleza de otra tierra, los calmaría. Pero ¿los detendría la posibilidad de matar a una antigua chica de las barriadas?

Cuando alcanzaron la amplia explanada en el exterior de la Arena, Sonea levantó la vista hacia las ocho agujas curvadas que la rodeaban. Pudo sentir una tenue vibración en el aire procedente de la barrera mágica que las agujas sustentaban. Obligándose a caminar hasta el borde, observó la estructura. La base era un círculo de piedra hundida cubierta de arena blanca. Las agujas se distribuían alrededor equidistantes. Escalones de piedra se elevaban desde sus bases hasta el nivel del jardín. En un lado había un pórtico cuadrado que permitía el acceso al interior de la Arena a través de una corta escalera subterránea.

—Seguidme —ordenó lord Vorel. Empezó a descender la escalera, guiando a los aprendices por el pórtico hasta la Arena—. Formad una fila.

Los aprendices obedecieron; Poril se situó en última posición. Lord Vorel esperó hasta que guardaron silencio, y luego se aclaró la garganta.

—Esta será vuestra primera lección sobre azotes básicos. Será además la primera vez que empleéis la magia en toda su intensidad. Tened en cuenta este aviso: lo que vais a hacer hoy es peligroso. —Los miraba fijamente, uno a uno, mientras hablaba—. Todos nosotros debemos tomar precauciones extremas durante estos ejercicios. Incluso con vuestro nivel poseéis la capacidad de matar. Recordadlo bien. No toleraré ninguna tontería. La falta de cuidado será castigada severamente.

Un escalofrío le recorrió la espalda a Sonea.

«Espero que el castigo sea lo bastante severo para convencer a Regin de que un “accidente” no es la manera más fácil de deshacerse de mí.»

De repente Vorel sonrió y se frotó las palmas de las manos con ansiedad.

—Os enseñaré los tres azotes básicos a este nivel, pero primero veremos lo que cada uno de vosotros es capaz de utilizar instintivamente. Regin.

Regin dio un paso adelante.

Lord Vorel caminó hacia atrás hasta que estuvo casi en el borde de la Arena, luego alzó las manos y las extendió en un movimiento envolvente. Un radiante disco

semiinvisible de energía apareció delante de él. Echándose a un lado, hizo una seña a Regin.

—Concentra tu poder y envíalo hacia este escudo.

Regin levantó una mano y la extendió hacia el blanco. Una arruga le cruzó el rostro, y entonces un brillante relámpago de luz salió disparado de su mano e impactó en el disco.

—Bien —dijo lord Varel—. Un azote de fuerza, pero con una gran cantidad de energía malgastada en luz y calor. Hal.

Sonea contempló el radiante disco mágico. Era probable que Vorel usara el escudo para detectar el tipo de energía que los aprendices lanzaban... pero ella seguía percibiendo el recuerdo de algo más, algo que hacía que se le retorciera el estómago de terror y náuseas.

Un rayo de energía golpeó de nuevo el disco, esta vez con un matiz azulado. Un recuerdo de luz y gritos atravesó su mente como un relámpago.

—Un azote de calor —dijo Vorel, pasando después a explicar las diferencias entre los azotes de fuerza y los de calor. Una parte de su mente estaba desechando aquella información, incapaz de abandonar esos recuerdos...

En su mente veía la muchedumbre corriendo... un cadáver ennegrecido... el olor a carne quemada...

—Benon.

El chico kyaliano se adelantó. El haz que brotó de su mano fue casi transparente.

—Azote de fuerza. —Vorel sonaba complacido—. Narron...

Otra flecha de poder secó el aire.

—Azote de fuerza, sobre todo, pero con una gran cantidad de calor. Trassia...

Una ráfaga de llamas deslumbró a Sonea.

—Azote de fuego. —La voz de Vorel sonó desconcertada—. Seno...

El muchacho vindeano frunció el ceño durante un largo instante antes de que una descarga de luz saltara de su mano. Se desvió y erró el blanco. Cuando impactó contra la barrera de la Arena, el aire se llenó de un tintineo sordo, como un sonido distante de cristal haciéndose añicos. Unas finas hebras de energía ondularon hacia fuera. Sonea tragó saliva con fuerza. Pronto sería su turno. Pronto...

—Yalend.

El chico que estaba a su lado se adelantó y azotó el disco sin vacilación.

—Sonea...

Contempló fijamente el disco, pero lo único que veía era a un muchacho devolviéndole la mirada. Temeroso, pero sin comprender...

—¿Sonea?

Tomó una profunda bocanada de aire y apartó la imagen de pesadilla de su mente.

«Cuando decidí unirme al Gremio, ya sabía que tendría que aprender esto. Estas

luchas son solo un juego.»

Un juego peligroso creado para mantener vivas las habilidades de combate en caso de que las Tierras Aliadas fuesen atacadas.

Lord Vorel dio un paso en su dirección, pero se detuvo cuando ella levantó una mano. Por primera vez desde las lecciones de Control llegó conscientemente hasta la energía contenida en su interior. Los demás aprendices se removían impacientes.

La imagen del muchacho retornó. Era necesario que la reemplazara por alguna otra cosa, o sufriría un ataque de nervios. Cuando Regin murmuró algo sobre tener miedo, otra figura apareció en el ojo de su mente y sonrió. Enfocó su voluntad y un estallido de furia salió despedido.

Sobre el claro sonido de cristales rotos pudo oírse lo que pasaría por una blasfemia entre los magos. Sonea sintió un nudo en el estómago. ¿Había errado el disco?

Ondas de luz trazaron una curva hasta la parte superior de las agujas de la Arena y se desvanecieron. El disco había desaparecido. Miró con perplejidad a lord Vorel, que se masajeaba las sienes.

—Todavía no he dicho que debieras lanzar con toda tu fuerza, Sonea —dijo—. Eso fue una... combinación de... azote de fuego y azote de fuerza... creo. —Se giró hacia Poril, quien se puso rígido al instante—. Restauraré el blanco en un momento. No lances un azote hasta que te lo diga.

Permaneció en silencio durante varios minutos, con los ojos cerrados. Entonces inspiró profundamente y restableció el disco.

—Adelante, Poril.

El muchacho suspiró. Alzando una mano, envió un azote casi invisible al escudo.

—Bien —dijo Vorel con un asentimiento de cabeza—. Un azote de fuerza, sin ningún desperdicio de energía. Ahora, todos volveréis a golpear, pero esta vez con la máxima potencia. Después de eso, aprenderéis a conformar los azotes con un propósito. Regin.

Sonea observó a los aprendices atacar la barrera. Era difícil saber si los azotes eran más potentes, pero Vorel parecía satisfecho. Vaciló cuando le llegó el turno a Sonea, pero finalmente se encogió de hombros.

—Adelante. Veamos si puedes repetirlo.

Divertida, invocó su poder y lo descargó. El disco pareció resistir, pero entonces empezó a vibrar y desapareció. Una luz blanca se arqueó hacia arriba por la barrera de la Arena, provocando que los aprendices se agacharan involuntariamente. El aire tembló con el sonido que produjo, y a continuación se hizo el silencio.

Vorel la contempló con expresión especulativa.

—Sin duda tu edad te proporciona cierta ventaja —dijo, casi para sí mismo—. Igual que la experiencia de Poril le ha hecho ganar en control. —Restableció de

nuevo la barrera—. Poril, enséñanos un azote de fuerza.

El azote del muchacho fue casi invisible. Vorel señaló en dirección a la barrera.

—Como podéis ver, o mejor dicho, no ver, el azote de Poril ha sido económico. No ha habido exceso de luz ni de calor. Su potencia ha sido dirigida hacia delante, y no en otra dirección. Ahora intentaréis conformar vuestro poder para crear azotes de fuerza. Regin, empezará tú.

A medida que transcurría la clase, Sonea se dio cuenta de que estaba disfrutando. Conformar los azotes era un desafío, pero fácil una vez que se familiarizó con el «tacto» de cada uno de los tipos. Cuando Vorel los condujo de regreso al aula, casi le decepcionó que la lección hubiera finalizado.

Mirando alrededor, percibió las sonrisas y las conversaciones entusiasmadas entre los demás aprendices. Subieron la escalera a la carrera e inundaron el pasillo con su charla. Fueron calmándose a medida que entraban en el aula y retornaban a sus sitios.

Lord Vorel aguardó hasta que la sala estuvo en silencio, y entonces se cruzó de brazos.

—En la próxima lección volveremos sobre el refinamiento de las barreras. —Los aprendices se desplomaron desilusionados—. Lo visto hoy debería mostraros claramente por qué es tan importante que aprendáis a protegeros bien —dijo severamente—. Me gustaría que el tiempo restante hasta el descanso lo dedicarais a anotar lo que habéis aprendido hoy.

Un débil quejido escapó de los labios de varios aprendices. Empezaron a abrir sus cuadernos de notas, y Sonea alargó la mano hacia los pasadores de su caja. Al tocarlos, se dio cuenta de que había olvidado poner el sello mágico.

La abrió y soltó un suspiro de alivio al encontrar sus pertenencias intactas. Sacó su carpeta de notas, pero al hacerlo algo se deslizó de entre las páginas y cayó al suelo, produciendo un ruido metálico.

—¡Esa es mi pluma!

Sonea alzó los ojos y vio a Narron, que la fulminaba con la mirada. Con el ceño fruncido, bajó la vista y divisó una esquirra dorada descansando en el suelo junto a sus pies. Se agachó y la recogió.

Una mano se la arrancó de entre los dedos. Levantó la vista y descubrió a lord Vorel mirándola fijamente. Este se volvió hacia Narron.

—¿Es esta la pluma que dijiste que se había extraviado?

—Sí. —Narron se volvió para mirar a Sonea—. Sonea la tenía en su caja.

Vorel apretó las mandíbulas cuando sus ojos regresaron a Sonea.

—¿Dónde has conseguido esto?

Sonea miró la caja que sostenía en las manos.

—Estaba aquí —dijo.

—¡Me robó la pluma! —declaró Narron con indignación.

—¡No fui yo! —protestó ella.

—Sonea. —Los dedos de Vorel se cerraron alrededor de la pluma—. Ven conmigo.

Giró sobre sus talones y caminó con paso enérgico al frente de la clase. Sonea se quedó mirándolo incrédula, hasta que él se volvió con el ceño fruncido.

—Ahora —bramó.

Sonea cerró la caja, se levantó y lo siguió hasta la puerta, consciente de los ojos que la seguían. Echó un vistazo a los aprendices. Seguramente no se creerían que había robado la pluma de Narron... sobre todo cuando estaba tan claro que Regin se la estaba jugando otra vez, ¿no?

Le devolvieron la mirada, entornando los ojos con recelo. Poril miraba hacia abajo y evitaba el contacto visual. Sintió una punzada de dolor y les dio la espalda.

Ella era la chica de las barriadas. La chica que había admitido que de niña robaba. La intrusa. Amiga de los ladrones. Habían sido testigos de las burlas de Regin, pero nunca supieron de los apuntes y libros que le había robado, o de las numerosas jugarretas que le había hecho. No sabían lo malicioso y resuelto que era.

No podía acusar a Regin. Incluso aunque se atreviera a hacerlo, y se arriesgara a una lectura de la verdad, no podría demostrar que él era el culpable. Ella solo podía demostrar su propia inocencia, y no se atrevería a arriesgarse a una lectura de la verdad por eso, pues si lo hacía, y el rector de la universidad no le permitía elegir al lector de la verdad, alguien podría enterarse del crimen del Gran Lord.

Vorel se detuvo en la puerta.

—Narron, será mejor que vengas tú también —dijo—. Los demás, terminad de tomar vuestras notas. No volveré antes del descanso de enmedio.

Al entrar en la oficina del rector, Rothen reparó en la postura de los ocupantes. Jerrick estaba sentado junto a su escritorio, con los brazos cruzados y una expresión adusta que le ensombrecía el rostro. Sonea estaba desplomada en una silla, con los ojos fijos en cualquier parte. Había otro aprendiz en un taburete cercano, sentado con la espalda muy recta. Tras él estaba plantado el guerrero, lord Vorel, cuya mirada ardía de furia.

—¿De qué trata todo esto? —preguntó Rothen.

El fruncimiento de ceño de Jerrick se hizo más profundo.

—Se ha descubierto a tu aprendiz en posesión de una pluma perteneciente a un compañero de clase, Narron.

Rothen miró a Sonea, pero esta no levantó la cabeza para buscar su mirada.

—¿Es eso cierto, Sonea?

—Sí.

—¿Detalles?

—Abrí mi caja para sacar los apuntes, y la pluma se cayó.

—¿Cómo llegó allí?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé.

Jerrick dio un paso adelante.

—¿No la pusiste tú allí?

—No lo sé.

—¿Qué quieres decir?

—No sé si la puse allí.

El rector frunció el ceño.

—¿Cómo puedes no saberlo? O la pusiste allí o no lo hiciste.

—Es posible que estuviera dentro de mis apuntes cuando los guardé ayer por la noche.

Jerrick movió la cabeza con exasperación, después respiró hondo.

—¿Robaste tú la pluma de Narron?

Sonea frunció el ceño.

—No deliberadamente.

Como él mismo ya había mantenido conversaciones similares con Sonea, Rothen estuvo a punto de sonreír. Ese no era momento para juegos de palabras, sin embargo.

—¿Así que estás diciendo que podrías haberla robado accidentalmente? —preguntó.

—¿Cómo se puede robar algo accidentalmente? —exclamó Jerrick—. El robo es un acto deliberado.

Vorel soltó un resoplido de disgusto.

—Sonea, si no lo niegas, entonces solo podemos suponer que eres culpable.

Ella alzó la vista hacia el profesor, y repentinamente entornó los ojos.

—¿Qué importa? Ya se han formado una opinión. Nada de lo que diga cambiará las cosas.

Se hizo el silencio en la habitación durante unos segundos; entonces, cuando Rothen vio que el rostro de Vorel empezaba a ruborizarse, se adelantó y puso una mano sobre el hombro de Sonea.

—Espérame fuera, Sonea.

Ella salió de la habitación y cerró la puerta.

—¿Qué debo pensar de esto? —exclamó Jerrick—. Si ella es inocente, ¿por qué nos lía con esas respuestas evasivas?

Rothen miró de forma significativa al aprendiz, Narron. Jerrick siguió su mirada y asintió con la cabeza.

—Puedes regresar a clase, Narron.

El muchacho se puso en pie.

—¿Podría recuperar mi pluma, rector?

—Ciertamente. —Jerrick asintió en dirección a Vorel. Al ver la pluma dorada de aspecto caro que el profesor le entregó, Rothen hizo una mueca. Probablemente había sido un regalo para celebrar la aceptación del muchacho en el Gremio.

Cuando Narron hubo abandonado la habitación, Jerrick miró a Rothen expectante.

—¿Estaba diciendo, lord Rothen?

Rothen juntó las manos detrás de la espalda.

—¿Es usted consciente del hostigamiento al que otros novicios han estado sometiendo a Sonea?

—Sí, lo soy —asintió Jerrick.

—¿Ha identificado al líder de esa problemática banda?

El rector de la universidad torció la boca.

—¿Está diciendo que dicho líder urdió este presunto robo?

—Solo sugiero que considere la posibilidad.

—Necesitaría pruebas. Tal como están las cosas, todo lo que tenemos es una pluma extraviada que se ha encontrado entre las pertenencias de Sonea. Ella no quiere negar que la cogiera, y no ha acusado a Regin de ponerla allí. ¿Qué debo creer, entonces?

Rothen asintió.

—Estoy seguro de que a Sonea le gustaría tener pruebas de lo contrario, pero si no está acusando a nadie, entonces es que probablemente no las tiene. Dadas las circunstancias, ¿tiene algún sentido protestar por su inocencia?

—Eso no demuestra que no lo hiciera —dijo Vorel.

—No, pero se me ha pedido que explique su comportamiento, no que demuestre que es inocente. Yo solo puedo responder por su carácter. Y no creo que lo hiciera.

Vorel soltó un ruidito, pero permaneció callado. Jerrick los contempló a ambos, y entonces movió la mano con desdén.

—Meditaré sobre las palabras de ambos. Gracias. Pueden marcharse.

Sonea estaba apoyada en la pared exterior, mirándose fijamente las botas con hosquedad. Vorel entornó los ojos cuando pasó a su lado, pero se alejó sin mediar palabra. Rothen se le acercó, se apoyó en la pared y suspiró.

—No pinta bien.

—Lo sé. —El tono de la muchacha era de resignación.

—¿No dijiste nada de Regin?

—¿Cómo? —Alzó la vista y le miró a los ojos—. No puedo acusarle, ni aunque tuviera pruebas.

—¿Por qué n...? —La respuesta le vino como un fagonazo. Las reglas del Gremio. Un acusador debía someterse a una lectura de la verdad, y Sonea no podía arriesgarse a eso. Los secretos confiados a ellos podrían quedar revelados antes de tiempo. Molesto y frustrado, guardó silencio, mirando al suelo con el ceño fruncido.

—¿Les crees?

El mago levantó la vista.

—Por supuesto que no.

—¿No tienes ni la más mínima duda?

—Ni la más mínima.

—Tal vez deberías —dijo ella amargamente—. Todo el mundo estaba esperando a que sucediera algo así. No importa lo que diga o haga. No cambia las cosas. Saben que lo he hecho antes, así que piensan que volveré a hacerlo, tenga una razón para ello o no.

—Sonea —dijo él suavemente—. Lo que dices y lo que haces cambia las cosas. Eso lo sabes. Solo porque en otro tiempo robaras por necesidad, eso no significa que vayas a hacerlo ahora. Si tuvieras alguna especie de inclinación irresistible por robar, habríamos visto alguna evidencia de ello antes. Deberías negarlo, clara y rotundamente, incluso aunque pienses que nadie te creerá.

La chica asintió con la cabeza, aunque el mago no estaba seguro de haberla convencido.

Ambos levantaron la vista cuando sonó el gong del descanso de enmedio. Rothen se apartó de la pared.

—Ven a comer conmigo. No hemos comido juntos desde hace semanas.

Sonea esbozó una sonrisa forzada.

—No creo que sea bienvenida en el refectorio durante una temporada.

14. Malas noticias

Uno a uno, los aprendices desfilaron ante la mesa de lord Elben, cogiendo cada uno un tarro de cristal. Sabiendo que recibiría miradas hostiles si se arrimaba a ellos, Sonea esperó. Para su disgusto, Regin fue el último en acercarse a la mesa. Este la miró, vaciló, y entonces se adelantó y se hizo con los dos últimos tarros. Lord Elben frunció el ceño mientras Regin examinaba ambos, pero cuando el profesor abrió la boca, Regin tendió uno de los tarros a Sonea.

—Toma.

Ella alargó la mano para cogerlo, pero justo antes de que sus dedos tocaran el tarro, el muchacho lo soltó. El frasco se hizo añicos en el sueño.

—Oh, lo siento —exclamó Regin. Retrocedió apartándose de los fragmentos de cristal—. Qué torpe que soy.

Lord Elben miró por encima de su larga nariz a Regin, y luego a Sonea.

—Regin, ve en busca de un sirviente para que limpie esto. Sonea, tendrás que observar esta lección.

Sonea regresó a su sitio, de ningún modo sorprendida. El «robo» de la pluma de Narron había hecho más que cambiar la opinión que los aprendices tenían de ella. Antes del «robo», Elben le habría dicho a Regin que le diera a ella el último tarro, o le habría enviado a buscar uno nuevo.

El «robo» solo había confirmado lo que los aprendices y profesores ya sospechaban. Su castigo oficial había sido pasar una hora cada tarde ordenando libros en la biblioteca de los aprendices, lo que había resultado ser bastante ameno... siempre y cuando Regin no estuviera merodeando por allí para dificultarle la tarea. El castigo había finalizado el pasado cuartodía, pero tanto los aprendices como los profesores seguían tratándola con recelo y desprecio.

La mayor parte del tiempo era ignorada en clase. Pero cuando se acercaba demasiado a otro aprendiz, o cuando se atrevía a hablar con alguien, recibía gélidas miradas. No trató de unirse a ellos en el refectorio. En su lugar, regresó a su vieja costumbre de saltarse el almuerzo, o comía con Rothen.

No todo había cambiado para peor, sin embargo. Ahora que sabía que sus poderes eran mucho más fuertes que los del resto de los aprendices, había descubierto una nueva confianza en sí misma. No necesitaba reservar su fuerza para los ejercicios de clase, como habían aconsejado a los aprendices, por lo que era capaz de mantener levantado un resistente escudo para protegerse de proyectiles, empujones y demás vilezas. Esto además implicaba que podía abrirse paso fácilmente a empujones entre Regin y sus seguidores si estos la cercaban en los pasillos.

La puerta de su habitación estaba protegida por su propio escudo, igual que la

ventana y su caja. Empleaba la magia día y noche, pero aun así nunca se sentía cansada ni sin fuerzas. Ni siquiera después de alguna clase de habilidades de guerrero particularmente extenuante.

Pero se encontraba sola. Mirando el asiento vacío delante de ella, lanzó un suspiro. Poril se había lesionado una semana antes, al quemarse las manos mientras estudiaba. Lo echaba de menos, en especial porque no parecía importarle que supuestamente se hubiera demostrado que ella era una ladrona.

—¿Lord Elben?

Sonea levantó la vista. Había una mujer con una túnica verde en el umbral. Se echó a un lado e hizo pasar a un aprendiz bajito con un gentil empujón. Sonea sintió que se le levantaba el corazón.

—He decidido que Poril ya se encuentra suficientemente recuperado para asistir a las clases. Todavía no es capaz de hacer nada con las manos, pero puede observar.

La mirada de Poril se dirigió directamente a Regin. Apartó la vista rápidamente, se inclinó ante lord Elben y luego corrió hacia su asiento. La sanadora asintió en dirección al profesor y abandonó el aula.

Mientras Elben empezaba a instruir a la clase, la atención de Sonea se desviaba de cuando en cuando a la espalda de su amigo. Poril no parecía prestar atención a la lección. Estaba sentado muy rígido, mirándose ocasionalmente las manos, que estaban enrojecidas por las recientes cicatrices. Cuando sonó el gong del descanso de enmedio unas horas más tarde, esperó hasta que el resto de los aprendices se hubieron marchado, y entonces se levantó rápidamente y corrió hacia la puerta.

—Poril —lo llamó Sonea, yendo tras él. Hizo una apresurada reverencia a Elben y alcanzó al muchacho con cuatro pasos—. Bienvenido. —Sonea sonrió cuando el chico la miró—. ¿Necesitas algo para ponerte al día?

—No. —Frunció el ceño y apresuró el paso.

—¿Poril? —Sonea extendió una mano y le asió por el brazo—. ¿Algo va mal?

Poril la miró, y luego echó un vistazo al resto de la clase que se alejaba por el pasillo. Regin se mantenía en la retaguardia del grupo, volviendo la vista por encima de su hombro y sonriendo de un modo que a Sonea le puso la piel de gallina.

Poril se estremeció.

—No puedo hablar contigo. No puedo —dijo, quitándose de encima la mano de Sonea con una sacudida.

—Pero...

—No, déjame en paz. —Se dio media vuelta, pero la chica le agarró de nuevo por el brazo y lo sujetó con firmeza.

—No voy a dejarte en paz hasta que me digas qué pasa —dijo rechinando los dientes.

El muchacho titubeó antes de responder.

—Es Regin.

Al escudriñar el pálido rostro de Poril, sintió que se le encogía el estómago. Seguía mirando a los demás aprendices, y supo que no quería decirle nada más. Tan solo deseaba alejarse de ella.

—¿Qué te dijo? —le presionó.

Poril tragó saliva.

—Dice que ya no puedo hablar contigo. Lo siento...

—¿Y vas a hacer lo que él diga y ya está? —No era justo, lo sabía, pero también ardía de furia—. ¿Por qué no le dijiste que se fuera y se tirara al río Tarali?

El chico levantó las manos llenas de cicatrices.

—Lo hice.

La furia de Sonea se convirtió en hielo. Miró fijamente a Poril.

—¿Él te hizo eso?

El asentimiento de cabeza de Poril fue tan leve que casi lo pasó por alto. Echó un vistazo al pasillo, pero la clase ya había alcanzado la escalera y había desaparecido.

—Eso es... ¿Por qué no se lo contaste a nadie?

—No puedo demostrarlo.

Una lectura de la verdad lo demostraría. ¿Tenía Poril algún secreto que ocultar, igual que ella? ¿O simplemente le aterraba tanto la idea de que un mago leyera su mente que haría cualquier cosa para evitarlo?

—No puede librarse de haberte quemado las manos solo porque seas amigo mío —gruñó ella—. Si vuelve a amenazarte, dímelo. Haré... haré...

—¿Qué? No puedes hacer nada, Sonea. —Ahora su rostro estaba encendido—. Lo siento, pero no puedo. Sencillamente no puedo. —Se dio media vuelta y echó a correr por el pasillo.

Sonea sacudió la cabeza y le siguió a distancia. Alcanzó la escalera y descendió lentamente. Al llegar a la planta inferior oyó un débil ronroneo. Al mirar por el pasillo hacia el Gran Salón, parpadeó sorprendida.

La sala estaba llena de magos, de pie en parejas o en grupos, hablando. Sonea se detuvo, preguntándose qué habría traído a tantos por allí. No era día de Reunión, por lo que debía de existir otro motivo.

—Yo que tú, no atraería la atención sobre mí —le dijo una voz al oído.

Reculando, se giró y miró a Regin.

—Podrían llegar a la conclusión de que se les ha escapado uno —dijo este, con los ojos brillantes de regocijo.

Sonea dio un paso atrás, desconcertada pero segura de no querer saber de qué estaba hablando. Los ojos del muchacho centellearon deleitados al percibir su falta de comprensión, y se acercó un poco más.

—Oh, no lo pillas, ¿eh? —Su mueca era horrible—. ¿Lo has olvidado? Hoy es el

día más festivo del año en las barriadas para la basura como tú. El día de la Purga.

La comprensión la golpeó como un mazazo. La Purga. Cada año, desde la primera Purga treinta años antes, el rey enviaba a la Guardia y al Gremio a limpiar las calles de la ciudad de «vagabundos y bellacos». El objetivo —así declaraba el rey— era hacer las calles más seguras eliminando a los mezquinos ladrones. En realidad, el evento apenas causaba inconvenientes a los ladrones; tenían sus propias vías de escape. Solo la gente pobre y sin hogar era expulsada a las barriadas como si fuera ganado. Y, como en el caso de la familia de Sonea el año anterior, aquellas personas que alquilaban habitaciones en «abarrotadas e inseguras» casas de queda. Se había enfurecido tanto aquel día que se unió a una banda de jovenzuelos que tiraban piedras a los magos, y su poder se había liberado por primera vez.

Regin rió con deleite. Sonea, sintiendo que crecía la ira en su interior, se obligó a darse la vuelta y alejarse. Regin la adelantó para bloquearle el camino. Una sensación de triunfo y de cruel satisfacción distorsionaba su rostro, y Sonea agradeció que los aprendices no acudieran a la Purga. Entonces pensó en el futuro y se estremeció. Estaba claro que Regin esperaba con impaciencia el día en que pudiera utilizar sus poderes para echar a los mendigos indefensos y a las familias pobres fuera de la ciudad.

—No te vayas todavía —dijo Regin, señalando con la cabeza hacia el salón—. ¿No quieres preguntar a tu tutor si se ha divertido?

«¿Rothen? Él no...»

Convencida de que simplemente la estaba picando, se dio media vuelta. Al examinar los rostros, encontró uno familiar en un grupo cercano. Rothen.

Se quedó fría. ¿Cómo podía haber ido cuando conocía sus sentimientos hacia la Purga? Pero él no podía rehusar las órdenes del rey...

«¡Sí que pudo! No todos los magos van. ¡Pudo haberse negado y dejar a otro en su lugar!»

Como presintiendo su mirada, Rothen alzó la vista y la miró a los ojos. Su atención se desvió hacia Regin, y frunció el ceño.

Regin soltó una risita. De repente, lo único que deseaba Sonea era marcharse. Se giró y salió de la universidad a grandes zancadas, dejando atrás a Regin. Este la siguió, provocándola todo el camino hasta el alojamiento de los magos, donde finalmente se detuvo y dejó que entrara sola. Se sintió aliviada al encontrar vacíos los aposentos de Rothen. No quería ver a Tania en ese preciso momento, por si debido a la frustración hablaba con brusquedad a la sirvienta.

Se paseaba arriba y abajo por la habitación cuando poco tiempo después se abrió la puerta.

—Sonea.

Rothen exhibía una expresión contrita. Ella no le respondió; se detuvo junto a la

ventana y miró hacia fuera.

—Lo lamento, sé que esto te parece una traición —dijo—. Quería contarte que asistiría. Lo estuve posponiendo, y no me enteré de que hoy nos mandarían afuera hasta esta mañana temprano.

—No tenías por qué ir —dijo Sonea. Su voz sonaba como la de una extraña, oscura de ira.

—Tenía que hacerlo —dijo el mago.

—No. Pudo haber ido cualquier otro en tu lugar.

—Cierto —concedió él—. Pero esa no es la razón. —Se acercó, hablando con voz baja y dulce—. Sonea, tenía que estar allí, para garantizar que no se cometían errores. Si no hubiera ido y sucediera algo... —Lanzó un suspiro—. Todo el mundo estaba inquieto esta vez. Puede que fuera difícil de percibir, pero la confianza del Gremio en sí mismo se vio afectada por lo ocurrido el año pasado. Que fuera por miedo a cometer un error o... —Rió entre dientes—. O por miedo a que otro habitante de las barriadas ejerciera la magia, eso no importa. El Gremio necesitaba a alguien vigilando.

Sonea bajó la mirada. Tenía sentido. Notó que su ira se desvanecía. Suspiró, lo miró y se las arregló para asentir. El mago sonrió esperanzado.

—¿Me perdonas?

—Supongo —dijo ella a regañadientes. Miró hacia la mesa y vio que Tania había dejado panecillos y otras viandas frías. Claramente un menú preparado por una persona que no estaba segura de cuándo iría alguien a comer.

—Ven a almorzar, Sonea —dijo Rothen.

Aceptando la invitación, ella se acercó a una silla y se sentó.

El carruaje del Gremio se detuvo frente a un sencillo edificio de dos plantas. Lorlen se bajó del vehículo, ignorando las miradas curiosas y asustadas de la gente que andaba por la calle. Caminó con paso enérgico hasta la entrada del Primer Cuartel de la Guardia Ciudadana, y cuando un sirviente le abrió la puerta, pasó a un estrecho vestíbulo.

La antesala estaba decorada con gusto pero sin lujos. Unas cómodas sillas estaban dispuestas en grupos bordeando la habitación. A Lorlen le recordó el Salón de Noche del Gremio. Un pasillo que salía de la antesala daba acceso al resto del edificio.

—Administrador.

Lorlen se volvió y vio que el hijo de Derril se levantaba de una de las sillas.

—Capitán Barran. Enhorabuena por su nuevo cargo.

El joven sonrió.

—Gracias, administrador. —Señaló hacia el pasillo—. Venga a mi despacho y le informaré de las últimas noticias.

Barran guió a Lorlen hasta una puerta cerca del final del pasillo. Tras ella había una habitación pequeña, pero aun así confortable. Una pared estaba revestida de cajones, y un escritorio dividía el espacio en dos partes iguales. Barran señaló un par de sillas, y cuando Lorlen se sentó, el guardia ocupó la otra.

—Su padre me ha dicho que ha cambiado de idea respecto a la mujer de la que hablamos —apuntó Lorlen—. Que ahora piensa que fue un asesinato.

—Sí —respondió Barran—. Se han producido varios presuntos suicidios demasiado parecidos a ese. En cada caso, el arma había desaparecido y había signos de la presencia de un intruso. Todas las víctimas tenían huellas de dedos o de una mano en las heridas. Es una coincidencia demasiado extraña. —Hizo una pausa—. Esos suicidios comenzaron más o menos un mes después de que se interrumpieran los asesinatos rituales, casi como si el asesino se hubiera dado cuenta de que estaba llamando la atención y hubiera decidido cambiar sus métodos con la esperanza de que la gente lo tomara por un suicidio.

Lorlen asintió.

—O quizá es un asesino diferente.

—Quizá. —Barran titubeó—. Hay algo más, aunque puede que no esté relacionado. Pregunté a mi predecesor si alguna vez había visto algo tan extraño como esto. Me contó que se habían estado produciendo series de asesinatos, de manera intermitente, durante los últimos cuatro o cinco años. —Soltó una risita—. Dijo que este era el precio que pagamos por vivir en ciudades.

Un escalofrío recorrió la espalda de Lorlen. Akkarin había regresado de su viaje hacía cinco años precisamente.

—¿No había pasado antes nada como esto?

—No lo creo. Me lo habría contado, de haber sido el caso.

—Entonces ¿los asesinatos eran idénticos?

—Solo se parecen en que siguieron un patrón durante un tiempo y luego cambiaron a otro. Mi predecesor sospechaba al principio que uno de los ladrones estaba acabando con una banda rival. Podrían haber estado marcando las víctimas de una cierta forma para que sus rivales supieran quién había cometido el asesinato. Pero las víctimas no parecían tener ninguna conexión entre ellas, ni con los ladrones.

»Después consideró la posibilidad de que fuera un asesino que estaba labrándose una reputación con muertes fácilmente reconocibles. Sin embargo, pocas de las víctimas tenían deudas, y tampoco existía ningún otro móvil evidente para su asesinato. Mi predecesor no pudo encontrar ningún móvil común entre las muertes, igual que yo ahora.

—¿Ni siquiera un vulgar robo?

Barran negó con la cabeza.

—Algunas víctimas fueron robadas, pero no todas.

—¿Testigos?

—De vez en cuando. Las descripciones varían, aunque tienen un detalle en común. —Los ojos de Barran se iluminaron—. El asesino lleva un anillo con una gran gema roja.

—¿En serio? —Lorlen frunció el ceño. ¿Había visto alguna vez a Akkarin llevando un anillo? No. Akkarin nunca llevaba joyas. Eso no significaba que no pudiera ponerse un anillo en el dedo cuando nadie le veía. Pero ¿por qué haría tal cosa?

Lorlen suspiró y movió la cabeza de lado a lado.

—¿Existe algún indicio de que las víctimas hayan sido asesinadas con magia?

Barran sonrió.

—Padre encontraría eso muy emocionante, pero no. Hay algunos aspectos extraños en algunos de los asesinatos, pero ninguna señal de quemaduras de azotes, ni de cualquier otra cosa para la que no hayamos encontrado una explicación más mundana.

Desde luego, una muerte producto de la magia negra no dejaría ninguna huella que Barran pudiera reconocer. Lorlen ni siquiera estaba seguro de si algún mago sería capaz. Debería, no obstante, enterarse de tantos detalles como le fueran posibles.

—¿Qué más puede contarme?

—¿Quiere conocer los detalles de cada asesinato?

—Sí.

Barran señaló la pared de cajones.

—He hecho trasladar aquí todo los informes de asesinatos en serie. Hay mucho que cubrir.

Lorlen contempló los cajones con consternación. Tantos...

—¿Los más recientes, entonces?

Barran asintió. Se acercó a la pared y sacó una gruesa carpeta de uno de los cajones.

—Es bueno saber que el Gremio está dispuesto a interesarse en asuntos como este —dijo.

Lorlen sonrió.

—Mi interés es primordialmente personal, pero si hay algo en lo que el Gremio pueda ayudar, hágamelo saber. Por otra parte, tengo la certeza de que la investigación está en manos del más cualificado para resolverla.

Barran esbozó una irónica sonrisa.

—Eso espero, administrador. Ciertamente, eso espero.

Sobre la barrera abovedada de la Arena, unas nubes de color gris oscuro se deslizaban lentamente hacia la Cuaderna Septentrional. Los árboles de los jardines eran

fustigados por el viento que atrapaba sus ramas. Estas se habían oscurecido a medida que se acercaba la estación fría, pero las últimas hojas que colgaban de ellas lucían brillantes colores rojo y amarillo.

En el interior de la Arena, el aire estaba en calma. El escudo protegía del viento, pero no del frío. Sonea resistió el impulso de envolverse con sus brazos y presionar las capas de la ropa interior de algodón en contacto con su cuerpo. Lord Vorel les había ordenado que bajaran cualquier escudo existente, incluidos los de color.

—Recordad estas leyes de la magia —dijo—. Una: un escudo bajo ataque requiere más esfuerzo para mantenerlo frente a un azote que el azote utilizado contra él. Dos: un azote con trayectoria curva o alterada requiere mayor esfuerzo que uno con una trayectoria recta. Tres: la luz y el calor viajan más rápido y más fácilmente que la fuerza; en consecuencia, un azote de fuerza requiere mayor esfuerzo que un azote de fuego.

Lord Vorel estaba plantado frente a la clase, con las piernas firmemente apuntaladas y los brazos en jarras. Miraba a Sonea.

—Los azotes son fáciles. Esa es la razón por la que es tan común que los magos abusen de ellos. Esa es la razón por la que los escudos son la habilidad más importante de un guerrero, y la razón por la que los aprendices pasan la mayor parte de su tiempo practicándolos. Recordad las reglas de la Arena. En cuanto vuestro escudo exterior haya caído, habréis perdido el combate. No se necesita ninguna prueba adicional.

Sonea se estremeció, y supo que el temblor no se debía exclusivamente al frío. Aquella sería la primera lección en la que los aprendices lucharían entre sí. Todos los avisos que Vorel les había dado atravesaron velozmente su cabeza. Observó los rostros de los demás aprendices.

La mayoría de ellos presentaban un aspecto encendido y exaltado, pero Poril estaba blanco como la nieve. Dado que Poril y ella siempre formaban pareja en los ejercicios de clase, lord Vorel probablemente los enfrentaría entre sí. Decidió que se lo tomaría con calma y tendría cuidado con su amigo.

—Seréis emparejados inicialmente según vuestra fuerza —les dijo Vorel—. Regin, tú lucharás con Sonea. Benon, tú lucharás con Yalend. Narron se enfrentará a Trassia. Hal, Seno y Poril, iréis rotando entre vosotros.

Sonea sintió que la sangre se le helaba.

«¡Me ha emparejado con Regin!»

Pero tenía sentido. Eran los dos aprendices más fuertes de la clase. De repente deseó haberlo previsto y haber fingido ser más débil de lo que era en realidad.

«No, no debo pensar así.»

Vorel les había dicho en muchas ocasiones que una batalla ya estaba perdida de antemano si un mago la empezaba convencido de la derrota.

«Derrotaré a Regin —se dijo a sí misma—. Soy más fuerte. Será mi venganza por las heridas de Poril.»

No fue fácil aferrarse a esa determinación cuando lord Vorel la llamó para que se situara junto a Regin. El mago puso una mano sobre su hombro, y Sonea sintió que su magia la rodeaba creándole un escudo interior. Un segundo guerrero, lord Makin, blindó a Regin.

—Los demás, salid —ordenó.

Mientras los aprendices obedecían y salían en fila por el túnel, Sonea se obligó a sí misma a encontrar la mirada de Regin. Los ojos de este brillaban y las comisuras de sus labios se curvaban hacia arriba en una maliciosa sonrisa.

—Ahora —dijo Vorel cuando los aprendices se sentaron en las gradas del exterior de la Arena—. Ocupad vuestras posiciones.

Tragando saliva con fuerza, Sonea se dirigió a un lado de la Arena. Regin caminó con aire despreocupado hasta el otro y se giró para encararla. Vorel y Makin retrocedieron hasta el borde, y Sonea los sintió cuando ellos mismos crearon escudos a su alrededor. Su corazón latía aceleradamente.

Vorel pasó la mirada de ella a Regin, y luego efectuó un rápido gesto.

—Empezad.

Sonea levantó un resistente escudo y se preparó para el ataque, pero la descarga de azotes que esperaba no se produjo. Regin permanecía con todo su peso apoyado en una pierna y los brazos cruzados. Esperando.

Sonea entornó los ojos. Se suponía que el primer azote poseía cierta relevancia, y que revelaba el carácter del combatiente. Cuando se fijó mejor, reparó en que Regin ni siquiera había levantado un escudo. Cambió el peso de pierna, tamborileó con los dedos sobre el brazo, dio unos golpecitos con el pie, y luego miró al profesor inquisitivamente.

Sonea arriesgó una mirada a lord Vorel. El guerrero observaba atentamente, en apariencia impasible ante la falta de lucha.

Regin lanzó un suspiro lo bastante fuerte para que incluso los aprendices situados en el exterior de la Arena pudieran oírlo. Entonces bostezó, y Sonea reprimió una sonrisa. No era un combate de magia, era una batalla para ver quién perdía antes la paciencia.

Se llevó las manos a los labios, luego alzó la mirada hacia los aprendices, sin preocuparse ya de mantener la atención en Regin. Algunos observaban fijamente, otros parecían confundidos o aburridos. Volvió a mirar al profesor. Lord Vorel le dirigió una fría mirada.

Tal vez podría tender una trampa a Regin para que atacara primero.

«A lo mejor si bajo mi escudo...»

Con cautela, dejó que el escudo protector externo se disolviera. Inmediatamente

el mundo se incendió con un fuego blanco. El apresurado escudo que levantó para repeler los azotes resistió unos segundos, luego empezó a vibrar y colapsó. El calor le picó la piel cuando la magia de Regin alcanzó el escudo interior de Vorel.

—¡Alto!

Los azotes se disiparon, dejando manchas oscuras en la visión de Sonea. Parpadeó en dirección a lord Vorel mientras este avanzaba con paso enérgico hasta el centro de la Arena.

—Regin es el vencedor —anunció.

Una débil ovación llegó procedente de los demás aprendices. Sonea sintió que le ardía el rostro mientras Regin hacía una elegante reverencia.

—Sonea. —Lord Vorel se volvió hacia ella—. Bajar el escudo no es aconsejable a menos que seas diestra para levantarlo otra vez rápidamente. Si tienes intención de emplear de nuevo esta estrategia, deberías practicar más tu defensa. Podéis ir los dos. Benon y Yalend, seréis los siguientes.

Sonea se inclinó en una reverencia, y después caminó a grandes zancadas hacia el portal, tan rápido como pudo. Mientras se adentraba en el pasadizo, cierta melancolía se abatió sobre ella.

«Es solo el primer combate», se dijo.

No podía esperar ganar todo el tiempo, especialmente no contra Regin, cuyo tutor era, después de todo, un guerrero.

Si iban a estar siempre emparejados según su fuerza, tendría que pelear con Regin en cada lección. Ya había quedado claro que Regin prefería la disciplina de habilidades de guerrero, y había oído decir a Hal algo acerca de que Regin estaba tomando lecciones privadas. Como ella no tenía un deseo real de convertirse en una guerrera, ni de recibir clases extra, estaba segura de que él sería siempre mejor que ella en ese campo.

Sin embargo, Vorel había dicho que inicialmente la parejas se formarían según la fuerza de cada uno. Si los emparejamientos cambiaban dependiendo de la habilidad y el talento, y si demostraba ser menos diestra que Regin, Vorel la haría medirse contra otro de los aprendices.

Eso le dejaba dos opciones: intentar mejorar y con el tiempo acabar siempre luchando contra Regin, o fallar a propósito para evitarle.

Tras un suspiro, Sonea trepó por la grada y se unió a los aprendices que estaban sentados en los travesaños que rodeaban la Arena. De cualquier modo, era probable que sufriera muchas más derrotas humillantes. Con añoranza, pensó en la Cúpula, la antigua estructura redonda de piedra próxima al alojamiento de los aprendices. Antes de que se construyera la Arena, los aprendices habían entrenado en ella. Los gruesos muros habían protegido a la gente del exterior de los azotes perdidos descargados por los combatientes en el interior, y habían restringido la contemplación de la batalla al

profesor y al alumno. Aunque fuera un recinto mal ventilado y opresivo, al menos había ofrecido privacidad.

El asalto entre Benon y Yalend aburrió rápidamente a Sonea. No entendía cómo aquellas lecciones, con todas sus reglas, podían preparar a los magos para una auténtica guerra. No, aquellos guerreros se pasaban la vida entera recreándose en un peligroso juego cuando su magia podía ser destinada a un uso mejor... como la sanación.

Sonea meneó la cabeza. Cuando llegara el momento de elegir una disciplina, sabía que no tomaría la túnica roja.

15. Un ataque por sorpresa

Nada más entrar en el aula Sonea sintió algo diferente, como una extraña corriente mágica en el aire. Se quedó parada, indecisa, en el vano de la puerta; su alivio por haber evitado a la banda de Regin se había esfumado.

Lord Kiano levantó la mirada, volviendo la atención bruscamente hacia ella con una peculiar ansiedad, como si la chica representara una distracción bienvenida.

—Hoy no habrá clases, Sonea.

Miró sorprendida al profesor.

—¿No hay clases, milord?

Kiano titubeó. Un sollozo atrajo su atención hacia el centro de la sala. Solo cuatro aprendices habían llegado antes que ella. Benon sostenía la cabeza entre las manos. Trassia y Narron habían arrimado sus sillas a él. Regin estaba sentado en silencio tras ellos, por una vez con los ojos apagados e inexpresivos. Trassia miraba fijamente a Sonea con ojos acusadores.

—Ha muerto un aprendiz —explicó Kiano—. Shern.

Sonea frunció el ceño, recordando al aprendiz de la clase de verano cuyos poderes había sentido de forma tan extraña. ¿Muerto? Las preguntas acudían a su mente. ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Oh, lárgate —gruñó Trassia. Sonea se quedó mirándola, sobresaltada por el exabrupto de la chica.

—Era el primo de Benon —dijo Kiano en voz baja.

Trassia le devolvió una mirada fulminante. Lentamente lo comprendió. Al preguntar por qué se había cancelado la clase, lord Kiano se había visto obligado a hablar de la muerte de Shern delante de Benon. Sonea sintió el rubor en su rostro. Cuando Narron levantó la vista con cara de pocos amigos, ella salió del aula y huyó.

Dejó de correr solo tras unos pocos pasos, en cuanto fue atrapada por la rabia y la frustración. ¿Cómo iba a saber ella que Shern había muerto, o que Benon era su primo? Preguntar por qué se había cancelado la clase era algo perfectamente razonable.

¿Verdad?

Sus pensamientos retornaron a Shern. Cuando buscó entre sus sentimientos no encontró más que una afable tristeza. Shern nunca había hablado con ella, ni con nadie. De hecho, la clase entera le había ignorado durante las pocas semanas que había asistido a la universidad.

Cuando alcanzó el extremo de la escalera vio que Rothen subía hacia ella, y la invadió un fuerte sentimiento de alivio.

—Ahí estás —dijo—. ¿Te has enterado?

—Han cancelado las clases.

—Sí —asintió—. Siempre lo hacen cuando ocurre algo así. Fui a buscarte a tu habitación, pero no estabas. Ven a tomar algo caliente conmigo.

Permaneció callada mientras caminaba a su lado. Parecía sorprendente que el Gremio cerrara la universidad a causa de la muerte de un aprendiz que apenas había pasado unas semanas allí. Pero dado que todos los aprendices, excepto ella, provenían de las Casas, el chico probablemente había estado emparentado con varios aprendices y magos.

—Shern estaba en tu primera clase, ¿no? —preguntó Rothen cuando entraron en la antesala.

—Sí. —Sonea titubeó—. ¿Puedo preguntar qué le pasó?

—Claro. —Rothen cogió un cazo y unas tazas de una mesa auxiliar, y luego sacó dos tarros de un armario—. ¿Recuerdas lo que te dije sobre fallar en el Control cuando muere un mago?

—Cualquier magia inutilizada se altera, y consume el cuerpo.

Rothen asintió. Depositó sobre la mesa la loza y los tarros.

—Shern perdió el Control de su magia.

Sonea sintió un escalofrío recorriéndole la espalda.

—Pero había superado el segundo nivel.

—Sí, pero no correctamente, o por completo. Su mente nunca fue lo bastante estable. —Rothen meneó la cabeza—. Tal estado es raro, pero se da a veces. Verás, cuando se descubre que un niño tiene potencial para la magia, también le examinamos para detectar esta clase de problemas. A veces simplemente no poseen la fuerza mental o la estabilidad necesaria para controlar la magia.

—Ya veo —dijo Sonea, asintiendo con la cabeza.

Rothen vertió agua de una jarra en el cazo y añadió hojas de sumi de uno de los tarros. Sonea alcanzó el otro tarro, mezcló polvo de raka con agua y calentó la mezcla con un poco de magia.

—Por desgracia, algunas personas desarrollan inestabilidad mental cuando crecen —prosiguió Rothen—, o cuando su magia es liberada. Para entonces ya es demasiado tarde. Antes o después pierden el Control que se les ha enseñado, habitualmente en los primeros años. Shern empezó a mostrar signos de inestabilidad hace meses. El Gremio se lo llevó de la ciudad a un lugar que tenemos construido para aprendices así. Intentamos mantenerlos tranquilos y felices, y son tratados por sanadores bien versados en el problema. Pero ninguno de ellos ha encontrado nunca una cura, y cualquier ligadura que apliquemos a sus poderes no parece aguantar durante mucho tiempo.

Sonea se estremeció.

—Cuando lo vi la primera vez sentí algo extraño en su presencia.

Rothen frunció el ceño.

—¿Presentiste la inestabilidad tan temprano? Nadie más lo hizo. Debo contárselo a...

—¡No! —El corazón de Sonea dio una sacudida. Si Rothen contaba a alguien que había presentado que algo iba mal en Shern, los demás aprendices tendrían algo más de lo que culparla—. No. Por favor.

Rothen le dirigió una mirada reflexiva.

—Nadie te va a mirar mal por no decir nada. No era posible que entendieras lo que estabas percibiendo.

Ella le sostuvo la mirada, y Rothen suspiró.

—De acuerdo. Supongo que ya no importa. —Rodeó el cazo con las manos y de inmediato empezó a dispersarse vapor—. ¿Cómo te sientes con respecto a todo esto, Sonea?

La chica se encogió de hombros.

—No lo conocía. —Entonces le contó lo que había sucedido cuando entró en el aula—. Es como si todo fuera culpa mía.

Rothen frunció el ceño mientras se servía una taza de sumi.

—Probablemente reaccionaron así porque los interrumpiste en un mal momento. No te preocupes por lo que dijeron. Para mañana se les habrá olvidado.

—¿Y qué voy a hacer hoy? —se preguntó en voz alta.

Rothen dejó de sorber su bebida y sonrió.

—Creo que podríamos hacer algunos planes para la visita de Dorrien.

El capitán del *Anyi* se había mostrado complacido cuando Danyl le preguntó si se dirigía a las islas Vin. Al principio Danyl había asumido que el hombre estaba ansioso por ver su tierra natal, pero se volvió receloso cuando el capitán insistió en que Danyl y Tayend se instalaran en su propio camarote. Por lo que sabía de los marineros vindeanos, hacía falta más que añoranza del hogar o respeto al Gremio para motivar a un capitán a ceder su propio espacio.

La noche siguiente a su partida, Danyl había descubierto la verdadera razón para el entusiasmo del capitán.

—Casi todos los barcos a Ciudad Kiko van a Capia primero —les dijo el capitán, durante una generosa comida—. Este camino mucho más rápido.

—¿Por qué no navegan directamente a Ciudad Kiko? —preguntó Tayend.

—Hombres malos viven en Islas Altas de Vin. —El capitán torció el gesto—. Roban barcos, matan tripulación. Gente peligrosa.

—Ah. —Tayend miró a Danyl—. ¿Y vamos a pasar por esas islas?

—No hay peligro esta vez. —El capitán sonrió a Danyl—. Tenemos mago a bordo. Mostrar bandera de Gremio. ¡No atreven a robarnos!

Al recordar la conversación, Dannyl sonrió para sí. Sospechaba que de cualquier forma los mercantes se arriesgaban ocasionalmente a tomar aquella ruta, desplegando como protección la bandera del Gremio incluso aunque no llevaran un mago a bordo. Puede que también los piratas lo hubieran descubierto, y no le sorprendería que en alguna parte hubiera un arcón donde guardaran un uniforme del Gremio, verdadero o no, para los días en que una bandera no bastaba para mantener alejados a los piratas.

Se había sentido demasiado aliviado por dejar Lonmar para preocuparse. El litigio con el Consejo de Ancianos había necesitado más de un mes de discusiones y riñas para resolverse. Aunque las obligaciones que atendería en Vin eran menores, se preguntaba si no resultarían ser, también, más desquiciantes de lo que parecían.

A medida que se distanciaban de Lonmar y la tripulación se ponía cada vez más tensa y alerta, Dannyl se dio cuenta de que la amenaza de piratas era real. Por las conversaciones que oía y que Tayend le traducía, Dannyl supuso que un encuentro con piratas no era un riesgo, sino una certeza. Era un poco desconcertante saber que esos hombres creían que sus vidas dependían de la presencia de él en el barco.

Miró a Tayend, que estaba tumbado en una segunda cama estrecha. El académico estaba pálido y delgado. Los continuos mareos se habían cobrado su cuota a costa de su salud. A pesar de la debilidad y evidente incomodidad, Tayend seguía negándose a permitir que Dannyl le sanara.

Hasta el momento, el viaje no había sido la agradable aventura que Tayend había esperado. Dannyl sabía que el académico también se sentía aliviado de dejar Lonmar. Cuando llegaran a Ciudad Kiko, decidió, pasarían una o dos semanas descansando. Los vindeanos eran conocidos por su calidez y hospitalidad. Con suerte compensarían el calor y la rareza de Lonmar, y Tayend recuperaría las fuerzas y el entusiasmo por viajar.

Dos escotillas ofrecían destellos del mar a cada lado. El cielo del atardecer era de un polvoriento color azul, limpio de nubes. Aproximándose, Dannyl vio en un lado la sombra distante de las islas punteada en el horizonte... y dos largas embarcaciones.

Oyó un bostezo y miró a Tayend. El académico estaba sentado, estirándose.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Dannyl.

—Mejor. ¿Cómo es lo de fuera?

—Bastante agradable, por lo que parece. —Las embarcaciones eran más pequeñas que el *Anyi*. Se movían casi rozando la cresta de las olas, acercándose rápidamente—. Creo que tendremos compañía antes de la cena.

Tayend se apoyó en la pared del camarote, se movió hasta el lado de Dannyl y escudriñó por la ventana.

—¿Piratas?

Un sonido de pasos apresurados se aproximó a la puerta, seguido de un rápido golpeteo.

—Ya los veo —dijo Dannyl.

Tayend le dio una palmadita en el hombro.

—Hora de ser el héroe, mi mago amigo.

Dannyl fulminó a Tayend con la mirada antes de abrir la puerta y salir al pasillo que se extendía más allá. El más joven de los marineros, un chico de tal vez catorce años, le hacía señas como un desaforado.

—¡Vamos! ¡Rápido! —exclamó, con los ojos abiertos como platos.

Siguiendo al muchacho, Dannyl atravesó el camarote común y salió a cubierta. Localizó al capitán en la popa, y avanzó hacia él, sorteando aparejos y un corto tramo de escalera.

—Hombres malos —dijo el capitán, señalando con el dedo.

Las naves estaban a menos de doscientos pasos de distancia. Dannyl levantó la mirada hacia el mástil del *Anyi*, y vio la bandera del Gremio ondeando al viento. Echó un vistazo a la cubierta y vio que toda la tripulación, incluido el muchacho, esgrimían cuchillos o espadas cortas de fabricación rudimentaria. Unos pocos empuñaban arcos, todos cargados y ya apuntando a los barcos que se aproximaban.

Tayend soltó un ruidito de disgusto.

—La tripulación no parece tener mucha confianza en ti —murmuró.

—No corren riesgos —replicó Dannyl—. ¿Lo harías tú?

—Tú eres nuestro héroe y protector. Sé que nos salvarás.

—¿Tienes que seguir diciendo eso?

Tayend rió entre dientes.

—Solo quiero que te sientas necesario y apreciado.

El barco en cabeza no aminoró la velocidad al acercarse al *Anyi*. Preocupado por la posibilidad de que los piratas pretendieran abordarles, Dannyl se desplazó a la borda, listo para voltear la quilla del barco. Este viró en el último momento, con un repentino movimiento de las velas, y tomó un rumbo en paralelo al *Anyi*.

Hombres musculosos y robustos tripulaban aquellos barcos más pequeños. Sostenían grandes escudos en alto y dirigidos hacia el barco, preparados para una lluvia de proyectiles. Entre ellos, Dannyl captó el reflejo de la luz del sol en los aceros. Dos hombres sujetaban cuerdas enrolladas, con pesados garfios en un extremo.

Los hombres que podía ver eran más morenos y altos que el vindeano medio, sugiriendo un mestizaje de sangre vindeana y lonmariana. Todos le miraban fijamente, con expresión cauta. Uno o dos lanzaron una rápida ojeada a un hombre que se hallaba en la proa. Este, supuso Dannyl, debía de ser su líder.

Cuando la segunda embarcación se alineó junto al barco, el hombre levantó una mano y gritó en lengua vindeana. Tayend emitió un sonido estrangulado, pero la tripulación del *Anyi* permaneció en silencio. Dannyl miró al capitán.

—¿Qué ha dicho?

El capitán se aclaró la garganta.

—Pregunta por cuánto vender a su precioso amigo. Dice sacar beneficio si vender como esclavo en el oeste.

—¿De verdad? —Dannyl echó un vistazo a Tayend—. ¿Qué opinas? ¿Cincuenta de oro?

Tayend se volvió y atravesó a Dannyl con la mirada.

El capitán soltó una risita.

—No conocer precio de hombres esclavos.

Con una sonrisa burlona, Dannyl movió la cabeza.

—Yo tampoco. Dígale al pirata que mi amigo no está en venta. Dígale... —Dannyl se volvió a contemplar al pirata—. Dígale que no puede permitirse el cargamento de este barco.

El capitán repitió las palabras en vindeano. El pirata sonrió, luego levantó una mano para hacer una señal a la otra embarcación. Los hombres se lanzaron a los cabos y a las poleas, y pronto las naves se separaron del barco, alejándose velozmente.

El capitán dio un paso en dirección a Dannyl.

—Matarlos ahora —dijo con voz apremiante—. Antes de que se escapen.

Dannyl sacudió la cabeza.

—No.

—Pero piratas mala gente. Siempre robar barcos. Matan. Cogen esclavos.

—No nos han atacado —replicó Dannyl.

—Usted matarlos, usted hacer mar más seguro.

Dannyl se dio la vuelta para mirar de frente al capitán.

—Matar a los hombres de uno o dos barcos no cambiará las cosas. Otros los reemplazarán. Si la gente de Vin quiere que los magos eliminen a los piratas de estas islas, deben llegar a un acuerdo con el Gremio. Por ley, solo puedo usar mis poderes para defenderme, a menos que reciba una orden directa de mi rey.

El capitán bajó los ojos y se alejó. Dannyl oyó que el hombre musitaba algo en su propio idioma antes de ordenar a la tripulación que volviera a sus obligaciones. Varios marineros parecieron contrariados, pero regresaron a sus tareas sin quejarse.

—No son los únicos decepcionados con tu actuación —dijo Tayend.

Dannyl contempló a su amigo de forma inquisitiva.

—¿También crees que debería haberlos matado?

Tayend miró a los piratas en retirada con los ojos entornados.

—No habría protestado. —Después se encogió de hombros—. Pero sobre todo esperaba una pequeña exhibición de magia. Nada demasiado fastuoso. Tan solo fuego y algunas chispas.

—¿Fuego y algunas chispas?

—Sí. Quizá una pequeña tromba.

—Lamento decepcionarte —replicó Dannyl secamente.

—¿Y qué era todo eso de venderme a tratantes de esclavos? ¡Y por solo cincuenta de oro! ¡Qué insulto!

—Lo lamento. ¿Cien de oro habría sido un precio más apropiado?

—¡No! Y no pareces especialmente abatido.

—Entonces me disculpo por no haber sido convincente en mi disculpa.

Tayend puso los ojos en blanco.

—¡Ya es suficiente! Me voy adentro.

Sonea apretó su caja de notas contra el pecho y suspiró. Estaba oscureciendo rápidamente. La luz del sol había vetado el bosque con alargadas sombras cuando salió, pero en ese momento solo quedaba una nebulosa luz, que hacía difícil distinguir los bordes de las cosas. Reprimió la urgencia de crear una luz, sabiendo que eso facilitaría que la encontrasen.

Cerca, se oyó el chasquido de una ramita.

Se detuvo y escudriñó a través de los árboles. En la distancia se veían las luces de las dependencias de los sanadores, titilando entre los troncos. No percibió movimiento alguno, no oyó sonido alguno.

Soltó el aliento que había estado reteniendo y echó a andar de nuevo.

Unas semanas antes, lord Kiano había llevado a la clase a los campos y a las casas de techo acristalado ubicadas más allá de los alojamientos de los sanadores, donde se cultivaban plantas medicinales. Les había enseñado varias especies, explicándoles cómo identificar cada planta. A continuación, les había dicho que, cada semana, seleccionaría a un aprendiz para que le acompañara a los campos después de la clase, donde pondría a prueba su conocimiento.

Esa tarde a Sonea le había llegado su turno. Después del examen, el mago le había ordenado retirarse, dejándola sola para que regresara al alojamiento de los aprendices. Sabiendo que Regin no perdería una oportunidad para abordarla fuera de la vista de los magos, se había entretenido, fingiendo estar interesada en las plantas, con la esperanza de poder seguir a Kiano de vuelta. Pero cuando el profesor se enzarzó en una perezosa conversación con un jardinero, se dio cuenta de que tendría que esperar mucho tiempo.

Así que decidió poner en marcha su otro plan. Suponiendo que Regin la estaría esperando en el camino habitual, había atajado a través del bosque, esperando circunvalar las dependencias de los sanadores hasta el sendero que conducía a la fachada de la universidad.

Un crujido a su izquierda la indujo a detenerse de nuevo. Sintió que se le helaba

la sangre al oír una risa ahogada, y supo que su plan había fracasado.

—Buenas noches, Sonea.

Giró sobre los talones y distinguió una silueta familiar entre los árboles. Un globo de luz nació de su voluntad, y la oscuridad retrocedió. Regin se detuvo, y una sonrisa se extendió por su rostro cuando dos figuras más aparecieron a su lado: Issle y Alend. Se oyeron más ruidos a su alrededor, y Sonea vio a Gennyl, Vallon y Kano surgiendo de las sombras.

—Una noche agradable para un paseo por el bosque —observó Regin, mirando alrededor—. Con tanto silencio... Tanta calma... Nadie que nos interrumpa. —Se acercó unos pasos—. Los profesores ya no te dan un tratamiento especial, ¿no es cierto? Qué pena. De verdad que no es justo que nosotros obtengamos más atención que tú. Así que pensé que yo mismo podría darte algunas lecciones.

El sonido de la nieve crujiendo bajo las pisadas de botas indicó a Sonea que los aprendices a su espalda se estaban acercando. Fortaleció su escudo pero, para su sorpresa, la rodearon y se colocaron detrás de Regin.

—Hummm —prosigió Regin—. Tal vez podría enseñarte algunas de las cosas que lord Balkan me ha mostrado. —Miró a los demás y asintió—. Sí, creo que lo encontrarás muy interesante.

Sonea tenía la boca seca. Sabía que Regin estaba asistiendo a clases particulares de habilidades de guerrero, pero no que estaba aprendiendo de Balkan, el líder de esa disciplina. Cuando Regin alzó las palmas de las manos, los demás aprendices se arrimaron a su líder y pusieron las manos en los hombros de este.

—Defiéndete —dijo Regin, imitando el tono autoritario de lord Vorel.

Proyectando más magia en su escudo, Sonea bloqueó el flujo de energía que brotaba como relámpagos de las palmas de Regin. Los azotes eran débiles, pero rápidamente crecieron en intensidad hasta que fueron más fuertes que cualquiera a los que se hubiera enfrentado en la Arena. Sorprendida, infundió más y más magia al escudo.

¿Cómo era posible? Había luchado contra Regin las suficientes veces para conocer su fuerza. Siempre había sido mucho más débil que ella. ¿Se había estado conteniendo, esperando el momento de sorprenderla con su verdadera fuerza?

El rostro de Regin se estiró en una fea mueca, y dio un paso hacia ella. Abruptamente, el ataque se debilitó, y después cesó cuando el muchacho hizo una pausa para mirar a los demás. Estos se precipitaron hacia delante para agarrarse de nuevo a sus hombros.

En cuanto volvieron a tocar a Regin, este reanudó su ataque. Sonea especuló sobre el significado de aquello. Era evidente que los otros le estaban prestando su poder. No había oído que fuera posible, pero había multitud de cosas sobre las habilidades de guerrero que desconocía... o puede que se le hubieran pasado por alto

durante las largas y aburridas clases de Vorel.

Sus sentidos le zumbaban con la magia que impregnaba el aire. La nieve entre ellos se había derretido formando charcos calientes. Tanto poder... La idea de lo que estaba siendo dirigido hacia ella fue atroz, y aceleró los latidos de su corazón. Si fallaba y no lograba mantener el escudo, las consecuencias serían breves, y fatales. Regin se estaba arriesgando mucho... ¿o acaso estaba...?

«¿Y si tiene intención de matarme?»

Seguramente no. Sería expulsado del Gremio.

Pero cuando se imaginó a Regin frente a los magos congregados en el Salón Gremial, pudo oír fácilmente lo que diría. Un desventurado accidente. El chico no sería culpado por las paupérrimas habilidades de Sonea. Cuatro semanas de trabajo en la biblioteca, y no dejes que vuelva a suceder.

La furia reemplazó al miedo. Cuando escudriñó los rostros de los aprendices, vio que se miraban unos a otros dubitativamente. Regin ya no esgrimía su burlona sonrisa, sino que fruncía el ceño concentrado. Gruñó algo, y los otros protestaron. Lo que fuese que estuvieran haciendo no estaba surtiendo el efecto que habían esperado.

¿Eso era, entonces, todo lo fuertes que podían ser cuando se unían? Sonea sonrió. Los estaba manteniendo a raya con facilidad. Regin la había subestimado... Y si el globo de luz que flotaba sobre ellos indicaba algo, era que a Sonea aún le sobraba fuerza.

¿Cómo terminaría aquello, entonces? Estaba segura de que si lanzaba un azote rompería su ataque. Pero si la banda no fuera capaz de defenderse, podría ser ella la que tuviera que hacer frente a los magos superiores y al exilio.

Y si se las arreglaban para escudarse, aún continuarían persiguiéndola todo el camino de vuelta al alojamiento de los aprendices. ¿Cómo podría librarse de ellos? Levantó la mirada al globo de luz. Si lo extinguía, sus ojos tardarían varios minutos en acostumbrarse a la oscuridad. Podría escabullirse. Por desgracia, ella también sufriría la misma ceguera nocturna...

¿Ceguera...?

Sonrió. Cerrando los ojos con fuerza, ejerció su voluntad. La luz relampagueó intensamente al otro lado de sus párpados, y sintió que el ataque menguaba. Cuando volvió a abrir los ojos, los aprendices parpadeaban o se frotaban la cara.

—¡No veo! —exclamó Kano.

«¡Funcionó!»

Esbozó una sonrisa burlona cuando Alend, con vehemencia, soltó una palabrota y extendió los brazos, tras casi haber perdido el equilibrio sobre el irregular terreno. Issle avanzó a tientas hasta que encontró un árbol, que agarró como si temiera que fuera a echar a correr.

Sonea dio un paso hacia atrás. Al oír el crujido de la nieve, Regin alargó las

manos y avanzó en su dirección. Su bota pisó el barro creado por la nieve derretida, y entonces resbaló hacia un lado. Aterrizó con la cara sobre el lodo. Una exclamación de disgusto y frustración brotó de él mientras pugnaba por ponerse en pie.

Sonea ahogó una carcajada. Una mirada asesina cruzó el rostro de Regin, quien se levantó del suelo de un salto. Esquivando sus manos que tanteaban a ciegas, Sonea retrocedió hasta quedar fuera del alcance de los aprendices.

—Gracias por la lección, Regin. No sabía que fueras un hombre con semejante visión.

Riendo, dio media vuelta y echó a andar hacia las luces de la universidad.

16. La regla sobre las acusaciones

Rothen estaba desmontando una delicada construcción de tuberías, válvulas y chismes de cristal cuando una voz pronunció su nombre. Levantó la mirada y divisó en la puerta del aula a un hombre vestido con el atuendo de sirviente; llevaba el fajín verde que lo identificaba como mensajero de un sanador.

—¿Sí? —dijo Rothen.

—Lady Vinara requiere su presencia en las dependencias de sanadores.

A Rothen le dio un vuelco el corazón. ¿Qué podría querer Vinara? ¿Le había ocurrido algo a Sonea? ¿Había ido demasiado lejos alguna de las fechorías de Regin? ¿O se trataba de otra persona? ¿Su viejo amigo Yaldin? ¿O Ezrille, su esposa?

—Estaré allí enseguida —respondió.

El mensajero hizo una reverencia y se marchó a toda velocidad. Rothen miró al aprendiz que se había quedado para ayudarlo. Farind sonrió.

—Yo lo terminaré si lo desea, milord.

Rothen asintió.

—Muy bien. Tan solo cerciérate de deshacerte del ácido con cuidado.

—Desde luego.

Recorriendo el pasillo a la carrera, Rothen trató de obligarse a no pensar en la razón para la convocatoria de Vinara. Pronto la sabría. El aire de la noche era gélido en el exterior de la universidad, así que se envolvió en un escudo y calentó el aire en su interior. Al llegar al alojamiento de los sanadores encontró a lady Vinara esperándole en la entrada.

—¿Mandó a buscarme? —preguntó Rothen sin aliento.

La maga torció los labios en una vaga sonrisa.

—No había necesidad de apresurarse, lord Rothen —le dijo Vinara—. Los aprendices, aquí, que afirman haber sido víctimas de su predilecta, no están a punto de expirar. ¿Sabe dónde está Sonea?

«¿Víctimas?»

¿Qué habría hecho?

—Estudiando en su habitación, lo más probable.

—¿No la ha visto esta noche?

—No. —Rothen frunció el ceño—. ¿De qué se trata?

—Seis aprendices encontraron el camino hasta aquí hace una hora. Afirman que Sonea les emboscó en el bosque y los cegó.

—¿Que los cegó? ¿Cómo?

—Con una luz brillante.

—Ah. —Rothen se relajó, pero al ver la expresión adusta de la sanadora, volvió a

preocuparse—. ¿De forma permanente?

Ella movió la cabeza.

—No. Ninguna de sus lesiones son serias; ciertamente, no lo suficientemente malas para malgastar el tiempo de los sanadores en ellas. Se recuperarán.

—¿Alguna otra lesión aparte de la ceguera?

—Cortes y magulladuras de abrirse camino por el bosque.

—Ya veo. —Rothen asintió lentamente—. ¿Uno de estos aprendices es por casualidad el predilecto de Garrel, Regin?

—Sí. —Apretó los labios en una fina línea—. He oído que Sonea tiene una particular antipatía por este chico.

Rothen soltó una carcajada, corta y amarga.

—El sentimiento es mutuo, se lo aseguro. ¿Puedo hablar con Regin?

—Desde luego. Le llevaré hasta él. —Vinara se volvió y echó a andar por el corredor principal del edificio.

Mientras Rothen la seguía, reflexionó sobre todo lo que Vinara le había contado. No creyó ni por un minuto que Sonea hubiera emboscado a Regin y a sus amigos. Lo más probable era que hubiera sucedido al revés. Algo había ido mal, sin embargo.

Puede que se hubieran cegado a sí mismos para poder culparla, pero dudaba que ese fuera el caso. De haber sido esa su intención, se habrían puesto de acuerdo con otros para que los encontraran y los guiaran a las dependencias de los sanadores. Que ni siquiera hubieran pedido asistencia mentalmente sugería que habían dudado sobre si llamar la atención sobre su situación.

Vinara se detuvo junto a una puerta y señaló el interior. Mirando hacia dentro, Rothen reconoció a un muchacho con una túnica manchada de barro que estaba sentado al borde de una cama. El rostro de Regin estaba encendido. Apretaba y abría los puños, y los ojos le ardían ferozmente, fijos en un punto más allá del hombro de su tutor, lord Garrel.

El mago se volvió para contemplar a Rothen y su expresión se oscureció. Rothen le ignoró y escuchó en cambio a Regin, que estaba finalizando una queja larga y enojada.

—Lo juro, ¡trataba de matarnos! Conozco las leyes del Gremio. ¡Debería ser expulsada!

Rothen miró a Vinara, luego otra vez al chico, y sintió que una sonrisa le tiraba de los labios. Si Regin quería invocar las leyes del Gremio, que así fuera.

—Esa es una acusación muy seria, Regin —dijo sosegadamente—. Y tu tutor no sería el más apropiado para confirmar su veracidad. —Giró la cabeza para mirar a la mujer a su lado—. Tal vez lady Vinara podría sugerir a alguien.

Vinara parpadeó al principio, pero luego sus ojos centellearon cuando entendió lo que Rothen quería decir.

—Yo efectuaré la lectura de la verdad —dijo.

Regin tomó aire bruscamente. Rothen miró de nuevo al aprendiz, y le produjo una grata satisfacción ver que el chico había palidecido.

—No, no pretendía... —farfulló—. Yo no...

—¿Estás retirando tu acusación, entonces? —dijo Rothen.

—Sí —masculló—. Retiro mi acusación.

—Entonces ¿qué ha sucedido esta noche?

—Sí —dijo Vinara, con voz sombría—. ¿Por qué os atacó Sonea, tal como afirmas?

—Claramente pretendía asegurarse de que no pudieran asistir a clase por unos cuantos días —replicó Garrel.

—Ya veo —dijo Rothen—. ¿Qué va a ocurrir en los próximos días para que ella quisiera que os ausentárais?

—No lo sé... Supongo que solo quería hacernos daño.

—¿Y por eso siguió a seis aprendices hasta el bosque —dijo Rothen, lanzando una significativa mirada a Vinara—, convencida de que sería capaz de vencer vuestra fuerza combinada? Debe de ser mejor guerrera de lo que indican sus calificaciones.

Los ojos ciegos de Regin buscaron a su tutor.

—Para empezar, ¿qué estábais haciendo vosotros seis en el bosque? —preguntó Vinara.

—Solo estábamos... explorando. Para divertirnos.

—Hummm —dijo ella—. Eso no es lo que dicen tus amigos.

Regin abrió la boca y seguidamente volvió a cerrarla. Garrel se levantó.

—Mi aprendiz ha sufrido una lesión y necesita descanso. Este interrogatorio puede esperar hasta que se recupere.

Rothen titubeó, pero decidió que valía la pena arriesgarse. Se volvió hacia Vinara.

—Tiene razón. No necesitamos oír las respuestas de Regin. Estoy seguro de que Sonea se someterá a una lectura de la verdad para probar su inocencia.

—¡No! —exclamó Regin.

Vinara entornó los ojos.

—Si ella está dispuesta, tú no puedes impedirlo, Regin.

El aprendiz hizo una mueca, como saboreando algo desagradable.

—Está bien. Se lo contaré. La seguimos al bosque para gastarle una broma. Nada peligroso. Solo estábamos... practicando lo que habíamos aprendido en clase.

—Ya veo. —La voz de Vinara era gélida—. Entonces será mejor que nos expliques en qué consistía esa broma... y ten en cuenta que la memoria de Sonea confirmará o desmentirá cualquier cosa que digas.

Tras un suspiro, Sonea señaló la página del libro con una tira de papel y se levantó

para atender la puerta. La abrió con cuidado, protegiéndola con magia por si acaso Regin trataba de entrar a la fuerza. Para su sorpresa, lord Osen esperaba fuera en el pasillo.

—Perdona que te importune —dijo lord Osen—. El administrador Lorlen desea verte en su despacho.

Sonea se quedó mirándole, mientras el calor abandonaba su rostro. Un frío temor invadió su pecho. El administrador... Ella no había hablado con él en meses. ¿Qué quería? ¿Tendría algo que ver con el Gran Lord? ¿Habría descubierto Akkarin que ella conocía su secreto?

—No te preocupes —le dijo Osen con una sonrisa—. Tan solo quiere hacerte unas preguntas.

Salió de su habitación, y le siguió fuera del alojamiento de los aprendices, a través del patio; luego franquearon la entrada trasera de la universidad. El eco de sus pasos resonaba en el pasillo desierto. Cuando el hombre abrió la puerta del despacho del administrador, Sonea contuvo la respiración. La habitación estaba atestada de magos, algunos sentados en sillas, otros de pie. Cuando entró se dio cuenta de que la mayoría de los magos superiores estaban presentes.

Al ver a Rothen, dejó escapar el aliento, aliviada. Después divisó a lord Garrel y el corazón le dio un vuelco. Así que el asunto trataba de su encuentro con Regin, entonces. Debía de haber contado un cuento excelente para atraer a los magos superiores.

Rothen sonrió y le hizo señas. Sintiendo mareada, avanzó hasta su lado.

—Sonea.

Se volvió hacia Lorlen, que estaba sentado tras un largo escritorio. La expresión del mago de túnica azul era seria.

—Hemos sido informados de un incidente acontecido esta noche entre seis aprendices y tú. Queremos que nos cuentes qué ha sucedido.

Echó un vistazo por la habitación, luego tragó saliva con dificultad.

—Lord Kiano me llevó a los campos para un examen. Volví tomando el camino largo, rodeando el alojamiento de los sanadores. Regin y sus amigos me interceptaron en el bosque. —Titubeó, preguntándose cómo iba a evitar decir algo que pudiera tomarse como una acusación.

—Continúa —dijo Lorlen—. Cuéntanos qué sucedió.

Sonea respiró hondo y prosiguió.

—Regin dijo que quería enseñarme algo que había aprendido de lord Balkan —dijo, dirigiendo la mirada hacia el mago de túnica roja—, y después los otros le pusieron las manos en los hombros. Su azote fue más fuerte de lo normal, y me di cuenta de que los otros le estaban dando de algún modo un poder extra.

—¿Qué hiciste?

—Me escudé.

—¿Eso es todo?

—No quise devolver el azote. A lo mejor no habrían podido protegerse lo suficientemente bien.

—Muy sensato. ¿Qué sucedió entonces?

—Todavía tenía mi globo de luz, así que supe que me quedaba poder.

A su izquierda alguien inspiró profundamente y Sonea se sobresaltó. Se volvió y vio que lady Vinara la miraba con ojos evaluadores.

—Continúa —dijo Lorlen.

—Sabía que no cederían, y tenía que escapar antes de que decidieran hacer algo más. Así que para que dejaran de seguirme, les deslumbré con una luz.

Pudo oír muchas voces murmurando en voz baja detrás de ella. Lorlen hizo un pequeño gesto con la cabeza y callaron.

—Algunas preguntas me vienen a la mente —dijo—. ¿Por qué tomaste el camino largo para volver de los campos?

—Sabía que me estarían esperando —respondió Sonea.

—¿Quién?

—Regin y los otros.

—¿Por qué harían tal cosa?

—Ellos siempre... —Meneó la cabeza—. Ojalá lo supiera, administrador.

Lorlen asintió y miró a Vinara.

—Su historia concuerda con la de Regin.

Sonea clavó los ojos en la sanadora.

—¿Regin le contó eso?

—Regin te acusó de intentar matarlos —explicó Rothen con calma—. Cuando se dio cuenta de que eso significaba que debía someterse a una lectura de la verdad, retiró su acusación. Entonces dije que tú te someterías a una para probar tu inocencia. Después de eso, la verdad salió a la luz.

Sonea le miró sorprendida. ¿Él había sugerido someterla a una lectura de la verdad? ¿Y si Regin no hubiera confesado? Rothen debía de haber estado convencido de que el muchacho contaría la verdad en cuanto supo que esta se revelaría de cualquier modo.

—¿Y por qué esta reunión, entonces? ¿Por qué están aquí todos los magos superiores?

Rothen no tuvo oportunidad de responder.

—¿Alguien tiene alguna pregunta para Sonea? —inquirió Lorlen.

—Sí.

Lord Sarrin se irguió y dio un paso adelante.

—Después de esta confrontación, ¿te sentiste cansada? ¿Exhausta?

Sonea negó con la cabeza.

—No, milord.

—¿Has empleado otra vez la magia esta noche?

—No... bueno, en realidad sí. Puse una ligadura en mi puerta.

Lord Sarrin arrugó los labios y miró a lord Balkan. El guerrero la contempló con aire especulativo.

—¿Has estado practicando habilidades de guerrero en tu tiempo libre? —preguntó.

—No, milord.

—¿Has tenido algún otro encuentro anterior con aprendices que utilizasen este método de combinar poder?

—No, nunca había oído hablar de ello.

Lord Balkan se inclinó hacia atrás en su silla y asintió en dirección al administrador. Lorlen paseó la mirada por la habitación.

—¿Alguna pregunta más?

Los magos se miraron entre sí y negaron con la cabeza.

—Entonces puedes irte, Sonea.

Se levantó e hizo una reverencia a los magos. La observaron en silencio al pasar. Solo después de cerrar la puerta, oyó voces en la habitación, demasiado amortiguadas para entenderlas.

Se quedó mirando la puerta, y después empezó a sonreír lentamente. Al intentar causarle problemas, Regin había provocado que la situación se le complicara a él. Se dio la vuelta y empezó a recorrer la distancia que la separaba del alojamiento de los aprendices, con la certeza de que, por una vez, nadie la molestaría en el camino.

—Tanto poder en alguien tan joven... —dijo lord Sarrin moviendo la cabeza—. Solo unos pocos han progresado tan rápidamente.

Lorlen asintió. Sus propios poderes se habían desarrollado velozmente. Como los de Akkarin. Y ambos habían sido elegidos para ocupar dos de los cargos más altos del Gremio. Pudo percibir la consternación en los rostros de los magos superiores cuando esa misma idea se les ocurrió a ellos.

Normalmente estarían complacidos de encontrar a un aprendiz tan prometedor. Pero Sonea era la chica de las barriadas, y recientemente había demostrado su cuestionable personalidad al robar un pluma. Aunque Lorlen estaba más que dispuesto a creer que se trataba de un incidente aislado, quizá como reacción al hostigamiento de los demás aprendices, otros magos no habían sido tan indulgentes.

—No deberíamos abrigar unas altas expectativas todavía —dijo para tranquilizarlos—. Podría ser simplemente que se ha desarrollado pronto, y que esto sea todo lo fuerte que llegará a ser.

—Ella ya es más fuerte que la mayoría de sus profesores, y... —Sarrin señaló a Rothen—. Y más quizá que su propio tutor.

—¿Eso es un problema? —preguntó Rothen con frialdad.

—No. —Lorlen sonrió—. Nunca lo ha sido en el pasado. Solo debes ser precavido.

—¿Es necesario que volvamos a cambiarla de clase y pasarla a un nivel superior? —Jerrick se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—Lo único que está avanzado es su fuerza —respondió Vinara—. No sus habilidades. Todavía tiene mucho que aprender.

—Todo lo que se requiere es advertir a los profesores —dijo Lorlen—. No deberían poner a prueba su fuerza sin tomar las precauciones habituales.

Todos los magos asintieron, para satisfacción de Lorlen. Los actos de Regin habían revelado más que su propia naturaleza cruel.

Habían enseñado a todo el mundo de qué era capaz Sonea. Lorlen sospechaba que también Rothen estaba sorprendido de lo fuerte que había demostrado ser.

La atención de Rothen estaba puesta en lord Garrel, sin embargo. El tutor de Regin había permanecido en silencio durante la mayor parte de la discusión. Lorlen frunció el ceño. No debían olvidar la gravedad del incidente que había motivado aquella reunión.

—¿Qué se va a hacer con respecto a Regin? —preguntó en un tono de voz que acalló los murmullos.

Balkan sonrió.

—Creo que el jovencito ha aprendido la lección. Sería un necio si volviera a provocar a Sonea.

Los demás magos asintieron y expresaron su acuerdo.

—Necesita un castigo disciplinario —insistió Lorlen.

—No quebrantó ninguna norma —protestó Garrel—. Balkan le dio permiso para practicar esa estrategia con sus compañeros de clase.

—Atacar a otro aprendiz no es lo que llamamos «practicar» —replicó Lorlen—. Es peligroso e irresponsable.

—Estoy de acuerdo —dijo Vinara con firmeza—. Y su castigo debería reflejarlo.

Los magos intercambiaron miradas entre ellos.

—Regin ha estado tomando lecciones adicionales en habilidades de guerrero —dijo Balkan—. Dado que estas han sido la causa del problema, las suspenderé por un período de... tres meses.

Lorlen arrugó los labios.

—Extiende la suspensión hasta mediados del segundo año. Creo que para entonces su clase habrá cubierto todas las lecciones con honor e imparcialidad.

Al observar a Rothen, Lorlen vio que el mago levantaba una mano para rascarse

la nariz y ocultar una sonrisa. La expresión de Garrel se ensombreció, pero guardó silencio. La comisura de la boca de Balkan se curvó hacia arriba.

—Muy bien —accedió el guerrero—. Hasta que hayan pasado los exámenes parciales de segundo año, entonces.

Lorlen miró a los demás magos. Todos asentían en señal de aprobación.

—Está decidido, pues.

Jerrik lanzó un suspiro, echó un vistazo al resto y se adelantó.

—Si eso es todo, regresaré a mis tareas.

Lorlen vio a lord Sarrin y lady Vinara levantarse también y salir de la habitación tras el rector de la universidad. Lord Garrel les siguió. Balkan contemplaba a Rothen detenidamente.

—Es una lástima que a Sonea no le entusiasme la disciplina de habilidades de guerrero. Raramente encontramos mujeres guerreras con su fuerza... ni con sus recursos.

Rothen se volvió para mirar al guerrero.

—No puedo fingir estar decepcionado por su falta de entusiasmo —replicó.

—¿La ha estado disuadiendo? —Había una nota de advertencia en la voz de Balkan.

—En absoluto —respondió Rothen suavemente—. Fue cierto incidente en la plaza Norte lo que la disuadió, y dudo que pudiera cambiarlo si lo intentara. Me llevó bastante tiempo persuadirla de que no todos somos villanos maniáticos de las peleas.

Balkan torció la boca en una sonrisa.

—La habrá convencido de que no lo somos, espero.

Rothen resopló y apartó la mirada.

—A veces, creo que soy el único que lo intenta.

—La animadversión de los demás aprendices era inevitable y no cesará tras la graduación. Debe aprender a vivir con ello. Al menos en esta ocasión empleó la magia en lugar de otras habilidades menos honrosas.

Rothen miró al otro mago con los ojos entornados. Balkan le respondió con una mirada exactamente igual. Presintiendo que aumentaba la tensión entre los dos magos, Lorlen dio unas ligeras palmadas sobre la superficie de su escritorio.

—Tan solo asegúraos de que sus peleas se limitan a la Arena —dijo—. De haber sido verano podrían haber incendiado el bosque entero. Tengo bastante trabajo que hacer sin tales desastres adicionales. Ahora, si me hacéis el favor... —Agitó ambas manos en dirección a la puerta—. ¡Quiero recuperar mi despacho!

Los dos magos inclinaron la cabeza. Tras disculparse, se encaminaron hacia la puerta y salieron. Cuando esta se cerró, Lorlen exhaló un suspiro de alivio y exasperación.

¡Magos!

17. Un compañero competente

Los senderos que cruzaban los jardines habían sido limpiados de nieve, pero los árboles aún mostraban una capa blanca en sus ramas desnudas. Rothen levantó la vista hacia la universidad. Carámbanos colgaban de las ventanas, proporcionando una decoración adicional a los marcos de piedra. Cuando llegaron a la parte delantera del edificio la nieve empezó a caer, por lo que Rothen condujo a Sonea escalera arriba, al abrigo del vestíbulo.

¿Rothen?

Dorrien.

Espero que tengas una docena de globos de calor instalados en tu habitación. No doy crédito a esta ola de frío. Es la peor que recuerdo. Ya estoy llegando a las puertas.

Rothen bajó la mirada hasta Sonea. Tenía los ojos entornados, fijos en la calle al otro lado de los portones.

—Aquí viene —murmuró ella.

Al levantar la mirada, Rothen vio a un jinete solitario que se aproximaba. Este saludó con una mano y una de las puertas empezó a abrirse hacia dentro. Antes de completar su recorrido, espoleó a su montura y franqueó la entrada al galope.

El caballo pateó la carretera circular, la túnica verde del jinete ondeaba al viento. Dorrien sonreía abiertamente, con el rostro encendido.

—¡Padre! —Cuando el caballo se detuvo, Dorrien pasó una pierna por encima de la silla y desmontó de un ligero salto.

—Muy llamativo, Dorrien —dijo Rothen con sequedad, bajando la escalera de la universidad—. Un día vas a caerte de cabeza.

—Sin duda, delante de ti —replicó Dorrien, arrojando a Rothen de verde al abrazarle—, para que puedas decir «te lo dije».

—¿Diría yo eso? —preguntó Rothen inocentemente.

—Sí, lo harías... —Los ojos azules de Dorrien escudriñaron por encima del hombro de Rothen—. Así que esta es tu nueva aprendiz...

—Sonea. —Rothen le hizo una seña y la chica empezó a descender la escalera.

Dorrien apretó las riendas del caballo contra la mano de Rothen y se adelantó. Como siempre, ver la sonrisa de su hijo tras una larga ausencia le produjo un triste dolor. Eran los momentos en que mostraba todo su encanto cuando Rothen más se acordaba de su esposa fallecida. Además, el muchacho había heredado de Yilara su casi obsesiva dedicación a la sanación.

«Él ya no es un muchacho», se recordó Rothen. Dorrien había cumplido veinticuatro años hacía unos meses. Era un hombre hecho y derecho. «A su edad —

caviló Rothen—, yo tenía esposa e hijo.»

—Saludos, lady Sonea.

—Saludos, lord Dorrien —respondió Sonea con una grácil reverencia.

Un criado de los establos apareció mientras hablaban, y Rothen le entregó las riendas del caballo.

—¿Adónde he de llevar el equipaje, milord? —preguntó el criado.

—A mis habitaciones —dijo Rothen. El hombre asintió y se alejó tirando del caballo.

—Huyamos del frío —sugirió Dorrien.

Rothen asintió y empezó a subir la escalera de la universidad. Cuando penetraron en el calor del interior, Dorrien lanzó un suspiro.

—Es bueno estar de vuelta —dijo—. ¿Cómo van las cosas aquí, padre?

Rothen se encogió de hombros.

—Tan tranquilas como de costumbre; por lo menos, parece que los únicos dramas del último año han sido aquellos en los que hemos estado involucrados. —Sonrió a Sonea—. Y ya conoces todo lo relativo a ellos.

Dorrien soltó una risita.

—Sí. ¿Y cómo está el embajador Danyl?

—Lleva varios meses sin comunicarse conmigo directamente, pero he recibido algunas cartas y una caja de vino de Elyne.

—¿Queda algo?

—Sí.

—Bien, por fin buenas noticias. —Dorrien se frotó las manos.

—¿Cómo van las cosas en el nordeste?

Dorrien se encogió de hombros.

—Como siempre. El suceso más emocionante del año fue un brote de fiebre invernal. Como es habitual, unos cuantos granjeros quisieron continuar trabajando, con lo que además padecieron un caso de pulmón podrido. Algunos accidentes que tratar, algunos fallecimientos de ancianos, algunos recién nacidos ocupando su lugar en el mundo. Ah, y uno de los chicos pastores de reber vino a mí con quemaduras. Afirmaba que había sido atacado por lo que los lugareños llaman el rey Sakan.

Rothen frunció el ceño.

—¿El rey Sakan? ¿Eso no es una antigua superstición sobre un fantasma que vive en el monte Kanlor?

—Sí, pero diría por las heridas que al muchacho se le cayeron encima varios leños encendidos.

Rothen soltó una risita.

—Los niños pueden ser increíblemente creativos cuando no quieren admitir que han hecho algo malo, o estúpido.

—Esta era una historia bastante entretenida —convino Dorrien—. El chico se inventó un retrato bastante vívido del tal rey Sakan.

Rothen sonrió. La comunicación mental era demasiado directa para esa clase de charla. Era mucho mejor hablar cara a cara. Por el rabillo del ojo vio que Sonea observaba a Dorrien. Cuando su hijo se giró para contemplar el refectorio, la chica le echó una buena ojeada, evaluándole.

Dorrien siguió la dirección de la mirada de Rothen y se volvió hacia ella, y Sonea lo tomó como una invitación para unirse a la conversación.

—¿Tuviste un viaje difícil?

Dorrien soltó un gruñido quejumbroso.

—Horrible. Ventiscas en las montañas y nevadas interminables durante el resto del trayecto. Pero cuando el Gremio llama, uno debe venir, aunque eso signifique gastar hasta la última reserva de tu poder en abrir un sendero a través de la nieve y evitar que tú y tu caballo os congeléis.

—¿No podías haber esperado hasta la primavera?

—La primavera es la época más ajetreteada del año para los pastores de reberes. Los animales empiezan a parir a sus cachorros, los granjeros trabajan demasiado duro, se producen accidentes. —Movié la cabeza de lado a lado—. No es una buena época.

—¿El verano, entonces?

Dorrien volvió a negar con la cabeza.

—Siempre hay alguien que se pone enfermo por un golpe de calor o por quemaduras de sol. Y por el catarro de verano.

—¿Otoño?

—Temporada de cosecha.

—Así que el invierno es la mejor época.

—Siempre hay alguien que viene a mí con congelaciones, y vivir encerrado durante meses puede acarrear problemas de salud, y...

—No existe ninguna época buena, ¿verdad?

El sanador sonrió abiertamente.

—No.

Salieron por la entrada trasera de la universidad y caminaron bajo la nieve hasta el alojamiento de los magos. Rothen vio que Sonea alzaba las cejas cuando Dorrien pisó la zona enlosada de la escalera y empezó a subir flotando en el aire.

—¿Sigues usando la escalera, padre? —Dorrien se cruzó de brazos y meneó la cabeza—. Supongo que sigues predicando sobre el ejercicio y la pereza. ¿Y qué hay de mantener tus habilidades en forma además de tu cuerpo?

—Me sorprende que te quede energía para levitar después de todas las vicisitudes por las que has pasado de camino aquí —replicó Rothen.

Dorrien se encogió de hombros. Al mirar con más detenimiento, Rothen percibió signos de tensión en la expresión del joven.

«Conque se está luciendo», pensó Rothen.

Yaldin había comentado en una ocasión que Dorrien podría esquilarse a un reber con sus encantos si se lo propusiera. Rothen miró a Sonea. Esta tenía la mirada fija en los pies de Dorrien, probablemente sintiendo el disco de energía debajo.

Al llegar a lo alto de la escalera, Dorrien puso un pie en el rellano y soltó un silencioso suspiro de alivio. Estudió a Sonea con la mirada.

—¿Mi padre no te ha enseñado a levitar todavía?

La chica negó con la cabeza.

—Bien, tendremos que hacer algo al respecto. —Dorrien lanzó a Rothen una mirada de reproche—. Es una habilidad que muchas veces conviene tener a mano.

¿Para impresionar a las jovencitas?

Dorrien ignoró eso. Rothen sonrió y los condujo hasta su puerta. Pasaron a la calidez de la antesala, donde fueron recibidos por Tania.

—¿Vino templado, milores?

—¡Por favor! —exclamó Dorrien.

—No para mí —dijo Sonea, de pie en el vano de la puerta—. Todavía me quedan por estudiar tres capítulos de medicina.

Dorrien parecía estar a punto de protestar, pero luego cambió de opinión.

—Se acerca el final de curso, ¿verdad, Sonea?

—Sí, quedan dos semanas para los exámenes de primer año.

—Mucho que estudiar.

Sonea asintió.

—Sí, así que debo dejaros para que os pongáis al día. Ha sido un honor conocerte, lord Dorrien.

—Encantado de conocerte a ti también, Sonea. —Dorrien alzó su copa—. Te veré más tarde, o en la cena.

La puerta se cerró silenciosamente tras ella. Los ojos de Dorrien se entretuvieron allí.

—No me dijiste que tenía el pelo corto.

—Lo tenía mucho más corto hace un año.

—Parece muy frágil. —Dorrien frunció el ceño—. Esperaba a alguien... más duro, supongo.

—Deberías haber visto lo delgada que estaba cuando vino aquí por primera vez.

—Ah —exclamó con voz seria—. Criada en las barriadas. No es de extrañar que sea tan pequeña.

—Pequeña, tal vez —coincidió Rothen—, pero no débil. No en un sentido mágico, en cualquier caso. —Rothen miró a su hijo pensativamente—. Esperaba que

podieras distraerla un poco. En lo único que ha estado pensando desde el verano es en los estudios y en sus problemas con los demás aprendices.

Una chispa de humor destelló de nuevo en los ojos de Dorrien.

—¿Distraerla? Creo que podré hacerlo... a menos que pienses que ella encontrará terriblemente aburrido a un sanador de pueblo.

La avenida principal de Ciudad Kiko serpenteaba alrededor de la isla en una ininterrumpida espiral que finalizaba en la residencia del emperador de Vin en la cima. La ciudad se había construido así, según el guía de Dannyl, para confundir y entorpecer el avance de los invasores. La carretera también era la ruta que seguían los desfiles durante las fiestas, asegurando que todos los habitantes de la ciudad tuvieran una vista de la procesión.

Dannyl y Tayend habían llegado en plena fiesta de la cosecha, y tres días más tarde aún continuaban las celebraciones.

Las tareas a desempeñar que Lorlen había pedido a Errend eran menores pero numerosas. Dannyl no podía empezar a trabajar en ellas mientras no concluyera la fiesta, por lo que él y Tayend, desde su llegada, habían pasado el tiempo relajándose en la Casa del Gremio, solo escapándose para ver las actuaciones callejeras o comprar vino y otras exquisitices locales.

Celebrantes, cantantes, bailarines y músicos abarrotaban la avenida principal durante casi todo el día, dificultando el acceso a cualquier parte rápidamente. La procesión podía evitarse, no obstante, utilizando las empinadas escaleras que unían cada vuelta de la avenida. La subida no era fácil, y Tayend respiraba con dificultad cuando finalmente alcanzaron su destino, la tienda de un comerciante de vino en la avenida principal, varios tramos de escalera por encima de la Casa del Gremio.

Dannyl se detuvo y se apoyó en un edificio, moviendo la mano en dirección a la tienda.

—Voy a descansar —dijo resollando—. Ve tú.

De pronto, una muchacha que portaba brazaletes de flores abandonó la procesión, se aproximó al académico e intentó convencerlo para que le comprara algunos. Tayend se había sentido más que abrumado por el atrevimiento de las mujeres, pero su guía les había contado que la simpatía de las mujeres vindeanas era simplemente una muestra más de los buenos modales locales.

Dannyl dejó a Tayend con sus ocupaciones, entró en la tienda y empezó a seleccionar vino. Sabiendo que Tayend apreciaría algo familiar, escogió varias botellas de vino elyneo. Como la mayoría de los vindeanos, el comerciante hablaba suficientemente bien el idioma de Dannyl para informarle del precio, pero no lo bastante para hacer trueques.

Mientras el hombre empaquetaba las botellas en una caja, Dannyl se acercó a la

ventana en saliente de la tienda. La chica de las flores había seguido su camino. Tayend estaba apoyado en la esquina del edificio, con los brazos cruzados y prestando atención a un grupo de acróbatas.

Entonces, como un rayo, surgió una mano, asió a Tayend por el brazo y tiró del académico hacia las sombras.

Dannyl se pegó un poco más a la ventana y quedó paralizado. Ahora veía a Tayend, apresado contra la pared de un callejón junto a la tienda. Un vindeano de aspecto mugriento y cabello desgredado aferraba a Tayend por el cuello con una mano. La otra empuñaba una hoja contra el costado de Tayend.

Blanco de terror, Tayend era incapaz de apartar la vista del asaltante; el hombre movió los labios. Pidiéndole el dinero, supuso Dannyl. Dio un paso hacia la puerta, y entonces se obligó a parar. ¿Qué ocurriría si un mago hacía frente al atracador?

La imaginación de Dannyl empezó a discurrir aceleradamente. Vio al atracador utilizando a Tayend como rehén... llevándose al académico con él en su huida... apuñalando a Tayend cuando hubiera perdido de vista a Dannyl.

Mientras que si Tayend le entregaba el dinero, el hombre simplemente lo cogería y se marcharía.

Los ojos de Tayend se movieron en dirección a la ventana y encontraron los de Dannyl. Señalando con la cabeza al atracador, Dannyl articuló una palabra: «Dáselo». Tayend frunció el ceño.

Al ver el cambio en la expresión del académico, el delincuente miró hacia la ventana. Dannyl se agachó y maldijo. ¿Le habría visto? Echó una ojeada por el borde de la ventana.

Tayend estaba sacando su bolsa de monedas del abrigo. El atracador la cogió y comprobó su peso. Con una mueca de triunfo, se la guardó en el bolsillo.

Entonces, con un veloz movimiento, hundió el cuchillo en el costado de Tayend.

Horrorizado, Dannyl salió disparado de la tienda. Tayend estaba encorvado, la sangre manaba a borbotones de la herida. El asaltante se preparaba para una nueva puñalada, y Dannyl, al verlo, desplegó su magia hacia él. La expresión del delincuente se tornó en sorpresa y terror cuando divisó a Dannyl. Entonces salió volando por el aire. Lanzado por encima de la carretera, chocó contra el edificio de enfrente emitiendo un escalofriante crujido y cayó al suelo, dispersando a los celebrantes cuando aterrizó entre ellos.

Durante un instante, Dannyl observó al hombre con sorpresa y terror. No había pretendido reaccionar tan violentamente. Entonces Tayend emitió un débil quejido y apartó al atracador de su mente. El mago se abalanzó hacia delante, sostuvo a Tayend cuando empezó a encogerse y lo bajó al suelo. Dannyl desgarró la camisa ensangrentada y presionó la herida con la mano.

Cerrando los ojos, envió su mente hacia dentro. El corte del cuchillo era

profundo, y había seccionado venas, arterias y órganos. Dannyl invocó el poder de sanación y lo enfocó en el área dañada. Desvió la sangre, persuadió a los tejidos a unirse e incitó al cuerpo de Tayend a expulsar la suciedad introducida por el cuchillo mugriento. Los sanadores generalmente actuaban solo hasta que la herida quedaba bien sellada y segura, ahorrando su poder para otros pacientes, pero Dannyl vertió su energía hasta que cicatrizó el tejido. Entonces escuchó al cuerpo bajo su mano, tal como le habían enseñado, comprobando que todo funcionaba correctamente.

Recibió otros mensajes. Los latidos acelerados del corazón de Tayend. La rigidez de sus músculos en tensión. Un sentimiento de alivio y terror tocó la mente de Dannyl. Este frunció el ceño. Era de esperar cierto miedo remanente, pero había algo distinto en ese sentimiento de terror. Sus sentidos se desplazaron al nivel mental y de repente los pensamientos de Tayend se derramaron en su mente.

Tal vez no lo vea... ¡No, ya es demasiado tarde! Seguro que ya lo ha notado. Ahora me rechazará. Los magos de Kyralia son así. Creen que somos unos pervertidos. Antinaturales. ¡Pero no! Lo comprenderá. Dice que sabe cómo es. Pero él no es un doncel... ¿o sí? Quizá lo oculta. No, no puede ser. Es un mago de Kyralia. Sus sanadores lo habrían detectado, y expulsado...

Dannyl, sorprendido, se retiró de la mente de Tayend, pero mantuvo los ojos cerrados y la mano en el costado del académico. Así que esa era la razón por la que Tayend rehusaba la sanación. Tenía miedo de que Dannyl pudiera sentir que... que era como Dem Agerralin. Tayend deseaba a los hombres.

Recuerdos de los últimos meses atravesaron como relámpagos la mente de Dannyl. Rememoró el día siguiente al ataque de las sanguijuelas marinas. Tayend había encontrado un par de sanguijuelas enroscadas una con la otra alrededor de una sogá. Un marinero había notado el interés de Tayend.

—Reproducirse —dijo el hombre.

—¿Cuál es el chico, y cuál es la chica? —preguntó Tayend.

—No chico o chica. Mismo.

Tayend arqueó las cejas y miró al marinero.

—¿De verdad?

El hombre se alejó a buscar un cazo de siyo. Tayend alzó la mirada a las sanguijuelas.

—Bien por vosotras —había dicho.

Al recordar su estancia en Elyne, Dannyl rememoró la conversación con Errand.

«Es el hijo menor de Tremmelin... un académico, creo... No le veo mucho por la corte, aunque le he visto con Dem Agerralin... un hombre de dudosas relaciones.»

Luego Dem Agerralin: «Todos nosotros sentimos mucha curiosidad hacia usted...».

¿Nosotros?

El mismo Tayend, en el Palacio: «La corte de Elyne es terriblemente decadente, pero también es maravillosa por su libertad. Presumimos que todo el mundo tiene unos cuantos hábitos interesantes o excéntricos».

«Y ahora, por su puesto, está preocupado por cómo reaccionaré. Nosotros los kyalianos no somos conocidos exactamente por nuestra tolerancia hacia hombres como Tayend. Eso bien lo sé yo. No es de extrañar que tuviera miedo de ser sanado. Cree que los sanadores pueden presentir si un hombre desea a otros hombres, como si fuera una enfermedad.»

Dannyl frunció el ceño. ¿Qué debería hacer ahora? ¿Debería contar a Tayend que había descubierto su secreto, o sería mejor fingir que no había percibido nada?

«No lo sé. Necesito más tiempo para meditarlo. Por ahora... sí, fingiré que no lo sé.»

Al abrir los ojos encontró a Tayend mirándole fijamente. Dannyl retiró la mano sonriendo.

—¿Estás...?

—¿Milord?

Dannyl levantó la mirada y vio que una multitud se había congregado a su alrededor. El hombre que le había interpelado era un guardia vindeano. Otros estaban interrogando a la gente. Uno examinaba al atracador que yacía boca abajo, y luego extrajo la bolsa de dinero de Tayend de la mano del hombre.

El guardia plantado al lado de Dannyl empujó con la punta de su sandalia el cuchillo lleno de sangre, tirado en el suelo junto al pie de Tayend.

—No juicio —dijo, mirando a los ojos de Dannyl con nerviosismo—. Gente dice que matar hombre malo. Usted en derecho.

Dannyl miró entre la multitud y vio los ojos abiertos del atracador. Muerto. Un escalofrío le recorrió la espalda. Nunca antes había matado. Eso era algo más en lo que tendría que pensar más tarde. Cuando el guardia se retiró, Dannyl se volvió hacia Tayend y le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Estás recuperado?

Tayend asintió con un rápido movimiento de cabeza.

—Sí, si no tienes en cuenta el hecho de que sigo temblando.

El comerciante de vinos estaba quieto en la puerta de su tienda, con aspecto inseguro y asustado. A su lado había un hombre más joven con la caja de vino en los brazos.

—Vamos, entonces. Recojamos nuestro vino. No sé tú, pero yo estoy mucho más sediento.

Tayend dio unos pasos inestables; luego pareció recobrar la confianza. Un guardia le puso en la mano la bolsa de monedas, y Dannyl sonrió ante la expresión del académico. Después, tras indicar que el compañero del comerciante debería seguirles,

echó a andar hacia la Casa del Gremio.

Las palabras en la página ante Sonea desaparecieron repentinamente bajo gruesas manchas negras. Miró por encima del hombro, pero no había nadie cerca. Oyó el sonido de más gotas cayendo sobre la página, alzó la mirada y vio un ornamentado tintero suspendido en el aire muy por encima de ella.

Desde detrás de las estanterías a su izquierda le llegaron unas risitas. El frasco se movió, amenazando con rociar de tinta la túnica de Sonea. Entornó los ojos y disparó una descarga de poder. De inmediato la tinta crepitó y se secó, y el tintero empezó a despedir un brillo rojizo. Lo lanzó hacia las estanterías, y escuchó un grito agudo.

Bajó de nuevo la vista, con una sonrisa forzada que se desvaneció en cuanto vio la tinta secándose en la página. Sacó un pañuelo y frotó las manchas con suavidad. Profirió una maldición cuando la tinta se extendió.

—Mala idea. Solo lo estás empeorando —dijo una voz por encima de su hombro.

Pegó un salto y se giró. Encontró a Dorrien de pie detrás de ella. Antes de poder impedirlo, cerró el libro de golpe.

El mago sacudió la cabeza.

—Eso seguro que no servirá de ayuda.

Sonea arrugó la frente con irritación y buscó una réplica, pero el sanador alargó la mano y le quitó el libro.

—Bien, déjame echar un vistazo. —Rompió a reír—. Alquimia de primer año. ¡No vale la pena ni guardarlo!

—Pero es de la biblioteca.

Dorrien hojeó las páginas manchadas e hizo una mueca.

—No hay nada que puedas hacer para arreglarlo —dijo, sacudiendo la cabeza—. Pero no te preocupes. Rothen puede conseguir otra copia.

—Pero...

Dorrien enarcó las cejas.

—¿Pero?

—Costará...

—¿Dinero? —concluyó Dorrien—. Sonea, eso no constituye ningún problema.

Sonea abrió la boca para protestar pero volvió a cerrarla.

—No crees que sea justo que él lo pague, ¿verdad? —Dorrien se dejó caer en una de las sillas al lado de ella—. Después de todo, tú no estropeaste el libro.

Sonea se mordió el labio.

—¿Los viste?

—Pasé junto a un aprendiz que se lamía las puntas de los dedos, que estaban quemadas, y otro que sostenía lo que parecía un tintero derretido. Cuando te vi intentando rescatar este libro, me figuré el resto. —Torció los labios—. Rothen me ha

hablado de tus admiradores.

La chica le observó en silencio, y el mago se echó a reír ante su expresión, pero era una risa ribeteada de amargura.

—Yo tampoco fui muy popular en mi primer año de universidad. Entiendo un poco por lo que estás pasando. Es una tortura, pero puedes librarte de ella.

—¿Cómo?

Depositó el libro en la mesa y se recostó en la silla.

—Antes de decir nada, será mejor que me cuentes lo que te han hecho hasta ahora. Necesito hacerme una idea de cómo son esos aprendices, particularmente Regin, antes de poder ayudarte.

—¿Ayudarme? —Le miró dubitativamente—. ¿Qué puedes hacer tú que Rothen no pueda?

El mago sonrió.

—Quizá nada, pero no lo sabremos si no probamos.

Un tanto reacia, le contó lo acontecido el primer día, lo de Issle y cómo toda la clase la había aislado. Relató lo mucho que había trabajado para poder unirse a la clase superior, lo cual solo había servido para que Regin la siguiera, y lo pronto que, tras eso, el muchacho había puesto la pluma de Narron en su caja para que todo el mundo pensara que era una ladrona. Y por último le describió la emboscada en el bosque.

—No sé por qué, pero dejé esa reunión con los magos superiores con la sensación de que estaba pasando algo más que yo desconocía —concluyó—. No me hicieron el tipo de preguntas que yo esperaba.

—¿Qué esperabas?

Sonea se encogió de hombros.

—Preguntas sobre quién empezó todo el asunto. Solo me preguntaron si estaba cansada.

—Acababas de demostrar lo fuerte que eras, Sonea —puntualizó Dorrien—. Es normal que estuvieran más interesados en eso que en cualquier riña entre tú y los aprendices.

—Pero expulsaron a Regin de la clase de Balkan hasta mediados del próximo año.

—Bueno, tenían que castigarlo —dijo Dorrien, y agitó una mano restándole importancia—, pero esa no es la razón por la que te interrogaron. Querían que tú confirmaras su historia, pero sobre todo querían calibrar tus límites.

Sonea evocó la entrevista y asintió lentamente.

—Por lo que he oído, ya eres más fuerte que muchos de los profesores de niveles inferiores —prosiguió él—. Algunos creen que tus poderes se han desarrollado a una edad temprana y que no aumentarán mucho más, otros piensan que continuarán

creciendo al mismo ritmo y que serás tan poderosa como Lorlen. ¿Quién sabe? No significará nada hasta que aprendas a utilizar ese poder.

Dorrien se inclinó hacia delante y se frotó las palmas de las manos.

—Pero los magos ahora han de reconocer que Regin y sus amigos la tienen tomada contigo. Por desgracia, solo podrán hacer algo al respecto cuando haya pruebas. Nosotros tenemos que proporcionarles esas pruebas. Creo que deberíamos convencerles de que fue él quien colocó la pluma de Narron en tu caja.

—¿Cómo?

—Hummm. —Dorrien se reclinó en la silla y tamborileó con los dedos sobre la tapa del libro—. Lo ideal sería involucrarle en un intento para hacerte quedar de nuevo como una ladrona. Entonces, cuando lo cojan, todo el mundo tendrá que considerar que también te tendieron una trampa la vez anterior. Aunque tendremos que cerciorarnos de eliminar cualquier posibilidad de que piensen que le hemos tendido una trampa...

Mientras lanzaban al aire una idea tras otra, Sonea sintió que su espíritu se encendía. Tal vez Dorrien pudiera ayudarla. Ciertamente no se parecía en nada a lo que había esperado. De hecho, decidió, no se parecía a ningún mago que hubiera conocido antes.

«La verdad es que creo que me gusta», pensó.

Sonea se quedó parpadeando sorprendida al abrir la puerta de su habitación.

—Basta de estudiar —anunció Dorrien—. Has pasado encerrada ahí dentro todas las noches de esta semana. Hoy es dialibre, y vamos a salir.

—¿Salir? —repitió Sonea.

—Salir —confirmó él.

—¿Adónde?

—Eso —dijo Dorrien, a quien le centelleaban los ojos— es un secreto.

Sonea abrió la boca para protestar, pero él le puso un dedo en los labios.

—Chist —dijo—. Ni una pregunta más.

Curiosa a pesar de su irritación, cerró la puerta y le siguió por el pasillo del alojamiento de los aprendices. Captó un tenue sonido detrás de ella y miró por encima del hombro. Regin estaba espiando a través de la puerta abierta de un dormitorio, con los labios curvados en una sonrisa maliciosa.

Se volvió y salió del edificio tras Dorrien. El sol brillaba, aunque el suelo aún estaba enterrado profundamente bajo la nieve. Dorrien caminaba rápido, y Sonea casi tuvo que correr para mantenerse a la par.

—¿A cuánto está ese lugar secreto?

—No muy lejos. —Dorrien sonrió.

No muy lejos. Como la mayoría de las respuestas de Dorrien, aquella no le dijo nada. Apretó los labios, decidida a no hacer más preguntas.

—¿Has salido muchas veces de los terrenos del Gremio desde que llegaste? —preguntó, aflojando el paso cuando entraron en la universidad.

—Unas cuantas, aunque ninguna desde que empecé la universidad.

—Pero de eso hace casi seis meses. —Dorrien meneó la cabeza—. De verdad que Rothen debería sacarte más. No es saludable pasar todo el tiempo de puertas adentro.

Ella sonrió, divertida por su desaprobación. No podía imaginarlo cómodo estando en interiores durante largos períodos de tiempo. Un ligero bronceado le coloreaba el rostro y las manos, insinuando que pasaba muchas horas bajo el sol. Su zancada era larga y ágil, y Sonea tenía que andar deprisa para seguirle el ritmo.

Se había esperado a un Rothen más joven. Aunque Dorrien tenía los ojos del mismo azul brillante que su padre, la mandíbula era más estrecha y su constitución más delgada. Sin embargo, la principal diferencia estribaba en sus personalidades. Pero ¿en verdad era así? Mientras que Rothen se dedicaba a educar aprendices, Dorrien estaba comprometido con el cuidado de las aldeas bajo su cargo. Ellos simplemente practicaban diferentes disciplinas y vivían en ambientes totalmente distintos.

—¿Adónde ibas? —preguntó Dorrien.

—Visitaba a mis tíos en las barriadas —dijo Sonea—. Creo que cada vez que me iba había unos cuantos magos preocupados por si trataba de huir.

—¿Alguna vez has pensando en huir, Sonea?

Le observó detenidamente, sorprendida por la pregunta. Su mirada era firme y su expresión seria.

—A veces —admitió, alzando la barbilla.

Dorrien sonrió.

—No creas que eres la única aprendiz que alguna vez lo ha pensado —dijo sosegadamente—. Casi todos nosotros lo pensamos en algún momento; por lo general, justo antes del período de exámenes.

—Pero tú al final te largaste, ¿no? —señaló Sonea, y el mago se echó a reír.

—Podrías verlo de esa forma.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando en el campo?

—Cinco años.

Llegaron al final del pasillo, se internaron en el vestíbulo y empezaron a subir la escalera.

—¿Echas de menos el Gremio?

Dorrien frunció la boca.

—A veces. Añoro a mi padre, sobre todo, pero también añoro tener acceso a todas sus medicinas y a todo su conocimiento. Si he de averiguar cómo tratar una enfermedad, siempre puedo comunicarme con los sanadores de aquí, pero es un proceso más lento y a menudo no dispongo en mi almacén de las medicinas que necesito.

—¿Hay alojamiento de los sanadores donde vives?

—Oh, no. —Dorrien sonrió—. Vivo en una casita en la ladera de una colina, yo solo. La gente viene a verme para que le trate sus enfermedades, o yo la visito. A veces tengo que viajar durante varias horas, y debo llevar conmigo todo lo que pienso que podría necesitar.

Sonea subió el segundo tramo de escalera tras él mientras asimilaba aquella información. Cuando llegaron a lo alto notó que, si bien le faltaba un poco el aliento, Dorrien no estaba en absoluto afectado por el esfuerzo.

—Por aquí. —Le hizo una seña y echó a andar por el corredor principal. Estaban en la segunda planta de la universidad. Sonea se preguntó, desconcertada, qué podría haber tan interesante allí arriba.

Dorrien dobló una esquina hacia un pasillo más corto. Tras girar varias veces y pasar por una estancia pequeña que no se utilizaba, se detuvo ante una puerta y pasó lentamente una mano sobre un panel incrustado en la madera. Sonea oyó un clic y a continuación la puerta se abrió hacia dentro. Dorrien le indicó con un gesto que le

siguiera y se internó en una escalera sin iluminación. Cuando la puerta se cerró tras ellos, un globo de luz cobró vida chisporroteando sobre la cabeza de Dorrien.

—¿Dónde estamos? —dijo Sonea jadeando. Habían dado tantas vueltas que se había desorientado por completo. Estaba convencida de hallarse en algún lugar cercano a la parte delantera de la universidad. No había pisos por encima, aunque la escalera continuaba.

—Estamos dentro de la universidad —dijo Dorrien con una sonrisa inocente.

—Eso ya lo sé.

El mago rió entre dientes y giró hacia la escalera. Ascendieron hasta otra puerta, la cual respondió ante su mano igual que había hecho la primera. Cuando se abrió, una ráfaga de gélido viento se precipitó al interior y le produjo escalofríos.

—Ahora estamos fuera de la universidad —dijo Dorrien mientras franqueaba la puerta.

Sonea se encontró en un ancho corredor, y la sorpresa la dejó sin aliento. Estaban en el tejado de la universidad.

Se curvaba ligeramente para evitar que la lluvia y la nieve se acumularan. Podía ver en el centro el vasto techo de cristal del Gran Salón. Había un poco de nieve amontonada alrededor de las molduras de los paneles de cristal. El borde ornamentado que remataba los muros más largos del edificio formaba una maciza baranda a la altura de la cintura.

—No sabía que era posible subir al tejado —admitió.

—Solo unos pocos magos tienen permiso para venir aquí —explicó Dorrien—. Las cerraduras responden bajo su tacto. El predecesor de lady Vinara, lord Garen, me concedió el acceso. —El rostro de Dorrien adquirió una expresión prudente—. Tras morir mi madre, él y yo nos hicimos amigos, en cierto modo. Fue como un abuelo adicional, supongo. Uno que siempre estaba cerca para hablar conmigo. Me enseñó cuando decidí se...

Una ráfaga de viento arrastró sus palabras y apresó su túnica. El flequillo de Sonea revoloteó contra su cara, aguijonándole los ojos. Se llevó una mano a la cabeza y cogió la horquilla que le sujetaba el pelo. Volviendo el rostro hacia el viento, se recogió los mechones díscolos y los apresó con fuerza.

Entonces el viento cesó abruptamente. Sintió la barrera que Dorrien había creado para protegerlos y alzó la mirada hacia él. El joven la observaba; sus ojos brillaban a la luz del sol.

—Ven aquí abajo —dijo haciéndole una seña.

Descendió dando grandes zancadas hasta la baranda, y Sonea le siguió, notando los surcos tallados en la superficie del tejado para evitar que resbalaran las botas cuando estaba mojado. Dorrien se detuvo hacia la mitad de la longitud del edificio. Barrió la nieve de la baranda y se inclinó sobre ella para otear el terreno. La distancia

hasta abajo producía vértigo.

Un grupo de sirvientes se movía apresuradamente por el sendero, abriéndose camino a través de los jardines hacia el alojamiento de los sanadores. Dividió el techo del edificio circular sobre las copas de los árboles. Hacia la derecha, vio el alojamiento de los aprendices, la Cúpula, el edificio de los Siete Arcos y las termas. Detrás se alzaba la colina de Sarika, el bosque espolverado de nieve. En la cima de la colina, la atalaya en desuso, medio derrumbada, apenas era visible, oculta en su mayor parte por los árboles.

Se volvió completamente, contempló la ciudad, y después más allá. Una franja azul, el río Tarali, serpenteaba alejándose de Imardin hacia el horizonte.

—Mira —dijo Dorrien, apuntando con el dedo—. Puedes ver las gabarras en el río.

Sonea se llevó la mano a la frente, a modo de visera, y vio una larga fila de embarcaciones planas flotando en el río a las afueras de la ciudad. En todas había hombres diminutos con remos, que utilizaban sin descanso para impulsarse, clavándolos en el lecho del río. La chica frunció el ceño.

—¿No es profundo el río?

—Lo es más cerca de la ciudad —dijo—, pero allí arriba es todavía poco profundo, lo suficiente para las gabarras. Cuando llegan a la ciudad, un bote sale y las guía hasta el puerto. Transportan productos del noroeste, lo más probable —observó Dorrien—. ¿Ves el camino al otro lado del río?

Sonea asintió. Una estrecha línea marrón corría junto a la franja azul del río.

—Cuando hayan entregado su cargamento, atarán las gabarras a un gorín, que los remontará corriente arriba. El animal será utilizado para hacer descender otras mercancías por el río; son más lentos pero más baratos de contratar.

»Para llegar a mi hogar, sigues esa carretera —señaló Dorrien—. La cordillera del Cinturón de Acero aparece en el horizontes tras unos días cabalgando.

Sonea siguió la dirección de su dedo. Grupos oscuros de árboles crecían a lo largo de la distante carretera, y más allá distinguió campos que se extendían hasta el horizonte.

Había estudiado los mapas de Kyralia, y sabía que las montañas marcaban la frontera entre Kyralia y Sachaka, igual que, al noroeste, las montañas Grises delimitaban el territorio de Elyne. Mientras miraba a lo lejos, la invadió una extraña sensación. Había lugares ahí fuera que nunca había visto —en los que ni siquiera había pensado nunca—, pero que aun así formaban parte de su tierra.

Y más allá existían otras que solo recientemente había empezado a conocer.

—¿Alguna vez has salido de Kyralia?

—No —respondió Dorrien, encogiéndose de hombros—. Puede que viaje algún día. Nunca tuve ninguna buena razón para hacerlo, y no me gusta estar lejos de mi

aldea demasiado tiempo.

—¿Y Sachaka? Vives justo al lado de uno de los pasos, ¿verdad? ¿Ni siquiera lo has cruzado para echar un vistazo?

El mago negó con la cabeza.

—Algunos pastores lo han hecho, probablemente para ver si valía la pena llevar el ganado a pacer allí. No hay ningún pueblo al otro lado, ninguno a muchos días a caballo. Es una tierra yerma.

—¿Los yermos de la guerra?

—Sí —asintió Dorrien—. Has estado prestando atención a tus lecciones de historia, por lo que veo.

Sonea se encogió de hombros.

—Es la única parte interesante. Todo lo demás, la Alianza y la formación del Gremio, es monótono y aburrido.

Se echó a reír, luego se apartó de la baranda. Caminaron lentamente de regreso a la puerta y entraron de nuevo en la pequeña habitación. Dorrien se detuvo en lo alto de la escalera y la asió del brazo.

—Entonces ¿te ha gustado mi sorpresa?

Sonea asintió con la cabeza.

—Sí.

—¿Mejor que estudiar?

—¡Por supuesto!

El mago, sonriendo con una mueca, se desplazó lateralmente, y Sonea soltó un grito ahogado cuando cayó por el hueco de la escalera. Un momento después, reapareció, flotando en un movimiento ascendente sobre un disco de magia. Se apretó el pecho con una mano y sintió que el corazón le palpitaba con fuerza.

—¡Casi se me para el corazón, Dorrien! —le recriminó.

El sanador se echó a reír.

—¿Quieres aprender a levitar?

Sonea negó con la cabeza.

—Claro que quieres.

—Me quedan por leer tres capítulos.

Sus ojos brillaron.

—Puedes leerlos esta noche. ¿Quieres aprender a hacerlo cuando los demás aprendices estén mirando? Si te enseño ahora, nadie excepto yo verá los errores que cometes.

Sonea se mordió el labio. Tenía parte de razón...

—Vamos —la apremió Dorrien. Extendió los brazos y dio una vuelta completa sobre sí mismo—. No te dejaré salir por la puerta de abajo si te niegas.

Sonea puso los ojos en blanco.

—¡Oh, vale, está bien!

La Casa del Gremio en Ciudad Kiko estaba construida sobre una abrupta pendiente. Numerosas terrazas otorgaban a los visitantes unas vistas del mar, de las playas y de la larga avenida en espiral (todavía abarrotada de celebrantes). El sonido rítmico de la música llegaba hasta los oídos de Dannyl, quien sostenía una copa de vino elyneo en una mano y la botella en la otra. Tomó un sorbo y se desplazó desde la barandilla de la terraza hasta una silla, donde se sentó, depositando la botella a un lado. Estiró las piernas y dejó que su mente vagara.

Como siempre, fue directa a Tayend.

El académico se había sentido incómodo y nervioso cerca de Dannyl desde el atraco. Aunque Dannyl había tratado de comportarse como si no hubiera notado nada inusual, parecía que no había convencido a Tayend de que su secreto seguía oculto. El académico creía que un mago, al practicar la sanación, encontraría evidencias físicas que delatarían sus inclinaciones, pero Dannyl solo podía asegurarle que eso no era cierto diciendo a Tayend que estaba equivocado. Lo cual, desde luego, revelaría que Dannyl se había enterado de su secreto.

Tayend temía que Dannyl rechazara su amistad. Era un temor razonable. Aunque los kyalianos no ejecutaban a los hombres por ese comportamiento «inaceptable», como hacían los lonmarianos, aun así se consideraba algo perverso y antinatural. Castigaban a los hombres despojándolos de sus títulos, y por asociación, sus familias eran tratadas como si todos hubieran sido contaminados. Si una familia descubría que uno de los suyos tenía esas tendencias antinaturales, le enviaban lejos para gestionar pequeñas propiedades u otros intereses familiares.

Dannyl había oído hablar de magos del Gremio que en el pasado fueron castigados de esa forma. Aunque no se les expulsó, se les consideraba parias en todos los demás aspectos. Durante el conflicto al que tuvo que hacer frente de aprendiz, le aseguraron que si se demostraba la veracidad de los rumores, quizá no le permitieran graduarse.

En todos los años desde entonces, se había mostrado cauteloso para evitar volver a levantar sospechas sobre él. En los últimos días, había estado forcejeando con un pensamiento inquietante: sería inevitable que en la corte de Elyne se especulara sobre sus preferencias si las de Tayend eran bien conocidas. Los rumores de su pasado solo añadirían más leña al fuego, y a pesar de que esos chismorreos pudieran no ser peligrosos en Elyne, una vez que llegaran a oídos del Gremio...

Dannyl meneó la cabeza. Tras pasar varios meses viajando con Tayend, cualquier daño a su reputación ya se habría producido. Para recuperarla, debería desvincularse de Tayend en cuanto regresaran a Elyne. Debería dejar claro que había quedado consternado al descubrir que su asistente era, empleando la definición del elyneo, un

«doncel».

«Tayend lo comprenderá», dijo una voz en el fondo de su mente.

«¿Lo hará? —dijo otra—. ¿Y si se enfurece y habla a Akkarin de la investigación de Lorlen?»

«No —replicó la primera—. Arruinaría su integridad como académico. Y tal vez puedas dar por terminada esta amistad de forma amable, sin herir sus sentimientos.»

Dannyl bajó la mirada a la copa de vino con el ceño fruncido. ¿Por qué se llegaba siempre a eso? Tayend era un buen compañero, un hombre que le gustaba y que valoraba. Pensar en romper su amistad por miedo a que los chismorreos alcanzaran al Gremio le hacía sentirse avergonzado y furioso. Sin duda existiría algún modo de poder disfrutar de la compañía del académico sin poner en peligro su reputación.

«Que hablen los chismosos —pensó—. No permitiré que arruinen otra prometedor amistad.»

Pero si llegaba a oídos del Gremio, y se escandalizaban tanto que le ordenaban regresar a casa...

«No, no harían algo tan drástico basándose en un mero rumor. Saben cómo es la corte de Elyne. No actuarán a menos que oigan algo que sea verdaderamente digno de tener en cuenta.»

«Y no lo oirán», se dijo Dannyl. Estaba claro que no escaparía de ese tipo de especulaciones. Así que tendría que aprender a vivir con ellas. Manejarlas. Tal vez incluso convertirlas en una ventaja para él...

—¿No estarás planeando beberte esa botella tú solo?

Sobresaltado, Dannyl levantó la mirada y encontró a Tayend parado en la puerta de la terraza.

—Por supuesto que no —respondió.

—Bien —dijo Tayend—. De lo contrario parecería un estúpido llevando esto por ahí. —Alzó una copa vacía.

Tayend observaba a Dannyl mientras este servía el vino, pero apartó la vista rápidamente cuando sus miradas se encontraron. El académico se acercó a la barandilla y contempló el mar.

«Es la hora —decidió Dannyl—. Hora de decir la verdad, y no voy a echarme atrás.»

Respiró hondo.

—Tenemos que hablar —dijo Tayend de repente.

—Sí —convino Dannyl. Meditó sus palabras cuidadosamente—. Creo que sé por qué no me dejabas sanarte.

Tayend torció el rostro en una mueca.

—Me dijiste en una ocasión que entendías lo difícil que era para... para hombres como yo.

—Pero tú dijiste que los hombres como tú eran aceptados en Elyne.

—Lo son, y no lo son. —Tayend bajó la vista a la copa, y luego la apuró. Se giró y miró a Dannyl a la cara—. Por lo menos no repudiamos a la gente por ello —dijo acusadoramente.

Dannyl hizo una mueca.

—Como nación, Kyrulia no es conocida por su tolerancia. Sabes que yo mismo lo he experimentado. Pero, sin embargo, no todos tenemos prejuicios.

Tayend arrugó la frente.

—Yo iba a ser mago, antes. Un primo mío me examinó y encontró potencial. Iban a enviarme al Gremio. —A Tayend se le empañaron los ojos, y Dannyl detectó una expresión de nostalgia en el rostro del académico, pero entonces este sacudió la cabeza y suspiró—. Después oí hablar de ti y me di cuenta de que no importaba si los rumores eran ciertos o no. Estaba claro que yo nunca sería mago. El Gremio descubriría lo que era y me mandaría directamente a casa.

Dannyl sintió de repente una ira extraña y sorda. Con su excelente memoria y su agudo intelecto, Tayend habría sido un mago admirable.

—¿Y cómo hiciste para evitar unirse al Gremio?

—Le dije a mi padre que no quería. —Tayend se encogió de hombros—. Por entonces él no sospechaba nada. Más tarde, cuando empecé a relacionarme con ciertas personas, sacó sus propias conclusiones sobre la verdadera razón. Cree que dejé escapar la oportunidad porque quería recrearme con cosas que el Gremio no permitiría. Nunca entendió que yo no sería capaz de ocultar lo que era.

Tayend bajó la mirada a la cepa vacía, luego dio una larga zancada hacia la botella y la cogió. Rellenó la copa y se tomó el vino de un trago.

—Bueno —dijo, volviendo a mirar hacia el mar—, si sirve de consuelo, siempre supe que los rumores sobre ti no podían ser ciertos.

Dannyl torció el gesto.

—¿Por qué dices eso?

—Bien, si fueras como yo, y no pudieras evitar lo que sientes, entonces los sanadores lo habrían descubierto, ¿no?

—No necesariamente.

Los ojos del académico se abrieron de par en par.

—¿Me estás diciendo...?

—Ellos perciben lo físico. Eso es todo. Si en el cuerpo de un hombre existe una causa que le haga desear a otros hombres, los sanadores no la han hallado aún.

—Pero me contaron... me contaron que los sanadores podían determinar si a alguien le pasaba algo malo.

—Y pueden.

—Así que esto... no es algo malo ni... —Tayend frunció el ceño y miró a Dannyl

—. ¿Y cómo supiste lo mío?

Dannyl sonrió.

—Tu mente lo estaba gritando tan alto que apenas pude ignorarlo. Las personas con potencial mágico que no aprenden a utilizarlo a menudo proyectan sus pensamientos con mucha fuerza.

—¿Sí? —Tayend apartó la mirada, sonrojado—. ¿Cuánto... cuánto leíste?

—No mucho —le aseguró Dannyl—. Sobre todo tus miedos. No continué escuchando. No es de buena educación.

Tayend asintió. Reflexionó durante un instante, y luego abrió bien los ojos.

—¡Significa que podría haberme unido al Gremio! —Fruunció el ceño—. Pero no estoy seguro de si me habría gustado mucho. —Tayend se acercó a una silla que había junto a la de Dannyl y se sentó—. ¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Sí.

—¿Qué pasó realmente entre ese aprendiz y tú?

Dannyl suspiró.

—Nada. —Echó un vistazo a Tayend, que le observaba expectante—. Muy bien. La historia completa, entonces.

»Yo no era popular. Los nuevos aprendices a menudo piden a los mayores que les ayuden con los estudios, pero tuve problemas en encontrar a alguno que accediera a echarme una mano. Había oído historias sobre uno de los chicos mayores, y que los demás aprendices le evitaban a causa de esas historias, pero él era uno de los mejores de su año y decidí ignorar los rumores. Cuando accedió a ayudarme yo estaba bastante satisfecho conmigo mismo. —Meneó la cabeza—. Pero había un aprendiz en mi clase que me odiaba.

—¿Lord Fergun?

—Sí. Nos habíamos insultado y gastado jugarretas el uno al otro desde el mismo inicio de las clases. Él había escuchado las historias sobre el chico que me ayudaba, y fue todo lo que necesitó para difundir un nuevo rumor. Lo siguiente fue un interrogatorio por parte de los magos superiores.

—¿Qué sucedió?

—Negué los rumores, por supuesto. Decidieron que la mejor forma de acallar los chismorreos era separándonos, así que me ordenaron que me apartara de aquel chico. Desde luego, los aprendices no necesitaron mayor confirmación que esa.

—¿A él qué le pasó? ¿Eran ciertos los rumores sobre ese chico?

—Se graduó y regresó a su país; es todo lo que puedo contarte. —Al ver la mirada de Tayend, afilada por la curiosidad, Dannyl agregó—: No, no voy a decirte su nombre.

Tayend, que parecía decepcionado, se recostó en la silla.

—¿Y qué pasó después?

Dannyl se encogió de hombros.

—Seguí estudiando y me aseguré de no atraer más sospechas sobre mí. Con el tiempo todo el mundo se olvidó de ello, excepto Fergun... y la corte de Elyne, por lo que parece.

Tayend no sonrió. Una arruga surgió entre sus cejas.

—¿Y qué harás ahora?

Dannyl se rellenó la copa.

—Como las Tumbas de las Lágrimas Blancas están cerradas durante las festividades, no hay mucho que hacer excepto beber y relajarse.

—¿Y luego?

—Supongo que visitaremos las Tumbas.

—¿Y luego?

—Eso depende de lo que encontremos. En cualquier caso, regresaremos a Elyne.

—Eso no es lo que quería decir. —Tayend sostuvo la mirada de Dannyl—. Si ser visto con un aprendiz que podría haber sido o no un doncel fue suficiente para causarte tantos problemas, entonces asociarte con un hombre que es sabido que es un doncel será mucho, mucho peor. Dijiste que tuviste que evitar levantar sospechas sobre ti. Puedo seguir asistiéndote desde la biblioteca, pero te enviaré lo que encuentre a través de un mensajero.

Dannyl sintió que algo se retorció en su interior. No había considerado la posibilidad de que Tayend sugiriera eso. Al recordar sus pensamientos previos acerca de dar por terminada su amistad, sintió una punzada de culpa.

—Ah, no —respondió—. Tú no te desharás de mí tan fácilmente.

—Pero ¿qué podría atraer más sospechas sobre ti que relacionarte con...?

—¿... un académico de la Gran Biblioteca? —concluyó Dannyl—. ¿Un asistente bueno y valioso? ¿Y un amigo? Si los chismosos van a hablar, ya habrán empezado. Tendrán más de que hablar si se enteran de que nos comunicamos en secreto.

Sorprendido, Tayend abrió la boca para hablar, pero se limitó a negar con la cabeza. Posó la mirada en su copa, y la alzó para brindar con Dannyl.

—Esta es por la amistad, entonces.

Sonriendo, Dannyl levantó la suya para entrecucharla con la del académico.

Rothen recorría con un dedo los lomos de los libros mientras buscaba. Se detuvo cuando la puerta de la biblioteca de los magos se abrió, y levantó la mirada. Vio que Dorrien entraba en la sala con paso enérgico, seguido de Sonea. Frunció el ceño. La chica le había pedido que cogiera varios libros de la biblioteca, pero ahí estaba ella con Dorrien.

Lord Jullen la miró con cara de pocos amigos y le dijo que pusiera su caja en los estantes próximos a la puerta. Ella sacó unas cuantas hojas de papel y dejó la caja.

Dorrien asintió educadamente en dirección al bibliotecario y después condujo a Sonea hacia las largas hileras de estanterías.

Rothen decidió encontrar los libros antes de ir tras la pareja, y continuó su búsqueda, dando finalmente con el primero de la lista a varios estantes de distancia de donde debería estar. Maldijo en silencio al mago que lo hubiera colocado en el lugar erróneo.

Fue solo vagamente consciente de que alguien se aproximaba a lord Jullen y le pedía ayuda, pero se percató de que Dorrien había iniciado una conversación amistosa con lord Galin en el pasillo de al lado. Alguien empezó a toser fuertemente a su espalda, y al mirar atrás vio a lord Garrel tapándose la boca con un pañuelo. Entonces una exclamación atrajo su atención.

—¡Regin! —bramó Galin, emergiendo del pasillo a trancos. A través de los estantes, Rothen pudo ver a Regin de pie junto al escritorio de Jullen.

—¿Sí, milord? —Su expresión era todo inocencia y perplejidad.

—¿Qué acabas de poner en esa caja?

—¿Qué caja, milord?

Galin entornó los ojos.

—¿Cuál es el problema, lord Galin? —Lord Garrel recorrió el pasillo a grandes zancadas y se aproximó al escritorio de Jullen.

—Acabo de ver a Regin coger algo del escritorio de Jullen y ponerlo en esta caja. —Galin sacó la caja de Sonea del estante y la depositó en la mesa delante de Regin.

Rothen oyó voces murmurando y miró alrededor. Los magos se estaban congregando en grupos de dos y de tres, observando el desarrollo de aquel drama. Lord Jullen salió de detrás de las estanterías. Miró a los magos, al aprendiz y luego a la caja.

—¿Qué está pasando aquí? Esta es la caja de Sonea.

Galin alzó las cejas.

—¿Sí? Qué interesante.

Repitió lo que había visto. La frente de lord Jullen se arrugó en un gesto desaprobatorio.

—¿Por qué no vemos cuál de vuestras posesiones pensaba Regin que a Sonea le gustaría tener desesperadamente?

Regin palideció. Rothen sintió que una sonrisa se extendía por su rostro. Casi soltó un grito de sorpresa cuando una mano le tocó el hombro. Al volverse, encontró a Dorrien a su lado, a quien le brillaban los ojos con un familiar destello de picardía.

—¿Qué has hecho? —susurró Rothen acusadoramente.

—Nada —replicó Dorrien, abriendo bien los ojos con fingida inocencia—. Regin lo hizo todo. Yo solo me aseguré de que alguien estuviera mirando.

Se oyó un clic al abrirse la caja de Sonea, y Rothen vio a Jullen sacar un objeto

negro y brillante.

—Mi tintero elyneo de doscientos años de antigüedad. —El bibliotecario frunció el ceño—. Valioso, pero con una fuga. Debo felicitarte, Regin. Incluso aunque Sonea hubiera conseguido devolverlo, sus apuntes aún seguirían cubiertos de tinta.

Regin miró a su tutor con desesperación.

—Sin duda quería estropear sus notas —dijo Garrel—. Es solo una chiquillada.

—Yo no lo creo —le interrumpió Galin—. O le bastaría con haber vertido el contenido del tintero sobre los papeles y dejarlo en el escritorio de lord Jullen.

La expresión de Garrel se ensombreció, pero la mirada acusadora de Galin permaneció impasible. Lord Jullen contempló a un mago y a otro, y después miró hacia las estanterías.

—Lord Dorrien —llamó.

Dorrien se adelantó.

—¿Sí?

—Por favor, encuentre a Sonea y tráigala aquí.

Dorrien asintió y recorrió las hileras de estanterías. Rothen observó el rostro de Sonea cuando esta se presentó ante los magos. De inmediato la expresión de ella se tornó cautelosa. Cuando Jullen le explicó lo sucedido, abrió los ojos y dirigió a Regin una mirada feroz.

—Me temo que tus notas han quedado arruinadas, Sonea —dijo Jullen, inclinando la caja hacia ella. Miró dentro y torció el gesto—. Si quieres, guardaré tu caja en mi armario de ahora en adelante.

La chica le miró sorprendida.

—Gracias, lord Jullen —dijo en voz baja.

El mago cerró la caja y la colocó en el armario detrás de su escritorio. Galin miró a Regin.

—Puedes volver a tus estudios, Sonea. Regin y yo vamos a tener una charla con el rector de la universidad.

Sonea miró una vez más a Regin; luego se dio la vuelta y se encaminó a las estanterías. Dorrien vaciló al principio y después la siguió.

Galin clavó los ojos en Garrel.

—¿Viene?

El guerrero asintió.

Cuando los dos magos y el aprendiz abandonaron la biblioteca, Dorrien y Sonea se acercaron a Rothen. Ambos lucían una expresión de petulancia no disimulada. Moviendo la cabeza de lado a lado, Rothen les dirigió una mirada severa.

—Eso fue arriesgado. ¿Y si nadie lo hubiera visto?

Dorrien sonrió.

—Ah, pero me aseguré de que alguien lo hiciera. —Miró a Sonea—. Lograste

que tu expresión de sorpresa pareciera convincente.

La chica sonrió con astucia.

—Es que me sorprendió que hubiera funcionado.

—¡Vaya! —dijo Dorrien—. ¿Nadie tiene confianza en mí? —Se puso serio y miró a Rothen—. ¿Te percataste de quién se llevó a Jullen de su escritorio y distrajo a todo el mundo mientras Regin realizaba su malvada acción?

Rothen repasó lo sucedido.

—¿Garrel? No. No seas ridículo. Regin estaba sacando provecho de la situación. Solo porque Garrel fue quien pidió ayuda y tosió en el mismo momento en que Regin hizo su movimiento no significa que esté involucrado en estas fechorías infantiles.

—Probablemente tengas razón —dijo Dorrien—. Pero yo que tú no le quitaría ojo.

19. Comienzan las pruebas

El cielo empezaba a calentarse con el resplandor del amanecer cuando Sonea salió de las termas. El aire seguía siendo frío, sin embargo, así que creó una barrera a su alrededor y caldeó el aire en el interior. Cuando se detuvo para alisarse la túnica, una figura de verde surgió de la sección de las termas reservada a los hombres.

Su estado de ánimo se iluminó al reconocer a Dorrien. Como este planeaba marcharse esa mañana temprano, se habían despedido la noche anterior tras la cena en los aposentos de Rothen. Pero ahora tenía una oportunidad más de hablar con él antes de que se fuera.

—Debería haber imaginado que eras madrugador —dijo ella.

Darrien se volvió, parpadeando sorprendido.

—¡Sonea! ¿Qué estás haciendo levantada al amanecer?

—Siempre empiezo temprano. Así puedo hacer cosas sin que nadie me moleste.

El mago esbozó una sonrisa.

—Una sabia medida, aunque quizá ya no será necesario. Regin ya te deja tranquila, ¿verdad?

—Sí.

—Bien. —Le dirigió una extraña mirada, ladeando ligeramente la cabeza—. Iba a visitar una vieja guarida mía antes de irme. ¿Quieres venir?

—¿Dónde está?

—En el bosque.

Sonea echó una ojeada a los árboles.

—¿Otro de tus lugares secretos?

Dorrien sonrió.

—Sí, pero esta vez es realmente secreto.

—¿Sí? Pero si me lo enseñas, entonces dejará de serlo.

—Supongo —dijo con una risita—. Es solo un lugar que solía visitar cuando era niño. Me escondía allí siempre que me metía en líos.

—Entonces estoy segura de que lo hacías a menudo.

—Por supuesto que sí. —Sonrió abiertamente—. Bueno, ¿vienes?

Sonea bajó la mirada a la caja. Su siguiente parada iba a ser el refectorio.

—¿Tardaremos mucho?

El sanador negó con la cabeza.

—Te traeré de vuelta a tiempo para las pruebas.

—Muy bien —dijo ella.

Echó a andar por el sendero que ascendía hasta el bosque. Caminando a su lado, Sonea pensó en la última vez que había tomado aquella ruta. Había sido una fría

noche casi un año antes, cuando todavía era una «prisionera» del Gremio. Rothen había determinado que ella necesitaba aire fresco y algo de ejercicio. A no mucha distancia dentro del bosque había un antiguo cementerio, y Rothen le había explicado lo que le sucedía a los magos cuando morían.

Se estremeció al recordarlo. Cuando la vida de un mago llegaba a su fin, la mente renunciaba al Control sobre su poder. La magia remanente que quedaba en el cuerpo lo consumía, convirtiendo la carne y los huesos en cenizas y polvo. Dado que no quedaba nada que enterrar, nunca se sepultaba a los magos, así que la existencia del antiguo cementerio era un misterio.

La zancada de Dorrien era larga, y ella tuvo que andar con rapidez para mantener su ritmo. Repasando la conversación de la noche anterior, recordó lo ansioso que estaba por regresar a su hogar, pero ella no pudo evitar desear que se quedara un poco más. No recordaba haber disfrutado tanto en las últimas semanas. Aunque Rothen era una buena compañía, Dorrien era enérgico y siempre estaba buscando oportunidades para divertirse. Le había enseñado a levitar, y también varios juegos. Todos ellos tenían que ver con la magia, y era evidente que le entusiasmaba tener una compañera con la que practicarlos.

—¿Cómo es ser el único mago entre personas normales y corrientes? —preguntó.

Dorrien meditó la pregunta.

—Es satisfactorio y desafiante. La gente nunca olvida que eres diferente, independientemente de cuánto intimes con ellos. Se sienten incómodos porque puedes hacer algo que no entienden. Algunos de los granjeros no permiten que les toque, incluso aunque están más que felices de dejarme sanar a sus animales.

Sonea asintió.

—La gente de las barriadas también es así. Les aterrorizan los magos.

—La mayoría de los granjeros me tenían miedo al principio. Transcurrió mucho tiempo antes de que confiaran en mí.

—¿Te sientes solo?

—A veces. Aunque merece la pena. —Ya habían alcanzado la carretera, y Dorrien torció a la izquierda—. Hay algo bueno en lo que hago. Hay personas en esas montañas que habrían muerto si yo no hubiera estado por allí para ayudar.

—Eso debe de ser maravilloso, saber que has salvado la vida de alguien.

Dorrien sonrió.

—Es el mejor uso que se le puede dar a la magia. En comparación, el resto no es más que una serie de juegos frívolos. Padre no estaría de acuerdo, pero yo siempre he pensado que la alquimia es un desperdicio de poder, y en cuanto a las habilidades de guerrero... bueno, ¿qué puedo decir?

—Los alquimistas dicen que han creado e inventado cosas para hacer la vida de la gente más segura y cómoda —señaló Sonea—. Los guerreros dicen que son

esenciales para la defensa de Kyralia.

El sanador asintió.

—Los alquimistas han realizado buenos trabajos, y no es prudente dejar que los magos olviden cómo defenderse. Supongo que tengo rencor a aquellos que pasan su tiempo satisfaciendo sus deseos cuando podrían estar ayudando a otros... a aquellos que malgastan su tiempo en pretenciosas aficiones.

Sonea sonrió al pensar en los experimentos de Dannyl con la transferencia de imágenes mentales al papel, abandonados desde que era embajador del Gremio en Elyne. Dorrien probablemente no aprobaría la «afición» de Dannyl.

—Hay demasiados alquimistas y no los suficientes sanadores —prosiguió Dorrien—. Los sanadores se dedican tan solo a aquellos con dinero y estatus porque no tienen tiempo para tratar a todo el mundo. Todos nosotros aprendemos sanación básica. No hay razón para que los alquimistas y los guerreros no puedan dedicar parte de su tiempo echando una mano a los sanadores. De esa forma podríamos ayudar a más gente.

»Yo trato a todo aquel que necesita mi ayuda: pastores, artesanos, granjeros, peregrinos de paso... No hay razón por la que los sanadores de aquí no deberían hacer lo mismo. Los artesanos aquí pagan impuestos, y parte de ellos se destinan al mantenimiento del Gremio. Deberían tener acceso a un servicio que se sustenta con su dinero.

El tono de su voz había crecido en intensidad. Era evidente que creía en ello pasionadamente.

—¿Y la gente de las barriadas? —inquirió ella.

Dorrien se detuvo en seco y se volvió para mirarla.

—También —dijo, empezando a caminar con un paso más lento—. Aunque creo que deberíamos vigilar cómo lo acometemos.

Sonea frunció el ceño.

—¿Eh?

—Las barriadas forman parte de un problema mucho mayor, y fácilmente podríamos malgastar mucho tiempo y esfuerzo. Son como (perdóname por la expresión) forúnculos en la piel de la ciudad: señalan problemas más profundos del cuerpo. Los forúnculos no desaparecerán mientras esos problemas no se traten.

—¿Problemas más profundos?

—Bueno —empezó Dorrien, mirándola—, si me ciño a mi analogía, diría que la ciudad se ha convertido en un viejo guerrero gordo comedor de dulces. No es consciente, o no se preocupa, de la glotonería que está destruyendo los sistemas de su cuerpo ni de la panza que lo afea. Ya está muy lejos de encontrarse sano, pero como no tiene ningún enemigo más del que preocuparse, es feliz viviendo recostado y dándose todos los gustos.

Sonea le observaba impresionada. Lo que estaba diciendo, se dio cuenta, era que el rey y las Casas eran glotones y vagos, y que el coste de eso lo pagaban el resto de los habitantes de la ciudad, como los de las barriadas. Dorrien la miró de nuevo, con incertidumbre en los ojos.

—O sea —agregó rápidamente—, que no estoy diciendo que no deberíamos hacer nada porque sea un problema demasiado grande. Deberíamos estar haciendo algo.

—¿Como qué?

El mago sonrió.

—Oh, pero no quiero arruinarte el paseo con mis críticas y delirios. Mira, ya estamos en la carretera.

Dorrien la guió por la calzada, pasando por las casas de los residentes ancianos del Gremio ya retirados. Cuando alcanzaron el final de la vía, se internó en el bosque, haciendo crujir la nieve bajo sus botas. Sonea le seguía detrás, pisando sobre las huellas que iba dejando el mago.

Pronto el terreno se hizo irregular. La pesada caja le dificultaba el avance por el bosque, así que la dejó apoyada en un leño, protegida por una barrera mágica. La abrupta pendiente pronto le hizo perder el aliento. Finalmente Dorrien se detuvo y posó la mano en el tronco de un árbol gigantesco.

—El primer indicador. Recuerda este árbol, Sonea. Camina en la misma dirección que sigue la carretera hasta llegar a él, luego gira al este y asciende hasta que encuentres la muralla.

—¿La Muralla Exterior?

Asintió, y Sonea reprimió un gemido. El camino por el bosque hasta la Muralla Exterior debía de ser largo. Caminaron con dificultad por la nieve colina arriba durante varios minutos, hasta que Sonea empezó a jadear, falta de aliento.

—¡Para! —gritó cuando pareció que sus piernas no podrían llevarla más lejos.

Dorrien se giró y sonrió de oreja a oreja, pero a ella le produjo satisfacción ver que él también respiraba costosamente. Señaló un montón de rocas cubiertas de nieve más adelante.

—La muralla.

Sonea se quedó mirando la nieve, y entonces se dio cuenta de que las rocas, debajo, eran en realidad enormes bloques de piedra esparcidos por el bosque. Esos escombros eran todo lo que quedaba de la Muralla Exterior.

—Ahora —dijo Dorrien respirando entrecortadamente—, tomamos de nuevo rumbo al norte.

Antes de poder protestar, él ya se alejaba a grandes zancadas. Era más fácil caminar ahora que no trepaban la colina, y gradualmente recuperó el aliento. Dorrien llegó a un afloramiento de rocas, trepó sobre ellas y desapareció. Sonea siguió las marcas que había dejado en la nieve y se encontró en el interior de un pequeño

círculo de rocas monolíticas. Por la profusión de árboles se dio cuenta de que ese lugar quedaría bien oculto cuando brotaran las hojas. A un lado el agua se ondulaba al caer por las rocas y se acumulaba en un estanque con los bordes congelados antes de derramarse por encima de otras rocas.

Dorrien aguardaba a varios pasos de distancia, sonriendo.

—Aquí está. El manantial. La fuente de agua del Gremio.

Sonea caminó hasta su lado y vio agua vertiéndose por una grieta en las rocas.

—Es maravilloso —dijo, alzando la mirada hacia Dorrien—. En verano debe de ser encantador.

—No esperes al verano —dijo Dorrien con los ojos brillantes—. Es igual de maravilloso en primavera. Solía visitar el lugar en cuanto la nieve empezaba a derretirse.

Sonea intentó imaginarse a Dorrien de niño, subiendo a duras penas la pendiente y sentándose allí él solo. El niño que llegó a ser un aprendiz del Gremio y luego un sanador. Ella también volvería allí, decidió. Sería un lugar al que acudir cuando necesitara estar un rato sola, alejada de Regin y de los demás aprendices. Tal vez esa había sido la intención de Dorrien todo el tiempo.

—¿En qué estás pensando, pequeña Sonea?

—Quiero darte las gracias.

El mago arqueó las cejas.

—¿Darme las gracias?

—Por hacer que Regin mordiera el cebo. Por llevarme al tejado de la universidad. —Soltó una risita—. Por enseñarme a levitar.

—Bueno —dijo, restándole importancia con un movimiento de la mano—. Eso fue fácil.

—Y por hacer que vuelva a divertirme. Supongo que casi creía que la diversión no formaba parte de ser mago. —Sonrió torciendo la boca—. Sé que tienes que irte, pero ojalá pudieras quedarte más tiempo.

El semblante de Dorrien se tornó serio.

—Yo también te echaré de menos, pequeña Sonea. —Dio un paso en su dirección, luego abrió la boca como para agregar algo más, pero de esta no surgió ninguna palabra. Sujetándole la barbilla con un dedo, le levantó la cabeza, se inclinó hacia ella y posó los labios sobre su boca.

Sonea se retiró un poco, sorprendida. Él estaba muy cerca, con ojos brillantes e interrogantes. De repente, la joven tenía la cara muy caliente, y el corazón le latía muy deprisa. Sonreía tontamente y, aunque lo intentó, no pudo parar. Dorrien rió suavemente, y entonces se inclinó para besarla de nuevo.

Esta vez el beso se alargó por más tiempo, y ella fue consciente de la suavidad y calidez de sus labios. Sintió un escalofrío recorriéndole la espalda, pero no tenía frío.

Cuando él se apartó, Sonea se balanceó un poco hacia delante, prolongando el contacto.

El mago dio un paso hacia atrás, y su sonrisa se desvaneció.

—Lo lamento, eso fue injusto por mi parte.

La chica tragó saliva. Y recuperó el habla.

—¿Injusto?

Se miró los pies, con expresión seria.

—Porque me marchó. Porque tú podrías querer o necesitar a alguien más entre ahora y quién-sabe-cuándo, y alejar a otros pretendientes de ti por mi culpa.

Sonea rió, con cierta amargura.

—Lo dudo.

Dorrien la miró con recelo, y Sonea frunció el ceño. ¿Pensaría ahora que sus atenciones hacia ella eran bien recibidas solo porque creía que nadie más se interesaría jamás en ella, en un sentido romántico?

¿Lo creía? Hasta hacía un momento ni siquiera había considerado la posibilidad de que él pudiera ser algo más que un simple amigo. Sacudió la cabeza y sonrió.

—Menuda sorpresa me has dado esta vez, Dorrien.

Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba.

¿Dorrien?

Sonea reconoció la voz mental de Rothen.

Padre, respondió Dorrien.

¿Dónde estás?

Salí a dar un paseo matutino.

El mozo de cuadra está aquí.

Volveré pronto.

Dorrien puso una mueca de disculpa.

—Me temo que tardamos más en llegar aquí de lo que pensé.

Sonea sintió una punzada de inquietud. ¿Llegaría tarde a los exámenes de primer año?

—Vamos.

Pasaron con dificultad sobre las rocas e iniciaron el camino de regreso. Tras varios minutos caminando a paso rápido por el bosque, encontraron el leño donde había dejado la caja. No mucho después, llegaron a la carretera y pudieron echar a correr.

De cuando en cuando lanzaba miradas a Dorrien, preguntándose qué estaría pensando. Otras veces notaba que él la observaba, y sonreía cuando ella alzaba la mirada al encuentro de sus ojos. Alargó el brazo y la tomó de la mano. Sus dedos eran cálidos, y se sintió decepcionada cuando tuvieron el Gremio a la vista y él dejó caer la mano a un costado.

Cuando se aproximaban al alojamiento de los magos, Rothen salió a su encuentro dando grandes zancadas.

—Tu caballo te espera delante, Dorrien. —Rothen los miró de arriba a abajo, y alzó las cejas al percatarse de la nieve en su calzado y en sus túnicas—. Será mejor que os sequéis.

El vapor se elevó en nubecitas de las ropas de Dorrien mientras echaban a andar por el sendero que corría junto a la universidad. Sonea se concentró y calentó al aire alrededor de su túnica para secarla. Un sirviente se reunió con ellos frente a la escalera de la universidad, sosteniendo las riendas del caballo de Dorrien.

Dorrien envolvió primero a Rothen, luego a Sonea, en un fuerte abrazo.

—Cuidaos el uno al otro —dijo.

—Cuídate tú también —respondió Rothen—. Y no te metas en tormentas de nieve solo por llegar a casa antes.

Dorrien montó en la silla de un salto.

—¡No ha habido nunca una tormenta que pudiera impedirme llegar a casa!

—Entonces ¿de qué te has estado quejando las pasadas cuatro semanas?

—¿Yo? ¿Quejarme?

Riendo, Rothen se cruzó de brazos.

—Largo de aquí, Dorrien.

Dorrien sonrió con una mueca.

—Que te vaya bien, padre.

—Hasta pronto, Dorrien.

Los ojos de Dorrien titilaron con un pestañeo en busca de los de Sonea. Esta sintió un contacto vacilante en el borde de su mente.

Hasta pronto, Sonea. Aprende rápido.

Después el caballo de Dorrien se alejó, franqueando al galope las puertas e internándose en las calles cubiertas de nieve de la ciudad.

Permanecieron durante unos minutos contemplando las puertas. Rothen suspiró y se volvió a mirar a Sonea. Entornó los ojos.

—Hummm —dijo—. Algo pasa aquí.

La chica mantuvo una expresión neutral.

—¿Como qué?

—No te preocupes. —Sonrió de manera cómplice y empezó a subir la escalera de la universidad—. Lo apruebo. No creo que la diferencia de edad importe. Son solo unos pocos años. Te das cuenta de que tienes que quedarte aquí hasta la graduación, ¿verdad?

Sonea abrió la boca para protestar, pero entonces la cerró al captar un movimiento en el vestíbulo. Se aferró al brazo de Rothen.

—Me da igual que especules, Rothen —dijo en voz baja—. Pero te agradecería

que lo hicieras en privado.

El mago frunció el ceño y la miró sorprendido. Ella mantenía su atención en el portal. Cuando entraron, la sala retumbó con el eco de unos pasos rápidos en los escalones. Sonea levantó la mirada y vislumbró la figura familiar de un aprendiz precipitándose escalera arriba.

Se le encogió el estómago. Había captado con claridad la expresión del semblante de Regin antes de que este se escabullera fuera de su vista. Puede que se hubiera ganado la hiriente compasión de los profesores ahora que Regin había sido pillado tendiéndole una trampa, pero dudaba que se hubiera librado de su acoso. La preparación de los exámenes de primer año había mantenido al chico ocupado, pero Sonea sospechaba que estaba planeando una venganza especialmente desagradable.

—Te veré esta noche —dijo a Rothen.

Este asintió con solemnidad.

—Buena suerte, Sonea. Sé que lo harás bien.

La chica sonrió, y empezó a subir la escalera. Arriba, cautelosamente, se internó en el pasillo. La universidad estaba llena de aprendices; sus voces bajas y sus expresiones tensas creaban una atmósfera de expectación y temor. Llegó hasta su aula y entró.

Regin estaba sentado en su sitio habitual, observándola detenidamente. Se volvió, hizo una reverencia a los dos profesores que presidían la clase y se dirigió a su asiento. Abrió la caja y sacó el proyecto de historia que lord Skoran les había impuesto. Al hojear las páginas se sintió aliviada por encontrarlas en orden, sin daño alguno. Aunque estaban intactas cuando selló la caja antes de abandonar su habitación, casi había esperado descubrir que Regin había llegado de algún modo hasta ellas.

Skoran asintió a modo de aprobación cuando le tendió las páginas. Para su satisfacción, las guardó en una caja bajo candado.

En todo momento fue consciente de que Regin la observaba. Mientras regresaba a su asiento ignoró el rostro que veía por el rabillo del ojo. Se quedó mirando a los últimos aprendices que entraban en el aula y entregaban sus trabajos al profesor. Cuando todos estuvieron presentes, lord Vorel dio un paso al frente y se plantó delante de ellos con los brazos cruzados.

—Hoy completaréis vuestros exámenes de primer año en habilidades de guerrero —les informó—. Se os requerirá que luchéis contra todos los integrantes de la clase, y seréis puntuados de acuerdo con vuestra habilidad, Control y, por supuesto, número de victorias. Por favor, seguidme.

Sonea se levantó con el resto de la clase. Mientras los primeros aprendices salían en fila de la sala, Regin se volvió para mirarla a los ojos. El muchacho sonrió con dulzura.

Aunque había ganado mucha práctica en devolverle las miradas con una fría indiferencia, un escalofriante temor se abatió esta vez sobre Sonea. Continuaba siendo mucho más fuerte que los demás aprendices, pero las restricciones que le había impuesto Vorel le impedían utilizar todo su poder en beneficio propio. De algún modo el escudo interior que desplegaba alrededor de los aprendices para protegerles cuando luchaban le decía si sus azotes eran más potentes de lo que él consideraba apropiado. Regin seguía siendo mejor que ella en habilidades de guerrero, y aunque el chico ya no recibía lecciones de lord Balkan, nada le impedía dar clases adicionales con lord Garrel.

Cuando salió del aula, un sirviente con uniforme de mensajero se detuvo a su lado dando un patinazo.

—Lady Sonea —dijo el hombre—. He sido enviado con la petición urgente de que debe regresar a los aposentos de Rothen inmediatamente.

Miró sorprendida a lord Vorel. El mago frunció el ceño.

—No podemos esperar por ti, Sonea. Si no has regresado dentro de una hora, tendremos que concertar una prueba a principios del próximo año.

Sonea asintió. Dio las gracias al mensajero y echó a andar por el pasillo.

¿Por qué habría enviado Rothen a buscarla? A duras penas le habría dado tiempo a llegar a sus habitaciones desde que se separaron. Tal vez había descubierto que Regin tenía algo planeado, y la había llamado para impedirlo.

Sacudió la cabeza. Rothen no haría eso. Trataría de alertar a Vorel de los planes de Regin antes que obligarla a ausentarse de un examen importante.

A no ser que simplemente quisiera contarle lo que debía esperar de Regin. Tal vez quería sugerirle un modo de volver en su favor lo que fuera que tuviera preparado, y siempre podría regresar a la Arena a tiempo para los combates.

Pero si era eso, ¿por qué no se había encontrado con ella simplemente fuera del aula?

¿Y por qué no estaba él en su aula, preparando el examen a su propia clase?

Frunció el ceño mientras descendía a la planta baja de la universidad. ¿Y si existía alguna otra razón para la citación? El mensajero no había especificado que el mensaje proviniera de Rothen. En ese caso, Rothen podría ser el motivo por el que había sido citada. Podría estar enfermo. No era viejo, pero tampoco joven. Podría estar...

«¡Deja de preocuparte! —se dijo a sí misma—. Seguro que no es nada serio.»

No obstante, atravesó el patio hacia el alojamiento de los magos a medio correr. Su corazón se desbocó mientras subía a toda prisa la escalera y recorría el pasillo hasta las habitaciones de Rothen.

La puerta se abrió con tan solo tocarla. Rothen, de pie junto a la ventana, se volvió cuando ella entró. Sonea abrió la boca para formular la pregunta que tenía en la punta de la lengua, pero se contuvo al detectar la expresión de advertencia en él.

Sintió la presencia primero. Era tangible, nítida. Llenaba la habitación como humo, espeso y sofocante. El terror le aceleró el corazón, pero se las arregló para componer una expresión que esperaba que mostrara solo sorpresa y respeto.

«No sabes por qué está aquí —se dijo a sí misma mientras se giraba—. No dejes que vea que le tienes miedo.»

Con los ojos clavados en el suelo, de cara al visitante, Sonea hizo una reverencia.

—Mis disculpas, Gran Lord.

Este no respondió.

—Sonea. —La voz de Rothen era débil y tensa—. Ven aquí.

Miró a Rothen y sintió que se le retorcía el estómago. Su rostro mostraba una palidez casi enfermiza. Hizo una seña, y su mano tembló ligeramente. Turbada por aquellas señales de miedo, se apresuró a su lado.

La voz de Rothen sonó sorprendentemente tranquila cuando se dirigió al Gran Lord.

—Aquí está Sonea, como vos solicitasteis, Gran Lord. ¿En qué podemos servirlos?

Akkarin fijó una mirada en Rothen que a ella la habría transformado en hielo.

—Estoy aquí para descubrir la fuente de cierto... rumor. Un rumor que proviene del administrador y que os concierne a ti y a tu aprendiz.

Rothen asintió. Parecía estar escogiendo sus siguientes palabras con sumo cuidado.

—Creí que ese rumor sobre nosotros había cesado. Nadie pareció darle crédito y...

Los oscuros ojos relampaguearon.

—No ese rumor. Me estoy refiriendo a cierto rumor sobre mis actividades nocturnas. Un rumor que debe cesar.

Sonea sintió que una mano se le cerraba en torno a su garganta, haciéndole difícil respirar. Rothen fruncía el ceño y movía la cabeza de lado a lado.

—Estáis confundido, Gran Lord. Nada sé de sus...

—No me mientas, Rothen. —Akkarin entornó los ojos—. No habría venido hasta aquí si no tuviera la certeza. —Dio un paso hacia ellos—. Acabo de leerlo en la mente de Lorlen.

Rothen se puso blanco como el papel y se quedó mirando a Akkarin en silencio.

«Si Akkarin ha leído la mente de Lorlen —pensó ella—, ¡entonces lo sabe todo!»

Sintió que sus rodillas flaqueaban, y, temiendo desplomarse en el suelo, asió el alféizar de la ventana detrás de ella.

El Gran Lord esbozó una leve sonrisa.

—Vi muchas cosas que me impresionaron: cómo Sonea visitó el Gremio cuando aún era una descarriada, y lo que presencié aquella noche; cómo Lorlen lo descubrió

cuando la sometió a una lectura de la verdad durante la Vista por la tutela, y que os ordenó a ambos mantener el descubrimiento en secreto hasta hallar una solución que posibilitara imponer la ley del Gremio. Una sensata decisión. Y afortunada para todos vosotros.

Rothen se irguió y alzó la cabeza para mirar a Akkarin nuevamente a la cara.

—No le hemos contado a nadie ni una palabra.

—Eso dices tú. —La voz del Gran Lord se suavizó, pero no perdió nada de su frialdad—. He de saberlo con certeza.

Sonea oyó la abrupta inspiración de Rothen. Los dos magos se miraban el uno al otro de hito en hito.

—¿Y si me niego?

—Tomaré las medidas que me obligues a tomar, Rothen, las que sean. No puedes evitar que lea tu mente.

Rothen apartó la mirada. Bruscamente, Sonea recordó la descripción de Cery de cómo Akkarin leía la mente. Cery le había contado que cuando Akkarin descubrió que Fergun le tenía prisionero en una habitación bajo la universidad, este había permitido que el Gran Lord le leyera la mente para confirmar la verdad. Había sido una tarea fácil, completamente diferente a compartir la mente con Rothen o a la lectura de la verdad de Lorlen, y ella había sacado la conclusión de que la leyenda acerca de que Akkarin era capaz de leer las mentes, estuvieran o no dispuestos a ello, debía de encerrar cierta verdad.

Rígidamente, como si sus huesos fueran los de un hombre veinte años más viejo, Rothen se acercó al Gran Lord. Sonea se quedó mirándole, incapaz de creer que se rindiera tan fácilmente.

—Rothen...

—Está bien, Sonea. —La voz de Rothen sonaba forzada—. Quédate donde estás.

Akkarin cubrió la distancia entre su posición y el tutor de Sonea con un par de zancadas y colocó las manos a ambos lados de la cabeza de Rothen. Cerró los ojos y su rostro se suavizó y adquirió una inesperada expresión de paz.

Rothen tomó aire bruscamente y tragó saliva. Las manos a cada lado se cerraron y se abrieron. Sonea dio un paso adelante y se detuvo. No se atrevía a interferir. ¿Y si provocaba que Akkarin hiciera daño a Rothen? Frustrada, aterrorizada, cerró los puños hasta que sintió que las uñas se le clavaban en la palma de las manos.

Los dos magos permanecieron inmóviles y en silencio durante un período de tiempo interminablemente largo. Entonces, sin previo aviso, Akkarin respiró hondo y abrió los ojos. Contempló al hombre parado ante él durante un instante, luego retiró las manos y se apartó.

Sonea observaba ansiosa a Rothen, que respiraba con inspiraciones largas e irregulares, y se tambaleaba un poco. Akkarin se cruzó de brazos, observando al viejo

mago. Sonea avanzó con cautela y tomó del brazo a Rothen.

—Estoy bien —dijo fatigosamente—. Estoy bien. —Se frotó las sienes e hizo una mueca, después le apretó una de las manos para confirmárselo.

—Ahora Sonea.

Una descarga de terror frío le atravesó el cuerpo. Sintió que las manos de Rothen apretaban con más fuerza.

—¡No! —protestó Rothen con la voz quebrada. Le pasó un brazo de forma protectora sobre los hombros—. Ya lo sabéis todo. Dejadla en paz.

—No puedo.

—Pero ya lo habéis visto todo —protestó Rothen—. Ella solo es una...

—¿Una niña? —Akkarin alzó las cejas—. ¿Una chica? Vamos, Rothen. Sabes que esto no la lastimará.

Rothen tragó con dificultad, y lentamente se volvió hacia ella. La miró a los ojos.

—Lo sabe todo, Sonea. No hay nada que ocultar. Deja que lo confirme por sí mismo si debe hacerlo. No te hará daño.

Sus ojos, aunque empañados, permanecieron firmes. Sonea sintió que le apretaba las manos, y luego se las soltó. Rothen se apartó, y una terrible sensación de traición afloró.

Confía en mí. Debemos cooperar. Es todo lo que podemos hacer por ahora.

Oyó las pisadas de Akkarin detrás de ella. Su corazón se desbocó cuando quedó frente a él. La túnica negra emitió un suave susurro cuando el Gran Lord se acercó. Ella retrocedió y sintió las manos de Rothen en los hombros.

Akkarin, frunciendo el ceño, alargó las manos hacia ella. Unos dedos fríos le acariciaron el rostro y Sonea se estremeció. Entonces le presionó firmemente las sienes con las palmas de las manos.

Una presencia tocó su mente, pero que no albergaba personalidad alguna. No percibió pensamientos ni sentimientos. Tal vez no tenía emociones. La idea no era reconfortante.

De súbito, una imagen rasgó su mente como un relámpago. Sonea se sobresaltó, dándose cuenta de que había estado esperando a que el intruso se topara con las barreras de su mente. De algún modo las había superado. Comprobó sus defensas y vio que seguían intactas, pero la presencia del mago no era suficientemente tangible para encontrar resistencia.

La misma imagen seguía destellando intermitentemente en su cabeza. Era la de la habitación subterránea bajo su residencia, vista desde el otro lado de la puerta. Emergió un recuerdo de la escena que había presenciado la noche en la que estuvo espiándolo.

Algo se aferró a ese recuerdo y empezó a revisar los detalles. Sonea se acordó de cómo Lorlen había manipulado sus recuerdos, y cómo ella había sido capaz de

ocultarlos con su voluntad, borrándolos de sus pensamientos. Quizá pudiera hacer lo mismo ahora. Intentó silenciar el recuerdo, pero la lectura mental continuó sin pausa. Sus esfuerzos no surtían ningún efecto, comprendió, porque Akkarin tenía el control del recuerdo, mientras que Lorlen se había limitado a guiar y a alentar.

El descubrimiento la llenó de pánico. Desesperada, intentó ahogar el recuerdo con otros pensamientos e imágenes.

«*Detén esto.*»

Las palabras iban acompañadas de un trasfondo de ira. Sonea hizo una pausa, sintiendo un ramalazo de triunfo al comprender que había encontrado un modo de obstaculizarle. Su miedo se endureció, afianzándose en su determinación. Evocó lecciones, listas de acontecimientos, imágenes de trabajos que había realizado. Lo bombardeó con ilustraciones sacadas de libros de texto y poemas sin sentido que había descubierto en la biblioteca. Le arrojó recuerdos de las barriadas, retazos intrascendentes, ordinarios, de su pasado.

Apareció la imagen mental de una tormenta; un remolino de imágenes que mantenían al mago atrapado en su centro. Sonea no sabía si era real, o algo que su propia mente había creado...

¡Dolor! Cuchillos hendidos en su cráneo. Un grito llegó hasta sus oídos. Comprendiendo que lo había emitido ella, abrió los ojos y su consciencia se balanceó entre el mundo interior y el exterior. Unas manos le apretaron con fuerza los hombros. Le llegó una voz por encima de ella:

—Deja de luchar conmigo —exigió.

Unas manos le apretaron con fuerza las sienes. Sonea se retiró bruscamente a los dominios de su mente. Desorientada y conmocionada por el dolor, intentó recobrar cierto sentido del equilibrio. La presencia retornó a la tarea de desenterrar los recuerdos que buscaba. Evocaba imagen tras imagen sin misericordia. Esta vez se encontró reviviendo los momentos en la plaza Norte. Una vez más, tiraba la piedra y huía del fuego de los magos. Cuartos y pasadizos de las barriadas pasaban en un abrir y cerrar de ojos. El día que había sentido la mente escrutadora de Rothen y ella instintivamente le había ocultado su presencia. Cery, Harrin y su banda. Farén, uno de los ladrones. Senfel, el mago de los ladrones.

Después se halló avanzando sigilosamente por el bosque en los terrenos del Gremio. Los recuerdos se perfilaban, eran examinados detenidamente. Una vez más trepó al muro del alojamiento de los sanadores y observó a los aprendices en su interior. Una vez más sintió las vibraciones que rodeaban la Arena. Escudriñó a través de las ventanas de la universidad. Su excursión la llevó de vuelta a la parte trasera del Gremio y miró al interior del alojamiento de los aprendices y al bosque más allá. Luego, después de que Cery se fuera a robar los libros, ella se deslizó hacia el extraño edificio gris de dos plantas. Llegó un sirviente, y la obligó a retirarse bajo los

arbustos. Luego, al ver la luz que salía por los pozos de ventilación, se agachó y atisbó por ellos.

Un tenue destello de irritación tocó sus sentidos.

«Sí —pensó—, yo también estaría enfadada si mis secretos fueran descubiertos tan fácilmente.»

Vio al hombre cubierto de sangre quitarse la ropa, limpiarse y desaparecer. Cuando regresó envuelto en una túnica negra, habló a su sirviente. «La lucha me ha debilitado. Necesito tu fuerza.» El hombre sacó una daga reluciente y practicó un corte en el brazo del sirviente, para luego posar la boca sobre la herida. Una vez más, ella detectó la sensación de una magia extraña.

El recuerdo se detuvo abruptamente, y no sintió nada proveniente de la mente que merodeaba tras la suya. Se preguntó qué estaría cavilando...

¿Has permitido que algún otro sepa esto aparte de Lorlen y Rothen?

No, pensó ella.

Se relajó, segura de que aquello era todo lo que buscaba, pero un implacable interrogatorio siguió a continuación, mientras la presencia rebuscaba en su memoria. Exploró partes de su vida, desde la infancia hasta las lecciones en la universidad. Inspeccionó sus sentimientos, desde su cariño hacia Rothen hasta su persistente lealtad hacia Cery y la gente de las barriadas, pasando por sus recientes sentimientos hacia Dorrien.

Y, espontáneamente, apareció la ira que sentía hacia él por hacerle aquello. El mago buscó sus sentimientos acerca de la práctica de la magia negra, y la mente de ella respondió con desaprobación y temor. ¿Le desenmascararía si pudiera? ¡Sí! Pero solo si sabía que Rothen y los otros no serían lastimados.

Entonces la presencia se desvaneció y sintió que cesaba la presión en sus sienes. Abrió los ojos y pestañeó. Akkarin le había vuelto la espalda y se paseaba lentamente lejos de ella. Sintió las manos de Rothen sobre sus hombros, firmes y tranquilizadoras.

—Ambos me desenmascararíais si pudiérais —dijo Akkarin. Guardó silencio durante un tiempo, después se volvió para mirarles de frente—. Reclamaré la tutela de Sonea. Sus aptitudes están a un nivel avanzado y, como conjetura Lorlen, su fuerza es inusualmente elevada. Nadie cuestionará mi decisión.

—¡No! —exclamó Rothen jadeando. La agarró con fuerza.

—Sí —replicó Akkarin, girándose de cara a ellos—. La chica certificará tu silencio. Mientras sea mía, nadie sabrá por ti que practico la magia negra. —Sus ojos se clavaron en los de Sonea—. Y el bienestar de Rothen será mi garantía de que tú cooperarás.

Sonea lo miraba aterrorizada. ¡Iba a ser su rehén!

—No hablaréis entre vosotros más que para evitar levantar sospechas. Os

comportaréis como si no hubiera ocurrido nada más inusual que un cambio de tutela. ¿Entendido?

Rothen dejó escapar un ruido ahogado. Sonea se volvió hacia él, alarmada. Este la miró y en sus ojos detectó un sentimiento de culpa.

—No me hagas plantearme una solución alternativa —advirtió Akkarin.

La voz de Rothen sonó forzada cuando respondió.

—Lo entiendo. Haremos lo que pedís.

—Bien.

Akkarin dio un paso en su dirección. Sonea levantó la mirada hacia él; el Gran Lord la observaba intensamente.

—Hay una habitación en mi residencia para el aprendiz del Gran Lord. Vendrás conmigo ahora, y más tarde enviaré a un sirviente a buscar pertenencias.

Sonea, con un nudo en la garganta, miró a Rothen. Este buscó sus ojos.

Lo lamento.

—Ahora, Sonea. —Akkarin señaló la puerta. Esta se abrió.

Sintió que Rothen aflojaba las manos y que la empujaba con la mayor suavidad. Mirando a Akkarin, se dio cuenta de que no quería que Rothen viera que se la llevaba a rastras. Él encontraría un modo de ayudarla. Él haría todo lo que pudiera. Por el momento, no tenían otra alternativa sino obedecer.

Inspiró profundamente, se apartó de Rothen y salió al pasillo. Akkarin echó a Rothen una última mirada calculadora y a continuación se encaminó hacia la puerta. Cuando el Gran Lord la franqueó, Rothen entornó los ojos con odio.

Después la puerta se cerró y Akkarin desapareció de su vista.

—Adelante —dijo este—. La habitación para el aprendiz de mi residencia no ha visto un ocupante en muchos años, pero ha estado siempre preparada para recibir a uno. La encontrarás mucho más cómoda que las del alojamiento de los aprendices.

Segunda Parte

20. La buena fortuna de Sonea

Cuando se abrió la puerta de su despacho, el rector levantó la vista de su escritorio hacia los recién llegados. Era la primera vez, hasta donde Sonea podía recordar, que la expresión agria de Jerrick se desvanecía. Se puso en pie de un salto.

—¿Qué puedo hacer por vos, Gran Lord?

—Desearía discutir el entrenamiento de Sonea. He leído su informe, y me preocupa su carencia de habilidades en ciertas áreas.

Jerrick parecía sorprendido.

—El progreso de Sonea ha sido más que satisfactorio.

—Sus calificaciones en habilidades de guerrero son mediocres, en el mejor de los casos.

—Oh. —Jerrick echó un vistazo a Sonea—. No es inusual que un aprendiz muestre menos aptitudes en alguna de las disciplinas en esta fase. Aunque no sobresale en habilidades de guerrero, sus resultados han sido aceptables.

—No obstante, quiero tratar esta debilidad. Creo que lord Yikmo sería un profesor adecuado.

—¿Lord Yikmo? —Jerrick alzó sus generosas cejas y luego las juntó arrugando la frente—. Él no enseña por la noche, pero si Sonea asiste a clases nocturnas en otras materias, eso le proporcionaría tiempo durante el día.

—Tengo entendido que faltó ayer a su prueba en habilidades de guerrero.

—Sí —respondió Jerrick—. Generalmente concertaríamos otra tras el período de asueto, pero pienso que una evaluación por parte de lord Yikmo serviría igualmente. —Echó una ojeada a la mesa—. Puedo programar el calendario de Sonea para el próximo año ahora, si lo deseáis. No llevará mucho tiempo.

—Sí. Dejaré a Sonea aquí para organizarlo. Gracias, rector.

La presencia a su lado se alejó. Cuando la puerta se cerró, Sonea respiró hondo y exhaló despacio. Se había ido. Por fin.

Jerrick se dejó caer en su asiento y se oyó un golpe suave. Señaló con la mano una silla de madera próxima al extremo de su escritorio.

—Siéntate, Sonea.

Ella obedeció. Volvió a inspirar profundamente, y sintió que sus músculos se relajaban.

Todo lo que había sucedido después de dejar a Rothen parecía un mal sueño. Había seguido a Akkarin hasta su residencia, donde un sirviente le había mostrado una habitación en el segundo piso. No mucho después, había llegado un arcón con sus pertenencias procedente del alojamiento de los aprendices. Otro sirviente le había llevado un plato de comida, pero Sonea se encontraba demasiado nerviosa para tener

apetito. Así que se sentó junto a una de las pequeñas ventanas, y sin fijarse apenas en los magos y aprendices que caminaban por los jardines, buscó una salida a su situación.

Primero, se había planteado huir a las barriadas. Los ladrones estarían ansiosos de protegerla ahora que poseía Control sobre su magia. Habían conseguido ocultar a Senfel, el mago descarriado al que Farén no había logrado persuadir para enseñarla. Ellos también podrían ocultarla a ella.

Sin embargo, si desaparecía, Akkarin le haría algo a Rothen. Pero si este recibía el aviso con suficiente antelación, podría contar al resto del Gremio que Akkarin practicaba magia negra antes de que el Gran Lord se diera cuenta de que ella se había ido. Tendría que avisar además a Lorlen, pues el administrador también se hallaría en peligro si se marchaba. Sí, Akkarin no tendría oportunidad alguna de evitar que Lorlen y Rothen hablaran si los advertía de su marcha y calculaba bien el momento.

¿Y entonces qué? El Gremio se enfrentaría a Akkarin. Lorlen había creído que no podrían ganar semejante batalla, y él conocía a Akkarin mejor que cualquier otro mago. Así que, si se fugaba, podría provocar una confrontación que devastaría el Gremio, y posiblemente Kyralia entera.

Entonces se le pasó por la cabeza que el destino del Gremio descansaba en sus manos. Ella, una simple chica de las barriadas. Pero ese repentino poder no la complació. Al contrario, se sintió desfallecer, presa de la frustración y el miedo.

Un tiempo después de que los jardines hubieran desaparecido en las sombras de la noche, el sirviente había regresado con una bebida. Al reconocer el aroma de una suave medicina inductora del sueño, Sonea se la había tomado; se acurrucó en la cama extraña, demasiado blanda, y dio la bienvenida al aturdimiento que lentamente se abatió sobre ella.

Por la mañana, unos meticulosos sirvientes le habían llevado túnicas nuevas y más comida. Logró tomar unos bocados, pero se arrepintió cuando llegó Akkarin. Con náuseas a causa del miedo, le había seguido hasta la universidad. Al despacho de Jerrik. ¿Había pasado al lado de otros aprendices por el camino? ¿Se habrían callado al verlo aparecer, como siempre hacían? No lo recordaba.

Los movimientos de Jerrik eran apresurados; tenía las cejas contraídas en un gesto de concentración. Las pocas veces que había visto al Gran Lord en compañía de otros magos había notado que se le trataba con respeto, hasta cierto punto con reverencia. ¿Esa veneración se debía a su posición de Gran Lord? ¿O había algo más? ¿Le temían instintivamente, sin saber la razón?

Observando a Jerrik, sacudió la cabeza. Calendarios y exámenes parecían ahora triviales. Si Jerrik supiera lo que había sucedido realmente, no le interesaría en absoluto todo ese jaleo de papeles y clases. No tendría ningún respeto por Akkarin.

Pero él no lo sabía, y ella no podía contárselo.

Jerrik se puso en pie bruscamente. Se dirigió a un aparador y sacó tres cajas: una verde, una roja y otra púrpura. Se acercó a las puertas altas y estrechas que cubrían una pared de la habitación y pasó la palma de la mano sobre el picaporte de la primera. Se produjo un clic y la puerta se abrió, revelando una serie de estantes.

Recorrió con el dedo el primero de estos, se detuvo y sacó una carpeta bien ordenada. La puso encima de la mesa, y Sonea vio su nombre escrito con pulcritud en la tapa. Eso incitó su curiosidad. Mientras, él abrió la carpeta y leyó varias hojas de papel.

«¿Qué habrá ahí? —se preguntó Sonea—. Seguro que los comentarios de los profesores. Y el informe sobre la pluma que supuestamente robé.»

Jerrik abrió las tres cajas. Dentro había más hojas de papel con los nombres de los profesores y con unas tablas dibujadas. Seleccionó algunas, extrajo una hoja en blanco de su escritorio y empezó a dibujar otra tabla. Durante unos minutos lo único que se oyó en el despacho fue la respiración de Jerrik y el rasgueo de su pluma.

—Esto ha sido un golpe de buena fortuna para ti, Sonea —dijo sin levantar la mirada.

Sonea asfixió un repentino y amargo impulso de echarse a reír.

—Sí, rector —se las arregló para decir.

Jerrik alzó la vista hacia ella y frunció el ceño; luego volvió a centrar su atención en la escritura. Terminó la tabla, sacó otra hoja en blanco y empezó a hacer una copia.

—No vas a disponer de mucho tiempo para ti misma el próximo año —dijo—. Lord Yikmo prefiere enseñar durante el día, por lo que a cambio tendrás que tomar clases particulares de alquimia. Tendrás los dialibres para estudiar. Si trabajas de manera eficiente, puede que seas capaz de reservar las mañanas de los dialibres para tus asuntos personales. —Hizo una pausa y estudió su obra, mientras iba negando tristemente con la cabeza—. Si lord Yikmo está satisfecho con tu progreso, quizá puedas disponer de algunas tardes para ti.

Sonea no respondió. ¿De qué le serviría ahora tener tiempo libre? Akkarin le había prohibido hablar con Rothen y no tenía amigos entre los aprendices. La amedrentaban las semanas venideras. Sin clases a las que asistir hasta el próximo año, ¿qué iba a hacer ella? ¿Quedarse en su nueva habitación en la residencia de Akkarin? Se estremeció. No, se mantendría tan lejos de allí como le fuera posible.

Siempre y cuando él se lo permitiera. ¿Y si quería tenerla cerca?

«¿Y si quiere utilizarme para sus maldades?»

Se dispuso a apartar aquel pensamiento, pero se refrenó. Por terrible que fuera, tenía que considerar la posibilidad. Podía obligarla a cualquier cosa con la amenaza de hacer daño a Rothen. El miedo le atenazó el estómago. Cualquier cosa...

Le dolían las manos. Bajó la mirada y abrió los puños. Cuatro marcas sangrantes en forma de media luna se distinguían en cada palma. Se frotó las manos contra la

túnica y tomó nota mentalmente de recortarse las uñas cuando volviera a su habitación.

Jerrick permanecía totalmente absorto en sus papeles. Sonea se quedó mirando mientras la pluma iba completando la página. Cuando llegó al final, el rector resopló con satisfacción y le entregó la hoja.

—Como predilecta del Gran Lord se te concederá un tratamiento preferente, pero también se esperará de ti que demuestres que su elección fue correctamente tomada. No dudes en sacar partido de tu nueva posición; lo necesitarás si deseas cumplir sus expectativas.

Ella asintió.

—Gracias, rector.

—Puedes irte.

Tragando saliva con dificultad, se levantó, hizo una reverencia y caminó hasta la puerta.

—Sonea.

Al mirar por encima de su hombro, descubrió que Jerrick esbozaba una rara sonrisa que le izaba las comisuras de la boca.

—Sé que añorarás tener a Rothen como tutor —dijo—. Puede que Akkarin no sea tan amigable, pero al escogerte ha hecho mucho para mejorar tu situación. —La sonrisa se desvaneció—. Puedes irte.

Se forzó a responder con un asentimiento de cabeza. Mientras cerraba la puerta, vio que Jerrick la observaba, con expresión meditabunda. Dio media vuelta, deslizó el calendario en la caja y echó andar por el ancho pasillo, ya familiar.

Algunos aprendices remoloneaban en las puertas. La observaron al pasar. Turbada por sus miradas, aceleró el paso.

«¿Cuánta gente lo sabrá? —se preguntó—. Seguro que todo el mundo. Han tenido un día entero para enterarse.»

La noticia de que el Gran Lord había finalmente escogido a un predilecto se habría propagado por el Gremio más rápido que una tos de invierno. Un profesor surgió de un pasillo. La miró con aire dubitativo, y luego sus ojos se posaron en una manga. Enarcó las cejas y movió la cabeza ligeramente en un gesto de incredulidad.

Sonea bajó la mirada hasta el pequeño cuadrado dorado de la manga de su túnica. Los incales eran los símbolos familiares lucidos por miembros de las Casas. Los magos no los llevaban porque una vez que se unían al Gremio supuestamente dejaban atrás la familia y las ataduras políticas. El sirviente que le había llevado las túnicas le había explicado que el Gran Lord lucía el símbolo del Gremio como incal porque su posición era vitalicia. El Gremio se convertía en su familia y Casa.

Y ella era su aprendiz.

Se dobló la manga hacia dentro para ocultar el incal, y se aproximó a la puerta del

aula. Hizo una pausa justo antes de entrar, para reunir el coraje suficiente.

—Buenos días, Sonea.

Al volverse vio a lord Elben, que avanzaba a trancos por el pasillo hacia ella. El profesor sonrió abiertamente, pero sus ojos seguían siendo fríos.

—Enhorabuena por tu nuevo tutor —la felicitó cuando llegó a su lado.

Sonea se inclinó.

—Gracias, lord Elben.

Entró en el aula con paso enérgico. Armándose de valor, Sonea le siguió.

—Tomad asiento, por favor —bramó Elben—. Tenemos mucho que hacer hoy.

—¡Ah! —Una voz se alzó por encima del traqueteo y el arrastramiento de sillas—. La predilecta del Gran Lord se ha dignado honrar a esta humilde clase con su presencia.

Se hizo el silencio en el aula. Todos los rostros se volvieron hacia Sonea. Al reparar en la incredulidad reflejada en sus caras, sintió un sarcástico regocijo. Qué irónico que sus propios compañeros de clase fueran los últimos en enterarse. Todos menos uno, se corrigió. Regin se hacía el remolón apoyado en una mesa, con una mueca de satisfacción ante el efecto que la noticia había causado en la clase.

—Por favor, toma asiento, Regin —gruñó Elben.

Regin se apartó de la mesa y se acomodó en su silla. Sonea se acercó a su sitio y depositó la caja en el pupitre. Cuando lo hizo, la manga quedó libre, y oyó cerca un gritito ahogado. Levantó la mirada; Narron tenía los ojos clavados en el incal.

—Sonea —dijo Elben—. Te he reservado un sitio delante.

Se percató de que, efectivamente, había un sitio libre en la primera fila de la clase. El sitio de Poril. Se volvió y vio que su viejo amigo estaba sentado al fondo del aula. Este se ruborizó y rehuyó los ojos de ella.

—Gracias, milord —respondió, volviendo la vista hacia él—. Es muy generoso por su parte, pero preferiría quedarme aquí.

El mago entornó los ojos. Dio la impresión de que argumentaría algo, pero echó un vistazo a la clase y pareció pensárselo mejor.

—Muy bien. —Se sentó en su silla y posó una mano en una pila de papel que tenía sobre el escritorio—. Hoy seréis examinados de vuestros conocimientos de alquimia —dijo a la clase—. Os entregaré ahora una lista de preguntas que debéis responder, y más tarde los ejercicios a completar. Tras el descanso de enmedio, os someteréis a las pruebas prácticas.

Mientras repartía las hojas por la clase, Sonea sintió que regresaba una antigua ansiedad casi olvidada. Los exámenes. Dejó que sus ojos leyeran por encima las preguntas y suspiró con alivio. A pesar del desdén de los profesores, a pesar de las largas horas de estudio, a pesar de todos los intentos de Regin para obstaculizarla, había logrado asimilar las lecciones. Sintiéndose mejor, sacó una pluma de la caja y

empezó a escribir.

Horas más tarde, cuando sonó el gong que marcaba el final del examen, la clase lanzó un unificado suspiro de alivio.

—Eso es todo —concluyó Elben—. Podéis iros.

Como uno solo, los aprendices se levantaron y se inclinaron ante el profesor. Sonea captó varias miradas en su dirección mientras salían en fila del aula. Recordó por qué, y el sentimiento de pánico le revolvió el estómago.

—Aguarda, Sonea —dijo Elben cuando ella pasó junto a su mesa—. Me gustaría hablar contigo.

Esperó a que el aula estuviera vacía antes de hablar.

—Después del descanso de enmedio —le dijo—, me gustaría que ocuparas el sitio que he dispuesto para ti.

Sonea tragó saliva. ¿Era eso lo que Jerrik había querido decir cuando comentó que los profesores le otorgarían un tratamiento preferente? ¿Debería sacar partido de ello, como había sugerido el rector?

Pero ¿qué iba a ganar trasladándose al frente del aula? Solo la certeza de que Poril perdería aún más prestigio en la clase a causa de ella.

Negó con la cabeza.

—Prefiero el sitio junto a la ventana.

Elben frunció el ceño.

—Sería más apropiado que ahora te sentaras al frente de la clase.

¿Apropiado? Sintió un arrebató de ira. No se trataba de ayudarla a aprender, se trataba de hacer ver que la aprendiz del Gran Lord era favorecida. El mago probablemente esperaba de ella que informara a Akkarin de todos los favores, por pequeños que fueran. Ahogó una risa amarga. Contaría a su nuevo tutor lo menos posible.

Si había aprendido algo en los últimos seis meses era a evitar alterar el nimio orden social establecido en la clase. Ocupar el sitio de Poril significaría más que un simple cambio de asientos. Ella ya disgustaba a los aprendices; no tenía necesidad de darles más motivos para hacerlo. Miró a Elben, de pie con los brazos cruzados, y sintió que su ira se convertía en rebeldía.

—Me quedaré en mi sitio de costumbre —dijo.

Elben entornó los ojos, pero pareció ver algo en la mirada de Sonea que le hizo detenerse. Arrugó los labios en actitud reflexiva.

—Delante se ve y se oye mejor —apuntó.

—No estoy sorda, lord Elben, ni soy corta de vista.

El mago apretó las mandíbulas.

—Sonea —dijo, acercándose y hablando en voz baja—, si no ocupas el asiento de delante, como profesor tuyo, podría ser visto como... negligencia por mi parte...

—Tal vez deba decir a Akkarin que usted no me permite sentarme donde deseo.

Los ojos de Elben se abrieron al máximo.

—No le molestarías por una nimiedad así...

Sonea sonrió.

—Dudo que al Gran Lord le interese dónde me siento...

La contempló en silencio, y finalmente asintió.

—Muy bien. Puedes sentarte donde desees. Vete.

Cuando salió al pasillo notó que el corazón le latía aceleradamente. ¿Qué había hecho? Los aprendices nunca discutían con sus profesores.

Entonces se dio cuenta de que el pasillo se hallaba inusualmente silencioso. Levantó la mirada y se percató de que aprendices de todos los cursos la observaban sin hablar. Toda la satisfacción por su conversación con Elben se evaporó. Tragó saliva y echó a andar hacia la escalera.

—Es ella —cuchicheó una voz a su derecha.

—Ayer —masculló alguien—. Sin previo aviso...

—... Gran Lord...

—¿Por qué ella? —dijo alguien con desdén, un comentario que claramente iba destinado a que lo oyera—. Es solo una chica de las barriadas.

—... no está bien.

—... debería haber sido...

—... insulto a las Casas.

Ella resopló con suavidad.

«Si conocieran el verdadero motivo por el que me ha escogido —pensó—, no estarían tan...»

—¡Abran paso a la predilecta del Gran Lord!

Se le revolvió el estómago cuando reconoció la voz. Regin se plantó en el pasillo y le bloqueó el paso.

—¡Grandísima! —gritó a voz en cuello—. ¿Se me permitiría pedir un minúsculo favor, infinitesimalmente pequeño, de alguien tan admirado e influyente?

Sonea le contempló con recelo.

—¿Qué quieres, Regin?

—¿Os importaría... si no supone una ofensa muy grande para su elevada posición?, claro está —dijo forzando una sonrisa empalagosa—, arreglarme los zapatos esta noche. Verá, sé que vos estáis capacitada para tan grandes y valiosos cometidos y, bueno, si he de arreglar mis zapatos, lo debería hacer la mejor zapatera de las bar... eh... del Gremio. ¿No opináis lo mismo?

Sonea sacudió la cabeza.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre, Regin?

Salvó el obstáculo del muchacho y continuó por el pasillo. Un ruido de pasos la

persiguió.

—Oh, pero Sonea... quiero decir... Oh, Grandísima. Sería para mí un hon...

La voz se interrumpió bruscamente. Frunciendo el ceño, resistió la tentación de echar la vista atrás.

—Es la aprendiz del Gran Lord —dijo alguien entre dientes—. ¿Eres estúpido? Déjala en paz.

Sonea reconoció la voz de Kano y se quedó sin aliento por la sorpresa. ¿Era eso lo que Jerrik había querido decir cuando le aseguró que Akkarin había mejorado su situación? Alcanzó la escalinata, descendió al vestíbulo y, tras franquear las puertas, echó a andar hacia el alojamiento de los magos.

Entonces se detuvo. ¿Adónde iba? ¿A las habitaciones de Rothen? Trató de poner en orden sus pensamientos.

El hambre decidió por ella. Iría al refectorio. ¿Y después de las pruebas de la tarde? A la biblioteca. Si se quedaba hasta que cerrara, podría evitar tener que regresar a la residencia del Gran Lord hasta tarde. Con suerte, Akkarin ya se habría retirado, y podría llegar a su habitación sin encontrarse con él. Tomó aire para armarse de valor, y plantando cara a las inevitables miradas y cuchicheos, regresó a la universidad.

Los aposentos de Lorlen estaban en la planta baja del alojamiento de los magos. Pasaba poco tiempo en ellos, pues se levantaba temprano y regresaba mucho después de que el resto del Gremio se hubiera retirado a descansar. De día en día, apenas si se fijaba en ningún otro elemento de sus habitaciones que no fuesen la cama y su armario ropero.

Pero el anterior había redescubierto muchas cosas de su espacio privado. Adornos y objetos que había olvidado que poseía ocupaban las estanterías. Recuerdos del pasado, de la familia y de sus logros, que solo le traían remordimientos y dolor. Le hacían acordarse de gente a la que amaba y respetaba. Gente a la que había fallado.

Lorlen cerró los ojos y suspiró. Osen no estaría preocupado aún. Solo había pasado un día y medio. No era tiempo suficiente para que a su ayudante le entrara pánico ante la creciente lista de tareas sin atender. Y Osen llevaba años tratando de persuadir a Lorlen para que se tomara un descanso de sus obligaciones.

«Ojalá solo se tratara de un descanso...»

Lorlen se frotó los ojos y deambuló hasta el dormitorio. Quizá ahora estuviera lo bastante cansado para dormir. No había sido capaz las últimas dos noches, no desde...

Los recuerdos regresaron en cuanto se tumbó. Gimió y trató de apartarlos de su mente, pero estaba demasiado cansado para combatirlos, y sabía que, en cualquier caso, regresarían de nuevo tan pronto como se relajara.

«¿Cómo empezó? Dije algo sobre que el embajador de Vin esperaba alojarse en la residencia...»

—Se sorprendió al enterarse de que el Gran Lord ya no recibe invitados, pues su padre se alojó aquí con tu predecesor —recordó haber explicado Lorlen.

Akkarin había sonreído ante eso. De pie junto a la mesita donde servía las bebidas, miraba a través de la ventana los jardines amortajados por la noche.

—El mejor cambio que jamás he hecho.

—Tú valoras tu privacidad —había dicho Lorlen distraídamente.

Akkarin posó entonces un dedo sobre una botella de vino, como meditando si tomarse otra copa. Había girado el rostro, algo que Lorlen agradeció cuando Akkarin habló a continuación.

—Dudo que el embajador se sintiera cómodo con mis... hábitos.

«¡Ahí! Otro de aquellos extraños comentarios. Como si me estuviera poniendo a prueba. Pensé que estaba a salvo, dado que me daba la espalda y no pudo ver mi reacción...»

—¿Hábitos? —Lorlen había adoptado un tono de incredulidad—. Dudo que le importe si te acuestas tarde por las noches o si bebes demasiado. Es solo que temes que se beba tu vino favorito.

—Eso también. —Akkarin había abierto entonces la botella—. Pero no podemos dejar que nadie descubra todos mis secretitos, ¿cierto?

Una imagen de Akkarin cubierto con harapos ensangrentados había cruzado fugazmente la mente de Lorlen en ese punto de la conversación. Se había estremecido y la había desechado, agradeciendo de nuevo que Akkarin le diera la espalda.

«¿Era eso lo que Akkarin percibió? ¿Estaba escuchando mis pensamientos en ese momento?»

—No —había replicado Lorlen y, deseando cambiar de tema, le había preguntado por las noticias de la corte.

En ese punto, Akkarin levantó un objeto de la mesa. Al captar un destello de gemas, Lorlen miró con mayor detenimiento. Era una daga. La daga que Sonea había visto usar a Akkarin en el ritual de magia negra. Con sorpresa y terror, Lorlen respiró hondo y se atragantó con el vino.

—Se supone que tienes que beber el vino, amigo mío —dijo Akkarin, sonriendo—. No respirarlo.

Lorlen apartó la mirada, ocultándose tras las manos mientras tosía. Trató de recobrar la compostura, pero ver a Akkarin sosteniendo la daga había sido como revivir el recuerdo de Sonea. Se preguntó por qué habría llevado Akkarin el arma a la sala de invitados.

Entonces, cuando se le ocurrió la idea de que Akkarin podría tener intención de utilizarla, su sangre se heló.

—¿Qué noticias tengo? —Akkarin caviló—. Déjame pensar.

Lorlen se obligó a sí mismo a observar a su amigo con calma. Cuando Akkarin se volvió hacia la botella, Lorlen captó un movimiento similar en la mesa. Una bandeja de plata pulida apoyada en otra botella había reflejado los ojos de Akkarin. Ojos que lo observaban.

«Así que me estuvo observando todo el tiempo... Tal vez no había intentado leer mis pensamientos superficiales en ese punto de la conversación. Solo mi reacción a sus comentarios, y la daga, le habrían convencido de que yo sabía algo...»

—He recibido noticias de Dannyl a través de amigos de Elyne y Lonmar —había dicho Akkarin a continuación, apartándose bruscamente de la mesa—. Hablan bien de él.

—Es bueno saberlo.

Akkarin se había detenido entonces en el centro de la habitación.

—He estado siguiendo sus progresos con interés. Es un investigador muy eficiente.

Así que sabía que Dannyl estaba investigando algo. ¿Sabía de qué se trataba?

Lorlen se obligó a sonreír.

—Me pregunto qué habrá atraído su atención.

Akkarin entornó los ojos.

—¿No te ha mantenido informado?

—¿A mí?

—Sí. Tú, no en vano, le pediste que indagara en mi pasado.

Lorlen meditó cuidadosamente sus siguientes palabras. Akkarin debía de saber que Dannyl estaba siguiendo la misma ruta que él, pero ¿cómo podía saber por qué, cuando Dannyl lo desconocía?

—¿Eso es lo que dicen tus amigos?

—Espías sería un término más apropiado.

Akkarin había movido la mano, y Lorlen se asustó al ver que todavía empuñaba la daga. Comprendiendo que Akkarin no habría pasado por alto su reacción, Lorlen lo miró abiertamente.

—¿Qué es eso?

—Algo que conseguí durante mis viajes —respondió Akkarin, alzando el arma—. Algo que reconoces, creo.

A Lorlen le embargó entonces una fugaz sensación de triunfo. Akkarin había admitido todo excepto que había aprendido magia negra durante sus viajes. Aún era posible que la investigación de Dannyl resultara de utilidad...

—Me es extrañamente familiar —dijo Lorlen—. Tal vez haya visto algo parecido antes en un libro, o en una colección de antigüedades; un objeto con un aspecto tan fiero seguro que se me habría grabado en la memoria.

—¿Sabes para qué se empleaba?

El recuerdo de Akkarin haciendo un corte en el brazo de su sirviente pasó como un relámpago por la mente de Lorlen.

—Es una daga, así que posiblemente no se usara para nada agradable.

Akkarin, para alivio de Lorlen, depositó el arma en una mesa lateral, pero el alivio disfrutó de una corta vida.

—Te has mostrado extrañamente cauto conmigo estos últimos meses —dijo Akkarin—. Evitas la comunicación mental, como si tuvieras miedo de que detectara algo tras tus pensamientos. Cuando mis contactos me hablaron de la investigación de Danyl, me quedé intrigado. ¿Por qué le pediste que indagara en mi pasado? No lo niegues, Lorlen. Tengo pruebas.

A Lorlen le dejó abatido que Akkarin hubiera descubierto las órdenes de Danyl. Pero se había preparado para esa pregunta. Fingió estar avergonzado.

—Tenía curiosidad, y tras nuestra conversación sobre tu diario pensé que podría recuperar parte de lo que perdiste. No eres libre para recopilar de nuevo la información, así que... No sería tan satisfactorio como ir tú mismo, desde luego, pero albergaba la esperanza de que fuera una grata sorpresa.

—Ya veo. —La voz de Akkarin sonaba más dura—. Ojalá pudiera creerte, pero no. Verás, esta noche te he hecho algo que nunca antes he hecho, y que nunca quise hacer. Mientras hablábamos, leí tus pensamientos superficiales. Han revelado mucho, mucho más. Sé que mientes. Sé que has visto cosas que nunca deberías haber visto, y debo saber cómo ha ocurrido.

»Dime, ¿cuánto tiempo hace que sabes que practico magia negra?

Solo unas palabras, y todo cambió. ¿Había algo de remordimiento o culpa en su voz? No. Solo ira...

Consternado, y con no poco terror, Lorlen se había aferrado a un último y desesperado intento de evasión. Había mirado horrorizado a su amigo.

—¿Que practicas qué?

La expresión de Akkarin se ensombreció.

—No seas necio, Lorlen —había dicho él con brusquedad—. Lo he visto en tus pensamientos. Sabes que no puedes mentirme.

Comprendiendo que no podía negarlo, Lorlen dirigió la mirada hacia la daga depositada sobre la mesa. Se preguntó qué sucedería a continuación. Si estaría a punto de morir. Cómo lo explicaría Akkarin. Si Rothen y Sonea sospecharían la verdad y desvelarían el crimen de Akkarin...

Demasiado tarde, se dio cuenta de que Akkarin podría haber leído aquellos pensamientos. Levantó la mirada, pero el semblante de Akkarin no había mostrado ninguna señal de alarma o sospecha, solo expectación, y eso le dio una pequeña esperanza.

—¿Cuánto tiempo? —había insistido Akkarin.

—Algo más de un año —confesó.

—¿Cómo?

—Vine aquí una noche. La puerta estaba abierta y vi una luz procedente de la escalera, así que empecé a bajar. Cuando vi lo que estabas haciendo... fue una conmoción. No supe qué pensar.

—¿Qué viste exactamente?

Con dificultad, y sin necesidad de fingirla, Lorlen le había descrito lo presenciado por Sonea. Mientras hablaba, había buscado algún indicio de vergüenza en la expresión del Gran Lord, pero solo captó un parpadeo de irritación.

—¿Lo sabe alguien más?

—No —respondió Lorlen rápidamente, con la esperanza de evitar traicionar a Sonea y a Rothen, pero Akkarin entrecerró los ojos.

—Me estás mintiendo, amigo mío.

—No lo hago.

Akkarin había suspirado entonces. Lorlen recordaba ese suspiro, vívidamente.

—Una respuesta desafortunada.

Lorlen se había levantado entonces para mirar cara a cara a su viejo amigo, decidido a convencer a Akkarin de que su secreto estaba a salvo.

—Akkarin, debes creerme. No he contado esto a nadie. Provocaría demasiados conflictos en el Gremio. Yo... yo no sé por qué estás jugando con esta... esta magia prohibida. Solo puedo confiar en que tengas una buena razón. ¿Piensas que estaría aquí si no lo hiciera?

—¿Confías en mí, pues?

—Sí.

—Entonces muéstrame la verdad. Debo saber a quién estás protegiendo, Lorlen, y cuánto has averiguado.

Akkarin había alargado entonces las manos hacia la cabeza de Lorlen. Conmocionado, Lorlen comprendió que Akkarin pretendía leerle la mente. Asió las manos de Akkarin y se las retiró con un movimiento brusco, consternado por el hecho de que su amigo pudiera demandarle semejante cosa.

—No tienes derecho a...

Y entonces murió el último retazo de confianza que Lorlen había depositado en su amigo: Akkarin flexionó los dedos en un gesto familiar. Una fuerza había empujado a Lorlen hacia atrás. Cayó en la silla y sintió que la magia le aprisionaba.

—¡No lo hagas, Akkarin!

Pero la boca del Gran Lord estaba contraída en una fina línea.

—Lo lamento, mi viejo amigo, pero debo saber.

Entonces los dedos de Akkarin habían tocado las sienes de Lorlen.

«¡No debería haber sido posible! Era como si no estuviera ahí, pero lo estaba. ¿Cómo hace esa lectura mental?»

Temblando ante el recuerdo, Lorlen abrió los ojos y se quedó mirando las paredes de su dormitorio. Cuando apretó los puños notó un ardiente anillo de metal presionando la piel alrededor de un dedo. Levantó la mano, y sintió que su estómago se retorció cuando una gema roja brilló en la penumbra.

Todo había sido desvelado: lo que Sonea había presenciado, la lectura de la verdad, la implicación de Rothen, y todo lo que Dannyl había aprendido o descubierto. Ni un indicio de los pensamientos o emociones de Akkarin se habían filtrado. Solo más tarde había vislumbrado el estado mental del Gran Lord mientras Akkarin se paseaba por la sala de invitados, rumiando en silencio durante una hora, quizá más. Era evidente que lo que había descubierto le preocupaba enormemente, pero su porte denotaba que no había perdido nada de la seguridad en sí mismo.

Finalmente, la magia restrictiva que sujetaba a Lorlen a la silla se había retirado. Akkarin recogió la daga de la mesa. De haber tenido más tiempo para pensar, Lorlen habría temido por su vida, pero en cambio miró incrédulo a Akkarin mientras este deslizaba la hoja sobre su propia palma.

Con la sangre acumulándose en una mano, Akkarin cogió la copa vacía de Lorlen y la estrelló contra la mesa. Recogió uno de los fragmentos y lo lanzó al aire.

El trozo de cristal se había detenido frente a los ojos de Akkarin y empezado a rotar sobre sí mismo, con los afilados bordes irradiando destellos rojizos a medida que se fundía. Cuando se enfrió nuevamente, había adquirido la forma de una esfera multifacética. Akkarin levantó la mano sangrante y dobló los dedos alrededor de la esfera. Cuando volvió a abrir la mano, el corte había desaparecido y una brillante gema roja yacía en su palma.

A continuación, la voluntad de Akkarin había convocado hasta su mano una cuchara de plata desde el armario de las bebidas. Se había retorcido, fundido y plegado hasta formar un círculo de gran grosor. Akkarin cogió la gema entre dos dedos y la colocó en la parte de mayor espesor del anillo, que se cerró alrededor como una flor.

Entonces le había tendido el anillo a Lorlen.

—Póntelo.

Lorlen se había planteado negarse, pero sabía que Akkarin estaba dispuesto a utilizar la fuerza para conseguir sus propósitos, y podía imaginar unas cuantas maneras desagradables de hacer que un anillo se llevara puesto permanentemente. Prefería la opción de poder quitárselo algún día, así que cogió el anillo y de mala gana lo deslizó en su dedo medio.

—Seré capaz de verlo y oírlo todo a tu alrededor —había dicho Akkarin—. Y seremos capaces de comunicarnos sin que nadie nos oiga.

«¿Está Akkarin mirando ahora? ¿Me observa mientras doy vueltas en mis habitaciones? ¿Tiene algún remordimiento por lo que ha hecho?»

Aunque Lorlen se sentía herido y traicionado por los actos de Akkarin, era el destino de Sonea lo que más lo atormentaba. ¿Había estado Akkarin observando cuando, al mirar por la ventana hacía unos minutos, Lorlen vio a Sonea saliendo de la universidad? La chica se había parado súbitamente, y el dolor en sus ojos, al recordar que ya no podía regresar a las habitaciones de Rothen, resultaba evidente.

No estaba seguro de si quería que Akkarin la hubiera visto. No estaba seguro de si su «amigo» era capaz de tener remordimientos o sentimientos de culpa. Por lo que Lorlen sabía, Akkarin podría haber disfrutado contemplando su miseria.

Pero, a pesar de todo, aún quería creer que no era así.

21. Las Tumbas de las Lágrimas Blancas

Mientras Sonea se alejaba caminando de la universidad, se imaginaba que podía sentir el enorme edificio encogiéndose detrás de ella. Le picaba la espalda con un persistente calor, y el frío aguijoneaba su cara. Más adelante se erguía imponente una oscura forma, que crecía a medida que se aproximaba.

La residencia del Gran Lord. La casa de Akkarin.

Había prolongado su cena tanto como le fue posible, y luego, incapaz de abandonar la universidad por ella misma, había ido a la biblioteca de los aprendices. Ahora, con esta cerrada y el resto de la universidad vacío y silencioso, no le quedaba más alternativa que regresar a su nueva habitación.

Su corazón latía demasiado rápido cuando llegó a la puerta. Se detuvo, tragó saliva y alargó la mano hacia el pomo. Nada más tocarlo, la puerta se abrió hacia dentro.

La sala estaba iluminada por un único globo de luz. Había una figura sentada en una de las lujosas sillas, sosteniendo un libro con unos dedos largos y pálidos. Levantó la mirada y Sonea sintió que algo le oprimía el estómago.

—Entra, Sonea.

Obligó a sus piernas a moverse. Una vez dentro, la puerta se cerró tras ella, emitiendo un suave pero firme chasquido.

—¿Te fue bien hoy en los exámenes?

Ella abrió la boca para responder, pero como no confiaba en su voz, decidió asentir con la cabeza.

—Eso es bueno. ¿Has cenado?

Volvió a asentir.

—Entonces deberías retirarte a descansar para mañana. Ve.

Aliviada, hizo una reverencia y franqueó apresuradamente la puerta a su izquierda. Creó un globo de luz y lo envió delante de ella mientras ascendía la escalera curva. Bajo la luz mágica, le recordaba la que conducía a la habitación subterránea donde había visto a Akkrain practicando magia negra. Aquella escalera estaba tras la puerta al otro lado de la sala de invitados, supuso. De este lado, la escalera solo subía.

Arriba, salió a un largo pasillo. Su dormitorio estaba tras la primera puerta. No había visto nada más de la residencia del Gran Lord.

Mientras giraba el pomo de la puerta, oyó pasos procedentes del otro extremo del pasillo. Al levantar la mirada, vio una pared iluminada por una luz paulatinamente más brillante, y la parte superior de la otra escalera.

Su voluntad ordenó a su propia luz que se apagara; Sonea abrió rápidamente la

puerta de su habitación y se deslizó adentro. Entornó la puerta, dejando una rendija abierta, pero al escudriñar a través de ella masculló una maldición. Solo era visible la pared de enfrente. Para verle, tendría que abrir más la puerta, y seguro que lo notaba.

La luz se reflejó en la pared del pasillo. Los pasos se detuvieron y un leve chasquido llegó a sus oídos. La luz se movió de nuevo, y entonces el eco de una puerta al cerrarse resonó en el pasillo y todo desapareció en la oscuridad.

«Conque ese es su dormitorio —caviló Sonea—. A solo unos veinte pasos.»

Saber que estaba tan cerca no era reconfortante, pero no habría sido mucho mejor de haberse hallado al otro lado de la residencia. Solo saber que ella estaba en el mismo edificio ya era suficientemente perturbador.

Sonea cerró la puerta con sigilo, se volvió e inspeccionó su habitación. La luz de la luna se derramaba a través de dos pequeñas ventanas, arrojando rectángulos pálidos sobre el suelo. El dormitorio parecía casi acogedor bajo aquella luz etérea.

Era muy distinta de su sencilla habitación en el alojamiento de los aprendices. Los muebles estaban fabricados con madera de color rojo oscuro, lustrada para darle brillo. Había un gran armario situado contra una pared, y junto a este una mesa para estudiar. Entre las dos ventanas había una cama. Algo reposaba en ella.

Sonea se dirigió a la cama y su voluntad proyectó un globo de luz. Un fardo de un género sencillo, atado con una cuerda, yacía sobre las mantas. Cuando desató el nudo, el fardo se abrió y una tela de color verde se desparramó hacia fuera.

Su vestido para la Ceremonia de Aceptación.

Lo levantó y unos objetos más pesados cayeron de entre los pliegues: su espejo y su cepillo de plata, y dos libros de poesía que Rothen le había dado. Sintió que las lágrimas le inundaban los ojos.

«No. No voy a ponerme a lloriquear como una niñita perdida», se dijo a sí misma.

Parpadeó para desprenderse de aquella humedad y depositó los objetos sobre la mesa de estudio. Luego llevó el vestido al armario ropero.

Un tenue olor a madera impregnó el aire mientras colgaba el vestido en una percha. El aroma le trajo recuerdos del Salón Gremial. La imagen de Rothen pronunciando las palabras ceremoniales de un tutor centelleó en su mente. Recordaba la euforia que la había invadido mientras permanecía de pie a su lado, con sus túnicas nuevas en las manos.

«Pero él ya no es mi tutor.»

Tras un suspiro, cerró la puerta del armario.

Volvió hasta la cama y divisó un objeto más pequeño sobre el cobertor. Al cogerlo, reconoció la tosca figura de un reber que Dorrien había dado a Rothen poco después de su llegada. A ella le había fascinado cómo algo podía estar tallado de un modo tan rudimentario y aun así contener toda la esencia del animal que representaba.

Dorrien. No había pensado en él desde su partida. Daba la impresión de haber sido hacía semanas, pero solo habían pasado dos días desde que subieron al manantial y la besó.

¿Qué iba a pensar cuando se enterara del cambio repentino de tutor? Lanzó un suspiro. Como el resto de los magos, se maravillaría de su «buena fortuna»; pero estaba segura de que, de haberse encontrado él todavía allí, habría detectado que algo no iba bien. Habría notado su miedo, al igual que la angustia y la ira de Rothen.

Pero él no estaba allí. Estaba lejos, en su pequeña aldea de montaña.

Tarde o temprano Dorrien volvería a visitar el Gremio. Cuando lo hiciera, él desearía verla. ¿Se lo permitiría Akkarin? Sonea sonrió. Incluso si Akkarin lo prohibía, Dorrien encontraría un modo. Aparte, si Akkarin impedía a Dorrien verla, eso levantaría sospechas.

Pero ¿sería así? A Akkarin le bastaba con afirmar que Dorrien la estaba distraendo de los estudios, y aunque Dorrien pudiera encontrarlo un poco sobreprotector, nadie más lo cuestionaría. Frunció el ceño. ¿Y si Dorrien se percataba de que algo iba mal? ¿Qué haría? ¿Qué haría Akkarin? Se estremeció. A diferencia de Rothen y de ella misma, Dorrien vivía lejos, fuera de la vista del Gremio. ¿Quién haría preguntas si un sanador que trabajaba en una aldea distante moría en un «accidente»?

Apretó la talla con fuerza. No debía dar a Akkarin motivos para que se fijara en Dorrien. Cuando este regresara al Gremio, tendría que decirle que no albergaba sentimientos hacia él. El propio Dorrien había dicho que ella podría encontrar a alguien más en los años que faltaban hasta la graduación. Le dejaría pensar que así había sido.

Pero nunca podría haber nadie más. No mientras fuera la rehén de Akkarin. Hacer un amigo era poner a alguien en peligro. ¿Y qué pasaba con su tía y su tío y su primo? Por ahora, Akkarin no haría daño a Rothen, pues eso le daría vía libre a ella para revelar su secreto. Si el Gran Lord supiera dónde estaba su familia, podría utilizarlos en su contra, también.

Dejó escapar un suspiro y se tumbó en la cama. ¿Cuándo había empezado todo a ir mal? Sus pensamientos volvieron a la plaza Norte. Desde aquel día su destino había estado en las manos de otros: primero Cery y Harrin, luego los ladrones, después Rothen, y ahora Akkarin. Antes de aquel episodio, no había sido más que una chiquilla, protegida por su tío y su tía. ¿Alguna vez recuperaría el control de su vida?

«Pero estoy viva —se recordó a sí misma—. Lo único que puedo hacer ahora es tener paciencia y esperar que pase algo que arregle todo esto... y asegurarme de estar lista para ayudar cuando pase.»

Se levantó y fue hasta la mesa de estudio. Si pasaba algo, probablemente recurriría a la magia, así que cuanto más preparada estuviera, mejor. Los exámenes de

sanación eran al día siguiente, y se obligó a repasar sus apuntes una vez más.

Rothen volvió a acercarse a la ventana y se quedó mirando la residencia del Gran Lord. Dos pequeños cuadrados de luz habían aparecido junto a la torre septentrional en las dos últimas noches. Cuanto más los miraba, más convencido estaba de que Sonea se hallaba tras aquellas ventanas.

«Qué asustada debe de estar. Qué atrapada. Debe de estar deseando no haber accedido jamás a unirse al Gremio.»

Se dio cuenta de que tenía los puños cerrados. Se forzó a sí mismo a retornar a su silla en la sala de invitados y, tras sentarse, contempló los restos de su cena a medio comer.

«¿Qué puedo hacer? Tiene que haber algo que pueda hacer.»

Se había formulado a sí mismo esa pregunta una y otra vez. Y la respuesta siempre era la misma.

«Tanto como te atrevas a hacer.»

Todo dependía de la seguridad de Sonea. Quería salir al pasillo y contar a gritos la verdad a todos los magos que habían aceptado tan ciegamente la decisión de Akkarin, pero sabía que, si lo hacía, la chica sería la primera de las víctimas de Akkarin. El poder de Sonea sería empleado para luchar contra el Gremio; su muerte ayudaría a Akkarin a derrotarlos.

Quería desesperadamente hablar con Lorlen. Aunque ansiaba una garantía de que Lorlen no sacrificaría la vida de Sonea en un intento de derrotar a Akkarin, también quería saber que el administrador no había abandonado los planes para enfrentarse al Gran Lord.

Akkarin había prohibido cualquier contacto entre ellos, pero incluso aunque se atreviera a correr el riesgo de hablar con Lorlen, no podía hacerlo. El administrador se había retirado a sus habitaciones y estaba descansando. Desde que se enteró de aquello, a Rothen le había preocupado que Lorlen hubiera sido herido en su confrontación con Akkarin. La posibilidad era aterradora. Si Akkarin era capaz de hacer daño a su amigo más íntimo, ¿qué no haría con aquellos que le importaban menos?

Pero era posible que el Gran Lord estuviera acostumbrado a matar y a extraer poder de otros. Era posible que lo hubiera estado haciendo durante años. Rothen frunció el ceño. ¿Cuánto tiempo llevaba Akkarin practicando magia negra? ¿Desde que fue nombrado Gran Lord? ¿Más?

Desde que Sonea le había contado el secreto de Akkarin, Rothen había reflexionado muchas veces sobre cómo habría descubierto la magia negra. Era generalmente aceptado que el Gremio había destruido cualquier conocimiento de ella hacía siglos. A los magos superiores se les había enseñado a reconocerla, pero eso era

todo. No obstante, cabía la posibilidad de que Akkarin tuviera acceso a información y preceptos de documentos olvidados en algún lugar del Gremio.

O podría haber aprendido magia negra años atrás, antes de emprender su viaje. Acaso la búsqueda de conocimiento de poder ancestral no había sido sino una excusa para descubrir más, o simplemente para ganar tiempo y libertad para practicar. O tal vez fue durante los viajes de Akkarin cuando había descubierto la magia negra. ¿Se había tropezado Akkarin con ese conocimiento y lo había utilizado para fortalecerse a sí mismo?

Donde existía un conocimiento de poder, a menudo también podía hallarse un medio para derrotar a ese poder. Si Akkarin había descubierto la magia negra durante sus viajes, entonces otro podría encontrarla de nuevo. Rothen lanzó un suspiro. Si tan solo tuviera la posibilidad de dejar el Gremio, pasaría cada momento del día en busca de ese conocimiento. Pero no podía marcharse. Akkarin probablemente le estaría vigilando de cerca. No quería que Rothen recorriera las Tierras Aliadas, lejos de su vista.

«Algún otro deberá hacerlo, entonces —asintió Rothen para sí mismo—. Alguien con libertad para viajar. Alguien que lo haga sin formular demasiadas preguntas. Alguien en quien pueda confiar...»

Lentamente, Rothen empezó a sonreír. Conocía exactamente a la persona adecuada.

Dannyl.

Cientos de antorchas titilaban en la fría brisa nocturna. Más adelante, varios centenares más formaban un largo zigzag que serpenteaba de un lado a otro en dirección ascendente, hacia el cielo. La superficie rocosa de un acantilado estaba iluminada por ellas, y, a intervalos, las bocas de las cuevas aparecían bordeadas por las llamas.

Los remeros tiraban de los remos al compás del lento tamtam del tambor en la proa. La balada era devuelta por el eco en los acantilados mientras los cantantes se movían en una pausada armonía que a Dannyl le produjo escalofríos. Echó un vistazo a Tayend, que miraba con asombro las demás canoas alrededor. Tras unas semanas de descanso, el cortesano ofrecía un aspecto más saludable.

—¿Te sientes bien? —murmuró Dannyl.

Tayend asintió y señaló el casco de la embarcación.

—Apenas se balancea.

Les llegó el sonido desde el fondo de un suave roce. Los remeros desembarcaron ágilmente de un salto y tiraron de la canoa hacia la playa. Tayend se puso en pie y, tras calcular cuidadosamente la cadencia de las olas que se arremolinaban alrededor de la embarcación, saltó afuera cuando el agua se retiró. Maldijo al hundirse con sus

elegantes zapatos en la arena mojada.

Riendo entre dientes, Dannyl bajó de la canoa y echó a andar por la playa hacia el sendero flanqueado de antorchas. Se detuvo cuando un grupo grande de dolientes iniciaron su procesión por la escalera esculpida en la cara del acantilado. Dannyl y Tayend les siguieron, dejando un respetuoso hueco entre el grupo y ellos.

La gente de Vin visitaba esas cuevas todos los meses, con la luna llena. En ellas estaban las tumbas de los muertos. Se depositaban ofrendas junto a los restos de los ancestros, y se hacían peticiones a sus espíritus. Algunas tumbas eran tan antiguas que no quedaban descendientes que las visitaran, y era una de esas la que Dannyl y Tayend habían ido a ver.

Recordando las costumbres de las que les habían hablado, guardaron silencio mientras subían. Pasaron junto a varias cuevas, avanzando a un ritmo constante. Tayend respiraba con dificultad cuando el grupo de dolientes por delante de ellos giró hacia la entrada de una cueva. Tras un descanso breve, él y Dannyl continuaron el ascenso por la angosta escalera.

—Espera. Mira esto.

Al oír el susurro, Dannyl se volvió y encontró a Tayend apuntando con el dedo la entrada de una cueva que había pasado de largo sin darse cuenta. Un ligero pliegue en el acantilado había ocultado una estrecha hendidura que apenas era lo suficientemente ancha para que un hombre se deslizara por ella de lado. Sobre ella había un símbolo esculpido.

Dannyl, que había reconocido el símbolo, se acercó a la grieta y escudriñó el interior. Solo pudo ver oscuridad. Dio un paso atrás, creó un globo de luz y lo mandó adentro.

Tayend soltó un gritito medio ahogado cuando la luz reveló un rostro que los observaba fijamente. El hombre miró a Dannyl con los ojos entrecerrados y dijo algo en vindeano. Comprendiendo que era un guardián de tumbas, Dannyl recitó el saludo ritual que le habían enseñado.

El hombre dio la réplica apropiada, luego retrocedió e hizo una seña. Mientras Dannyl se deslizaba al interior, su globo de luz extrajo destellos de la bruñida armadura ceremonial y la espada corta del guardián. Este efectuó una rígida reverencia.

Estaban en un pequeño recinto. Un pasillo bajo se internaba en las profundidades del acantilado. Las paredes estaban cubiertas de pinturas. Tayend las examinó de cerca, con exclamaciones susurrantes de admiración.

—Necesitar vigilante —dijo el guardián—. Para no perderse. No llevarse nada, ni solo piedra. —Sacó una pequeña flauta y sopló una única nota. Un momento después, un chico con una sencilla prenda de vestir larga ceñida con un cinturón apareció en la entrada.

Les hizo una seña, y cuando Dannyl y Tayend atravesaron la puerta, les indicó que deberían ir delante. Cuando echaron a andar por un estrecho túnel, el chico les siguió en silencio.

Tayend marcaba el paso, caminando lentamente mientras examinaba las pinturas de las paredes.

—¿Algo interesante? —preguntó Dannyl cuando el académico se detuvo por tercera vez.

—Oh, sí —musitó Tayend. Miró a Dannyl y luego sonrió con aire de disculpa—. Solo que no tiene relación con lo que buscas.

Se enderezó y continuó acelerando el paso, con la atención aún puesta en las paredes pero con expresión menos distraída. Con el transcurso del tiempo, Dannyl fue cada vez más consciente del peso de la tierra por encima, y de la proximidad de las paredes. Si el túnel se derrumbara, estaba seguro de que podría evitar ser aplastados levantando un escudo de una barrera. Había hecho algo parecido un año antes cuando, para impedir que capturara a Sonea, los ladrones habían derrumbado uno de sus túneles.

Pero esta vez era distinto. Había muchas más rocas y tierra sobre él. Era probable que pudiera evitar que fueran aplastados, pero no estaba seguro de lo que haría después. ¿Podría desplazar la tierra alrededor de la barrera, y así abrir un túnel para salir? ¿Tendría tiempo antes de que se agotara el aire en el interior? ¿Poseía la fuerza mágica para llevarlo a cabo? En caso contrario, se iría debilitando lentamente hasta que el peso de la tierra le venciera.

Perturbado por la idea, trató de pensar en otra cosa. Las pisadas del chico que les seguía eran apenas perceptibles. Se preguntó si al muchacho le preocuparía quedar enterrado vivo. Se encontró a sí mismo pensando en otro día, cuando se internó en los túneles bajo la universidad para ver por qué Fergun había estado husmeando allí abajo. Había combatido la sospecha de que alguien le estaba siguiendo, para terminar descubriendo que ese alguien era el Gran Lord.

—¿Estás bien?

Dannyl saltó al oír la pregunta. Tayend le observaba detenidamente.

—Sí. ¿Por qué?

—Respiras un poquito rápido.

—Ah, ¿en serio?

—Sí.

Tras unos cuantos pasos más, Dannyl tomó aire, en silencio, y lo expulsó poco a poco; después empezó a realizar un ejercicio tranquilizante.

Tayend le echó una mirada y sonrió.

—¿Te molesta estar bajo tierra?

—No.

—Mucha gente se siente incómoda en lugares como este. He visto a multitud de personas que les entra pánico en la biblioteca, así que he aprendido a reconocer las señales. Me dirás si vas a dejarte llevar por el pánico, ¿verdad? No me agrada mucho la idea de estar cerca de un mago nervioso.

Dannyl sonrió.

—Estoy bien. Es solo que... me estaba acordando de un par de experiencias desagradables en sitios similares.

—¿Sí? Cuéntame.

De algún modo, relatar las dos experiencias hizo que Dannyl se sintiera mejor. Describir cómo llegaron a enterrarle los ladrones le condujo a la historia sobre la búsqueda de Sonea. Tayend entornó los ojos cuando contó la parte donde se había internado en los túneles bajo la universidad y encontrado al Gran Lord.

—Te asusta, ¿no es cierto?

—No. No me asusta tanto como... Bueno, depende de la situación.

Tayend soltó una risita.

—Bien, si alguien tan aterrador como tú tiene miedo del Gran Lord, entonces definitivamente me mantendré apartado de su camino.

Dannyl se paró en seco.

—¿Yo soy aterrador?

—Oh, sí —asintió Tayend—. Mucho.

—Pero... —Dannyl sacudió la cabeza—. No he hecho nada para... —Calló cuando recordó al atracador—. Bueno, supongo que ahora sí, pero... seguro que no me tenías miedo antes de eso, ¿no?

—Por supuesto que te lo tenía.

—¿Por qué?

—Todos los magos asustan. Todo el mundo ha oído lo que pueden hacer, pero lo que más asusta es lo que no sabes que pueden hacer.

Dannyl torció el gesto.

—Bueno, supongo que ya has visto lo que puedo hacer. Y no tenía intención de matarlo.

Tayend dio unos pasos mientras le observaba en silencio.

—¿Cómo te sientes respecto a eso?

—No muy bien —admitió Dannyl—. ¿Y tú?

—No estoy seguro. Es como si tuviera dos visiones diferentes y opuestas al mismo tiempo. No lamento que lo mataras, pero pienso que matar está mal. Supongo que es la incertidumbre lo que más me molesta. ¿Quién sabe realmente qué está bien o mal? He leído más libros que la mayoría de la gente que conozco, y ninguno de ellos concuerda en nada. Pero hay una cosa que quiero decirte.

Dannyl se obligó a mirar a Tayend a los ojos.

—¿Sí?

—Gracias. —La expresión de Tayend era sombría—. Gracias por salvarme la vida.

Algo en el interior de Dannyl se soltó, como al desatarse un nudo. Se dio cuenta de que había necesitado la gratitud de Tayend. No hacía que fuera más fácil convivir con su conciencia, pero le ayudaba a mantener en perspectiva todo el incidente.

Al mirar hacia delante, notó que su globo de luz no iluminaba como debería las paredes a lo lejos. Frunció el ceño, pero luego se dio cuenta de que se aproximaban a una caverna más grande. Mientras se acercaban, un aroma a mineral captó la atención de Dannyl. El penetrante olor que impregnaba el aire se hizo más definido al llegar a la abertura. Dannyl envió su globo de luz y Tayend jadeó.

La cámara era tan amplia como el Salón Gremial, y estaba llena de refulgentes cortinas y espirales de blanco. El eco del agua goteando resonaba por todo el espacio. Al mirar detenidamente, Dannyl pudo ver que caía de los extremos húmedos de las estalactitas. Entre las estalagmitas como colmillos corría un arroyo poco profundo.

—Las Tumbas de las Lágrimas Blancas —susurró Tayend.

—Formadas por el agua que se filtra por el techo, depositando minerales por dondequiera que fluye —explicó Dannyl.

Tayend puso los ojos en blanco.

—Eso ya lo sé.

Un resbaladizo camino conducía al interior de la cámara. Descendieron con cuidado y avanzaron por el desigual fondo de la caverna. A medida que iban dejando atrás aquellas fabulosas estructuras blancas, más aparecían a la vista. De repente Tayend se detuvo.

—La Boca de la Muerte —dijo con voz apagada.

Más adelante, una hilera de estalagmitas y estalactitas cruzaba la cámara. Algunas se habían fusionado entre sí al crecer, y lentamente se ensanchaban para formar columnas. Los huecos entre otras eran tan pequeños que parecía como si fueran a encontrarse en breves instantes.

Cada una era colosal en el suelo o en el techo, y quedaba rematada por una punta blanca muy fina, de tal modo que la composición entera ofrecía un aspecto similar al de la dentadura de un enorme animal.

—¿Qué te parece si vemos si existe un estómago? —preguntó Tayend. Sin esperar respuesta, pasó agachado entre dos de los dientes y desapareció.

Dannyl fue tras Tayend, y le encontró parado a la entrada de un túnel, haciendo señas con frenesí. Las paredes a cada lado eran cortinas de un blanco refulgente, rotas aquí y allá por nichos horizontales poco profundos. Se arrimó a Tayend y vio un esqueleto que yacía en un pequeño nicho, medio tapado por la nueva cortina de blanco que se había formado.

—Deben de haber cincelado las tumbas sabiendo que las paredes crecerían para recubrirlas —dijo Tayend en voz baja.

Siguieron andando y encontraron otra tumba, y luego otra. Cuando más lejos avanzaban, más numerosos y antiguos eran los sepulcros. Finalmente no quedaron esqueletos a la vista, solo paredes que habían cubierto los nichos por completo.

Dannyl sabía que habían pasado varias horas. Los vindeanos prohibían las visitas a las cuevas durante la luz del día, y empezó a preocuparle que no regresaran a la playa a tiempo para coger su canoa. Cuando llegaron al final del túnel, dejó escapar un suspiro de alivio.

—Aquí no hay nada —dijo Tayend, recorriendo el lugar con la mirada.

A su alrededor las paredes estaban intactas. Dannyl se desplazó hacia la derecha y las examinó cuidadosamente. En algunos puntos casi parecían translúcidas. Imitando su ejemplo, Tayend escudriñó atentamente la superficie de la pared a mano izquierda. Tras varios minutos, pronunció el nombre de Dannyl con excitación.

Al acercarse a su amigo, Dannyl vio que Tayend señalaba un pequeño agujero.

—¿Puedes introducir algo de luz ahí?

—Lo intentaré.

Mientras Tayend se echaba a un lado, Dannyl creó una minúscula chispa y la envió al interior del orificio. La observó atravesar una capa de mineral blanco del ancho de un dedo, para después surgir en la oscuridad.

Hizo brillar la chispa con mayor intensidad para iluminar el espacio de más allá, y sintió que una sonrisa se le extendía por el rostro.

—¿Qué es? —preguntó Tayend con excitación—. ¡Déjame ver!

Dannyl dio un paso a un lado, y observó mientras Tayend se inclinaba para escudriñar por el agujero. Los ojos del académico se abrieron de par en par. Tras la cortina de blanco se abría una pequeña cueva. En el centro reposaba un ataúd esculpido. Las paredes interiores estaban parcialmente cubiertas con sedimentos minerales, pero buena parte de la decoración tallada original seguía siendo visible.

Tayend sacó a toda prisa del abrigo unas hojas de papel y un carboncillo de dibujo, con los ojos irradiando excitación.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

Dannyl se encogió de hombros.

—Una hora, probablemente menos.

—Será suficiente por el momento. ¿Podremos volver otra vez?

—No veo por qué no.

Tayend esbozó una sonrisa.

—¡Lo hemos encontrado, Dannyl! Hemos encontrado lo que tu Gran Lord estuvo buscando. ¡Evidencias de magia ancestral!

22. Evitando al Gran Lord

Los aprendices adelantaban a Sonea a toda prisa mientras abandonaba el alojamiento de los sanadores, algunos corriendo o dando brincos y gritando de júbilo. Sonea escuchaba las risas y el alboroto a su alrededor. Con el gong final todavía resonando en sus oídos, aprendices de todas las edades y niveles hablaban de montar a caballo, asistir a bailes de la corte y practicar juegos que nunca había oído mencionar.

En las próximas dos semanas sería raro ver túnicas marrones en los jardines, pues los aprendices —y no pocos magos— regresaban con sus familias durante el parón invernal.

«Ojalá yo también pudiera irme.»

Pensaba con añoranza en pasar esos días con su tío y su tía, y el bebé de ambos, en las barriadas.

«Pero él nunca me lo permitiría.»

Ya en la universidad, se detuvo cuando varios aprendices mayores salieron a la carrera. Unos cuantos rezagados pasaron a su lado mientras subía la escalera. Una vez que alcanzó el primer piso, sin embargo, se encontró súbitamente sola.

El silencio en el pasillo poseía un vacío que no había experimentado antes, ni siquiera a altas horas de la noche. Con la caja firmemente apretada contra el pecho, Sonea se apresuró hasta un pasillo lateral.

Aunque la biblioteca de los magos estaba en la planta baja de la universidad, cerca de la parte trasera del edificio, a la de los aprendices se llegaba a través de una enrevesada y confusa serie de pasillos del primer piso. Sonea no había sido capaz de encontrarla la primera vez que la buscó, y había recurrido finalmente a seguir a otros aprendices.

Llegó a la biblioteca y vio que también estaba vacía de aprendices. Abrió la puerta y oyó unos pasos. Cuando apareció lady Tya, la bibliotecaria, hizo una reverencia.

—Lo siento, Sonea —dijo Tya—, la biblioteca está cerrando. Ya he acabado mi servicio por este año.

—¿Estará abierta durante las vacaciones, milady?

La bibliotecaria negó con la cabeza. Con un asentimiento, Sonea salió de espaldas, y tras dar media vuelta, se alejó.

Se detuvo en el siguiente cruce. Maldiciendo, se apoyó en la pared. ¿Adónde podría ir ahora? A cualquier parte excepto a la residencia del Gran Lord. Sintió un escalofrío mientras consideraba los pasillos a izquierda y a derecha. El de la derecha conducía de vuelta al corredor principal. A la izquierda, el pasillo conducía a... ¿adónde?

Echó a andar por el de la izquierda y llegó a otra intersección. Se detuvo y recordó el confuso trayecto que Dorrien había seguido para llevarla al tejado de la universidad. Él había dicho que conocía cada pasillo y cada habitación del edificio. Crecer en el Gremio tenía sus ventajas, había comentado.

Sonea arrugó la boca. Necesitaba cualquier ventaja que pudiera obtener. Era hora de aprender a moverse por ese lugar.

Pero ¿y si se perdía?

Sonea soltó una risita. Tenía horas que llenar. Por primera vez en seis meses, no tenía que estar en ningún sitio. Si equivocaba el camino, volvería a encontrarlo.

Sonrió inexorable, y empezó a caminar.

Alguien golpeó con fuerza la puerta cuatro veces. A Lorlen se le heló la sangre.

No era la educada forma de llamar de Osen, ni los tímidos golpecitos del sirviente de Lorlen. Ni los de algún otro mago que no reconocía. Era el golpe en la puerta que había estado temiendo: un golpe que había sabido que llegaría.

Ahora que estaba por fin ahí no pudo moverse. Se quedó mirando fijamente la puerta, con la vana esperanza de que el visitante le creyera ausente y se marchara.

Abre la puerta, Lorlen.

La comunicación le sobresaltó. Sonaba distinta, como si una voz real hubiera hablado dentro de su cabeza.

Lorlen respiró profundamente. Tarde o temprano tendría que encontrarse con Akkarin. ¿Por qué postergar el momento? Suspirando a duras penas, la voluntad de Lorlen forzó a la puerta a abrirse.

—Buenas noches, Lorlen.

Akkarin pasó adentro, luciendo la misma media sonrisa con la que generalmente saludaba a Lorlen. Como si aún fueran buenos amigos.

—Gran Lord. —Lorlen tragó saliva. Su corazón latía demasiado rápido, y quiso encogerse en su silla. Sintió un arrebató de irritación hacia sí mismo.

«Eres el administrador del Gremio —se dijo—. Conserva al menos tu dignidad.»

Se obligó a levantarse y enfrentarse a Akkarin.

—¿Hoy no visitas el Salón de Noche? —preguntó Akkarin.

—No estaba de humor.

Silencio. Akkarin se cruzó de brazos.

—No les causé ningún perjuicio, Lorlen —dijo Akkarin con voz sosegada—. Ni a ti. Sonea en realidad se beneficiará de mi tutela. Sus profesores eran negligentes con ella, a pesar de la influencia de Rothen. Ahora se desvivirán por ayudarla... y la chica requerirá de toda su ayuda si ha de hacer realidad el potencial que vi en ella.

Lorlen miró a Akkarin, conmocionado.

—¿Le leíste la mente?

El Gran Lord alzó una ceja.

—Por supuesto. Puede que sea pequeña, pero no es una niña. Eso lo sabes, Lorlen. Tú también le has leído la mente.

—Aquello fue distinto. —Lorlen apartó la mirada—. Fui invitado. —Sin duda, Akkarin también había leído la mente a Rothen. Sintió otra oleada de culpa.

—Pero no es eso por lo que estoy aquí —dijo Akkarin—. Nada te ha mantenido nunca lejos del Salón de Noche cuando los cotilleos y las conjeturas estaban asegurados. Esperarán que asistas. Es hora de dejar de estar alicaído, amigo mío.

¿Amigo? Lorlen arrugó la frente y bajó la mirada al anillo. ¿Qué clase de amigo hacía algo así?

«¿Qué clase de administrador permitía que un mago negro tomara a una aprendiz como rehén?» Lanzó un suspiro. «Uno que no tiene elección.»

Para proteger a Sonea, debía fingir que nada había sucedido. Nada más extraordinario que el hecho de que el Gran Lord finalmente reclamara la tutela de un aprendiz y sorprendiera a todos escogiendo a la chica de las barriadas. Asintió con la cabeza.

—Iré. ¿Vienes? —preguntó, aunque conocía la respuesta.

—No. Regresaré a mi residencia.

Lorlen volvió a asentir. Si Akkarin aparecía en el Salón de Noche, su presencia pondría freno a los cotilleos. En su ausencia, sin embargo, formularían al administrador las preguntas que nadie se atrevía a hacer al Gran Lord. Como era habitual, Akkarin esperaba un informe.

Entonces Lorlen recordó el anillo y las palabras de Akkarin: «Seré capaz de verlo y oírlo todo a tu alrededor».

Akkarin no necesitaba un informe. Estaría escuchando todo lo que se dijera.

Lorlen se levantó y entró en su dormitorio. Se humedeció la cara con agua de un cuenco, y examinó su reflejo en el espejo. Dos manchas oscuras bajo los ojos hablaban de las noches sin dormir que había pasado. Se alisó el pelo y se lo recogió con esmero en la nuca. Tenía la túnica arrugada, pero lo solucionó con un pequeño ejercicio de magia.

Al regresar al dormitorio, miró a Akkarin a los ojos desapasionadamente. Una leve sonrisa acarició la boca del Gran Lord. Lorlen se dio media vuelta, dominó su expresión y abrió la puerta con una orden de su voluntad.

Lorlen siguió a Akkarin afuera, y vio que unos magos se detenían en el pasillo y le miraban fijamente. Asintió con educación. Notarían las ojeras y asumirían que había estado enfermo. En el exterior del alojamiento de los magos, Akkarin le dio las buenas noches y desapareció en la universidad.

Lorlen continuó hasta el Salón de Noche, y saludó a dos magos que también llegaban a la entrada en ese momento. Como esperaba, le preguntaron si se se

encontraba bien. Él les aseguró que sí, y los guió adentro.

Cuando las puertas interiores se abrieron, las cabezas se volvieron hacia los recién llegados. El zumbido de voces cambió, primero apagándose, luego creciendo con mayor intensidad. Lorlen se abrió paso entre la multitud que abarrotaba el salón hacia su butaca favorita y vio que varios magos, incluidos muchos de los magos superiores, ya se habían congregado alrededor.

Para regocijo suyo, encontró a lord Yikmo en su asiento. El joven guerrero se puso en pie de un salto.

—¡Administrador Lorlen! —exclamó—. Por favor, siéntese. ¿Se encuentra bien? Parece cansado.

—Estoy bien —respondió Lorlen.

—Es bueno oírlo —dijo Yikmo—. Teníamos la esperanza de que viniera esta noche, pero comprendería si decidiera evitar todas las cuestiones sobre Sonea y el Gran Lord.

Lorlen se las arregló para sonreír.

—Pero no podía dejarles con todos sus interrogantes, ¿no es cierto?

Lorlen se recostó en su butaca, y esperó la primera pregunta. Tres magos, uno de ellos lord Peakin, hablaron al mismo tiempo. Callaron, se miraron entre sí, y dos de ellos asintieron educadamente hacia el director de la disciplina de estudios alquímicos.

—¿Sabía que Akkarin se estaba pensando tomar su tutela? —preguntó lord Peakin.

—No —admitió Lorlen—. No había mostrado más interés en ella que en cualquier otro aprendiz. Habíamos hablado de Sonea de vez en cuando, pero aparte de eso, él guarda sus pensamientos para sí mismo. Puede que lo estuviera considerando durante semanas, incluso meses.

—¿Por qué Sonea, entonces? —preguntó lord Garrel.

—Nuevamente, no estoy seguro. Algo debe de haber atraído su atención.

—Tal vez su fuerza —reflexionó lord Yikmo—. Aquellos aprendices de la promoción de verano nos pusieron sobre alerta de su potencial cuando combinaron sus poderes contra ella.

—¿La sometió a prueba, entonces?

Lorlen titubeó, después asintió.

—Sí.

Los magos, a su alrededor, intercambiaron miradas de compasión.

—¿Qué encontró? —preguntó Peakin.

—Me dijo que vio un gran potencial —respondió Lorlen—. Está ansioso por supervisar su entrenamiento.

Uno de los magos que estaba cerca se irguió y se apartó para unirse a un recién

llegado y, sin duda, difundir aquella información. Más allá de la pareja, su mirada se vio atraída por un rostro familiar. Cuando los ojos de Rothen se encontraron con los suyos, Lorlen sintió una punzada de culpabilidad.

Que Rothen estuviera presente no le sorprendía. ¿Habría ordenado Akkarin también a Rothen que no interrumpiera sus apariciones públicas?

—El rector Jerrick me ha contado que asistirá a clases nocturnas —dijo Vinara—. ¿No cree que eso es esperar demasiado de ella?

Volviendo la atención a sus interrogadores, Lorlen se encogió de hombros.

—Eso es nuevo para mí. No sabía que ya hubiera despachado con Jerrick.

—La mayoría de sus clases nocturnas son para cubrir aquellas sustituidas por lecciones particulares en habilidades de guerrero —dijo lord Yikmo.

—¿Por qué no podría tomar esas por la noche? —preguntó otro.

—Porque yo no enseño a esas horas —respondió Yikmo con una amplia sonrisa.

—Perdone por decir esto, pero habría esperado que lord Balkan instruyera a la predilecta del Gran Lord —dijo lord Garrel—. Pero tal vez su inusual estilo de enseñanza encaje mejor con una chica como Sonea.

—He descubierto que aprendices con mentes ágiles y temperamentos menos agresivos responden bien a mis métodos —replicó Yikmo con elegancia.

Lorlen percibió que Rothen seguía observándole, y se volvió para mirar a los allí congregados. Rothen apartó la mirada.

Retornando a la conversación, Lorlen desvió el tema de las clases de Sonea con Yikmo.

«¡Guerreros! —pensó—. Siempre compitiendo.»

Dos horas después, Lorlen se encontró a sí mismo reprimiendo un bostezo. Paseó la mirada entre los magos y luego se levantó.

—Si me disculpan —dijo—, se está haciendo tarde y me gustaría acostarme temprano. Buenas noches.

Cruzar la habitación no fue fácil. Cada pocos pasos era abordado e interpelado. Tras retirarse educadamente varias veces, dio media vuelta y se encontró cara a cara con Rothen.

Se miraron el uno al otro en silencio. Con el corazón acelerado, en lo único en que podía pensar Rothen era que Akkarin les había prohibido hablar entre ellos. Pero ya había rostros vueltos en su dirección, y si no hablaban generarían toda clase de rumores.

—Buenas noches, administrador —dijo Rothen.

—Buenas noches, lord Rothen —respondió Lorlen.

«De modo que acabamos de desobedecer a Akkarin», reflexionó Lorlen.

El rostro de Rothen estaba surcado de arrugas, más de las que Lorlen recordaba. De repente se acordó del anillo, y se cogió las manos detrás de la espalda.

—Querría... expresarle mi simpatía. Debe de ser angustiante perder la tutela de una aprendiz por la que claramente sentía tanto cariño.

Se acentuó una arruga entre las cejas de Rothen.

—Lo es —convino.

Cómo deseaba poder tranquilizar a Rothen. Aunque tal vez...

—Acabo de enterarme de que ha sido inscrita en las clases nocturnas para el segundo año. Pasará casi todo el tiempo con sus lecciones, por tanto, dudo que vaya a ver mucho a su nuevo tutor; lo cual es probablemente la forma de Akkarin de evitar que interfiera en sus planes.

Rothen asintió lentamente.

—En eso coincidirá con ella, estoy seguro. —Titubeó, luego bajó la voz—. ¿Se encuentra bien, administrador?

—Sí. —Lorlen sonrió lánguidamente—. Tan solo necesito unas horas de sueño. Yo... —Se detuvo y sonrió a un grupo de magos que pasaban—. Gracias por su preocupación. Buenas noches, lord Rothen.

—Buenas noches, administrador.

Lorlen se apartó, continuó hacia las puertas del Salón de Noche y se adentró en el frío aire nocturno. Se permitió soltar un suspiro poco profundo.

«¿En serio creo que Akkarin no les hará daño?»

Están a salvo. Tranquilizar a Rothen fue un sabio movimiento.

Lorlen se quedó de piedra por la sorpresa y bajó la mirada al anillo. Echando un vistazo alrededor, se sintió aliviado al comprobar que el patio estaba vacío y que nadie había visto su reacción.

Me hablaste de las habilidades conversacionales de Garrel, pero nunca lo había visto en acción. ¿Hace eso con todo el mundo?

Lorlen volvió a mirar el anillo. Atrapaba la luz de las farolas que rodeaban el patio, lo cual confería a la piedra un aspecto no muy distinto al de cualquier gema normal y corriente.

Te lo dije, Lorlen. Todo lo que veas y oigas.

¿Y mis pensamientos?

Si estoy escuchando... pero no sabrás cuándo lo hago.

Horrorizado, Lorlen echó mano al anillo y empezó a retorcerlo para sacárselo.

Detente, Lorlen. La culpa ya te atormenta suficiente. No me obligues a hacer que sea peor.

Olvidando el anillo, Lorlen apretó los dedos, presa de la frustración.

Eso está mejor. Ahora ve a descansar. Has de ponerte al día con el trabajo.

Respirando pesadamente, con un sentimiento de ira y derrota, Lorlen echó a andar hacia sus habitaciones.

Familiarizarse con los pasillos interiores de la universidad había resultado ser más difícil de lo que Sonea esperaba. Cuanto más profundamente exploraba, más fácil era que se perdiera. Tan intrincados e imprevisibles eran los pasillos que empezó a preguntarse si habrían sido diseñados específicamente para confundir a los extraños.

La distribución no seguía ningún patrón repetitivo ni predecible. Los giros y recodos de cada pasillo eran todos diferentes. A veces llevaban de nuevo al corredor principal; a veces encontraba un callejón sin salida.

Sacó un trozo de papel de la caja y empezó a contar los pasos y a dibujar los giros según avanzaba. Una hora más tarde, tenía trazado un mapa de una pequeña sección. Faltaban algunas partes, sin embargo. Aunque retrocedió sobre sus pasos, no descubrió pasaje alguno que condujera a las secciones en blanco del mapa.

Se detuvo y se sentó en la caja a descansar y a pensar. Había asumido que la enrevesada ruta tomada por Dorrien cuando la llevó al tejado había sido un ardid deliberado para confundirla. Quizá no. Al pensarlo, recordó que habían pasado por un cuartito raro. Había contenido algunas vitrinas con adornos, pero aparte de eso, parecía no tener ninguna utilidad práctica. Tal vez, pensó, su verdadero propósito era servir de portal o entrada a partes internas de la universidad.

Se levantó y se dirigió apresuradamente a uno de los pasillos ciegos que había encontrado. El corredor terminaba en una pared lisa, sin marcas, pero a la izquierda había una puerta. Empuñó el pomo... y se detuvo.

¿Y si se equivocaba y era una habitación normal y corriente? Puede que se encontrara con algún mago, o que interrumpiera una reunión.

Quizá era exactamente eso lo que se pretendía que pensara. La mayoría de las personas se sentían reacias a abrir la puerta de una habitación desconocida sin haber sido invitadas. Retiró la mano de la puerta y dio un paso atrás para contemplarla. ¿Había alguna señal o indicación de que aquella puerta diera a una habitación-portal y no a una habitación ordinaria?

Era de una madera oscura. La superficie era lisa y sin decoración. Las bisagras eran de hierro ennegrecido. Retrocedió por el pasillo y examinó otras puertas. Todas eran iguales.

Sonea regresó ante la primera puerta y tuvo que luchar contra su renuencia a abrirla. Se imaginó a sí misma entrando en la habitación para solo encontrarse con un mago sobresaltado y furioso que se quedaría mirándola fijamente.

Pero en ese caso, siempre podría disculparse y decir que había cometido un error. Mejor aún, podría llamar primero y, si alguien contestaba, decir que había llamado a la puerta equivocada. Obviamente, los aprendices siempre estaban confundiendo y perdiéndose.

Tocó ligeramente a la puerta, luego un poco más fuerte. Después de contar hasta cincuenta, giró el pomo. Se oyó un clic y la puerta se abrió hacia fuera.

La franqueó y entró en una habitación semejante a la que recordaba haber pasado con Dorrien. Sintióse complacida consigo misma, avanzó con paso enérgico hasta la otra puerta. Se abrió hacia dentro y reveló otro pasillo.

Este era diferente de los que ya había explorado. Las paredes estaban revestidas de madera, y pinturas y tallas en relieve colgaban en toda su longitud. Incluso el aire olía distinto, una mezcla de hierbas y pulimento para madera. Sonea paseó lentamente de cuadro en cuadro, disfrutando de la satisfacción de haber demostrado que su intuición era correcta.

Los portales actuaban como una barrera, decidió. Mantenían a aquellos que no conocían su propósito fuera de los pasillos interiores. La mayoría de la gente no abriría una puerta a menos que supiera lo que hallaría detrás, e incluso si alguien la abría por error, solo encontraría una habitación sin ningún interés. Se preguntó cuántos portales habría. Intentar descubrirlo le daría algo que hacer durante las dos semanas siguientes.

Frunció el ceño. Si había partes de la universidad diseñadas para disuadir a la gente de explorarlas, ¿estaba ella ahora en una zona prohibida a los aprendices?

Oyó entonces un débil crujido, muy cerca, y giró sobre sí misma. Una puerta se abrió en el pasillo, a unos pasos. Demasiado tarde para esconderse, sintió que el corazón le daba un vuelco cuando por ella salió un mago. Este miró a Sonea y frunció el ceño.

«¡Aparenta que este es tu sitio!»

Caminó en su dirección con la espalda recta, como si simplemente se hubiera parado a admirar una pintura. Los ojos del mago se posaron sobre el incal que la chica lucía en la manga. Cuando Sonea se cruzó con él, hizo una reverencia y luego siguió andando.

Suspiró con alivio al oír que los pasos del mago se apagaban tras ella. Por la reacción de él ante su presencia, a los aprendices no se les permitía estar en esa zona de la universidad. Pero el mago había aceptado su presencia después de percatarse del incal de la manga. Quizá asumió que hacía algún recado para el Gran Lord. Sonrió ante la idea. Mientras diera la impresión de tener una razón para estar allí, los magos no la molestarían.

«Así que ¿desde aquí hacia dónde?», se preguntó. Desdobló el trozo de papel que tenía en la mano y volvió a estudiar el mapa.

23. La promesa de Akkarin

Al regresar de la cubierta, Dannyl encontró a Tayend sentado con las piernas cruzadas en la estrecha cama de su camarote. Los dibujos y notas del académico estaban esparcidos sobre todas las superficies planas disponibles.

—He traducido lo que he podido. Hay una frase en el ataúd que sospecho que se repite en varios idiomas antiguos. Seré capaz de comprobarlo cuando vuelva a la biblioteca. La tercera línea está en una lengua elynea temprana, que se fusionó con la kyraliana hace mil años.

—¿Qué dice?

—Que esa mujer era justa y honorable. Que protegió las islas con alta magia. Las palabras para «alta magia» estaban grabadas de forma muy remarcada. Hay un jeroglífico resaltado del mismo modo en lo que creo que es un viejo dialecto vindeano... que es el que está grabado en las paredes. El mismo jeroglífico aparece en las paredes en varios lugares.

Tayend tendió un dibujo a Dannyl, señalando el jeroglífico. Cada vez que aparecían las palabras para «alta magia», el dibujo sobre ellas representaba a una figura de rodillas ante una mujer. Esta extendía la mano para tocar la palma alzada del suplicante, como para apaciguar o recompensar.

—Eso podría dar a entender que ella está realizando esa «alta magia». ¿Qué crees que está haciendo?

Dannyl se encogió de hombros.

—Sanando, quizá. Eso tendría sentido, pues la sanación habría sido muy rara hace mil años. Solo mediante la cooperación y la experimentación logró el Gremio desarrollar tal habilidad; es la disciplina más difícil de aprender.

—Entonces el término «alta magia» ¿no te es familiar?

Dannyl negó con la cabeza.

—No.

—El orificio por el que miramos no me parecía natural. Tuvo que haber sido abierto por alguien. ¿Crees que se utilizó magia para ello?

—Posiblemente. —Dannyl sonrió—. Creo que el último visitante nos hizo un favor.

—Desde luego que sí.

El barco descendió bruscamente. A Tayend se le crispó el rostro y adquirió una tonalidad enfermiza.

—No vas a pasar este viaje con semejante suplicio —dijo Dannyl con firmeza—. Dame tu muñeca.

Los ojos de Tayend se abrieron de par en par.

—Pero... Yo...

—Ya no tienes excusa.

Para regocijo de Dannyl, Tayend se ruborizó y apartó la mirada.

—Me sigue, hum... incomodando que... bueno...

Dannyl gesticuló con la mano.

—Este tipo de sanación es rápido. Y no te leeré la mente. Aparte, tienes que hacer frente a la verdad. No eres muy buena compañía cuando estás enfermo. Cuando no estás por ahí vomitando, estás quejándote de ello.

—¡Quejándome de ello! —protestó Tayend—. ¡Yo no me he quejado! —Le ofreció la muñeca—. Adelante, entonces.

Tayend cerró los ojos con fuerza. Dannyl tomó la muñeca del académico, proyectó su mente y sintió de inmediato náuseas y vértigo. Un pequeño esfuerzo de voluntad aplacó ambas sensaciones. Dannyl soltó la muñeca de Tayend y se quedó mirándolo; el académico abrió los ojos y evaluó el efecto.

—Mucho mejor así. —Tayend echó a Dannyl una mirada rápida y escrutadora, luego se encogió de hombros y bajó la vista a sus notas—. ¿Cuánto durará?

—Unas pocas horas. Será más en cuanto te acostumbres al balanceo.

Tayend sonrió.

—Sabía que te traía conmigo por algo. ¿Qué vamos a hacer cuando regresemos?

Dannyl hizo una mueca.

—Tendré que pasar mucho tiempo poniéndome al día con mis obligaciones de embajador.

—Bien, mientras tú te dedicas a eso, yo continuaré nuestra investigación. Sabemos adónde viajó Akkarin gracias a los registros navieros. Algunas preguntas aquí y allá nos dirán qué hizo después. Bel Arralade da una fiesta todos los años para celebrar su cumpleaños, y será el lugar perfecto para empezar. Tu invitación te estará esperando en la Casa del Gremio.

—¿Cómo puedes estar seguro, Tayend? Apenas he pasado más de unos meses en Capia, y todavía no he conocido a Bel Arralade.

—Por eso tengo la certeza de que serás invitado. —Tayend sonrió—. Un mago joven y soltero como tú... Aparte, el embajador Errend siempre asiste. Si no consiguieras una invitación, él insistiría en que le acompañaras.

—¿Y tú?

—Tengo amigos que me llevarán si se lo pido de forma agradable.

—¿Por qué no vienes conmigo?

Tayend echó una ojeada a un lado y a otro del pasillo que separaba los camarotes. Se inclinó hacia delante.

—Si llegamos juntos, se harán suposiciones que preferirías que no se hicieran.

—Hemos estado viajando juntos durante meses —señaló Dannyl—. Puede que

esas suposiciones ya se hayan hecho.

—No necesariamente. —Tayend gesticuló con la mano—. No si la gente observa que me tratas como a un simple subordinado. Tal vez asuman que no conoces nada sobre mí. Después de todo, eres kyraliano. Si lo supieras, te habrías buscado a otro asistente.

—Realmente tenemos mala reputación, ¿verdad?

Tayend asintió.

—Pero podemos usar eso a nuestro favor. Si alguien comenta algo sobre mí, deberías escandalizarte por difamar mi nombre. Yo suplicaré a mis amigos que te mantengan en la sombra, que es importante para mi trabajo. Si somos lo bastante convincentes, podremos seguir trabajando juntos sin que nadie se haga preguntas.

Dannyl frunció el ceño. Odiaba admitirlo, pero Tayend tenía razón. Aunque prefería hacer caso omiso de los cotilleos y dejar que siguieran su curso, cualquier paso que pudieran dar para proteger su reputación facilitaría la vida de ambos.

—Muy bien. Actuaré como el arrogante mago kyraliano que la gente espera. —Miró a Tayend—. Pero quiero que recuerdes que si comento algo duro o sentencioso, no lo digo realmente en serio.

Tayend asintió.

—Lo sé.

—Solo te estoy avisando. Mis habilidades como actor son francamente buenas.

—Ah, ¿de verdad?

Dannyl soltó una risita.

—Sí, de verdad. Las palabras de mi mentor lo demuestran. Dijo que si había sido capaz de convencer a los ladrones de que era un pobre mercader, podría engañar a cualquiera.

—Ya veremos —replicó Tayend—. Ya veremos.

Lord Osen aguardaba pacientemente a que Lorlen finalizara la carta. Moviendo la mano de lado a lado, Lorlen secó la tinta, luego dobló el papel y lo selló.

—¿Qué viene a continuación? —preguntó mientras alargaba la carta a Osen.

—Eso era todo.

Lorlen levantó la mirada, sorprendido.

—¿Ya estamos al día?

—Sí. —Olsen sonrió.

Recostándose en su silla, Lorlen contempló complacido a su ayudante.

—No te he agradecido que hayas cuidado de todo por mí la semana pasada.

Osen se encogió de hombros.

—Necesitaba un respiro. En mi opinión, debería haberse tomado un descanso más largo. Quizá visitar a la familia un par de semanas, como hace todo el mundo. Aún

parece rendido.

—Aprecio tu preocupación —contestó Lorlen—. Pero ¿dejarlos a todos a su aire durante unas semanas? —Sacudió la cabeza—. Mala idea.

El joven mago rió entre dientes.

—Ahora ya se parece más a usted mismo, al de antes. ¿Empezamos los preparativos para la próxima Reunión?

—No. —Lorlen recordó algo y frunció el ceño—. Esta noche visito al Gran Lord.

—Perdone por decirlo, pero no parece especialmente entusiasmado. —Osen titubeó, y continuó en un tono de voz más bajo—. ¿Han tenido discrepancias?

Lorlen observó a su ayudante. A Osen raramente se le pasaba algo por alto, pero era discreto. ¿Creería una negación? Probablemente no del todo.

Dile que sí. Algo menor.

Lorlen se puso rígido al oír la voz en su mente. Akkarin no le había hablado a través del anillo desde la conversación en el exterior del Salón de Noche, hacía poco más de una semana.

—Supongo que algo así —respondió Lorlen pausadamente—. En cierto modo.

Osen asintió.

—Eso pensaba. ¿Fue por la tutela de Sonea? Eso es lo que creen algunos magos.

—¿Sí? —A Lorlen no le quedó más remedio que sonreír. Se había convertido en objeto de cotilleos.

¿Y bien?, proyectó hacia el anillo.

La respuesta que estás considerando servirá.

Tras un suave resoplido, Lorlen alzó la vista y dirigió a Osen una mirada de advertencia.

—Sé que puedo confiar en que guardarás esto para ti, Osen. La sospecha es fundada, pero no quiero que los demás sepan que el Gran Lord y yo discrepamos. Es por el bien de Sonea.

Osen asintió.

—Entiendo... Lo guardaré para mí mismo. Y espero que resuelvan sus diferencias, lord Lorlen.

Lorlen se levantó.

—Eso dependerá de lo bien que Sonea se adapte al cambio. Quizá sea esperar demasiado de ella, después de todo por lo que ha pasado ya.

—No me gustaría estar en su posición —admitió Osen mientras seguía a Lorlen hasta la puerta—. Pero estoy seguro de que sabrá sobrellevarlo.

Lorlen asintió.

«Eso espero.»

—Buenas noches, Osen.

—Buenas noches, administrador.

El eco de los pasos del joven mago resonó en el pasillo de la universidad mientras se alejaba a grandes zancadas. Cuando entró en el vestíbulo, Lorlen sintió que una nube de terror se acumulaba alrededor suyo. Pasó entre los enormes portones y se detuvo en lo alto de la escalera.

Contempló la residencia del Gran Lord, más allá de los jardines. No había vuelto desde la noche que Akkarin le leyó la mente. Recordarlo hizo que un escalofrío recorriera su espalda.

Inspirando profundamente, se puso a pensar en Sonea. Para que ella estuviera a salvo, el administrador debía cruzar el jardín y presentarse de nuevo ante Akkarin. La invitación del Gran Lord no era para ser rechazada.

Lorlen se obligó a sí mismo a moverse. Tras unos pocos pasos, aceleró el ritmo. Mejor terminar con ello cuanto antes. Se detuvo ante la puerta de la residencia, con el corazón desbocado, y se obligó a llamar. Como siempre, la puerta se abrió hacia dentro tras el primer toque. Viendo que la antesala estaba vacía, Lorlen soltó un suspiro de alivio. Pasó al interior.

Con el rabillo del ojo captó un movimiento. Una sombra se desprendió del rectángulo oscuro de la entrada de la escalera a mano derecha. La túnica negra de Akkarin susurró discretamente al aproximarse este.

Túnica negra. Magia negra. Irónicamente, el negro siempre había sido el color del Gran Lord.

«No tenías por qué tomártelo tan al pie de la letra», pensó Lorlen.

Akkarin rió entre dientes.

—¿Vino?

Lorlen negó con la cabeza.

—Entonces siéntate. Relájate.

¿Relajarse? ¿Cómo iba a relajarse? Además, aquella amistosa familiaridad le contrariaba. Lorlen permaneció de pie, y observó a Akkarin acercarse a la vitrina del vino y coger una botella.

—¿Cómo está Sonea?

Akkarin elevó los hombros.

—No lo sé. Ni siquiera estoy seguro de dónde está exactamente. En algún lugar de la universidad, creo.

—¿No está aquí?

—No. —Akkarin se volvió y gesticuló en dirección a las sillas—. Siéntate.

—Entonces ¿cómo...? ¿Le has dado uno de estos anillos?

—No. —Akkarin tomó un sorbo de vino—. La he controlado de vez en cuando. Pasó unos días explorando la universidad, y ahora que ha encontrado algunos rincones donde esconderse, ocupa su tiempo leyendo libros. Relatos de aventuras, por lo que sé.

Lorlen frunció el ceño. Se alegraba de que Akkarin no hubiera obligado a Sonea a quedarse en su habitación durante las vacaciones, pero enterarse de que andaba escondiéndose por los rincones de la universidad confirmaba lo asustada e infeliz que debía de estar.

—¿Seguro que no quieres nada de vino? El Anuren oscuro de este año es muy bueno.

Lorlen echó una ojeada a la botella, luego negó con la cabeza. Soltó un suspiro, se acercó a una silla y se sentó.

—Asumir su tutela no ha sido tan problemático como había temido —dijo Akkarin tranquilamente mientras se acercaba a su silla—. Lo complica todo, pero es mejor que la alternativa.

Lorlen cerró los ojos e intentó no imaginar cuál podría ser esa otra alternativa. Respiró hondo y expulsó el aire lentamente; luego se obligó a mirar a Akkarin a los ojos.

—¿Por qué has hecho esto, Akkarin? ¿Por qué la magia negra?

Akkarin le sostuvo la mirada.

—De entre toda la gente, Lorlen, tú eres el único al que desearía poder contárselo. Vi que hizo cambiar el modo en que me miras. Si hubieras creído que era posible derrotarme, habrías enviado al Gremio contra mí. ¿Por qué no me preguntaste qué estaba haciendo cuando supiste de ello por primera vez?

—Por que no sabía lo que harías.

—Tras todos estos años siendo amigos, ¿acaso no confiabas en mí?

—Después de lo que vi en la mente de Sonea, me di cuenta de que no te conocía en absoluto.

Akkarin enarcó las cejas.

—Es comprensible. Es algo poderoso, esa creencia de que la magia negra es maligna.

—¿Lo es?

Akkarin frunció el ceño; tenía la mirada perdida más allá del suelo.

—Sí.

—Entonces ¿por qué la practicas? —inquirió Lorlen. Alzó la mano que llevaba el anillo—. ¿Por qué esto?

—No puedo contártelo. Pero ten por seguro que no pretendo tomar el control del Gremio.

—No te hace falta. Ya eres el Gran Lord.

Las comisuras de la boca de Akkarin se curvaron hacia arriba.

—Lo soy, ¿no es cierto? Entonces sabes que no destruiré el Gremio, ni nada a lo que tengas aprecio.

Dejando a un lado su copa, se levantó y se acercó a la mesa de las bebidas. Llenó

otra copa y se la tendió a Lorlen.

—Te lo contaré algún día, Lorlen. Lo prometo.

—Te tomo la palabra.

Akkarin abrió la boca para responder, pero calló al percibir un golpecito en la puerta casi inaudible. Se irguió y entornó los ojos.

La puerta se abrió. El resplandor del globo de luz de Akkarin apenas alcanzaba para iluminar los ojos de Sonea cuando esta entró, con la cabeza inclinada.

—Buenas noches, Sonea —dijo Akkarin suavemente.

La chica se inclinó en una reverencia.

—Buenas noches, Gran Lord, administrador —respondió con voz apagada.

—¿Qué has hecho hoy?

Bajó la mirada a los libros que sostenía contra el pecho.

—Leer un poco.

—Con las bibliotecas cerradas, debes de tener poco donde elegir. ¿Hay algún libro que te gustaría comprar?

—No, Gran Lord.

—Se te pueden procurar otras distracciones, si lo deseas.

—No, gracias, Gran Lord.

Akkarin alzó una ceja, y luego la despidió con la mano.

—Puedes irte.

Con aspecto aliviado, Sonea se dirigió apresuradamente a la escalera a mano izquierda. Lorlen sintió una punzada de culpa y compasión mientras la observaba.

—Debe de estar desconsolada —murmuró.

—Humm. Su reticencia es irritante —dijo Akkarin en voz baja, como para sí mismo. Regresó a su silla y recuperó su copa de vino—. Bien, cuéntame, ¿Peakin y Davin ya han resuelto su pequeña disputa?

Apoyado en la ventana, Rothen miraba fijamente el pequeño cuadrado de luz al otro lado de los jardines. Había divisado la figura menuda aproximándose a la residencia unos minutos antes. Un momento más tarde, había aparecido la luz. Ahora tenía la certeza de que la habitación que se encontraba tras aquella ventana era la de Sonea.

Un ligero golpecito en la puerta distrajo su atención. Entró Tania, llevando una jarra de agua y un pequeño frasco. Depositó ambas cosas encima de la mesa.

—Lady Indria recomendó no tomarlo con el estómago vacío —dijo Tania.

—Lo sé —respondió Rothen—. Lo he utilizado antes.

Se apartó de la ventana y cogió el recipiente. El somnífero era de un tono gris inocuo, pero nunca había olvidado su sabor vomitivo.

—Gracias, Tania. Puedes irte.

—Que duerma bien. —Tras una reverencia, se dirigió hacia la puerta.

—Espera. —Rothen se irguió y observó atentamente a su sirvienta—. ¿Te importaría...? ¿Podrías...?

La mujer sonrió.

—Si oigo algo, se lo haré saber.

El mago asintió.

—Gracias.

Después de que se hubo marchado, Rothen se sentó y mezcló parte del polvo con agua. Se obligó a tragarlo de una sola vez, se recostó y esperó a que la droga surtiera efecto. El sabor le trajo a la memoria un rostro que a menudo pensaba que había olvidado, y sintió una punzada de dolor.

«Yilara, esposa mía. Incluso después de todo este tiempo, te sigo llorando. Pero supongo que nunca me perdonaría si dejara de hacerlo.»

Había resuelto que siempre recordaría a su mujer con el aspecto que tenía cuando estaba sana, y no como había sido al final, debilitada por la enfermedad. Sonrió a medida que regresaban recuerdos más felices.

Todavía sonriendo, todavía en su silla, se sumió en un apacible sueño.

24. Una petición

Cuando salió de las termas, Sonea pensó en las dos semanas anteriores y le sorprendió el sentimiento de pesar por el final de las vacaciones. Había pasado la mayor parte del tiempo explorando la universidad, leyendo o, en los días más cálidos, paseando por el bosque hasta el manantial.

En ciertos aspectos, poco había cambiado. Seguía planificando sus movimientos por el Gremio para evitar a alguien. Akkarin era, no obstante, más fácil de evitar que Regin. El único momento que lo veía era por las noches, cuando ella regresaba a la residencia del Gran Lord.

Le habían asignado una sirvienta. A diferencia de Tania, Viola era distante y formal. Desde que se percató de la costumbre de Sonea de levantarse temprano, siempre aparecía justo después del alba. Sonea tuvo que insistir varias veces hasta que la mujer finalmente le llevó un tarro de polvo de raka, y su expresión cuando el aroma impregnó la habitación de Sonea hablaba claramente de su repugnancia ante aquel estimulante tan apreciado por los habitantes de las barriadas.

Cada mañana, Sonea dejaba la residencia del Gran Lord y se dirigía a las termas, donde se sumergía en agua lujosamente caliente y decidía en qué ocuparía el día. La relajación hacía que le entrara apetito, y a continuación visitaba el refectorio. Un reducido número de cocineros y sirvientes llevaban la comida al puñado de aprendices que se habían quedado en el Gremio. Aburridos, y con ansias de cultivar oportunidades para futuros puestos al servicio de las Casas, animaban a estos aprendices a pedir sus platos favoritos. Aunque Sonea no tenía ningún contacto de posición elevada, los cocineros más jóvenes también la mimaban, sin duda a consecuencia del incal en su manga.

Después de comer, Sonea paseaba por los pasillos de la universidad para reforzar el plano en su memoria. De vez en cuando paraba en alguna habitación tranquila y leía un libro; en ocasiones durante horas, antes de decidir seguir moviéndose. Sin embargo, su temor retornaba poco a poco a medida que la noche se asentaba, hasta no poder concentrarse más en la lectura. No le habían puesto hora para volver, y aunque había probado a llegar a la residencia cada vez más y más tarde, Akkarin siempre estaba allí, esperándola. Después de una semana, se había resignado a ese encuentro diario, y volvía a una hora que le permitiera disfrutar de una buena noche de sueño.

Justo cuando ya se había acostumbrado a su nueva rutina, las vacaciones llegaron a su fin. Había pasado la mayor parte de la tarde anterior mirando por una ventana de la universidad los carruajes que iban y venían. La mayoría de los días, cuando el Gremio estaba lleno de magos, era fácil olvidar que sus esposas, maridos e hijos también vivían en los terrenos. Sonea se había dado cuenta de que conocía el nombre

de muy pocos. Así que decidió que tendría que saber más de sus futuros colegas y empezó a tomar nota de los grupos familiares, y de los incales de las Casas grabados en los carruajes en que llegaban.

El regreso se había caracterizado por la ausencia de formalidades. Mientras que los sirvientes se encargaban de los equipajes o de los caballos, los magos y sus esposas se paraban a hablar con otros. Los niños corrían a los jardines a jugar en la nieve. Los aprendices formaban corrillos de túnicas marrones, y sus gritos y risas resultaban audibles a través de las ventanas de la universidad.

Ese día, sin embargo, los magos caminaban por los terrenos con paso enérgico, sintiéndose claramente los amos de su dominio. Los sirvientes se apuraban de un lado a otro, pero no quedaba rastro por ninguna parte de las familias que había visto. Los aprendices pululaban por doquier.

De camino a la universidad, Sonea sintió una familiar inquietud. Aunque estaba segura de que Regin no se atrevería a humillar a la predilecta del Gran Lord, creó una barrera a su alrededor, solo por si acaso. Al llegar a la escalera, se fijó en que el aprendiz que estaba delante de ella temblaba y se frotaba los brazos.

«Un recién llegado», caviló.

Lord Vorel había declarado que los aprendices de la promoción de invierno siempre aprendían a escudarse más rápido que aquellos que iniciaban el entrenamiento en verano. Ahora entendía por qué.

—Es ella.

—¿Quién?

Los cuchicheos se oían a su espalda. Resistió la urgencia de mirar hacia atrás y continuó subiendo la escalera.

—La chica de las barriadas.

—¿O sea, que es verdad?

—Sí. Mi madre dice que no está bien. Dice que hay multitud de aprendices tan fuertes como ella. Aprendices que no tienen un pasado reprobable.

—Mi padre dice que es un insulto para las Casas. Incluso el administrador no...

El resto se perdió cuando Sonea dobló hacia el pasillo del primer piso. Se detuvo para examinar a los aprendices que había más adelante. Después comenzó a andar. A diferencia de la primera vez que apareció como la aprendiz de Akkarin, no se quedaban mirándola fijamente, sino que le echaban un vistazo rápido, torcían el gesto y luego se volvían. Hubo intercambios de cejas levantadas y elocuentes miradas.

«Esto no pinta bien», pensó.

Según se aproximaba a su aula, sintió un temor creciente. Se detuvo ante la puerta para respirar hondo y seguidamente entró. El profesor que levantó la mirada hacia ella era increíblemente joven. No podía haberse graduado hacía muchos años. La chica echó un vistazo al horario en busca de su nombre.

—Lord Larkin —dijo, con una reverencia.

Para su alivio, el mago sonrió.

—Toma asiento, Sonea.

Solo habían llegado la mitad de los aprendices. Unos pocos la observaron mientras se acercaba a su sitio habitual junto a la ventana. Sus expresiones no eran amistosas, pero tampoco desaprobatorias, y la sensación de temor cesó.

Larkin se levantó. Al ver que se aproximaba a su pupitre, Sonea lanzó un suspiro. Sin duda querría moverla al frente.

—El Gran Lord me ha pedido que te diga que desea verte después de la próxima clase —dijo en voz baja—. Has de regresar a su residencia.

Sonea sintió que el calor abandonaba su cara. Imaginando que se habría puesto pálida, bajó la mirada a la mesa, con la esperanza de que él no lo hubiera notado.

—Gracias, milord.

Larkin se volvió y regresó a su escritorio. Sonea tragó saliva. ¿Qué querría Akkarin? Le vinieron a la mente escenarios aterradores, y pegó un salto cuando Larkin se levantó y empezó a hablar a la clase. Al mirar alrededor, se dio cuenta de que el resto de los aprendices ya habían llegado.

—La historia de la arquitectura de diseño mágico es extensa —contó Larkin a la clase—. Hay partes insoportablemente áridas, pero me saltaré tantas como sea posible. Empezaré con la historia de lord Loren, el arquitecto que diseñó la universidad.

Pensando en el mapa de los pasillos de la universidad que había trazado, Sonea se puso recta en su asiento. Aquello sería interesante. Larkin tomó unas hojas de papel de su escritorio y caminó arriba y abajo entre las filas de pupitres, repartiéndolas entre los aprendices.

—Este es un plano tosco del nivel superior de la universidad, una copia del boceto dibujado por lord Loren en persona —dijo Larkin—. Sus trabajos más tempranos eran a menudo inestables y ridículos en apariencia. Se le consideraba un artista obsesionado con la creación de grandes esculturas poco prácticas en lugar de edificios habitables, pero su descubrimiento de los métodos para reforzar y moldear la piedra con magia cambió no solo la arquitectura. Empezó a hacer edificios en los que la gente quería vivir.

Larkin agitó una mano señalando el techo.

—La universidad es una de sus obras más primorosas. En la época en que se encargó a lord Loren el diseño y la construcción de los nuevos edificios del Gremio, ya era famoso a lo largo y ancho del mundo por su trabajo. —Larkin hizo una pausa y rió entre dientes—. El Gremio aún consideró necesario estipular en sus directrices que no debía incluir espirales en el diseño, pues era conocido por abusar de ellas.

»Sin embargo, el uso de espirales puede encontrarse en el techo acristalado del

Salón Gremial, y en las escalinatas del vestíbulo —prosiguió Larkin—. Por los diarios e informes guardados por magos de aquella época, sabemos que Loren era un personaje artero, en el mejor de los casos. Unos cien años después, un mago llamado lord Rendo escribió un libro detallando la carrera del arquitecto. He añadido con el plano algunos extractos de su biografía y una cronología de su obra y milagros. Leedlos ahora. Después de clase quizá querráis dar una vuelta por el Gremio y contemplar los edificios que diseñó. Veréis, como yo hice, muchas cosas en las que no os habíais fijado antes. Espero que me entreguéis un trabajo sobre su obra de hoy en tres semanas.

Mientras los demás aprendices se ponían a leer, Sonea se quedó mirando el plano de la universidad. Las cuatro torres en las esquinas y la enorme sala en el centro estaban dibujadas con nitidez, igual que el diseño del techo acristalado, pero no había señal de las habitaciones ni de los pasadizos de cada lado del corredor principal.

Sacó su mapa de la caja y lo colocó junto al plano. Tras estudiar ambos detenidamente, empezó a copiar el diseño del techo sobre su propio boceto. Como sospechaba, las líneas que marcaban las espirales en el cristal coincidían con las de los pasillos. Aunque las vueltas de estos eran en ángulo recto, se combinaban con el diseño del techo para formar espirales incluso más grandes.

—¿Qué estás haciendo, Sonea?

Al darse cuenta de que el profesor estaba de pie junto a su pupitre y la observaba, sintió que se sonrojaba.

—Yo... pensé en lo que dijo acerca de las espirales, milord —explicó—, y empecé a buscarlas.

Larkin ladeó la cabeza y examinó el dibujo; después señaló los pasadizos interiores que ella había trazado.

—He mirado los planos de la universidad muchas veces, pero nunca he visto tantos pasajes. ¿Dónde has conseguido este plano?

—Lo... eh... dibujé yo. No tenía mucho más que hacer durante las vacaciones. Espero no haber ido a sitios que no debería.

El profesor negó con la cabeza.

—Los únicos lugares de la universidad prohibidos a los aprendices son el Salón Gremial y el despacho del administrador.

—Pero... estos cuartos entre los pasillos normales y los que están decorados... parecían ser una especie de barrera.

Larkin asintió.

—En el pasado permanecían cerrados, pero cuando se necesitó más espacio, se decidió que las áreas interiores fueran accesibles a todos.

Sonea pensó en la mirada de desaprobación que había recibido del mago con el que se tropezó la primera noche de exploración. Quizá simplemente le había parecido

sospechoso que una aprendiz merodeara sola por allí. Quizá sencillamente había desconfiado de la chica de las barriadas.

—¿Te importaría si hago una copia de tu plano? —preguntó Larkin.

—Le dibujaré uno si quiere —se ofreció ella.

—Gracias, Sonea —dijo el mago sonriendo.

Sonea lo observó alejarse, pensativa.

No parecía haber en sus modales nada de la desaprobación o el desdén que estaba acostumbrada a recibir de los otros profesores. ¿Sería que ahora solo los aprendices estaban resentidos con ella? Paseó la mirada por el aula y vio que varias cabezas se volvían, pero una atrajo su atención.

Los ojos de Regin taladraron los suyos. Sonea apartó la vista y se estremeció. ¿Cómo había llegado a ganarse tanto odio manifiesto?

En cada ocasión que lo había hecho bien en clase, el muchacho había conseguido igualarla o superarla. Era mejor en habilidades de guerrero, así que si todo consistía en ser mejor que ella, iba ganando.

Pero ahora había logrado algo que Regin nunca podría alcanzar. Se había convertido en la predilecta del Gran Lord. Para empeorar las cosas, él no se atrevía a hacerla sufrir por ello.

Lanzó un suspiro.

«No estaría tan celoso si supiera lo que realmente pasa. Le cambiaría el sitio en cualquier momento. Se moriría de miedo.»

¿O tal vez no? ¿Sería Regin, quien disfrutaba teniendo poder e influencia y estaba dispuesto a lastimar a otros para conseguirlo, capaz de resistir el reclamo de la magia negra? No, probablemente querría unirse a Akkarin. Se estremeció. Regin un mago negro. La idea era verdaderamente aterradora.

Cuando Danyl entró en la Casa del Gremio, el embajador Errend salió con aire despreocupado de la sala de audiencias.

—Bienvenido de nuevo, embajador Danyl.

—Gracias, embajador Errend —respondió Danyl, inclinándose educadamente—. Es bueno estar de vuelta. Si alguna otra vez se me mete en la cabeza la idea de salir a navegar por el mundo, por favor recuérdeme las últimas dos semanas.

El embajador sonrió.

—Ah, viajar por mar pierde todo su romanticismo tras las primeras travesías.

Danyl hizo una mueca.

—Especialmente si uno se topa con una tormenta.

Aunque el rostro de Errend no cambió mucho, Danyl estuvo seguro de haber visto un indicio de satisfacción en el semblante de aquel hombre.

—Bien, ahora ya está en tierra firme —dijo—. Sin duda querrá descansar durante

el resto del día. Podrá contarme sus aventuras esta noche.

—¿Me he perdido mucho?

—Por supuesto. —Errend sonrió—. Esto es Capia. —Dio un paso atrás hacia la sala de audiencias, y entonces se detuvo—. Llegaron algunas cartas urgentes hace dos días. ¿Quiere leerlas ahora, o prefiere esperar a mañana?

Dannyl asintió, con curiosidad a pesar de la fatiga.

—Que me las manden a mi habitación. Gracias, embajador.

El hombretón inclinó grácilmente la cabeza y se alejó. Caminando por el corredor principal de la casa, Dannyl consideró la labor que le aguardaba. Suponía que habría mucho trabajo atrasado, y tenía además que compilar un informe para Lorlen. No sería fácil encontrar tiempo para visitar la Gran Biblioteca.

Pero la investigación continuaría por otros medios. La invitación a la fiesta de Bel Arralade estaría probablemente entre las cartas. Tenía que admitirlo, la esperaba con impaciencia. Había pasado tiempo desde la última vez que ejerció sus facultades para recopilar cotilleos.

Al regresar de las pequeñas termas dentro de la Casa del Gremio, encontró una pila de cartas en su escritorio. Se sentó, las extendió por la mesa e inmediatamente reconoció la elegante caligrafía del administrador Lorlen.

Rompió el sello, desdobló el grueso papel y empezó a leer.

Al segundo embajador del Gremio en Elyne, Dannyl, de la familia Vorin, Casa Tellen:

He sido recientemente informado de que algunas personas creen que ha pasado más tiempo realizando investigaciones «personales» que atendiendo a sus obligaciones como embajador. Tiene mi gratitud por el tiempo y el esfuerzo dedicado a mi petición. El trabajo efectuado ha sido de un valor incalculable. Sin embargo, para prevenir que se planteen nuevos interrogantes, debo solicitarle que cancele su investigación. No serán requeridos más informes.

Administrador LORLEN

Dannyl dejó caer la carta sobre la mesa y se quedó mirándola con estupefacción. Todos los viajes, tanto tiempo estudiando libros, ¿y ahora lo iba a abandonar todo por culpa de unos cuantos rumores? Obviamente la investigación no había sido tan importante, después de todo.

Entonces sonrió. Había asumido al principio que existía una buena razón para reactivar la búsqueda de Akkarin de conocimientos de magia ancestral. Cuando su propia curiosidad fue superada por la lectura de viejos libros particularmente aburridos y las incomodidades del viaje por mar, había mantenido el entusiasmo con la idea de que tal vez existía una razón más importante para recopilar esa información

que la de simplemente continuar la investigación de Akkarin. Quizá Akkarin había estado a punto de redescubrir un valioso método de emplear magia, y Lorlen quería que otro retomara la búsqueda. Quizá quedaba por desvelar un fragmento perdido de historia.

Pero en solo unas pocas líneas garabateadas, Lorlen había puesto fin a la investigación como si no significara nada, después de todo.

Sacudiendo la cabeza, Dannyl dobló la carta y la dejó a un lado. Tayend se decepcionaría, caviló. Ya no tenían motivos para asistir a la fiesta de Bel Arralade. No es que eso fuera a impedir que alguno de los dos acudiese... Además, seguiría visitando a su amigo en la biblioteca. Pero sin la petición de Lorlen como excusa, tendría que encontrar otra razón «pública» para hablar con el académico... quizá algún otro tema que investigar...

Dannyl se quedó inmóvil. ¿Era Tayend la razón de que Lorlen hubiera cancelado la investigación? ¿Había oído Lorlen los cotilleos sobre Tayend, y le preocupaba que volviera a cuestionarse la reputación de Dannyl?

Dannyl posó la mirada en las cartas con el ceño fruncido. ¿Cómo podría saber si esa era la verdadera razón? Ojalá pudiera preguntar a Lorlen.

El símbolo del Gremio en otra carta atrajo su mirada. La cogió y sonrió al reconocer la escritura recia de Rothen. Poniéndose derecho, rompió el sello y empezó a leer.

Al embajador Dannyl:

No estoy seguro de cuándo leerás esto, pues he oído que has estado visitando otras tierras. Sin duda te estarás familiarizando con aquellas gentes con quienes quizá necesites trabajar en el futuro. Si hubiera sabido que las obligaciones de embajador incluían viajar por el mundo, puede que hubiera dejado de lado la enseñanza hace años. Estoy seguro de que tendrás multitud de historias que contarme cuando vuelvas a visitarnos.

Tengo noticias, pero puede que ya te hayas enterado. Ya no soy el tutor de Sonea. Ha sido escogida por el Gran Lord. Aunque otros creen que esto es un extraordinario golpe de buena fortuna para Sonea, yo no estoy contento. Estoy seguro de que entenderás por qué. Aparte de la pérdida de su compañía, me he quedado con la sensación de haber dejado un trabajo a medias.

Por tanto, a sugerencia de Yaldin, me he centrado en un nuevo interés que reemplace al viejo. Te hará gracia, sin duda, cuando lo sepas. He decidido recopilar en un libro las prácticas de magia ancestral. Es una tarea que Akkarin empezó hace diez años, y estoy resuelto a completarla.

Por lo que recuerdo, Akkarin inició su búsqueda en la Gran Biblioteca. Como vives cerca de ella, pensé que podría pedirte que la visitaras en mi nombre. Si no tienes tiempo, ¿hay alguien que hayas conocido a quien pudieras

confiar esta tarea? Tendrían que ser discretos, pues no quiero dar la impresión al Gran Lord de que estoy investigando su pasado. Sería, sin embargo, muy satisfactorio tener éxito donde él fracasó. Sé que apreciarás la ironía. Tuyo en la amistad,

Lord ROTHEN

P.D.: Dorrien estuvo unas semanas de visita. Me pidió que te enviara su enhorabuena y sus mejores deseos.

Dannyl leyó la carta dos veces, luego se echó a reír. Nunca había visto a Rothen fallar en ninguna empresa que se hubiera propuesto. Principalmente, sus «intereses» eran los aprendices que tomaba bajo su tutela. Que el Gran Lord le hubiera arrebatado a Sonea debía de doler.

Aunque el hecho de que el Gran Lord la escogiera no era ningún fracaso. Al éxito de Sonea había contribuido el duro trabajo de Rothen, y sin él, quizá la chica no habría captado la atención de Akkarin. Dannyl asintió. Debía acordarse de mencionar eso en su respuesta.

Volvió a leer rápidamente la carta, y más pausadamente la petición de ayuda de Rothen. Sí que apreciaba la ironía, pero era incluso más divertido el hecho de que Rothen le solicitara la misma información que Lorlen acababa de decidir que ya no le interesaba. Menuda coincidencia.

Dannyl cogió la carta de Lorlen y la desdobló. Pasó la mirada de una a otra, y sintió un cosquilleo en la nuca. ¿Era una coincidencia? Se quedó mirando las dos cartas durante un rato, fijándose en los apresurados trazos de Lorlen y en las letras cuidadosamente caligráficas de Rothen. ¿Qué estaba pasando?

Si dejaba al margen toda especulación, solo quedaban tres cosas seguras. Primero, Lorlen había querido saber qué había aprendido Akkarin en su viaje, pero ya no. Segundo, Rothen quería ahora la misma información que Akkarin había buscado. Tercero, tanto Lorlen como Rothen querían que la búsqueda permaneciera en secreto, y Akkarin nunca había hecho públicos sus propios descubrimientos.

Aquello encerraba un misterio. Incluso aunque Rothen no le hubiera solicitado ayuda, era posible que Dannyl hubiera sentido suficiente curiosidad para continuar la búsqueda por propio interés. Ahora lo tenía claro. Después de todo, no había pasado varias semanas en el mar para abandonarlo todo.

Sonriendo para sí mismo, dobló las cartas y las guardó con sus notas sobre el viaje de Akkarin.

Con cada paso en dirección a la residencia del Gran Lord, el nudo en el estómago de Sonea se apretaba más. Para cuando llegó a la puerta su corazón latía aceleradamente.

Se detuvo, tomó aliento y dio un golpecito en el pomo.

Como siempre, la puerta se abrió al primer toque. Sintió que se le secaba la boca cuando miró hacia el interior de la sala de invitados. Akkarin estaba sentado en una de las butacas, esperándola.

—Pasa, Sonea.

Tragó saliva, y se obligó a entrar y hacer una reverencia, sin apartar los ojos del suelo. La túnica susurró suavemente cuando el mago se levantó de la silla. El corazón le dio un vuelco cuando echó a andar hacia ella. Dio un paso atrás y sintió que el talón tropezaba con la puerta a su espalda.

—He hecho que preparasen una comida para nosotros.

Apenas lo oyó, consciente solo de la mano que se alargaba hacia ella. Los dedos del mago se curvaron alrededor del asa de la caja. A su contacto, Sonea retiró la mano con una sacudida, rindiendo la caja. Akkarin la dejó encima de una mesita baja.

—Sígueme.

Cuando empezó a alejarse, Sonea respiró hondo y dejó escapar el aire lentamente. Echó a andar tras él, pero se detuvo al darse cuenta de que se encaminaba hacia la escalera que bajaba a la habitación subterránea. Como presintiendo su indecisión, el mago se giró para mirarla.

—Vamos. A Takan no le agrada que se enfríe la comida.

Comida. Seguramente él no comía allí abajo. Suspiró de alivio cuando empezó a subir los escalones. Obligándose a sí misma a moverse, entró en el hueco de la escalera y le siguió arriba.

Ya en el pasillo, Akkarin pasó por delante de dos puertas y se detuvo en la tercera. Esta se abrió y él se hizo a un lado, indicándole con un gesto que entrara.

Al mirar al interior de la habitación, Sonea vio una larga mesa lustrada rodeada por sillas decoradas suntuosamente. Platos, tenedores y copas habían sido distribuidos en la mesa.

Una comida formal. ¿Por qué?

—Adelante —murmuró él.

Sonea dirigió la mirada hacia él y captó un destello de regodeo en sus ojos antes de franquear la puerta. El mago la siguió y señaló una silla.

—Por favor, siéntate. —Akkarin rodeó la mesa y se acomodó frente a ella.

Sonea obedeció, preguntándose si sería capaz de comer. Su apetito había volado al escuchar el mensaje de lord Larkin. Quizá pudiera decir que no tenía hambre. Quizá la dejaría irse.

Bajó la mirada a la mesa, y contuvo el aliento. Todo ante ella estaba hecho de oro: cubertería, platos, incluso los bordes de las copas estaban bañados en oro. Una tentación semiolvidada la invadió. Sería demasiado fácil deslizar uno de esos tenedores entre sus ropas cuando él no estuviera mirando. Aunque sus dedos ya no

eran tan rápidos como en el pasado, de vez en cuando se probaba a sí misma haciendo algunos trucos a Rothen. Se podría sacar una fortuna por uno solo de esos preciosos tenedores... o, por lo menos, lo suficiente para vivir hasta encontrar algún lugar remoto donde desaparecer.

«Pero no puedo marcharme.»

Frustrada, se preguntó si valdría la pena robar algo tan solo para irritarle.

Pegó un salto al notar que el sirviente de Akkarin estaba de pie a su lado. Alarmada por no haberlo oído aproximarse, lo observó mientras le llenaba la copa de vino, y luego mientras rodeaba la mesa y repetía la misma operación con Akkarin.

Puesto que ella dejaba su habitación temprano, y como además regresaba tarde, solo había vislumbrado al sirviente un par de veces. Ahora, más de cerca, se estremeció al darse cuenta de que lo había visto antes, en la habitación subterránea, ayudando a Akkarin a realizar el ritual de magia negra.

—¿Cómo fueron hoy tus lecciones, Sonea?

Miró a Akkarin sobresaltada, pero eludió sus ojos rápidamente.

—Interesantes, Gran Lord.

—¿Qué has aprendido?

—Arquitectura de diseño mágico. Los diseños de lord Loren.

—Ah, lord Loren. Tu investigación por los pasadizos de la universidad debe de haberte familiarizado con algunas de sus peculiaridades.

Sonea mantuvo la vista baja. Así que conocía lo de su exploración de la universidad. ¿La había estado vigilando? ¿Siguiéndola? A pesar de que lord Larkin le aseguró que ella no se había aventurado en ningún sitio prohibido a los aprendices, sintió que se ruborizaba. Cogió la copa y tomó un sorbito de vino. Era dulce y fuerte.

—¿Cómo van tus clases con lord Yikmo?

Parpadeó. ¿Qué debería decir? ¿Decepcionantes? ¿Horribles? ¿Humillantes?

—No te gustan las habilidades de guerrero.

Era una afirmación. Decidió que no tenía necesidad de responder, así que, en cambio, tomó otro trago de vino.

—Las habilidades de guerrero son importantes. Hacen uso de todo lo que aprendes en las demás disciplinas, y después desafían tu comprensión de ellas. Solo en la batalla descubres los límites de tu fuerza, conocimiento y Control. Es una lástima que Rothen fuera negligente y no te concertara entrenamientos adicionales la primera vez que mostraste debilidad en esta parte de tu educación.

Sonea sintió una punzada de dolor y furia ante la crítica hacia Rothen.

—Supongo que no vio necesidad para ello —replicó—. No estamos en guerra, ni bajo la amenaza de una.

Akkarin dio un golpecito con uno de sus largos dedos en la base de su copa.

—¿Piensas que es sabio renunciar a todo nuestro conocimiento sobre la guerra en

tiempos de paz?

Sonea negó con la cabeza, deseando de repente no haber dado su opinión motu proprio.

—No.

—Entonces ¿no deberíamos preservar nuestro conocimiento y mantenernos bien entrenados en su uso?

—Sí, pero... —Hizo una pausa.

«¿Por qué estoy discutiendo con él?»

—¿Pero...? —inquirió Akkarin.

—Pero no todos los magos.

—¿No?

Maldijo en silencio. ¿Por qué estaba incluso él molestándose en debatir aquello con ella? A él no le importaba si no era buena en habilidades de guerrero. Solo quería mantenerla ocupada y fuera de su camino.

—Quizá Rothen descuidó esa parte de tu entrenamiento porque eres una mujer.

Sonea se encogió de hombros.

—Quizá.

—Quizá tenía razón. En los últimos cinco años, las pocas jovencitas que se planteraron ser guerreros fueron persuadidas para lo contrario. ¿Crees que eso es justo?

Sonea frunció el ceño ante la pregunta. El mago sabía que ella no quería unirse a los guerreros, por lo que quizá solo estuviera preguntando en un esfuerzo para entablar conversación. Si cooperaba, ¿la conduciría ello a un terreno peligroso? ¿Debería negarse a hablar con él?

Antes de poder decidir si contestar o no, la puerta que había a la espalda de Akkarin se abrió, y entró Takan llevando una gran bandeja. Un olor delicioso le siguió hasta la mesa. El sirviente colocó fuentes y platos formando una fila entre ella y Akkarin; luego se puso la bandeja bajo el brazo y empezó a describir cada uno.

El estómago de Sonea se agitó hambriento. Cada vez que aspiraba aquel sabroso aroma, los nudos que lo apretaban se iban aflojando.

—Gracias, Takan —murmuró Akkarin en cuanto el sirviente hubo acabado. Takan hizo una reverencia. Cuando se marchó, Akkarin cogió un cucharón y empezó a servirse de los platos.

Por unas pocas comidas formales con Rothen, Sonea sabía que ese era el modo tradicional de las Casas kyalianas de agasajar a sus invitados. En las barriadas, las comidas requerían pocos preparativos, y los únicos utensilios que se usaban eran los cuchillos que cada persona portaba. La singular tradición kyaliana de servir la comida en porciones pequeñas, de un bocado, requería más preparación, y cuanto más formal fuese la comida, más elaborados eran los platos y los utensilios.

Afortunadamente, Rothen le había hecho memorizar para qué se empleaban los distintos tenedores, cucharas, pinzas y pinchos. Si Akkarin había pensado humillarla llamando su atención ante la falta de una educación «apropiada», entonces se iba a sentir decepcionado.

Sonea se sirvió primero en su plato varias tajadas de rasuk envueltas en hojas de brasi. Cuando pinchó un trozo con el tenedor y se lo puso entre los dientes, se dio cuenta de que Akkarin había hecho una pausa para observarla.

Un delicioso sabor llenó su boca. Sorprendida, se comió otra porción. Pronto el plato estuvo vacío, así que dejó que su mirada vagase de fuente en fuente.

Mientras degustaba de todas ellas, se olvidó de todo lo demás. Había rodajas de pescado servidas en una salsa roja de marín, muy ácida. Unas misteriosas porciones resultaron estar rellenas de hierbas y carne picada de harrel. Grandes crotos púrpuras, unas alubias que siembre había aborrecido, estaban recubiertas de migas saladas que las hacían irresistibles.

Nunca había saboreado comida tan deliciosa. Los platos de la universidad siempre le habían parecido buenos, y no entendía por qué algunos aprendices se quejaban. Aquella comida, sin embargo, explicaba por qué sus compañeros encontraban carencias en el refectorio.

Cuando Takan regresó, levantó la mirada y descubrió que Akkarin la observaba, con la barbilla descansando en una mano. Apartó los ojos y vio que Takan recogía los platos y fuentes vacías, para luego llevárselos.

—¿Cuál es tu opinión de la comida?

Sonea asintió.

—Buena.

—Takan es un cocinero excelente.

—¿Preparó todo esto él mismo? —No pudo ocultar la sorpresa en su voz.

—Sí, aunque tiene un ayudante para remover las ollas.

Takan volvió con dos cuencos, que colocó delante de ellos. Al bajar la mirada, la boca de Sonea se hizo agua. Pálidas medias lunas de pachi nadaban refulgentes en un sirope espeso. El primer bocado reveló una dulzura acentuada con un toque de alcohol. Comió lentamente, saboreando cada bocado.

«Aguantar su compañía bien valdría la pena por comidas como esta», pensó.

—Quiero que cenes conmigo aquí cada primerdía por la noche.

Sonea se quedó de piedra. ¿Le había leído la mente? ¿O era eso lo que había pretendido todo el tiempo?

—Pero tengo clases nocturnas —protestó.

—Takan es consciente del tiempo disponible para la cena. No te perderás tus lecciones.

Sonea bajó la mirada al cuenco vacío.

—Pero te perderás la clase de esta noche si te entretengo más —añadió—. Puedes retirarte, Sonea.

Aliviada, se puso en pie de un salto, pero tuvo que apoyarse en la mesa con una mano cuando empezó a darle vueltas la cabeza. Todavía un poco mareada, hizo una reverencia y se dirigió a la puerta.

Se detuvo en el pasillo para recobrar el equilibrio y oyó un murmullo procedente de la habitación tras ella.

—Menos vino la próxima vez, Takan.

—Fue el postre, milord.

25. Apareciendo en lugares extraños

Sonea lanzó un suspiro al avistar a Narron y a Trassia dirigiéndose a la próxima clase. Por una vez deseó estar con ellos, pero ahora solo la mitad de su horario coincidía con el suyo. Su destino esa mañana era un cuartito recóndito entre los pasadizos de la universidad, donde lord Yikmo la esperaba para darle otra lección en habilidades de guerrero.

Desde el corredor principal, torció a un pasadizo lateral, caminando lentamente, con un sentimiento de melancolía que se abatía sobre ella. La Arena estaba ocupada durante todas las clases del día, así que Yikmo impartía sus lecciones en una habitación protegida con magia dentro de la universidad. Solo se empleaban descargas cortas de magia, en complicados juegos que supuestamente agudizarían su ingenio y sus reflejos.

Dobló otra esquina y a punto estuvo de darse de bruces con otro mago. Sin levantar la vista, empezó a musitar una disculpa.

—¡Sonea!

Al reconocer la voz, levantó la mirada hacia Rothen y sintió que le daba un vuelco el corazón. De inmediato, ambos echaron un vistazo sobre sus respectivos hombros. El pasadizo estaba vacío.

—Me alegro de verte. —La observó escrutadoramente, con el rostro surcado de arrugas que ella no recordaba de antes—. ¿Cómo estás?

La chica se encogió de hombros.

—Tirando.

El mago asintió, con expresión adusta.

—¿Cómo te trata?

—Apenas lo veo. —Sonea hizo una mueca—. Demasiadas clases. Creo que era eso lo que pretendía.

Volvió a mirar por encima del hombro al oír unos pasos distantes que se acercaban.

—Tengo que irme. Lord Yikmo me está esperando.

—Claro. —Vaciló—. Según mi horario, te doy clase mañana.

—Sí —dijo con una sonrisa maliciosa—. Supongo que parecería extraño que la aprendiz del Gran Lord no fuera enseñada por el mejor profesor de química del Gremio.

El rostro del mago se suavizó un poco, pero no sonrió. Ella tuvo que hacer un esfuerzo para apartarse y continuar por el pasadizo. No oyó pasos a su espalda, y supo que Rothen se había quedado observándola.

«Parece distinto —pensó mientras se internaba por otro pasadizo—. Mucho más

viejo. ¿O es que siempre tuvo aspecto de viejo, y yo no me fijé?»

Sin previo aviso, las lágrimas anegaron sus ojos. Se detuvo y se apoyó en una pared, parpadeando furiosamente.

«¡Aquí no! ¡Ahora no! ¡Tengo que controlarme!»

Respiró larga y entrecortadamente, y dejó escapar el aire con calma un par de veces.

Sonó un gong, cuya vibración atravesó la pared a su espalda. Con la esperanza de no tener los ojos rojos, echó a correr por el pasadizo. Pronto avistó la puerta del cuarto de Yikmo, y cuando se abrió, Sonea se frenó en seco al vislumbrar una manga negra.

«No. No puedo hacerle frente. Ahora no.»

Retrocedió como una exhalación hasta el pasadizo anterior, y se precipitó por este hasta la siguiente intersección, por donde se escabulló. Se giró y se asomó a la esquina. Oía murmullos de voces familiares, pero no pudo distinguir lo que decían.

—Bueno, bueno. Esto sí que es interesante.

Al dar media vuelta, Sonea encontró a Regin de pie en el pasadizo de enfrente, con los brazos cruzados.

—Pensé que estarías siguiendo a todas partes a tu tutor, no escondiéndote de él.

Sintió que se le acaloraba el rostro.

—¿Qué estás haciendo aquí, Regin?

Este sonrió.

—Oh, pasaba por aquí.

—¿Por qué no estás en clase?

—¿Por qué no lo estás tú?

Ella sacudió la cabeza. Aquello era un sinsentido.

—¿Por qué malgasto mi tiempo hablando contigo?

—Porque él sigue allí —dijo Regin, sonriendo maliciosamente—. Y estás demasiado asustada para hacerle frente.

Lo observó con detenimiento, sopesando las posibles respuestas. No se creería una negación, y no decir nada solo confirmaría sus sospechas.

—¿Asustada? —Soltó un resoplido—. No más que tú.

—¿En serio? —Dio un paso hacia ella—. ¿A qué esperas, pues? El gong ya ha sonado. Llegas tarde, y como tu tutor anda por aquí, se enterará. ¿Por qué te sigues retrasando? ¿Quizá debería llamarle y hacerle saber que estás aquí escondida?

Sonea le fulminó con la mirada. ¿Lo haría? Probablemente, si pensaba que la metería en un lío. Aunque si se marchaba ahora, estaría cediendo a su bravata.

Mejor ceder que hacer que llamara a Akkarin. Poniendo los ojos en blanco, giró sobre sus talones y echó a andar por el pasadizo. Cuando se acercaba al otro extremo, una figura de negro apareció dando grandes zancadas por la entrada del pasadizo y

ella se quedó paralizada.

Para su alivio, Akkarin no se percató de su presencia. Continuó caminando, y Sonea oyó que sus pasos se apagaban mientras se alejaba por el corredor. Le llegó una risita de satisfacción a sus espaldas. Echó un vistazo por encima del hombro y vio que Regin la observaba, sonriendo.

Dobló la esquina y se internó en el pasadizo. ¿Por qué estaba tan interesado en si ella tenía miedo a Akkarin o no? Meneó la cabeza. Por supuesto, cualquier señal de que no era feliz le complacería.

Pero ¿por qué Regin no estaba en clase? ¿Qué razón podría tener para estar en esa parte de la universidad?

Seguramente no la habría estado siguiendo...

Una ráfaga de aire frío recibió a Lorlen cuando abrió la puerta de su despacho. La corriente levantó varios mensajes que le habían deslizado por debajo de la puerta y los mandó volando al pasillo. Al ver que eran unos cuantos, suspiró y los barrió hacia dentro con un poco de magia.

Cerró la puerta y atravesó la habitación con paso decidido hasta su escritorio.

—Hoy no estás de muy buen humor.

Sobresaltado por la voz, recorrió con la mirada el despacho en busca de su dueño. Akkarin estaba sentado en una de las sillas; sus ojos oscuros reflejaban la luz difuminada por las cortinas de las ventanas.

«¿Cómo ha entrado aquí?»

Lorlen se quedó mirando fijamente a Akkarin, tentado de exigirle una explicación. Pero la tentación se desvaneció cuando el Gran Lord le devolvió la mirada. Lorlen apartó la vista y se concentró en los mensajes desparramados por el suelo. Hizo que revolotearan por la habitación hasta su mano y los clasificó.

—¿Qué te preocupa, amigo mío?

Lorlen se encogió de hombros.

—Peakin y Davin siguen peleando como fieras, Garrel quiere que permita a Regin reanudar sus lecciones con Balkan, y Jerrik acaba de pasarme otra petición de Tya para tener un ayudante.

—Nada que sus aptitudes no puedan solucionar, administrador.

Lorlen resopló ante el uso formal de su título.

—¿Qué queréis que haga, Gran Lord? —preguntó con sorna.

Akkarin soltó una risita.

—Conoces nuestra pequeña familia mejor que yo, Lorlen. —Arrugó la boca pensativamente—. Di «sí» a Garrel, «no» a lady Tya, y en cuanto a Davin... su idea de reconstruir la atalaya para observar el clima es interesante. El Gremio lleva mucho tiempo sin construir nada, y una atalaya tiene valor militar, lo cual complacería al

capitán Arin. Ha estado tratando de persuadirme para reconstruir la Muralla Exterior desde que fue nombrado consejero militar del rey.

Lorlen frunció el ceño.

—No hablarás en serio. Un proyecto como ese sería caro y exigente en los plazos de ejecución. Nuestro tiempo estaría mejor empleado... —Lorlen hizo una pausa—. ¿Has dicho «sí» a Garrel? ¿Quieres levantar el castigo de Regin por atacar a Sonea seis meses antes?

Akkarin se encogió de hombros.

—¿Realmente piensas que le causará problemas a Sonea ahora? El muchacho tiene talento. Es una pena desperdiciarlo.

Lorlen asintió lentamente.

—Eso... reduciría la picazón de que su adversaria esté siendo favorecida por el Gran Lord.

—Balkan coincidiría.

Lorlen dejó los mensajes en el escritorio y se acercó a su asiento.

—Pero no has venido a verme por eso, ¿cierto?

Los largos dedos de Akkarin tamborilearon sobre el brazo de la silla.

—No. —Sus ojos se mostraban reflexivos—. ¿Existe algún modo de sacar a Rothen del calendario de Sonea para el segundo año sin que el cambio parezca sospechoso?

Lorlen lanzó un suspiro.

—¿Es necesario?

La expresión de Akkarin se ensombreció.

—Sí. Es necesario.

El roce de sus pies al arrastrarlos resonaba por el pasillo. La lección matutina con lord Yikmo había sido un desastre. Sus encuentros con Rothen y Regin la habían dejado además demasiado tensa y distraída para memorizar nombres de plantas medicinales, y demasiado cansada para entender la lección de matemáticas de la noche.

Considerándolo todo, había sido un día que se alegraría de ver terminar.

Recordó la expresión satisfecha de Regin y volvió a preguntarse qué conclusión habría extraído. Quizá simplemente disfrutaba con la idea de que ella era infeliz con el cambio de tutor.

«¿Y qué? —pensó—. Mientras me deje en paz, no me importa lo que piense.»

Pero ¿la dejaría en paz? Si el muchacho llegaba a la conclusión de que Akkarin la asustaba demasiado para informarle de su asedio, podría comenzar a molestarla otra vez. Tendría que procurar hacerlo cuando otros magos no lo vieran, sin embargo...

Solo un borroso movimiento por el rabillo del ojo la advirtió. No tuvo tiempo de

escabullirse. Un brazo la rodeó por el cuello, otro por la cintura. El ímpetu del atacante los hizo girar a ambos, pero el brazo que envolvía su cuello no se soltó.

Sonea forcejeó, pero rápidamente se dio cuenta de que su atacante era demasiado fuerte para ella. Entonces cruzó por su mente un truco que Cery le había enseñado. El recuerdo era tan vívido que casi podía oír la voz de Cery: «Si alguien te hace esto, apoya firmemente las piernas, eso es, entonces estírate hacia atrás y...».

Notó que el hombre perdía el equilibrio y soltó una breve carcajada de satisfacción cuando cayó al suelo. No quedó tendido boca abajo, sin embargo, pero ágilmente rodó a un lado y se puso en pie de un salto. Alarmada, retrocedió, buscando a tientas un cuchillo que no estaba allí... y entonces se detuvo y se quedó mirando a su atacante con sorpresa.

Lord Yikmo tenía un aspecto extrañamente desconocido con sus ropas ordinarias. Una camisa sencilla sin mangas revelaba unos hombros sorprendentemente musculosos. Se cruzó de brazos y asintió.

—Eso pensaba.

Sonea lo miró fijamente, mientras su sorpresa se transformaba poco a poco en irritación.

El guerrero sonrió.

—Puede que haya encontrado el origen de tu problema, Sonea.

La chica se tragó una furiosa réplica.

—¿Cuál es, entonces?

—Por tu reacción, está claro que tu primera respuesta a un ataque es física. Aprendiste esa maniobra defensiva en las barriadas, ¿no?

Sonea asintió de mala gana.

—¿Te entrenó alguien en particular?

—No.

El mago frunció el ceño.

—¿Cómo supiste qué hacer?

—Me lo enseñaron mis amigos.

—¿Amigos? Eran gente joven, ¿sí? ¿No tuviste ningún entrenador de más edad?

—Una vieja prostituta me enseñó cómo usar mi cuchillo si me encontraba... en ciertas situaciones.

Yikmo arqueó las cejas.

—Ya veo. Peleas callejeras. Maniobras defensivas. No es extraño que lo uses en primer lugar. Es lo que mejor conoces, y sabes que funciona. Tienes que cambiar eso. —Con un ademán, le indicó que caminara a su lado, y echó a andar por el pasillo hacia el corredor principal—. Tienes que aprender a reaccionar con magia más que de forma física —añadió—. Puedo idear algunos ejercicios que te ayuden a eso. Tengo que advertirte, empero, que este tipo de reeducación puede ser lento y difícil. Si

perseveras, sin embargo, estarás usando la magia sin pensar para final de año.

Sonea sacudió la cabeza.

—¿Sin pensar? Es todo lo contrario de lo que dicen otros profesores.

—Sí. Eso es porque la mayoría de los aprendices están demasiado ansiosos por usar la magia. Deben aprender a contenerse. Pero tú no eres una aprendiz común, y se pueden descartar métodos de enseñanza tan rutinarios.

Sonea meditó sobre ello. Tenía sentido. Entonces se le ocurrió algo más.

—¿Cómo sabe que no pensé primero en usar la magia, y decidí no hacerlo?

—Sé que actuabas instintivamente. Echaste mano en busca de un cuchillo. No dejas de pensar en eso, ¿me equivoco?

—No, pero eso es distinto. Si alguien me ataca así, tengo que asumir que quiere hacerme daño de verdad.

—¿Estabas entonces preparada para devolverme el ataque?

Sonea asintió.

—Por supuesto.

El mago levantó las cejas.

—Pocos condenarían a una persona normal y corriente, hombre o mujer, si él o ella matara a otra en defensa propia, pero si un mago mata a un no-mago, sería una atrocidad. Tienes el poder para defenderte a ti misma, por lo que no hay excusa para matar, independientemente de las intenciones de tu atacante; ni siquiera si este es un mago. Cuando te enfrentes a un ataque así, tu primera reacción debería ser escudarte. Esa es otra buena razón para que tu primera reacción sea mágica y no física.

Cuando alcanzaron el corredor principal, Yikmo sonrió y le dio una palmadita en el hombro.

—No lo estás haciendo tan mal como crees, Sonea. Si hubieras arremetido contra mí con magia, o simplemente te hubieras quedado petrificada, o te hubieras puesto a gritar, me habría sentido decepcionado. En cambio, mantuviste la calma, pensaste rápido, y lograste zafarte de mí. Creo que es un comienzo admirable. Buenas noches.

Sonea se despidió con una reverencia y lo observó caminar con paso enérgico por el corredor hacia el alojamiento de los magos. Se volvió y echó a andar en la dirección opuesta.

«Tienes el poder para defenderte a ti misma, por lo que no hay excusa para matar, independientemente de las intenciones de tu atacante; ni siquiera si este es un mago.»

Pero cuando había alargado la mano en busca de un cuchillo, había estado preparada para matar. Tiempo atrás eso le habría parecido razonable, pero ahora no estaba tan segura.

Cualquiera que fuese el motivo, el castigo para un mago que deliberadamente dañaba a alguien, incluso con medios no mágicos, era severo, y esa era razón suficiente para cambiar su forma de pensar. No quería pasar el resto de sus días en

prisión, con sus poderes bloqueados. Si su reacción instintiva era matar, entonces lo mejor que podía hacer era desaprobarlo lo antes posible.

En cualquier caso, ¿qué utilidad tenían ahora para ella los trucos que había aprendido en las barriadas? Cuando pensaba en lo que era capaz de hacer, dudaba si alguna vez necesitaría blandir un cuchillo de nuevo. Si necesitaba defenderse en el futuro, pensó sintiendo un escalofrío, sería contra la magia.

26. Un rival celoso

Mientras el carruaje se movía alejándose de la Casa del Gremio, Dannyl repasó todo lo que sabía de Bel Arralade. Viuda de mediana edad, era la cabeza de una de las familias más ricas de Elyne. Sus cuatro vástagos —dos hijas y dos hijos— habían contraído matrimonio con descendientes de familias poderosas. Aunque la propia Bel nunca había vuelto a casarse, los rumores hablaban de numerosos encuentros amorosos entre Arralade y otros miembros de la corte de Elyne.

El carruaje viró en una esquina, luego en otra, y se detuvo. Dannyl miró por la ventanilla y vio que se había unido a una larga fila de vehículos decorados ostentosamente.

—¿Cuánta gente asiste a estas fiestas? —preguntó.

El embajador Errend se encogió de hombros.

—Trescientas o cuatrocientas personas.

Impresionado, Dannyl contó los carruajes. La fila se extendía más allá de lo que alcanzaba la vista, por lo que no pudo deducir su longitud. Emprendedores vendedores callejeros caminaban por la calle arriba y abajo, ofreciendo sus mercancías a los ocupantes de los carruajes. Vino, dulces, pasteles y toda suerte de diversiones estaban disponibles. Había músicos que tocaban y acróbatas que realizaban su número. Los mejores de ellos eran persuadidos con un flujo constante de monedas relucientes para que permanecieran al lado de cortesanos aburridos.

—Podríamos ir andando y llegaríamos antes —dijo Dannyl.

Errend rió entre dientes.

—Sí, podríamos intentarlo, pero no llegaríamos lejos. Alguien nos llamaría e insistiría en que viajáramos con él, y rehusar sería de mala educación.

Errend compró una cajita de dulces, y mientras la compartían, le contó historias de fiestas anteriores celebradas por Bel Arralade. En momentos como ese Dannyl agradecía que el primer embajador del Gremio fuera nativo de esa tierra, y que pudiera, pues, explicarle las costumbres elyneas. Dannyl se sorprendió al oír que se permitía la asistencia de niños pequeños.

—Aquí los niños son muy consentidos —advirtió Errend—. A nosotros los elyneos nos gusta mimarlos cuando son jóvenes. Por desgracia, pueden ser un poco tiranos con los magos, esperando de nosotros que actuemos como animadores.

Dannyl sonrió.

—Todos los niños creen que la función principal de un mago es divertirlos.

Mucho más tarde, la puerta del carruaje se abrió. Dannyl bajó tras Errend y se plantó ante una típica mansión capiana. Sirvientes bien vestidos les recibieron y les dirigieron a través de una magnífica arcada. A continuación había una sala grande,

abierta a los elementos igual que el patio delantero del palacio. El aire era frío, y los invitados que habían entrado por delante de ellos se apresuraban hacia las puertas del extremo más alejado.

Más allá había una sala circular, aún más grande, abarrotada de gente. La luz de varias arañas caía sobre la miriada de colores brillantes de los trajes. Un constante zumbido de voces era devuelto por el eco desde el techo abovedado, y la mezcla de fragancias de flores, fruta y especias era casi embriagadora.

Las cabezas se giraron hacia ellos, la mayoría solo el tiempo suficiente para ver quién llegaba. Dem y Bel de todas las edades estaban presentes. Había unos cuantos magos entre ellos. Niños, vestidos con versiones en miniatra de las prendas adultas, corrían de un lado a otro o se amontonaban en los bancos. Había sirvientes por doquier, todos vestidos de amarillo y portando bandejas de comida o botellas de vino.

—Qué admirable mujer debe de ser Bel Arralade —murmuró Dannyl—. Si pusieras juntos a tantos miembros de las Casas kyalianas, fuera de la corte, las espadas estarían desenvainadas en menos de media hora.

—Sí —coincidió Errend—. Pero esta noche se desenfundarán las armas, Dannyl. Nosotros los elyneos encontramos las palabras más afiladas que las espadas. Y no destrozan el mobiliario.

Una majestuosa escalera conducía a una balconada que rodeaba la sala por completo. Al alzar la mirada, Dannyl vio a Tayend observándolo desde la barandilla. El académico le dirigió una ligera reverencia. Resistiendo la tentación de sonreír ante su rígida formalidad, Dannyl inclinó la cabeza en respuesta.

Al lado de Tayend había un joven musculoso. Al ver la semireverencia de su compañero, el hombre frunció el ceño y miró hacia abajo. Cuando divisó a Dannyl, sus ojos se abrieron de par en par y rápidamente desvió la mirada.

Dannyl se volvió hacia Errend. El embajador se estaba sirviendo comida de una bandeja que le ofrecía uno de los sirvientes ataviados con brillantes colores.

—Pruebe esto —le instó Errend—. ¡Está delicioso!

—¿Qué viene ahora? —preguntó Dannyl, tomando uno de los rollitos de pasta.

—Nos mezclamos. Quédese conmigo y le presentaré a la gente.

Por tanto, durante las horas siguientes Dannyl siguió a su colega embajador por la sala y se concentró en memorizar nombres y títulos. Errend le explicó que no se serviría comida, que la última moda en agasajar invitados era que estos degustaran los manjares directamente de las bandejas que circulaban. A Dannyl le dieron una copa de vino, pero se la rellenaron tantas veces que, finalmente, para mantener la mente despejada, la depositó con disimulo en una de las bandejas cuando el sirviente no miraba.

Una mujer que lucía un elaborado vestido amarillo se aproximó a ellos, y Dannyl supo al instante que se trataba de la anfitriona. Su rostro no tenía tantas arrugas en el

retrato que había estudiado mientras se preparaba para el nuevo cargo, pero la mirada brillante y alerta de ella le indicó que seguía siendo la formidable Bel de la que tanto había oído hablar.

—Embajador Errend —dijo, haciendo una ligera reverencia—. Y este debe de ser el embajador Dannyl. Gracias por venir a mi fiesta.

—Gracias por invitarnos —respondió Errend, inclinando la cabeza.

—No podía celebrar una fiesta sin incluir al embajador del Gremio en mi lista de invitados —dijo, sonriendo—. Los magos han sido siempre los invitados más entretenidos y con mejores modales. —Se volvió hacia Dannyl—. Bien, embajador Dannyl, ¿ha disfrutado de su estancia en Capia hasta ahora?

—Sí, desde luego —respondió Dannyl—. Es una ciudad muy bella.

La conversación continuó de esta forma durante varios minutos. Una mujer se les unió e introdujo a Errend en la charla. Bel Arralade exclamó que ya tenía los pies cansados, y llevó a Dannyl aparte, a un banco situado en un hueco de la pared.

—He oído que le ha dado por investigar la magia ancestral —dijo.

Dannyl la miró sorprendido. Aunque él y Tayend habían evitado hablar del tema de su investigación con nadie excepto el bibliotecario Irland, era posible que alguien a quien hubieran conocido en su viaje hubiera percibido su interés. ¿O Tayend había decidido que ya no era necesario mantener el secreto ahora que no estaban reuniendo información para Lorlen, sino «ayudando» a Rothen con su libro?

En ese caso, una negación solo provocaría las sospechas de la mujer.

—Sí —respondió—. Me interesa particularmente.

—¿Ha descubierto algo nuevo y fascinante?

Dannyl se encogió de hombros.

—Nada emocionante. Solo un montón de libros y pergaminos escritos en antiguas lenguas.

—Pero ¿no ha viajado recientemente a Lonmar y a Vin? Seguro que habrá recopilado algunas historias interesantes allí.

Dannyl decidió ser impreciso.

—Vi unos pergaminos en Lonmar y tumbas en Vin, pero no eran mucho más emocionantes que los viejos libros mohosos que he estado leyendo. Me temo que la aburriré si empiezo a describirlos en detalle... ¿qué dirá la gente si el nuevo embajador envía a la anfitriona a dormir en su propia fiesta?

—Eso debe evitarse, a cualquier coste. —Se echó a reír, luego sus ojos se empañaron—. Oh, pero el tema me trae recuerdos placenteros. Su Gran Lord vino aquí para una investigación similar hace muchos años. Era un hombre muy guapo. En ese entonces no era Gran Lord, desde luego. Podría haber hablado durante horas sobre magia ancestral, y yo habría escuchado solo por tener la oportunidad de admirarlo.

¿Era esa, entonces, la razón del interés por parte de la mujer?

Dannyl soltó una risita.

—Por fortuna para usted, milady, sé que no soy lo suficientemente guapo para compensar las divagaciones sobre mi investigación.

Bel Arralade sonrió, con los ojos centelleando.

—¿Que no es guapo? Yo no diría eso. Otros dirían todo lo contrario. —Hizo una pausa, y su expresión se tornó pensativa—. Pero no piense que el Gran Lord fue descortés. Aunque he dicho que le habría escuchado hablar durante horas, nunca lo hizo. Asistió a mi fiesta de cumpleaños, pero apenas acababa de regresar de Vin cuando se marchó a la montaña, y nunca más lo he visto desde entonces.

¿Las montañas? Aquello era nuevo.

—¿Aceptaría que le enviara un saludo de su parte? —se ofreció él.

—Oh, dudo que me recuerde —dijo ella, agitando una mano.

—¡Tonterías! Ningún hombre olvida la belleza, incluso aunque simplemente se vislumbre de pasada.

La mujer le brindó una amplia sonrisa y le palmeó ligeramente el brazo.

—Ah, me gusta usted, embajador Dannyl. Ahora, cuénteme: ¿qué opina de Tayend de Tremmelin? Fue su compañero de viaje, ¿no es cierto?

Consciente del modo en que lo observaba por entre sus largas pestañas, Dannyl repasó las respuestas que había discutido con Tayend.

—¿Mi asistente? Resultó ser extremadamente valioso. Posee una memoria asombrosa, y su dominio de los idiomas es impresionante.

Bel Arrelade asintió.

—¿Y como persona? —añadió—. ¿Halló en él una compañía agradable?

—Sí. —Dannyl hizo una mueca—. Aunque no se adapta bien a los viajes, debo decir. Nunca he visto a una persona tan mareada por culpa del mar.

La mujer titubeó.

—Dicen que tiene algunos intereses poco convencionales. Algunas personas, especialmente las damas, lo encuentran poco... interesante.

Dannyl asintió lentamente.

—Pasar los días bajo tierra, rodeado de libros, y hablar lenguas muertas no hace a un hombre atractivo a los ojos de las damas. —Le dirigió una mirada calculadora—. ¿Está jugando a casamentera, Bel Arralade?

Ella sonrió con timidez coqueta.

—¿Y si lo hago?

—Entonces debería advertirle que no conozco a Tayend lo suficiente para ser de utilidad. Si alguna dama ocupa su mente, se ha guardado el tema para sí mismo.

La anfitriona, de nuevo, titubeó.

—Bien, entonces respetaremos su intimidad —dijo ella, con un asentimiento de

cabeza—. Jugar a casamentera, cuando no es deseado, es un hábito tan malo como cotillear. Oh, aquí está Dem Dorlini. Esperaba su llegada, pues tengo algunas preguntas para él. —La mujer se levantó—. Ha sido un placer hablar con usted, embajador Dannyl. Espero que podamos volver a conversar pronto.

—Sería un honor, Bel Arralade.

Tras unos minutos, Dannyl descubrió el peligro de permanecer quieto en el mismo sitio y solo. Un trío de jovencitas, con sus infantiles vestidos cortesanos manchados de comida, lo rodeó. Las mantuvo entretenidas con ilusiones hasta que sus padres lo rescataron. Se levantó y echó a andar hacia Errend; entonces se detuvo al oír pronunciar su nombre.

Se volvió y vio que Tayend se aproximaba, con el hombre musculoso a su lado.

—Tayend de Tremmelin.

—Embajador Dannyl. Este es Velend de Genard. Un amigo —dijo Tayend.

La boca del hombre se curvó, pero la sonrisa no alcanzó sus ojos. Hizo una reverencia rígida y de mala gana.

—Tayend me ha hablado de sus viajes —dijo Velend—. Aunque por sus descripciones, no creo que encuentre Lonmar de mi agrado.

—Es un país caluroso e imponente —replicó Dannyl—. Estoy seguro de que sería posible aclimatarse, si uno se quedara allí el tiempo suficiente. ¿Es usted también un académico?

—No —respondió el hombre—. Mis intereses se centran en el manejo de la espada y las armas. ¿Practica usted, embajador?

—No —respondió Dannyl—. Los muchachos que se unen al Gremio disponen de poco tiempo para tales actividades. —Manejo de la espada, pues. Se preguntó si esa era la razón por la que había sentido esa instantánea antipatía hacia aquel hombre. ¿Le recordaba Velend demasiado a Fergun, quien también era partidario del uso de armas pesadas?

—He encontrado algunos libros que podrían ser de interés, embajador —dijo Tayend, con un tono de voz formal y serio. Mientras Tayend empezaba a describir los libros, su antigüedad y contenidos, Dannyl observó que Velend cambiaba el peso de un pie a otro y paseaba la mirada entre la multitud. Finalmente, el hombre interrumpió a Tayend.

—Si me disculpan, Tayend, embajador Dannyl. Hay alguien con quien debo hablar.

Cuando se alejó, Tayend sonrió maliciosamente.

—Sabía que no tardaría mucho en librarme de él. —Hizo una pausa cuando una pareja se acercó, y volvió al tono formal—. Hemos estado mirando libros antiguos, pero decidí probar con algunos más recientes. A veces, cuando un Dem muere, su familia envía a la biblioteca cualquier diario o libro de visitas que poseyera. En uno

de estos diarios encontré unas referencias interesantes a... Bien, no entraré ahora en detalles, pero indican que podríamos encontrar más información en las bibliotecas privadas de otros Dem. Sin embargo, no estoy seguro de quién o dónde.

—¿Alguno de ellos vive en las montañas? —preguntó Dannyl.

Los ojos de Tayend se abrieron completamente.

—Unos cuantos. ¿Por qué lo pregunta?

Dannyl bajó la voz.

—Nuestra anfitriona rememoraba una fiesta de cumpleaños de hace una década a la que asistió un joven mago en particular.

—Ah.

—Sí. Ah. —Al ver que Velend se aproximaba, Dannyl frunció el ceño—. Ya vuelve ese amigo tuyo.

—No es un amigo, en realidad —corrigió Tayend—. Más bien, un amigo de un amigo. Me ha traído a la fiesta.

Velend se movía de forma sigilosa, con los andares de un limek, el perro salvaje que causaba problemas a los granjeros y que a veces mataba peregrinos en las montañas. Para alivio de Dannyl, el hombre se detuvo a hablar con otro cortesano.

—Debería avisarte —agregó Dannyl—. Es posible que Bel Arralade esté tratando de encontrarte una joven dama.

—Lo dudo. Me conoce demasiado bien.

Dannyl frunció el ceño.

—Entonces ¿por qué hizo comentarios sobre tu atractivo para las mujeres?, me pregunto.

—Probablemente te estaba poniendo a prueba, para ver lo que sabías de mí. ¿Qué le dijiste?

—Que no te conocía lo suficiente para aventurar si tenías a alguien en mente.

Tayend alzó las cejas.

—No, claro que no, ¿verdad? —dijo en voz baja—. Me pregunto si te molestaría enterarte de que hubiera una persona.

—¿Molestarme? —Dannyl negó con la cabeza—. No... pero quizá eso dependería de quién fuera. ¿Debería interpretar, entonces, que hay alguien?

—Quizá. —Tayend sonrió torciendo la boca—. Pero no te lo voy a decir... todavía.

Divertido, Dannyl miró por encima del hombro de Tayend hacia Velend. No, seguramente no...

Un rostro se volvió hacia él, y alguien agitó una mano. Al reconocer al embajador Errend, Dannyl le saludó a modo de respuesta.

—El embajador Errend quiere que me una a él.

Tayend asintió.

—Y yo seré acusado de ser un aburrido si me paso la noche hablando de trabajo. ¿Te veré pronto en la biblioteca?

—En unos días. Creo que es posible que tengamos que planear otro viaje.

Sonea recorrió con un dedo los lomos de los libros. Encontró un hueco y deslizó allí el volumen que faltaba. El otro libro que sostenía era grueso y pesado. Al darse cuenta de que pertenecía a una estantería del otro lado de la biblioteca, se lo metió bajo el brazo y empezó a cruzar la sala.

—¡Sonea!

Se internó por otro pasillo y caminó a grandes zancadas hacia la parte delantera de la biblioteca, donde estaba lady Tya sentada tras un pequeño escritorio.

—¿Sí, milady?

—Llegó un mensaje para ti —dijo la bibliotecaria—. El Gran Lord quiere verte en la sala de entrenamiento de lord Yikmo.

Sonea asintió, con la boca repentinamente seca. ¿Qué querría Akkarin? ¿Una demostración?

—Será mejor que me vaya, entonces. ¿Le gustaría que volviera mañana por la noche?

Lady Tya sonrió.

—Eres como un sueño hecho realidad, Sonea. Nadie se cree la cantidad de trabajo que hace falta para mantener este lugar. Pero tú debes de tener mucho que estudiar.

—Puedo dedicarle una o dos horas. Y me ayuda a saber qué hay aquí, y dónde encontrarlo.

La bibliotecaria asintió.

—Si tienes tiempo de sobra, entonces bienvenida sea la ayuda. —Agitó un dedo en dirección a Sonea—. Pero no quiero oír a nadie diciendo que estoy distraído de sus estudios a la predilecta del Gran Lord.

—No lo haré. —Tras dejar el libro, Sonea recogió su caja y abrió la puerta—. Buenas noches, lady Tya.

Los pasillos de la universidad estaban silenciosos y en calma. Sonea echó a andar hacia el cuarto de lord Yikmo.

A cada paso que daba sentía crecer el temor. A lord Yikmo no le gustaba enseñar por las noches. Las razones del mago vindeano tenían algo que ver con la religión de su tierra natal. Sin embargo, no podía rehusar una petición del Gran Lord.

Incluso así, era una hora tardía para empezar cualquier tipo de lección o demostración. Quizá Akkarin tenía otro motivo para llamarla al cuarto de Yikmo. Quizá Yikmo ni siquiera estaría allí...

Pegó un salto cuando un aprendiz salió de un pasillo lateral delante de ella. Cuando intentó sortearle, este se movió para bloquearle el camino, y tres aprendices

más aparecieron para plantarse a su lado.

—Hola, Sonea. ¿Recibiste mi mensaje?

Se dio la vuelta, y sintió que se le encogía el corazón. Regin estaba de pie al frente de un pequeño pelotón de aprendices, bloqueando el pasillo detrás. Reconoció a unos pocos miembros de su antigua clase, pero los demás le eran solo vagamente familiares. Esos otros, comprendió, eran aprendices mayores. La miraban fríamente, y se acordó de los comentarios que había oído de pasada el día que se reanudaron las clases. Si había tantos que pensaban que no se merecía haber sido escogida por el Gran Lord, Regin no habría necesitado mucho para persuadirlos de que se unieran a él.

—Pobre Sonea —dijo Regin arrastrando las palabras—. Ser la predilecta del Gran Lord debe de hacerte sentir muy sola. Sin amigos. Sin nadie con quien jugar. Pensamos que a lo mejor te gustaría algo de compañía. Quizá un jueguecito. —Miró a uno de los chicos mayores—. ¿A qué deberíamos jugar?

El muchacho sonrió burlonamente.

—Me gustaba tu primera idea, Regin.

—¿Un juego de «Purga», entonces? —Regin se encogió de hombros—. Supongo que servirá de práctica para el trabajo que en algún momento de nuestra vida tendremos que realizar. Pero creo que hará falta más que fogonazos y escudos de barrera para sacar a este tipo de indeseables de la universidad. —Miró a Sonea con los ojos entornados—. Tendremos que utilizar medios más persuasivos.

Sus palabras hicieron que la ira se agitara en el interior de Sonea, pero cuando Regin levantó las manos, se tornó en incredulidad. Seguro que no se ponía a lanzarle azotes. No allí. No en la universidad.

—No te atreverás a...

El muchacho sonrió con aire burlón.

—¿No? —Un relámpago de luz brotó de su mano, y ella levantó un escudo—. ¿Qué vas a hacer al respecto? ¿Contárselo a tu tutor? No sé por qué, pero creo que no lo harás. Creo que le tienes demasiado miedo.

Regin se acercó, y ráfagas de magia de color blanco salieron disparadas de ambas manos.

—¿Cómo puedes estar seguro? —replicó—. ¿Y si alguien nos encuentra luchando en los pasillos? Conoces las normas.

—No creo que eso ocurra —dijo Regin con una sonrisita—. Lo hemos comprobado. No hay nadie por aquí. Incluso lady Tya ya se ha ido de la biblioteca.

Era fácil protegerse de sus azotes. Unas descargas de poder y podría detenerlo. Pero resistió la tentación, recordando la charla de Yikmo sobre la responsabilidad de los magos para evitar hacer daño a otros.

—Llama a tu tutor, Sonea —la instó—. Pídele que te rescate.

Sonea sintió que un escalofrío le recorría la espalda, pero lo ignoró.

—¿De ti, Regin? No vale la pena molestar al Gran Lord por eso.

Echó un vistazo a los aprendices situados alrededor.

—¿Habéis oído eso? Piensa que no somos dignos de la atención del Gran Lord. Nosotros, los mejores de las Casas. ¿Y ella sí, una simple chica de las barriadas? Enseñémosle quién es digno. Vamos.

La atacó de nuevo. Al percibir que el escudo estaba siendo asaltado también por detrás, volvió la mirada y vio que Kano e Issle habían pasado al frente del otro grupo de aprendices. Pero los mayores fruncían el ceño. Sonea escrutó sus rostros y vio duda.

—Os lo aseguro —dijo Regin entre un azote y otro—. No se lo contará.

Aun así, los aprendices mayores seguían vacilando.

—Si lo hace —agregó Regin—, asumiré la responsabilidad. Estoy dispuesto a hacerlo, solo para demostrároslo. ¿Qué tenéis que perder?

Sonea sintió más azotes, y al echar otro vistazo por encima del hombro vio que se habían sumado más aprendices al ataque. Ahora hacía falta más poder para mantener el escudo. Cada vez más preocupada, miró a uno y otro lado, considerando las opciones. Si pudiera llegar al corredor principal... Empezó a andar, obligando a retroceder a Regin y a sus compañeros.

—Si no os unís a nosotros ahora —prácticamente gritó Regin a los pocos aprendices que aún dudaban—, escapará. Como también se está saliendo con la suya por coger lo que por derecho es nuestro. ¿Vais a ponerla en su sitio, o a pasar el resto de vuestras vidas inclinándoos ante una chica de las barriadas? —exclamó.

Los aprendices que se encontraban junto a él dieron un paso adelante, aunque con cierta renuencia, y atacaron con azotes de fuerza. Intentar moverse ante un azote de fuerza en contra requería más energía que un simple escudo, y aunque consiguió avanzar, su progreso era lento y costoso.

Se detuvo y lo reconsideró. ¿Tendría suficiente fuerza para alcanzar el corredor? No estaba segura. Sería mejor conservarla. Con suerte se agotarían, y entonces sería capaz de abrirse paso a empujones fácilmente.

Siempre y cuando ella no se cansara primero.

Con el fin de reducir el tamaño del escudo, se arrimó de espaldas a la pared. Mientras el ataque continuaba, pensó en cuál sería su propósito. Había asumido que Regin había congregado a un grupo tan grande para tener una audiencia mayor... y protección si ella contraatacaba. ¿Esperaba agotarla, también? En ese caso, ¿qué pretendía hacer una vez que la hubieran desgastado? ¿Matarla? Seguro que no merecería la pena ir a prisión por una chica de las barriadas, ¿no? No, probablemente pretendía cansarla para las lecciones del día siguiente.

Los azotes la estaban debilitando, pero, alarmada, sintió que su propia fuerza

empezaba a desfallecer. Se acercaba el final. Se acercaba demasiado. Cuando el escudo empezó a vibrar, Regin alzó los brazos.

—¡Basta!

Los azotes cesaron. En el silencio, Regin miró a los demás, uno a uno, y sonrió burlonamente.

—¿Véis? Pongámosla ahora en el lugar que le corresponde.

Cuando se giró para observarla, ella vio un brillo malintencionado en sus ojos, y comprendió que agotarla no era sino la primera parte de su plan. Deseó haber continuado empujando hacia el corredor principal. Pero cuando lo hizo, supo que no habría conseguido llegar tan lejos.

Regin envió otro azote, cauto, a su escudo. Uno a uno, los demás imitaron aquella cuidadosa embestida. La mayoría de los azotes eran débiles, pero mientras invocaba más y más su reserva de poder para mantener el escudo, comprendió que de todas formas estaba sentenciada. Incluso aunque todos ellos terminaran demasiado exhaustos para usar sus poderes, diez aprendices podrían seguir atomertándola felizmente sin recurrir en absoluto a la magia.

Con creciente temor, sintió que su poder se desvanecía. El escudo brilló con luz trémula, y desapareció, dejando nada excepto aire entre ella y Regin. Este sonrió a los otros, con una cansada pero triunfante mueca.

Entonces un haz de luz roja brotó de la palma de Regin. El dolor floreció en el pecho de Sonea y se difundió hacia fuera, provocándole un temblor en brazos y piernas y clavándose en su cabeza. Sintió que sus músculos se contraían espasmódicamente, y su espalda resbaló por la pared.

Abrió los ojos cuando la sensación desapareció, y se encontró a sí misma acurrucada en el suelo. El rubor se agolpó en su cara. Humillada, trató de levantarse, pero otro estallido de dolor sometió sus sentidos. Apretó los dientes, resuelta a no llorar.

—Bueno, siempre me he preguntado qué efecto causaría un azote de paro —oyó decir a Regin—. ¿Os gustaría probar?

Se oyó un gemido de aversión, y Sonea sintió una momentánea esperanza cuando dos de los aprendices intercambiaron una mirada de consternación, dieron media vuelta y se alejaron. Pero todos los demás lucían expresiones ansiosas, y su esperanza se desvaneció cuando un azote de paro tras otro enviaron oleadas de dolor a través de su cuerpo.

La pulla de Regin le cruzó la mente.

«Llama a tu tutor, Sonea. Pídele que te rescate.»

Solo haría falta una breve llamada mental; una imagen de Regin y sus cómplices...

No. Nada de lo que dijera Regin podría ser tan horrible como tener que pedir

ayuda a Akkarin.

«¡Pues a Rothen!»

«No me está permitido hablar con él.»

«¡Tiene que haber alguien!»

Pero una petición de auxilio la oiría Akkarin... además de otros magos. El Gremio al completo pronto sabría que su aprendiz había sido hallada exhausta y derrotada en los pasadizos de la Universidad.

No había nada que hacer.

Se acurrucó hecha un ovillo, y esperó a que los aprendices gastaran todo su poder, o acabaran aburriéndose de su juego, y la dejaran en paz.

Era bien pasada la medianoche cuando Lorlen finalmente terminó la última carta. Se levantó, se estiró y caminó hasta la puerta, apenas fijándose en los alrededores mientras candaba automáticamente el cerrojo mágico. Cuando se disponía a dirigirse hacia el corredor, oyó un ruido en el vestíbulo de la universidad.

Se detuvo, planteándose si investigarlo o no. Había sido un sonido tenue, quizá una hoja muerta arrastrada por el viento. Acababa de decidir ignorarlo cuando se repitió el sonido.

Se acercó, con el ceño fruncido, a la entrada del vestíbulo. Un movimiento atrajo su atención hacia uno de los portones. Algo se deslizó por la antigua madera. Dio un paso adelante, y entonces respiró ahogadamente.

Sonea se sostenía contra la enorme puerta como si fuera a caerse sin su apoyo. La chica dio un paso y después se detuvo, tambaleándose en lo alto de la escalera. Lorlen se abalanzó sobre ella y la sujetó por un brazo. La chica le miró sorprendida y obviamente consternada.

—¿Qué te ha ocurrido? —preguntó.

—Nada, milord —dijo ella.

—¿Nada? Estás exhausta.

La chica se encogió de hombros, y era evidente que incluso eso le supuso esfuerzo. Toda su fuerza se había esfumado. Como si... como si se la hubieran drenado...

—¿Qué te ha hecho? —jadeó Lorlen.

Sonea frunció el ceño y negó con la cabeza. De repente le flaquearon las rodillas y se dejó caer en la escalera. El mago se sentó a su lado, soltándole el brazo.

—No es lo que usted piensa —dijo; acto seguido se dobló hacia delante y reposó la cabeza en las rodillas—. No quien usted cree. No fue él. —Suspiró y se frotó la cara—. Nunca antes me había sentido tan cansada.

—Entonces ¿qué ha provocado que estés así?

Sonea dejó caer los hombros, pero no respondió.

—¿Fue algo que un profesor te mandó hacer?

La chica negó con la cabeza.

—¿Intentaste algo que requería más poder del que esperabas?

Volvió a negar con la cabeza.

Lorlen trató de imaginar otra forma por la que sus poderes pudieran haberse agotado. Pensó en las pocas veces que había empleado toda su fuerza. Tuvo que remontarse a muchos años atrás, a su época en la universidad. A sus combates con Akkarin en habilidades de guerrero. Pero ella declaraba que no había sido Akkarin.

Entonces se acordó. En una ocasión, el profesor había enfrentado a varios aprendices contra cada miembro de la clase. Había sido una de las pocas veces que salió derrotado.

Pero era demasiado tarde para una clase. ¿Por qué habría estado luchando Sonea contra otros aprendices? Lorlen torció el gesto cuando un nombre asaltó su mente.

Regin.

El muchacho probablemente habría reunido a sus seguidores y la había abordado en algún sitio. Era atrevido y arriesgado. Si Sonea hablaba a Akkarin del hostigamiento...

Pero ella no lo haría. Lorlen miró a Sonea y sintió que se le partía el alma. Al mismo tiempo sintió un inesperado orgullo.

—Ha sido Regin, ¿verdad?

Sonea abrió los ojos, parpadeando. El administrador asintió cuando detectó recelo en ellos.

—No te preocupes. No se lo contaré a nadie a menos que me autorices. Informaré a Akkarin de lo que está pasando, si quieres.

«Si está escuchando ahora, ya lo sabrá.»

Bajó la mirada al anillo, y la desvió rápidamente.

Sonea meneó la cabeza.

—No. No lo haga. Por favor.

Por supuesto. Sonea no quería que Akkarin se enterara.

—No lo esperaba —agregó—. Los evitaré a partir de ahora.

Lorlen asintió lentamente.

—Bien, si no lo consigues, entonces has de saber que puedes llamarme solicitando ayuda.

Sonea levantó la comisura de la boca en una irónica sonrisa, luego respiró hondo y empezó a ponerse en pie.

—Espera. —La chica se detuvo cuando la tomó de la mano—. Un momento —dijo—. Esto ayudará.

Envío una delicada corriente de energía sanadora desde la palma de la mano hacia el cuerpo de Sonea. Los ojos de la chica se abrieron de golpe cuando la notó. Eso no

restauraría su poder, pero aliviaría la debilidad física. Los hombros se pusieron derechos y la pálidez abandonó su rostro.

—Gracias —dijo ella. Se puso en pie, y cuando miró hacia la residencia del Gran Lord, dejó caer los hombros de nuevo.

—No será siempre así, Sonea —dijo el mago con suavidad.

La chica asintió con la cabeza.

—Buenas noches, administrador.

—Buenas noches, Sonea.

Se quedó mirando mientras la muchacha se alejaba, con la esperanza de que sus palabras resultaran ser ciertas, pero cuestionándose si eso sería posible.

27. Información útil

Sonea cambió de posición la caja de libros, apoyándosela en la cadera mientras lady Tya abría la puerta de la biblioteca de los magos y pasaba adentro. Sonea dejó su carga encima del escritorio de lord Jullen, al lado del de Tya, y echó una mirada a la sala en penumbras.

—No había estado aquí desde hace semanas.

Tya empezó a sacar libros de las cajas.

—¿Por qué no?

—«No se permite la entrada a aprendices sin la compañía de un mago.»

La bibliotecaria soltó una risita.

—Me es imposible imaginar a tu tutor esperando aquí mientras tú estudias. Aunque no tienes que pedirselo. Ahora puedes ir casi a cualquier lugar que desees.

Sonea parpadeó sorprendida.

—¿Incluso aquí?

—Sí, pero todavía tienes que llevar esto.

Los ojos de la bibliotecaria brillaron cuando le tendió una pila de libros. Sonea los cogió y la siguió entre las estanterías hasta la pared más alejada. A continuación cruzaron una puerta y entraron en una sala que nunca había visto antes. Más estanterías ocupaban el centro del cuarto, pero las paredes estaban revestidas con armarios y arcones.

—¿Esto es un almacén?

—Sí. —Tya empezó a colocar libros en los estantes—. Estos son duplicados de los volúmenes más populares de la biblioteca de los aprendices o de las clases, listos para cuando los viejos se desgasten. Los originales están guardados en esos arcones.

Cogiéndole más libros a Sonea, Tya siguió avanzando a lo largo de la pared hacia la parte trasera del cuarto. Pasaron por delante de una vitrina grande y robusta, repleta de libros de muy diferentes tamaños y una pequeña montaña de pergaminos. Las puertas de cristal estaban reforzadas con una malla de alambre.

—¿Qué hay ahí dentro?

La bibliotecaria miró hacia atrás, y sus ojos centellearon.

—Los originales de los libros y mapas más antiguos y valiosos del Gremio. Son demasiado frágiles para usarse. Yo he visto copias de algunos de ellos.

Sonea escudriñó a través del cristal.

—¿Alguna vez ha mirado los originales?

Tya se arrimó a Sonea y contempló los libros.

—No, las puertas están candadas con magia. Cuando Jullen era joven, su predecesor le abrió las puertas, pero Jullen nunca lo ha hecho por mí. Me contó una

vez que había visto ahí dentro un mapa de los pasadizos que hay bajo la universidad.

—¿Pasadizos? —Le sobrevino el recuerdo de cuando le vendaron los ojos y la condujeron a visitar a su amigo Cery, a quien Fergun tenía encerrado bajo la universidad.

—Sí. Supuestamente el Gremio está repleto de ellos. Nadie los utiliza actualmente, aunque diría que tu tutor lo hace, pues es bien conocido por su hábito de aparecer y desaparecer en lugares inesperados.

—¿Y hay un mapa aquí?

—Eso dijo Jullen, pero sospecho que se burlaba de mí.

Sonea miró de reojo a Tya.

—¿Que se burlaba de usted?

El rostro de la bibliotecaria enrojeció, así que se irguió y se apartó.

—Fue hace muchos años, cuando éramos mucho más jóvenes.

—Es difícil imaginar que lord Jullen fuese joven alguna vez —dijo Sonea, siguiendo a Tya hasta el fondo de la sala—. Es tan severo y estricto...

Tya se detuvo delante de un arcón, cogió los libros que Sonea estaba transportando y los apiló dentro.

—Las personas cambian —dijo—. Se ha vuelto muy engreído, como si ser bibliotecario fuese tan importante como, digamos, ser el líder de guerreros.

Sonea se echó a reír.

—El rector Jerrick diría que el conocimiento es más importante que cualquier otra cosa, así que, como custodios del conocimiento del Gremio, ustedes son más importantes que los magos superiores.

Una sonrisa curvó la boca de la bibliotecaria.

—Creo que sé por qué te escogió el Gran Lord, Sonea. Ahora tráeme el resto de los libros de la mesa de Jullen.

Sonea regresó a la otra sala. Durante las dos últimas semanas había pasado casi todas las noches ayudando a Tya. Aunque su verdadera motivación había sido evitar a Regin, descubrió que empezaba a gustarle la excéntrica bibliotecaria. Una vez que la biblioteca cerraba y empezaban a recoger, Tya podía ser tan parlanchina como las lavanderas que trabajaban en el río Tarali.

La bibliotecaria escuchaba con entusiasmo si Sonea necesitaba hablar de los proyectos que le encargaban. Cuando no le apetecía charlar, lady Tya parecía feliz haciéndolo ella misma. Era además una inagotable fuente de información y de historias recientes del Gremio, repletas de luchas internas e injerencias políticas, escándalos y secretos. Sonea se sorprendió al enterarse de los rumores que habían circulado sobre Dannyl cuando este era aprendiz, que Tya descartaba, y se entristeció ante el relato de la lenta muerte de la esposa de Rothen a causa de una enfermedad que ningún sanador pudo curar.

Al volver con los libros, pasó de nuevo por delante de la vitrina, y la miró pensativamente. Nadie utilizaba los pasadizos que había bajo la universidad. Ciertamente, no Regin. Y como Tya había dicho, ella podría ir ahora a cualquier lugar que deseara.

En cuanto la puerta de sus habitaciones se hubo cerrado, Rothen se apresuró a sentarse y sacó una carta de su túnica. Había permanecido escondida allí desde que un mensajero se la entregó entre clases. Aunque la curiosidad fue un tormento para él durante casi todo el día, no se atrevió a abrirla en la universidad.

Habían transcurrido siete semanas desde que escribiera a Danyl. Siete semanas desde que Akkarin le arrabató a Sonea. Había hablado con ella solo una vez en ese período. Cuando un aprendiz de una familia influyente solicitó a Rothen lecciones privadas, se sintió halagado; pero cuando resultó que el aprendiz solo estaba disponible durante las horas en que Rothen impartía la clase de Sonea, empezó a sospechar que había otras razones tras ese acuerdo. Habría sido descortés negarse, sin embargo. Y no se le ocurría ninguna razón válida para explicar por qué, aparte de la verdad.

Rothen bajó la mirada hasta la carta y se preparó para llevarse una decepción. Incluso aunque Danyl hubiera accedido a ayudarlo, existía solo una mínima esperanza de encontrar algo que pudiera conducir a la caída de Akkarin. Pero la carta era grande y sorprendentemente gruesa. Con manos temblorosas, Rothen rompió el sello. Varias hojas de papel se deslizaron fuera y apareció la letra de Danyl. Cogió la primera hoja y empezó a leer.

A Rothen:

Fue una agradable sorpresa saber de ti, viejo amigo. He estado, en efecto, viajando por otras tierras, conociendo a gentes de diferentes razas, culturas y religiones. La experiencia ha sido instructiva y esclarecedora, y tendré multitud de historias que contarte cuando vuelva el próximo verano.

La noticia de Sonea es sorprendente. Es un cambio venturoso para ella, aunque entiendo tu consternación por perder su tutela. Sé que fue tu cuidado y duro trabajo lo que la convirtió en una aprendiz digna de la atención del Gran Lord. Su nueva posición, sin duda, también habrá puesto fin a sus problemas con cierto aprendiz.

Ha sido una desilusión, por otra parte, saber que me he perdido la visita de Dorrien. Por favor, dale recuerdos de mi parte.

Adjunto con esta carta un poco de la información que he recopilado de la Gran Biblioteca y alguna otra fuente. Espero que sea de utilidad para ti. Aprecio enormemente la ironía de tu nuevo interés. Si mi próximo viaje tiene

éxito, puede que haya incluso más para añadir a nuestro libro.

Tu amigo,

DANNYL

Rothen hojeó los papeles y musitó una exclamación de asombro.

—¿Todo esto? ¿El Templo del Esplendor? ¡Las Tumbas de las Lágrimas Blancas!
—Se echó a reír—. Alguna otra fuente, ¿eh, Dannyl?

Volvió a la primera página y empezó a leer. Justo cuando acababa de llegar a la tercera página, un golpe en la puerta lo interrumpió. Se quedó mirándola fijamente, y entonces se puso en pie de un salto, con el corazón latiéndole con fuerza. Buscó con la mirada un sitio donde esconder la voluminosa carta; entonces se lanzó hacia la estantería y la deslizó entre las páginas de un grueso tomo. El grosor adicional deformó el libro, pero nadie lo notaría a menos que mirara de cerca.

Cuando se repitió el golpe, Rothen corrió a la puerta. Respiró hondo, armándose de valor para lo peor. Abrió la puerta y suspiró con alivio cuando vio a la pareja de pie en el pasillo.

—Yaldin y Ezrille. Entrad.

Pasaron a la sala de invitados.

—¿Cómo estás, Rothen? —preguntó Ezrille—. No te vemos desde hace tiempo.

Rothen se encogió de hombros.

—Bien. ¿Y vosotros?

—Estupendamente —dijo Ezrille. Titubeó y echó una mirada a Yaldin.

—¿Os apetece una taza de sumi? —ofreció Rothen.

—Sí, gracias —respondió Yaldin.

La pareja se sentó, y Rothen fue a buscar una bandeja, tazas y frascos de una mesita lateral. Mientras empezaba a preparar la bebida caliente, Yaldin le habló sobre cuestiones menores del Gremio. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que habló con sus viejos amigos, decidió Rothen. Ezrille permaneció callada hasta que Rothen sirvió una segunda taza de sumi.

—Quiero que vengas a cenar con nosotros los primerdías, Rothen —dijo ella.

—¿De verdad? —Rothen sonrió—. Eso sería agradable. Pero ¿todos los primerdías?

—Sí —dijo ella con firmeza—. Sabemos que para ti fue una conmoción que el Gran Lord escogiera a Sonea. Y nunca viene a visitarte, lo cual debe de ser muy decepcionante después de todo lo que hiciste por ella. Aunque tenga clases extra, ella...

—Apenas tiene la culpa —intervino Yaldin. Sonrió a Rothen—. Estoy seguro de que te visitará cuando tenga más tiempo. Entretanto, no podemos permitir que andes

alicaído.

—Quiere decir que no deberías pasar solo todas las noches.

—Especialmente estando Dannyl en el extranjero —agregó Yaldin—. Necesitas hablar con alguien que no sean los aprendices y profesores.

—Y Tania dice que has empezado a tomar nemmin otra vez —añadió Ezrille en voz baja—. No te enfades con ella por contárnoslo. Está preocupada por ti, igual que nosotros.

—Entonces ¿vendrás? —preguntó Yaldin.

Rothen pasó la mirada de uno a otro; ambos expresaban ansiedad en sus rostros, y se echó a reír.

—Por supuesto. Me encantaría.

Sonea caminaba lentamente por un pasadizo de la universidad, consciente del ruido de sus botas al tocar el suelo. Cuando llegó a una esquina, escudriñó el siguiente pasadizo con precaución, y suspiró aliviada al encontrarlo vacío.

Era tarde. Más tarde de lo normal. Había evitado a Regin con éxito durante dos semanas, saliendo de la universidad acompañada de Tya, o tomando largas y enrevesadas rutas por los pasadizos. En cada ocasión, cuando emergía al corredor principal, encontraba allí a un aprendiz esperando. Sin embargo, no intentaban atacarla en el corredor principal. El riesgo de ser descubiertos por algún mago era muy alto. El mismo temor hacía que no esperaran muy cerca de la biblioteca, por si Tya los oía.

Sonea albergaba la esperanza de que los aliados de Regin perdieran el interés tarde o temprano. Como medida de precaución, había empezado a dejar su caja en la biblioteca en lugar de llevársela a su habitación. Habían destrozado sus apuntes y libros cuando se aburrieron de torturarla con los azotes de paro. Y Sonea se había visto obligada a dejarla atrás, al estar demasiado extenuada para transportarla.

Silenciar sus pasos significaba caminar lentamente, a pesar de sus ganas desesperadas de echar a correr. No por primera vez, se preguntó si las botas de los magos estaban fabricadas para ser ruidosas. No importaba lo suavemente que pisara, las duras suelas producían un repiqueteo que retumbaba en los silenciosos pasadizos. Lanzó un suspiro. Tan solo unas semanas atrás había disfrutado vagando por los pasadizos de la universidad. Ahora, se sentía verdaderamente aliviada al entrar por la puerta de la residencia del Gran Lord.

Un vago sonido llegó a sus oídos. Una risita, medio ahogada. Se detuvo al darse cuenta de que le habían bloqueado el camino hacia el corredor principal. Ellos, sin embargo, no sabían que los había oído. Si retrocedía y se escabullía por un portal hacia los pasadizos interiores, podría abrirse camino hasta el corredor desde otra dirección.

Giró sobre sus talones y se alejó a toda prisa.

—¡Corre, Sonea, corre! —Era la voz de Regin. Ruido de pasos y risas llenó el pasadizo.

Dobló una esquina de un salto, luego otra. Apareció una puerta familiar. Asió el pomo y se deslizó adentro. Sin esperar a ver si la seguían, cruzó apresuradamente el portal hasta la puerta de enfrente y corrió por el pasadizo que se extendía más allá. Oyó tras ella el apagado sonido de una puerta al cerrarse. Se internó como una exhalación en el primer pasadizo lateral.

Este giraba a la derecha, cruzaba otro y terminaba en una puerta. Había un aprendiz plantado delante de esta, con una sonrisa burlona en la boca.

Sonea se detuvo y miró al aprendiz con amargura. Así pues, ahora conocían los pasadizos interiores. La sonrisa del aprendiz se ensanchó y ella entornó los ojos. Obviamente había sido apostado allí para esperarla. Estaba solo, no obstante, y sería fácil reducirlo.

La sonrisa del muchacho se esfumó al advertir su expresión, y se hizo a un lado precipitadamente. Sonea franqueó la puerta, cruzó el cuarto y se internó de nuevo en los pasillos ordinarios. Cuando oyó que se abría una puerta en algún lugar tras ella, salió disparada. El corredor principal estaba tan solo a unos pocos recodos de distancia. Dobló una esquina, luego otra, y entonces se halló inmersa en una lluvia de fuego rojo.

No se había escudado, con la esperanza de conservar su fuerza lo máximo posible. Un dolor desgarrador le recorrió el cuerpo, y todo se volvió negro. Cuando su vista se aclaró, estaba tendida en el suelo y sentía un hombro magullado. Otro rayo de fuego la abrasó, imposibilitándole cualquier acción excepto la de apretar los dientes. Cuando cesó, sin embargo, se las arregló para escudarse.

Dio una vuelta rodando, se sentó sobre los pies y se levantó. Regin y otros cuatro aprendices estaban detrás de ella. Otros tres le bloqueaban el camino hacia el corredor principal. Llegaron dos más, y después otros tres. Trece aprendices. Más que nunca. Tragó saliva.

—Hola otra vez, Sonea. —Regin sonreía—. ¿Cómo es que seguimos topándonos el uno con el otro de esta forma?

Los aprendices rieron por lo bajo. Ahora ya no quedaba ningún rastro de duda en sus expresiones. No habían sido llamados a rendir cuentas por emboscarla y torturarla. Así pues, como Regin había predicho, quedaba demostrado que ella no se lo contaría a Akkarin.

Regin se llevó una mano al corazón.

—Qué cosa más extraña es el amor —dijo melancólicamente—. Creí que me odiabas, pero aquí estás, persiguiéndome por todas partes.

Uno de los aprendices le pasó una cajita de papel. Sonea frunció el ceño.

Envoltorios como ese por lo general contenían frutos secos azucarados, o dulces similares.

—¡Oh! ¡Un regalo! —dijo Regin, tirando de la tapa—. Algo para mostrarte mi aprecio hacia ti.

Dentro había cucuruchos de papel coloreado. A su nariz llegó en ráfagas un hedor que hizo que se le revolviere el estómago. Excrementos de harrel, supuso, o boñigas de reber. O ambas cosas. Regin sacó una.

—¿Quieres que te lo ponga en la boquita, como hacen los jóvenes amantes? —Lanzó una mirada a sus seguidores—. Pero parece que antes vosotros necesitaríais calentar un poco.

Cuando arremetió contra su escudo, los otros se le sumaron. El pánico le revolvió el estómago. Con tantos aprendices atacándola, no había opción alguna de aguantar más que ellos. Se volvió en dirección a los que le bloqueaban el camino hacia el corredor principal y empezó a empujar contra su ataque. Lentamente se replegaron, pero tras varios pasos sintió que se debilitaba. Los aprendices, sin embargo, no mostraban signos de cansancio.

Se detuvo. La última vez necesitó mucho tiempo para llegar a las puertas de la universidad arrastrándose. Habría deseado tener un poco más de energía, la suficiente para ser capaz de levantarse y andar. Para conservar algo de fuerza, podría dejar caer el escudo un poco antes, y fingir estar completamente agotada. Sí, eso quizá funcionara.

Pero al mirar a la caja de dulces, cambió de idea. Resistiría tanto como pudiera. Cuando se sintió desfallecer, decidió que se los escupiría a la cara.

Sintió que se le escurría la última gota de poder. En cuanto le falló el escudo, los azotes de paro golpearon su cuerpo y profirió un grito ahogado de dolor. Se le doblaron las rodillas y cayó al suelo. Cuando el fuego cesó por fin, abrió los ojos y vio a Regin en cuclillas delante de ella, arrugando el envoltorio del «dulce» entre los dedos.

—¿Qué está pasando aquí?

Los ojos de Regin se abrieron al máximo y su rostro adquirió una palidez mortal. Rápidamente cerró los dedos en torno al «dulce» y se irguió. Cuando se apartó, Sonea divisó al dueño de la voz y sintió el calor acumulándose en la cara. Lord Yikmo estaba de pie en el pasadizo, con los brazos cruzados.

—¿Y bien? —demandó.

Regin hizo una reverencia y los demás aprendices se apresuraron a imitar su ejemplo.

—Es solo un jueguito, milord —dijo.

—Un juego, ¿no? —repuso Yikmo, fulminándole con la mirada—. ¿Las reglas de este juego tienen prioridad sobre las leyes del Gremio? Luchar fuera de las clases o

de la Arena está prohibido.

—No estábamos luchando —dijo uno de los aprendices—. Solo jugando.

Yikmo entornó los ojos.

—¿De verdad? Pues estabais usando azotes de paro fuera de un combate, y sobre una jovencita indefensa.

Regin tragó saliva.

—Su escudo falló sin que nos diéramos cuenta, milord.

Lord Yikmo enarcó las cejas.

—Parece que no eres tan disciplinado ni tan diestro como declara lord Garrel. Estoy seguro de que lord Balkan coincidirá. —Los ojos de Yikmo estudiaron el grupo, tomando nota de las identidades—. Volved a vuestras habitaciones, todos.

Los aprendices se alejaron a toda prisa. Cuando lord Yikmo se volvió para mirarla, Sonea deseó haber tenido la fuerza necesaria para escabullirse mientras tenía puesta la atención en los aprendices. El guerrero parecía muy decepcionado. Se incorporó con esfuerzo sobre las piernas y se levantó de forma vacilante.

—¿Cuánto tiempo ha durado esto?

Sonea titubeó, sin querer admitir que ya había pasado antes.

—Una hora.

El mago sacudió la cabeza.

—Menuda estupidez por parte de esos aprendices. ¡Atacar a la predilecta del Gran Lord! Y en grupo, además. —La miró y lanzó un suspiro—. No te preocupes. No volverá a suceder.

—Por favor, no se lo cuente a nadie.

La contempló con el ceño fruncido. Sonea dio un paso adelante, y entonces el pasadizo empezó a girar, y ella se tambaleó. Una mano la sujetó por el brazo. Sintió en él el cosquilleo de una pequeña corriente de energía sanadora, pero tan pronto como hubo recuperado el sentido del equilibrio, se zafó de la mano de Yikmo.

—Dime, ¿contraatacaste?

Sonea negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

—¿De qué habría servido?

—De nada, pero la mayoría de las personas, cuando se ven superadas en número, devuelven el golpe por orgullo. Pero quizá te refrenaste por el mismo motivo.

Se quedó mirándola, expectante, pero ella apartó la vista y permaneció callada.

—Por supuesto, si hubieras alcanzado a uno o dos de los aprendices más débiles, podrías haberlos dejado tan extenuados como tú. Ese habría desalentado a los demás, al menos.

Sonea frunció el ceño.

—Pero no tenían escudos interiores. ¿Y si les hubiera herido?

El guerrero sonrió, complacido.

—Esa es la respuesta que quería oír. Aunque creo que en tu renuencia a atacar hay algo más que simple precaución.

Sonea sintió una llamarada de ira. Una vez más él la estaba presionando y pinchando, sacando a relucir su debilidad. Pero no era una lección. ¿No era suficiente con la humillación de haberla encontrado? Quería que la dejara en paz, y se le ocurrió la única cuestión que hacía estremecer a la mayoría de los magos.

—¿Estaría usted tan impaciente por atacar si hubiera visto a un chico morir a manos de los magos?

Su mirada no vaciló, sino que se agudizó.

—Oh —dijo—. Conque es eso.

Ella lo miró fijamente, horrorizada. ¿Convertiría la tragedia de la Purga en otra lección? Sintió que crecía su enfado, y supo que no sería capaz de contener su furia durante mucho más tiempo.

—Buenas noches, lord Yikmo —dijo haciendo rechinar los dientes. A continuación dio media vuelta y echó a andar a grandes zancadas hacia el corredor principal.

—¡Sonea! Vuelve.

Ella hizo caso omiso. El mago volvió a llamarla, con voz enfadada y autoritaria. Ignorando el cansancio de sus piernas, Sonea aceleró el paso.

Cuando llegó al corredor sintió que su ira decaía. El guerrero la haría arrepentirse por marcharse de forma tan grosera, pero por el momento le traía sin cuidado. Todo lo que anhelaba era una cama cálida y dormir durante días.

28. Un plano secreto

Al abrir la puerta, un torrente de luz intensa deslumbró a Lorlen. Se protegió del sol haciendo visera con una mano y salió tras Akkarin al tejado de la universidad.

—Tenemos compañía —observó Akkarin.

Siguiendo la mirada de su compañero, Lorlen divisó una figura solitaria con una túnica roja de pie junto a la barandilla.

—Lord Yikmo. —Lorlen frunció el ceño—. Balkan le habrá concedido acceso.

Akkarin emitió por lo bajo un sonido desaprobatorio.

—Hay tantas identidades grabadas en la puerta que me preguntó por qué nos molestamos en candelarla.

Echó a andar hacia el guerrero. Lorlen se apresuró a ir tras él, preocupado por que Akkarin pretendiera revocar a Yikmo el acceso al tejado.

—Balkan no le habría otorgado acceso si no le tuviera en gran consideración.

—Desde luego. Nuestro líder de guerreros sabe que sus métodos de enseñanza no son apropiados para todos los aprendices. Con certeza es consciente de que Yikmo desvía la atención de su propia debilidad.

Yikmo no se había percatado de su cercanía. El guerrero estaba inclinado sobre la barandilla; algo más abajo acaparaba toda su atención. Levantó la mirada cuando Akkarin estuvo a unos pocos pasos de distancia y se enderezó apresuradamente.

—Gran Lord. Administrador.

—Saludos, lord Yikmo —saludó Akkarin con amabilidad—. No te he visto aquí arriba antes.

Yikmo negó con la cabeza.

—Raramente subo; solo cuando necesito pensar. Había olvidado lo magníficas que son las vistas desde aquí.

Lorlen contempló los terrenos, y la ciudad a un lado. Paseó la mirada hasta los jardines y vio que unos cuantos aprendices se habían aventurado fuera para el descanso de enmedio. Aunque la nieve aún cubría el suelo, el sol anunciaba la inminente calidez primaveral.

Había una figura familiar muy cerca de ellos. Sonea estaba sentada en uno de los bancos del jardín, con la cabeza inclinada sobre un libro.

—La causa de mis meditaciones —admitió Yikmo.

—¿Está mejorando? —preguntó Akkarin.

—No tan rápidamente como había esperado... —Yikmo suspiró—. Todavía vacila al lanzar azotes. Estoy empezando a comprender por qué.

—¿Sí?

Yikmo torció la boca en una sonrisa.

—Es demasiado buena persona.

—¿En qué circunstancias?

—Le preocupa que pueda herir a alguien, incluso a sus enemigos. —Yikmo frunció el ceño y miró directamente al Gran Lord—. La noche pasada descubrí a Regin y a varios aprendices torturando a Sonea. La habían desgastado casi hasta la extenuación, y estaban usando azotes de paro.

Lorlen sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Azotes de paro —dijo entre dientes.

—Les recordé las reglas del Gremio, y los mandé a sus habitaciones.

Yikmo miró al Gran Lord con expresión expectante, pero Akkarin no respondió. Observó fijamente a Sonea, con una mirada tan intensa que Lorlen se preguntó cómo era posible que la chica no la sintiera.

—¿Cuántos aprendices había? —preguntó.

Yikmo apartó la mirada mientras repasaba.

—Doce o trece. Puedo identificar a la mayoría.

Akkarin asintió con la cabeza.

—No será preciso. No hay necesidad de llamar más la atención sobre el incidente.

—Su oscura mirada se volvió hacia el guerrero—. Gracias por informarme, Yikmo.

Yikmo hizo una pausa como si fuera a añadir algo más, después asintió y se alejó en dirección a la puerta. Cuando el guerrero desapareció, la mirada de Akkarin volvió a posarse sobre Sonea. Esbozó una sutil sonrisa.

—Doce o trece. Su fuerza aumenta rápidamente. Recuerdo a un aprendiz en mi clase cuyo poder creció a un ritmo semejante.

Lorlen contempló a Akkarin atentamente. Bajo la brillante luz del sol, la piel pálida del Gran Lord tenía un aspecto enfermizo. Una sombra se extendía bajo sus ojos, pero tenía una mirada perspicaz.

—Por lo que yo recuerdo, tú progresaste igual de rápido.

—A menudo me he planteado si habría sido así de no haber estado constantemente intentando ser mejor que el otro.

Lorlen se encogió de hombros.

—Probablemente.

—No sé. Quizá la rivalidad fue beneficiosa para nosotros.

—¿Beneficiosa para nosotros? —Lorlen soltó una carcajada breve—. Beneficiosa para ti. Créeme, no hay nada bueno en ser segundo. A tu lado, bien podría haber sido invisible, al menos en lo que a las damas se refiere. Si hubiera sabido que ambos terminaríamos solteros, no habría estado tan celoso de ti.

—¿Celoso? —La sonrisa de Akkarin se desvaneció. Se volvió y oteó el horizonte—. No. No tienes que estar celoso.

La respuesta fue casi inaudible, tanto que el administrador dudó si realmente la

había oído. Lorlen abrió la boca para preguntar por qué no debería estarlo, pero la mirada de Akkarin se había desplazado a la atalaya en ruinas.

—¿Cómo van los planes de Davin para la atalaya?

Lorlen dejó escapar un suspiro, ignoró la pregunta y centró su mente de nuevo en los asuntos del Gremio.

A primera hora de la tarde, Dannyl y Tayend ya habían dejado atrás la última de las ruinosas casas de las afueras de Capia. Granjas y huertos cubrían las colinas formando cuadrados de distintos verdes. Ocasionalmente una parcela de tierra recién removida salpicaba de marrón rojizo aquella cuadrícula.

Los caballos caminaban al paso a un ritmo relajado. Los sirvientes se habían adelantado para anunciar su llegada en la primera parada, el hogar de la hermana de Tayend. Dannyl respiró hondo y suspiró con satisfacción.

—Es bueno volver a viajar, ¿verdad? —dijo Tayend.

Dannyl miró sorprendido a su compañero.

—¿Estabas realmente deseándolo?

—Sí. ¿Por qué no debería?

—Había pensado que nuestro último viaje te había disuadido de emprender más.

Tayend se encogió de hombros.

—Tuvimos algunas experiencias desagradables, pero no todo fue malo. Esta vez permaneceremos dentro de las fronteras de Elyne, y en tierra firme.

—Estoy seguro de que podremos encontrar un lago o un río donde alquilar un bote, por si echas en falta esa sensación de aventura que anhelabas.

—Husmear en las bibliotecas de otras personas será suficiente aventura —dijo Tayend con firmeza. Escudriñó el horizonte y entornó los ojos—. Me preguntó qué Dem tendrá los libros que buscamos.

—Si alguno de ellos los tiene. —Dannyl alzó los hombros—. Por lo que sabemos, Akkarin pudo haber visitado a un Dem en cualquier otra parte, y viajó a las montañas por un motivo completamente distinto.

—Pero ¿adónde fue después? —Tayend echó un vistazo a Dannyl—. Eso es lo que más me intriga. Sabemos que Akkarin viajó a las montañas. Después de eso no hay ninguna mención de él. Ni en los registros de la ciudad, ni en los recuerdos de la gente. Dudo que pudiera haber vuelto a Capia en secreto, y además eso ocurrió varios años antes de regresar al Gremio. ¿Se quedó en las montañas todo el tiempo? ¿Las recorrió, hacia el norte o hacia el sur? ¿O las atravesó?

—¿Adentrándose en Sachaka?

—Tendría sentido. El Imperio sachakano no se remonta a tiempos tan remotos para llamarlo ancestral, pero era una sociedad extremadamente mágica, y puede que hallara referencias a culturas incluso más antiguas.

—Tenemos mucho material en nuestras bibliotecas sobre ese imperio —dijo Dannyl—. Pero dudo que quede algo por encontrar en Sachaka. Lo que el Gremio no se llevó tras la guerra lo destruyó.

Tayend levantó las cejas.

—Qué amable de su parte.

Dannyl se encogió de hombros.

—Eran tiempos distintos. El Gremio estaba recién formado, y tras los horrores de la guerra los magos estaban resueltos a prevenir otra. Sabían que si permitían que los magos sachakanos conservaran sus conocimientos de magia, estallarían guerras interminables entre los dos países, por venganza.

—Por lo que lo convirtieron en un páramo.

—Parcialmente. Más allá hay suelo fértil, granjas y pueblos. Y está Arvice, la capital.

Tayend frunció el ceño.

—¿Crees que Akkarin fue allí?

—Nunca he sabido de nadie que lo mencionara.

—Pero si visitó Sachaka, ¿por qué guardárselo para sí? —Tayend hizo una pausa para reflexionar—. Quizá pasó allí todos aquellos años investigando el Imperio sachakano y no encontró nada, y luego le resultó demasiado embarazoso admitirlo. O... —Tayend sonrió—. Quizá pasó el tiempo ocioso y no quiso admitirlo... o hizo algo que el Gremio no aprobaría... o se enamoró de alguna joven sachakana, se casó con ella y juró que nunca regresaría, pero entonces ella murió, o lo abandonó, y...

—No nos dejemos llevar por las conjeturas, Tayend.

Tayend sonrió burlonamente.

—O quizá se enamoró de un joven muchacho sachakano, y al final fue descubierto y expulsado del país.

—Es el Gran Lord de quien estás hablando, Tayend de Tremmelin —dijo Dannyl con severidad.

—¿Te ofende que sugiera tal cosa? —Había un rastro de desafío en el tono de voz del académico. Dannyl le respondió con la misma mirada.

—Aunque esté indagando un poco en su pasado como ayuda a mi investigación, Tayend, eso no significa que no rinda respeto a su persona o a su posición. Si algo fuera una ofensa para él, o su posición se viera amenazada por la sospecha, entonces le pondría freno.

—Ya veo. —Tayend bajó la mirada a las riendas, con expresión sombría.

—Pero de todas formas —agregó Dannyl—, lo que sugieres es imposible.

Tayend sonrió maliciosamente.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque Akkarin es un mago poderoso. ¿Expulsado a la fuerza de Sachaka? ¡Ja!

¡Inconcebible!

El académico se echó a reír y sacudió la cabeza. Después de permanecer callado durante un rato, frunció el ceño.

—¿Qué haremos si averiguamos que Akkarin viajó a Sachaka? ¿Iremos también?

—Hummm. —Dannyl se volvió y siguió hacia atrás la carretera con la mirada. Capia había desaparecido tras las ondulantes colinas—. Eso depende del tiempo que necesite para cumplir con mis obligaciones como embajador del Gremio.

Cuando oyó a Errend quejarse de su inminente gira bianual por el país, Dannyl se había ofrecido a ocupar su lugar, pensando que sería una oportunidad ideal para dejar Capia y continuar su investigación sin generar interrogantes sobre si eludía sus responsabilidades. Errend se había mostrado encantado.

Para desgracia de Dannyl, se había enterado de que recorrería el país entero serpenteándolo, lo cual le exigiría pasar semanas en lugares donde no había bibliotecas privadas, y de que no partiría hasta el verano. Impaciente por empezar, Dannyl había persuadido a Errend para organizar antes el viaje, pero no hubo modo de omitir ni uno solo de los destinos marcados en el mapa de ruta.

—¿Y qué harás exactamente? —preguntó Tayend.

—Presentarme a los Dem del país, controlar a los magos, y confirmar el potencial mágico de los niños que el rey enviará al Gremio. Espero que no encuentres todo esto muy aburrido.

Tayend se encogió de hombros.

—Podré curiosear las bibliotecas privadas. Eso compensa diez viajes. Y me da la oportunidad de visitar a mi hermana.

—¿Cómo es ella?

El rostro de Tayend se iluminó con una sonrisa radiante.

—Maravillosa. Creo que dedujo que era un doncel antes que yo. Te gustará, creo, aunque tiene una forma de ir al grano que es bastante desconcertante. —Señaló hacia un punto de la carretera—. ¿Ves aquella hilera de árboles en la colina, más adelante? Allí es donde comienza el camino hasta su propiedad. Vamos. No sé tú, pero yo estoy hambriento.

Tayend espoleó su caballo, y al mismo tiempo Dannyl sintió que su propio estómago rugía. Miró hacia los árboles que Tayend le había indicado y picó suavemente los flancos de su montura con las botas. Pronto salieron de la carretera, pasaron bajo un arco de piedra y cabalgaron hacia una hacienda distante.

Al regresar a la biblioteca tras su lección nocturna, Sonea se fijó en las sombras bajo los ojos de Tya.

—¿Se quedó hasta muy tarde la pasada noche, milady?

La bibliotecaria asintió con la cabeza.

—Cuando llegan estas entregas, no tengo más remedio. No hay otro momento para ordenarlas. —Se le escapó un bostezo, y luego sonrió—. Gracias por venir a ayudarme.

Sonea le quitó importancia con un ademán.

—¿Estas cajas son también para la biblioteca de los magos?

—Sí. Nada demasiado apasionante. Solo más libros de texto.

Cogieron una pila de cajas cada una y se pusieron en camino por los pasillos. Lord Jullen alzó las cejas cuando Sonea siguió a Tya al interior de la biblioteca de los magos.

—Conque ya has encontrado a un asistente —comentó—. Creía que Lorlen denegó la petición.

—Sonea se ha ofrecido por voluntad propia.

—¿No deberías estar estudiando, Sonea? Se supone que la aprendiz del Gran Lord tiene mejores cosas que hacer que acarrear cajas.

Sonea miró a su alrededor, manteniendo una expresión neutral.

—¿Puede usted sugerir un lugar mejor para pasar mi tiempo libre, milord?

El bibliotecario contrajo los labios y luego resopló.

—Mientras no sea más que tiempo libre... —Miró a Tya—. Ya me retiro. Buenas noches.

—Buenas noches, lord Jullen —respondió Tya.

Cuando el severo mago se hubo marchado, Tya se dirigió al almacén. Sonea se echó a reír.

—Creo que tiene envidia.

—¿Envidia? —Tya se volvió y frunció el ceño—. ¿De qué?

—De que usted tenga una ayudante. La aprendiz del Gran Lord, nada menos.

La mujer alzó una ceja.

—Te atribuyes un gran valor.

Sonea hizo una mueca.

—No fue por elección mía. Pero apostaría a que a Jullen le fastidia un poco que usted tenga una ayudante tan voluntariosa.

Tya apretó la boca, como si estuviera resistiendo el impulso de sonreír.

—Aprende, pues. Si deseas ser de alguna ayuda, no te quedes ahí especulando.

Sonea siguió a Tya al cuarto trasero, depositó las cajas encima de un arcón y empezó a desempaquetarlas. Resistió la tentación de mirar la vitrina de los libros y mapas antiguos, y en su lugar se concentró en la tarea de colocar y ordenar. Tya en varias ocasiones hizo una pausa para bostezar.

—¿Hasta cuándo se quedó anoche? —preguntó Sonea.

—Hasta muy tarde —admitió Tya.

—¿Por qué no me deja a mí hacer esto?

Tya le dirigió una mirada incrédula.

—Verdaderamente tienes mucha energía, Sonea —dijo tras un suspiro—. No debería dejarte aquí sola... y te quedarás encerrada dentro. Tendré que volver para dejarte salir.

Por lo visto, a Sonea no le importaba.

—Estoy segura de que no se olvidará de mí. —Bajó la mirada a los libros—. Puedo ayudar con esto, pero no con el trabajo de catalogación. Usted bien podría volver y terminarlo.

Tya asintió lentamente.

—Muy bien. Vendré a buscarte en una hora. —Sonrió—. Gracias, Sonea.

La muchacha acompañó a la bibliotecaria hasta la puerta y la observó alejarse. Sintió una creciente excitación mientras los pasos de Tya se perdían en la distancia. Se dio la vuelta y contempló la biblioteca. El polvo suspendido en el aire emitía un matiz amarillento por el resplandor de su globo de luz. Las estanterías de libros se adentraban en la oscuridad, como si se extendieran interminablemente.

Sonriendo para sí misma, regresó al almacén y colocó los libros de texto lo más rápidamente posible. Contaba los minutos, consciente de que solo tenía una hora. Una vez que las cajas estuvieron desempaquetadas, las abandonó y se acercó a la vitrina.

Examinó la cerradura detenidamente, tanto con los ojos como con la mente. Tya había hablado de un candado, y era razonable que una importante reserva de conocimiento estuviera protegida con magia. La inspección confirmó sus sospechas.

Aunque la cerradura física no era más complicada que cualquiera de las que había forzado anteriormente, no tenía ni idea de si sería posible sortear un candado mágico. Incluso si lo lograba, la intrusión podría ser detectable, y el intruso identificado.

Cuando Cery le enseñó a forzar cerraduras, también le dijo que buscara antes otra alternativa. A veces había formas más rápidas de penetrar en algo sin forzarlo. Buscó las bisagras de las puertas, y maldijo en voz baja cuando reparó en que estaban por dentro de la vitrina.

Empezó a examinar el mueble entero, inspeccionando detenidamente las uniones y los bordes. La vitrina era antigua, pero robusta y bien fabricada. Arrugó la boca pensativamente, luego fue a por una silla y se subió para comprobar la parte superior del armario. Ningún punto débil allí, tampoco. Lanzó un suspiro y bajó otra vez al suelo.

Eso solo dejaba la parte trasera y la base. Para mirar debajo, tendría que elevarla con magia, y luego arrastrarse para examinar el fondo. Aunque se había recobrado lo suficiente del agotamiento de la noche anterior para abordar las lecciones, no estaba segura de si podría levantar la vitrina y mantenerla suspendida. ¿Estaba de verdad tan desesperada por encontrar el mapa?

Escudriñó los libros y manuscritos enrollados a través del cristal. Una fina hoja de

crystal y una malla era todo lo que la separaba de una posible vía para escapar de Regin. Se mordió el labio con frustración.

Entonces notó algo raro en la madera de la pared trasera.

Distinguió dos líneas descendiendo a lo largo, demasiado rectas para ser resquebrajaduras naturales de la madera. Era evidente que la pared del fondo de la vitrina no estaba hecha con una sola lámina de madera. Se agachó un poco y verificó si las líneas se prolongaban hasta la base. No.

Se pegó a un lado de la vitrina y miró por el resquicio entre el mueble y la pared. Iluminó el estrecho hueco con un globo de luz diminuto y descubrió una cosa extraña.

Algo del tamaño aproximado de un libro de texto, pero de madera, estaba acoplado a la pared trasera de la vitrina.

Dio un paso atrás, respiró hondo, y extendió su poder lentamente hacia fuera y alrededor de la vitrina, procurando que su magia no tocara la de la cerradura. Doblegando su voluntad con la máxima delicadeza posible y levantó la vitrina, que se balanceó ligeramente al elevarse. Con el ceño fruncido por la concentración, la separó de la pared, la giró como si fuera una puerta y con cuidado volvió a depositarla en el suelo. Unos cuantos farenes alarmados huyeron de sus redes en todas direcciones.

Sonea dejó escapar el aliento, y notó que el corazón le latía con celeridad. Si alguien descubría lo que estaba diciendo en ese momento, no habría paz para ella. Al mirar a través del cristal, comprobó aliviada que ninguno de los contenidos de la vitrina estaba fuera de su sitio. Rodeó el mueble y descubrió que el objeto acoplado detrás de la vitrina no era más que una pequeña pintura. Echó una mirada a la parte trasera del mueble y del asombro se le cortó la respiración.

Allí habían recortado un pequeño cuadrado. Deslizó las uñas por la ranura y el cuadrado de madera se desprendió con facilidad, revelando manuscritos y unos pocos libros.

El corazón le latía desbocado. Dudó, recelosa, si meter la mano. Alguien había practicado aquel agujero. ¿Había estado allí todo el tiempo? ¿O alguien lo había recortado después, para poder coger algo inadvertidamente? Sus sentidos no detectaron ninguna barrera sobre el agujero, ni ninguna otra forma de magia. Deslizó una mano dentro y con delicadeza tiró de uno de los rollos.

Era un plano del alojamiento de los magos. Lo inspeccionó con atención, pero no encontró señalado ningún pasadizo oculto. Volvió a ponerlo en su sitio y extrajo otro. Esta vez era un plano que detallaba los alojamientos de los aprendices. Tampoco había allí pasadizo secreto alguno.

El tercer rollo que sacó mostraba un mapa de la universidad, y su pulso se aceleró. Pero no había marcado nada misterioso o inusual. Decepcionada, Sonea lo dejó en su sitio. Estaba a punto de coger otro cuando algo atrajo su mirada.

Sobresaliendo de entre las páginas de un libro había un trozo de papel. Presa de la curiosidad, sacó con cuidado el libro de entre los dos contiguos.

—*Las magias del mundo* —leyó en voz alta. Era uno de los primeros textos usados en la clase de historia. Bajo el título aparecía escrito en tinta desteñida: «Copia del Gran Lord».

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. De repente quiso dejar el libro, volver a poner la vitrina en su sitio y salir de la biblioteca lo más rápido posible. Respirando hondo, arrinconó sus miedos. La biblioteca estaba cerrada. Incluso aunque regresaran Jullen o Tya, los oiría llegar. Tendría que moverse rápido, pero probablemente le daría tiempo a volver a colocar la vitrina en su sitio antes de que entraran en el almacén.

Abrió el libro por donde estaba la tira de papel, estudió las páginas y reconoció parte del texto. Nada extraño o inusual señalaba el marcador. Se encogió de hombros y dejó el punto de libro de nuevo sobre la página.

Entonces le dio un vuelco el corazón. Había tres minúsculos croquis de la universidad, hechos a mano, en la tira de papel, uno de cada piso. Al mirar más de cerca, sintió una oleada de emoción. En otros planos, las paredes eran líneas gruesas; en este eran huecas, y tenía puertas señaladas en lugares donde ella sabía que no había ninguna. Dentro de las paredes habían trazado unas pequeñas cruces misteriosas. El tercer croquis, el de la planta baja, mostraba una telaraña de pasadizos fuera de los muros de la universidad.

¡Lo había encontrado! Un plano de los pasadizos bajo la universidad. O, de forma más precisa, un plano de pasadizos por toda la universidad.

Agarró el plano y se apartó de la vitrina. ¿Debería llevárselo? ¿O lo echaría alguien en falta? Quizá podría hacer una copia. ¿Cuánto tiempo le quedaba? ¿Sería capaz de memorizarlo?

Observó el plano y recorrió los pasadizos con los ojos. Se percató de un pequeño símbolo dibujado en uno de los muros interiores próximo a la biblioteca de los magos. Al mirar más de cerca, se dio cuenta de que se trataba de la pared junto a la que estaba, señalando un lugar aproximadamente...

Se volvió y miró con atención la pintura que colgaba detrás de la vitrina.

«¿Por qué colgar una pintura detrás de un mueble?»

Sonea asió el cuadro, lo levantó, y entonces contuvo el aliento.

Un esmerado agujero cuadrado había sido practicado en la pared. Cuando escudriñó adentro, vio el correspondiente cuadrado de luz que iluminaba un muro de piedra más allá, a una distancia de un brazo.

Apresuradamente, dejó caer la pintura. Su corazón latía con fuerza. Aquello no era una coincidencia. Quienquiera que hubiera practicado ese agujero lo había hecho para alcanzar la vitrina.

Quizá lo habían abierto hacía siglos. O quizá recientemente. Al mirar de nuevo el

plano, comprendió que no podría memorizarlo, y ahora que sabía que alguien podría volver y echarlo en falta, no se atrevía a llevárselo. Pero no podía irse con las manos vacías. Quizá no se le volviera a presentar una oportunidad para acceder a la vitrina.

Corrió al escritorio de lord Jullen, y encontró una hoja fina de papel, una pluma y el tintero. Colocó el papel sobre el plano y empezó a trazar líneas tan rápido como pudo. Tenía la boca seca, la respiración entrecortada. Le pareció que le llevaba demasiado tiempo, pero finalmente acabó. Dobló el diseño y se lo metió en un bolsillo de la túnica.

Solo entonces percibió el tenue sonido de unos pasos que se aproximaban a la biblioteca. Maldiciendo en voz baja, limpió precipitadamente la pluma de Jullen y la guardó. Corrió al almacén, volvió a colocar el plano en el libro y lo devolvió a la estantería. Mientras insertaba el cuadrado de madera en su sitio, oyó que los pasos se detenían ante la puerta de la biblioteca. Se apartó de la pared en una suerte de danza y enfocó su mente en la vitrina.

«Con calma.»

Respiró hondo, la levantó y la movió hasta la pared.

La puerta de la biblioteca se cerró con un clic.

—¿Sonea?

Se dio cuenta de que temblaba, y decidió que no podía confiar en su voz.

—¿Mmmm? —respondió.

Tya apareció en la entrada del almacén.

—¿Has terminado?

Sonea asintió con la cabeza, al tiempo que recogía las cajas vacías.

—Lamento haber tardado tanto. —Tya la miró con el ceño fruncido—. Pareces un poco... agitada.

—Esto es un poquito espeluznante —admitió Sonea—. Pero estoy bien.

Tya sonrió.

—Sí, puede llegar a serlo. Pero, gracias a ti, está todo acabado y podemos por fin ir a dormir.

Mientras Sonea salía de la biblioteca tras Tya, puso una mano sobre el bolsillo donde escondía el plano, y esbozó una sonrisa.

29. Una revelación

Sonea respiró hondo cuando entró en la sala de entrenamiento de Yikmo. Con la mirada baja, se detuvo justo tras franquear la puerta.

—Milord —empezó a decir—. Le pido perdón por haberle desobedecido la otra noche. Usted me ayudó y yo fui descortés.

Yikmo guardó silencio durante un instante, y luego se echó a reír.

—No tienes que pedir perdón por eso, Sonea.

La joven levantó la mirada y vio con alivio que el profesor sonreía. Yikmo señaló una silla y ella se sentó, obedientemente.

—Tienes que entender que esto es lo que yo hago —le explicó—. Cojo aprendices que tienen dificultades con el entrenamiento en habilidades de guerrero y averiguo por qué. Sin embargo, menos en tu caso, en todos los demás los aprendices han venido buscando mi ayuda por voluntad propia. Cuando comprenden que voy a sacar a relucir asuntos personales que podrían ser la causa de sus problemas, tienen tres opciones: aceptar mi método de enseñanza, buscar a otro profesor o elegir otra disciplina.

»Pero tú... Tú estás aquí solo porque tu tutor lo desea. —La miró directamente—. ¿Tengo razón?

Sonea asintió.

—Es difícil que guste algo en lo que no se es bueno. —El mago seguía observándola directamente—. ¿Quieres ser mejor en esta disciplina?

La chica se encogió de hombros.

—Sí.

El profesor entornó los ojos.

—Sospecho que estás diciendo solo lo que crees que deberías decir, Sonea. No repetiré tu respuesta a tu tutor, si eso es lo que temes. No te miraré mal si dices que no. Medita bien la cuestión. ¿Deseas realmente dominar este arte?

Sonea apartó la mirada y pensó en Regin y en sus seguidores. Quizá si lo que Yikmo le enseñaba la ayudaba a defenderse... Pero con tantos aprendices aliados en su contra, ¿de qué servían la habilidad y la estrategia?

¿Había alguna otra razón para mejorar? Ciertamente, no le importaba recibir la aprobación del Gran Lord, e incluso aunque llegara a ser tan competente como Yikmo o Balkan, nunca tendría la fuerza necesaria para luchar contra Akkarin.

Pero algún día el Gremio podría descubrir la verdad sobre el Gran Lord. Quería estar allí para prestar su fuerza en la batalla. Las posibilidades de derrotarle se incrementarían solo si también era buena en habilidades de guerrero.

Se irguió. Sí, esa era una buena razón para mejorar en esa disciplina. Tal vez no

disfrutara en las clases de habilidades de guerrero, pero si servían para ayudar al Gremio a derrocar a Akkarin algún día, debería aprender todo lo que pudiera.

Levantó la mirada hacia Yikmo.

—Si es difícil que guste algo en lo que no se es bueno, ¿me gustará más cuando sea mejor?

El guerrero esbozó una amplia sonrisa.

—Sí. Te prometo que sí. Aunque no todo el tiempo. Todos tenemos que sufrir alguna derrota de vez en cuando, y no conozco a nadie que disfrute con eso. —Hizo una pausa, y adoptó una expresión sombría—. Pero primero tenemos que atender algunos asuntos más peliagudos. Tienes muchas debilidades que superar, y la mayoría de ellas las ocasionó lo que presenciaste durante la Purga. El miedo a matar te ha hecho reacia a utilizar azotes, y saber que eres más fuerte que los otros te hace incluso más cauta. Tienes que aprender a confiar en ti. Tienes que conocer los límites de tu fuerza y de tu Control. He ideado algunos ejercicios que te ayudarán. Esta tarde tenemos la Arena a nuestra disposición.

Sonea lo miró sorprendida.

—¿La Arena?

—Sí.

—¿Solo para mí?

—Toda para ti, y para tu profesor, desde luego. —Dio un paso hacia la puerta—. Vamos, pues.

Sonea se levantó y le siguió afuera de la habitación y por el pasillo.

—Pero la Arena la utilizan las otras clases a diario, ¿no?

—Sí —respondió Yikmo—. Pero he convencido a Balkan para que busque otra cosa que hacer con su clase esta tarde. —La miró sonriendo—. Algo divertido que los lleve fuera del Gremio, para que no se sientan contrariados por tu intrusión.

—¿Qué van a hacer?

El profesor soltó una risita.

—Hacer saltar por los aires piedras en una vieja cantera.

—¿Qué aprenderán con eso?

—A respetar el potencial destructivo de sus poderes. —Se encogió de hombros—. También ayuda a recordarles el daño que pueden causar a su entorno si alguna vez luchan fuera de la Arena.

Alcanzaron el corredor principal y continuaron hasta la escalera trasera. Cuando dejaron el edificio y echaron a andar por el camino hacia la Arena, Sonea miró las ventanas de la universidad. Aunque no vio ninguna cara, de repente fue consciente de que su lección «privada» no iba a ser en absoluto privada.

Descendieron hasta el pórtico de la Arena, atravesaron la oscuridad y salieron de nuevo a la luz del sol. Yikmo señaló hacia los alojamientos de los sanadores.

—Envía un azote contra la barrera.

Sonea frunció el ceño.

—¿Solo... un azote?

—Sí.

—¿De qué tipo?

El mago agitó una mano en señal de indiferencia.

—Cualquiera. No importa. Solo lanza un azote.

Respirando hondo, enfocó su voluntad y envió un azote de fuego hacia el escudo invisible. Cuando lo golpeó, cientos de finos haces de energía ondularon propagándose entre las agujas curvadas de la Arena. El aire vibró con un apagado tintineo.

—Otro azote, pero más fuerte.

En esta ocasión los rayos cubrieron por entero la barrera abovedada. Yikmo sonrió y asintió.

—No está mal. Ahora pon toda tu fuerza en él.

El poder relampagueó a través de y fuera de ella. Fue una sensación estimulante. El escudo emitió un chisporroteo luminoso y Yikmo rió entre dientes.

—Ahora libera toda tu fuerza, Sonea.

—Creí que lo había hecho.

—No lo creo. Imagina que todo lo que te importa depende de un solo esfuerzo inmenso. No te contengas.

Asintiendo, imaginó a Akkarin delante de la barrera. Dibujó mentalmente a Rothen de pie a su lado, el blanco del inmenso poder de Akkarin.

«No te contengas», se dijo mientras daba rienda suelta a su magia.

La barrera de la Arena irradió un brillo tan intenso que Sonea tuvo que protegerse los ojos. Aunque el tintineo no subió de volumen, sus oídos vibraron con el sonido. Yikmo, aunque no lo exteriorizó, estaba muy satisfecho.

—¡Ahora sí! Hazlo otra vez.

Sonea lo miró.

—¿Otra vez?

—Más fuerte, si puedes.

—¿Y qué pasa con la barrera de la Arena?

El guerrero se echó a reír.

—Haría falta mucho más que eso para romper la barrera de la Arena. Ha sido fortalecida por magos durante siglos. Espero ver los soportes al rojo vivo al final de esta lección, Sonea. Vamos, lanza otra descarga.

Tras varios azotes más, Sonea se dio cuenta de que empezaba a disfrutar. Aunque arremeter contra la barrera no representaba ningún reto, suponía un alivio ser capaz de enviar azotes sin preocuparse de precauciones o restricciones. Cada azote, sin

embargo, era un poco más débil, y pronto lo único que logró fue expedir unos pocos haces de luz por la barrera.

—Eso será suficiente, Sonea. No quiero que caigas dormida en tu próxima clase.
—La miró inquisitivamente—. ¿Cómo te sientes respecto a esta lección?

La chica sonrió.

—No fue tan dura como las habituales tuyas.

—¿Disfrutaste?

—Supongo.

—¿En qué sentido?

Sonea frunció el ceño, y luego reprimió una sonrisa.

—Es como... ver lo rápido que puedes correr.

—¿Algo más?

No podía contarle que había imaginado que reducía a Akkarin a cenizas. Pero el profesor había notado su titubeo. ¿Algo similar, entonces? Levantó la mirada hacia él y sonrió maliciosamente.

—Es como tirar piedras a los magos.

Lord Yikmo enarcó las cejas.

—¿Lo es de verdad? —Se dio media vuelta y le hizo señas para que le siguiera hasta el portal de la Arena—. Hoy hemos probado tus límites, pero no de una forma que mida tu fuerza contra otros. Eso será el siguiente paso. Cuando conozcas cuánta energía puedes usar contra otro sin peligro, entonces eso debería eliminar tus dudas antes de enviar azotes. —Permaneció en silencio un instante—. Han pasado dos días desde que Regin te agotó. ¿Ayer estuviste cansada?

—Un poco, por la mañana.

El mago asintió lentamente.

—Vete pronto a la cama esta noche, si puedes. Necesitarás toda tu fuerza mañana.

—Y bien, ¿qué opinas de mi hermana?

Al ver que Tayend exhibía una amplia sonrisa burlona, Dannyl soltó una risita.

—Rothen diría que habla sin rodeos.

—¡Ja! —replicó Tayend—. Eso es quedarse corto.

Mayrie de Porreni era tan sincera como atractivo su hermano, aunque ambos eran delgados y de huesos finos. La mujer era directa y tenía un atrevido sentido del humor que hacía que cayera bien.

En la propiedad, que administraba su marido, se criaban caballos, se cultivaban alimentos y se producían vinos que eran muy demandados en todas las Tierras Aliadas. La casa era una amplia mansión de una sola planta rodeada por una veranda. Tras la cena, Tayend había cogido una botella de vino y unas copas, y llevado a Dannyl afuera, bajo la veranda, donde había dispuestas unas sillas para poder

contemplar los viñedos.

—¿Y dónde está su esposo, Orrend? —preguntó Dannyl.

—En Capia —dijo Tayend—. Mayrie dirige todo aquí. Él sólo viene de visita una vez cada varios meses. —Miró a Dannyl y bajó la voz—. No se llevan muy bien. Padre la casó con quien decidió que era apropiado para ella. Pero, como siempre, la Mayrie que él tiene en su mente es muy distinta a la Mayrie real.

Dannyl asintió. Había notado lo tensa que se había puesto Mayrie cuando uno de los comensales mencionó el nombre de su marido.

—Pero claro, el hombre que mi hermana habría escogido de no haberse concertado su matrimonio habría sido un error aún mayor —agregó Tayend—. Lo admitirá un día de estos. —Soltó un leve suspiro—. Todavía estoy esperando a que mi padre elija para mí alguna mujer apropiadamente desastrosa.

Dannyl frunció el ceño.

—¿Haría eso a estas alturas?

—Probablemente. —El académico jugueteó con la copa; entonces bruscamente levantó la mirada—. Nunca te lo he preguntado antes, pero ¿tienes a alguien esperándote en Kyralia?

—¿Yo? —Dannyl negó con la cabeza—. No.

—¿Ninguna dama? ¿Ninguna enamorada? —Tayend parecía sorprendido—. ¿Por qué no?

Dannyl se encogió de hombros.

—Nunca he tenido tiempo. Demasiadas cosas que hacer.

—¿Como cuáles?

—Mis experimentos.

—¿Y...?

Dannyl se echó a reír.

—No sé. Cuando me remonto al pasado, me pregunto cómo logré llenar mi tiempo. Ciertamente no asistiendo a esas reuniones de la corte que parecen concebidas para pescar una esposa o un esposo. Estas no atraen al tipo de mujer en que estoy interesado.

—¿En qué tipo de mujer estás interesado?

—No lo sé —confesó Dannyl—. Nunca conocí a ninguna que me interesara lo suficiente.

—Pero ¿qué hay de tu familia? ¿No han intentado buscarte una esposa apropiada?

—Lo hicieron una vez, años atrás —dijo Dannyl soltando un suspiro—. Ella era una muchacha muy agradable, y yo tenía previsto seguir adelante con el matrimonio solo para contentar a mi familia. Pero un día decidí que no podía hacerlo, que prefería quedarme solo y sin hijos que casarme con alguien por quien no sentía afecto. Me parecía más cruel hacer eso que rechazar el matrimonio.

Tayend arqueó las cejas.

—Pero ¿cómo escapaste? Pensaba que los padres kyralianos concertaban las uniones de sus hijos.

—Sí, lo hacen —dijo Dannyl riendo entre dientes—, pero los magos tienen el privilegio de no aceptar un matrimonio concertado. Yo no me negué categóricamente, pero encontré un modo de persuadir a mi padre para que cambiara de idea. Supe que esa chica admiraba a otro joven caballero, así que me cercioré de que ocurrieran ciertos sucesos que convencieron a todos de que aquella era una unión mejor. Yo desempeñé el papel del pretendiente decepcionado, y todo el mundo sintió lástima por mí. Ella es bastante feliz, por lo que me han contado, y ha tenido cinco hijos.

—¿Y tu padre no concertó otro enlace?

—No. Decidió que... ¿cómo lo expresó? Ah, que si me oponía, mientras no escandalizara a la familia escogiendo a una sirvienta de clase baja, me dejaría en paz.

Tayend suspiró.

—Parece que sacaste más partido de ese episodio que el simple hecho de ser capaz de elegir a tu esposa. Mi padre nunca aceptó mis elecciones. En parte porque soy su único hijo, por lo cual le preocupa que no haya ningún heredero después de mí. Pero sobre todo, desapruaba mis... bueno... mis inclinaciones. Cree que estoy siendo terco, que me encantan las perversidades, como si solo se tratara de satisfacción física. —Frunció el ceño y después vació su copa—. No es así, en caso de que te lo estés preguntando. Yo no soy así, al menos. Existe una... una convicción en mi fuero interno sobre lo que considero natural y correcto que es tan fuerte como su propia convicción sobre lo que es natural y correcto. He leído libros sobre épocas y lugares donde ser un doncel era tan común como ser... no sé, músico, o espadachín. Yo... estoy despotricando, ¿verdad?

Dannyl sonrió.

—Un poco.

—Lo siento.

—No te disculpes —dijo Dannyl—. Todos necesitamos despotricar un poco de vez en cuando.

Tayend soltó una risita y asintió.

—Sí, efectivamente. —Suspiró—. Bueno, es suficiente por ahora.

Miró hacia los campos iluminados por la luna; el silencio se desplegaba confortablemente entre ellos. De repente Tayend dio un hondo suspiro. Se puso en pie de un salto y entró a toda prisa en la casa, tambaleándose un poco por el efecto del vino. Preguntándose qué habría causado la repentina marcha de su amigo, Dannyl consideró ir tras él, pero decidió esperar y ver si regresaba.

Mientras se servía otra copa de vino, Tayend volvió a aparecer.

—Mira esto.

El académico extendió uno de los dibujos de la tumba sobre el regazo de Dannyl, y luego le alargó un enorme libro. Una de las páginas mostraba un mapa de las Tierras Aliadas y los países vecinos.

—¿Qué estoy mirando? —preguntó Dannyl.

Tayend señaló una fila de jeroglíficos en la parte superior del dibujo de la tumba.

—Estos hablan sobre un lugar: el lugar de donde procedía la mujer.

Dio un toquecito con el dedo en un jeroglífico en particular: una media luna y una mano cercaban un cuadrado con las esquinas redondeadas.

—No sabía qué significaba esto, pero me era familiar, y me llevó un rato identificar qué me recordaba. Hay un libro en la Gran Biblioteca que es tan antiguo que las páginas se deshacen en polvo si no las tocas con suavidad. Perteneció a un mago hace muchos siglos, Ralend de Kemori, que gobernó parte de Elyne antes de que Elyne fuera un país. Los visitantes escribían en este libro sus nombres, títulos y propósito de la visita, aunque casi todo estaba con la misma letra, por lo cual sospecho que habían contratado a un escriba para anotar los nombres de aquellos que no supieran escribir.

»Había un símbolo similar a este en una página. Lo recuerdo porque era la marca de un sello, no un trazo hecho con pluma. Y era de un rojo desteñido, pero todavía visible. El escriba había escrito “Rey de Charkan” a su lado.

»Por lo tanto, es razonable pensar que la mujer de la tumba provenía del mismo lugar, con un jeroglífico tan similar al sello. Pero ¿dónde está ese lugar llamado Charkan? —Tayend sonrió de oreja a oreja y dio un toquecito en el mapa—. Este es un viejo atlas que poseía el bisabuelo de Orrend. Fíjate bien.

Dannyl levantó el libro de las manos de Tayend y aproximó el globo de luz. Cerca de la punta del dedo de Tayend había una palabra en letra pequeña y un dibujo.

—Shakan Dra —leyó Dannyl en voz alta.

—Lo habría pasado por alto si no fuera por la media luna y la mano.

Al estudiar el resto del mapa, Dannyl parpadeó sorprendido.

—Este es un mapa de Sachaka.

—Sí. Las montañas. Es difícil asegurarlo a partir de esto, pero apostaría veinte de oro a que Shakan Dra está cerca de la frontera. ¿Estás pensando lo que yo pienso sobre cierta persona no mencionada que viajó a las montañas hace unos años?

Dannyl asintió.

—Sí.

—Creo que tenemos un nuevo destino que explorar.

—Aún es necesario seguir nuestra ruta planificada —le recordó Dannyl. No le gustaba mucho la idea de entrar en Sachaka. Considerando su historia, no tenía ni idea de si los lugareños lo recibirían bien—. Y Sachaka no es una de las Tierras Aliadas.

—Este lugar no está lejos de la frontera. A no más de un día de camino.

—No sé si tendremos tiempo.

—Podemos regresar a Capia un poco más tarde. Dudo que alguien haga preguntas si nos retrasamos. —Tayend volvió a su silla y se desplomó en ella.

—Unos días, quizá. —Dannyl observó a su amigo con atención—. Pero creía que no querías retrasarte.

Tayend hizo un ademán de indiferencia.

—No. ¿Por qué no?

—¿No hay alguien esperando tu regreso?

—No. A menos que te refieras al bibliotecario Irand. No se preocupará si me demoro unos días.

—¿Nadie más?

Tayend negó con la cabeza.

—Hummm. —Dannyl asintió para sí mismo—. Así que no le has echado el ojo a nadie, como insinuaste en la fiesta de Bel Arralade.

El académico parpadeó sorprendido, y acto seguido miró a Dannyl de reojo.

—He despertado tu curiosidad, ¿no? ¿Y si te digo que no hay nadie esperando mi regreso porque esa persona no sabe de mi interés?

Dannyl rió entre dientes.

—Eres un admirador secreto, pues.

—Quizá.

—Puedes confiar en mí para guardarte el secreto, Tayend.

—Lo sé.

—¿Es Velend?

—¡No! —Tayend le dirigió una mirada de reproche.

Aliviado, Dannyl encogió los hombros a modo de disculpa.

—Le he visto en la biblioteca un par de veces.

—Estoy tratando de disuadirle —dijo Tayend haciendo una mueca—, pero piensa que lo hago solo para mantener las apariencias por ti.

Dannyl titubeó.

—¿Te estoy apartando de quien te interesa?

Para su sorpresa, Tayend parpadeó.

—No. Esa persona es, eh...

Ambos levantaron la mirada al oír pasos que se acercaban; Mayrie caminaba hacia ellos portando una linterna. Por el sonido, llevaba puestas unas pesadas botas bajo el vestido.

—Pensé que os encontraría aquí —dijo ella—. ¿Os gustaría acompañarme a dar un paseo entre las vides?

Dannyl se levantó.

—Sería un honor. —Miró a Tayend con aire expectante, pero se sintió desilusionado al ver que el académico negaba con la cabeza.

—He bebido demasiado, querida hermana. Me temo que te pisaría los pies o que me caería sobre las vides.

La mujer chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

—Entonces quédate donde estás, beodo. El embajador Dannyl será una compañía más que apropiada. —Se colgó del brazo de Dannyl y le arrastró con delicadeza hacia el viñado.

Caminaron en silencio un centenar de pasos, luego torcieron y se metieron entre las vides. Mayrie preguntó a Dannyl sobre las personas que había conocido en la corte, y qué opinión le merecían. Después, cuando llegaron al final de la hilera de vides, le dirigió una mirada calculadora.

—Tayend me ha hablado mucho de usted —dijo—, aunque no de su trabajo. Tengo la impresión de que es un asunto secreto.

—Probablemente no quiso aburrirla —respondió Dannyl.

La mujer lo miró de reojo.

—Si usted lo dice. Tayend me ha contado todo lo demás, sin embargo. No habría imaginado que un mago kyaliano fuera tan... Bueno, no habría imaginado que usted conservara su amistad, o al menos que se sintiera tan cómodo con ella.

—Tenemos cierta reputación de intolerantes, por lo que parece.

—Pero usted es una excepción. Tayend me habló de los rumores que le ocasionaron problemas como aprendiz, y asegura que el incidente le ha dado una mayor comprensión de la que tienen la mayoría de los magos. Creo que también le ha dado motivos para sentirse afortunado de haber nacido en Elyne. —Se interrumpió un momento—. Espero que no le importe que le hable de esto.

Dannyl negó con la cabeza, con la esperanza de haber parecido despreocupado. Le inquietaba, no obstante, escuchar a alguien que acababa de conocer hablar sobre su pasado privado de forma tan natural. Pero era la hermana de Tayend, se recordó. Tayend no le habría mencionado nada si no la considerara de confianza.

Llegaron al final del viñado. Doblaron a la izquierda y ella empezó a andar de vuelta hacia la casa siguiendo la última hilera de vides. Mirando hacia la mansión, Dannyl se percató de que la silla donde había estado sentado Tayend se encontraba vacía. Mayrie se detuvo.

—Como hermana de Tayend, soy muy protectora con él. —Se volvió de cara al mago, con expresión seria y penetrante—. Si usted piensa en él como un amigo, tenga cuidado. Sospecho que está enamorado de usted, Dannyl.

Dannyl parpadeó sorprendido.

«¿De mí? ¿Soy yo el amor secreto de Tayend?»

Echó una mirada a la silla vacía. No era de extrañar que Tayend se hubiera

mostrado tan evasivo. Dannyl se sentía... extrañamente complacido.

«Es halagador ser admirado por alguien», se dijo a sí mismo.

—Esto es una sorpresa para usted —dijo Mayrie.

Dannyl asintió.

—No tenía ni idea. ¿Está segura?

—Muy segura. No se lo habría contado si no fuera porque me preocupó por él. No le induzca a creer algo de usted que no sea cierto.

Dannyl frunció el ceño.

—¿Lo he hecho?

—Por lo que yo sé, no. —Hizo una pausa y sonrió, pero sus ojos seguían siendo duros—. Como he dicho antes, soy muy protectora con mi hermano pequeño. Solo quería avisarle... y hacerle saber que, si oigo que le ha herido de alguna forma, podría usted encontrar su estancia en Elyne menos confortable de lo que le gustaría.

Dannyl la observó con atención. Había acero en su mirada, y no le cabía duda de que lo que decía era cierto.

—¿Qué querría que hiciera yo, Mayrie de Porreni?

Su rostro se relajó, y le dio una palmadita en la mano.

—Nada. Solo tenga cuidado. Me gusta lo que he visto de usted, embajador Dannyl. —Dio un paso hacia delante y le plantó un beso en la mejilla—. Le veré mañana en el desayuno. Buenas noches.

A continuación, se dio la vuelta y se alejó caminando hacia la casa. Dannyl la observó y sacudió la cabeza. Claramente, su propósito al llevarle hasta allí había sido darle esa advertencia.

¿Había sugerido Tayend visitar a su hermana para que ella pudiera abordar a Dannyl? ¿Había planeado él que su hermana percibiera tanto, y revelárselo?

«Sospecho que está enamorado de usted, Dannyl.»

Se acercó al asiento que Tayend había dejado vacante y se sentó. ¿Cómo iba a afectar eso a su amistad? Frunció el ceño. Si Tayend no sabía que su hermana le había confesado el interés de él, y Dannyl continuaba comportándose como si no lo supiera, entonces todo seguiría igual.

«Pero sé que no —pensó—. Esto cambia las cosas.»

Su amistad dependía de lo bien que se tomara la noticia. Repasó sus sentimientos. Estaba sorprendido, pero no consternado. Incluso le complacía un poco saber que le gustaba tanto a alguien.

«¿O me gusta la idea por otros motivos?»

Cerró los ojos y descartó ese pensamiento. Había hecho frente a esas preguntas antes, y a sus consecuencias. Tayend era, y solo podría ser, un amigo.

Las entradas a los pasadizos secretos eran sorprendentemente fáciles de encontrar. La

mayoría de ellas estaban localizadas en la zona interna de la universidad, lo cual tenía sentido, pues los arquitectos originales no habrían querido que un mero aprendiz tropezara con ellas. Los mecanismos para abrir las puertas en los paneles de madera se hallaban tras las pinturas y otros ornamentos de la pared.

Sonea había empezado a buscarlos nada más terminar la clase nocturna, en lugar de ir a la biblioteca. En los pasillos reinaba la calma, aunque no estaban completamente desiertos, lo cual era la razón por la que nunca se topaba con Regin y sus amigos a esa hora. Ellos preferían esperar hasta después de que abandonara la biblioteca, y estuvieran seguros de que la universidad estaba vacía.

Incluso así, mientras atravesaba los pasillos, se sentía tan tensa como la cuerda de un arco. Inspeccionó varias de las puertas ocultas antes de reunir el coraje para probar una. Aunque era tarde, no podía evitar preocuparse por si era observada. Finalmente, en un área poco usada de los pasadizos interiores, se atrevió a accionar una palanca ubicada detrás del cuadro de un mago que sostenía material de dibujo y un pergamino.

El panel giró hacia dentro silenciosamente, y la corriente de aire frío que manó le produjo un escalofrío. Rememorando la noche en que Fergun le había vendado los ojos y conducido a los túneles para encontrarse con Cery, recordó que también había percibido un cambio similar de temperatura.

Al mirar adentro, vio un pasadizo angosto y seco. Había esperado encontrarlo húmedo, con agua goteando, como los túneles bajo la ciudad. El Camino de los Ladrones estaba bajo el nivel del río, sin embargo; la universidad se erigía en un terreno más elevado... y, por supuesto, no habría nada de humedad en el segundo piso.

Preocupada por si alguien la veía parada al lado de la puerta abierta, Sonea entró. Soltó la puerta y esta se cerró, sumergiendo el túnel en la oscuridad. Le dio un vuelco el corazón, e hizo una mueca de dolor cuando el globo de luz que creó brilló con mayor intensidad de la que había previsto.

Al inspeccionar el pasadizo, notó que el suelo estaba cubierto con una gruesa capa de polvo. Su espesor era menor en el centro, donde el tránsito de pies lo había echado a un lado, pero sus botas habían dejado unas vagas huellas, indicando que nadie había pasado por ese camino durante algún tiempo. Todas sus dudas se evaporaron. No se toparía con nadie más en los pasadizos; eran suyos para poder explorarlos. Su propio Camino de los Ladrones.

Sacó el plano y emprendió la marcha. A medida que avanzaba, encontró y tomó nota de otras entradas. Los pasadizos secretos se restringían a los muros más amplios de la universidad, por lo que conformaban un sencillo patrón que era fácil de recordar. En poco tiempo dio una vuelta completa a la planta superior del edificio.

No había visto, sin embargo, ninguna escalera. Volvió a estudiar el mapa, y se fijó

en las crucecitas aquí y allá. Se dirigió a la localización de una de ellas y examinó el suelo. Despejó el polvo con la punta del pie, destapando una ranura.

Se puso en cuclillas y apartó el polvo con ligeros barridos de magia. Como sospechaba, la ranura se doblaba en ángulo recto, una vez, dos veces... formando una escotilla en el suelo. Retrocedió, se concentró en la tabla de madera y la obligó a levantarse.

Se abrió hacia arriba, como si girara sobre bisagras, quedando al descubierto otro pasadizo debajo, y una escalera acoplada a la pared. Sonriendo para sí misma, Sonea descendió al primer piso.

La distribución de los pasadizos en el segundo nivel era casi idéntica a la del piso superior. Cuando hubo comprobado todos los pasadizos laterales, localizó otra escotilla y descendió a la planta baja. De nuevo, las galerías eran similares, y aunque había menos pasadizos laterales, encontró escaleras que se internaban bajo tierra.

La colmó de entusiasmo descubrir que los cimientos de la universidad eran un encadenamiento de túneles y cuartos vacíos, indicados por líneas discontinuas en el plano de la planta baja. No solo los túneles se abrían bajo el edificio, sino que se extendían más allá de los muros, bajo los jardines. Tomando una dirección que se alejaba de la universidad, Sonea notó que el pasadizo seguía una trayectoria descendente. Las paredes eran ahora de ladrillo, y colgaban raíces del techo. Al recordar el tamaño de los árboles por encima, comprendió que debía de estar a mucha mayor profundidad bajo tierra de la que había pensado.

Un poco más adelante el pasadizo terminaba en un punto donde se había derrumbado el techo. Dio media vuelta, preguntándose cuánto tiempo había pasado explorando. Era tarde. Muy tarde. No quería dar a Akkarin una razón para ir a buscarla, o peor, para que le ordenara volver a la residencia inmediatamente después de las clases nocturnas.

Así que, satisfecha por el éxito, emprendió el camino de regreso a los muros de la universidad, y emergió en un lugar donde sabía que las posibilidades de ser vista saliendo de los pasadizos secretos eran remotas.

30. Un descubrimiento inquietante

A Rothen se le escapó un bostezo mientras Tania recogía las tazas de sumi vacías de la mesa. Ya estaba tomando una cantidad menor de nemmin, pero eso implicaba que con frecuencia se despertaba temprano y pasaba desvelado las horas restantes de la noche.

—Esta tarde hablé con Viola otra vez —dijo Tania de repente—. Sigue muy distante; los demás sirvientes dicen que se le ha subido a la cabeza lo de ser la sirvienta de Sonea. Pero conmigo es simpática porque soy la que mejor puede decirle cómo tener contenta a la predilecta del Gran Lord.

Rothen la observó expectante.

—¿Y...?

—Me ha contado que Sonea está bien, aunque algunas mañanas parece cansada.

El mago asintió con la cabeza.

—Eso no es ninguna sorpresa, con todas las lecciones extra. He oído que además ha estado ayudando a lady Tya.

—Viola me ha dicho también que Sonea cena con el Gran Lord los primerdías, así que a lo mejor no la está descuidando tanto como usted temía.

—La cena, ¿eh?

El humor de Rothen se ensombreció ante la idea de Sonea comiendo con el Gran Lord. Podría ser peor, se recordó. Akkarin podría haberla mantenido cerca, podría haber... Pero no, él sabía lo obstinada que podía llegar a ser. Sonea no permitiría que la corrompiera. Aun así, no pudo evitar preguntarse de qué hablaban.

¡Rothen!

Sorprendido, Rothen se enderezó en su asiento.

¿Dorrien?

Padre. ¿Cómo estás?

Bien. ¿Y tú?

Yo estoy bien, pero aquí en mi aldea no lo están. Rothen pudo sentir la preocupación de su hijo. Tenemos un brote de la enfermedad de lengua-negra, una variedad poco habitual. Cuando haya pasado, os haré una corta visita, y llevaré una muestra a Vinara.

¿Te veré?

Por supuesto. ¡No me haría todo el camino para no hablar contigo! ¿Puedo quedarme en mi antigua habitación?

Siempre eres bienvenido.

Gracias. ¿Cómo está Sonea?

Bien, por lo que me cuenta Tania.

¿No has hablado con ella todavía?

No muy a menudo.

Pensé que te visitaría a todas horas.

Está ocupada con sus estudios. ¿Cuándo vendrás?

No puedo decírtelo con exactitud. La enfermedad tiene que seguir su curso, y podrían pasar semanas o meses. Te lo haré saber cuando tenga una idea más aproximada.

Muy bien. ¡Dos visitas en un año!

Desearía poder quedarme más tiempo. Hasta entonces, padre.

Cuídate.

Lo haré.

Cuando la voz mental de Dorrien se desvaneció, Tania rió por lo bajo.

—¿Cómo está Dorrien?

El mago levantó la mirada, sorprendido.

—Bien. ¿Cómo sabías que era él?

La mujer se encogió de hombros.

—Por la expresión de su cara.

—¿Sí? —Rothen sacudió la cabeza—. Me conoces demasiado bien, Tania. Demasiado bien.

—Sí —asintió ella, sonriendo—. Es verdad.

Se volvió al oír un golpe en la puerta. Rothen movió una mano y su voluntad obligó a la puerta a abrirse. Se sorprendió cuando entró Yaldin.

—Buenas noches —dijo el viejo mago.

Echó un vistazo a Tania, quien hizo una reverencia y se escabulló por la puerta, cerrándola tras ella. Rothen señaló una silla y Yaldin se sentó mientras soltaba un suspiro de alivio.

—He estado practicando un poco esa «escucha» que me enseñaste —dijo Yaldin.

Súbitamente, Rothen recordó que era cuartodía. Se había olvidado por completo de la reunión en el Salón de Noche. Era definitivamente hora de dejar de tomar nemmin. Quizá intentara dormir esa noche sin la poción.

—¿Has oído algo interesante?

Yaldin asintió, y su expresión se tornó seria.

—Probablemente son solo rumores. Ya sabes lo chismosos que son los magos, y tú tienes un don para escoger aprendices que no paran de meterse en líos. Pero me pregunto si él puede permitirse que surjan esos rumores otra vez. Especialmente aho...

—¿Otra vez? —interrumpió Rothen. El corazón había empezado a latirle con fuerza ante las palabras de Yaldin. Ahora apenas podía respirar. ¿Había ocurrido algo en el pasado que hiciera que la gente cuestionara la integridad de Akkarin?

—Sí —contestó Yaldin—. La corte de Elyne es un hervidero de especulaciones, bien conoces tú cómo es. ¿Qué sabes del asistente de Dannyl?

Rothen respiró hondo y dejó escapar el aire lentamente.

—¿Se trata de Dannyl, pues?

—Sí. —Las arrugas en la frente de Yaldin se hicieron más profundas—. ¿Recuerdas los rumores que circularon sobre la naturaleza de su amistad con cierto aprendiz?

Rothen asintió.

—Desde luego, pero nunca se probó nada.

—No, y la mayoría de nosotros hicimos caso omiso de los rumores y olvidamos todo el asunto. Pero, como puede que sepas, los elyneos son más tolerantes con este tipo de comportamiento. Y el asistente de Dannyl es conocido por ello. Afortunadamente, la mayoría de la corte de Elyne cree que Dannyl ignora los hábitos de su ayudante. Parece que esto lo consideran bastante divertido.

—Ya veo. —Rothen movió la cabeza de lado a lado lentamente.

«Ah, Dannyl —pensó—. ¿No tengo bastante con mi preocupación por Sonea? ¿Tú también tienes que hacerme perder el sueño?»

Pero quizá eso no era tan malo como parecía en primera instancia. Como Yaldin había dicho, los elyneos toleraban mucho, y adoraban los cotilleos. Si los elyneos pensaban que Dannyl ignoraba las preferencias de su ayudante, y meramente les divertía su ignorancia, no debía de existir ninguna prueba de que la relación fuera algo más.

Y Dannyl ya era adulto. Podía manejarse de cara a un escrutinio público. Si no por otra cosa, su experiencia pasada le habría preparado para ello.

—¿Crees que deberíamos avisar a Dannyl? —preguntó Yaldin—. Si no sabe lo de su ayudante...

Rothen meditó la cuestión.

—Sí. Le escribiré una carta. Pero pienso que no deberíamos preocuparnos en demasía. Estoy seguro de que sabrá cómo tratar a los elyneos.

—Pero ¿qué hay del Gremio?

—Aquí nada detendrá los rumores salvo el tiempo, y ni tú ni yo, ni Dannyl, podemos hacer nada al respecto. —Rothen suspiró—. Creo que este tipo de sospecha va a perseguir a Dannyl toda su vida. A menos que se demuestre, cada vez que surja el rumor, este sonará más trillado y ridículo.

El anciano asintió, luego dio un bostezo.

—Probablemente tengas razón. —Se puso en pie y se desperezó—. Me voy a la cama, entonces.

—Dannyl estaría orgulloso de tu éxito como espía —agregó Rothen, sonriendo. Yaldin quiso quitarse importancia.

—Es fácil una vez que le coges el truco. —Caminó hasta la puerta—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Rothen se levantó, fue al dormitorio y se puso la ropa de noche. Cuando se acostó, las inevitables preguntas empezaron a cruzarle la mente. ¿Estaba en lo cierto? ¿Los cotilleos sobre Dannyl caerían en el olvido?

Probablemente. Pero solo si no se encontraban evidencias.

El problema era que, aunque conocía a Dannyl mejor que nadie, existía un lado en su amigo que para él seguía siendo una incógnita. El aprendiz que había adoptado estaba lleno de temor y dudas. Rothen había mantenido la distancia respetuosamente, evitando ciertos temas y dejando claro que no pretendía interrogar a Dannyl sobre el incidente con el otro aprendiz. Sabía que cualquiera cuya vida personal hubiera sido debatida públicamente, en especial a una edad tan joven, necesitaba que se respetara su intimidad.

Todos los aprendices tenían deseos, y pensaban en las cosas de las que Dannyl había sido acusado. Así era como funcionaba la mente. Sin embargo, no significaba que fueran culpables de actuar de acuerdo con sus pensamientos.

Pero ¿y si los primeros rumores eran ciertos?

Rothen lanzó un suspiro, se levantó y regresó a la antesala. Cuando tomó a Dannyl bajo su tutela, se había acercado al líder de sanadores, el predecesor de Vinara, en busca de consejo. Lord Garen le había contado a Rothen que los casos de hombres con amantes masculinos eran más comunes de lo que por lo general se pensaba. El viejo sanador, sorprendentemente, aceptaba aquella práctica, diciendo con sus típicas maneras clínicas que no existía peligro físico en una relación entre hombres si ambos estaban libres de enfermedades.

Las consecuencias sociales, sin embargo, eran mucho peores. El honor y la reputación importaban a las Casas más que cualquier otra cosa, y la corte kyaliana era exasperante en su conservadurismo. Aunque Dannyl no podía ser expulsado del Gremio por tal «delito», se convertiría en un paria social. Perdería probablemente su posición de embajador, y nunca volverían a ofrecerle un cargo de importancia. No sería incluido en los proyectos del Gremio, y ninguno de sus experimentos recibiría fondos o atención. Sería blanco de bromas y víctima de...

«Basta. No se ha demostrado nada. Solo es un rumor.»

Rothen suspiró y fue en busca del tarro de nemmin. Mientras mezclaba el polvo con agua, recordó con añoranza el año anterior. ¿Cómo podían haber cambiado tanto las cosas en solo unos pocos meses? Cómo deseaba que todo fuera aún como hacia un año, antes de que Dannyl partiera hacia Elyne y Sonea iniciara la universidad.

Tras prepararse para el amargo sabor, se llevó el vaso a los labios y se tomó la droga de un trago.

Lorlen levantó la mirada sorprendido al oír el golpe en la puerta de su despacho. Raramente era molestado a esas horas de la noche. Se puso en pie, caminó hasta la puerta y la abrió.

—Capitán Barran —exclamó sorprendido—. ¿Qué le trae al Gremio a estas horas?

El joven hizo una reverencia, y sonrió apáticamente.

—Perdóneme por visitarle tan tarde, administrador. Me tranquiliza encontrarle despierto. Me dijo que debería contactar con usted si se encontraban evidencias de magia relacionadas con los asesinatos.

Lorlen sintió una punzada de alarma. Abrió más la puerta y se echó a un lado.

—Pase y cuénteme qué ha encontrado.

Barran siguió a Lorlen al interior de la habitación. Indicando con la mano al joven guardia que se sentara, Lorlen rodeó su escritorio y regresó a su asiento.

—Bien, dígame, ¿por qué cree que el asesino está usando magia? —inquirió.

Barran torció el gesto.

—Por las quemaduras de uno de los cadáveres... Pero déjeme primero que le describa la escena. —Se detuvo, obviamente para ordenar los detalles en su mente—. Fuimos alertados de los asesinatos hace unas dos horas. La casa está en la Cuaderna Occidental, en una de las zonas más ricas, lo cual fue una sorpresa. No encontramos signos de que hubieran forzado la entrada, pero había sin embargo una ventana abierta del todo.

»En un dormitorio encontramos a un hombre joven y a su padre. El padre había muerto, y presentaba todas las señales que hemos llegado a asociar con el asesino: cortes en las muñecas y manchas de sangre con sus huellas. El joven seguía vivo, aunque a duras penas. Presentaba las quemaduras típicas de un azote en pecho y brazos, y tenía machacada la caja torácica. A pesar de esto, pudimos interrogarle antes de que muriera.

Barran escuchaba con expresión tensa.

—Dijo que el asesino era alto y tenía el pelo oscuro. Llevaba una ropa rara, oscura. —Barran alzó la vista al globo de luz de Lorlen—. Y uno de estos flotaba en la habitación. Oyó gritar a su padre cuando llegó a casa. El asesino se sobresaltó al ser descubierto, pero le lanzó un azote sin vacilación, y después huyó por la ventana. —Barran hizo una pausa y se quedó mirando el escritorio de Lorlen—. Ah, y llevaba un...

Al notar la expresión de sorpresa del guardia, Lorlen bajó la mirada. Contuvo el aliento al darse cuenta de que el anillo de Akkarin, que emitía destellos rojos bajo la luz, estaba a la vista. Pensando con rapidez, alzó la mano para ofrecer a Barran una mejor visión.

—¿Un anillo como este?

Barran levantó los hombros.

—No lo sé exactamente. El joven no tuvo tiempo para describirlo en detalle. —Frunció el ceño, con creciente vacilación—. No recuerdo que llevara eso antes, administrador. ¿Puedo preguntarle dónde lo adquirió?

—Fue un regalo —contestó Lorlen. Sonrió irónicamente—. De un amigo que ignoraba ese detalle de los asesinatos. Creí que debía llevarlo, aunque fuera solo una breve temporada.

Barran asintió.

—Sí, el rubí no es una piedra muy popular en este momento. Bien, ¿qué hará ahora?

Lorlen suspiró y meditó sobre la situación. Con una prueba tan evidente de magia, debería alertar a los magos superiores. Pero si Akkarin era el asesino y la investigación conducía a su desenmascaramiento, eso provocaría la confrontación con Akkarin que tanto temía Lorlen.

Pero si Lorlen intentaba tapar el evidente uso de la magia, y resultaba que Akkarin no era el asesino, la gente continuaría muriendo a manos de un mago descarriado. Tarde o temprano el asesino sería encontrado, la verdad saldría a la luz y la gente se preguntaría por qué Lorlen no había hecho nada...

Debes investigarlo por ti mismo.

Lorlen parpadeó por la sorpresa. La voz mental de Akkarin fue tan discreta como un susurro. Logró contenerse para no mirar al anillo.

Dile a Barran que la evidencia de la magia debe permanecer en secreto. Si el pueblo se entera de que un mago se ha convertido en un asesino, eso generará pánico y desconfianza.

Asintiendo, Lorlen miró a Barran.

—Tengo que discutir esto con mis colegas. Por ahora, no deje que se divulgue más de lo necesario que este asesino usa magia. Podremos ocuparnos mejor de ese hombre si no sale a la luz pública que es un mago descarriado. Contactaré con usted mañana.

Barran asintió con la cabeza. Cuando Lorlen se levantó, el joven guardia se puso rápidamente en pie.

—Hay otro dato que podría interesarle —dijo Barran mientras seguía a Lorlen hasta la puerta.

—¿Sí?

—Corre el rumor de que los ladrones están buscando a ese hombre, también. Parece que no les gusta tener rondando a un asesino que no está bajo su control.

—No, me imagino que no.

Barran franqueó la puerta.

—Gracias por recibirme a una hora tan tardía, administrador.

—Suelo estar levantado hasta tarde. Aunque dudo que duerma mucho durante el resto de la noche, después de estas noticias. Aun así, le agradezco que me haya informado de ellas con tan poca demora.

El joven guardia sonrió, luego se inclinó.

—Buenas noches, administrador.

Observando a Barran alejarse, Lorlen lanzó un suspiro. Bajó la mirada al anillo de su mano.

«¿Eres tú el asesino?», proyectó hacia él.

No hubo respuesta.

El pasadizo volvía a torcer y Sonea se detuvo para orientarse. Al principio intentó dibujar el plano en su memoria, pero tras varios intentos se rindió y metió la mano en el bolsillo de la túnica.

Hacía una semana que había entrado en los pasadizos por primera vez. Los había visitado todas las noches, dejando en cada ocasión el plano en el bolsillo de la túnica hasta que se veía obligada a usarlo. Quería memorizarlo todo por si Regin y sus aliados la emboscaban y registraban su caja o sus bolsillos después de haberla agotado.

Los exploradores dedos de Sonea no encontraron nada. El plano no estaba allí. Le dio un vuelco el corazón, que empezó a latirle desbocado. ¿Se había perdido? ¿Se le había caído en algún lugar de los pasadizos? No tenía muchas esperanzas de poder volver sobre sus pasos. Todos los recodos e intersecciones detrás de ella...

Entonces recordó que había escondido el plano dentro de la deshilachada cubierta de uno de sus libros de medicina, que estaban en su caja... y había dejado la caja en la entrada al pasadizo, pues no quería cargar con ella mientras exploraba.

Maldijo para sí misma por olvidarlo, y emprendió el camino de vuelta por donde había venido. Tras varios centenares de pasos se detuvo, sacudiendo la cabeza. Debería haber llegado ya a una zona que le fuera familiar, pero los recodos e intersecciones estaban todos mal.

Se había perdido.

No se sintió asustada, solo enfadada consigo misma. Los terrenos del Gremio eran grandes, pero dudaba que los túneles se extendieran más allá del área ocupada por los edificios. Si continuaba avanzando, tarde o temprano tendría que hallarse irremediadamente bajo la universidad. Mientras no vagara sin rumbo y prestara atención a la dirección de los pasadizos que tomara, encontraría la salida.

Por tanto, empezó a caminar. Tras varias vueltas y giros, y tras el descubrimiento de un pequeño complejo de habitaciones, que incluía una con una chimenea tapiada y un cuarto alicatado que debió de haber sido en alguna ocasión un baño, llegó a un

punto muerto donde el techo se había desmoronado. No era uno de los túneles ciegos que había localizado anteriormente. Volvió sobre sus pasos y eligió otro camino.

Finalmente se encontró en un pasadizo recto sin ninguna abertura lateral. Su curiosidad se intensificó a medida que avanzaba por él. Un túnel recto como aquel debía de conducir a algún sitio. Quizá a otro edificio del Gremio. O quizá al exterior del Gremio.

Tras unos centenares de pasos se topó con un hueco en la pared. Se metió allí y descubrió el mecanismo de una puerta oculta. Encontró la mirilla que todas las puertas tenían y arrimó el ojo a ella.

Al otro lado había una habitación, pero no pudo distinguir mucho. No solo estaba en penumbra, sino que además un trozo de cristal sucio había sido colocado sobre el orificio, emborronando la visión.

Pero sí pudo divisar lo suficiente para saber que la habitación estaba vacía. Alargó la mano hacia el mecanismo, tiró de una palanca y la puerta se abrió. Recorrió la habitación con la mirada y se le heló la sangre.

Era la habitación situada bajo la residencia del Gran Lord.

Durante lo que pareció una eternidad, lo único que pudo hacer fue quedarse mirando, con el corazón martilleando con fuerza en el pecho. Entonces, lentamente, sus piernas empezaron a obedecer a su necesidad de alejarse. Sus manos buscaron a tientas la palanca que cerraría la puerta y dieron con ella. Tras accionarla, sus músculos se desentumecieron y relajaron. Se dejó caer contra la pared, haciendo caso omiso de farenos y otros insectos, y resbaló hasta quedar de rodillas.

Si él hubiera estado allí...

Era demasiado aterrador pensar en ello. Respiró hondo, y se obligó, con toda su fuerza de voluntad, a no temblar. Levantó la mirada hacia la puerta y la bajó hacia ella misma. Estaba arrodillada al lado de una entrada secreta que daba a la habitación de Akkarin. No era un buen lugar para estar, sobre todo si él tenía la costumbre de utilizar esos pasadizos.

Fortalecida por el temor, se puso en pie tambaleándose y se alejó a toda prisa. Aunque el pasadizo continuaba más allá del hueco, ya no sentía urgencia alguna por saber adónde conducía. Respirando aceleradamente, echó a correr y huyó en la dirección que esperaba fuera la de la universidad.

31. Un encuentro imprevisto

La carretera giraba a uno y otro lado siguiendo las curvas del terreno en las estribaciones de las montañas Grises. Cuando Dannyl, Tayend y sus sirvientes doblaron un recodo, apareció un llamativo edificio. Se erigía desde el borde de un precipio. Diminutas ventanas punteaban las paredes, y un estrecho puente de piedra conducía a una abertura sin adornos.

Dannyl y Tayend intercambiaron miradas. Por su semblante, Dannyl supo que el académico encontraba el edificio poco acogedor, y él también. El mago se volvió hacia los sirvientes.

—Hend, Krimen. Adelantaos a ver si Dem Ladeiri nos concedería una visita.

—Sí, milord —respondió Hend.

Los dos sirvientes espolearon los caballos y con un trote ligero desaparecieron tras el siguiente recodo del camino.

—No parece un lugar amistoso —musitó Tayend.

—No —coincidió Dannyl—. Se asemeja más a un fuerte que a una casa.

—Fue un fuerte en el pasado —dijo Tayend—. Hace siglos.

Dannyl hizo que el caballo aflojara el paso.

—¿Qué puedes decirme de Dem Ladeiri?

—Es viejo, de unos noventa años. Tiene varios sirvientes, pero por lo demás, vive solo.

—Y tiene una biblioteca.

—Una bastante célebre. Su familia ha coleccionado toda suerte de rarezas, incluyendo libros, durante varios cientos de años.

—Quizá hallemos algo útil aquí.

Tayend se encogió de hombros.

—Espero encontrar muchas cosas extrañas, pero pocas de utilidad. El bibliotecario Irland me dijo que conoció a Dem Ladeiri cuando ambos eran jóvenes, y lo denominó un «excéntrico divertido».

Dannyl atisbó entre los árboles en busca del edificio mientras proseguían su avance por el camino. Llevaban viajando tres semanas, sin haberse quedado más de una noche en ningún sitio. Presentarse a los Dem del país y examinar a sus hijos se estaba convirtiendo en una tarea tediosa, y las bibliotecas que habían visitado no contenían nada que no supieran ya.

Por supuesto, también podría haberle ocurrido lo mismo a Akkarin. Su búsqueda de conocimiento de magia ancestral había concluido sin ningún gran descubrimiento por su parte.

El puente asomó finalmente ante ellos. Cruzaba un vertiginoso barranco que caía

a gran profundidad. Hundidas en una abertura en la fachada principal del edificio había dos grandes puertas de madera, colgando de visagras tan oxidadas que Dannyl se preguntó por qué no habrían cedido aún. Un hombre delgado y de pelo cano, que vestía ropas que parecían de una talla demasiado grande, aguardaba de pie entre las puertas.

—Saludos, embajador Dannyl. —El anciano hablaba con un hilo de voz temblorosa. Hizo una rígida reverencia—. Bienvenido a mi hogar.

Dannyl y Tayend desmontaron y entregaron las riendas de los caballos a los sirvientes.

—Gracias, Dem Ladeiri —respondió Dannyl—. Este es Tayend de Tremmelin, académico de la Gran Biblioteca.

El Dem se volvió hacia Tayend y le escrutó con ojos miopes.

—Bienvenido, joven. Yo también tengo una biblioteca, ¿sabe?

—Sí, eso he oído. Una biblioteca célebre en toda Elyne —respondió Tayend con un convincente entusiasmo fingido—. Repleta de curiosidades. Me encantaría verla, si no tiene inconveniente.

—¡Desde luego que sí! —exclamó el Dem—. Vamos adentro.

Siguieron al anciano hacia un pequeño patio, y luego pasaron por una puerta de hierro oxidado a un recibidor. Aunque los muebles eran lujosos, el olor a polvo impregnaba el aire.

—¡Iri! —llamó el anciano con estridencia. Unas pasos se aproximaron apresuradamente a la puerta y asomó una mujer de mediana edad con un delantal—. Trae a mis invitados un refrigerio. Estaremos en la biblioteca.

Los ojos de la mujer se abrieron de par en par al ver la túnica de Dannyl. Hizo una reverencia precipitada y retrocedió, perdiéndose de vista.

—No hay necesidad de llevarnos a la biblioteca inmediatamente —dijo Dannyl—. No deseamos causarle ninguna molestia.

El Dem le restó importancia con un gesto de la mano.

—No es molestia. Estaba en la biblioteca cuando sus sirvientes llegaron.

Siguieron al hombre hasta un pasillo, luego bajaron por una larga escalera en espiral que parecía como si la hubieran excavado en la pared de roca. El último tramo era de madera robusta, y daba al centro de una amplia sala.

Dannyl sonrió al oír el grito ahogado de Tayend. Estaba claro que el académico no tenía muchas expectativas de ser impresionado.

La estancia estaba esmeradamente dividida por hileras de estanterías. Desplegados ante ellos había animales disecados, botellas de líquido preservador que contenía órganos y criaturas, tallas en todo tipo de materiales, artilugios insólitos, fragmentos de roca y cristales, incontables pergaminos, tablillas y estantes tras estantes llenos de libros. Esculturas enormes se erigían aquí y allá, haciendo que

Dannyl se preguntara cómo las habrían bajado a la biblioteca, e incluso cómo las habrían transportado a través de las montañas. De las paredes colgaban cartas astronómicas y otros misteriosos diagramas.

Siguieron a Dem entre aquellas maravillas, demasiado atónitos para hablar. Mientras eran conducidos por un pasillo entre los libros, Tayend iba estudiando las pequeñas placas adheridas a los estantes, con números y nombres de materias grabados en ellas.

—¿Para qué son estos números? —preguntó el académico.

Dem Ladeiri se volvió y sonrió.

—Sistema de catálogo. Cada libro tiene asignado un número, y mantengo un registro de todos ellos en papel.

—En la Gran Biblioteca no poseemos nada tan sofisticado. Organizamos los libros por materias... lo mejor que podemos. ¿Cuánto tiempo hace que implantó este sistema?

El anciano miró a Tayend de reojo.

—Lo inventó mi abuelo.

—¿Alguna vez ha sugerido a la Gran Biblioteca que lo adoptara?

—En varias ocasiones, pero Irand no le ve ninguna utilidad.

—¿En serio? —A Tayend pareció hacerle gracia—. Me encantaría ver cómo funciona.

—Lo verá —respondió el anciano—, pues es lo que estoy a punto de enseñarles.

Dejaron las estanterías atrás y se acercaron a un gran escritorio rodeado de arcones de madera con cajones.

—Bien, ¿les gustaría revisar algún tema en particular?

—¿Posee algún tratado sobre prácticas de magia ancestral? —preguntó Tayend.

El anciano enarcó las cejas.

—Sí. Pero ¿podría ser más específico?

Dannyl y Tayend intercambiaron una mirada.

—Cualquier cosa relacionada con el rey de Charkan o Shakan Dra.

Dem Ladeiri alzó las cejas aún más.

—Lo comprobaré.

Se giró y abrió un cajón, dejando ver una serie de tarjetas dispuestas en filas. Las fue pasando hasta que pronunció un número en voz alta. Cerró el mueble y se acercó al borde de las estanterías, donde se internó por un pasillo. Cuando se detuvo ante uno de los estantes, el anciano recorrió con un dedo los lomos de los libros, y finalmente dio un golpecito a uno.

—Aquí esta. —Extrajo el libro y lo tendió a Tayend.

—Es una historia de Ralend de Kemori.

—Debe de haber una referencia al rey de Charkan ahí, o mis tarjetas no me

habrían guiado hasta este libro —le aseguró Dem Ladeiri—. Ahora, acompáñenme. Creo que también poseemos algunos artefactos.

Siguieron al anciano hasta varias hileras de cajones. Estos también estaban numerados. El hombre sacó un cajón y lo puso sobre una mesa cercana. Cuando echó una ojeada adentro, lanzó una exclamación en voz baja.

—¡Ah! Correcto. Esto me fue enviado hace cinco años. Recuerdo haber pensado que su Gran Lord querría verlo.

Una vez más, Tayend y Dannyl intercambiaron una mirada.

—¿Akkarin? —preguntó Dannyl, mirando al interior de la caja. Contenía un anillo de plata—. ¿Por qué habría de estar interesado?

—Porque él vino a mí hace muchos años buscando información sobre el rey de Charkan. Me enseñó este símbolo. —El anciano sostuvo el anillo en alto. Engarzado en él había una gema de color rojo oscuro, y en la superficie de la gema aparecían grabadas una media luna junto a una tosca mano—. Pero cuando le envié una carta para contarle lo que había recibido, me respondió que le era imposible visitarme debido a su nueva posición.

Dannyl cogió el anillo y lo examinó con atención.

—La persona que me lo envió dijo que, según la leyenda, los magos pueden usarlo para comunicarse entre sí sin temor a ser escuchados —agregó Dem Ladeiri.

—¿De verdad? ¿Quién fue el generoso donante?

—No lo sé. Él, o ella, no dio su nombre. —El anciano se encogió de hombros—. A veces hay personas que no quieren que sus familias sepan que han regalado algo valioso. En cualquier caso, no es una gema auténtica. Es solo cristal.

—Póntelo —le instó a Dannyl una voz sobre su hombro.

Dannyl miró a Tayend, sorprendido, y el académico esbozó una sonrisa.

—¡Adelante!

—Necesitaría estar comunicándome con otro mago —puntualizó Dannyl mientras se deslizaba el anillo en el dedo—. Y tener a un tercero para comprobar si detectaba nuestra conversación.

Dannyl posó la mirada en el anillo. No sintió nada que indicara que estuviese sucediendo algo mágico.

—No percibo nada. —Se lo sacó y lo devolvió a Dem—. Quizá en alguna ocasión encerró propiedades mágicas, y las ha perdido con el transcurso del tiempo.

El anciano asintió con la cabeza y guardó el cajón.

—El libro podría ser más esclarecedor. Por aquí hay sillas para leer —dijo, gesticulando con la mano hacia el otro lado.

Mientras cruzaban la sala, la mujer que habían visto antes llegó con una bandeja repleta de comida. Otro sirviente venía detrás con copas y una botella de vino. Tayend se sentó y empezó a hojear la historia de Ralend de Kemori.

—«El rey de Charkan habló de su trayecto —leyó—. Vino por las montañas, deteniéndose para ofrecer presentes en Armje, la ciudad de la luna.» —Tayend alzó la vista—. Armje. He oído antes ese nombre.

—Ahora está en ruinas —dijo Dem, con la boca todavía llena de panecillo—. A no mucha distancia de aquí. Solía subir allí continuamente, en mis días de juventud.

Mientras el anciano empezaba a describir las ruinas con entusiasmo, Dannyl vio que Tayend no estaba escuchando. La mirada del académico se avivaba a medida que leía el libro. Reconociendo la expresión de sus ojos, Dannyl sonrió. La biblioteca de Dem Ladeiri no había resultado ser solo la colección de rarezas inútiles que Tayend había esperado.

En las dos semanas transcurridas desde que se internó por primera vez en los pasadizos secretos, Sonea no se había topado en una sola ocasión con Regin. Aunque albergaba la esperanza de que el encuentro con lord Yikmo hubiera disuadido a los aliados de Regin, sospechaba que no había sido así.

No había oído nada que indicara que los hubieran castigado. Yikmo no había vuelto a mencionar el incidente, y nadie más parecía saber de él, así que se figuraba que había respetado su petición de guardar silencio. Por desgracia, eso solo daría más confianza a los aliados de Regin para poder hostigarla y escapar impunes.

Como Regin siempre la había abordado en algún lugar del primer piso, donde estaba la biblioteca, ella había puesto cuidado en salir de los pasadizos por la planta baja. La noche anterior vio el primer indicio de que el muchacho ya había dado con una solución. Al entrar en el corredor principal de la planta baja, Sonea había visto a un aprendiz de pie en el extremo más alejado y, a unos pocos pasos, en el vestíbulo, se dio de bruces con uno de los chicos mayores. Aunque no se había atrevido a atacarla, había sonreído con petulancia mientras ella pasaba a su lado.

Así que aquella noche, en cambio, había salido de los pasadizos en el nivel superior. Intentando que sus pasos fueran lo más silenciosos posible, empezó a recorrer con cautela el camino hacia el corredor principal.

Si se topaba con Regin y sus amigos, aún podría echar a correr y escapar por los pasadizos secretos. Si es que no la acorralaban antes de poder llegar a una entrada, claro, y siempre que pudiera meterse en los pasadizos sin que la vieran.

Al doblar una esquina captó una fugaz visión de una tela marrón a la vuelta del siguiente recodo, y sintió que se le caía el alma a los pies. Mientras retrocedía, oyó un susurro casi imperceptible. El eco de unos pasos le llegó desde la dirección por la que había avanzado. Profirió una maldición por lo bajo y echó a correr. Se internó como una flecha en un pasadizo lateral y chocó con un solitario aprendiz. Una ráfaga de magia golpeó su escudo, pero el muchacho estaba solo y Sonea pudo quitárselo de encima fácilmente.

Tras otros tres cambios de dirección, se encontró con dos aprendices más. Intentaron bloquearle el camino, pero enseguida se rindieron. Sonea se demoró ante la puerta de un portal cuando cuatro aprendices salieron para enfrentarse a ella. Se abrió paso con un empujón, y colocó una cerradura mágica en la puerta.

«Separarlos —pensó—. Yikmo lo aprobaría.»

Ya en los pasillos interiores, se dirigió a toda prisa hacia el portal más cercano. Cuando tuvo uno a la vista, ordenó con su voluntad a la puerta que se abriera y se cerrara, y a continuación retrocedió rápidamente sobre sus pasos.

«Sigo sola», pensó.

Aminorando la marcha para acallar sus pasos, tomó una ruta laberíntica y llegó por fin a una entrada hacia los pasadizos secretos. Tras cerciorarse de que nadie la veía, deslizó una mano bajo una pintura y tanteó la palanca.

—Se fue por este camino —dijo una voz.

Le dio un vuelco el corazón. Tiró de la palanca hacia abajo y pasó a trompicones por la abertura, empujando después la puerta para cerrarla.

Rodeada de oscuridad, espía a través de la mirilla, respirando pesadamente. Por el pequeño orificio vio pasar a varios aprendices. Los fue contando, y se sintió morir. Veinte aprendices.

Pero los había evadido. Los latidos de su corazón se ralentizaron y su respiración se calmó. Una pequeña ráfaga de aire caliente rozó su cuello.

Sonea frunció el ceño.

«¿Aire caliente?»

Entonces, bajo el sonido de su propia respiración, oyó otra más suave. Se giró sobre sus talones y con su voluntad creó una luz... y ahogó un grito de terror.

Unos ojos oscuros taladraron los suyos. Cruzaba los brazos a la altura del pecho, los destellos dorados del incal resaltaban contra el negro de su túnica. Contraía el rostro en una mirada desaprobatoria.

Sonea tragó saliva e intentó pasar de lado, pero la figura levantó un brazo para bloquearle el camino.

—Fuera —gruñó.

Titubeó. ¿No oía a los aprendices? ¿No entendía que iría directa a la trampa?

—¡Ahora! —espetó él con brusquedad—. Y no vuelvas a entrar en estos pasadizos.

Sonea se dio la vuelta y torpemente intentó accionar el cerrojo, con manos trémulas. Comprobó por la mirilla, aliviada, que el pasadizo de fuera estaba libre de testigos. Salió trastabillando y sintió un susurro de aire frío en la nuca cuando la puerta se cerró tras ella.

Permaneció allí parada durante unos instantes, temblando. Entonces la idea de que estuviera observándola por la mirilla la obligó a moverse. Cuando dobló una

esquina, veinte pares de ojos se volvieron para mirarla, con expresión de sorpresa.

—¡La encontramos! —gritó alguien alegremente.

Sonea levantó un escudo contra los primeros azotes. Retrocedió de espaldas, y entonces, cuando Regin ordenó con un grito que la mitad de los perseguidores dieran la vuelta y le bloquearan cualquier vía de escape, ella se giró en redondo y echó a correr.

Al pasar huyendo por delante de la puerta oculta, sintió que se disipaba la conmoción, y surgía la ira.

«¿Por qué no los detiene? ¿Es este mi castigo por ir a donde se supone que no debo ir?»

Se paró de golpe cuando algunos aprendices se abalanzaron desde un pasadizo lateral, y de inmediato, tras alzar una barrera para contenerlos allí, se lanzó por la única salida.

«¿No se preguntará la gente por qué no...? Pero claro, nadie sabe que estaba allí excepto yo.»

Soltó una maldición al percibir que la barrera fallaba bajo la arremetida de los aprendices. Cuando dobló una esquina se dio de lleno contra un muro invisible. Rompió fácilmente la barrera y la pasó a toda prisa, solo para tropezar con otra. Esta, también, cayó enseguida, pero se encontró a sí misma obstaculizada por otra, y otra. Se le heló el corazón cuando unos pasos anunciaron la proximidad de los aprendices por delante y por detrás. Al momento siguiente se hallaba protegiéndose de una implacable lluvia de azotes.

«Y en cualquier caso, ¿qué estaba haciendo en los pasadizos ocultos? No he visto nunca ninguna huella... a no ser que haya estado alisando el polvo al pasar... pero ¿por qué lo haría si nadie más usa los pasadizos?»

Los aprendices le cerraban la huida. Atrapada, solo le quedaba esperar mientras la agotaban. Con tantos atacantes, su fuerza decayó con rapidez. Cuando el escudo empezó a debilitarse, Regin dio un paso al frente y sonrió de oreja a oreja. Sostenía en la mano una botellita, llena de un líquido oscuro. A una señal suya, el ataque cesó.

—Dulce Sonea —dijo, lanzando una descarga de energía a su escudo—. Cómo se aviva mi corazón al verte. —Otro azote—. Ha pasado tiempo desde la última vez. — El escudo estaba a punto de ceder, pero ella invocó más poder de alguna parte—. La ausencia alimenta el cariño, como se suele decir.

El siguiente azote destrozó el escudo con facilidad. Esperó, y se preparó para recibir los azotes de paro que se avecinarían.

—Te he traído un regalo —prosiguió Regin—. Un perfume de la más exótica variedad. —Arrancó el corcho de la botella—. ¡Uf! Qué dulce fragancia. ¿Te gustaría probarla?

Incluso a unos pasos de distancia, reconoció el olor. Su clase había extraído aceite

de las hojas de un arbusto de kreppa para un proyecto de medicina. El jugo restante olía a hierba putrefacta, y podía causar ampollas y erupciones urticantes.

Regin agitó la botella destapada de manera despreocupada.

—Pero una botella diminuta es una prenda de mi estima demasiado pequeña. Mira, ¡he traído más!

Más botellas aparecieron en las manos de los demás aprendices. Las abrieron escrupulosamente y el nauseabundo hedor inundó el pasillo.

—Mañana sabremos dónde estás por tu dulce perfume. —Regin hizo una indicación con la cabeza a sus secuaces—. ¡Ahora! —gritó.

Los aprendices impulsaron las manos hacia delante, y varios chorros de aquel asqueroso jugo salieron disparados. Sonea se llevó las manos a la cabeza, cerró los ojos y logró, de alguna parte, invocar una última descarga de poder.

El líquido no tocó su piel. Nada. Oyó que uno de ellos tosía, después otro, y entonces, repentinamente, en el pasillo no se escuchó otra cosa que maldiciones e improperios. Al abrir los ojos, pestañeó asombrada. Las paredes, el techo, y los aprendices estaban salpicados de finas gotas marrones. Los aprendices se frotaban las manos y los rostros frenéticamente. Algunos escupían al suelo. Otros se restregaban los ojos, y uno había empezado a gemir de dolor.

Cuando miró a Regin vio que, por ser quien estaba más cerca, se había llevado la peor parte. Le lloraban los ojos y parecía tener el rostro en carne viva, lleno de manchas rojas como granos.

Una extraña sensación bullía dentro de ella. Comprendiendo que rompería a reír de un momento a otro, se tapó la boca. A duras penas se separó de la pared, tambaleándose, y consiguió ponerse derecha.

«Que no vean lo cansada que estoy —pensó—. No les daré tiempo a que se les metan en la cabeza ideas de venganza.»

Sonea echó a andar hacia el grupo de aprendices. Regin irguió la cabeza de forma violenta.

—No dejéis que escape —gruñó.

Unos cuantos aprendices levantaron la mirada, pero el resto le ignoró.

—Olvídalo. Voy a quitarme esta túnica —dijo un aprendiz. Otros asintieron, y empezaron a alejarse. Regin parpadeó; la rabia ensombreció su rostro, pero no discutió.

Sonea le dio la espalda y obligó a sus cansadas piernas a llevarla, dejando atrás a los aprendices.

32. Un pequeño desvío

Rothen bostezó mientras subía la escalera del alojamiento de los magos. Ni siquiera un baño frío había servido de mucho para despertarle. Encontró a Tania esperándole en la sala de invitados, disponiendo platos de pasteles y panecillos.

—Buenos días, Tania —dijo.

—Es un poco tarde esta mañana, milord —respondió ella.

—Sí. —Se frotó la cara, luego empezó a preparar sumi. Al darse cuenta de que ella seguía mirándolo, lanzó un suspiro—. He reducido la dosis a una décima parte.

La mujer no dijo nada, tan solo asintió con aprobación.

—Tengo noticias. —Se interrumpió, y cuando el mago le hizo una seña para que continuara, ella esbozó una mueca de disculpa—. No le gustará.

—Prosigue.

—Las muchachas que limpian la universidad se estaban quejando esta mañana de que uno de los pasillos estaba todo salpicado de un líquido maloliente. Les pregunté qué creían que había pasado, y empezaron a refunfuñar sobre aprendices peleándose. Eran un poco reacias a decir sus nombres; bueno, reacias a decirlos delante de mí, claro está. Así que soborné a una de las sirvientas que ya habían oído la historia.

»Regin ha estado reuniendo a unos cuantos aprendices y atacando a Sonea por las noches. Le pregunté a Viola, y me dijo que no había visto nada que sugiriera que Sonea hubiera sido lastimada de forma alguna.

Rothen frunció el ceño.

—Se necesitarían muchos para agotar a Sonea. —Sintió un estallido de furia al comprender qué significaba aquello—. Pero en cuanto estuviera rendida, Regin podría hacerle cualquier cosa. Estaría demasiado cansada incluso para pelear con él físicamente.

A Tania se le cortó la respiración.

—Ese muchacho no se atrevería a hacerle daño, ¿no?

—No un daño permanente, o sería expulsado. —Rothen arrugó la frente, con la vista fija en la mesa.

—¿Por qué no ha puesto fin a esto el Gran Lord...? ¿O es que no se ha enterado? Quizá debería usted contárselo.

Rothen negó con la cabeza.

—Él lo sabe. Está en posición de saberlo.

—Pero... —Tania calló cuando llamaron a la puerta.

Aliviado por la interrupción, Rothen la abrió con su voluntad. Un mensajero pasó adentro, hizo una reverencia y tendió a Rothen una carta antes de retirarse.

—Es para Sonea. —Rothen miró el reverso de la carta y sintió que el corazón le

daba un vuelco—. De sus tíos.

Tania se acercó.

—¿No saben que ya no vive aquí?

—No. Sonea pensó que Regin podría echar mano a su correo si lo recibía en los alojamientos de los aprendices, y probablemente no ha contactado con ellos desde que se mudó a la residencia.

—¿Quiere que se la entregue yo? —se ofreció Tania.

Rothen levantó la mirada, sorprendido. Era fácil olvidar que otros no tenían motivos para temer a Akkarin.

—¿No te importa?

—Claro que no. Llevo mucho tiempo sin hablar con ella.

Sin embargo, Akkarin podría sospechar si viera a la sirvienta de Rothen entregando un mensaje a Sonea.

—Querrá leer esto lo antes posible. Si se la entregas en su habitación, no la tendrá hasta esta noche. Creo que pasa los dialibres en la biblioteca de los aprendices. ¿Puedes dársela a lady Tya?

—Sí. —Tania cogió la carta y se la guardó en la parte delantera de su uniforme—. Me pasaré por la biblioteca después de dejar estos platos en la cocina.

—¡Uf! ¡Me duelen las piernas! —se quejó Tayend.

Dannyl rió discretamente cuando el académico se derrumbó en una roca para descansar.

—Tú quisiste visitar las ruinas. No fue idea mía.

—Pero Dem Ladeiri las hizo parecer muy interesantes. —Tayend sacó su petaca y bebió unos tragos de agua—. Y cercanas.

—Solo olvidó decir que tendríamos que escalar unos cuantos riscos para llegar aquí. O que el puente colgante de cuerdas no era seguro.

—Bueno, supongo que no nos contó que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que subió aquí. La levitación debe de ser práctica a veces, ¿no?

—A veces.

—¿Por qué a ti no te cuesta respirar?

Dannyl sonrió.

—La levitación no es el único truco útil que nos enseñan en el Gremio.

—¿Te estás sanando a ti mismo? —Tayend le tiró una piedrecita—. ¡Eso es hacer trampas!

—Así pues, asumo que rehusarías mi auxilio si te lo ofreciera.

—No, simplemente consideraría justo tener la misma ventaja que tú.

Dannyl lanzó un suspiro de resignación fingida.

—Dame tu muñeca, pues.

Para su sorpresa, Tayend le alargó el brazo sin vacilación, pero cuando la mano de Dannyl tocó la piel del académico, Tayend apartó la mirada y cerró los ojos con fuerza.

Enviando un poco de magia sanadora al cuerpo de Tayend, Dannyl alivió los estresados músculos. La mayoría de los sanadores verían con malos ojos aquel desperdicio de magia. A Tayend no le pasaba nada, simplemente no estaba acostumbrado al esfuerzo de caminar por terreno montañoso.

Cuando Dannyl liberó el brazo de Tayend, este se puso en pie y se miró de arriba a abajo.

—¡Esto es asombroso! —exclamó—. Me siento tan bien como esta mañana, antes de partir. —Sonrió a Dannyl; después echó a andar con paso enérgico por el sendero—. Vamos, pues. No tenemos todo el día.

Pasmado, Dannyl le siguió. Solo unos cientos de pasos más adelante, Tayend llegó a una subida y aminoró el paso hasta detenerse. Cuando Dannyl alcanzó al académico, las ruinas aparecieron ante sus ojos. Sobre una suave pendiente se extendían muros bajos, que señalaban los contornos de los edificios. Aquí y allá, antiguas columnas habían sobrevivido, y en el centro de la pequeña ciudad desierta aún perduraba intacta una estructura grande sin techo, cuyos muros estaban contruidos con enormes bloques de piedra. Toda suerte de hierbajos crecían por doquier, cubriéndolo todo.

—Bien, esto es Armje —musitó Tayend—. No queda mucho.

—Tiene más de mil años.

—Echemos una ojeada más de cerca.

El sendero se ensanchaba a medida que describía una curva hacia la ciudad para dar paso a una alzada cubierta de hierba. Tras alcanzar el primero de los edificios seguía recta hasta la construcción más grande. Dannyl y Tayend redujeron la marcha para examinar algunas de las habitaciones que quedaban a la vista de los edificios más pequeños.

—¿Crees que esto era algún tipo de baño público? —preguntó Tayend en determinado momento, parado junto a un banco de piedra con orificios a intervalos regulares.

—Quizá una especie de cocina —respondió Dannyl—. Los agujeros podrían haber sido para poner cacerolas sobre un fuego o un brasero.

Cuando se acercaron a la estructura grande en el centro, Dannyl percibió cierta quietud en el aire. Pasaron bajo un sólido dintel a una amplia sala. El suelo estaba oculto bajo tierra y yerbajos que les llegaban a la altura de la cintura.

—Me preguntó qué sería este lugar —caviló Tayend en voz alta—. Algo importante. Un palacio, quizá. O un templo.

Pasaron a una sala más pequeña, y de repente Tayend salió disparado hacia un

extremo. Estudió la pared, que estaba esculpida siguiendo un complejo diseño.

—Hay palabras aquí —dijo—. Algo sobre leyes.

Dannyl la examinó más de cerca, y entonces se le paró el corazón al ver una mano tallada.

—Mira.

—Ese es el jeroglífico para magia —dijo Tayend con tono displicente.

—¿El símbolo de la magia en elyneo antiguo es una mano?

—Sí, y aparece en muchos escritos antiguos. Algunos creen que la letra moderna «m» deriva del símbolo de una mano.

—Por tanto, la mitad del título del rey de Charkan indica magia. ¿Qué significa la media luna, entonces?

Tayend se encogió de hombros y se internó más en las ruinas.

—Magia lunar. Magia nocturna. ¿La magia está influenciada alguna vez por los ciclos de la luna?

—No.

—Quizá tiene que ver con mujeres. Magia de mujeres. Espera... ¡fíjate en esto!

Tayend se había detenido delante de otra pared esculpida. Estaba apuntando hacia una sección en lo alto, donde se habían derrumbado algunas piedras, dejando solo parte de las tallas. Entonces Dannyl ahogó una exclamación. El académico no apuntaba a uno de los jeroglíficos tallados. Señalaba un nombre familiar escrito en letra moderna.

—Dem Ladeiri no mencionó nada de que Akkarin hubiera subido hasta aquí —dijo Tayend.

—Quizá se le olvidó. Quizá Akkarin no se lo contó.

—Pero él realmente quería que viniéramos aquí.

Dannyl se quedó mirando el nombre, luego echó un vistazo al resto de la pared.

—¿Qué dice la escritura más antigua?

Tayend la estudió detenidamente.

—Dame un minuto...

Mientras el académico examinaba los jeroglíficos, Dannyl retrocedió y paseó la mirada por la sala. Bajo el nombre de Akkarin había un talla en relieve de un arco abovedado.

¿Era eso realmente?

Raspó la base, eliminando la hierba y la tierra, y sonrió cuando dejó al descubierto una ranura.

Tayend inspiró bruscamente.

—Según esto, esto es una...

—Puerta —concluyó Dannyl.

—¡Sí! —Tayend dio unas palmaditas en la pared—. Y conduce a un lugar de

sentencias. Me pregunto si todavía podrá abrirse.

Mirando hacia la puerta, Dannyl aguzó sus sentidos. Detectó un mecanismo simple, diseñado para ser accionado solo desde el interior... o mediante magia.

—Échate atrás.

Tayend se apartó de en medio y Dannyl proyectó su voluntad. El mecanismo giró con renuencia, combatiendo la tierra, el polvo y la hierba acumulados que atascaban la entrada. El estridente sonido de la piedra arañando el suelo llenó la sala cuando la puerta se abrió hacia dentro, revelando un oscuro pasillo.

Cuando hubo espacio suficiente para que un hombre se deslizara de lado, Dannyl liberó el mecanismo, por miedo a causarle un daño irreparable si lo forzaba más. Intercambió una mirada con Tayend.

—¿Entramos? —susurró el académico.

Dannyl frunció el ceño.

—Yo iré primero. Podría ser inestable.

El rostro de Tayend indicaba que iba a protestar, pero pareció cambiar de idea.

—Seguiré traduciendo esto.

—Volveré en cuanto me cerciore de que es seguro.

—Más te vale.

Tras deslizarse por la puerta, Dannyl concentró su voluntad en un globo de luz y lo envió por delante. Las paredes no presentaban adornos. Al principio tuvo que retirar finas cascadas de raíces y telas de farenas, pero después de unos veinte pasos el camino se despejaba. El suelo se inclinaba ligeramente hacia abajo y el aire se enfriaba con rapidez.

No había pasillos laterales. El techo era bajo, y pronto Dannyl sintió que una familiar inquietud se abatía sobre él. Llevaba la cuenta de sus pasos, y a los doscientos las paredes llegaron a su fin. El suelo continuaba, sin embargo, en una angosta cornisa que se perdía en la más completa oscuridad. Pisó con cautela en el saliente, preparado para levitar si se derrumbaba bajo su peso. Por el eco de sus pisadas, la caída a ambos lados era considerable.

El saliente se ensanchaba para formar una plataforma circular unos diez pasos más adelante. Dannyl hizo que el globo de luz brillara con más intensidad y jadeó cuando la luz se reflejó en una bóveda llameante. La superficie centelleaba y relucía como si estuviera revestida de innumerables piedras preciosas.

—¡Tayend! —llamó—. ¡Ven a ver esto!

Echando la mirada atrás, hacia la negra abertura del pasillo, Dannyl proyectó su voluntad y creó pequeños globos de luz en toda su longitud.

Vio por el rabillo del ojo algo que se movía. Se giró y distinguió una sección de la bóveda que emitía destellos más brillantes que el resto. Aparecieron haces ondulantes de luz, acercándose temblorosos el uno al otro. De hito en hito, observó con

fascinación cómo aceleraban hasta colisionar. Se asemejaba a la barrera de la Arena cuando recibía azotes, salvo que a la inversa...

Una instintiva señal de alarma hizo que levantara un escudo justo a tiempo para recibir el haz de poder procedente de la bóveda. Profirió una exclamación de sorpresa ante su fuerza, y entonces, al sentir un nuevo ataque por detrás, soltó un grito de terror. Cuando se giró, vio en las piedras un segundo destello de haces de poder... y dos más en rápido proceso de formación.

Dio un paso hacia la entrada del pasillo, otro más, y entonces sintió el escozor de una barrera que le bloqueaba el camino.

«¿Qué está pasando?! ¿Quién hace esto?»

Pero allí no había nadie más. Solo Tayend. Dannyl miró hacia el pasillo, pero estaba vacío. Cuando recibió más impactos, Dannyl extendió las manos hacia la barrera y envió una descarga de magia. La barrera se mantuvo alzada. Quizá, si ponía toda su fuerza... pero necesitaba poder para escudarse.

Sintió que afloraba el pánico. Cada azote le cansaba más. No tenía idea de por cuánto tiempo se prolongaría aquel ataque. Si esperaba, aquel lugar, aquella trampa, podría matarlo.

«¡Piensa!», se dijo a sí mismo. Los azotes procedentes de las paredes eran dirigidos a un punto sobre el centro de la plataforma. Si se apretaba contra la barrera, los azotes podrían no acertarle cuando se debilitara su escudo. Y si dejaba caer el escudo y concentraba todo su poder en la barrera, podría romperla antes de que el siguiente azote le golpeará.

Era todo lo que se le ocurría. No tenía tiempo para discurrir una idea mejor. Con los ojos cerrados, ignoró los embates de la magia cuando se apretó contra la barrera. Tomó aliento, y entonces, simultáneamente, dejó caer su escudo y arremetió con todo su poder.

Sintió que la barrera fluctuaba. Al mismo tiempo, fue consciente de que las últimas trazas de fuerza le abandonaban. Se preparó para aguantar el dolor, pero en cambio sintió que empezaba a caer. Abrió los ojos, pero solo veía oscuridad... una oscuridad en la que continuó cayendo mucho tiempo, aun cuando ya debería haber alcanzado el fondo...

—Lady Sonea.

La muchacha levantó la mirada y sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¡Tania!

Cuando la sirvienta sonrió, unos preciados recuerdos de sus charlas a primera hora de la mañana le provocaron un nostálgico dolor. Sonea dio una palmadita en la silla contigua, y Tania se sentó.

—¿Cómo está? —preguntó Tania. Algo en el modo de mirar a Sonea sugería que

la sirvienta no era optimista con respecto a la respuesta.

—Bien. —Sonea forzó una sonrisa.

—Parece cansada.

Sonea se encogió de hombros.

—Demasiadas noches acostándome tarde. Ahora hay mucho que aprender. ¿Cómo estás tú? ¿Rothen sigue sin darte un momento de respiro?

Tania soltó una risita.

—Él no es problema, aunque la echa de menos una barbaridad.

—Yo también le echo de menos... y a ti.

—Tengo una carta para usted, milady —dijo Tania. La sacó de entre sus ropas y la dejó en la mesa—. Rothen dijo que era de sus tíos, y que a lo mejor querría leerla inmediatamente, así que me ofrecí a traérsela aquí.

Sonea cogió la carta con ansiedad.

—Gracias.

La abrió y empezó a leer. El texto era formal y rebuscado. Como ni su tío ni su tía sabían escribir, contrataban a un escriba siempre que querían enviarle una carta.

—¡Mi tía va a tener otro hijo! —exclamó Sonea—. Oh, ojalá pudiera ir a verlos.

—Por supuesto que puede —dijo Tania—. El Gremio no es una prisión, ¿sabe?

Sonea miró reflexivamente a la mujer. Tania no sabía lo de Akkarin, claro. Pero Akkarin nunca le había dicho que prohibiera las visitas familiares. Ni que nunca debería salir del Gremio. Los guardias de la puerta no la detendrían. Le bastaba sencillamente con salir andando e ir a cualquier parte de la ciudad que deseara. A Akkarin no le gustaría, pero dado que la había echado de los pasadizos secretos y dejado a merced de la banda de Regin, no se mostraba muy dispuesta a colaborar.

—Tienes razón —dijo Sonea lentamente—. Iré a visitarlos. Iré a visitarlos hoy.

Tania sonrió.

—Seguro que estarán encantados de volver a verla.

—Gracias, Tania —dijo Sonea, poniéndose en pie.

La sirvienta hizo una reverencia y, todavía sonriendo, caminó hacia la puerta de la biblioteca.

Mientras colocaba los libros en la caja, Sonea sintió un entusiasmo creciente, pero al recapacitar sobre lo que estaba a punto de hacer, su ánimo se ensombreció. Podría moverse por la ciudad fácilmente. Nadie se extrañaría por la presencia de un mago en las calles, ni siquiera de un aprendiz. Pero en las barriadas su túnica atraería la atención, y posiblemente una atención hostil. Era un problema que no había necesitado afrontar en las visitas anteriores porque entonces no era una aprendiz. Aunque podría protegerse con magia de cualquier proyectil u hostigamiento, no quería que la persiguieran, ni atraer ese tipo de atención hacia su tío y su tía.

Sin embargo, la ley decía que debía llevar su uniforme todo el tiempo. No le

preocupaba demasiado quebrantar la ley, pero ¿dónde iba a ponerse la clase de ropas raídas con las que pasaría desapercibida en las barriadas, incluso si conseguía encontrarlas?

Podría comprar un abrigo o una capa en el mercado cuando llegara a la Cuaderna Septentrional. Para eso, no obstante, necesitaría dinero, pero lo guardaba en su habitación, en la residencia del Gran Lord. Bajando la mirada a la caja, reconsideró su plan. ¿Iba a permitir que su miedo a Akkarin la disuadiera de visitar a su familia? No. Él raramente estaba en la residencia durante el día. Seguro que no se lo encontraría allí.

Cogió la caja, hizo una reverencia a lady Tya, y abandonó la biblioteca. Sonreía mientras caminaba por los pasillos de la universidad. Además, compraría un regalo a sus tíos, y puede que más tarde se pasara por la posada de Gollin para ver a Harrin y a Donia, y preguntar por Cery.

Se le aceleró el pulso en el momento de entrar en la residencia del Gran Lord. Para su alivio, Akkarin no estaba dentro, y Takan, su sirviente, apareció solo el tiempo suficiente para brindarle una respetuosa reverencia y volvió a desaparecer. Dejó la caja, se metió una bolsita de dinero en la túnica y salió de su habitación. Cuando la puerta de la residencia se cerró tras ella, se puso derecha y se encaminó hacia las puertas.

Los guardias la miraron con curiosidad al pasar. Probablemente nunca la habían visto antes, pues solo había salido del Gremio unas pocas veces en un carruaje con Rothen. O quizá simplemente les parecía raro ver a un aprendiz marcharse a pie.

Una vez en el Círculo Interno, se sintió extrañamente fuera de lugar. Al ver las ostentosas viviendas que flanqueaban las calles, regresaron a ella vívidos recuerdos de sus escasas visitas a aquella parte de la ciudad años atrás, para entregar zapatos reparados y ropas a los sirvientes de las Casas. Durante aquellas visitas, hombres y mujeres bien vestidos pertenecientes al Círculo Interno la habían mirado con recelo y desdén, y ella se había visto obligada a mostrar su aval de admisión repetidas veces.

Ahora aquellas personas sonreían y se inclinaban educadamente cuando pasaba ante ellas. Era una sensación extraña e irreal, que se acrecentó cuando atrevesó las puertas hacia la Cuaderna Septentrional. La Guardia de Puertas saludó formalmente, e incluso detuvo un carruaje de la Casa Korin para que Sonea pudiera pasar sin demora.

Una vez en la Cuaderna Septentrional, las educadas reverencias y las sonrisas se transformaron en miradas de hito en hito. Tras varios centenares de pasos, Sonea cambió de idea respecto a la visita al mercado. En su lugar, se dirigió a una casa que anunciaba «Ropa de calidad y arreglos».

—¿Sí? —Una mujer de cabello gris contestó a la puerta y, en cuanto vio a una joven maga en su escalera de entrada, ahogó una exclamación de estupefacción—.

¡Milady! ¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó, haciendo una reverencia con precipitación.

Sonea sonrió.

—Me gustaría comprar una capa, por favor.

—¡Pase! ¡Pase!

La mujer abrió completamente la puerta y se inclinó otra vez ante Sonea cuando esta entró. La hizo pasar a una habitación, donde percheros de ropa colgaban bordeando las paredes.

—Tal vez no posea algo lo suficientemente bueno —dijo la mujer en tono de disculpa, mientras levantaba varias capas de los percheros—. Esta lleva piel de limek alrededor de la capucha, y esa otra tiene un dobladillo bordado con cuentas.

Incapaz de resistirse, Sonea inspeccionó las capas.

—Es un buen trabajo —dijo de la capa bordada—. Sin embargo... dudo que esta piel sea de limek. El limek tiene un pelaje doble.

—¡Oh, cielos! —exclamó la mujer, arrebatándole la capa.

—Pero no es lo que estoy buscando, de todas formas —agregó Sonea—. Necesito algo viejo y un poco gastado... No digo que espere encontrar algo de baja calidad aquí. ¿Alguno de sus sirvientes tendría una capa que parezca como si se fuera a tirar a la basura cualquier día?

La mujer miró fijamente a Sonea, sorprendida.

—No sé... —Dudó un instante.

—¿Por qué no les pregunta ahora? —sugirió Sonea—. Mientras tanto, yo me quedaré admirando sus creaciones.

—Si es lo que desea...

La curiosidad había asomado ahora a los ojos de la mujer. Hizo una reverencia y desapareció en el interior de la casa, pronunciando el nombre de una sirvienta.

Sonea se acercó a los colgadores y examinó algunas de las prendas. Lanzó un suspiro de melancolía. Con la restrictiva ley con respecto a la túnica, con toda probabilidad nunca vestiría nada como aquello, incluso aunque ahora pudiera permitírsele.

Oyó unos pasos apresurados que se aproximaban, y se volvió en el momento en que la costurera entraba en la habitación, con los brazos cargados de ropa.

Una sirvienta asomó tras ella, con aspecto pálido y tenso. La muchacha abrió los ojos de par en par cuando vio a Sonea.

Tras revisar las capas, Sonea eligió una con un largo desgarrón en un costado, que había sido remendado pulcramente. Además, tenía el dobladillo descosido del forro. Sonea miró a la sirvienta.

—¿Hay un jardín aquí? ¿Tal vez un patio de corral?

La muchacha asintió.

—Coge esta capa y arrastra el dobladillo por el suelo... y tira un poco de tierra por encima.

Con aspecto desconcertado, la chica desapareció con la capa. Sonea puso una moneda de oro en la mano de la costurera, y después, cuando la sirvienta regresó con la capa sucia, deslizó una de plata en el bolsillo de la muchacha.

«¿Quién habría pensado que terminaría usando mis habilidades como carterista para dar dinero en lugar de robarlo?», caviló mientras dejaba la casa.

Con la capa cubriendo la túnica, ya no recibió más miradas en su camino hacia las Puertas Septentrionales.

Los guardias solo le echaron una rápida ojeada al entrar en las barriadas. Estaban más preocupados por los habitantes que las abandonaban que por quienes se internaban en ellas. Un olor, desagradable pero a la vez reconfortantemente familiar, la envolvió mientras se movía por las sinuosas calles. Mirando alrededor, sintió que se relajaba un poco. Allí, Regin y Akkarin parecían problemas insignificantes y lejanos.

Entonces notó que un hombre la observaba desde la puerta de una casa de bol y volvió a ponerse tensa. Aquello seguían siendo las barriadas, y aunque pudiera protegerse con magia, sería mejor evitarlo. Alerta y amparada en las sombras, continuó su camino velozmente por las calles y callejones.

Jonna y Ranel vivían ahora en una zona más próspera de las barriadas, donde los residentes habitaban sólidas casas de madera. Se internó en un mercado para comprar algunas mantas y una cesta de verduras y pan recién hecho. Deseó poder comprar algo más lujoso, pero Jonna siempre había rehusado tales regalos, diciendo: «En mi hogar no quiero nada que parezca de las Casas. La gente pensaría cosas raras de nosotros».

Cuando llegó a la calle donde vivía su familia, arrojó unos panecillos a un grupito de chicos sentados en cajones vacíos en la esquina. Ellos le dieron las gracias. Se dio cuenta de que no había disfrutado tanto en meses.

«No desde la visita de Dorrien —pensó de repente—. Pero es mejor no pensar en él.»

Su gesto se tornó serio en el momento de alcanzar la casa de su tío y su tía. Desde que se uniera al Gremio, ellos se habían mostrado inquietos e incómodos. Habían presenciado cómo perdía el Control de sus poderes hacía poco más de un año, y a Sonea no le sorprendería que siguieran teniendo miedo de ella. Pero sabía que nunca superarían su temor o su incomodidad si cesaban sus visitas. Eran todavía su única familia y no iba a dejar que desaparecieran de su vida.

Llamó a la puerta. Un momento después se abrió, y Jonna la miró con sorpresa.

—¡Sonea!

La muchacha esbozó una sonrisa.

—Hola, Jonna.

Jonna empujó la puerta para abrirla del todo.

—Pareces diferente... pero ya veo lo que has hecho con la capa. ¿Eso es legal?

Sonea soltó un bufido.

—¿A quién le importa? Recibí vuestra carta hoy, y tenía que veros. Mira, os he traído un regalo para celebrarlo.

Tras entregarle la cesta y las mantas, Sonea pasó a la pequeña sala de invitados, amueblada con sencillez. Ranel entró en la habitación y rió con deleite.

—¡Sonea! ¿Cómo está mi sobrinita?

—Bien. Contenta —mintió Sonea.

«No pienses en Akkarin. No estropees la tarde.»

Ranel le dio un abrazo.

—Gracias por el dinero —murmuró.

Sonea sonrió y empezó a quitarse la capa, pero se lo pensó mejor. Al ver una cuna en un lado de la habitación, se acercó a ella y contempló a su primo, que dormía.

—Está creciendo bien —dijo—. ¿Ningún problema?

—No, solo un poco de tos —dijo Jonna, sonriendo. Se dio una palmadita en la tripa—. Tenemos la esperanza de que esta vez sea niña.

Mientras dialogaban, Sonea se sintió aliviada al encontrarlos más relajados en su presencia. Comieron algo de pan, jugaron con el bebé cuando este despertó y hablaron de posibles nombres para el siguiente. Ranel contó a Sonea las novedades sobre los viejos amigos y conocidos, y otros sucesos que habían preocupado a los habitantes de las barriadas.

—No estábamos en la ciudad, pero hemos oído dónde tuvo lugar la Purga —dijo Ranel tras un suspiro. Miró a Sonea—. ¿Tú...? —preguntó de mala gana.

—No. —Sonea arrugó el gesto—. Los aprendices no van. Yo... supongo que era estúpido, pero pensé que no la harían, después de lo que pasó el último año. Quizá, cuando me haya graduado... —Sacudió la cabeza.

«¿Qué haré? ¿Hablarles abiertamente de ello? Como si fueran a escuchar a una chica de las barriadas.»

Suspiró. Tenía aún un largo camino por delante para ser capaz alguna vez de ayudar a la gente de la que en una ocasión se había sentido parte. La idea de persuadir al Gremio para que cesaran las Purgas parecía ahora ingenua y ridícula, igual que la esperanza de que en el futuro ofrecieran sus servicios de sanación a los habitantes de las barriadas.

—¿Qué más tenemos aquí? —dijo Jonna, rebuscando entre las verduras de la cesta—. ¿Te quedas a cenar, Sonea?

La muchacha, alarmada, se puso rígida.

—¿Qué hora es? —Miró por una de las ventanas altas y estrechas. La luz en el

exterior era tenue y dorada—. Tendré que volver pronto.

—Ten cuidado de camino a casa —dijo Ranel—. No querrás toparte con ese asesino del que todo el mundo habla.

—No sería ningún problema para Sonea —dijo Jona, soltando una risita.

—¿Qué asesino? —preguntó Sonea, sonriendo ante la confianza de su tía.

Ranel enarcó las cejas.

—Creía que ya lo sabías. Se habla de ello por toda la ciudad. —Hizo una mueca—. Se comenta que el asesino no es uno de los ladrones... y he oído que los ladrones andan tras él. Pero sin suerte.

—No me lo imagino capaz de huir de los ladrones por mucho tiempo —caviló Sonea.

—Pero de esto ya hace meses —dijo Ranel—. Y algunos losdes dicen que se acuerdan de muertes parecidas que ocurrieron hace un año, y antes.

—¿Sabe alguien cómo es?

—Las historias son todas distintas. Pero casi todas dicen que lleva un anillo con una gema roja enorme. —Ranel se inclinó hacia delante—. La historia más extraña que he escuchado ha sido la de uno de nuestros clientes. Dijo que el marido de su hermana es dueño de una posada allá en Ladosur. Una noche, ese hombre oyó gritar a alguien en una de las habitaciones, así que fue a mirar. Cuando abrió la puerta, el asesino saltó por la ventana. Pero en vez de caer al suelo, desde tres pisos, se fue hacia arriba, ¡como si estuviera volando!

Sonea puso cara de circunstancias. Mucha gente de dudoso empleo utilizaba atajos por los tejados de las barriadas, que formaban lo que llamaban el Camino Alto. Era posible que el hombre hubiera salido columpiándose de un asidero y trepado luego hasta el techo.

—Aunque lo extraño no fue eso —prosiguió Ranel—. Lo que puso los pelos de punta al posadero fue que el hombre que se alojaba en la habitación estaba muerto, pero lo único que tenía en el cuerpo eran unos cortes superficiales.

Sonea frunció el ceño. ¿Muerto, pero sin ninguna herida salvo unos pocos cortes superficiales? Entonces se le heló la sangre. Un recuerdo asomó como un rayo en su mente, un recuerdo de Akkarin en la habitación subterránea.

«Takan caía sobre una rodilla y ofrecía su brazo. En la mano de Akkarin relucía una daga. El mago deslizaba la hoja sobre la piel del sirviente, después posaba una mano sobre la herida...»

—Sonea. ¿Estás escuchando?

Parpadeó, y a continuación miró a su tío.

—Sí. Es que me estaba acordando de algo. De hace mucho tiempo. Con tanto hablar de asesinos... —Se estremeció—. Tengo que irme.

Cuando se levantó, Jona la envolvió en un abrazo.

—Es bueno saber que puedes protegerte tu sola, Sonea. No tendré que preocuparme por ti.

—Hummm. Por lo menos podrías preocuparte un poquito.

Jonna se echó a reír.

—Vale. Si eso te hace sentir mejor.

Sonea dijo adiós a Ranel, y salió a la calle. Mientras atravesaba las barriadas, no pudo evitar recordar las palabras de Lorlen durante la lectura de la verdad.

«Además, aunque no me guste la idea, me temo que podrías ser una víctima muy atractiva para él. Sabe que tus poderes son fuertes. Serías una abundante fuente de magia.»

Pero Akkarin no podía matarla. Si ella desaparecía, Rothen y Lorlen denunciarían su crimen al Gremio. Akkarin no se arriesgaría a eso.

Aun así, mientras franqueaba las puertas de la ciudad hacia la Cuaderna Septentrional, Sonea no pudo reprimir un sentimiento de angustia. ¿Había hecho de las barriadas su terreno de caza? ¿Corrían peligro su tío y su tía?

«A ellos tampoco los matará —se dijo—. Porque entonces yo misma contaría al Gremio la verdad.»

Pero de repente se le ocurrió que visitar a su tío y a su tía había sido una insensatez, y de la peor clase. Era casi como desaparecer; solo Tania sabía dónde estaba. Si Lorlen y Rothen se enteraban de su ausencia, podrían hacer responsable a Akkarin. O este podría haber sacado la conclusión de que Sonea se había fugado del Gremio, y en ese preciso instante podría estar preparándose para silenciar a los otros.

La recorrió un escalofrío, y comprendió que no se sentiría a salvo hasta estar de vuelta en el Gremio, incluso aunque eso significara vivir bajo el mismo techo que el hombre que quizá fuera el asesino al que temían los habitantes de las barriadas.

33. La advertencia del Gran Lord

El gorjeo de los pájaros y el sonido del viento saludó a Dannyl al despertar. Abrió los ojos y parpadeó, momentáneamente confundido por el entorno. Muros de piedra se erigían alrededor, pero no había tejado por encima. Yacía en un grueso lecho de hierba. El aire tenía el aroma de la mañana.

Armje. Estaba en las ruinas de Armje.

Entonces recordó la cámara, y el techo abovedado, y los ataques de este.

«He sobrevivido, pues.»

Se inspeccionó a sí mismo. El bajo de la túnica estaba carbonizado. Tenía roja la piel de las pantorrillas por encima de donde habían estado sus botas, y le ardía de escozor. Al levantar la mirada, halló las botas perfectamente alineadas a unos pasos de distancia. Estaban carbonizadas.

Había estado a punto de morir, comprendió.

Tayend debía de haberle sacado de la caverna y llevado hasta ese lugar. Dannyl miró a su alrededor, pero no vio ni rastro de él. Captando una mancha de color en el terreno cercano, reconoció la chaqueta azul de Tayend, doblada junto a otro lecho de hierba.

Se planteó levantarse y buscar a su amigo, pero permaneció en su lecho de hierba. Tayend no estaría lejos, y sentía una abrumadora resistencia a moverse. Necesitaba reposo, y no porque su cuerpo lo requiriera, sino porque tenía que recuperar sus poderes mágicos.

Se concentró en la fuente de su poder, y descubrió que casi no le quedaba magia que invocar. Por lo general, habría dormido hasta recobrase al menos parcialmente. Quizá el persistente recuerdo del peligro le había despertado tan pronto como recuperó la fuerza suficiente para arrancarle de su letargo. Saber que carecía de magia debería haberle causado sensaciones de vulnerabilidad e inquietud, pero en cambio se sintió más libre, como eximido de algo.

Se apoyó sobre un codo al oír pasos. Tayend entró en el recinto y sonrió cuando vio que Dannyl estaba despierto. El académico tenía el pelo un poco alborotado, pero por lo demás aún conseguía parecer acicalado a pesar de haber dormido en un lecho de hierba.

—Por fin estás despierto. Acabo de rellenar las petacas. ¿Sediento?

Dándose cuenta de que lo estaba, Dannyl asintió. Aceptó la petaca y la apuró. Tayend se puso en cuclillas a su lado.

—¿Estás bien?

—Sí. Los tobillos un poco chamuscados, pero nada más.

—¿Qué ha sucedido?

Dannyl meneó la cabeza.

—Estaba a punto de hacerte la misma pregunta.

—Tu parte primero.

—Muy bien.

Dannyl describió la cámara, y cómo le había atacado. Tayend abría los ojos cada vez más a medida que escuchaba.

—Cuando entraste, yo continué leyendo los jeroglíficos —dijo el académico—. La escritura decía que la puerta conducía a un lugar llamado la Cámara del Castigo Último, y un poco después averigüé que fue construida para ejecutar a magos. Intenté llamarte, avisarte, pero entonces oí que tú me llamabas, y creaste las luces. Antes de poder alcanzar el final del pasillo, se apagaron.

Tayend tembló.

—Seguí avanzando. Cuando llegué a la caverna, estabas apretado contra algo invisible. Entonces caíste hacia delante, pero no te movías. Vi más de esas cosas relámpago en las paredes. Corrí y te agarré por los brazos, y te saqué de la plataforma. El rayo la tocó, y después todo fue oscuridad. No veía nada, pero seguí tirando de ti, hasta el pasillo y luego fuera. Después te traje aquí. —Hizo una pausa, y su boca se curvó en una media sonrisa—. Pesas mucho, por cierto.

—¿Sí?

—Es por la altura, estoy seguro.

Dannyl sonrió, y repentinamente se sintió abrumado por el afecto y la gratitud.

—Me has salvado la vida, Tayend. Te lo agradezco.

El académico parpadeó, luego sonrió semiconscientemente.

—Supongo que sí. Parece que te he devuelto el favor. Y bien, ¿crees que el Gremio conoce la existencia de esta Cámara del Castigo Último?

—Sí. No. Tal vez.

Dannyl sacudió la cabeza. No quería hablar del Gremio, ni de la caverna.

«Estoy vivo», pensó.

Miró a su alrededor, a los árboles, al cielo; después a Tayend.

«Realmente es un hombre muy guapo», pensó de repente, recordando la fuerte impresión que le había causado la refinada belleza del académico aquel primera día, en los muelles de Capia.

Percibió algo justo en el límite de sus pensamientos, como un recuerdo fuera de su alcance. Se hacía más intenso cuanto más se concentraba en ello, y una familiar sensación de inquietud se abatió sobre él. Trató de quitársela de encima.

De repente fue plenamente consciente de su carencia de fuerza mágica. Frunció el ceño, preguntándose por qué había intentado alcanzar sus poderes inconscientemente. Entonces lo comprendió. Había estado a punto de emplear sus poderes de sanación para desprenderse de aquel desasosiego, o al menos de la reacción física que lo había

provocado.

«Como hago siempre, sin darme cuenta.»

—¿Algo va mal? —preguntó Tayend.

Dannyl negó con la cabeza.

—Nada.

Pero era mentira. Todos aquellos años había estado haciendo lo mismo: desviar su atención de los pensamientos que le habían causado tantos problemas y suplicios, y emplear su poder de sanación para impedir que su cuerpo reaccionara en primer lugar.

Los recuerdos regresaron en avalancha. Recuerdos de ser objeto de escándalos y rumores. Había decidido que si sus sentimientos eran tan inaceptables, entonces sería mejor no sentir nada en absoluto. Y quizá, con el tiempo, empezaría a desear lo que era correcto y apropiado.

Pero nada había cambiado. En el mismo momento en que perdió su capacidad para sanar, allí estaba otra vez. Había fracasado.

—¿Dannyl?

Mirando a Tayend, Dannyl notó que le daba un vuelco el corazón. ¿Cómo podía mirar a su amigo, y considerar que ser como él era un fracaso?

No podía. Recordó algo que Tayend había dicho: «Existe una... una convicción en mi fuero interno sobre lo que considero natural y correcto que es tan fuerte como su propia convicción sobre lo que es natural y correcto».

¿Qué era lo natural y correcto? ¿Quién lo sabía realmente? El mundo nunca fue tan simple para que una sola persona pudiera poseer todas las respuestas. Había luchado contra aquello durante mucho tiempo. ¿A qué se asemejaría dejar de luchar? A aceptar lo que era.

—Tienes una expresión en la cara de lo más extraña. ¿En qué estás pensando?

Dannyl dirigió a Tayend una mirada calculadora. El académico era su amigo más íntimo. Incluso más que Rothen. Nunca había sido capaz de contar a Rothen la verdad, y sabía que podía confiar en Tayend. ¿Acaso no le había protegido el académico de los cotilleos en Elyne?

«Qué gran alivio supondría contárselo a alguien», pensó Dannyl. Respiró hondo, y dejó escapar el aire lentamente.

—Me temo que no he sido del todo sincero contigo, Tayend.

Los ojos del académico se agrandaron ligeramente. Se recostó hacia atrás, apoyado sobre las caderas, y sonrió.

—¿En serio? ¿Cómo es eso?

—Ese aprendiz con el que entablé amistad hace años... era exactamente lo que decían que era.

Los labios de Tayend se curvaron en una media sonrisa.

—Nunca dijiste que no lo fuera.

Dannyl titubeó, luego continuó.

—Y yo también.

Observando el rostro de Tayend, Dannyl se sorprendió al ver que su sonrisa se ensanchaba.

—Lo sé.

Dannyl frunció el ceño.

—¿Cómo podías saberlo? Yo ni siquiera... me acordaba hasta ahora.

—¿Acordarse? —El rostro de Tayend se ensombreció, y ladeó la cabeza—. ¿Cómo se olvida algo como eso?

—Yo... —Dannyl suspiró y le explicó lo referente a la sanación—. Después de un par de años, se convierte en un hábito, supongo. La mente puede ser algo poderoso, especialmente en los magos. Nos adiestran para enfocar nuestras mentes y alcanzar profundos niveles de concentración. Aparté todo pensamiento peligroso. Podría no haber funcionado si no hubiera sido capaz de sofocar mis sentimientos físicos con magia. —Hizo una mueca—. Pero no cambió nada. Me vació de cualquier sentimiento de atracción. No deseaba ni a hombres ni a mujeres.

—Debe de haber sido terrible.

—Sí... y no. Tengo pocos amigos. Supongo que era un solitario. Pero era una soledad embotada. No hay tanto dolor en la vida si no te involucras con otros. —Guardó silencio—. Pero ¿eso es vivir, realmente?

Tayend no contestó. Mirando al académico, Dannyl advirtió cierto recelo en su rostro.

—Tú lo sabías —dijo Dannyl lentamente—. Pero no podías decir nada. De lo contrario, habría reaccionado con temor y negándolo.

Tayend se encogió de hombros.

—Era más bien una conjetura. Aunque si acertaba, sabía que existía la posibilidad de que nunca lo afrontaras. Ahora que conozco el esfuerzo que realizaste, es asombroso que lo hayas hecho. —Se interrumpió un instante—. Los hábitos son difíciles de romper.

—Pero lo haré. —Dannyl se quedó paralizado al darse cuenta de sus palabras.

«¿Puedo realmente comprometerme a eso? ¿Puedo aceptar lo que soy, y hacer frente a este miedo al descubrimiento y al rechazo?»

Mientras contemplaba a Tayend, una voz en lo más profundo de su ser le respondió: «¡Sí!».

El sendero que llevaba a la residencia del Gran Lord estaba espolvoreado con fragmentos diminutos de color. El viento susurraba entre los árboles, y hacía revolotear más flores, que se unían a las que ya tapizaban el suelo. Sonea admiró los

colores. Un desenfadado humor la había acompañado desde la visita a sus tíos del día anterior. Ni siquiera las miradas de Regin en clase lo habían ensombrecido.

Cuando llegó a la entrada, sin embargo, la embargó un familiar pesimismo. La puerta se abrió hacia dentro a su contacto, y Sonea saludó con una reverencia al mago que aguardaba en la sala de invitados.

—Buenas noches, Sonea —dijo Akkarin. ¿Eran imaginaciones tuyas, o había algo distinto en su tono de voz?

—Buenas noches, Gran Lord.

Las cenas de los primerdías se habían convertido en una rutina predecible. Él siempre le preguntaba por las lecciones; ella respondía lo más sucintamente posible. No hablaban sobre mucho más. La noche siguiente a su encuentro en los pasadizos, Sonea había supuesto que sacaría el tema a colación, pero, para su alivio, no lo mencionó ni una sola vez. Obviamente, el mago no consideraba necesaria una mayor reprimenda.

Subió laboriosamente la escalera. Takan, como siempre, los esperaba en el salón comedor. Alrededor del sirviente se arremolinaba un delicioso aroma a especias, y notó que su estómago rugía impaciente. Pero cuando Akkarin se sentó frente a ella, recordó la historia de Ranel sobre el asesino, y su apetito se esfumó.

Bajó la vista a la mesa, y a continuación lanzó una mirada furtiva a Akkarin. ¿Estaba sentada frente a un asesino? El mago clavó los ojos en ella, y la chica rápidamente esquivó su mirada.

Ranel había dicho que el asesino llevaba un anillo con una gema roja. Miró las manos de Akkarin, y casi se sintió decepcionada al ver que estaban desnudas. Ni siquiera una marca que insinuara la posibilidad de que se pusiera un anillo de vez en cuando. Sus dedos eran largos y elegantes, aunque masculinos...

Takan entró con una fuente de comida, desviando su atención. Cuando Sonea empezó a comer, Akkarin se enderezó, y Sonea supo que su habitual interrogatorio estaba a punto de iniciarse.

—Bien, ¿cómo se encuentran tu tío y tu tía, y su hijo? ¿Pasaste una tarde agradable con ellos, ayer?

«¡Lo sabe!»

Inspiró sobresaltada, y sintió que algo se le quedaba atascado en la garganta. Cogió una servilleta, se cubrió el rostro y tosió.

«¿Cómo sabe adónde fui? ¿Me siguió? ¿O estaba en las barriadas, a la caza de víctimas, y me vio por casualidad?»

—No irás a morirte en mi presencia, ¿verdad? —preguntó secamente—. Eso sería una inconveniencia.

Apartó la servilleta, y encontró a Takan de pie a su lado, ofreciéndole un vaso de agua. Lo cogió y se la bebió de un trago.

«¿Qué debería decir? Sabe dónde viven Jonna y Ranel.»

Sintió una punzada de miedo, pero la obvió. Si hubiera querido, podría haberlo averiguado fácilmente sin necesidad de seguirla. Puede que incluso hubiera extraído la información de su mente... o de Rothen.

El mago no dio la impresión de que estuviera esperando una respuesta, ni de que desistiera de recibir una.

—No desapruedo que los visites —dijo—. Sí que espero, sin embargo, que solicites permiso si tienes intención de salir de los terrenos del Gremio, en cualquier momento. La próxima vez... —Miró a Sonea directamente, con ojos duros—. Sin duda recordarás preguntarme primero.

La chica asintió bajando la mirada.

—Sí, Gran Lord.

La puerta se abrió justo en el mismo momento en que Lorlen llegaba a la residencia del Gran Lord. Se detuvo cuando Sonea salió, con la caja en una mano. La chica le miró, pestañeando por la sorpresa, y a continuación saludó con una reverencia.

—Administrador.

—Sonea —respondió él.

Los ojos de ella se posaron en su mano, y se abrieron de par en par. Parpadeó, mirándole a los ojos, con expresión inquisitiva; luego apartó rápidamente la mirada y pasó a toda prisa a su lado, encaminándose hacia la universidad.

Lorlen se miró el anillo que llevaba puesto, y experimentó en sus entrañas una sensación de hundimiento. Claramente, la chica había oído hablar del asesino y del anillo rojo. ¿Qué pensaría ahora de él? Se volvió a mirarla, sintiendo una opresión en el pecho. Día a día pasaba de una inevitable pesadilla a otra. De la sombra de Akkarin a los tormentos impuestos por los aprendices. Era una situación cruel e innecesaria. Apretó los puños, avanzó hasta la puerta y la franqueó. Akkarin estaba sentado en uno de sus lujosos sillones, bebiendo ya de una copa de vino.

—¿Por qué permites que los aprendices la tomen con ella? —inquirió antes de que su ira y coraje desfallecieran.

Akkarin arqueó las cejas.

—Presumo que te refieres a Sonea. Le beneficia.

—¿Le beneficia? —exclamó Lorlen.

—Sí. Tiene que aprender a defenderse por sí misma.

—¿Contra otros aprendices?

—Sonea debería ser capaz de derrotarlos. No están bien coordinados.

Lorlen sacudió la cabeza y empezó a pasearse por la estancia.

—Pero no los está derrotando, y algunos magos se preguntan por qué no intervienes y pones fin al asunto.

Akkarin se encogió de hombros.

—Depende de mí la forma de entrenar a mi aprendiz.

—¡Entrenar! ¡Eso no es un entrenamiento!

—Ya oíste el análisis de lord Yikmo. Es demasiado buena persona. Un conflicto real la enseñará a contraatacar.

—Pero se trata de quince aprendices contra una. ¿Cómo puedes suponer que ella aguantará contra tantos?

—¿Quince? —Akkarin sonrió—. La última vez que los vi eran casi veinte.

Lorlen dejó de andar y miró fijamente al Gran Lord.

—¿Has estado observándola?

—Siempre que me es posible. —La sonrisa de Akkarin se ensanchó—. Aunque en ocasiones no es fácil seguirles. Me gustaría saber cómo terminó la última vez. Dieciocho, quizá diecinueve, y aun así consiguió librarse.

—¿Escapó? —Repentinamente, Lorlen se sintió mareado. Se acercó a una silla y se dejó caer en ella—. Pero eso significa...

Akkarin rió entre dientes.

—Te aconsejaría que te lo pensaras dos veces si estuvieras planeando enfrentarte a ella en la Arena, Lorlen, aunque su falta de habilidad y confianza te aseguraría una victoria.

Lorlen no contestó. Su mente estaba aún lidiando con la idea de que una aprendiz tan joven como Sonea pudiera ser ya tan poderosa. Akkarin se inclinó hacia él; sus ojos oscuros destellaron.

—Cada vez que la atacan, ha de emplearse al máximo —dijo con tranquilidad—. Está aprendiendo a defenderse por sí misma de formas que ni Balkan ni Yikmo podrían enseñarle. No voy a detener a Regin ni a sus cómplices. Son los mejores profesores que tiene.

—Pero... ¿por qué quieres que sea más fuerte? —Lorlen resolló—. ¿No temes que se vuelva contra ti? ¿Qué hará cuando se gradúe?

La sonrisa de Akkarin se desvaneció.

—Ella es la aprendiz predilecta del Gran Lord. El Gremio espera de ella que sobresalga. Pero nunca será lo bastante fuerte para suponer una amenaza para mí. —Apartó la mirada y su expresión se endureció—. En cuanto a la graduación, decidiré cómo tratar el asunto cuando llegue el momento.

Lorlen sintió un escalofrío al percibir una expresión calculadora en los ojos de Akkarin. Retornó un recuerdo de su visita al cuartel de la Guardia. La imagen de los cadáveres del muchacho asesinado y su padre era difícil de olvidar. Aunque más cruenta, la muerte del joven no le había estremecido tanto como la otra. Las muñecas del padre tenían cortes superficiales, y había perdido poca sangre. Y aun así estaba muerto.

Siguiendo las instrucciones de Akkarin, Lorlen había explicado a Barran que no enviaría magos a la caza del descarriado, como había hecho con Sonea. La búsqueda anterior había forzado a la chica a recurrir a la ayuda de los ladrones, y estos habían retrasado la labor del Gremio durante meses. Aunque se rumoreaba que los ladrones también perseguían al asesino, no era imposible que pactaran un trato si acudía a ellos pidiendo ayuda. Por tanto, era mejor que el Gremio no diera motivos al asesino para ocultarse extremando las preocupaciones. La Guardia debía localizarle, después Lorlen se encargaría de proporcionar asistencia mágica para capturarlo. Barran había expresado su conformidad; esa sería la medida más sabia.

Pero eso nunca sucedería si el asesino era Akkarin. Lorlen estudió al hombre de la túnica negra. Quería preguntar directamente a Akkarin si tenía relación alguna con los asesinatos, pero temía la respuesta. Y, en cualquier caso, incluso si la respuesta era negativa, ¿podría dar crédito a su negación?

—Ah, Lorlen —dijo Akkarin; su tono de voz sonaba divertido—. Cualquiera pensaría que Sonea es tu aprendiz adoptiva.

Lorlen obligó a su mente a regresar al tema.

—Si un tutor es negligente en sus obligaciones, es mi deber enmendar la situación.

—Y si te digo que no te entrometas en este asunto, ¿lo harás?

Lorlen frunció el ceño.

—Desde luego —dijo de mala gana.

—¿Cómo puedo confiar en ello —empezó Akkarin, tras un suspiro—, cuando no has cumplido lo que te pedí con respecto a Dannyl?

Sorprendido, Lorlen miró a Akkarin arrugando la frente.

—¿Dannyl?

—Ha continuado con su investigación.

Lorlen no pudo evitar sentir un destello de esperanza ante la noticia, pero rápidamente se desvaneció. Si Akkarin lo sabía, cualquier bien que pudiera derivarse de ello ya estaba perdido.

—Le envié órdenes para que abandonara la misión.

—Entonces no las ha acatado.

Lorlen titubeó.

—¿Qué harás?

Akkarin apuró su vaso, luego se levantó y caminó hasta la mesa de la bebidas.

—No lo he decidido. Si va a donde temo, morirá... y no por mi mano.

El corazón de Lorlen casi se detuvo.

—¿Puedes avisarle?

Akkarin dejó la copa en la mesa y suspiró.

—Quizá ya sea demasiado tarde. Tendré que sopesar los riesgos.

—¿Riesgos? —Lorlen frunció el ceño—. ¿Qué riesgos?

Akkarin se volvió y sonrió.

—Estás lleno de interrogantes esta noche. Me pregunto si últimamente no habrá algo en el agua del manantial. Todo el mundo parece ser más atrevido. —Se dio la vuelta y rellenó su copa y otra más—. Eso es lo único que puedo decirte, por ahora. Si fuera libre para contarte lo que sé, lo haría.

Cruzó la habitación y tendió una copa a Lorlen.

—Por ahora, tendrás que confiar en mí.

34. Ojalá fuera tan simple

Cuando alcanzaron la curva del camino desde donde habían divisado por primera vez la casa de Dem Ladeiri, Dannyl y Tayend detuvieron sus monturas y se volvieron para contemplar la construcción una última vez. Los sirvientes siguieron adelante en sus caballos, avanzando a paso lento por el camino cada vez más ancho.

—¿Quién habría imaginado que encontraríamos las respuestas a tantos interrogantes en ese viejo lugar? —dijo Tayend, sacudiendo la cabeza.

Dannyl asintió.

—Han sido unos días interesantes.

—Vaya, eso sí que es un eufemismo. —Los labios de Tayend se curvaron en una mueca, y echó a Dannyl una mirada de reojo.

Sonriendo ante la expresión del académico, Dannyl miró hacia las montañas sobre la casa de Ladeiri. Las ruinas de Armje se hallaban tras uno de los riscos, ocultas a la vista.

Tayend se estremeció.

—Me pone nervioso saber que esa caverna está ahí arriba.

—Dudo que algún mago haya visitado Armje desde Akkarin —dijo Dannyl—. Y esa puerta no puede abrirse sin magia, o sin echar abajo la pared entera. Debería haber advertido a Dem Ladeiri, pero no quería contárselo antes de consultar al Gremio.

Tayend asintió. Espoleó su caballo para ponerse en marcha, y Dannyl le siguió.

—En cualquier caso, ahora tenemos más información sobre ese tal rey Charkan. Si dispusiéramos de algunas semanas de sobra, podríamos viajar a Sachaka.

—Todavía no estoy seguro de que sea sensato.

—Akkarin probablemente estuvo allí. ¿Por qué nosotros no?

—No lo sabemos con certeza.

—Si fuéramos, podríamos encontrar evidencias de que lo hizo. Seguro que los sachakanos recordarán si un mago del Gremio pasó por allí. ¿Algún otro mago ha visitado Sachaka en los últimos diez años, más o menos?

Dannyl se encogió de hombros.

—No lo sé.

—En caso afirmativo, habría sabido casi con certeza que otro mago del Gremio estuvo en el país antes que él.

—Quizá.

Dannyl sintió un acuciante desasosiego. Pensar en otros magos le hizo recordar que, algún día, tendría que regresar al Gremio. Como si sus colegas pudieran ser capaces de ver...

Pero, por supuesto, no lo sabrían, no podrían saberlo, con solo mirarle. Consecuentemente, mientras Tayend y él fueran prudentes al hablar del asunto, y nunca se sometiera a una lectura de la verdad, y fuera cauto durante las comunicaciones mentales, ¿quién podría probarlo?

Miró a Tayend.

«Rothen diría que soy bastante astuto para descubrir, o esconder, un secreto», caviló.

Dannyl.

Sobresaltado, Dannyl irguió la espalda, aún sentado en la silla de montar. Entonces reconoció la personalidad tras la llamada mental y quedó petrificado de incredulidad.

Dannyl.

Una sensación de pánico lo asaltó. ¿Por qué le llamaba Akkarin? ¿Qué quería el Gran Lord? Dannyl echó una ojeada a Tayend. ¿Acaso había oído que...? Pero, no, seguramente eso no era lo suficientemente importante para...

Dannyl.

Tenía que responder. No podía ignorar una llamada del Gran Lord. Dannyl tragó saliva, inspiró profundamente y expulsó el aire poco a poco. Después cerró los ojos y transmitió un nombre.

¿Akkarin?

¿Dónde estás?

En las montañas de Elyne. Le envié una imagen del camino. Me ofrecí a sustituir al embajador Errend en su ronda bianual de visitas a los Dem, con el fin de familiarizarme con el país.

Y así poder continuar tu investigación a pesar de las órdenes de Lorlen.

No era una pregunta. Dannyl se sorprendió ante la sensación de alivio. Si Akkarin hubiera oído rumores sobre Tayend y... Pero rápidamente apartó sus pensamientos de ese tema.

Sí, confirmé, pensando deliberadamente en las Tumbas de las Lágrimas Blancas y el misterio del rey Charkan. Continué por propio interés. Lorlen no manifestaba nada en contra de ello.

Ciertamente, tus obligaciones como embajador no requieren de todo tu tiempo.

Dannyl parpadeó. Tras la comunicación de Akkarin se escondía un sentimiento bien definido de desaprobación. ¿Simplemente le preocupaba que Dannyl pasara demasiado tiempo con su investigación, o le contrariaba que otro mago estuviera continuando la labor que él abandonó? ¿O acaso le irritaba el hecho de que alguien estuviera rastreando parte de su pasado? ¿Tenía algo que esconder?

Quiero discutir en persona lo que has encontrado. Regresa al Gremio de inmediato, y trae tus notas contigo.

Sorprendido, Dannyl titubeó antes de preguntar:

¿Y el resto de mi visitas a los Dem?

Regresarás después para completar tus obligaciones.

Muy bien... Tendré que...

Preséntate ante mí a tu llegada.

Un autoritario tono de voz le dijo a Dannyl que la conversación había acabado. Abrió los ojos y profirió una maldición.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tayend.

—Era Ak... el Gran Lord.

Los ojos de Tayend se abrieron de par en par.

—¿Qué ha dicho?

—Se ha enterado de nuestra investigación —dijo Dannyl, tras un suspiro—. Creo que no está muy contento por ello. Me ha ordenado regresar.

—¿Regresar... al Gremio?

—Sí. Con nuestras notas.

Tayend lo miró fijamente, desconcertado, luego su expresión se endureció.

—¿Cómo lo ha descubierto?

—No lo sé.

«¿Cómo lo ha sabido?» Al recordar lo que se decía de la capacidad de Akkarin para leer mentes poco dispuestas, Dannyl volvió a temblar. «Hubo un momento, cuando pensé en Tayend... ¿habrá detectado algo?»

—Iré contigo —anunció Tayend.

—No —respondió Dannyl con celeridad, alarmado—. Créeme, no querrás verte arrastrado a esto.

—Pero...

—No, Tayend. Es mejor que no descubra cuánto sabes.

Dannyl golpeó los flancos de su montura con los talones, poniéndola al trote. Pensó en las largas semanas de marcha a caballo y navegación que le separaban del día en que se encontraría cara a cara con Akkarin. Lo lógico sería que deseara postergar ese momento al máximo, pero quería en cambio que llegara cuanto antes, porque un solo pensamiento le perturbaba más que cualquier otro.

¿Qué le sucedería a Tayend si a Akkarin le resultaba ofensivo que Dannyl continuara su investigación? ¿La desaprobación del Gran Lord se extendería al académico? ¿Denegarían a Tayend el acceso a la Gran Biblioteca?

A Dannyl no le preocupaba sufrir las consecuencias, siempre y cuando Tayend no se viera afectado. Pasara lo que pasase, Dannyl se cercioraría de que la culpa recayera enteramente sobre sí mismo.

La temperatura en el jardín era agradable. Sentada en un banco, Sonea soltó la caja,

cerró los ojos y disfrutó de la calidez del sol que caía sobre su rostro. Oyó el parloteo de otros aprendices, y las voces más graves de magos de mayor edad. Se acercaban.

Abrió los ojos y observó a varios sanadores avanzar con paso decidido por el sendero en su dirección. Identificó a unos pocos magos recién graduados. Rompieron en carcajadas. Después los dos que iban al frente del grupo se apartaron y Sonea divisó un rostro familiar.

«¡Dorrien!»

El corazón le dio un vuelco. Se puso de pie y echó a andar apresuradamente por uno de los senderos laterales, con la esperanza de que no la hubiera visto. Se adentró en una pequeña área rodeada de setos y se sentó en otro banco.

Había desterrado a Dorrien de sus pensamientos, sabiendo que podrían pasar meses, posiblemente más de un año, antes de su siguiente visita al Gremio. Pero ahí estaba, solo unos cuantos meses después de su marcha. ¿Por qué había vuelto tan pronto? ¿Le había contado Rothen algo sobre Akkarin? Seguramente no. Pero quizá Rothen había dado sin querer a Dorrien la sensación de que algo no iba bien durante una de sus conversaciones mentales.

Frunció el ceño. Fuera cual fuese el motivo, Dorrien probablemente la buscaría. Tendría que decirle que tan solo le interesaba como amigo. Era una conversación para la que tendría que mentalizarse.

—Sonea.

Se sobresaltó. Levantó la mirada y encontró a Dorrien de pie en la entrada del pequeño jardín.

—¡Dorrien! —Combatió su pánico. Debía de haberla visto, y la había seguido. Al menos no había sido necesario fingir sorpresa—. ¡Ya has vuelto!

El mago sonrió y entró en el jardín.

—Solo por una semana. ¿No te lo dijo mi padre?

—No... pero ahora no nos vemos mucho.

—Eso me contó. —Su sonrisa desapareció. Se sentó y la miró inquisitivamente—. Me dice que asistes a clase por la noche y que pasas casi todo el tiempo estudiando.

—Solo porque soy un caso perdido como guerrero.

—No por lo que he oído.

La chica frunció el ceño.

—¿Qué has oído?

—Que has peleado contra varios aprendices a la vez, y que has vencido.

Sonea parpadeó.

—¿O estoy errado en la parte de la victoria?

—¿Cuánto gente sabe eso?

—La mayoría.

Sonea hundió la cabeza entre las manos, empezó a mecerse y gimió. Dorrien rio por lo bajo y le dio una suave palmadita en el hombro.

—Regin es el cabecilla, ¿verdad?

—Por supuesto.

—¿Por qué tu nuevo tutor no ha hecho nada al respecto?

Sonea puso cara de desconcierto.

—No creo que lo sepa. No quiero que lo sepa.

—Ya veo —dijo Dorrien, mientras asentía con la cabeza—. Supongo que si Akkarin acudiera en tu rescate todo el tiempo, la gente diría que no fuiste una buena elección. Todos los aprendices te profesan envidia, sin comprender que ellos estarían en la misma situación si fueran el predilecto del Gran Lord, incluso aunque sean de las Casas. Cualquier aprendiz que escogiera sería un blanco. Siempre es una buena oportunidad para probarse a sí mismo.

Calló, y Sonea se dio cuenta por su expresión de que estaba concentrado pensando.

—Pues detener a esos aprendices depende de ti.

Sonea se echó a reír amargamente.

—No creo que tender una trampa a Regin vaya a cambiar las cosas esta vez.

—Oh, no pensaba en eso.

—¿Y en qué estabas pensando?

Dorrien sonrió.

—Tienes que demostrar que eres la mejor. Que puedes derrotarle en su propio juego. ¿Qué has hecho hasta el momento para contrarrestarle?

—Nada. No puedo hacer nada. Son demasiados.

—Tiene que haber aprendices a quienes no les caiga bien —apuntó él—. Persuádelos para que te ayuden.

—Ya nadie me habla.

—¿Ni siquiera ahora? Me sorprende. Seguramente alguien habrá visto las ventajas de entablar amistad con la predilecta del Gran Lord.

—No querría su compañía si eso es todo lo que desean de mí.

—Pero mientras sepas que ese es el motivo, ¿por qué no sacar partido de la situación?

—Quizá porque Regin urdió un accidente para el último aprendiz que lo hizo.

Dorrien frunció el ceño.

—Hummm, ya me acuerdo. Otra cosa, entonces.

Volvió a guardar silencio. Sonea luchó contra un vago sentimiento de decepción. Había albergado la esperanza de que a Dorrien se le ocurriera alguna manera ingeniosa para poner fin a las emboscadas de Regin, pero quizá en esta ocasión el problema escapaba a su inventiva.

—Creo que lo que Regin necesita —dijo de repente— es que le den una buena tunda en público.

Fue como si a Sonea se le parara el corazón.

—¿No irás a...?

—No, yo no. Tú.

—¿Yo?

—Eres más fuerte que él, ¿no? Bastante más, si los rumores son ciertos.

—Bueno, sí —admitió Sonea—. Esa es la razón por la que se rodea de tantos para que le ayuden.

—Entonces rétale. Un desafío formal. En la Arena.

—¿Un desafío formal? —La muchacha le miró fijamente—. ¿Quieres decir... luchar contra él delante de todo el mundo?

—Sí.

—Pero... —Recordó algo que lord Skoran había dicho—. No ha habido ninguno en más de cincuenta años, y fue entre dos magos adultos, no aprendices.

—No hay ninguna norma que prohíba los duelos formales a los aprendices. —Dorrien se encogió de hombros—. Por supuesto, es un riesgo. Si pierdes, el acoso probablemente será peor. Pero si eres mucho más fuerte que él, ¿cómo podrías perder?

—«La destreza puede someter a la fuerza» —citó Sonea.

—Cierto, pero tú no eres poco diestra.

—Nunca le he vencido antes.

Dorrien enarcó las cejas.

—Pero si eres tan fuerte como dicen, te habrán limitado los poderes en clase, ¿tengo razón?

La chica asintió.

—Eso no sucederá en un duelo formal.

Sonea experimentó una diminuta chispa de esperanza y entusiasmo.

—¿Seguro?

—Sí. La idea es que los combatientes se enfrenten entre sí como son, sin restricciones ni favores. Es un modo ridículo de resolver una disputa, realmente. Ningún combate ha demostrado jamás que un hombre, o mujer, tenga razón o no.

—Pero esa no es la cuestión —dijo Sonea lentamente—. La cuestión es convencer a Regin de que no vale la pena seguir molestándome. Una vez que haya sufrido una derrota humillante, no querrá arriesgarse a otra.

—Has cogido la idea —dijo Dorrien, sonriendo—. Haz público tu desafío, tanto como sea posible. No tendrá más remedio que aceptarlo, o deshonrará el nombre de su familia. Propina a ese estúpido crío una buena paliza. Si después vuelve a acosarte, desafíale de nuevo. No te dará más motivos para que continúes poniéndole en

semejante situación.

—Nadie más se verá involucrado —dijo Sonea con un hilo de voz—. Nadie resultará herido y no tendré que dejarme adular por falsas amistades.

—Oh, sí, lo harás —replicó él con seriedad—. Aún necesitarás partidarios de tu parte. Podría pensar que la gente admirará su determinación si lucha contigo una y otra vez, en busca de una forma de derrotarte. Únete a otros aprendices, Sonea.

—Pero...

—¿Pero?

La chica suspiró.

—No me gusta, Dorrien. No quiero ser la líder de ninguna banda.

—Eso está bien —dijo él, sonriendo—. No tienes que ser como Regin. Tan solo ser una agradable compañía, lo cual no debería ser difícil. Yo creo que tu compañía es muy agradable.

Sonea apartó la mirada.

«Debería decirle algo ahora para desanimarle», pensó. Pero no se le ocurría nada. Cuando volvió a mirarle, vio una recelosa expresión de decepción en su rostro, y comprendió que ya había dicho suficiente al no responder.

El mago sonrió, pero esta vez no había brillo en sus ojos.

—¿Qué otras cosas has estado haciendo?

—No mucho. ¿Cómo está Rothen?

—Te echa muchísimo de menos. Sabes que te considera como una hija, ¿no? Fue bastante duro para él cuando yo me marché, pero era algo que sabía que ocurriría, y ya se había hecho a la idea para cuando llegó el momento. Contigo, fue una conmoción mayor.

Sonea asintió.

—Para ambos.

Cuando entró en el aula, Rothen indicó a los dos voluntarios dónde estaba la mesa de prácticas. Mientras los aprendices depositaban su carga, abrió el armario de suministros y comprobó que había suficiente material para la próxima clase.

—Lord Rothen —dijo uno de los chicos.

Alzando la cabeza, Rothen siguió la mirada del chico hasta la puerta. Le dio un vuelco el corazón cuando vio quién estaba allí.

—Lord Rothen —dijo Lorlen—. Desearía hablar con usted en privado.

Rothen asintió.

—Faltaría más, administrador.

Miró a los dos aprendices y les hizo un gesto con la cabeza en dirección a la puerta. Salieron a toda prisa del aula, deteniéndose para saludar respetuosamente a Lorlen.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Lorlen caminó hasta la ventana, con semblante tenso y preocupado. Rothen le observó, sabiendo que solo algo de suma importancia habría hecho que el administrador acudiera a él, desafiando la orden de Akkarin de no hablar entre ellos.

¿O le había pasado algo a Sonea? Rothen sintió que el temor se acrecentaba en su interior. ¿Se había presentado Lorlen para darle la horrible noticia, sabiendo que sería libre para enfrentarse a Akkarin?

—Hace un rato vi a tu hijo en el jardín —empezó a decir Lorlen—. ¿Se quedará por mucho tiempo?

Rothen cerró los ojos, aliviado. Se trataba de Dorrien, no de Sonea.

—Una semana —respondió.

—Estaba con Sonea. —Lorlen frunció el ceño—. ¿Ellos se hicieron... buenos amigos durante su última visita?

Rothen inspiró bruscamente. Había supuesto, y esperado, que el interés de Dorrien en Sonea fuera más que mera curiosidad. Por la pregunta de Lorlen, la pareja dejaba entrever lo suficiente para que el administrador sospechara que existía algo más entre ellos. Rothen tendría que haberse mostrado complacido, pero en cambio solo experimentó una sensación de alarma. ¿Qué haría Akkarin si lo descubría?

Rothen eligió las palabras cuidadosamente.

—Dorrien sabe que pasarán años antes de que Sonea sea libre para dejar el Gremio, y que puede que ella no desee unirse a él cuando llegue el momento.

Lorlen asintió.

—Quizá ese no sea suficiente desaliento.

—Con Dorrien, el desaliento a menudo es la mejor forma de alentarle —dijo Rothen irónicamente.

Por la mirada que le dirigió Lorlen, no le había hecho gracia.

—Eres su padre —dijo bruscamente—. Deberías saber mejor que nadie cómo convencerle.

Rothen apartó la mirada.

—Soy el primero que quiere que no se involucre en esto.

Lorlen suspiró y se miró las manos. Llevaba puesto un anillo, y el rubí engarzado resplandecía bajo la luz.

—Lo lamento, Rothen. Ya tenemos bastante de que preocuparnos. Confío en que harás todo lo que puedas. ¿Crees que Sonea advertirá el peligro y le rechazará?

—Sí.

Claro que lo haría. Rothen sintió una punzada de compasión por su hijo. ¡Pobre Dorrien! En cualquier caso, seguro que medio esperaba que Sonea perdiera el interés, habida cuenta de los años de estudio que le quedaban por delante y de sus largas ausencias. Pero si Dorrien conociera el verdadero motivo, probablemente le

impulsaría a cometer alguna insensatez. Mejor que no lo supiera.

¿Cómo se sentía Sonea? ¿Le resultaba difícil rechazar a Dorrien? Rothen lanzó un suspiro. Cómo deseaba poder preguntarle.

Lorlen se acercó a la puerta.

—Gracias, Rothen. Dejo que sigas con tus preparativos.

Rothen asintió y miró al administrador mientras este se marchaba. Aunque entendía la actitud de resignación de Lorlen, le contrariaba.

«Se supone que debes encontrar una forma de salir de esto», pensó, con la vista puesta en la espalda del mago. El resentimiento se transformó en un sentimiento de desesperanza.

Si Lorlen no podía hallar una escapatoria, entonces ¿quién podría?

«Todavía es tarde —pensó difusamente Sonea—. Poco después de medianoche. ¿Por qué estoy despierta? ¿O acaso me ha despertado alg...?»

Sintió un ligero roce en la mejilla, frío. Una brisa. Abrió los ojos y se tomó un momento para registrar el cuadrado de oscuridad donde debería haber una puerta. Algo pálido se movió en esa oscuridad. Una mano.

Un instante después estaba completamente despierta. Un óvalo pálido flotaba sobre la mano. Por lo demás, su túnica negra lo hacía invisible.

«¿Qué está haciendo? ¿Por qué está aquí?»

El corazón le latía tan fuerte que estaba segura de que él lo oiría. Se obligó a respirar de forma pausada y regular, temiendo lo que haría si se daba cuenta de que estaba despierta y que era consciente de su presencia. Permaneció allí durante un tiempo agónicamente largo. Entonces, entre un parpadeo y el siguiente, desapareció. La puerta estaba cerrada.

Miró fijamente hacia la entrada. ¿Había sido un sueño?

Mejor creer que sí. La alternativa era demasiado aterradora. Sí, debía de haber sido una pesadilla...

La siguiente vez que despertó ya era de mañana. El recuerdo de sueños llenos de premoniciones y oscuras figuras se había unido al del vigilante nocturno, y los desechó todos mientras se levantaba y se ponía la túnica.

A primera vista todo estaba correcto, pero cuando Sonea miró de cerca vio que la solución química de uno de los viales estaba turbia, y que el contenido del otro se había secado formando un terrón de color marrón. La intrincada estructura de varillas y pesas dispuesta en el temporizador era un caos.

Sonea oyó una familiar risita procedente de la entrada, a su espalda, seguida por otras medio sofocadas. Se puso rígida, pero no se dio la vuelta.

Tras su conversación con Dorrien, se había sentido llena de confianza y preparada para desafiar a Regin a la primera oportunidad, pero a medida que transcurría el día, las dudas habían empezado a crecer. Cada vez que pensaba en la posibilidad de un combate real contra Regin, la idea le parecía menos brillante y más insensata. Las habilidades de guerrero eran la especialidad de Regin, y lo que ella llevaba peor. Nunca vería el fin de su acoso si perdía. No merecía la pena el riesgo.

Hacia el final de la semana, había decidido que era el peor movimiento que podía hacer. Si aguantaba a Regin el tiempo suficiente, el chico terminaría por aburrirse de ella. Podía soportar los insultos, o los ataques y los tormentos fuera de clase.

Pero no lo que acababa de hacer. Mientras contemplaba las ruinas de su trabajo, sintió que una oscura furia empezaba a hervir a fuego lento. Cuando Regin hacía algo como aquello, incluso aunque los profesores no la penalizaran por fallar en un ejercicio, el muchacho impedía que aprendiera. Y cuando le impedía aprender, disminuía sus opciones para, algún día, adquirir la destreza suficiente y poder ayudar al Gremio a derrotar a Akkarin.

Sintió que algo se revolvía en su interior a medida que su furia se intensificaba.

De repente no quería nada más que reducir a Regin a cenizas.

«Propina a ese estúpido crío una buena paliza. Si después vuelve a acosarte, desafíale de nuevo. No te dará más motivos para que continúes poniéndole en semejante situación.»

Un duelo formal. Era peligroso. Pero esperar también era una apuesta arriesgada. Cabía la posibilidad de que nunca se aburriera de ella, y de que nunca la dejara en paz. Y a Sonea no le gustaba esperar...

«Haz público tu desafío, tanto como sea posible.»

Lentamente, se volvió y vio que Regin y los aprendices de la clase anterior estaban de pie en la entrada, observándola. Caminó hacia ellos, y se abrió paso a empujones para salir del aula. Aprendices y profesores abarrotaban el corredor. El zumbido de voces era alto, pero no tanto como para hacer inaudible una única voz. Apareció un mago con túnica púrpura, de camino hacia el aula. Lord Sarrin, el líder de alquimistas. Perfecto.

—¿Algo va mal, Sonea? —dijo Regin con sorna—. ¿No ha funcionado tu experimento?

Sonea giró sobre sus talones y encaró a Regin.

—Regin, de la familia Winar, Casa Paren, te desafío a un duelo formal en la Arena.

El rostro de Regin se congeló, boquiabierto por la sorpresa.

El silencio pareció expandirse como humo. En la periferia de su visión, las cabezas se volvieron en su dirección. Incluso lord Sarrin se había detenido. Sonea se obligó a reprimir la acuciante sensación de que acababa de hacer algo de lo que se arrepentiría siempre.

«Ya es demasiado tarde.»

Regin consiguió cerrar la boca. Su cara adquirió una expresión pensativa. Sonea se preguntó si rehusaría, si diría que no valía la pena luchar con ella.

«No le des tiempo a pensar en ello.»

—¿Aceptas? —exigió ella.

El chico vaciló, luego sonrió de oreja a oreja.

—Acepto, Sonea, de ninguna familia ilustre.

De inmediato, los susurros y murmullos empezaron a llenar el pasillo. Temiendo que su coraje desfalleciera si miraba alrededor, Sonea mantuvo sus ojos sobre Regin. Este miró hacia atrás, buscando a sus compañeros; después se echó a reír.

—Oh, esto va a ser...

—Tú eliges la hora —le espetó ella con brusquedad.

Su sonrisa se desvaneció, pero enseguida regresó.

—Supongo que vale más que te dé tiempo para ponerte a mi altura —dijo él con indulgencia—. Dialibre, de mañana en una semana, una hora antes de la puesta de sol. Eso parece bastante generoso.

—Sonea —dijo una voz adulta.

Se dio la vuelta y vio que lord Elben avanzaba con paso enérgico hacia ella. El mago echó un vistazo al público que se había congregado y frunció el ceño.

—Tu experimento ha sido un fracaso. Lo comprobé anoche, y esta mañana, y no veo la causa. Te concederé otro día para que lo intentes de nuevo.

Sonea hizo una reverencia.

—Gracias, lord Elben.

Contempló a los aprendices que permanecían en la entrada.

—Basta de charla, entonces. Que yo sepa, hay clases impartándose en las aulas.

—Bebe más siyo que última vez, ¿eh?

Dannyl tendió la botella a Jano y asintió.

—Creo que le estoy tomando el gusto.

El marinero parecía un poco preocupado.

—No ir a hacer magia mal por bebida, ¿no?

Dannyl suspiró y negó con la cabeza.

—No estoy tan borracho todavía, pero no querría encontrarme con sanguijuelas marinas.

Jano le dio una palmadita en el hombro.

—No eyomas tan al sur, recuerdas.

—No es probable que lo olvide —musitó Dannyl.

Su comentario quedó sofocado por la algarabía de los marineros. Un miembro de la tripulación acababa de entrar en el camarote. El hombre le dirigió una sonrisa abierta y se acercó a su lecho colgante. Sacó de una bolsa un pequeño instrumento de viento de cerámica, y fue a ocupar su sitio a la cabeza de la mesa.

Cuando el hombre empezó a tocar, Dannyl repasó la última semana. Él y Tayend habían logrado volver a Capia en tres días, viajando directamente y cambiando los caballos varias veces. Tayend se había quedado en la casa de su hermana, mientras que Dannyl continuó hasta la ciudad. Se detuvo en la Casa del Gremio solo el tiempo suficiente para empaquetar un pequeño arcón de ropa. Dannyl había encontrado y embarcado en un buque que partía hacia Imardin esa noche.

Le había complacido hallarse de nuevo a bordo del Finda. Jano le había recibido como a un viejo amigo, y le aseguró que navegarían a mayor velocidad, pues cogerían los vientos primaverales.

Jano no había mencionado que los vientos primaverales contribuían a hacer la travesía más movida. A Dannyl no le habría importado, excepto porque se sentía indispuesto durante casi todo el día, y pasaba horas preocupándose por la recepción que le aguardaba en el Gremio.

Su temor de que Akkarin hubiera percibido algo de sus sentimientos hacia Tayend se había acrecentado desde que embarcó en el buque. Durante su parada en la Casa del Gremio, Errend le había entregado algunas cartas pendientes de leer. Al encontrar una de Rothen, Dannyl la había abierto con ansiedad, solo para descubrir que contenía una advertencia.

... yo no me inquietaría en demasía por estos rumores. En cualquier caso, conciernen a tu asistente, no a ti. Pero pensé que deberías saberlo para que juzgaras por ti mismo si podría causarte problemas en el futuro...

Estaba claro que Rothen pensaba que Dannyl no sabía lo de Tayend. Eso era exactamente lo que había querido que la corte de Elyne creyera, pero ahora que había sido «informado», los elyneos, y los kyalianos, esperarían de él que evitara la compañía de Tayend.

A menos que nadie supiera que Rothen se lo había contado. Podía fingir que no había recibido la carta... Pero no, en cuanto llegara al Gremio, Rothen querría saber si se la habían entregado, y le repetiría la advertencia si su respuesta era negativa.

Pero ¿y Akkarin? Dannyl no estaba seguro de cómo se había enterado el Gran Lord de su investigación. ¿Y si esas fuentes también le habían hablado de la «amistad» de Dannyl con Tayend? ¿Y si las sospechas de Akkarin se habían confirmado durante su breve comunicación mental?

Dannyl suspiró. Durante unos días, todo había sido maravilloso. Había sido más feliz que nunca en su vida. Luego...

Cuando la botella le llegó de nuevo a él, tomó otro sorbo del potente licor.

«Mientras que Tayend no sufra por mi causa —pensó—, yo estaré contento.»

El Salón de Noche estaba muy concurrido. Lorlen no lo había visto tan lleno desde la caza de Sonea. Magos que raramente se unían a la reunión social semanal ahora estaban presentes.

El más notable de estos era el hombre que se hallaba a su lado. El mar de túnicas rojas, verdes y púrpuras se abrió ante Akkarin mientras este se hacía camino hasta la butaca que, oficiosamente, era suya.

Akkarin estaba disfrutando. Para otros, su expresión neutral sugería indiferencia, pero Lorlen le conocía mejor. Si Akkarin no quisiera participar en el debate sobre el reto lanzado por su predilecta a otro aprendiz, no estaría allí. Los tres líderes de disciplinas ya estaban sentados alrededor de la silla de Akkarin, y una pequeña muchedumbre empezó a congregarse cuando el Gran Lord ocupó su asiento. Entre ellos, notó Lorlen, estaba Dorrien, el hijo de Rothen.

—Parece que vuestra predilecta ha encontrado una forma de entretenernos una vez más —dijo lady Vinara—. Estoy empezando a preguntarme qué podemos esperar de ella tras su graduación.

Akkarin esbozó una media sonrisa.

—Igual que yo.

—¿Este desafío fue idea vuestra o suya? —masculló Balkan.

—No fue mía.

Balkan enarcó las cejas.

—¿Y solicitó ella vuestra aprobación?

—No, pero creo que no existe ninguna norma que lo requiera, aunque tal vez debería haberla.

—Entonces ¿se la habríais denegado, de haberlo hecho?

Akkarin entornó los ojos.

—No necesariamente. Si ella hubiera consultado mi opinión sobre el asunto, puede que le hubiera aconsejado esperar.

—Quizá fue una decisión espontánea —sugirió lord Peakin, de pie tras la silla de Vinara.

—No —respondió lord Sarrin—. Ella escogió un momento que garantizaba la presencia de numerosos testigos. Regin no tenía más opción que aceptar.

Al ver que el líder de alquimistas desviaba de forma significativa los ojos a un lado, Lorlen siguió su mirada. Lord Garrel estaba entre los magos congregados, con cara de pocos amigos.

—Si lo planeó, pues, debe de estar segura de la victoria —concluyó Peakin—. ¿Coincide usted, lord Balkan?

El guerrero se encogió de hombros.

—Es fuerte, pero un oponente con habilidades desarrolladas podría superarla.

—¿Y Regin?

—Sus habilidades son superiores a la media de segundo año.

—¿Lo bastante para vencer?

Balkan miró a Akkarin.

—Lo suficiente para que el resultado no sea fácil de predecir.

—¿Créis que vencerá? —preguntó Vinara dirigiéndose a Akkarin.

El Gran Lord se tomó su tiempo para contestar.

—Sí.

La maga sonrió.

—Por supuesto que lo creéis. Ella es vuestra aprendiz, y debéis hacer ver que la apoyáis.

Akkarin asintió.

—Eso también es cierto.

—La chica, sin duda, hace esto para complaceros. —Lorlen levantó la mirada, sorprendido, al oír la voz de Garrel.

—Lo dudo —respondió Akkarin.

Sorprendido ante aquella declaración, Lorlen miró a Akkarin, y después se fijó detenidamente en las expresiones de los demás magos. Ninguno parecía sorprendido. Solo el hijo de Rothen, Dorrien, tenía aspecto pensativo. Quizá se había percatado de que Sonea no le tenía ningún afecto a su tutor.

—¿Cuál es su motivación, pues? —preguntó Peakin.

—Si gana, Regin no volverá a intimidarla por miedo a otro desafío, y a otra derrota —contestó Vinara.

Se produjo una pausa, durante la cual se intercambiaron miradas. Al hablar abiertamente de intimidación delante de Akkarin y Garrel, Vinara había atraído la atención hacia el conflicto potencial entre los dos tutores. Aunque generalmente nadie eludía sacar el tema de las riñas entre aprendices delante de sus tutores, pocos se atreverían a hacerlo cuando uno de los tutores era el Gran Lord. Ponía a Garrel en

una interesante situación.

Ninguno de los tutores habló.

—Eso depende de cómo se desarrolle la contienda —dijo Balkan, rompiendo el silencio—. Si ella vence con la mera fuerza bruta, nadie la respetará.

—Eso no supondrá ninguna diferencia —argumentó Sarrin—. Si vence, dará igual cómo lo haga; Regin no volverá a molestarla. Dudo que a ella le importe si se respetan o no sus aptitudes como guerrera.

—Existen métodos para derrotar a un mago más fuerte —le recordó Balkan—. Regin lo sabe. Ya me ha solicitado que le instruya en estas tácticas.

—¿Y Sonea? ¿Recibirá también ella un adiestramiento adicional por su parte? —preguntó Vinara a Balkan.

—Lord Yikmo es su profesor —respondió Akkarin.

Balkan asintió.

—Su estilo de enseñanza se ajusta mejor al temperamento de la muchacha.

—¿Quién supervisará el enfrentamiento? —preguntó otro mago.

—Yo lo haré —dijo Balkan—. Si no hay protestas. Lord Garrel protegerá a Regin. ¿Vos protegeréis a Sonea? —preguntó a Akkarin.

—Sí.

—Aquí está el maestro de Sonea —observó lord Sarrin, señalando.

Lorlen se giró y vio que lord Yikmo acababa de entrar en el salón. El guerrero se detuvo y miró a su alrededor, claramente sorprendido por la concurrencia. Cuando sus ojos se posaron en los magos congregados alrededor de Akkarin, arqueó las cejas. Sarrin le hizo señas para que se acercara.

—Buenas noches, Gran Lord, administrador —dijo Yikmo cuando llegó a los asientos.

—Lord Yikmo —dijo Peakin—. Debe de estar haciendo planes para unas cuantas sesiones nocturnas.

Yikmo frunció el ceño.

—¿Sesiones nocturnas?

Peakin soltó una risita.

—Por lo visto, es realmente buena, ¿no? ¿No necesita prácticas adicionales?

Las arrugas de la frente del joven mago se acentuaron.

—¿Prácticas?

Vinara se apiadó del hombre.

—Sonea ha desafiado a Regin a un duelo formal.

Yikmo la miró de hito en hito; después, ante los rostros que lo observaban, el suyo palideció.

—¿Que ha hecho qué?

Sonea paseaba por su habitación, retorciéndose las manos.

«¿Qué he hecho? Dejar que mi rabia saque lo mejor de mí, eso es. No tengo ni idea de pelear. Lo único que voy a conseguir es quedar como una idiota delante de...»

—Sonea.

Se giró, y parpadeó sorprendida al ver al hombre que estaba de pie junto a la puerta de su habitación. Nadie la había visitado antes en la residencia del Gran Lord.

—Lord Yikmo —dijo, haciendo una reverencia.

—Todavía no estás preparada, Sonea.

La chica se estremeció, repentinamente asustada. Si Yikmo no la creía capaz de ganar...

—Tenía la esperanza de que me ayudara con eso, milord.

Varias expresiones cruzaron el rostro de Yikmo. Consternación. Circunspección. Interés... Frunció el ceño y se pasó las manos por el cabello.

—Entiendo tus razones para hacer esto, Sonea. Pero de sobra sabes que Garrel es un consumado guerrero, y que las habilidades de Regin son superiores a las tuyas, a pesar de todo lo que te he enseñado. Tiene una semana para prepararse, y Balkan ha accedido a instruirle.

«¡Balkan! ¡Esto empeora por momentos!»

Sonea se miró las manos. No temblaban, notó con alivio, pero tenía el estómago tan revuelto que sintió náuseas.

—Pero yo soy más fuerte, y las normas de un desafío no imponen límites a la fuerza —puntualizó ella.

—No puedes depositar toda tu confianza en que la fuerza gane el enfrentamiento por ti, Sonea —le advirtió Yikmo—. Existen medios para sortearla, y estoy convencido de que Balkan se cerciorará de que Regin los conozca todos.

—Entonces será mejor que usted se cerciore de que yo también —replicó ella. Sorprendida por la determinación de su propia voz, esbozó una mueca de disculpa—. ¿Me ayudará?

El mago sonrió.

—Por supuesto. Difícilmente abandonaría ahora a la predilecta del Gran Lord.

—Gracias, milord.

—Pero no pienses que hago esto solamente por respeto a tu tutor.

Sorprendida, lo miró detenidamente y se quedó atónita al percibir una expresión de aprobación en su mirada. De entre todos los profesores, nunca habría esperado ganarse el respeto de un guerrero.

—Comprende que la gente estará observando mis enseñanzas —dijo—. Informarán de todo a Regin y a lord Garrel.

—Ya había pensado en eso.

—¿Y?

—¿Qué... qué hay de la Cúpula?

Yikmo enarcó las cejas, y esbozó una amplia sonrisa.

—Estoy seguro de que eso podrá arreglarse.

36. Comienza la contienda

Cuando el carruaje atravesó las puertas del Gremio, Dannyl levantó la mirada hacia la universidad. Los edificios del Gremio le eran sumamente familiares, pero ahora le parecían ajenos e intimidatorios. Miró hacia la residencia del Gran Lord.

Especialmente ese.

Echó un vistazo a la cartera que reposaba en el asiento contiguo y la cogió. Contenía una copia de las notas que él y Tayend habían reunido, reescritas para que nada en ellas diera la impresión de ser una repetición de la exploración de Akkarin. Se mordió el labio.

«Si Akkarin cree que algo de esto era una investigación de su pasado, podría enfurecerse más. Pero de todas formas me meteré en problemas, así que merece la pena arriesgarse.»

El carruaje se detuvo y se tambaleó un poco cuando el conductor bajó a tierra de un salto. La puerta se abrió. Dannyl salió y se volvió hacia el cochero.

—Lleva el equipaje a mis habitaciones —ordenó Dannyl. El hombre asintió con una reverencia y se dirigió a la parte de atrás del carruaje, donde estaba el arcón atado en un estrecho compartimiento.

Con la cartera bajo el brazo, Dannyl echó a andar por el sendero en dirección a la residencia del Gran Lord. Mientras caminaba, se percató de que los jardines estaban vacíos, lo cual era inusual para una soleada tarde de dialibre. ¿Dónde estaba todo el mundo?

Para cuando alcanzó la puerta de la residencia, tenía la boca seca y el corazón le latía demasiado rápido. Respiró hondo y alargó la mano hacia el pomo. Antes de que sus dedos se cerraran en torno a él, la puerta se abrió girando hacia dentro.

Un sirviente se adelantó e hizo una reverencia.

—El Gran Lord le espera en la biblioteca, embajador Dannyl. Por favor, sígame.

Dannyl pasó al interior y contempló admirado la sala de invitados, suntuosamente decorada. Nunca antes había entrado en la residencia del Gran Lord. El sirviente abrió una puerta y condujo a Dannyl por una escalera en espiral. En lo alto, avanzó por un corto pasillo hasta un par de puertas abiertas a la derecha.

Las paredes de la sala estaban revestidas de libros.

«¿Qué secretos podría encontrar aquí? —se preguntó Dannyl—. ¿Alguna información sobre...?»

Entonces vio el escritorio en un extremo de la estancia, y el mago de túnica negra sentado tras él, observándolo. Sintió que el corazón le daba un vuelco y empezaba a latirle desbocado.

—Bienvenido a casa, embajador Dannyl.

«Recupera el control de ti mismo», se ordenó Dannyl con severidad. Incluyó educadamente la cabeza en dirección a Akkarin.

—Gracias, Gran Lord.

Al oír las puertas cerrarse, Dannyl echó la vista atrás. El sirviente se había marchado.

«Ahora estoy atrapado...»

Apartó ese pensamiento de su mente, dio un paso adelante y depositó la cartera sobre el escritorio de Akkarin.

—Mis notas —dijo—. Como vos solicitasteis.

—Gracias —respondió Akkarin. Una pálida mano cogió la cartera; la otra señaló una silla—. Siéntese. Debe de estar cansado del viaje.

Dannyl se hundió grácilmente en la silla y se quedó observando a Akkarin mientras este hojeaba sus notas. Dannyl se alivió un persistente dolor de cabeza. La noche anterior se había excedido con el siyo, en un intento de frenar las elucubraciones de su imaginación sobre lo que le depararía el día siguiente.

—Visitó el Templo del Esplendor, por lo que veo.

Dannyl tragó saliva.

—Sí.

—¿Le permitió el Sumo Sacerdote leer los pergaminos?

—Él me los leyó, después de jurarle que guardaría el secreto de sus contenidos.

Akkarin esbozó una leve sonrisa.

—Y la Tumba de las Lágrimas Blancas.

—Sí. Un lugar fascinante.

—¿Que le condujo a Armje?

—No directamente. Si hubiera continuado el curso de mi investigación, me habría adentrado en Sachaka, pero mis obligaciones como embajador no me permitieron emprender tal viaje.

Akkarin permaneció inmóvil.

—Cruzar la frontera sería... desaconsejable. —Levantó la mirada y se encontró con los ojos de Dannyl; su expresión denotaba desaprobación—. Sachaka no forma parte de las Tierras Aliadas, y como miembro del Gremio, no debería entrar allí excepto bajo las órdenes del rey.

Dannyl meneó la cabeza.

—No lo había considerado, pero no tenía intención de vagar a ciegas por una tierra desconocida sin hacer antes algunas indagaciones aquí.

Akkarin contempló a Dannyl pensativamente, y después bajó la mirada a las notas.

—¿Por qué visitó Armje?

—Cuando me entrevisté con Dem Ladeiri, este sugirió que visitara las ruinas.

Akkarin frunció el ceño.

—¿Lo sugirió?

Entonces se sumió en el silencio, mientras leía las notas. Unos minutos después, dejó escapar una débil exclamación de sorpresa, levantó los ojos y miró fijamente a Dannyl.

—¿Sobrevivió?

Dannyl asintió con la cabeza, imaginando a qué se refería Akkarin.

—Sí, aunque me dejó exhausto.

Cuando Akkarin continuó con la lectura, Dannyl meditó si alguna vez había visto a Akkarin expresar asombro. Decidió que no, y experimentó una extraña sensación de orgullo; él, de entre todos, había conseguido sorprender al Gran Lord.

—Superó la barrera, pues —musitó Akkarin—. Interesante. Quizá la cámara está perdiendo fuerza. El poder debe de menguar, tarde o temprano.

—¿Puedo formularos una pregunta? —aventuró Dannyl.

Akkarin alzó la vista, arqueando una ceja.

—Puede preguntar.

—Si vos encontrasteis con anterioridad esa Cámara del Castigo Último, ¿por qué no hablasteis a nadie de ella?

—Lo hice. —Akkarin torció la boca hacia arriba—. Pero dado que era imposible que alguien investigara sin desencadenar un ataque, y por otros motivos de naturaleza política, se decidió que su existencia solo deberían conocerla los magos de mayor rango. Lo cual significa que debo ordenarle que se reserve su conocimiento para usted mismo.

Dannyl asintió.

—Entiendo.

—Es desafortunado, por cierto, que mi señal de advertencia se haya desmoronado. —Akkarin hizo una pausa, entornando los ojos—. ¿Había alguna evidencia de que pudiera haber sido destruida deliberadamente?

Sorprendido, Dannyl recordó la pared, y lo que quedaba del nombre de Akkarin.

—No sabría decirlo.

—Alguien debe investigarlo. Ese lugar podría convertirse muy fácilmente en una trampa mortal para los magos.

—Regresaré allí yo mismo, si vos lo deseáis.

Akkarin lo observó con aire pensativo; luego asintió.

—Sí. Probablemente sea mejor que nadie más tenga conocimiento de ese lugar. Su ayudante lo sabe, ¿no es cierto?

Dannyl titubeó, y de nuevo se preguntó cuánto habría percibido Akkarin durante su breve comunión mental.

—Sí, pero confío en la discreción de Tayend.

La mirada de Akkarin centelleó con un débil parpadeo. Abrió la boca para hablar, pero la cerró de nuevo cuando alguien llamó a la puerta de la biblioteca. Sus ojos se movieron en esa dirección, en guardia. A continuación, las puertas se abrieron hacia dentro.

Entró el sirviente.

—Ha llegado lord Yikmo, Gran Lord —anunció tras hacer una reverencia.

Akkarin asintió. Cuando las puertas volvieron a cerrarse, contempló a Dannyl con aire reflexivo.

—Podrá regresar a Elyne dentro de una semana. —Cerró la cartera—. Leeré sus notas; quizá desee discutir las con usted de nuevo. Pero por ahora —añadió, poniéndose en pie—, tengo un duelo formal al que asistir.

Dannyl parpadeó sorprendido.

—¿Un duelo formal?

El Gran Lord casi pareció esbozar una sonrisa.

—Mi aprendiz, quizá de manera insensata, ha desafiado a singular combate a otro.

«¡Sonea ha desafiado a Regin a un combate!»

Cuando Dannyl cayó en la cuenta de las posibilidades y consecuencias del duelo, rió entre dientes.

—Esto tengo que verlo.

Akkarin salió de la biblioteca con paso enérgico. Dannyl le siguió, con un sentimiento de sorpresa y alivio. No le había interrogado sobre las razones de su investigación. Casi parecía como si Akkarin estuviera complacido con el progreso de Dannyl. Ni él ni Tayend, ni tampoco Lorlen, habían recibido la desaprobación del Gran Lord. Y en cuanto a Rothen, con suerte Akkarin no conocía su nuevo «interés» en la magia ancestral.

Y ningún comentario sobre Tayend.

Lo único que quedaba era ver a Rothen. El mentor de Dannyl se sorprendería de verle. Dannyl no había avisado a Rothen de su regreso, pues ninguna carta habría viajado más rápido que él, y no se arriesgaba a una comunicación mental. Rothen siempre había sido capaz de leer los pensamientos de Dannyl más de lo deseado. Dannyl no sabía cómo se tomaría Rothen la noticia de que su antiguo aprendiz era culpable de ser aquello de lo que Fergun le había acusado. Y no quería perder a su único amigo íntimo en el Gremio.

Aun así, había decidido que no negaría los rumores concernientes a Tayend. Para Rothen sería demasiado fácil descubrir la mentira. Simplemente tendría que tranquilizar a Rothen asegurándole que no arriesgaba su honor por asociarse con él. Los elyneos eran un pueblo tolerante, y lo mismo se esperaba de él.

En unas pocas semanas estaría de vuelta en Elyne, con el permiso del Gran Lord

para investigar Armje, tarea que compaginaría con el cumplimiento de sus obligaciones como embajador. Y estaría con Tayend.

Si acaso, su situación era mejor que antes.

Sonea volvió a anudar la faja de su túnica y alisó la tela. Aquel día parecía demasiado fina y ligera.

«Me parece que debería lucir una armadura, no una túnica.»

Cerró los ojos, deseando que hubiera alguien con ella mientras se preparaba. Naturalmente, Yikmo no podía estar en su habitación mientras se ponía una túnica limpia. Ni Akkarin, por lo cual estaba sumamente agradecida. No, era a Tania a quien echaba de menos. La sirvienta de Rothen habría hecho prometer a Sonea que saldría de ese día victoriosa, y al mismo tiempo la habría tranquilizado, asegurándole que para las personas que la amaban una derrota no tendría importancia.

Inspiró profundamente y, viendo que la faja le oprimía, la aflojó un poco. Podría necesitar mayor libertad de movimiento. Echó un vistazo a la bandeja de dulces y panecillos que Viola le había llevado un poco antes. Tenía el estómago cerrado, así que se alejó de ella y empezó a pasearse nuevamente de un lado a otro.

Tenía una ventaja... o dos. Mientras que los «espías» de Yikmo habían informado de todo lo que Regin había estado practicando en la Arena durante la anterior semana, ella se había entrenado ocultamente dentro de los claustrofóbicos confines de la Cúpula. Yikmo le había enseñado todas las estrategias que un mago más débil podía emplear contra uno más fuerte. La había instruido en todas las técnicas que sabía que Garrel y Balkan habían enseñado a Regin, aparte de algunas más.

En cuanto a su propio tutor, Sonea apenas lo había visto. Pero su influencia se notaba por doquier. Las protestas en contra de que los aprendices se involucraran en duelos formales habían finalizado en el intervalo de un día. Balkan, obviamente, desaprobaba que Sonea usara la Cúpula, pero no lo había prohibido. Y cuando entró por primera vez en ella, Yikmo le contó que el Gran Lord había fortalecido la estructura esférica para asegurar que no la dañara accidentalmente.

No se le había ocurrido hasta la noche siguiente que la magia empleada podría haberla obtenido mediante prácticas oscuras. Había yacido despierta en su cama, con la conciencia inquieta ante la posibilidad de que la magia que la amparaba en su insignificante riña con otro aprendiz pudiera provenir de la muerte de un desconocido.

Pero no podía rechazar la ayuda de Akkarin, no sin levantar sospechas. Incluso aunque fingiera que no la quería por orgullo, él se había nombrado a sí mismo su protector durante la contienda. Su magia formaría el escudo interior que la salvaría si el de ella fallaba. La idea la inquietó aún más, y no poco. Si no fuera por Rothen y Lorlen, le preocuparía que el mago viera en el combate una oportunidad para librarse

de ella.

Giró sobre sus talones cuando llamaron a la puerta, de nuevo con el corazón repentinamente desbocado.

«Ya debe de ser la hora; por fin», pensó.

El alivio fue rápidamente reemplazado por un ataque de pánico. Respiró hondo y dejó escapar el aire poco a poco mientras se aproximaba a la puerta. Al abrirla, sintió que el latido de su corazón se aceleraba todavía más cuando se encontró cara a cara con el Gran Lord. El temor, no obstante, dio paso a la sorpresa cuando reconoció al otro hombre que esperaba detrás: Dannyl.

—Gran Lord —saludó, haciendo una reverencia—. Embajador Dannyl.

—Ha llegado lord Yikmo —anunció Akkarin.

Tras otra profunda inspiración, Sonea empezó a descender apresuradamente la escalera. Encontró a lord Yikmo paseándose de un lado a otro por la sala de invitados de Akkarin. El guerrero levantó la cabeza con brusquedad cuando la vio aparecer en la habitación.

—¡Sonea! Estás lista. Perfecto. ¿Cómo te sientes?

—Bien. —Sonrió, consciente de los magos que aún bajaban la escalera—. ¿Cómo no iba a estarlo después de todas sus enseñanzas?

El guerrero torció la boca en una sonrisa.

—Tu confianza en mí es... —Interrumpió la frase y se puso serio cuando Akkarin y Dannyl entraron en la sala—. Buenos días, Gran Lord, embajador Dannyl.

—Deduzco que su presencia aquí se debe a mi aprendiz —dijo el Gran Lord—. Por eso la he enviado abajo.

—Sí, en efecto —respondió Yikmo, mirando a Sonea—. Es mejor no hacer esperar a Regin.

La puerta principal se abrió girando hacia dentro, y Akkarin señaló en su dirección. Sintiendo los ojos de los magos puestos en ella, Sonea cruzó la sala y salió a la luz del sol.

Cuando echó a andar por el sendero hacia la universidad, Yikmo le siguió el paso a su derecha, y Akkarin a su izquierda. El sonido de pisadas detrás de ellos le indicó que Dannyl los seguía. Resistió la urgencia de mirar por encima del hombro, preguntándose qué asuntos tendría este último con Akkarin. Algo importante, o no habría regresado de Elyne.

Sus compañeros permanecían en silencio mientras caminaban hacia la universidad. Sonea miró a Yikmo una vez, pero él se limitó a sonreír a modo de respuesta. No hizo lo propio con Akkarin, pero era plenamente consciente de la presencia de este. Por primera vez, fue plenamente consciente de que era la predilecta del Gran Lord, y ello hizo que se sintiera abrumada ante las expectativas del Gremio. Si perdía...

«Piensa en otra cosa», se dijo. Mientras se aproximaban a la universidad, centró su mente en los recuerdos de las lecciones de Yikmo.

«Regin intentará que malgastes tu poder. El mejor modo de conseguirlo es mediante engaños y artimañas.»

Las artimañas, ciertamente, constituían parte del estilo de lucha de Regin. El muchacho la había sorprendido muchas veces con falsos azotes en las clases de habilidades de guerrero de primer año.

«Mucho de lo que has aprendido será intrascendente. No necesitarás la proyección en la Arena: allí no hay nada que mover. Los azotes de paro están permitidos, pero son considerados descortesos. El azote mental está prohibido, naturalmente, aunque tan solo sería útil como distracción.»

Regin nunca había usado un azote mental contra ella, pues aún no habían aprendido a lanzarlo.

«¡No hagas gestos! Delatarás tus intenciones. Un buen guerrero no se mueve durante un combate, ni siquiera los músculos de la cara.»

Yikmo siempre se refería al «guerrero», en masculino, lo cual ella encontró divertido al principio, y después irritante. Cuando Sonea se quejó, él se echó a reír.

—Lady Vinara lo aprobaría —había dicho—. Pero Balkan te diría: «Cuando haya más guerreros mujeres que hombres, enmendaré mis formas».

Sonea sonrió ante el recuerdo, y continuaba haciéndolo cuando pasaron la universidad y aparecieron a la vista de la aglomeración de magos que esperaban en el exterior de la Arena.

—¿Está todo el mundo aquí? —jadeó.

—Probablemente —dijo Yikmo con suavidad—. Regin escogió un dialibre para enfrentarse a ti, de modo que una gran multitud será testigo de su derrota.

Sonea sintió que perdía el color de la cara. Aprendices y magos la observaban. Incluso los no-magos —esposas, maridos, hijos y sirvientes— habían acudido a presenciar el espectáculo. Había cientos de personas observándola. Las cabezas se volvieron hacia ella cuando, flanqueada por su profesor y su tutor, se abrió paso entre la multitud. Los magos superiores formaban una fila. Yikmo la guió hacia ellos, y cuando el guerrero se detuvo, Sonea se inclinó en una reverencia. Intercambiaron saludos formales, pero ella estaba demasiado distraída para prestar atención hasta que pronunciaron su nombre.

—Bien, Sonea. Tu adversario aguarda tu presencia —dijo lord Balkan con un ademán.

Siguiendo el movimiento de su mano, vio a Regin y a lord Garrel de pie junto a un seto con forma de arco. El camino que lo atravesaba conducía directamente a la Arena.

—Buena suerte, Sonea —dijo Lorlen, sonriendo.

—Gracias, administrador. —Su voz sonaba insignificante, y sintió un ramalazo de irritación hacia sí misma. Ella era la retadora. Debería caminar enérgicamente hacia la batalla, con ansiosa confianza.

Cuando empezaba a andar hacia la Arena, Yikmo le puso una mano en el hombro.

—Estate alerta, y lo harás bien —murmuró. Se echó a un lado y le hizo una seña para que continuara avanzando.

Con solo Akkarin ahora junto a ella, se aproximó al arco. Cuando sus ojos se cruzaron con los de Regin, el rostro del muchacho se contrajo en una mueca de desdén, trayéndole el recuerdo de la primera vez que lo vio, antes de la Ceremonia de Aceptación. Sonea lo miró con actitud desafiante.

Volvió la atención hacia lord Garrel al percibir su mirada. El mago no disimulaba su ira y antipatía hacia ella. Sorprendida, se preguntó por qué estaría tan furioso. ¿Le contrariaba el tiempo adicional invertido en preparar a su aprendiz para ese combate? ¿Le había ofendido que ella hubiera tenido la audacia de desafiar a su sobrino? ¿O estaba molesto con ella por ponerle en una situación de oposición al Gran Lord?

«¿Me importa? No.»

Si hubiera sido previsor, habría impedido que Regin siguiera acosándala después de convertirse en la predilecta del Gran Lord. La idea de que quizá aquel desafío le había causado complicaciones hizo aflorar nuevamente una sonrisa en su rostro. Se giró, traspasó el arco y echó a andar a grandes zancadas hacia la Arena.

Con Akkarin a su lado, descendió hasta el portal de la Arena. Al salir, caminó hasta el centro del terreno arenoso y se detuvo. Garrel, Regin y Balkan la habían seguido al interior. Fuera del círculo de agujas, la multitud de magos y aprendices se dispersaba alrededor de la estructura, algunos sentándose en los travesaños escalonados.

Miró a Regin. Este observaba a la multitud, con expresión inusualmente sombría. Sonea dejó que sus ojos vagaran por los espectadores, hasta que se detuvieron cuando divisó a Rothen entre ellos, con Dorrien a su lado. Este sonrió y saludó con la mano. Rothen logró esbozar una sutil sonrisa.

Balkan se colocó entre Regin y ella, alzó los brazos y esperó mientras el zumbido de voces del público se desvanecía.

—Han transcurrido muchos años desde la última vez que dos magos vieron apropiado resolver una disputa o probar su habilidad mediante un duelo formal en la Arena —empezó a decir Balkan—. Hoy seremos testigos del primer evento de tales características en veinticinco años. A mi derecha la retadora, Sonea, aprendiz acogida por el Gran Lord. A mi izquierda el adversario, Regin, de la familia Winar, Casa Paren, aprendiz acogido por lord Garrel.

»Los tutores de los contendientes se han designado a sí mismos como protectores. Pueden ahora conformar un escudo interior alrededor de sus aprendices.

Sonea percibió el débil roce de una mano sobre su hombro. Tembló ante la sensación, y seguidamente bajó la mirada. El escudo de Akkarin era casi indetectable. Resistió a la necesidad de probarlo.

—Los protectores pueden ahora abandonar la Arena.

Sonea observó a Akkarin y a Garrel entrar con paso firme en el portal. Cuando la pareja salió al otro lado, fuera de la Arena, vio que el rostro de Garrel estaba rojo de ira, y Akkarin parecía perplejo. Claramente, algo había provocado el enfado de Garrel. ¿Se habría burlado Akkarin? A su pesar, la idea le produjo una inesperada satisfacción. Pero la sensación se evaporó cuando Balkan volvió a hablar.

—Los contendientes pueden tomar posiciones.

De inmediato, Regin giró sobre sus talones y echó a andar hacia el otro lado de la Arena. Sonea se volvió y caminó en la dirección opuesta. Respiraba lentamente, con profundas inspiraciones. Pronto tendría que centrar toda su atención en Regin. Tendría que ignorar a todas las personas que estaban mirando y pensar solo en el combate.

Sonea se dio la vuelta a pocos pasos del borde de la Arena. Balkan caminaba hacia el portal. Al momento siguiente desapareció dentro. Después apareció en lo alto de la grada que rodeaba la Arena y se situó sobre el portal.

—El vencedor debe ganar la mayoría de cinco asaltos —dijo a los espectadores—. Un asalto termina cuando un escudo interior es azotado con la fuerza equivalente a un toque mortal. El azote mental está prohibido. Si un contendiente usa la magia antes de que un combate haya dado comienzo oficialmente, él o ella cederá ese asalto. Un combate comienza cuando yo diga «empezad», y termina cuando yo diga «alto». ¿Entendido?

—Sí, milord —respondió Sonea. Regin, como un eco, repitió sus palabras.

—¿Estáis preparados?

—Sí, milord. —De nuevo, la respuesta de Regin siguió a la suya.

Balkan levantó una mano y la situó cerca de la barrera de la Arena. Envió una descarga de poder, que cruzó la cúpula como un relámpago. Sonea miró a Regin.

—¡Empezad!

Regin estaba de brazos cruzados, pero sin la sonrisa burlona que ella había esperado. Vio que el aire se ondulaba cuando él soltó el primer azote. Golpeó su escudo un instante después de que Sonea lanzara su respuesta.

El escudo del muchacho aguantó sólidamente, pero Regin no volvió a azotar. Sonea vio que arrugaba la frente. Sin duda estaba decidiendo cuál sería la mejor forma de embaucarla para que malgastara sus poderes.

El aire entre ambos fluctuó de nuevo cuando el chico envió la magia hacia ella, esta vez en un ataque múltiple. Los azotes emitían destellos vagamente blancos, que se presentían más que se veían. Parecían azotes de fuerza... pero o no eran lo

bastante fuertes para adquirir la tonalidad blanca, o...

Sonea sintió que los primeros azotes chocaban contra su escudo con un suave golpeteo y rió por lo bajo. Trataba de engañarla para que fortaleciera su escudo demasiado. Estuvo a punto de reducirlo, pero cierta diferencia en la forma en que el aire titilaba entre ellos la alertó de algo nuevo. Un intenso azote de fuerza batió contra su escudo, y Sonea se sintió agradecida por su instinto, pues el azote fue lo suficientemente fuerte para empujarla un paso hacia atrás.

La lluvia de azotes continuó, por lo que la muchacha envió en respuesta un poderoso haz de energía. Regin abandonó su ataque y levantó una resistente barrera, pero un instante antes de que el azote golpeará, Sonea enfocó su voluntad y el azote de calor repentinamente se dividió en un aluvión de rojos azotes de paro que se disiparon contra el escudo de Regin.

El rostro del muchacho se retorció de ira. Sonea sonrió al oír murmullos por toda la Arena. La gracia de aquello no había pasado desapercibida entre los magos. Debían de saber que Regin había usado azotes de paro sobre ella.

El siguiente ataque de Regin fue rápido, pero lo esquivó fácilmente. Sonea jugueteó con su ira, devolviendo solo azotes de paro. No se molestó en disfrazarlos; él ya estaba alerta a ese truco. Aunque aquello significaba que el combate no iría a ninguna parte, no pudo resistirse a hostigarle. Tenía reservas de energía en abundancia, y la ira podría instigarlo a realizar una insensatez. Usar azotes de paro en combate se consideraba descortés, sin embargo, y con ello no iba a granjearse el cariño del Gremio.

Regin, de repente, le lanzó una continua lluvia de azotes. De fuerza, de calor... todos de intensidad variable. Su poder hizo brillar débilmente el escudo de Sonea. Ella le devolvió a su vez otra descarga de azotes, reconociendo el sencillo ardid. Cuando se aplicaban tantos azotes, y tan variables, el defensor tenía dos opciones: levantar un escudo que pudiera bloquear el azote más potente mientras se mantenía en guardia ante la posibilidad de uno mayor, o intentar conservar la fuerza modificando el escudo con cada azote.

Sonea igualó el ataque del muchacho con el suyo propio, y vio que Regin modificaba su escudo. Requería una gran concentración hacer aquello mientras se atacaba al mismo tiempo. El rostro del chico estaba tenso y sus ojos se movían con celeridad, denotando el esfuerzo que estaba realizando.

Aquella táctica podría acabar debilitándola, tarde o temprano. Sabía que un azote potente obligaría al muchacho a interrumpir su ataque, aunque para ello Sonea tendría que gastar todavía más poder, que era lo que él buscaba.

Pero el ardid de Regin era también su punto débil. Su defensa solo funcionaría si advertía cada uno de los azotes que le enviaba Sonea.

«Así que tengo que hacer algo completamente inesperado.»

Cambiar la dirección de un azote una vez que se había soltado requería un esfuerzo adicional, pero no tanto como una enérgica descarga de poder. Concentrándose, desvió la trayectoria de uno de los azotes de fuerza y, en el último momento, lo lanzó describiendo una curva y golpeó al muchacho desde atrás.

Regin se tambaleó hacia delante. Abrió los ojos de par en par, y seguidamente los entrecerró, ardiendo de furia.

—¡Alto!

Sonea abandonó su ataque y dejó caer el escudo. Levantó la mirada hacia Balkan, expectante.

—La primera victoria va para Sonea.

El aire se llenó con las voces de los magos, que se volvían para debatir lo que acababan de presenciar. Sonea trató de disimular una sonrisa, pero cedió.

«¡He ganado el primer asalto!»

Miró a Regin. El rostro del muchacho estaba encendido de ira.

Balkan alzó los brazos. La charla cesó.

—¿Estáis preparados para comenzar el segundo asalto? —preguntó a Sonea y a Regin.

—Sí, milord —contestó ella. La respuesta de Regin fue seca.

Balkan puso una mano contra la barrera de la Arena.

—¡Empezad!

37. La predilecta del Gran Lord

Lorlen sonreía mientras los dos aprendices se volvían y se plantaban cara a cara. La primera victoria de Sonea había sido todo lo que necesitaba ser. No había ganado por fuerza, sino encontrando un resquicio en la defensa de Regin. Echó un vistazo a lord Yikmo, y se sorprendió al ver que el guerrero fruncía el ceño.

—No parece complacido, lord Yikmo —murmuró Lorlen.

El guerrero sonrió.

—Lo estoy. Esta es la primera vez que derrota a Regin. Pero es fácil perder la concentración en la euforia de la victoria.

Cuando Sonea atacó a Regin con evidente ansiedad, Lorlen sintió un poco de la preocupación de Yikmo.

«No te confíes demasiado, Sonea —pensó—. Ahora Regin será precavido.»

Regin se defendió fácilmente; después atacó. Pronto el aire en el interior de la Arena crepitaba de magia. De repente Sonea extendió los brazos y bajó la mirada; su ataque decayó. Lorlen oyó inspiraciones ahogadas a su alrededor, pero el escudo de Sonea se mantuvo ante el vigoroso ataque de Regin.

Al dirigir la mirada al suelo, el administrador vio que bajo los pies de Sonea la arena se movía. Se distinguía un disco de poder bajo las suelas de las botas. Estaba levitando, prácticamente a ras de tierra.

Lorlen conocía la táctica. Un mago podía esperar un azote desde cualquier dirección, pero no desde abajo. Era tentador concluir un escudo donde se encontraba con el suelo para ahorrar poder. El escudo de Sonea era evidente que se extendía por debajo de sus pies, y su conocimiento de la levitación la había salvado del oprobio de ser derribada de manera poco elegante por las sacudidas de la inestable arena. La levitación, recordó, no se enseñaba hasta el tercer año.

—Sabia decisión, enseñarle eso —dijo Lorlen.

Yikmo negó con la cabeza.

—No lo hice.

El rostro de Sonea estaba tenso. La concentración requerida para levitar, escudarse y atacar simultáneamente exigía mucho esfuerzo, y sus azotes adoptaban ahora una pauta sencilla que era fácil de bloquear. Lorlen sabía que ella debía obligar a Regin a emplear la misma cantidad de poder y concentración. La arena bajo los pies del muchacho empezó a bullir, pero este se limitó a desplazarse de lado. Al mismo tiempo, Sonea volvió a abrir los brazos a causa de otra arremetida subterránea, y su ataque flaqueó.

—¡Alto!

»La segunda victoria va para Regin.

Una débil ovación brotó de entre los aprendices. Mientras Regin sonreía y saludaba con la mano a sus amigos, Sonea fruncía el ceño, obviamente irritada consigo misma.

—Bien —dijo Yikmo.

Lorlen, perplejo, miró al guerrero inquisitivamente.

—Lo necesitaba —explicó Yikmo.

En la breve pausa entre asaltos, Rothen buscó con la mirada a Dannyl entre los magos del otro lado de la Arena. Había desaparecido del sitio que ocupaba previamente entre los magos superiores. Rothen frunció el ceño, dividido entre observar el combate y buscar a su amigo.

Se había quedado atónito al ver llegar a Dannyl con Sonea, Yikmo y Akkarin. Dannyl no le había enviado ningún mensaje anunciándole que estaría de visita en el Gremio, ni siquiera una breve comunicación mental. ¿Significaba eso que su regreso había sido un secreto?

Era evidente que ya no lo era. Al aparecer con Sonea y el Gran Lord, Dannyl había revelado su presencia a cualquiera que estuviese mirando. Pero era su aparición en compañía del Gran Lord lo que más molestaba a Rothen. Y ya hacía varias semanas que Dannyl no le enviaba misiva alguna.

Las preguntas se sucedían una tras otra. ¿Había descubierto Akkarin la búsqueda de Rothen? ¿O Dannyl estaba asistiendo al Gran Lord en algún asunto de la embajada? ¿O era un asunto más oscuro, y Dannyl no era consciente de que estaba ayudando a un mago negro? ¿O acaso había descubierto la verdad sobre Akkarin?

—Hola, viejo amigo.

Rothen pegó un brinco, sobresaltado al oír una voz por encima de su hombro, y se giró. Dannyl sonreía, obviamente complacido por haber asustado a su mentor. Inclino la cabeza en dirección a Dorrien, quien le saludó afectuosamente.

—¡Dannyl! ¿Por qué no me dijiste que volvías? —inquirió Rothen.

Dannyl esbozó una sonrisa de disculpa.

—Lo lamento, debería haberte avisado. Me ordenaron de improviso que volviera.

—¿Con qué motivo?

El joven mago apartó la mirada.

—Únicamente para informar al Gran Lord.

¿Le reclamaban de improviso únicamente para informar al Gran Lord?

Al oír que Balkan anunciaba el inicio del siguiente asalto, Rothen se debatió entre interrogar a Dannyl y ver a Sonea. Dio media vuelta y se dispuso a observar el combate. Si Dannyl accedía a hablar de su reunión con Akkarin, probablemente no querría hacerlo de pie entre una multitud de magos.

«No —decidió Rothen—. Le preguntaré más tarde.»

Regin había adoptado una defensa audaz y arriesgada. En lugar de escudarse, dirigía sus azotes hacia los de la chica. A medida que su magia martilleaba la de Sonea, la Arena se llenaba de esquivas de energía, demasiado débiles para molestar a los dos aprendices. Unas pocas alcanzaban la barrera de la Arena y despedían temblorosos rayos que recorrían su superficie. Aparte de todo eso, Regin estaba enviando azotes adicionales directamente a Sonea. Aunque ella se defendía con facilidad, era evidente que estaba usando más poder que Regin simplemente para mantener levantado el escudo.

La chica lo contrarrestó intensificando su ataque. El ardid de Regin solo funcionaría si interceptaba todo los azotes dirigidos a él. Si erraba alguno tendría que crear un escudo velozmente.

Mientras Rothen miraba, sucedió: uno de los azotes de Sonea logró filtrarse. Rothen no tuvo tiempo siquiera de contener el aliento por la expectación antes de que el azote chocara contra un escudo alzado con precipitación.

Sonea empezó a avanzar hacia Regin, acortando la distancia entre ambos para obligarle a reaccionar más rápido. Cuando apenas diez pasos separaban a la pareja, los azotes de Regin de repente parecieron invertirse. Se tambaleó hacia atrás y profirió un grito de sorpresa. La Arena, súbitamente, se vació de magia.

—¡Alto!

El silencio siguió a la voz de Balkan; luego un suave murmullo empezó a propagarse entre los espectadores.

—La tercera victoria va para Sonea.

Los magos expresaron audiblemente su confusión. Rothen frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—¿Qué ha pasado?

—Creo que los azotes de Sonea estaban duplicados —dijo Dorrien—. A cada azote le seguía detrás un segundo, con apenas un instante entre ambos. Habrán parecido un único azote desde la perspectiva de Regin. Sus azotes defensivos detenían los primeros, pero no tuvo tiempo para detectar los dobles.

Varios magos habían escuchado a Dorrien, y asentían entre sí, impresionados. Dorrien miró a Rothen, con aspecto ufano.

—Realmente es increíble verla.

—Sí. —Rothen asintió con la cabeza, y dejó escapar un suspiro cuando Dorrien se volvió. Su hijo, claramente, estaba cada vez más embelesado con ella. Nunca habría imaginado que estaría tan ansioso por ver a Dorrien regresar a su aldea.

El bramido de Balkan retumbó sobre el zumbido de las voces.

—Por favor, regresad a vuestras posiciones.

Sonea se alejó de Regin de espaldas.

—¿Estáis preparados para el cuarto asalto?

—Sí, milord —respondió la pareja.

Un rayo de luz recorrió temblando la barrera de la Arena.

—¡Empezad!

Sonea inició aquel asalto sin triunfalismos. El método empleado para derrotar a Regin había requerido una gran cantidad de magia. Si la victoria de Regin dependía de la pericia de este para hacer que Sonea gastara su energía, entonces él estaba ganando.

Tendría que ser más cauta esta vez. Debía rehusar a dejarse arrastrar por sus artimañas. Tenía que ahorrar energía, pues si perdía aquel combate necesitaría sobrevivir a otro.

Durante un momento ella y Regin se observaron el uno al otro, ambos inmóviles y sin escudo. Entonces Regin entornó los ojos y el aire se llenó de un millar de azotes de calor casi invisibles, cada uno con la fuerza justa para que contara como toque mortal si golpeaba su escudo interior. Entre la lluvia de azotes más débiles, Sonea divisó algunos más potentes, y creó un escudo lo bastante fuerte para rechazarlos todos.

Pero justo antes de que los azotes la alcanzaran, se disolvieron en nada. Enfadada por la artimaña de Regin, envió una descarga idéntica de azotes, solo que permitió que los más fuertes golpearan su escudo, con la esperanza de que creyera que estaba contraatacando con el mismo ardid.

Eso no lo hizo caer, desde luego, pero se tambaleó hacia atrás, con el rostro crispado. Sonea sintió que la invadía una oleada de triunfo. ¡Regin estaba cansado!

Siguió un cuidadoso ataque, complejo pero económico. El aire se llenó de luz, como si esperase disimular unos pocos azotes más fuertes en el cegador brillo. Con cada azote que le devolvía, Sonea distinguía pequeñas señales de esfuerzo en el rostro y la actitud de Regin. Trataba de ocultarlo, pero estaba claro que ya no sería una gran amenaza para ella.

Observándolo a través del resplandor, vio que hacía una mueca de dolor cuando uno de sus azotes más fuertes le alcanzó. Entonces, desde arriba, Sonea sintió que una inesperada fuerza arremetía violentamente contra su escudo. Este se estremeció, y entonces otro azote, calculado para llegar solo un momento después del primero, rompió su escudo antes de que pudiera fortalecerlo.

—¡Alto!

Sentimientos de incredulidad y desolación la inundaron cuando comprendió que solo había estado simulando su agotamiento. Al contemplar su expresión petulante, Sonea sintió ira hacia sí misma por ser tan necia.

—La cuarta victoria va para Regin.

Pero conocía los límites de él. Tenía que estar cansado después de todo ese tiempo.

Cerró los ojos, buscando la fuente de su poder. Estaba un poco disminuida, pero no en peligro de agotarse.

Yikmo le había desaconsejado que derrotara a Regin con la fuerza bruta.

«Si quieres respeto, debes mostrar destreza y honor», había dicho.

«Ya les he mostrado suficiente destreza y honor», pensó Sonea. Pasara lo que pasase en aquel último asalto, no se arriesgaría a perder de nuevo por intentar conservar su fuerza. Si ganaba aquel asalto, sería solo aguantando más tiempo que Regin.

Eso significaba que de todos modos ganaría por su fuerza; por tanto, ¿por qué no terminar rápido con un feroz ataque?

—¿Estáis preparados para empezar el quinto asalto? —preguntó Balkan.

—Sí, milord —contestó ella; la respuesta de Regin fue como un eco.

—Empezad.

Sonea comenzó atacando con poderosos azotes, con la esperanza de evaluar la resistencia de Regin. Este esquivó hábilmente todas las descargas de energía, que se estrellaron sin causar daño alguno contra la barrera de la Arena.

Sonea contempló fijamente a Regin, quien le devolvió la mirada con fingida inocencia. Esquivar y agacharse eran prácticas que se consideraban incorrectas en combate, pero no existían reglas en contra. Le sorprendió que el muchacho recurriera a ellas, pero eso era algo que había previsto. Lo había hecho simplemente para que ella gastara su poder en un ataque inútil. Regin sonrió. Entonces la arena alrededor de sus pies empezó a arremolinarse.

Se inició un murmullo entre la multitud cuando la tierra fue alzándose desde el suelo de la Arena. Sonea observaba, preguntándose qué estaría haciendo Regin... y por qué. Yikmo no había mencionado ninguna táctica que implicara aquello. De hecho, le había dicho que la proyección era irrelevante en un duelo formal.

La arena giraba ahora batiendo con fuerza. Se espesó rápidamente, llenando el aire de un débil llanto. Sonea frunció el ceño cuando Regin desapareció de la vista. Pronto todo lo que veía era blanco.

Entonces algo más potente zarandó su escudo. Estimando la dirección, lanzó un azote, pero otro ataque la golpeó desde atrás, y luego un tercero desde arriba.

«Me ha cegado», comprendió Sonea.

En algún lugar, el muchacho se movía por la Arena, o dirigía sus ataques en trayectorias curvas para que la golpearan desde direcciones diferentes. Ella no podía contraatacar si no sabía dónde estaba.

Pero eso no importaría si apuntaba en todas las direcciones a la vez.

Invocando su poder, envió una ráfaga de potentes azotes. La arena cayó bruscamente a su alrededor, formando un anillo en el terreno. Regin había centrado la tormenta de arena sobre ella.

«Así conocía mi posición.»

El chico estaba de pie al otro lado de la Arena, observándola detenidamente. Al verle, supo que intentaba evaluar lo cansada que estaba.

«No lo estoy.»

Cuando Sonea atacó, el muchacho se echó nuevamente a un lado. Tuvo que contener una sonrisa. Si Regin quería que malgastara su poder, entonces le haría correr por toda la Arena como un rasuk asustado. Tarde o temprano le atraparía.

O podía lanzar azotes curvos alrededor de la Arena de tal forma que no tuviera sitio adonde correr.

«Sí. Acabemos con esto.»

Con los ojos medio cerrados, se concentró en la fuente de su poder. Invocando prácticamente toda la magia que le quedaba, formó en su mente un diseño que era a la vez bello y mortal. Entonces alzó los brazos. No importaba si dejaba ver sus intenciones. Cuando desató la magia, supo que era la fuerza más potente que había liberado jamás. La envió hacia fuera, en tres oleadas de azotes de fuerza, cada una más potente que la anterior.

Oyó un tenue rumor procedente del público cuando los azotes se desplegaron como una flor brillante y peligrosa, para luego curvarse hacia abajo. Hacia Regin.

El muchacho abrió los ojos de par en par. Retrocedió de espaldas, pero no había lugar adonde ir. Los primeros azotes despedazaron el escudo.

Una centésima de segundo después, la segunda oleada impactó en el escudo interior. La expresión de Regin cambió de la sorpresa al terror. Miró a lord Garrel, y a continuación levantó los brazos, al tiempo que le alcanzaba la tercera ráfaga.

En ese momento Sonea oyó una exclamación. Reconoció la voz como la de Garrel. El escudo interior que rodeaba a Regin tembló...

... pero permaneció alzado.

Sonea se volvió para mirar al tutor de Regin, y vio que se presionaba las sienes y oscilaba. La mano de Akkarin descansaba sobre el hombro del mago.

Entonces un golpe sordo atrajo su atención de vuelta a la Arena. Sonea sintió que le daba un vuelco el corazón cuando vio a Regin yaciendo sobre la arena. Todo estaba en silencio. Esperó a que se moviera, pero permaneció inmóvil. Seguramente solo estaría exhausto. No podía estar... muerto.

Dio un paso hacia él.

—¡Alto!

Petrificada por la orden, levantó la mirada hacia Balkan de manera inquisidora. El guerrero frunció el ceño, como en señal de advertencia.

Entonces Regin gimió y los magos que observaban expectantes dejaron escapar un suspiro colectivo. Sonea cerró los ojos, sintiendo que la invadía una sensación de alivio.

—Sonea ha ganado el desafío —anunció Balkan.

Lentamente primero, y poco a poco con más entusiasmo, los magos y aprendices empezaron a aplaudir. Sorprendida, Sonea miró alrededor.

«He ganado —pensó—. ¡He ganado de verdad!»

Sondeó los rostros de magos, aprendices y no-magos que aplaudían: tal vez había ganado más que una simple pelea. Pero no tendría la certeza de eso hasta más adelante, cuando caminara por el corredor de la universidad y oyera los murmullos de los aprendices, o cuando se encontrara con Regin y sus amigos en unos de los pasadizos a altas horas de la noche.

—Declaro concluido este duelo formal —anunció Balkan.

Descendió del portal y se unió a Garrel y a Akkarin. Garrel asintió con la cabeza ante algo que el guerrero dijo, y después echó a andar bordeando la Arena hacia la entrada, con los ojos puestos en la figura aún boca abajo de Regin.

Sonea contempló al muchacho pensativamente. Al acercarse, vio que tenía el rostro blanco y aparentaba estar dormido. A todas luces se hallaba exhausto, y sabía lo horrible que era esa sensación. Pero nunca, de todas las veces que ella había estado exhausta, había caído inconsciente.

Vacilante, por si fingía, se agachó a su lado y le tocó la frente con cautela. Su agotamiento era tan extremo que su cuerpo estaba conmocionado. Hizo brotar de su mano un flujo de energía sanadora para fortalecer el organismo de Regin.

—¡Sonea!

Levantó la mirada, y descubrió que Garrel la miraba con actitud desaprobatoria.

—¿Qué estás...?

—Aggg... —gimió el muchacho.

Ignorando a Garrel, bajó la vista. Regin abrió los ojos con un aleteo. La miró de hito en hito, y arrugó la frente.

—¿Tú?

Sonea sonrió irónicamente y se levantó. Hizo una reverencia a Garrel y se alejó caminando hacia la frescura del portal de la Arena.

Aunque casi todo el público ya se marchaba, los magos superiores permanecían al lado de la Arena. Se habían congregado formando un tosco círculo para analizar el combate.

—Sus poderes han crecido más rápido de lo que habría creído posible —dijo lady Vinara.

—Su fuerza es sorprendente para alguien de su edad —coincidió Sarrin.

—Si es tan fuerte, ¿por qué no agotó a Regin directamente desde el principio? —preguntó Peakin—. ¿Por qué intentaba conservar su fuerza? Hizo que perdiera dos asaltos.

—Porque el objetivo no era que Sonea ganara —dijo Yikmo con calma—, sino que perdiera Regin.

Peakin observó al guerrero con aire dubitativo.

—¿Y cuál es la diferencia?

Lorlen sonrió ante la confusión del alquimista.

—Si se hubiera limitado a derribar a Regin, no se habría ganado el respeto de nadie. Al perder asaltos por emplear su habilidad, dio muestras de estar dispuesta a combatir limpiamente a pesar de su ventaja.

Vinara asintió.

—No sabía lo fuerte que era en realidad, ¿verdad?

Yikmo sonrió.

—No. No lo sabía. Solo que era más fuerte. De haberlo sabido, habría sido difícil para ella permitirse perder algún asalto.

—¿Cuán fuerte es, entonces?

Yikmo miró a Lorlen deliberadamente, luego más allá. El administrador se giró y vio que Balkan y Akkarin se aproximaban. Sabía que no era a Balkan a quien Yikmo había estado mirando.

—Quizá os habéis hecho cargo de más de lo que podéis manejar, Gran Lord —dijo Sarrin.

Akkarin sonrió.

—Ni hablar.

Lorlen observó que los demás intercambiaban miradas. Ninguno de los rostros expresaba incredulidad. Una falta de comprensión, quizá.

—Pronto tendréis que empezar a educarla vos mismo —añadió Vinara.

Akkarin negó con la cabeza.

—Todo lo que necesita puede aprenderlo en la universidad. No le interesa aprender nada de lo que yo pueda enseñarle... por ahora.

Lorlen sintió que un repentino escalofrío le subía por el cuerpo. Miró con atención a Akkarin, pero nada en el semblante del Gran Lord indicaba que se refiriera a lo que él temía.

—No me la imagino entendiendo o disfrutando con las disputas e intrigas de las Casas —coincidió Vinara—, aunque la idea de que el Gremio elija a su primera Gran Lady es harto atrayente.

Sarrin frunció el ceño.

—No olvidemos sus orígenes.

La mirada de Vinara se agudizó, y Lorlen se aclaró la garganta.

—Con suerte, eso no será un problema hasta dentro de muchos años. —Echó un vistazo a Akkarin, pero la atención del Gran Lord estaba puesta en otro sitio. Lorlen siguió su mirada y vio que Sonea se aproximaba.

Cuando el círculo de magos se abrió para recibirla, Sonea hizo una reverencia.
—Enhorabuena, Sonea —exclamó Balkan—. Ha sido un combate bien luchado.
—Gracias, lord Balkan —respondió ella, con ojos resplandecientes.

—¿Cómo te sientes? —preguntó lady Vinara.

Sonea ladeó la cabeza, reflexionando, y a continuación se encogió de hombros.

—Hambrienta, milady.

Vinara se echó a reír.

—Entonces espero que tu tutor tenga un banquete de celebración aguardándote.

Si la sonrisa de Sonea pareció un poco forzada, los otros no dieron muestras de haberlo notado. Miraban a Akkarin, quien se había vuelto de cara a la aprendiz.

—Bien hecho, Sonea —dijo.

—Gracias, Gran Lord.

Los dos se miraron mutuamente en silencio. Sonea bajó la vista. Lorlen estudió con detenimiento a los otros, fijándose en la sonrisa de complicidad de Vinara. Balkan parecía divertido, y Sarrin asentía a modo de aprobación.

Lorlen suspiró. Solo veían a una joven aprendiz turbada e intimidada por su poderoso tutor. ¿Alguna vez verían algo más? Bajó la mirada a la gema roja que llevaba en su dedo.

«Y si lo hacen, no seré yo quien se lo muestre. Soy tan rehén como ella.»

Miró a Akkarin y entornó los ojos.

«Cuando por fin le llegue el momento de explicarse, será mejor que tenga una muy buena razón para todo esto.»

Tras abrir la puerta de su habitación, Dannyl hizo una seña a Rothen para que entrara, le siguió y cerró la puerta. Dentro estaba oscuro, y aunque todo parecía limpio y libre de polvo, persistía un olor a abandono en el aire. Habían depositado su baúl en el interior del dormitorio.

—Bien, ¿qué era tan apremiante para que el Gran Lord te ordenara regresar a Imardin? —preguntó Rothen.

Dannyl observó a Rothen detenidamente. Ni un «¿cómo estás?» ni un «¿cómo fue tu viaje?». Quizá se hubiera enfadado, de no ser por los perturbadores cambios en la apariencia de su amigo.

Sombras oscuras colgaban bajo los ojos de Rothen. Parecía más viejo, aunque Dannyl podría estar simplemente viendo a su amigo con ojos menos acostumbrados a las profundas arrugas en la frente de Rothen, o al gris de su cabello. Sin embargo, la forma de andar de su mentor, tensa y encorvada, era definitivamente nueva.

—Puedo contarte una parte —dijo Dannyl—, pero no todo. Parece que Akkarin se enteró de mi investigación sobre magia ancestral. Él... ¿estás bien, Rothen?

Rothen había palidecido en grado sumo. Apartó la mirada.

—¿Se... le ofendió mi interés?

—No —le aseguró Dannyl—, porque no sabe de tu posible interés en magia ancestral. Se enteró de mi investigación, y parece que la aprueba. De hecho, tengo su permiso para continuar.

Rothen miró fijamente a Dannyl, sorprendido.

—Entonces eso debe de significar...

—Que puedes escribir tu libro sin preocuparte por invadir su territorio —concluyó Dannyl.

Por la expresión de disgusto de Rothen, Dannyl supuso que no era aquello lo que había sorprendido a su amigo.

—¿Te preguntó algo más? —quiso saber Rothen.

Dannyl sonrió.

—Esa es la parte de la que no puedo hablar. Asuntos de la embajada. Nada demasiado peligroso, no obstante.

Rothen observó a Dannyl con aire calculador, y luego asintió.

—Seguro que estás cansado —dijo—. Debería dejarte ir a deshacer el equipaje y descansar. —Se encaminó hacia la puerta, pero vaciló y se dio la vuelta—. ¿Recibiste mi carta?

«Allá vamos», pensó Dannyl.

—Sí.

Rothen hizo un ademán de disculpa.

—Pensé que debería avisarte, por si removía viejos rumores del pasado.

—Claro —dijo Dannyl secamente. Hizo una pausa, sorprendido ante la falta de preocupación en su propia voz.

—No creo que sea un problema —agregó Rothen—. Si ese asistente tuyo es lo que dicen que es, claro está. La gente no especula sobre ti, solo piensa que es divertido, en vista de las acusaciones vertidas sobre ti cuando eras un aprendiz.

—Ya veo. —Dannyl asintió lentamente, y se armó de valor para una respuesta poco agradable—. Tayend es un doncel, Rothen.

—¿Un doncel? —Rothen frunció el ceño, y al verlo claro, abrió bien los ojos—. Entonces el rumor es cierto.

—Sí. Los elyneos son un pueblo más tolerante que los kyralianos... casi todo el tiempo. —Dannyl sonrió—. He de procurar adaptarme a sus costumbres.

Rothen asintió.

—Como parte de tu cargo de embajador, espero. Además de secretas reuniones con el Gran Lord. —Sonrió por primera vez desde el momento de su encuentro ese día—. Pero te estoy entreteniendo. ¿Por qué no cenas conmigo y con Dorrien esta noche? Él regresará a su aldea mañana.

—Me encantaría.

Rothen volvió a acercarse a la puerta. A una orden de la voluntad de Dannyl, la puerta se abrió. Rothen se detuvo, la cerró de nuevo empujándola y suspiró. Se volvió para mirar fijamente a los ojos de Dannyl.

—Ten cuidado, Dannyl —dijo—. Ten mucho cuidado.

Dannyl le devolvió la mirada.

—Lo tendré —aseguró.

Rothen asintió. Abriendo una vez más la puerta, salió al pasillo. Dannyl se quedó mirando a su amigo y mentor mientras se alejaba caminando.

Y sacudió la cabeza cuando se dio cuenta de que no tenía ni idea de si Rothen le estaba advirtiendo de su relación con Tayend, o con Akkarin.

Epílogo

La luna llena bañaba el sendero que llevaba a la residencia del Gran Lord con una luz azulada. Sonea caminaba hacia el edificio, sonriendo.

Habían transcurrido cuatro semanas desde el desafío, y ni una sola vez se había topado con Regin y sus aliados en los pasadizos de la universidad después de clase. Ninguna risita había llegado a sus oídos en los corredores, y ninguno de sus proyectos había sido arruinado.

Aquel día la habían emparejado con Hal en la clase sobre medicinas, y, tras un torpe comienzo, se habían puesto a discutir sobre el tratamiento correcto para el gusano-clavo. El chico le había hablado sobre una planta rara que su padre, un sanador de una aldea de Lan, usaba para tratar la enfermedad. Cuando ella le contó que los habitantes de las barriadas usaban melaza de tugar, un residuo de la destilación de bol, el chico se había echado a reír. Empezaron a intercambiar supersticiones y curas poco probables de sus propios hogares, y cuando la lección terminó se dio cuenta de que habían estado hablando por espacio de una hora.

Tras alcanzar la puerta de la residencia, Sonea tocó el pomo. Esperando que se abriera de inmediato, dio un paso adelante y se golpeó la rodilla.

Sorprendida e irritada, volvió a tocar el pomo, pero la puerta permaneció cerrada. ¿Iba a quedarse fuera aquella noche? Asió el pomo, lo hizo girar, y se relajó cuando la puerta se abrió hacia dentro.

Cerró tras ella y se dirigió hacia la escalera, pero entonces quedó paralizada cuando oyó un estruendo desde algún lugar más allá de la otra escalera. Un grito amortiguado llegó a sus oídos, y entonces el suelo vibró bajo sus pies.

Algo estaba pasando por debajo de ella, en la habitación subterránea. Algo mágico.

El frío invadió todo su cuerpo. Petrificada, consideró las opciones. Su primera idea fue escapar a su habitación, pero se dio cuenta de que, si se estaba librando alguna suerte de batalla mágica bajo ella, no estaría a salvo en su dormitorio.

Debería marcharse. Irse tan lejos como le fuera posible.

Pero la curiosidad la hizo permanecer inmóvil.

«Quiero saber qué está pasando —pensó—. Y si alguien ha venido a enfrentarse a Akkarin, puede que necesite mi ayuda.»

Tras una profunda inspiración, se acercó a la puerta de la escalera y la abrió, apenas una rendija. El hueco estaba oscuro, de modo que la puerta de la habitación inferior debía de estar cerrada. Muy despacio, con todos sus músculos en tensión y preparados para una veloz retirada, empezó a bajar sigilosamente la escalera. Cuando llegó a la puerta, buscó el ojo de una cerradura, o alguna otra forma de espiar el

interior de la habitación, pero no encontró nada. Una voz de hombre gritó algo. La voz de un extraño. Le llevó un momento darse cuenta de que no lo había entendido porque hablaba en otra lengua.

La respuesta fue prorrumpida con aspereza, también en otra lengua. Sonea reconoció la voz de Akkarin y se quedó helada. Seguidamente, un agudo lamento de desesperación hizo que su pulso se acelerara, y empezó a subir de espaldas la escalera, con la repentina convicción de que debería estar en cualquier sitio menos allí.

La puerta se abrió.

Takan levantó la mirada hacia ella y se detuvo. Sin embargo, Sonea no se fijó en el semblante del sirviente. Su atención había sido absorbida por la escena que se desarrollaba más allá.

Akkarin estaba de pie, descollando sobre un individuo vestido con ropas sencillas. Una de sus manos rodeaba la garganta del hombre, y la sangre se escurría por entre sus dedos. Con la otra mano empuñaba una daga enjoyada... una daga que le era terriblemente familiar. Mientras Sonea observaba, los ojos del extraño se vidriaron y se desplomó en el suelo.

Entonces Takan se aclaró la garganta, y Akkarin levantó bruscamente la cabeza.

Sus miradas se fundieron, como en sus pesadillas, en las cuales Sonea revivía la noche en que le había visto en su habitación, salvo que él la descubría mirando y quedaba petrificada, incapaz de moverse... hasta que despertaba con el corazón latiéndole aceleradamente.

Pero esta vez no se despertaría. Aquello era real.

—Sonea. —Pronunció su nombre con irritación no disimulada—. Ven aquí.

La chica negó con la cabeza, retrocedió de espaldas y sintió el aguijón de la magia en su hombro cuando tropezó con una barrera. Takan suspiró y se retiró al interior de la habitación. Sonea sintió que la barrera presionaba su espalda y comprendió que iba a ser empujada escalera abajo. Haciendo un gran esfuerzo, silenció su pánico, irguió los hombros y obligó a sus piernas a transportarla hasta los dominios del mago.

Cuando franqueó la entrada, la puerta se cerró tras ella de forma irrevocable. Bajó la mirada hacia el hombre muerto y se estremeció al verle los ojos, perdidos y vacíos. Akkarin siguió la dirección de su mirada.

—Este hombre es... era un asesino. Fue enviado a matarme.

«Eso dice él.»

Sonea miró a Takan.

—Es cierto —dijo el sirviente. Hizo una seña—. ¿Cree que el a... Gran Lord destrozaría así sus propias habitaciones?

Echando un vistazo alrededor, se dio cuenta de que la paredes estaban

chamuscadas, y que una de las librerías era un caos de madera astillada y libros esparcidos. Sonea había sentido y oído lo suficiente desde la antesala para sospechar que por debajo de ella se estaba librando algún tipo de combate mágico.

«Así que el muerto debió de haber sido un mago.»

Volvió a mirarlo. No era kyaliano, ni de ninguna de las razas pertenecientes a las Tierras Aliadas. Su aspecto era... Se volvió a mirar a Takan. La misma amplitud de rostro y el mismo color de piel, moreno con tintes dorados...

—Sí —dijo Akkarin—. Él y Taken son del mismo pueblo. Sachaka.

Eso explicaba la magia del hombre, y que no fuera del Gremio. Así que todavía quedaban magos en Sachaka... Pero si aquel hombre era un asesino, ¿por qué querría muerto a Akkarin?

«Él o su empleador, pero ¿por qué?», caviló.

—¿Por qué le matasteis? —preguntó—. ¿Por qué no entregarlo al Gremio?

Akkarin esbozó una sonrisa sin humor.

—Porque, como sin duda habrás imaginado, él y los de su especie saben muchas cosas sobre mí que preferiría que el Gremio ignorara.

—Así que le matasteis. Con... con...

—Con lo que el Gremio denomina magia negra. Sí. —Dio un paso hacia ella, luego otro, con ojos férreos e impasibles—. Nunca he matado a nadie que no pretendiera hacerme daño, Sonea.

Apartó la mirada. ¿Se suponía que eso la tranquilizaría, cuando sabía que ella desvelaría su secreto si pudiera? Eso, ciertamente, le haría daño.

—Este hombre estaría satisfecho, sin duda, si supiera el daño que ha causado al venir aquí y hacer que vieras lo que has visto —dijo Akkarin con voz suave—. Debes de estar preguntándote quién es esta gente, quién me quiere muerto, y cuáles son sus motivaciones. Solo puedo contarte esto: los sachakanos aún odian al Gremio, pero también nos temen. De vez en cuando envían a alguien, para probarme. ¿Realmente piensas que defenderme es un acto poco razonable por mi parte?

Lo miró, preguntándose por qué le estaba contando eso. ¿De verdad esperaba que ella se creería algo de lo que dijera? Si los sachakanos fueran una amenaza, el resto del Gremio lo sabría. No solo el Gran Lord. No, Akkarin practicaba magia maléfica para fortalecerse, y aquello no era más que una mentira para garantizar su silencio.

El mago posó los ojos en su rostro y luego asintió para sí mismo.

—No importa si me crees o no, Sonea. —Entornó los ojos en dirección a la puerta, que se abrió con un débil crujido—. Pero recuerda que, si mencionas una sola palabra de esto, provocarás la destrucción de todo a lo que tienes afecto.

Sonea se movió a un lado, en dirección a la puerta.

—Lo sé —dijo amargamente—. No tenéis que recordármelo.

Salió de la habitación y se precipitó escalera arriba. Cuando llegó a la entrada a la

sala de invitados, una voz le llegó a la deriva, procedente de la habitación de abajo.

—Al menos cesarán los asesinatos.

—Por ahora —respondió Akkarin—. Hasta que venga el siguiente.

Sonea giró el pomo y entró a trompicones en la sala. Se detuvo, respirando pesadamente mientras la recorría una sensación de alivio. Se había enfrentado a la pesadilla y había sobrevivido. Pero sabía que a partir de entonces le costaría conciliar el sueño. Le había visto matar, y eso era algo que jamás olvidaría.

Guía de Lord Dannyl para el argot de las barriadas

Abuela– chulo, proxeneta

Apagar– convencer a alguien para que guarde silencio

Batea– contrabandista

Blinga– alguien que traiciona a los ladrones (el acto se llama «hacer la de blinga»)

Botar– rechazo / rechazar («no nos botes»)

Brillo– atracción («ella le tiene un brillo» significa «ella le atrae»)

Buen lado– digno de confianza / con el corazón en su sitio

Buen toque– intento razonable

Caraboñiga– tonto

Clicar– tener una idea, ocurrírsele algo

Ciente– persona que tiene una deuda o un acuerdo con un ladrón

Contra– fulana

Cuchillo– asesino de alquiler

Cuerda– libertad

Desagüe– vendedor de artículos robados

Desbandado– difícil

Dinero de sangre– pago por un asesinato

Enfuegado– furioso («se puso todo enfuegado por aquello»)

Enseñar– presentar

Espacio– concesión / permiso

Estilo– forma de llevar a cabo los negocios

Gorrero– hombre que frecuenta los burdeles

Hecho– asesinado

Ir por– estar buscando

Jarra– boca (de un recipiente de bol, por ejemplo)

Ladrón– líder de un grupo criminal

Losdes– habitantes de las barriadas

Manopla– guardia sobornable o bajo el control de un ladrón

Mensajero– matón que avisa o cumple una amenaza

Mina de oro– hombre que prefiere a los chicos jóvenes

Ojar– montar guardia

Parientes– personas de confianza de un ladrón

Pesados– gente importante

Pescar– proponer / pedir / buscar (además, un pesca es alguien que huye de la Guardia)

Pillado– capturado

Pinchar– reconocer / comprender

Preocupar– esconder («él preocupa su negocio» / «ya te preocupo yo eso»)

Rascada– problema («tuve alguna rascada por aquello»)

Sifón– espía, normalmente encubierto (sifonar también es reconocer a alguien)

Vigía– persona que no quita ojo a algo o a alguien

Visitante– persona que roba

Yep– llamada de atención o bien expresión de sorpresa o duda

Glosario

Animales

- **Anyi** – mamífero marino con púas cortas.
 - **Blinga** – criatura parecida a la ardilla que roba comida.
 - **Ceryni** – pequeño roedor.
 - **Enka** – animal domesticado con cuernos; se cría por su carne.
 - **Eyoma** – sanguijuela marina.
 - **Farén** – término general para designar a los arácnidos.
 - **Gorín** – animal domesticado de gran tamaño, criado por su carne y para tirar de barcas y carromatos.
 - **Harrel** – animal domesticado pequeño; se cría por su carne.
 - **Limek** – perro salvaje depredador.
 - **Mosca de la savia** – insecto arbóreo.
 - **Muluk** – ave nocturna salvaje.
 - **Pollillas aga** – insectos que se alimentan de ropa.
 - **Rasuk** – ave domesticada apreciada por su plumaje y su carne.
 - **Ravi** – roedor, más grande que el ceryni.
 - **Reber** – animal domesticado; se cría por su lana y su carne.
 - **Zill** – mamífero pequeño e inteligente que a veces se utiliza como animal de compañía.
-

Plantas / Comida

- **Bol** – licor fuerte hecho de tugores (también significa «escoria de río»).
- **Brasi** – vegetal verde, de grandes hojas y capullos pequeños.
- **Cepa anívopa** – planta sensible a la proyección mental.
- **Crot** – alubia grande y violeta.
- **Curem** – salsa suave de frutos secos.
- **Curren** – cereal comestible de sabor fuerte.
- **Dall** – fruto alargado de carne anaranjada, ácida y con semillas.
- **Gan-gan** – arbusto floral procedente de Lan.
- **Iker** – droga estimulante, con fama de poseer efectos afrodisíacos.
- **Jerra** – judía larga y amarilla.
- **Kreppa** – hierba medicinal de olor nauseabundo.
- **Marín** – fruto cítrico rojo.

- **Monyo** – bulbo.
 - **Myk** – droga que nubla la mente.
 - **Nalar** – raíz de sabor picante.
 - **Nemmin** – polvo con el que se prepara una poción-droga para dormir.
 - **Pachi** – fruto dulce y crujiente con el que se elabora un vino.
 - **Pemeino** – especia parecida a la pimienta.
 - **Piorre** – fruta pequeña y de forma acampanada.
 - **Raka / suka** – bebida estimulante hecha de grano tostado, originaria de Sachaka.
 - **Salsa chebol** – salsa densa para la carne hecha de bol.
 - **Simba** – mantel de juncos entretejidos.
 - **Siyo** – potente licor vindeano con sabor a nueces.
 - **Sumi** – bebida amarga.
 - **Telk** – semilla de la que se extrae aceite.
 - **Tenn** – cereal que puede cocinarse recién recolectado, partirse en trozos pequeños o molerse para hacer una harina.
 - **Tugor** – raíz parecida a la chirivía.
 - **Vare** – bayas con las que se elabora la mayor parte de los vinos.
 - **Yomi**– restos de la elaboración del siyo que se emplean para quemar eyomas.
-

Vestuarios y armamento

- **Abrigolargo** – abrigo que llega a los tobillos.
 - **Incal** – símbolo cuadrado, parecido a un escudo familiar, que se cose en la manga o el puño.
 - **Kebín** – barra de hierro con gancho para atrapar el cuchillo del atacante; lo llevan los guardias.
-

Edificios públicos

- **Casa de baños** – establecimiento que se lucra con el uso de sus instalaciones para el baño y otros servicios de acicalamiento.
 - **Casa de bol** – establecimiento que vende bol y alquila alojamientos para breves estancias.
 - **Casa de fermentado** – lugar donde se elabora bol.
-

Pueblos de las Tierras Aliadas

- **Elyne** – el más cercano a Kyralia, tanto en proximidad como culturalmente, si bien disfruta de un clima más suave; el gentilicio es elyneo.
 - **Kyralia** – hogar del Gremio.
 - **Lan** – tierra montañosa poblada de tribus guerreras; el gentilicio es laniano.
 - **Lonmar** – tierra desértica donde se practica la estricta religión Mahga; el gentilicio es lonmariano.
-

Otros términos

- **Descanso de enmedio** – almuerzo.
- **Festín del alba** – desayuno.
- **Gorro** – monedas ensartadas en un palo por valor de la siguiente moneda más valiosa.
- **Sachakano** – gentilicio de Sachaka, pueblo no aliado.
- **¿Yai?** – exclamación empleada por los marineros vindeanos del *Finda*.

Agradecimientos

Además de las personas mencionadas en *El Gremio de los Magos*, me gustaría extender mi agradecimiento a:

Familiares y amigos que generosamente dedicaron su tiempo a leer y criticar este libro tras avisarles con tan poca antelación: mamá y papá, Yvonne Hardingham, Paul Marshall, Anthony Mauriks, Donna Johansen, Jenny Powell, Sara Creasy, Paul Potiki.

Jack Dann, por lanzar *El Gremio de los Magos* con tanto estilo y entusiasmo. Justin Ackroyd, por dejar que me hiciera cargo de su librería; Julian Warner y el personal de Slow Glass Books, por su ayuda.

Fran Bryson, mi heroína y agente. Les Petersen, por dibujar otra estupenda cubierta. Y el equipo editorial de Harper Collins por convertir mis historias en unos libros tan preciosos y atractivos.

La primera parte de *La aprendiz* fue escrita durante una estancia en el Centro de Escritores Varuna, subvencionada por la Fundación Eleanor Dark. Gracias a Peter Bishop y al equipo de Varuna por tres productivas e inspiradoras semanas.

Y, para finalizar, gracias a todos aquellos que me enviaron correos electrónicos alabando *El Gremio de los Magos*. Saber que os he proporcionado unas pocas horas de disfrute y escape hace que todo ello merezca la pena.